



DAVID EDDINGS

LA CIUDAD OCULTA

EL TAMULI LIBRO 3

Lectulandia

La suerte está echada. Las fuerzas de la oscuridad han llegado demasiado lejos, y el rapto de Ehlana ha terminado por cegar cualquier salida. También los elenios, los tamules y sus aliados, dirigidos por Sparhawk, han avanzado entre victorias y derrotas en su unidad y disposición para el combate.

La trama de esta espectacular trilogía se va a resolver en Cyrga, la misteriosa morada de unos seres implacables y destructores. No es un último reducto, sino el espacio mítico donde se libraré la gran batalla, aquella en la que dioses y hombres deben dirimir los rumbos de los pueblos que habitan el peculiar universo de Eddings.

La ciudad oculta remata así, con poderoso y épico acento, la trilogía El Tamuli, una de las más imaginativas y apasionantes obras del género fantástico. Y es que se trata de una lectura absorbente: la mejor para quienes, a veces, sienten la necesidad de trasladarse a un mundo de héroes y sombras.

Lectulandia

David Eddings

La ciudad oculta

El Tamuli-3

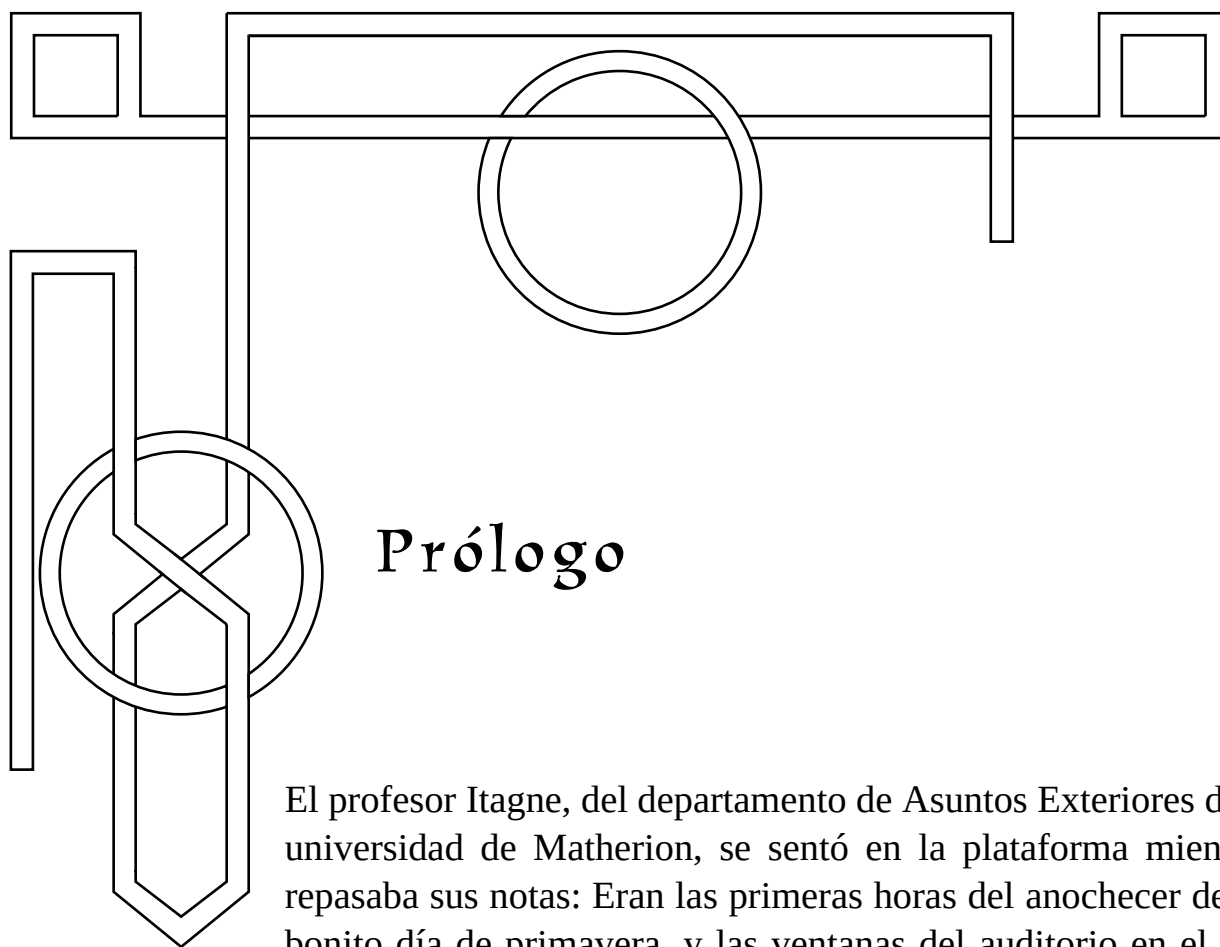
ePub r1.0

fenikz 18.12.15

Título original: *The Hidden City*
David Eddings, 1994
Traducción: Diana Falcón

Editor digital: fenikz
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com



Prólogo

El profesor Itagne, del departamento de Asuntos Exteriores de la universidad de Matherion, se sentó en la plataforma mientras repasaba sus notas: Eran las primeras horas del anochecer de un bonito día de primavera, y las ventanas del auditorio en el que se había reunido la facultad de Ciencias Políticas, estaban abiertas para dejar que entrase el aroma de las flores y la hierba, y el canto de los pájaros que constituía una leve distracción.

El profesor emérito Gintana, del departamento de Comercio Internacional, se hallaba de pie ante el atril, desde donde hablaba monótona e interminablemente sobre la regulación de tarifas del siglo veintitrés. Gintana era un académico delicado, de cabellos blancos, y un poco vago, al que la gente solía referirse como «ese querido anciano». Itagne no lo estaba escuchando, en realidad.

Aquello no iba a salir bien, concluyó con humor torvo, mientras arrugaba y descartaba otra hoja de notas. Por toda la universidad había corrido la voz del tema que iba a tratar, y los académicos de facultades tan apartadas del mismo como eran la de Matemáticas Aplicadas y Alquimia Contemporánea, atestaban la sala con los ojos brillantes de expectación. Toda la facultad del departamento de Historia Contemporánea ocupaba las primeras filas; las negras túnicas académicas conferían a sus miembros el aspecto de una bandada de cuervos. Historia Contemporánea estaba allí en pleno para asegurar todos los fuegos artificiales que pudieran desearse.

Itagne consideró ociosamente la idea de fingir un desmayo. ¿Cómo, en el nombre de Dios —cualquier dios—, iba a pasar la hora siguiente sin hacer el ridículo absoluto? Disponía de todos los hechos, por supuesto, pero ¿qué hombre racional podría creer en esos hechos? Un relato directo de lo que había sucedido en realidad

durante el alzamiento reciente parecería los delirios de un lunático. Si se ceñía estrictamente a la realidad, los plumíferos de Historia Contemporánea no tendrían necesidad de pronunciar una sola palabra. Él podría destruir su propia reputación sin que le prestaran ayuda ninguna.

Itagne les echó otra mirada cuidadosa a las notas preparadas. Luego las dobló sin entusiasmo y volvió a metérselas en la voluminosa manga de su túnica académica. Lo que iba a suceder allí esa noche se parecería más a un alboroto de taberna que a un discurso razonado. Era obvio que los de Historia Contemporánea habían acudido para hacerlo callar. Itagne echó los hombros hacia atrás. Bueno, si querían pelea, él los contentaría.

Se había levantado brisa. Las cortinas de las ventanas susurraban y ondeaban, y las doradas lenguas de fuego que ardían en las lámparas de aceite, se balanceaban y danzaban. Era un hermoso anochecer de primavera..., en cualquier parte menos dentro de aquel auditorio.

Se produjo un cortés repique de aplausos, y el anciano profesor Gintana, ruborizado y confuso por ese reconocimiento de su existencia, hizo una torpe reverencia, aferró sus notas con ambas manos, y trotó de regreso a su asiento. Entonces, el decano de la facultad de Ciencias Políticas se puso de pie para anunciar el principal acontecimiento.

—Colegas —comenzó—, antes de que el profesor Itagne nos ofrezca sus observaciones, me gustaría aprovechar esta oportunidad para presentaros a unos visitantes notables. Estoy seguro de que todos os uniréis a mí para dar la bienvenida al patriarca Emban, primer secretario de la iglesia de Chyrellos, a sir Bevier, el caballero cyrínico de Arcium, y a sir Ulath, de la orden Genidiana localizada en Thalesia.

Se oyeron más aplausos de cortesía mientras Itagne atravesaba apresuradamente la plataforma para recibir a sus amigos elenios.

—Gracias a Dios que estáis aquí —les dijo con fervor—. Se ha presentado todo el departamento de Historia Contemporánea..., excepto los pocos que con toda probabilidad se han quedado fuera para hervir el alquitrán y traer los sacos de plumas.

Emban sonrió.

—No pensarías que tu hermano iba a dejarte colgado, ¿verdad, Itagne? Ha pensado que podrías sentirte solo, aquí, por lo que nos ha enviado para que te hagamos compañía.

Itagne se sentía mejor cuando regresó a su asiento. Aunque sólo fuera eso, Bevier y Ulath podrían atajar el ataque físico.

—Y ahora, colegas y distinguidos invitados —continuó el decano—, el profesor Itagne, del departamento de Asuntos Exteriores, responderá a un artículo reciente publicado por el departamento de Historia Contemporánea bajo el título «EL ASUNTO CYRGA: Un examen de la crisis reciente». Profesor Itagne.

Itagne se puso de pie, avanzó con decisión hacia el atril, y asumió su expresión

más ofensivamente civilizada.

—Decano Altus, distinguidos colegas, esposas de los miembros de las facultades, honorables invitados... —Hizo una pausa—. ¿Me he dejado a alguien fuera?

Se produjo un estallido de disimuladas risas nerviosas. La tensión que reinaba en la sala era tremenda.

—Me siento particularmente complacido de ver a tantos de nuestros colegas de Historia Contemporánea, aquí presentes esta noche —continuó Itagne, lanzando su primer golpe—. Dado que hablaré de algo cercano a ellos y caro a sus corazones, es mucho mejor que se hallen aquí para escuchar lo que voy a decir, en lugar de verse obligados a confiar en relatos falseados de segunda mano. —Les sonrió con benignidad a los ceñudos pajarracos de la primera fila—. ¿Podéis oírme bien, caballeros? —les preguntó—. ¿Voy demasiado deprisa para alguno de vosotros?

—¡Esto es ultrajante! —protestó en voz muy alta un profesor corpulento y sudoroso.

—Va a ponerse peor, Quinsal —replicó Itagne—. Si de verdad te molesta, será mejor que te marches ya. —Recorrió la concurrencia con los ojos—. Se ha dicho que la búsqueda de la verdad es la más noble ocupación del hombre, pero hay dragones que acechan en el oscuro bosque de la ignorancia; y que los nombres de esos dragones son «Incompetencia», «Prejuicio político», «Distorsión deliberada» y «Obstinada estupidez consumada». Nuestros gallardos amigos de Historia Contemporánea salieron con valentía a batallar contra esos dragones en su reciente publicación «El asunto Cyrga». Con el más profundo pesar me veo obligado a informaros que los dragones ganaron.

Se oyeron más risas y aparecieron más ominosos ceños fruncidos en la fila delantera.

—Nunca ha sido un secreto en esta institución que el departamento de Historia Contemporánea es una entidad política más que académica —prosiguió Itagne—. Ha sido patrocinada desde su principio mismo por el primer ministro, y sus únicas razones para existir han sido suavizar los desatinos de dicho ministro y ocultar de la mejor manera posible la incompetencia del mismo. Es cierto, sin duda, que el primer ministro Subat y su cómplice, el ministro del Interior, Kolata, no han estado interesados jamás en la verdad; pero, por favor, caballeros, esto es una universidad. ¿No deberíamos, al menos, fingir que estamos diciendo la verdad?

—¡Basura! —aulló un fornido académico de la primera fila.

—Sí —replicó Itagne, mientras levantaba en el aire un tendencioso ejemplar de «El asunto Cyrga»—. Eso ya lo he advertido. Pero, si sabías que era basura, profesor Pessalt, ¿por qué lo publicaste?

Las risas fueron más sonoras esta vez, y ahogaron el farfullante intento que Pessalt hizo de hablar.

—Continuemos adelante con el gran trabajo al que estamos refiriéndonos —sugirió Itagne—. Todos conocemos a Pondia Subat como al intrigante incompetente

que en verdad es; pero la única cosa que más me desconcierta de vuestro «asunto Cyrga» es su continuo intento de elevar al renegado estiriano Zalasta a la casi santidad. ¿Cómo, en el nombre de Dios, podría alguien, incluso tan gravemente limitado como el primer ministro, reverenciar a ese canalla?

—¿Cómo te atreves a hablar así del más grande hombre del siglo? —le gritó uno de los pajarracos.

—Si Zalasta es lo mejor que este siglo puede conseguir, colegas, creo que nos encontramos en verdaderos apuros. Aunque yo no lo creo así. La crisis que Historia Contemporánea decidió llamar «El asunto Cyrga», ha estado fermentando durante varios años.

—¡Sí —gritó alguien con profundo sarcasmo—, nos hemos dado cuenta de ello!

—Me alegro mucho por vosotros —murmuró Itagne, lo que provocó una sonora risa en el auditorio—. ¿Hacia quién se volvió nuestro idiota primer ministro en busca de ayuda? Hacia Zalasta, por supuesto. Él nos instó a que hiciéramos venir al caballero pandion, el príncipe Sparhawk de Elenia. ¿Por qué afloraría a los labios de Zalasta el nombre de un miembro de la nobleza elenia, para responder a la pregunta que se le hizo, casi antes de que fuese formulada, teniendo en cuenta el triste historial de los elenios en sus relaciones con los estirianos? No cabe duda de que las hazañas del príncipe Sparhawk son legendarias, pero ¿qué tenía ese hombre que hacía que Zalasta languidciera de tal forma por su compañía? ¿Y por qué Zalasta olvidó contarnos que Sparhawk es Anakha, el instrumento del Bhelliom? ¿Es que ese hecho se le escapó de la cabeza? ¿Pensaría que el espíritu que ha creado universos enteros era un tanto irrelevante? No hallo mención alguna del Bhelliom en esta pila de guano publicada en fecha reciente. ¿Habéis omitido deliberadamente el acontecimiento más trascendental del último eón? ¿Estabais tan absortos en intentar atribuirle a vuestro adorado Pondia Subat el crédito de unas decisiones políticas que no había tomado, que asumisteis la determinación de no mencionar al Bhelliom para nada?

—¡Disparate! —rugió una voz profunda.

—Encantado de conocerte, profesor Disparate. Mi nombre es Itagne. Ha sido muy amable por tu parte el presentarse. Te lo agradezco de corazón, muchacho.

Las carcajadas fueron tumultuosas esta vez.

—Es rápido el mozalbate, ¿verdad? —oyó Itagne que Ulath le cuchicheaba a Bevier.

Itagne levantó la mirada.

—Colegas —dijo—, me permito afirmar que no era al príncipe Sparhawk a quien Zalasta tanto ansiaba, sino al Bhelliom. El Bhelliom es la fuente del sumo poder, y hace tres siglos que Zalasta está intentando ponerle las manos encima... por razones en exceso repugnantes como para mencionarlas. Ha estado dispuesto a llegar a cualquier extremo. Ha traicionado su fe, a su pueblo y su integridad personal, la que tenía, para conseguir lo que los trolls llaman «La Gema-Flor».

—¡Eso pone punto final al tema! —declaró el corpulento Quinsal, al tiempo que

se ponía de pie—. ¡Este hombre está loco! ¡Ahora se pone a hablar de trolls! Éste es un encuentro académico, Itagne, no la hora de los niños. Has escogido al auditorio equivocado para cuentos de hadas e historias de fantasmas.

—¿Por qué no me dejas a mí, Itagne? —preguntó Ulath, mientras se ponía de pie y se acercaba al podio—. Yo puedo arreglar este asunto en tan sólo un momento o dos.

—Como quieras —respondió Itagne, agradecido.

Ulath apoyó cada una de sus enormes manos sobre un lado del atril.

—El profesor Itagne me ha pedido que os informe brevemente, caballeros, sobre algunos temas —declaró—. Supongo que tenéis algunos problemas con la noción de trolls.

—Ni el más mínimo, caballero —contestó Quinsal—. Los trolls son un mito elenio y nada más. En eso no hay en absoluto ninguna dificultad.

—¡Qué cosa tan asombrosa! He pasado seis años compilando una gramática troll. ¿Queréis decir que he perdido el tiempo?

—Creo que estáis tan loco como Itagne.

—En ese caso, es probable que no os convenga irritarme, ¿no os parece? Particularmente a la vista del hecho de que yo soy mucho más grande que usted. —Ulath entrecerró los ojos, mirando al techo—. La lógica nos dice que nadie puede demostrar una negación. ¿Estáis seguro de que no queréis enmendar su declaración?

—No, sir Ulath. Sostengo lo que acabo de decir. No existe nada semejante a los trolls.

—¿Has oído eso, Bhlok w? —Ulath alzó un poco la voz—. Este tipo dice que tú no existes.

Se oyó un monstruoso rugido en el corredor al que daba el auditorio, y las dobles puertas del fondo se rajaron y cayeron hacia el interior.

—¡Quédate tranquilo! —susurró Bevier cuando Itagne dio un salto—. Es una ilusión. Ulath está divirtiéndose.

—¿Tendríais la amabilidad de volveros y decirme qué veis al fondo de la sala, Quinsal? —pidió Ulath—. ¿Cómo llamaría, exactamente, a mi amigo Bhlok w?

La criatura que se encumbraba en la entrada era enorme, y tenía el bestial rostro contorsionado por la furia. Tendió sus zarpas hacia delante, con ansia.

—¿Quién ha dicho eso, Ulath? —exigió saber con una voz monstruosa—. ¡Yo le causaré daño! ¡Yo lo desgarraré en pedazos y me lo comeré!

—¿Es verdad que ese troll puede hablar tamul? —susurró Itagne.

—Por supuesto que no —replicó Bevier, sonriendo—. Ulath está jugando.

La monstruosa aparición de la puerta continuó aullando descripciones horriblemente gráficas de los planes que tenía para el departamento de Historia Contemporánea.

—¿Hay alguna otra pregunta acerca de los trolls? —preguntó Ulath con tono suave, pero ninguno de los académicos allí reunidos lo oyó, con los gritos, chillidos y

sillas que caían.

Hizo falta un buen cuarto de hora para restaurar la calma después de que la ilusión de Ulath hubiera desaparecido; y cuando Itagne volvió a acercarse al atril, todo el auditorio se había apiñado en la parte delantera de la sala.

—Me siento conmovido ante vuestro anhelo de oír cada una de mis palabras, caballeros —comentó Itagne con una sonrisa—, pero puedo hablar lo bastante alto como para que se me escuche desde el fondo de la sala, así que no tenéis necesidad de acercaros tanto. Confío en que la visita del amigo de sir Ulath haya aclarado el pequeño malentendido respecto a los trolls. —Miró a Quinsal, el cual aún estaba agachado en el suelo, tartamudeando de terror—. Espléndido —continuó Itagne—. En pocas palabras, entonces, el príncipe Sparhawk acudió a Tamuli. Los elenios son a veces una gente tortuosa, así que la esposa de Sparhawk, la reina Ehlana, propuso una visita de estado a Matherion y ocultó a su esposo y los amigos de éste en su séquito. A su llegada aquí, descubrieron casi de inmediato algunos hechos que nosotros habíamos pasado por alto, de alguna manera. Primero, que el emperador Sarabian tiene cerebro; y segundo, que el gobierno dirigido por Pondia Subat estaba aliado con nuestros enemigos.

—¡Traición! —chilló un delgado profesor calvo, poniéndose en pie de un salto.

—¿De veras, Dalash? —preguntó Itagne—. ¿Contra quién?

—Pues... eh... —vaciló Dalash.

—Todavía no lo entendéis, ¿verdad, caballeros? —le preguntó Itagne a la cátedra de Historia Contemporánea—. El anterior gobierno ha sido derrocado... por el propio emperador Sarabian. Tamuli es ahora una monarquía de estilo elenio, y el emperador Sarabian gobierna por decreto. El anterior gobierno, así como su primer ministro, ya no son relevantes.

—¡El primer ministro no puede ser expulsado de su puesto! —gritó Dalash—. ¡Ostenta su cargo de por vida!

—Aun en el caso de que fuese verdad, eso sugiere una solución bastante sencilla para el problema, ¿no?

—¡No te atreverás!

—Yo no, viejo amigo. Ésa es una decisión que corresponde al emperador. No lo hagáis enfadar, caballeros. Si lo hacéis, decorará las puertas de la ciudad con vuestras cabezas. Continuemos con ese tema. Me gustaría cubrir unas cuantas cosas más antes del habitual intermedio. Fue el abortado intento de golpe lo que finalmente precipitó los acontecimientos. Pondia Subat era partícipe de toda la conspiración, y tenía todas las intenciones de quedarse quieto, frotándose las manos, mientras la turba borracha asesinaba a todos sus enemigos políticos, lo cual, según las evidencias, incluía al propio emperador. Si el profesor Dalash quiere gritar «traición», puede que le interesase echarle una mirada a eso. Descubrimos muchas cosas como consecuencia del fracaso de golpe de estado, no sólo referentes a la traición del primer ministro, sino también a la del ministro del Interior. Lo más importante, sin embargo, fue el

descubrimiento de que había sido Zalasta quien orquestó todo el complot, y que estaba aliado en secreto con Ekatas, sumo sacerdote de Cyrgon, el dios de los supuestamente extinguidos cyrgais.

»En ese momento, el príncipe Sparhawk no tuvo otra alternativa que la de recuperar el Bhelliom del lugar en el que estaba oculto, y pedir refuerzos a Chyrellos. También alistó a otros aliados, el menor de los cuales no es precisamente el pueblo de los delfaes... que, de hecho, existe en todo su fulgente horror.

—¡Esto es absurdo! —se burló el valentón oficial de Historia Contemporánea, el profesor Pessalt—. ¿Se supone que tenemos que creer estas estupideces?

—Ya has visto un troll esta noche, Pessalt —le recordó Itagne—. ¿Te gustaría recibir también una visita personal de un ser fulgente? Puedo arreglarlo, si quieres..., pero fuera, por favor. Nunca nos libraríamos del hedor si llegaras a disolverte en un charco de fango delante mismo del podio.

El decano Altus se aclaró la garganta de manera ostentosa.

—Sí, señor —le aseguró Itagne—. Serán sólo unos minutos. —Se volvió a mirar al auditorio—. Ahora, bien —prosiguió aprisa—, puesto que el tema de los trolls ha vuelto a surgir, muy bien podemos adentrarnos en él y dejarlo claro de una vez por todas. Como ya han notado, los trolls son reales. Fueron atraídos a Tamuli desde sus montañas natales de Thalesia septentrional, por Cyrgon, que se hizo pasar por uno de los dioses de ellos. Los verdaderos dioses-troll han estado prisioneros durante eones, y el príncipe Sparhawk les ofreció un intercambio: la libertad a cambio de su ayuda. Luego condujo un numeroso ejército a Atan septentrional, donde los engañados trolls estaban alborotando con la esperanza de obligar a los atanes a regresar a su tierra natal para defenderla..., cosa que nos habría dejado completamente indefensos, dado que los atanes forman el grueso de nuestro ejército. El movimiento de Sparhawk parecía seguirles el juego a nuestros enemigos, pero cuando Cyrgon y Zalasta lanzaron a los trolls contra ellos, Sparhawk invocó a los dioses-troll para que los reclamasen. Desesperado, Cyrgon recurrió al pasado e hizo aparecer un enorme ejército de sus cyrgais. Entonces los trolls, fieles a su naturaleza, se los comieron.

—No esperarás en serio que nos traguemos eso, ¿verdad, Itagne? —exigió saber, ceñudo, el profesor Sarafawn, presidente del departamento de Historia Contemporánea y cuñado del primer ministro.

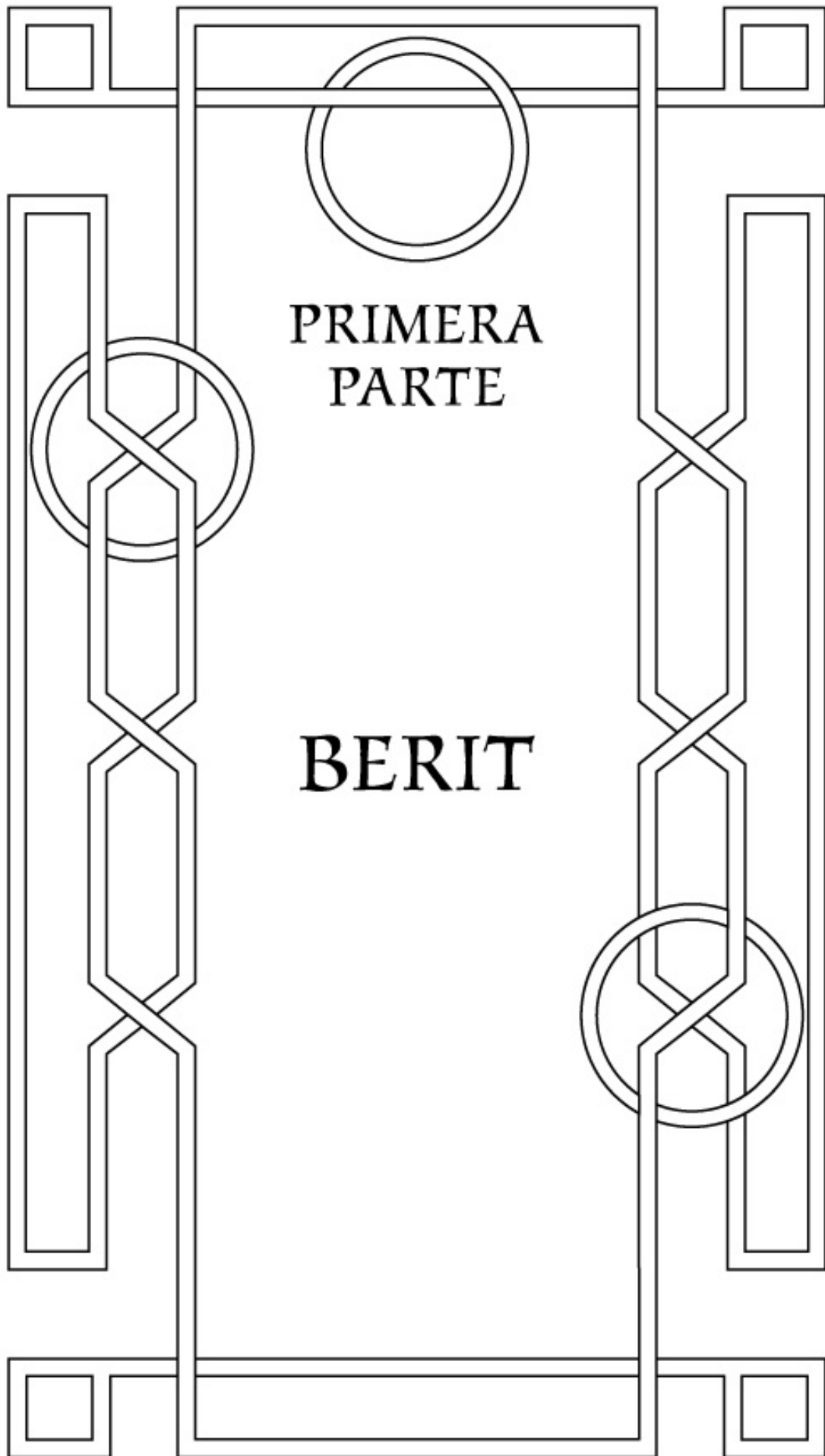
—Será mejor que lo hagas, Sarafawn —replicó Itagne—. El hermano de tu mujer ya no dicta la historia oficial. A partir de ahora, el emperador quiere que les enseñemos a nuestros estudiantes la verdad llana y sin adornos. Yo publicaré una narración objetiva de los hechos dentro de un mes, más o menos. Será mejor que reserves un ejemplar, Sarafawn, porque se te exigirá que les enseñes eso a todos tus estudiantes en el futuro..., suponiendo que tengas un futuro en esta institución. El presupuesto del año próximo será un poco ajustado, según tengo entendido, así que probablemente habrá que cerrar algunos departamentos. —Hizo una pausa—. ¿Eres bueno con las herramientas, Sarafawn? Me han dicho que hay una escuela profesional

pequeña, muy bonita, en Jura. Te encantará Daconia.

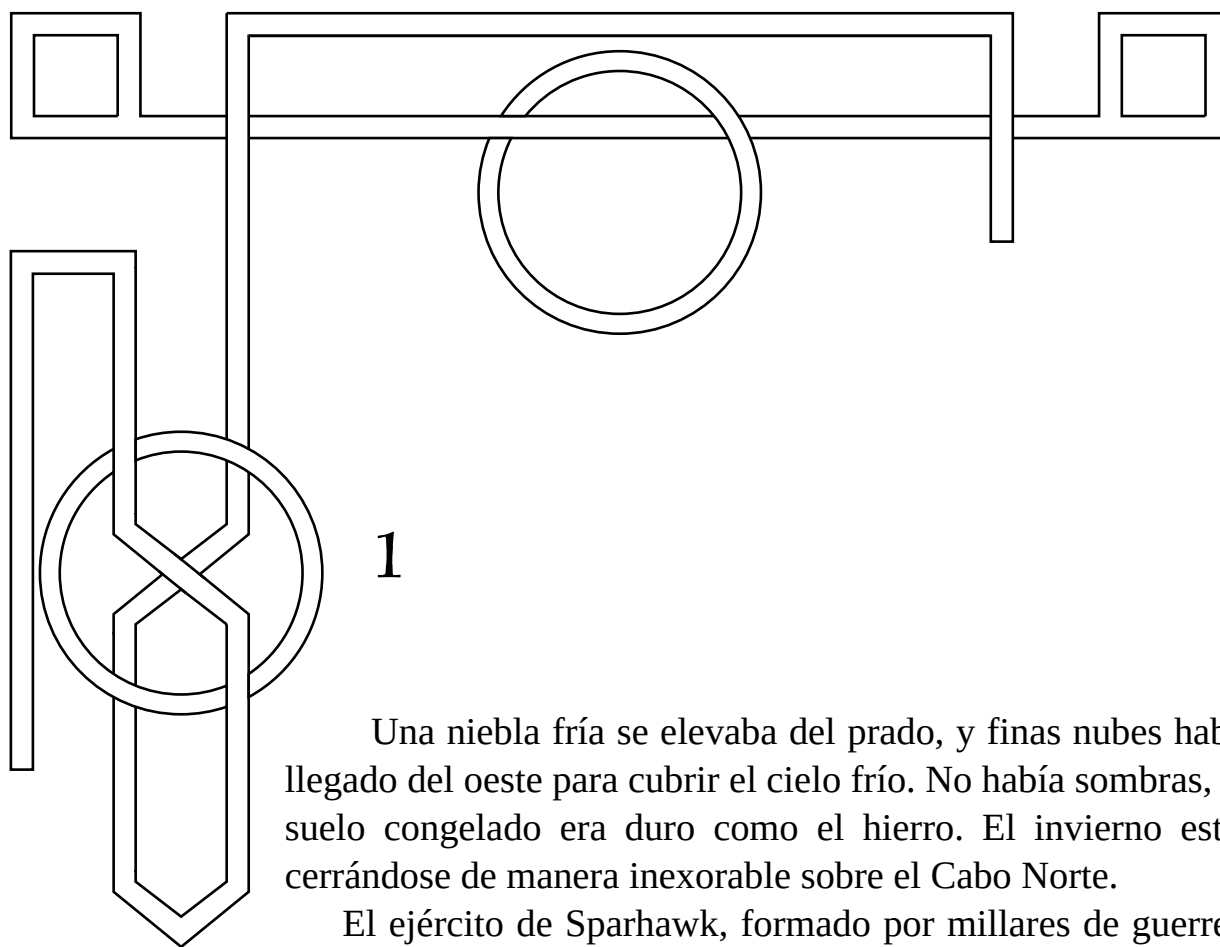
El decano volvió a aclararse la garganta, esta vez con mayor urgencia.

—Lo siento, decano Altus —se disculpó Itagne—. Estoy quedándome sin tiempo, caballeros, así que resumiré en pocas palabras una sola novedad más. A pesar de su aplastante derrota, Cyrgon y Zalasta no quedaron, en modo alguno, impotentes. En un osado golpe, el hijo natural de Zalasta, un tal Scarpa, entró a hurtadillas en el complejo imperial, y secuestró a la reina Ehlana y dejó tras de sí una nota en la que exigía que Sparhawk renunciara al Bhelliom a cambio del regreso de su esposa, sana y salva.

»Después del intermedio que el decano Altus ha aguardado tan pacientemente, me ocuparé de la reacción del príncipe Sparhawk ante este nuevo acontecimiento.







Una niebla fría se elevaba del prado, y finas nubes habían llegado del oeste para cubrir el cielo frío. No había sombras, y el suelo congelado era duro como el hierro. El invierno estaba cerrándose de manera inexorable sobre el Cabo Norte.

El ejército de Sparhawk, formado por millares de guerreros ataviados con acero y cuero, se hallaba alineado en un ancho frente sobre la hierba cubierta de escarcha del prado cercano a las ruinas de Tzada. Sir Berit se encontraba sobre su caballo, en el centro de los corpulentos caballeros de la iglesia cubiertos por sus armaduras, contemplando el horrible banquete que estaba teniendo lugar a unos pocos cientos de varas delante de ellos. Berit era un caballero joven e idealista, y tenía algunas dificultades con el comportamiento de sus nuevos aliados.

Los gritos eran remotos, meros rumores de agonía, y los que estaban gritando no eran personas auténticas... realmente. No eran más que sombras, los apenas recordados reflejos de hombres muertos mucho tiempo antes. Además, eran enemigos..., miembros de una raza cruel y salvaje que adoraban a un dios horrible.

Pero de ellos se desprendía vapor. Ésa era la parte del horror que sir Berit no podía despachar con un encogimiento de hombros. Por más que se decía que aquellos cyrgais eran muertos —fantasmas invocados por la magia de Cyrgon—, el hecho de que se elevara vapor de sus cuerpos destripados mientras los trolls se los comían, hacía que las defensas de Berit se le derrumbaran sobre la cabeza.

—¿Algún problema? —preguntó Sparhawk, compasivo.

La negra armadura del príncipe tenía toques de escarcha aquí y allá, y su curtido rostro mostraba una expresión fría.

De pronto, Berit se sintió violento.

—No es nada, caballero Sparhawk —se apresuró a mentir—. Sólo que... — Buscó en vano las palabras.

—Ya lo sé. También yo tropiezo con ese aspecto. Los trolls no están siendo deliberadamente crueles, ya lo sabes. Para ellos no es más que comida. Sólo están siguiendo los dictados de su naturaleza.

—Eso es parte del problema, Sparhawk. La noción de ser comido me hiela la sangre.

—¿Te ayudaría en algo si dijera «mejor ellos que nosotros»?

—No demasiado. —Berit rió débilmente—. Tal vez yo no estoy hecho para este tipo de cosas. Todos los demás parecen tomárselo muy bien.

—Nadie está tomándose muy bien, Berit. Todos sentimos lo mismo respecto a lo que está sucediendo. Intenta aguantar. Ya nos hemos encontrado antes con estos ejércitos del pasado. En cuanto los trolls maten a los generales cyrgais, el resto desaparecerá y eso pondrá fin al asunto. —Sparhawk frunció el entrecejo—. Vayamos a buscar a Ulath —sugirió—. Acaba de ocurrírseme algo, y quiero preguntárselo.

—De acuerdo —se apresuró a asentir, Berit.

Los dos pandiones de negra armadura hicieron volver a sus caballos y avanzaron por la hierba escarchada a lo largo del frente del ejército.

Encontraron a Ulath, Tynian y Bevier un centenar de varas más abajo.

—Tengo una pregunta para ti, Ulath —anunció Sparhawk mientras frenaba a *Faran*.

—¿Para mí? ¡Oh, Sparhawk, no deberías tenerla! —Ulath se quitó el casco cónico y frotó con aire ausente los negros y lustrosos cuernos en una de las mangas de su capote verde—. ¿Qué problema hay?

—Cada vez que nos hemos enfrentado con estos antiguos, todos los muertos se han resecado después de que matáramos a los líderes. ¿Cómo van a reaccionar los trolls ante eso?

—¿Cómo quieres que lo sepa?

—Se supone que eres tú el experto en trolls.

—Haz el favor de ser razonable, Sparhawk. Eso no ha sucedido nunca antes. Nadie puede predecir lo que sucederá en una situación totalmente nueva.

—Haz una conjetura —le espetó Sparhawk con irritación.

Los dos hombres se miraron mutuamente con ferocidad.

—¿Por qué acosar a Ulath con ese tema, Sparhawk? —sugirió Bevier con suavidad—. ¿Por qué simplemente no les adviertes a los dioses-troll que eso va a suceder, y dejas que sean ellos los que manejen el problema?

Sparhawk se frotó reflexivamente un lado de la cara, lo que produjo una especie de sonido arenoso sobre la mejilla sin afeitar.

—Lo siento, Ulath —se disculpó—. El ruido del comedor de ahí fuera me distrae.

—Sé perfectamente cómo te sientes —replicó Ulath con una mueca—. De todas formas, me alegro de que hayas sacado el tema. Los trolls no van a contentarse con

raciones secas cuando tienen toda esta carne fresca a no más de quinientas varas de distancia. —Volvió a ponerse el casco adornado con cuernos de ogro—. Los dioses-troll cumplirán con el compromiso adquirido con Afrael, pero creo que será mejor que los pongamos sobre aviso respecto a ese detalle. Te aseguro que deseo que tengan un fuerte dominio sobre sus trolls cuando la cena se estropee. Detestaría acabar como postre.

—¿Ehlana? —jadeó Sefrenia.

—¡Baja la voz! —murmuró Afrael. Recorrió el entorno con los ojos. Estaban un poco alejadas, en la retaguardia del ejército, pero no se encontraban solas. Bajó una mano y tocó suavemente el inclinado cuello blanco de *Ch'iel*, y el palafrén de Sefrenia se alejó obedientemente un poco de Kalten y Xanetia, para mordisquear la hierba helada—. No puedo obtener demasiados detalles —explicó la diosa-niña—. Melidere ha resultado gravemente herida, y Mirtai está tan enfurecida que se han visto obligados a encadenarla.

—¿Quién lo hizo?

—¡No lo sé, Sefrenia! Nadie le habla del tema a Danae. Lo único que puedo captar es la palabra «rehén». Alguien ha conseguido entrar en el castillo, apoderarse de Ehlana y Alean, y sacarlas misteriosamente de allí. Sarabian está fuera de sí. Ha inundado los pasillos de guardias, así que Danae no puede salir de su habitación para averiguar qué está sucediendo en realidad.

—¡Tenemos que contárselo a Sparhawk!

—¡Decididamente, no! Sparhawk estalla cuando Ehlana está en peligro. Tiene que llevar a su ejército de regreso a Matherion, sano y salvo, antes de que yo pueda permitir que se incendie.

—Pero...

—No, Sefrenia. Lo descubriré con la suficiente presteza, pero llevemos de vuelta a todo el mundo, sano y salvo, antes de que lo averigüe. Nos queda una semana, más o menos, antes de que el sol se oculte de forma permanente, y todas las cosas y personas que se hallen aquí, se conviertan en sólido hielo.

—Es probable que tengas razón —concedió Sefrenia. Se quedó pensando durante un momento, con los ojos fijos en los árboles plateados de escarcha que había más allá del prado—. La palabra «rehén» lo explica todo, según creo. ¿Existe alguna forma de que puedas determinar el lugar exacto en que se encuentra tu madre?

Afrael negó con la cabeza.

—No sin ponerla a ella en peligro. Si empiezo a moverme por ahí y meter las narices por los alrededores, Cyrgon sentirá que ando hurgando por los bordes de su plan, y podría hacerle algo a mi madre antes de detenerse a pensarlo. Nuestro principal objetivo, en este momento, es evitar que Sparhawk se vuelva loco al descubrir lo sucedido. —De pronto profirió un grito ahogado y sus oscuros ojos se

abrieron de par en par.

—¿Qué sucede? —le preguntó Sefrenia, alarmada—. ¿Qué está ocurriendo?

—¡No lo sé! —gritó Afrael—. ¡Es algo monstruoso! —Recorrió los alrededores con los ojos, enloquecida, y tras un momento se serenó, con el pálido ceño fruncido por la concentración—. Alguien está utilizando uno de los hechizos prohibidos, Sefrenia —declaró con una voz tan dura como el suelo congelado.

—¿Estás segura?

—Por completo. El aire mismo apesta a ello.

Djarian el nigromante era un estiriano de aspecto cadavérico con ojos hundidos, una estructura delgada casi esquelética, y rodeado por un hedor rancio y mohoso. Al igual que otros estirianos cautivos, estaba encadenado y bajo la estrecha vigilancia de caballeros de la iglesia, versados en la forma de contrarrestar los hechizos estirianos.

Sobre el campamento cercano a las ruinas de Tzada descendía un frío y opresivo crepúsculo cuando Sparhawk y los otros decidieron por fin interrogar a los prisioneros. Los dioses-troll habían cogido firmemente a sus criaturas cuando la orgía gastronómica llegó a su fin de forma repentina, y los trolls se hallaban ahora reunidos en el prado, a una legua de distancia, en torno a una hoguera, celebrando lo que parecían observancias religiosas de alguna clase.

—Tú simplemente haz lo de rutina, Bevier —le advirtió Sparhawk, en voz baja, al caballero cyrínico de piel olivácea, cuando Djarian fue arrastrado ante él—. Continúa formulándole preguntas irrelevantes hasta que Xanetia te indique que ya lo sabe todo.

Bevier asintió con la cabeza.

—Puedo hacerlo durar todo lo que quieras, Sparhawk. Comencemos.

El capote blanco de Bevier, enrojecido por la oscilante luz del fuego, le confería un aspecto decididamente eclesiástico, y él realzó esa impresión al decir una larga oración como preámbulo del interrogatorio. Luego puso manos a la obra.

Djarian respondía a las preguntas de manera lacónica, con una voz hueca que parecía provenir de una bóveda. Bevier aparentaba no advertir el comportamiento hosco del prisionero. Todos sus modales parecían correctos en exceso, incluso remilgados, efecto que él aumentaba al llevar guantes sin dedos del tipo que se ponen los escribas y los eruditos cuando hace frío. Volvía atrás con frecuencia, repitiendo preguntas con frases diferentes, y luego señalando con aire triunfal las contradicciones surgidas en las respuestas del prisionero.

La única excepción en la cínica brevedad de Djarian fue un repentino estallido de vituperios, una larga denuncia de Zalasta, y Cyrgon, por haberle abandonado en aquel inhóspito lugar.

—Bevier habla exactamente como un abogado —le murmuró Kalten a Sparhawk—. Yo detesto a los abogados.

—Está haciéndolo con toda intención —replicó Sparhawk—. A los abogados les gusta formular preguntas con trampa a las personas, y Djarian lo sabe. Bevier está obligándole a pensar con mucha fuerza en las cosas que se supone que debe ocultar, y eso es lo único que Xanetia necesita. Parece que siempre estamos subestimando a Bevier.

—Es por culpa de todas esas plegarias —comentó Kalten con sabiduría—. Es difícil tomarse en serio a un hombre cuando está siempre rezando.

—Somos caballeros de la iglesia, Kalten..., miembros de una orden religiosa.

—¿Y qué tiene que ver eso?

—Él cree que está más muerto que vivo —informó Xanetia más tarde, cuando se reunieron en torno a una de las grandes hogueras que los atanes habían encendido para defenderse del crudo frío.

El rostro de la anarae reflejaba la luz del fuego, al igual que lo hacía su túnica de lana sin blanquear.

—¿Teníamos razón? —le preguntó Tynian—. ¿Está Cyrgon aumentando los poderes de Djarian con el fin de que pueda resucitar a ejércitos enteros?

—Así es —replicó la muchacha.

—¿Fue sincero ese estallido contra Zalasta? —inquirió Vanion.

—En efecto, mi señor. Djarian y sus compañeros están cada vez más descontentos con el liderazgo de Zalasta. Han llegado todos a no esperar verdadera camaradería por parte de su jefe. Ya no existe ninguna causa común entre ellos, y cada cual procura sacar el mayor provecho para sí de esa dudosa alianza. Por encima de todo, se halla el secreto deseo en cada uno de obtener la posesión única del Bhelliom.

—La disensión entre los enemigos siempre es buena —observó Vanion—, pero no debemos descartar la posibilidad de que todos vuelvan a ponerse de acuerdo tras lo que ha sucedido hoy aquí. ¿Has podido averiguar algo específico respecto a lo que podrían intentar a continuación, anarae?

—No, mi señor. Ellos no estaban en forma alguna preparados para lo que ha llegado a suceder. Pero una cosa sobresalía en la mente deste Djarian, y quizá represente algún peligro. Los proscritos que rodean a Zalasta, le temen todos a Cызada de Esos, porque sólo él es versado en la magia de Zemoch, y sólo él puede llegar con la su mano el mundo inferior que Azash abrió. Tiene al alcance suyo horrores que a la imaginación superan. Es el pensamiento de Djarian, que pues todos los planes de ellos han salido mal hasta el momento, Cyrgon, por desesperación, podría ordenarle a Cызada que utilizara el suyo arte horrible para invocar a las criaturas de las tinieblas para que se enfrenten con nosotros y nos confundan.

Vanion asintió con aire grave.

—¿Cómo los ha afectado el plan de Stragen? —inquirió Talen con curiosidad.

—Están desconcertados más allá de medida toda —replicó Xanetia—. Se

apoyaban en gran manera sobre aquellos que ahora están muertos.

—Stragen se alegrará de oír eso. ¿Qué iban a hacer con todos esos espías e informadores?

—Ya que no tenían fuerza capaz de enfrentarse con los atanes, Zalasta y sus secuaces pensaban utilizar a los espías empleados en el ministerio del Interior para asesinar a diversos funcionarios tamules en los reinos vasallos del imperio, con la esperanza de desbaratar así el gobierno.

—Tal vez sería interesante que hicieses hincapié en eso, Sparhawk —comentó Kalten.

—¿Eh?

—El emperador Sarabian tenía algunos escrúpulos cuando aprobó el plan de Stragen. Probablemente se sentirá mucho mejor al enterarse de que lo único que hizo Stragen fue golpear a nuestros enemigos para bien. Habrían matado a nuestra gente si Stragen no los hubiese matado antes a ellos.

—Ése es un terreno moral muy inestable, Kalten —observó Bevier con tono de desaprobación.

—Ya lo sé —admitió Kalten—. Por eso tenemos que correr por encima de él a tanta velocidad.

El cielo amaneció encapotado a la mañana siguiente, con nubes turbias que llegaban desde el oeste, todas remolinos y confusión. Debido a que eran los finales del otoño y ellos se encontraban muy al norte, casi parecía que el sol estaba saliendo por el sur, volviendo de un feroz color anaranjado el cielo que cubría el campamento del Bhelliom, y alcanzando con una débil luz rojiza los abultados vientres de las nubes bajas para darles una pincelada de llamas.

El campamento parecía pálido, débil y muy diminuto ante el frío imponente del techo del mundo; los caballeros y sus amigos llevaban todos capas de pieles y se acurrucaban cerca de las hogueras.

—Se oía tronar hacia el sur, y se veían destellos de luz pálida y fantasmal.

—¿Truenos? —le preguntó Kalten a Ulath, con incredulidad—. ¿No es ésta una época rara para que haya tempestades eléctricas?

Ulath se encogió de hombros.

—Puede suceder. En una ocasión, presencié una tormenta eléctrica al norte de Heid que provocó una ventisca. Resulta una experiencia muy insólita.

—¿A quién le toca hacer la comida? —le preguntó Kalten con aire ausente.

—A ti —replicó Ulath al punto.

—No estás poniendo atención, Kalten —comentó Tynian entre carcajadas—. Ya sabes que no hay que formular esa pregunta.

Kalten refunfuñó y comenzó a levantarse de junto al fuego.

—Creo que será mejor que hoy regresemos a la costa, Sparhawk —comentó

Vanion con gravedad—. El tiempo se ha portado hasta ahora, pero no creo que podamos contar con eso durante mucho tiempo más.

Sparhawk asintió con la cabeza.

Los truenos se hacían más sonoros y las nubes rojo fuego que tenían encima se volvieron blancas con el destello de los relámpagos. Se oyó un repentino sonido rítmico retumbante.

—¿Es otro terremoto? —gritó Kring, alarmado.

—No —replicó Khalad—. Es demasiado regular. Es como si alguien estuviera golpeando un tambor gigantesco. —Miró a lo alto de la muralla del Bhelliom—. ¿Qué es eso? —preguntó, señalando con un dedo.

Era como una enorme, gigantesca, mole que se elevaba por encima de los árboles del bosque, más allá del borde afilado del risco..., muy parecida a la cima de una colina, si se exceptuaba el hecho de que estaba moviéndose.

Tenía el sol detrás de sí, por lo que los hombres no podían ver detalle alguno, pero a medida que se elevaba más y más, distinguieron que se trataba de una especie de cúpula aplanada con dos protuberancias ahusadas que le nacían a ambos lados como dos enormes alas. Y continuaba subiendo. Cuando pudieron ver una porción mayor de aquello, se dieron cuenta de que no se trataba de una cúpula. En cambio, parecía un enorme triángulo invertido, ancho en la parte superior, ahusado en la inferior, y con esas extrañas protuberancias parecidas a alas en ambos lados. La puntiaguda parte de abajo estaba aparentemente asentada sobre una sólida columna. Puesto que la luz le llegaba por detrás, era tan negro como la noche, y se elevaba e hinchaba como una vasta oscuridad.

Luego se detuvo.

Y entonces sus ojos se abrieron.

Primero como dos feroces rendijas delgadas, los resplandecientes ojos se abrieron más y más, de una cruel inclinación como la de los ojos de los gatos, y encendidos con un fuego más incandescente que el propio sol. La imaginación se encogía al darse cuenta de la enormidad de aquella cosa. Lo que antes parecían alas eran las orejas de la criatura. Y luego abrió la boca y rugió, y los hombres comprendieron que lo que habían oído antes no eran truenos.

Volvió a rugir, y los colmillos fueron destellos de relámpago de los que goteaban llamas como sangre.

—¡Klael! —chilló Afrael.

Y entonces, como dos redondeadas y gigantescas montañas, los hombros aparecieron por encima de la nítida línea del risco y, batiendo desde los hombros cual dos velas negras, dos nudosas alas como de murciélago.

—¿Qué es eso? —gritó Talen.

—¡Es Klael! —volvió a chillar Afrael.

—¿Qué es un Klael?

—¡No «qué», mastuerzo! ¡Sino quién! ¡Azash y los demás dioses antiguos lo

expulsaron! ¡Algún idiota lo ha traído de vuelta!

La enormidad que estaba en lo alto de la escarpa continuó elevándose, y puso al descubierto unos gigantescos brazos con manos de muchos dedos. El tronco era enorme, y los destellos del relámpago se agitaban debajo de su piel, iluminando horriblos detalles con su luz y luego la monstruosa presencia se elevó en toda su altura, encumbrándose muy en lo alto, unos treinta metros sobre la escarpa.

El ánimo de Sparhawk se debilitó. ¿Cómo habían podido...?

—¡Rosa Azul! —dijo con tono tajante—. ¡Haced algo!

—No es menester, Anakha. —La usurpada voz de Vanion era muy calma, como si el Bhelliom estuviese hablando una vez más a través de sus labios—. Klael ha escapado sólo momentáneamente del poder de Cyrgon. Éste no arriesgará a su criatura en un enfrentamiento directo conmigo.

—¿Esa cosa pertenece a Cyrgon?

—Por ahora. En su momento, eso cambiará y Cyrgon le pertenecerá a Klael.

—¿Qué está haciendo? —gritó Betuana.

La monstruosidad que se hallaba en lo alto del risco había levantado un gigantesco puño y estaba golpeando el suelo con incandescente fuego, forjando la tierra con relámpagos. La cara de la escarpa se estremeció y comenzó a rajarse, cayendo, derrumbándose, rugiendo hasta ir a chocar contra el bosque que había al pie del risco. Más y más de la escarpada pendiente se hacía pedazos y se hundía, para caer en un atonador deslizamiento de tierra.

—Klael siempre se ha sentido inseguro de la fuerza de las sus alas —observó el Bhelliom con calma—. Vendría a batallar conmigo, pero tiene miedo de la altura de la muralla. Así que está preparándose una escalera.

El enorme ser continuó atacando el borde del risco, arrojando más y más cascotes para formar un escarpado camino que subía hasta lo alto de la muralla, y luego, la cosa llamada Klael desapareció, y un aullante viento barrió la pendiente de la escarpa, arrastrando consigo las arremolinadas nubes de polvo que había levantado el deslizamiento.

Se produjo también otro sonido. Sparhawk se volvió rápidamente. Los trolls habían caído sobre sus rostros y gemían de terror.

—Siempre hemos conocido su existencia —comentó Afrael con aire pensativo—. Solíamos asustarnos a nosotros mismos contando historias sobre él. Hay un cierto placer en hacer que la propia piel se erice. Creo que nunca llegué a admitir del todo ante mí misma que él existiera de verdad.

—¿Qué es él, exactamente? —preguntó Bevier.

Ella se encogió de hombros.

—El mal. Se supone que nosotros somos la esencia del bien..., al menos eso es lo que nosotros nos decimos. Klael es todo lo contrario. Es nuestra forma de explicar la

existencia del mal. Si no tuviéramos a Klael, tendríamos que aceptar sobre nosotros mismos la responsabilidad del mal, y nos queremos un poco demasiado como para hacer algo semejante.

—¿Es ese Klael el rey del infierno, entonces? —inquirió Bevier.

—Bueno, algo así. Aunque no es un lugar, sino un estado mental.

La historia dice que cuando los dioses antiguos, Azash y los demás, surgieron, se encontraron con que Klael ya estaba aquí. Querían el mundo para sí mismos, y él se interponía en su camino. Después de que varios de ellos hubieran intentado librarse individualmente de Klael, y acabaran aniquilados, los dioses antiguos se unieron y lo echaron.

—¿De dónde llegó? En el origen, quiero decir —continuó Bevier. Bevier se interesaba muchísimo por las primeras causas de las cosas.

—¿Cómo quieres que lo sepa? Yo no estaba. Pregúntaselo al Bhelliom.

—Yo no estoy tan interesado en saber de dónde llegó ese Klael, como lo estoy en averiguar qué tipo de cosas es capaz de hacer —declaró Sparhawk. Sacó al Bhelliom del zurrón que llevaba a la cintura—. Rosa Azul —dijo—, creo que hablar debemos sobre Klael.

—Bien me lo parece, Anakha —replicó la joya, haciéndose una vez más con el control de Vanion.

—¿Dónde se originó él... o esa cosa?

—Klael no se originó, Anakha. Al igual que yo, Klael siempre ha existido.

—¿Qué es él?

—Necesidad. No deseo ofenderos, Anakha, pero la necesidad de Klael está fuera de la capacidad vuesa de entendimiento. La diosa-niña ha explicado bastante a Klael..., dentro de las capacidades tuyas.

—¡Pero, bueno! —masculló Afrael.

Una leve sonrisa pasó por los labios de Vanion.

—No os encolericéis conmigo, Afrael. Yo todavía os quiero... a pesar de las limitaciones vuestras. Sois joven, y la edad os traerá sabiduría y entendimiento.

—No estáis yendo por buen camino, Rosa Azul —le advirtió Sefrenia a la piedra.

—Eh, bueno —suspiró el Bhelliom—. Al trabajo, pues. Klael fue, en efecto, expulsado por los dioses antiguos, como os ha contado Afrael, aunque el espíritu de Klael, al igual que el mi espíritu, permanece hasta en las rocas mismas deste mundo, al igual que en todos los otros que yo he creado. Más aún, lo que los dioses antiguos hicieron, podían también desfacer, y el hechizo que ha traído de vuelta a Klael estaba implícito en el que lo arrojó de aquí. Es claro que algún mortal versado en los hechizos de los dioses antiguos ha invertido el hechizo de expulsión, y Klael ha regresado.

—¿Puede ser él, o esa cosa..., destruido?

—No es de «él» que estamos hablando, ni de ninguna «cosa». Hablamos de Klael. Pero, no, Anakha. Klael no puede ser destruido..., no más que yo. Klael es eterno.

Sparhawk se sintió descorazonado.

—Me parece que tenemos algunos problemas —les murmuró a sus amigos.

—La culpa es, en cierta medida, mía. Tan absorto estaba yo en el nacimiento desta mi hija última, que la atención se me vio apartada de deberes necesarios. Es la costumbre mía el arrojar a Klael en un determinado momento en haciendo un mundo nuevo. Pero aquesta hija en particular me deleitó de manera tal, que retrasé la expulsión. Luego fue que encontré el rojo polvo que me aprisionó, y el deber de arrojar a Klael quedó a cargo de los dioses antiguos. La expulsión se hizo de manera imperfecta por causa de la imperfección de ellos, y así le fue posible a Klael el regresar.

—Por medio de Cyrgon —comentó Sparhawk con frialdad.

—El hechizo de expulsión... y regreso, es estiriano. Cyrgon no pudo haberlo pronunciado.

—Entonces lo hizo Cызada —conjeturó Sefrenia—. Es muy posible que él supiera el hechizo. Aunque no creo que lo hubiese utilizado voluntariamente.

—Es probable que Cyrgon lo obligara a hacerlo, pequeña madre. Últimamente, las cosas no han estado saliendo demasiado bien para Cyrgon y Zalasta.

—¡Pero llamar a Klael! —Afrael se estremeció.

Kalten se encogió de hombros.

—La gente desesperada hace cosas desesperadas. Lo mismo hacen los dioses desesperados, supongo.

—¿Qué hacemos ahora, Rosa Azul? —preguntó Sparhawk—. Respecto a Klael, quiero decir.

—Vos no podéis hacer nada, Anakha. Vos obrasteis bien al enfrentaros con Azash, y sin duda obraréis bien en la disputa vuesa con Cyrgon. Pero no tenéis poder alguno contra Klael.

—Estamos condenados, entonces.

De pronto, Sparhawk se sintió totalmente anonadado.

—¿Condenado? Por supuesto que no estáis condenado. ¿Por qué se os puede entristecer y desconsolar con una tal facilidad, amigo mío? Yo no os fice para que os enfrentarais con Klael. Ése es un deber mío. Klael nos dará problemas en cierta medida, como es la costumbre de Klael. Luego, como es la costumbre nuestra, Klael y yo nos enfrentaremos.

—¿Y vos lo desterraréis una vez más?

—Eso nunca es seguro, Anakha. Pero os aseguro que lucharé hasta el máximo de los poderes míos para arrojar a Klael..., igual que Klael luchará para arrojarme a mí. En el enfrentamiento de entrambos reside en el futuro, y como os he dicho muchas veces, el futuro permanece oculto. Aunque yo marcharé a la contienda con confianza, porque la duda debilita la resolución, y la temerosa incertidumbre es una pesada carga para el espíritu. La batalla debe trabarse con el corazón alegre y un porte jubiloso.

—A veces puedes ser muy sentencioso, facedor de Mundos —dijo Afrael, con un ligero deje de rencor.

—Portaos bien —la censuró el Bhelliom.

—¡Anakha!

Era Ghworg, el dios de la matanza. La gigantesca presencia atravesó el prado cubierto de escarcha, dejando una oscura senda sobre la hierba cubierta de plata.

—Escucharé las palabras de Ghworg —replicó Sparhawk.

—¿Has invocado tú a Klael? ¿Es tu idea que Klael nos ayudará a causarle daño a Cyrgon? Si es así, no se trata de nada bueno. Deja que Klael regrese.

—No ha sido obra mía, Ghworg. Tampoco fue obra de la Gema-Flor. Nosotros pensamos que fue Cyrgon quien invocó a Klael para causarnos daño a nosotros.

—¿Puede la Gema-Flor causarle daño a Klael?

—Eso no es seguro. El poder de Klael es igual al poder de la Gema Flor.

El dios de la matanza se acuclilló sobre la hierba congelada, y se rascó el peludo rostro con una enorme pata.

—Cyrgon no es nada, Anakha —declaró con voz tronante, en una forma de habla casi coloquial—. Podemos causarle daño a Cyrgon mañana mismo... o en otro momento, luego. Ahora debemos causarle daño a Klael. No podemos esperar a luego.

Sparhawk hincó una rodilla sobre la helada hierba.

—Tus palabras son sabias, Ghworg.

Los labios de Ghworg se retiraron hacia atrás, en una monstruosa aproximación de sonrisa.

—La palabra que empleas no es común entre nosotros, Anakha. Si Khwaj dijera: «Ghworg es sabio», yo le causaría mal.

—No lo he dicho para provocar tu enojo, Ghworg.

—Tú no eres un troll, Anakha. No conoces nuestras costumbres. Tenemos que causarle daño a Klael para que se marche. ¿Cómo podemos hacerlo?

—Nosotros no podemos causarle mal. Sólo la Gema-Flor puede conseguir que se marche.

Ghworg golpeó el suelo congelado con un puño, y profirió un monstruoso gruñido.

Sparhawk levantó una mano.

—Cyrgon ha llamado a Klael —dijo—. Klael se ha unido a Cyrgon para causarnos mal a nosotros. Causémosle daño a Cyrgon ahora, no luego. Si nosotros le causamos mal a Cyrgon, él tendrá miedo de ayudar a Klael cuando la Gema-Flor vaya a hacerle mal a Klael y lo obligue a marcharse.

Ghworg meditó lentamente sobre aquello.

—Tus palabras son buenas, Anakha —declaró al fin—. ¿Cómo podríamos mejor hacerle mal a Cyrgon en este momento?

Sparhawk lo pensó.

—La mente de Cyrgon no es como la tuya, Ghworg, ni es como la mía. Nuestras mentes son directas. Cyrgon es mañoso. Arrojó a vuestros hijos contra nuestros amigos de estas tierras de invierno, para hacer que viniéramos hasta aquí a luchar contra ellos. Pero vuestros hijos no eran la principal fuerza de Cyrgon. Su ejército más importante llegará desde las tierras del sol para atacar a nuestros amigos de la ciudad que brilla.

—Yo he visto ese lugar. La diosa-niña habló allí con nosotros por primera vez.

Sparhawk frunció el entrecejo, intentando recordar los detalles del mapa de Vanion.

—Hay lugares altos aquí, y hacia el sur.

Ghworg asintió con la cabeza.

—Luego, más al sur, los lugares altos descienden hasta hacerse planos.

—Ya veo —dijo Ghworg—. Lo describes bien, Anakha.

Aquello sorprendió a Sparhawk. Era evidente que Ghworg podía visualizar la totalidad del continente.

—En el medio de esa parte plana hay otro lugar alto que los hombres-cosas llaman Montañas de Tamul.

Ghworg asintió para expresar su acuerdo.

—El principal ejército de Cyrgon pasará por ese lugar alto para llegar a la ciudad que brilla. El lugar alto estará fresco, así que vuestros hijos no sufrirán allí a causa del sol.

—Ya veo hacia dónde va tu pensamiento, Anakha —declaró Ghworg—. Nosotros llevaremos allí a nuestros hijos y aguardaremos a los hijos de Cyrgon. Nuestros hijos no se comerán a los hijos de Afrael. Se comerán a los hijos de Cyrgon, en cambio.

—Eso le causará daño a Cyrgon y sus servidores, Ghworg.

—Entonces, lo haremos. —Ghworg se volvió y señaló hacia el deslizamiento de tierra—. Nuestros hijos treparán por la escalera de Klael. Luego, Ghnomb hará que el tiempo se detenga. Nuestros hijos estarán en el lugar alto antes de que el sol se vaya a dormir esta noche. —Se puso repentinamente de pie—. Buena caza —gruñó, dio media vuelta y regresó por donde había llegado para reunirse con sus compañeros y los aún aterrorizados trolls.

—Tenemos que continuar actuando como si las cosas fuesen normales —declaró Vanion cuando se reunieron junto al fuego un par de horas después del mediodía. El sol, según advirtió Sparhawk, ya estaba descendiendo—. Es probable que Klael pueda aparecer en cualquier momento y lugar. No podemos planificar contando con él... más de lo que podemos hacerlo contando con una ventisca o un huracán. Si uno no puede planificar respecto a una cosa, lo mejor que puede hacer es tomar algunas precauciones y luego hacer caso omiso de ella.

—Bien dicho —aprobó la reina Betuana.

Betuana y Vanion estaban entendiéndose bien.

—¿Qué haremos entonces, amigo Vanion? —preguntó Tikume.

—Somos soldados, amigo Tikume —le respondió Vanion—. Haremos lo que hacen los soldados. Nos prepararemos para luchar contra ejércitos, no contra dioses. Scarpa está saliendo de las selvas de Arjuna, y espero otro ataque procedente de Cynesga. Es probable que los trolls consigan estorbar a Scarpa, pero sólo podrán salir un corto trecho de esas montañas meridionales del propio Tamul, debido al clima. Tras la sorpresa inicial del tropiezo con los trolls, Scarpa intentará, probablemente, dar un rodeo. —Vanion consultó el mapa—. Tendremos que apostar fuerzas que se enfrenten tanto con Scarpa como con un ejército que se aproxime desde Cynesga. Yo diría que Samar será el mejor emplazamiento.

—Sarna —lo contradijo Betuana.

—Ambas —contestó Ulath—. Un ejército emplazado en Samar podrá cubrirlo todo, desde el borde meridional de las montañas de Atan hasta el mar de Arjuna y, además, hallarse en una posición favorable para cargar hacia el este de las montañas de Tamul si Scarpa esquiva a los trolls. Las fuerzas apostadas en Sarna podrán bloquear la ruta de invasión a través de las montañas de Atan.

—Lo que dice Ulath está bien fundamentado —comentó Bevier—. Divide nuestras fuerzas, pero no tenemos muchas alternativas.

—Podemos apostar a los caballeros y los pelois en Samar, y a la infantería atana en Sarna —agregó Tynian—. El valle inferior del río Sarna es ideal para las operaciones montadas, y las montañas que rodean a la propia Sarna son un entorno natural para los atanes.

—Ambas posiciones son defensivas —objetó Engessa—. Las guerras no se ganan desde posiciones defensivas.

Sparhawk y Vanion intercambiaron una larga mirada.

—¿Invadir Cynesga? —inquirió Sparhawk con tono dubitativo.

—Todavía no —decidió Vanion—. Aguardemos a que los caballeros de la iglesia lleguen de Eosia antes de hacer eso. Cuando Komier y los demás entren en Cynesga desde el oeste, es cuando nos interesará llegar al lugar desde el este. Tendremos a Cyrgon en una prensa. Con ese tipo de fuerzas entrándole por ambos lados, podrá resucitar a todos los cyrgais que hayan vivido alguna vez, y a pesar de eso perderá.

—Justo hasta el momento en que deje suelto a Klael —agregó Afrael, de malhumor.

—No, divina Afrael —le respondió Sparhawk—. El Bhelliom quiere que Cyrgon envíe a Klael contra nosotros. Si hacemos las cosas de esa forma, lo obligaremos a actuar en el lugar y momento escogido por nosotros. Escogeremos el sitio, Cyrgon dejará suelto a Klael y yo pondré en libertad al Bhelliom. Entonces, lo único que tendremos que hacer será sentarnos a mirar.

—Nosotros escalaremos la muralla por el mismo camino seguido por los trolls, Vanion-preceptor —declaró Engessa a la mañana siguiente—. Podemos trepar tan bien como ellos.

—A nosotros puede que nos lleve un poco más de tiempo —agregó Tikume—. Tendremos que quitar las rocas del camino para que nuestros caballos puedan subir la pendiente.

—Nosotros os ayudaremos, Tikume-domi —le prometió Engessa.

—Entonces, ya está —resumió Tynian—. Los atanes y los pelois marcharán desde aquí hacia el sur para tomar posiciones en Sarna y Samar. Nosotros llevaremos a los caballeros de vuelta a la costa, Sorgi nos llevara por mar de vuelta a Matherion. Desde allí, continuaremos por tierra.

—Es el transporte por mar lo que me preocupa —dijo Sparhawk—. Sorgi tendrá que realizar al menos media docena de viajes.

Khalad suspiró y puso los ojos en blanco.

—Deduzco que vas a dejarme mal en público una vez más —comentó Sparhawk—. ¿Qué estoy pasando por alto?

—El asunto de las balsas, Sparhawk —replicó Khalad con voz cansada—. Sorgi está reuniendo las balsas para llevarlas hacia el sur y venderlas en el mercado de madera. Va a atarlas juntas para formar un largo remolque de troncos. Mete a los caballeros en los barcos, sube los caballos al remolque, y podrás llegar a Matherion en un solo viaje.

—Me había olvidado de las balsas —admitió Sparhawk, avergonzado.

—Ese largo remolque de troncos no avanzará con mucha rapidez —señaló Ulath.

Xanetia había estado escuchando atentamente los planes. Miró a Khalad y habló con timidez, casi apocada.

—¿Podría ayudarnos un viento constante que soplara de popa, joven maese? —le preguntó Xanetia a Khalad.

—Lo haría en verdad, anarae —replicó Khalad con entusiasmo—. Podríamos tejer velas toscas con ramas de árbol.

—¿No os sentirán Cyrgon... o Klael... si levantarais una brisa, querida hermana? —preguntó Sefrenia.

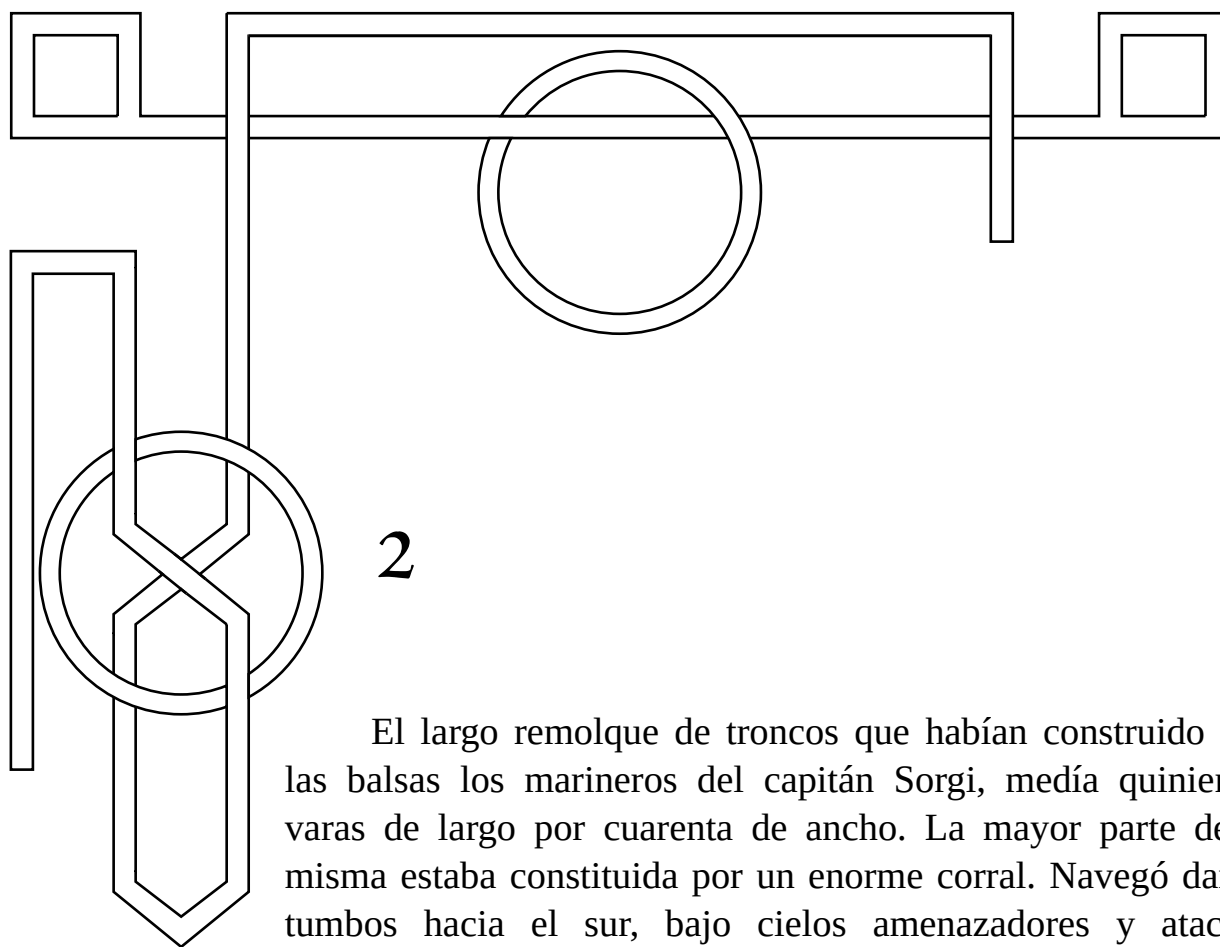
—Cyrgon no es capaz de detectar la magia delfae, Sefrenia —replicó Xanetia—. Anakha puede preguntarle al Bhelliom si Klael es igualmente insensible a ella.

—¿Cómo puedes conseguir eso? —le preguntó Afrael, con curiosidad.

Xanetia pareció ligeramente incómoda.

—Fue para ocultarlo de vos y los de vuestra clase, divina Afrael. Cuando Edaemus nos maldijo, dispuso su maldición de forma que la nuestra magia pudiera serle ocultada a nuestros enemigos... porque así os considerábamos nosotros en esa época. ¿Os ofende eso, divina Afrael?

—No en las circunstancias actuales, anarae —replicó Flute mientras se deslizaba en los brazos de Xanetia y le daba un sonoro beso.



2

El largo remolque de troncos que habían construido con las balsas los marineros del capitán Sorgi, medía quinientas varas de largo por cuarenta de ancho. La mayor parte de la misma estaba constituida por un enorme corral. Navegó dando tumbos hacia el sur, bajo cielos amenazadores y atacada frecuentemente por cortantes rachas de nevisca. El clima era terriblemente frío, así que los caballeros que tripulaban la gigantesca balsa estaban envueltos hasta las orejas en pieles y pasaban la mayor parte del tiempo acurrucados en el dudoso cobijo de las tiendas que se estremecían con el viento.

—Todo reside en la atención a los detalles, Berit —comentó Khalad mientras aseguraba el extremo de estribor de una de las improvisadas velas—. En realidad, es de lo único que se trata el trabajo: detalles. —Miró, con los ojos entrecerrados, a lo largo del borde cubierto de hielo de lo que en realidad era más un cortanieves que una vela—. Sparhawk traza los grandes planes y les deja a otros los detalles. En verdad, es una buena cosa, porque es desesperantemente incompetente cuando se trata de cosas pequeñas y trabajo real.

—¡Khalad! —Berit estaba escandalizado seriamente.

—¿Lo has visto alguna vez intentando utilizar herramientas? Eso es algo que nuestro padre solía decirnos una y otra vez: «Jamás permitáis que Sparhawk coja una herramienta». Kalten es bastante bueno con las manos, pero Sparhawk es desesperante. Si le entrega cualquier cosa relacionada con el trabajo honrado, se lastimará con ella. —La cabeza de Khalad se levantó con brusquedad, al tiempo que el muchacho imprecaba.

—¿Qué sucede?

—¿No lo has notado? Las cuerdas de arrastre de babor acaban de aflojarse.

Vayamos a despertar a esos marineros. No quiero que esta enorme vaca vuelva a irse de costado otra vez.

Los dos jóvenes ataviados con pieles comenzaron a atravesar la colección de balsas atadas entre sí, rodeando el enorme corral en el que los caballos se apiñaban en la brisa cortantemente fría que soplaba desde popa.

La idea de construir aquel remolque de troncos con las balsas era muy buena en teoría, pero el problema de dirigirlo resultó más complejo de lo que Sorgi y Khalad habían previsto. Los apretados entretejidos de ramas inventados por Khalad funcionaban bastante bien como velas, y movían de manera constante el tremendo peso muerto del remolque hacia el sur, delante de la brisa de Xanetia. Se suponía que los barcos de Sorgi tenían que proporcionar el empuje de dirección al tirar del mismo, y fue en ese punto donde surgieron los problemas. No había ni dos barcos que avanzaran a la misma exacta velocidad, aunque los impulsara un mismo viento. Así pues, los cincuenta barcos delanteros y los veinticinco atados a ambos lados del remolque tenían que ser casi constantemente reajustados para que mantuviesen a la gigantesca balsa avanzando en la dirección general correcta. Mientras todos prestaban una intensa atención, la operación marchaba bien. Sin embargo, a dos días al sur de la muralla del Bhelliom, una serie de cosas comenzaron a salir mal, todas al mismo tiempo, y el remolque de troncos se fue hacia un lado. No hubo esfuerzo capaz de enderezarlo de nuevo, así que se vieron obligados a desmontarlo y volver a ensamblarlo..., trabajo demoledor en aquel frío cortante. Nadie quería volver a pasar por eso.

Cuando llegaron al flanco de babor del remolque, Berit sacó un abollado cuerno de latón de debajo de su capa de pieles y produjo un sonido monótono, una llamada de una sola nota dirigida a las embarcaciones de babor, mientras Khalad recogía una bandera amarilla y comenzaba a sacudirla con vigor. Las señales acordadas eran sencillas. La bandera amarilla ordenaba a los barcos que izaran más vela para mantener tirantes las guindalezas de arrastre; la bandera azul les ordenaba que echaran las anclas de profundidad para aflojar las cuerdas; y la roja les ordenaba que soltaran todas las guindalezas y se apartaran del camino.

Las cuerdas de arrastre volvieron a tensarse cuando la aguda señal de Khalad llegó hasta los marineros que realizaban el trabajo a bordo de los barcos.

—¿Cómo te las arreglas para mantenerte al tanto de todo? —le preguntó Berit a su amigo—. ¿Y cómo sabes con tanta rapidez que algo no va bien?

—Con penas —replicó Khalad haciendo una mueca—. Realmente no quiero pasar varios días desmontando esta bestia y volviendo a montada con la espuma congelándoseme encima. Puedes sentir cuándo cambian las cosas en las piernas y las plantas de los pies. Cuando una de las guindalezas se afloja, cambia la sensación de la forma en que avanza el remolque.

—¿Hay alguna cosa que no sepas hacer?

—No bailo muy bien. —Khalad levantó los ojos entrecerrados a las primeras

gotas de otra nevisca—. Es hora de alimentar y abreviar a los caballos —dijo—. Vayamos a decirles a los novicios que dejen de estar sentados admirando sus títulos nobiliarios, y se pongan a trabajar.

—Realmente te disgustan los aristócratas, ¿verdad? —preguntó Berit mientras ambos comenzaban a avanzar por el borde del corral hacia las tiendas azotadas por el viento en las que se encontraban los aprendices de caballero.

—No, no me disgustan. Lo que sucede es que no tengo paciencia con ellos, y no consigo entender cómo pueden ser tan ciegos frente a lo que sucede en torno a sus personas. Un título nobiliario tiene que ser algo muy pesado de llevar, si consigue que hagas caso omiso de todo lo demás.

—Tú mismo vas a ser un caballero, ya lo sabes.

—No fue idea mía. Sparhawk se pone tonto, a veces. Cree que el convertirnos en caballeros a mis hermanos y a mí es una forma de honrar a nuestro padre. Estoy seguro de que mi padre está riéndose de él en este preciso instante.

Llegaron a las tiendas y Khalad alzó la voz.

—¡Muy bien, caballeros! —gritó—. ¡Es hora de alimentar y abreviar los animales! ¡Pongámonos a ello! —Luego contempló con ojo crítico el corral. Cinco mil caballos dejan una gran cantidad de pruebas de haber estado presentes—. Creo que es el momento de darles a nuestros novicios otra lección de humildad —le comentó en voz baja a Berit. Luego volvió a levantar la voz—. Y cuando hayáis acabado con eso, será mejor que comencéis a trabajar con las palas y las carretillas. No nos interesa que el trabajo se nos amontone, ¿verdad, caballeros?

Berit no era aún del todo experto en algunas formas sutiles de magia. Esa parte del entrenamiento pandion era el estudio de toda una vida. Pero sí estaba lo bastante adentrado en el tema de cómo para reconocer el «entrometimiento» cuando se lo encontraba delante. El remolque de troncos parecía avanzar pesada y lentamente hacia el sur, pero el cambio de estación puso algunas cosas en evidencia. Para empezar, tendría que haberles llevado más tiempo escapar de los crudos fríos del extremo norte, y en segundo lugar los días no deberían haberse vuelto tanto más largos en tan poco tiempo.

Sin embargo, se consiguió, y gracias a quienquiera que lo hubiese conseguido llegaron a una playa arenosa próxima a Matherion una dorada tarde otoñal, mucho antes de lo esperado, y comenzaron a bajar los caballos de la bamboleante colección de balsas.

—Ha sido un viaje corto —observó Khalad, lacónico, con ironía mientras observaban cómo los novicios bajaban sus monturas a tierra.

—Lo has advertido —replicó Berit con una carcajada.

—No fueron particularmente sutiles al respecto. Cuando la espuma dejó de congelármeme en la barba de un minuto para otro, comencé a sospechar. —Hizo una

pausa—. ¿La magia es muy difícil de aprender? —preguntó.

—La magia en sí no lo es demasiado. La parte difícil es aprender la lengua estiriana. No tiene ningún verbo regular. Son todos irregulares... y tienen nueve tiempos verbales.

—Berit, por favor, háblame en elenio llano.

—Tú sabes lo que es un verbo, ¿no?

—Más o menos, pero ¿qué es un tiempo verbal?

De alguna forma, esa pregunta hizo que Berit se sintiera mejor. Khalad no lo sabía todo.

—Trabajaremos en ello —le aseguró a su amigo—. Tal vez Sefrenia pueda hacer alguna sugerencia al respecto.

El sol estaba poniéndose en una llamarada de colorido cuando entraron a caballo por las opalescentes puertas de Matherion, la de las cúpulas de fuego, y caía la noche cuando llegaron al complejo imperial.

—¿Qué le ocurre a todo el mundo? —murmuró Khalad cuando trasponían las puertas.

—Me temo que no te sigo —le confesó Berit.

—¡Utiliza los ojos, hombre! Los guardias de esas puertas miraban a Sparhawk como si esperaran que fuera a estallar... o quizá a convertirse en un dragón. Está sucediendo algo, Berit.

Los caballeros de la iglesia atravesaron el prado a la luz del crepúsculo, camino de sus barracas, mientras que el resto cruzaron el puente levadizo del castillo de Ehlana, entre el golpeteo de los cascos de las monturas. Desmontaron en el patio alumbrado por antorchas y entraron.

—Aquí el ambiente está aún peor —murmuró Khalad—. Permanezcamos cerca de Sparhawk por si tuviéramos que sujetarlo. Los caballeros del puente levadizo parecían verdaderamente asustados ante él.

Subieron las escaleras hasta las dependencias reales. Mirtai no estaba en su puesto habitual delante de la puerta, y eso puso aún más nervioso a Berit. Khalad tenía razón. No había duda de que algo no funcionaba como debería.

Cuando entraron, se encontraron con el emperador Sarabian, vestido con sus calzas y jubón púrpura favoritos, paseándose nerviosamente por el piso alfombrado de azul; pareció acobardarse cuando Sparhawk y Vanion se le acercaron.

—Majestad —lo saludó Sparhawk, inclinando la cabeza—. Me alegro de volver a verte. —Recorrió la sala con los ojos—. ¿Dónde está Ehlana? —preguntó mientras dejaba el casco sobre la mesa.

—Eh..., dentro de un minuto hablaremos de eso, Sparhawk. ¿Cómo han ido las cosas por el Cabo Norte?

—Más o menos como las planeamos. Cyrgon ya no tiene a los trolls bajo su

mando, pero nosotros nos enfrentamos con otro problema que podría ser aún peor.

—¿Ah, sí?

—Te lo contaremos cuando Ehlana se reúna con nosotros. No es una historia tan bonita como para que queramos repetirla.

El emperador le echó al ministro de Exteriores Oscagne una mirada de desamparo.

—Vayamos a hablar con la baronesa Melidere, príncipe Sparhawk —sugirió Oscagne—. Ha sucedido algo aquí. Ella estaba presente, y podrá responder a tus preguntas mejor que nosotros.

—De acuerdo. —La mirada de Sparhawk era serena y su voz calma, a pesar del hecho de que el nerviosismo de Sarabian y las evasivas de Oscagne proclamaban a gritos que algo iba terriblemente mal.

La baronesa Melidere se encontraba sentada en la cama, recostada sobre cojines. Llevaba una atractiva bata azul, pero el abultado vendaje del hombro izquierdo era una clara indicación de que algo grave había sucedido. Tenía el semblante pálido, pero sus ojos eran serenos y firmes como la roca. Stragen se hallaba sentado junto al lecho, ataviado con su jubón de satén blanco, y el rostro cargado de preocupación.

—Bueno —comentó Melidere—, por fin. —Su voz era enérgica y seria. Le lanzó una mirada llena de desprecio al emperador y sus consejeros—. Ya veo que estos valientes caballeros han decidido dejar que sea yo quien te cuente lo sucedido aquí, príncipe Sparhawk. Intentaré ser breve. Una noche, hace un par de semanas, la reina, Alean y yo estábamos preparándonos para irnos a dormir. Llamaron a la puerta, y entraron cuatro hombres que creímos pelois. Tenían la cabeza afeitada y llevaban ropas pelois. Uno de ellos era Krager. Los otros eran Elron, el barón Parok y Scarpa.

Sparhawk no se movió y su rostro no cambió de expresión.

—¿Y? —preguntó, con una voz aún carente de emoción.

—Veo que has decidido ser sensato —dijo Melidere con serenidad—. Bien. Intercambiamos algunos insultos, y luego Scarpa le dijo a Elron que me matara..., sólo para demostrarle a la reina que hablaba en serio. Elron me lanzó una estocada, pero yo la desvié con la muñeca. Me dejé caer y desparramé la sangre para que pareciese que me había matado. Ehlana se arrojó sobre mí fingiendo un ataque de histeria, pero había visto mi maniobra. —La baronesa sacó un anillo de rubí de debajo de la almohada—. Esto es para ti, príncipe Sparhawk. Tu esposa lo ocultó en mi corpiño. También me dijo: «Dile a Sparhawk que estoy bien, y que le prohíbo que entregue el Bhelliom, por muchas cosas que amenacen hacer conmigo». Ésas fueron sus palabras exactas. Luego me cubrió con una manta.

Sparhawk cogió el anillo y se lo puso en un dedo.

—Ya veo —comentó con voz calma—. ¿Qué sucedió luego, Melidere?

—Scarpa le dijo a tu esposa que él y sus amigos iban a llevársela como rehén.

Dijo que te sentías tan estúpidamente atraído hacia ella que darías cualquier cosa con tal de que regresara sana y salva. Es obvio que tiene intención de intercambiarla por el Bhelliom. Krager ya tenía preparada una nota. Le cortó a Ehlana un mechón de cabello para dejarlo con la misma. Deduzco que habrá otras notas, y a cada una la acompañará un mechón de pelo para demostrar su autenticidad. Luego se apoderaron de Ehlana y Alean, y se marcharon.

—Gracias, baronesa —replicó Sparhawk con voz todavía serena—. Has demostrado una asombrosa valentía en este desgraciado asunto. ¿Puedo leer esa nota?

Melidere volvió a meter la mano debajo de la almohada, y sacó un pliego de pergamino sellado, que le entregó.

Berit había amado a su reina desde el momento en que la vio por primera vez, sentada en su trono encerrado en cristal, aunque nunca le había mencionado el hecho a ella. Habría otros amores en la vida de él, por supuesto, pero ella sería siempre el primero. Así que, cuando Sparhawk rompió el sello, desplegó el pergamino y cogió delicadamente el grueso mechón de pálidos cabellos rubios, la mente de Berit se llenó repentinamente de llamas. Su mano se cerró con fuerza sobre el mango del hacha de guerra.

Khalad lo aferró por un brazo, y Berit sintió una vaga sorpresa al notar la fuerza que su amigo tenía en las manos.

—Eso no va a hacerle ningún bien en absoluto a nadie, Berit —le dijo con voz enérgica—. Ahora, ¿por qué no me das el hacha antes de que hagas alguna estupidez con ella?

Berit respiró profundamente, apartando de sí la repentina furia irracional.

—Lo siento, Khalad —replicó—. Creo que perdí el control durante un momento. Ahora ya estoy bien. —Miró a su amigo—. Sparhawk va a dejarte matar a Krager, ¿verdad?

—Eso dice.

—¿Te gustaría contar con un poco de ayuda?

Khalad le dedicó una breve sonrisa.

—Siempre es agradable tener compañía cuando estás haciendo algo que requiere varios días —replicó.

Sparhawk leyó apresuradamente la nota, mientras su otra mano continuaba sujetando con delicadeza el mechón de pálidos cabellos de Ehlana. Berit pudo ver que los músculos se contraían a lo largo de la mandíbula de su amigo mientras leía. Luego le entregó la nota a Vanion.

—Será mejor que les leas tú esto a los demás —declaró con frialdad. Vanion asintió con la cabeza y comenzó a leer la nota. Se aclaró la garganta.

—«Bueno, Sparhawk —comenzó a leer—, deduzco que tu pataleta temperamental ha terminado ya. Espero que no hayas matado a muchos de los que se

suponía que debían guardar a tu esposa.

»Me temo que la situación que tienes aquí es penosamente evidente. Nos llevamos a Ehlana como rehén. Tú vas a portarte bien, ¿verdad, viejo amigo? La parte tediosamente obvia de todo esto es que podrás tenerla de vuelta a cambio del Bhelliom y los anillos. Te daremos algunos días para que despotriques, te encolerices e intentes buscarle una salida a la situación. Luego, cuando hayas recobrado la sensatez y te hayas dado cuenta de que no tienes otra alternativa que hacer lo que se te ordena, te enviaré otra nota con instrucciones más precisas. Sé buen chico y sigue esas instrucciones al pie de la letra. Preferiría no verme obligado a matar a tu esposa, así que no trates de ser creativo.

»Que lo pases bien, Sparhawk, y mantente a la espera de mi siguiente nota. Sabrás que procede de mí porque la decoraré con otro mechón del pelo de Ehlana. Pon mucha atención, porque si nuestra correspondencia se alarga demasiado tu esposa se quedará sin pelo y yo tendré que comenzar a recurrir a sus dedos».

—Y está firmada: «Krager» —concluyó Vanion.

Kalten propinó un fuerte puñetazo a la pared, con el rostro rígido de furia.

—¡Basta con eso! —le espetó Vanion.

—¿Qué vamos a hacer? —exigió saber Kalten—. ¡Tenemos que hacer algo!

—Para empezar, no vamos a dar un salto de dos metros y medio en el aire y descender corriendo —replicó Vanion.

—¿Dónde está Mirtai? —La voz de Kring tenía una repentina nota de alarma.

—Ella está perfectamente bien, domi —le aseguró Sarabian—. Se sintió un poco irritada al descubrir lo que había sucedido.

—¿Un poco? —murmuró Oscagne—. Hicieron falta doce hombres para someterla. Está en su habitación, domi Kring..., encadenada a su cama, de hecho. También hay allí algunos guardias para evitar que se cause ningún mal a sí misma.

Kring se volvió abruptamente y salió del dormitorio de Melidere.

—Estamos cansándote, ¿no es cierto, baronesa? —preguntó entonces, Sarabian.

—En lo más mínimo, majestad —replicó ella con tono frío. Los miró a todos—. Estamos un poco apretados aquí. ¿Por qué no nos trasladamos a la sala de estar? Imagino que pasaremos toda la noche con este asunto, así que sería mejor que nos pusiéramos cómodos. —Apartó la ropa de cama y comenzó a levantarse.

Stragen se lo impidió con suavidad, y luego la cogió en brazos.

—Puedo caminar, Stragen —protestó ella.

—No. Mientras yo esté cerca, no puedes. —La habitual expresión de civilizada cortesía de Stragen había desaparecido de su rostro cuando se volvió a mirar a los demás, para ser reemplazada por una de fría cólera apenas reprimida—. Una cosa, caballeros —declaró—. Cuando demos alcance a esa gente, Elron es mío. Me sentiré muy irritado con cualquiera que lo mate por accidente.

Los ojos de la baronesa Melidere expresaban un profundo contento; había una ligera sonrisa en sus labios cuando descansó la cabeza en el hombro de Stragen.

Caalador los estaba esperando en la sala. Tenía las rodillas y los codos sucios de fango, y había telarañas en sus cabellos.

—Lo he encontrado, majestad —informó al emperador—. Sale del sótano de esos barracones que los caballeros de la iglesia han estado utilizando. —Miró apreciativamente a Sparhawk—. He conseguido reunir un poco de información para ti.

—Te lo agradezco, Caalador —replicó Sparhawk con voz queda. La calma casi inhumana del enorme pandion los tenía a todos más que un poco nerviosos.

—Stragen se encontró un poco distraído después de lo que le sucedió a la baronesa —informó Caalador—, así que yo quedé más o menos en libertad de hacer lo que pudiera. Di algunos pasos bastante directos. Las ideas fueron todas mías, así que no lo culpes a él.

—No tienes por qué hacer eso, Caalador —protestó Stragen mientras colocaba cuidadosamente una manta alrededor de los hombros de Melidere—. Tú no hiciste nada que yo no aprobase.

—Deduzco que ha habido algunas atrocidades —resumió Ulath.

—Déjame comenzar por el principio —pidió Caalador mientras se pasaba las manos por el pelo en un intento de quitarse las telarañas—. Uno de los hombres que planeábamos matar durante el festival de la cosecha, consiguió esquivar a mis degolladores, y me envió un mensaje ofreciéndome información a cambio de su vida. Yo consentí en eso, y me contó algo de lo que no estaba enterado. Nosotros sabíamos que había túneles que corrían por debajo del prado del complejo imperial, pero lo que no sabíamos es que toda la ciudad es un panal de túneles. Fue así como Krager y sus amigos entraron en los terrenos imperiales, y fue así como se llevaron a la reina y su camarera.

—Os lo ruego, maese Caalador, aguardad un momento —pidió Xanetia—. Yo he visto los recuerdos del ministro del Interior, y él no tenía conocimiento desos túneles.

—Eso no sería difícil de explicar, anarae —le respondió el patriarca Emban—. Los subordinados ambiciosos les ocultan con frecuencia algunas cosas a sus superiores. Teovin, el director de la Policía Secreta, probablemente tenía los ojos puestos en el cargo de Kolata.

—Lo que dice vuestra gracia es muy probable —asintió Caalador—. En cualquier caso, mi informante conocía el emplazamiento de algunos de los túneles, y puse ahí abajo a algunos hombres para que buscaran más, mientras yo interrogaba a varios miembros de la Policía Secreta que estaban encarcelados. Los métodos que empleé fueron bastante directos, y los que sobrevivieron al interrogatorio se sintieron más que encantados de cooperar.

»Los túneles estuvieron muy transitados la noche en que la reina fue secuestrada.

Los diplomáticos que estaban fortificados en la embajada cynesgana conocían el plan, y se dieron cuenta de que nosotros derribaríamos sus muros a patadas en cuanto descubriésemos que la reina había desaparecido. Intentaron huir por los túneles, pero yo ya tenía hombres apostados en esos agujeros de ratas. Se produjeron algunos enfrentamientos ruidosos, y conseguimos detener o matar a casi la totalidad del personal de la embajada. El embajador mismo sobrevivió, y yo dejé que mirara mientras interrogaba a varios subsecretarios. Le tengo mucho cariño a la reina Ehlana, así que me mostré bastante firme con ellos. —Miró a Sefrenia—. No creo que haga falta que entre en demasiados detalles —agregó.

—Gracias —murmuró Sefrenia.

—El embajador no sabía realmente demasiado —prosiguió Caalador con tono de disculpa—, pero sí me dijo que Scarpa y sus amigos se encaminaban hacia el sur... cosa que podría ser o no un engaño. Su majestad ordenó que fueran cerrados los puertos de Micae y Saranth, y puso a los atanes a patrullar las carreteras desde Tosa hasta la costa sólo para asegurarse. Nada ha resultado todavía, por lo que Scarpa consiguió huir delante de nosotros, o se ha ocultado en algún lugar de las proximidades.

La puerta se abrió y Kring volvió a reunirse con ellos, con expresión sombría.

—¿La has desencadenado? —le preguntó Tynian.

—Eso no sería una buena idea en este preciso momento, amigo Tynian. Ella se siente personalmente responsable por el secuestro de la reina. Quiere matarse. He sacado de la habitación todo lo que tiene filo, pero no creo que de momento sea conveniente desencadenarla.

—¿Le has quitado esa cuchara que tiene? —preguntó Talen.

Los ojos de Kring se abrieron de par en par.

—¡Oh, Dios! —exclamó, mientras se lanzaba hacia la puerta.

—Si al menos nos gritara o golpeará la pared con los puños o algo así... —le murmuró Berit a Khalad a la mañana siguiente, cuando volvieron a reunirse en la sala tapizada de azul—. Lo único que hace es permanecer sentado.

—Sparhawk se guarda sus sentimientos para sí —replicó irritado Khalad.

—¡Estamos hablando de su esposa, Khalad! Se queda ahí sentado como un zoque. ¿Es que no tiene absolutamente ningún sentimiento?

—Por supuesto que los tiene, pero no va a sacarlos y blandirlos por ahí para que los contemplemos. En este preciso momento, para él es más importante pensar que sentir. Está escuchando y reuniendo las piezas. Está guardando sus sentimientos para cuando le ponga las manos encima a Scarpa.

Sparhawk estaba sentado, con su hija sobre el regazo. Parecía estudiar el piso y acariciaba con aire ausente a la gata de Danae.

Vanion les contaba al emperador y los demás lo relativo a Klael y la disposición

estratégica de las fuerzas militares: los trolls en las Montañas Tamules, en el centro-sur de Tamul; los atanes en Sarna, y los pelois de Tikume en Samar.

Flute se hallaba sentada sobre el regazo de Sefrenia y guardaba silencio. Berit advirtió algo que no se le había ocurrido antes. Miró primero a la princesa Danae y luego a la diosa-niña. Parecían ser más o menos de la misma edad, y por alguna razón, el porte y modales de ambas parecía muy similar.

La presencia de la diosa-niña estaba teniendo un efecto peculiar sobre el emperador Sarabian. El brillante y errático gobernante del continente parecía pasmado por la presencia de ella, y permanecía sentado, contemplándola con los ojos abiertos de par en par. Tenía el semblante pálido, y resultaba obvio que no escuchaba lo que decía lord Vanion.

Finalmente, Afrael giró la cabeza y le devolvió la mirada. Luego se puso bizca.

—¿No te dijo nunca tu madre que no es de buena educación mirar fijamente a los demás, Sarabian? —le preguntó.

—Cuida tus modales —la reprendió Sefrenia.

—Se supone que debería estar escuchando. Si quiero adoración, conseguiré un perrito.

—Perdóname, diosa Afrael —se disculpó el emperador—. Raras veces tengo visitantes divinos. —La contempló con bastante atención—. Espero que no te importe que lo diga, pero te pareces mucho a la hija del príncipe Sparhawk. ¿Has conocido ya a su alteza real?

La cabeza de Sparhawk se levantó con brusquedad, y en sus ojos apareció una mirada extraña, casi desorbitada.

—Ahora que lo mencionas, no creo haberla conocido —contestó Flute. Miró a la princesa que se hallaba al otro lado de la sala. Berit advirtió que los ojos de Sefrenia estaban también un poco desorbitados cuando Flute se deslizó de su regazo y atravesó la sala hasta el asiento de Sparhawk—. Hola, Danae —dijo la diosa-niña en un estilo informal.

—Hola, Afrael —replicó la princesa en un tono casi exactamente igual—. ¿Vas a hacer algo para traer a mi madre de vuelta a casa?

—Estoy trabajando en ello. Intenta evitar que tu padre alborote demasiado al respecto. No le sirve para nada bueno a ninguno de nosotros cuando estalla en pedazos y tenemos que recoger los trozos y volver a montarlo.

—Ya lo sé. Haré lo que pueda con él. ¿Te gustaría coger en brazos a mi gata?

Flute miró a *Mmrr*, cuyos ojos estaban llenos de una expresión de horror absoluto.

—Me parece que no le gusto —comentó.

—Yo me encargaré de mi padre —le aseguró Danae a la pequeña diosa—. Tú hazte cargo de los otros.

—De acuerdo. —Afrael hizo una pausa—. Creo que vamos a llevarnos bien —declaró—. No te importará si paso a visitarte de vez en cuando, ¿verdad?

—Cuando quieras, Afrael.

Estaba sucediendo algo muy peculiar. Berit no veía nada insólito en la conversación de las dos niñas, pero el rostro de Sparhawk y el de Sefrenia demostraban con total claridad que los dos se sentían muy inquietos.

Berit mantuvo una expresión indiferente y miró a los demás que se encontraban en la sala. Todos tenían sonrisas indulgentes en el rostro mientras contemplaban aquella charla..., todos excepto lord Vanion y la anarae Xanetia. Los rostros de ellos dos no estaban menos tensos que los de Sparhawk y Sefrenia. Era evidente que acababa de suceder algo de proporciones titánicas, pero ni por su vida podía Berit conjeturar de qué se trataba.

—No creo que debamos descartar esa posibilidad —dijo Oscagne con tono grave—. La baronesa Melidere ha demostrado una y otra vez que posee una mente penetrante.

—Gracias, excelencia —le dijo Melidere con dulzura.

—La verdad es que no estaba haciéndote un elogio, baronesa —replicó él con tranquilidad—. Tu inteligencia es un recurso que debemos explorar en esta situación. Tú has visto a Scarpa y nosotros no. ¿Crees realmente que está loco?

—Sí, excelencia, completamente loco. No fue sólo su comportamiento lo que me convenció de ello. Krager y los demás lo trataban de la forma en que uno trataría a una cobra viva. Los tiene aterrorizados.

—Eso encaja casi a la perfección con algunos de los informes que obtuve de los ladrones de Arjuna —asintió Caalador—. Siempre hay un poco de exageración cuando la gente habla de un loco, pero era algo que figuraba en todos los informes.

—Si intentas conseguir que Sparhawk y yo nos sintamos mejor, lo haces de una manera extraña, Caalador —declaró Kalten con tono acusador—. Estás sugiriendo que las mujeres que amamos son prisioneras de un demente. Podría hacerles cualquier cosa.

—Puede que no sea tan malo como parece, caballero Kalten —intervino Oscagne—. Si Scarpa está loco, ¿no existe la posibilidad de que este secuestro haya sido idea exclusiva de él? Si ése fuera el caso, nuestra solución se vuelve casi demasiado sencilla. El príncipe Sparhawk simplemente se limita a seguir las instrucciones que reciba en la carta, y cuando Scarpa se presente con la reina Ehlana y Alean, su alteza no tiene más que entregarle el Bhelliom. Todos sabemos lo que le sucederá a Scarpa en cuanto lo toque.

—Estás poniendo al mismo nivel la locura y la debilidad mental, Oscagne —objetó Sarabian—, y ésa no es la forma en que funciona. Zalasta sabe que los anillos lo protegerán si alguna vez consigue ponerle las manos encima al Bhelliom, y si él lo sabe, tenemos que suponer que Scarpa también está enterado de ello. Exigirá los anillos antes de tratar de tocar siquiera la gema.

—En ese caso, tenemos tres posibilidades —resumió el patriarca Emban—. O

bien Cyrgon le ordenó a Zalasta disponer el secuestro, o la idea se le ocurrió a Zalasta por su cuenta, o Scarpa está tan loco que piensa que puede coger el Bhelliom y comenzar a darle órdenes sin instrucción ni preparación de ninguna clase.

—Hay otra posibilidad, además de las que ha mencionado vuestra gracia —dijo Ulath—. Puede que Klael ya esté al mando, y ésa podría ser su forma de obligar al Bhelliom a que vaya a su encuentro para que tenga lugar la habitual contienda.

—¿En qué cambia eso las cosas a estas alturas? —inquirió de pronto, Sparhawk—. No sabremos de quién fue la idea hasta que no se presente para realizar el intercambio.

—Tendríamos que tener algunos planes ya trazados, príncipe Sparhawk —señaló Oscagne—. Debemos intentar pensar cómo actuaremos en cada situación, de forma que sepamos qué hacer cuando llegue el momento.

—Yo ya sé qué voy a hacer, excelencia —replicó Sparhawk con frialdad.

—De momento, no podemos hacer nada —se apresuró a intervenir Vanion—. Lo único que nos queda es aguardar la siguiente nota de Krager.

—Eso es verdad —asintió Ulath—. Krager va a darle instrucciones a Sparhawk. Esas instrucciones podrían proporcionarnos alguna pista respecto a de quién es la idea, en realidad.

—Tú también te diste cuenta, ¿verdad? —le preguntó Berit a Khalad aquella noche, cuando ambos se preparaban para irse a la cama.

—¿Si me di cuenta de qué?

—No te hagas el inocente conmigo, Khalad. Tú ves absolutamente todo lo que sucede cerca de ti. No se te escapa nada. Sparhawk y Sefrenia se comportaron de una forma muy peculiar cuando Flute y Danae estaban hablando entre sí.

—Sí —admitió Khalad con calma—. ¿Y qué?

—¿No sientes curiosidad por conocer el porqué?

—¿Se te ha ocurrido pensar que ese «porqué» podría no ser asunto tuyo? Berit evitó responder a eso.

—¿Has advertido lo mucho que se parecen entre sí esas dos muchachas? Khalad se encogió de hombros.

—Tú eres el experto en chicas.

Berit se sonrojó de repente y se maldijo en silencio por ruborizarse.

—No es un secreto, ¿sabes? —le comentó Khalad—. La emperatriz Elysoun es bastante clara. No oculta sus sentimientos más que lo que oculta sus..., bueno, ya sabes qué.

—Es una buena chica —declaró Berit con voz queda, en defensa de la emperatriz—. Lo que sucede es que simplemente su pueblo no le presta ninguna atención a nuestro tipo de moral. Ni siquiera pueden comprender la noción de fidelidad.

—Yo no la estoy atacando. Si su forma de comportarse no le molesta al marido, te

aseguro que a mí tampoco. Yo soy un muchacho campesino, ¿recuerdas? Nosotros somos más realistas respecto a ese tipo de cosas. Pero si fuera tú, no me apegaría demasiado a ella, Berit. Es probable que su atención se aparte de ti en un momento dado.

—Ya lo ha hecho —replicó Berit—, aunque ella no quiere interrumpir nuestra amistad. Quiere ser amiga mía y de él... y de la media docena de otros que se olvidó de mencionar con anterioridad.

—El mundo necesita más relaciones amistosas, Berit —replicó Khalad con una sonrisa—. No habría tantas guerras si la gente fuese más cordial.

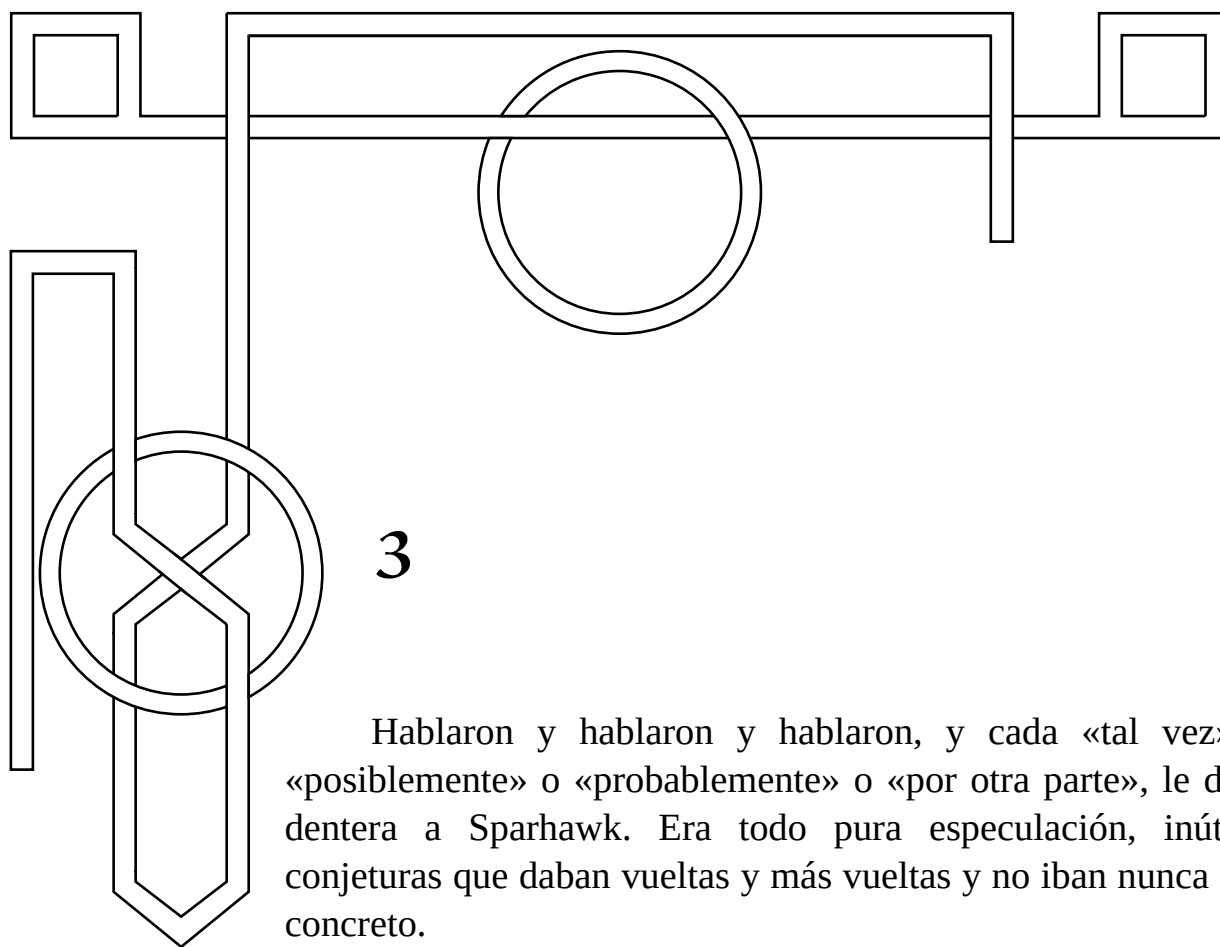
La siguiente nota de Krager llegó dos días después, y daba cuenta de su autenticidad otro mechón del cabello de Ehlana. La idea de que aquel borracho embrutecido estuviera violando los pálidos cabellos rubios de su reina, enfureció a Berit por alguna oscura razón. Una vez más, Vanion les leyó la carta a todos mientras Sparhawk permanecía sentado y un poco aparte de los demás, con los cabellos de su esposa delicadamente cogidos entre los dedos.

—«Sparhawk, viejo amigo —comenzaba la nota—, no te importará que te llame así, ¿verdad? Siempre admiré la forma en que Martel soltaba esa expresión cuando las cosas estaban saliendo como él quería. Era casi la única cosa que admiraba de él.

»Basta de estos queridos recuerdos. Vas a realizar un viaje, Sparhawk. Queremos que cojas a tu escudero y viajes por la habitual ruta terrestre hasta Beresa, en el sureste de Arjuna. Te estaremos vigilando, así que no cojas ningún desvío, ni hagas que Kalten y los otros monos te sigan los pasos, ni llesves a Sefrenia en el bolsillo camuflada de ratón o pulga, y, de manera absolutamente terminante, no utilices el Bhelliom para nada de nada..., ni siquiera para hacer una hoguera. Sé que podemos confiar en tu absoluta cooperación, viejo amigo, puesto que nunca volverás a ver a Ehlana con vida si te portas mal.

»Siempre es un placer hablar contigo, Sparhawk, en especial a la vista del hecho de que esta vez tienes las manos encadenadas. Ahora, deja de perder el tiempo. Coge a Khalad y el Bhelliom y acude a Beresa. Allí recibirás más instrucciones.

»Afectuosamente, Krager».



Hablaron y hablaron y hablaron, y cada «tal vez» o «posiblemente» o «probablemente» o «por otra parte», le daba dentera a Sparhawk. Era todo pura especulación, inútiles conjeturas que daban vueltas y más vueltas y no iban nunca a lo concreto.

Él se encontraba sentado en una silla algo alejada de los demás, con el mechón de pálido cabello en la mano. El pelo estaba extrañamente vivo, enrollado en sus dedos como una suave caricia.

Era culpa de él, por supuesto. Nunca debería haber permitido que Ehlana fuera a Tamuli. Pero la cosa iba más lejos que eso: Ehlana había estado en peligro durante toda la vida, y eso se debía a él, al hecho de que fuese Anakha. Xanetia había dicho que Anakha era invencible, pero se equivocaba. Anakha era tan vulnerable como cualquier hombre casado. Al casarse con Ehlana, la había puesto de inmediato en peligro, un peligro que duraría mientras ella viviese.

No tendría que haberse casado con ella. La amaba, por supuesto, pero ¿era un acto de amor el ponerla en peligro? Maldijo en silencio la debilidad que lo llevó a considerar siquiera la idea la primera vez que ella la había planteado. Él era un soldado, y los soldados no deberían casarse nunca..., en particular los endurecidos y vapuleados veteranos con demasiados años y demasiadas batallas tras de sí, además de con muchos enemigos aún con vida. ¿Era él un viejo estúpido y egoísta? ¿Un asqueroso lascivo ansioso de aprovecharse del apasionamiento de una muchacha tonta? Ehlana había declarado con extravagancia que se moriría si él la rechazaba, pero él sabía que algo así no iba a suceder. La gente muere porque le clavan una espada en la barriga, o de vieja, pero no se mueren de amor. Él tendría que haberse reído en la cara y rechazado la absurda orden de ella. Luego podría haber dispuesto

un matrimonio apropiado para la muchacha, un matrimonio con algún joven noble atractivo, de buenos modales y ocupación sin riesgos. Si lo hubiese hecho, ella estaría aún sana y salva en Cimmura, en lugar de en las manos de locos, brujos degenerados y dioses ajenos para quienes la vida de ella no significaba absolutamente nada.

Y, a pesar de eso, los otros continuaban hablando y hablando y hablando. ¿Por qué estaban gastando tanta saliva? No había alternativa en aquel asunto. Sparhawk obedecería las instrucciones porque la vida de Ehlana dependía de ello. Sin duda, los otros discutirían con él a ese respecto, y esas discusiones no harían más que irritarlo. Probablemente, lo mejor sería coger el Bhelliom y llevarse a Khalad, salir a hurtadillas de Matherion sin darles ocasión de volverle loco con sus balbuceos sin sentido.

Fue el toque de una brisa primaveral en una mejilla y el suave roce de un hocico en una mano, lo que le despertó de su lóbrega ensoñación.

—No era molestaros el intento mío, caballero —se disculpó el ciervo blanco—, pero la mi señora desea cambiar unas palabras con vos.

Sparhawk volvió la cabeza, atónito. Ya no se encontraba en Matherion, sentado en la sala tapizada de azul, y las voces de los otros se habían desvanecido para ser reemplazadas por el suave chapoteo de las olas en una playa dorada. Su asiento se hallaba ahora posado sobre el piso de mármol del templo de Afrael, en una pequeña isla verde que se alzaba del mar como una gema. La brisa era suave bajo el cielo coloreado por el arcoíris, y los ancianos robles que rodeaban el templo de alabastro susurraban con dulzura.

—Vos me habéis olvidado —le reprochó la gentil cierva blanca, con sus líquidos ojos tocados por la tristeza.

—Nunca —replicó él—. Yo os recordaré siempre, querida criatura, porque os quiero, de la misma forma que os quise cuando nos encontramos por vez primera. —La extravagante expresión acudió a sus labios sin que la buscase.

La cierva blanca suspiró de felicidad y descansó su nivea cabeza sobre el regazo de Sparhawk. Él le acarició el arqueado cuello blanco y miró en torno de sí.

La diosa-niña Afrael, ataviada de blanco y rodeada por un fulgente nimbo, estaba tranquilamente sentada sobre la rama de uno de los robles cercanos. Levantó su flauta de pan y tocó un gorjeo casi burlón.

—¿Qué te traes ahora entre manos, Afrael? —le gritó él, apartando a la fuerza las floridas palabras que acudían a sus labios.

—He pensado que quizá desearías hablar —replicó ella, a la vez que bajaba la flauta—. ¿Querías disponer de un poco más de tiempo para la automortificación? ¿Te apetecería tener un látigo para poder flagelarte con él? Tómate todo el tiempo que quieras, padre. Este instante en particular durará todo el tiempo que quieras. —Tendió uno de sus piecillos manchados de hierba, lo descansó en la nada absoluta y descendió tranquilamente por una escalera no existente hasta el piso de alabastro de su templo. Se sentó sobre el mismo, cruzó las piernas a la altura de los tobillos, y

volvió a llevarse la flauta a los labios.

—¿Molestaría tus amargas reflexiones si toco?

—¿Puede saberse qué crees que estás haciendo? —exigió saber él. Ella se encogió de hombros.

—Pareces tener una misteriosa necesidad de penitencia de alguna clase, y no hay tiempo para eso. Yo no sería una diosa muy respetable si no pudiera satisfacer ambas necesidades a un mismo tiempo, ¿no te parece? —Levantó la flauta—. ¿Tienes alguna pieza preferida que te gustaría escuchar?

—No hablarás en serio de verdad, ¿no?

—Sí. —La diosa-niña sopló otro trino corto en la flauta.

Él la miró con ferocidad durante un momento, y luego renunció.

—¿Podemos hablar del asunto? —le preguntó.

—¿Has recobrado la sensatez? ¿Ya? Asombroso.

Sparhawk recorrió la isla con la mirada.

—¿Dónde se encuentra este lugar? —le preguntó con curiosidad.

La diosa-niña se encogió de hombros.

—Dondequiera que a mí me apetezca que esté. Lo llevo conmigo a todas partes. ¿Era en serio lo que estabas pensando hace un instante, Sparhawk? ¿De verdad que ibas a coger el Bhelliom, aferrar a Khalad por el pescuezo, saltar sobre *Faran* e intentar alejarte en tres direcciones a un tiempo?

—Lo único que Vanion y los demás están haciendo es hablar, Afrael, y el hablar no va a llevarnos a ninguna parte.

—¿Has hablado con el Bhelliom sobre esa idea tuya?

—La decisión me corresponde tomarla a mí, Afrael. Ehlana es mi esposa.

—¡Qué valiente eres, Sparhawk! Estás tomando una decisión que afecta al Bhelliom sin consultarlo siquiera. No te dejes engañar por su aparente cortesía, padre. No es más que un reflejo de su forma de habla arcaica. No va a hacer nada que sepa que es erróneo, por muy triste que te sientas tú por ti mismo, y si te pones demasiado insistente, podría decidirse a crear un nuevo sol... a unos quince centímetros de tu corazón.

—Yo tengo los anillos, Afrael. Todavía soy el que da las órdenes.

Ella se le rió en la cara.

—¿Crees realmente que los anillos significan algo, Sparhawk? No tienen absolutamente ningún control sobre el Bhelliom. Eso no fue más que un subterfugio destinado a ocultar el hecho de que tiene una consciencia... y una voluntad y un propósito propios. Puede hacer caso omiso de los anillos cuando le dé la gana.

—¿Y por qué me necesitaba?

—Porque tú eres una necesidad, Sparhawk..., como el viento, las mareas o la lluvia. Eres tan necesario como lo es Klael... o el Bhelliom... o yo, ya que estamos en ello. Algún día tendremos que volver a encontrarnos aquí y mantener una larga charla sobre la necesidad, pero en este momento estás un poco apremiado por el

tiempo.

—¿Y qué fue esa pequeña actuación virtuosa tuya de ayer? ¿También una necesidad? ¿Se habría acabado el mundo si no hubieses mantenido una conversación contigo misma?

—Lo que hice ayer fue útil, padre, no necesario. Yo soy quien soy, y eso no puedo cambiarlo. Cuando me encuentro pasando por una de estas transiciones, por lo general me rodea gente que conoce a ambas niñas, y esas personas comienzan a detectar similitudes. Siempre le he dado importancia a hacer que ambas niñas se conozcan en público. Eso evita preguntas tediosas y aquieta sospechas indeseables.

—Aterrorizaste a *Mmrr*, ¿sabes?

Ella asintió con la cabeza.

—Ya la contentaré. Eso ha sido siempre un problema. Los animales pueden ver a través de mi disfraz. Ellos no nos miran como nosotros nos miramos los unos a los otros.

Sparhawk suspiró.

—¿Qué voy a hacer, Afrael?

—Esperaba que una visita aquí te devolviera la sensatez. Hacer un intermedio en la realidad suele surtir ese efecto.

Él levantó los ojos hacia el cielo privado de Afrael, coloreado por el arco iris.

—¿Es esta tu idea de la realidad?

—¿No te gusta mi realidad?

—Es encantadora —replicó él, mientras acariciaba distraídamente el blanco cuello de la cierva—, pero es un sueño.

—¿Estás del todo seguro de eso, Sparhawk? ¿Tienes una certeza tan absoluta de que esto no es la realidad y el otro lugar no es el sueño?

—No comiences con esas cosas. Me dan dolor de cabeza. ¿Qué debo hacer?

—Yo diría que el primer paso que debes dar es mantener una larga charla con el Bhelliom. Todo ese abatimiento tuyo y la contemplación de ideas arbitrarias por tu parte lo tienen bastante preocupado.

—De acuerdo. Y luego, ¿qué?

—Todavía no he llegado tan lejos. —Ella le sonrió—. Estoy trabajando'n eso, tesorio —agregó.

—No les sucederá nada malo —dijo Sparhawk, descansando suavemente una mano sobre uno de los hombros de su apesadumbrado amigo.

Kalten levantó el rostro, con los ojos llenos de desesperada aflicción y le preguntó:

—¿Estás seguro, Sparhawk?

—Así será si conseguimos no perder la cabeza. Ehlana estaba en un peligro mucho mayor cuando yo regresé de Rendor, y conseguimos solucionar eso, ¿no es

verdad?

—Supongo que tienes razón. —Kalten se enderezó en el asiento y se estiró hacia abajo el jubón azul. Su rostro estaba desolado—. Creo que voy a ir en busca de gente para hacerle daño.

—¿Te importaría si te acompañara?

—Puedes ayudarme si te apetece. —Kalten se frotó un lado de la cara—. He estado pensando —comentó—. Tú sabes que si sigues las instrucciones de la nota de Krager, yo seré capaz de seguirte el rastro desde un extremo al otro de Tamuli durante todo el año próximo o más, ¿verdad?

—¿Tengo alguna alternativa? Estarán vigilándome.

—Que lo hagan. ¿Recuerdas cómo conocimos a Berit? Sparhawk se encogió de hombros.

—Era un novicio del Capítulo de Cimmura.

—No. Cuando yo lo conocí, no lo era. Yo regresaba del exilio en Lamorkand, y me detuve en una taberna del camino, en las afueras de Cimmura. Berit se encontraba allí con Kurik, y llevaba puesta tu armadura. Ni siquiera yo, que te conocía desde la infancia, me di cuenta de que no eras tú. Si yo no pude advertirlo, tengo la seguridad de que los espías de Krager tampoco se darán cuenta. Si alguien tiene que dar vueltas por Tamuli, que sea Berit quien lo haga. Tú y yo tenemos mejores cosas que hacer.

Sparhawk estaba asombrado.

—Ésa es la mejor idea que he oído hasta ahora. —Miró a los otros que los rodeaban—. ¿Podéis prestarme un poco de atención, por favor? —dijo.

Todos se volvieron a mirarlo de inmediato. Sus rostros mostraban perplejidad.

—Es hora de ponerse a trabajar —declaró—. Kalten acaba de recordarme que en el pasado hemos utilizado a sir Berit como señuelo. Berit y yo somos aproximadamente del mismo tamaño, mi armadura le queda más o menos bien, y con la visera del yelmo baja, nadie es capaz de distinguir que en realidad no se trata de mí. Si podemos convencerle de que represente una vez más a un viejo y quebrantado veterano de campañas, podríamos tener la posibilidad de prepararles unas cuantas sorpresas a Krager y sus amigos.

—Ni siquiera tienes que pedírmelo, Sparhawk —le aseguró Berit.

—Espera a oír algunos detalles antes de presentarte voluntario de esa manera, Berit —le aconsejó Khalad a su amigo con voz lastimera.

—Tu padre solía decir lo mismo, con casi total exactitud —recordó Berit.

—¿Por qué no lo escuchaste?

—Es un plan interesante, príncipe Sparhawk —comentó Oscagne, un poco dubitativo—, pero ¿no es extremadamente peligroso?

—Yo no tengo miedo, excelencia —protestó Berit.

—Yo no estaba hablando del peligro que correrías tú, joven caballero. Me refiero al peligro que entraña para la reina Ehlana. En el momento en que alguien descubra tu disfraz, bueno... —Oscagne tendió las manos abiertas ante sí.

—En ese caso, tendremos que asegurarnos de que el disfraz es infalible — reflexionó Sefrenia.

—No podrá mantener la visera constantemente baja, Sefrenia —objetó Sarabian.

—No creo que vaya a tener que hacerlo —replicó la mujer estiriana, y luego le dirigió a Xanetia una mirada especulativa—. ¿Confiamos lo bastante la una en la otra como para cooperar, anarae? —le preguntó a la delfae—. Me refiero a algo un poco más profundo de lo que hemos hecho hasta el momento.

—Escucharé con toda la atención la vuesa propuesta, hermana mía.

—La magia delfae está dirigida principalmente hacia el interior, ¿verdad?

Xanetia asintió con la cabeza.

—Es probable que ése sea el motivo de que nadie pueda percibirla. La magia estiriana es justo lo contrario. Nosotros alteramos las cosas que nos rodean, así que nuestra magia sale al exterior. Ninguna de las dos formas funcionará por sí sola en esta situación en particular, pero si las combináramos... —Dejó la idea suspendida en el aire entre ambas.

—Es una noción interesante —meditó Afrael.

—No sé si te sigo —dijo Vanion.

—La anarae y yo tendremos que experimentar un poco —le explicó Sefrenia—, pero si lo que tengo en mente funcionara, podremos hacer que Berit se parezca tanto a Sparhawk que podrán utilizarse el uno al otro como espejos de afeitarse.

—Siempre que cada uno de nosotros sepa con toda exactitud lo que el otro está haciendo, no es demasiado difícil, Sparhawk —le aseguró Sefrenia más tarde, cuando él y Berit se reunieron con ella, Vanion y la anarae, en la habitación que ella compartía con el preceptor de los pandiones.

—¿Funcionará de verdad? —le preguntó él, dubitativo.

—De hecho, todavía no lo han intentado, Sparhawk —le aclaró Vanion—, así que no podemos estar del todo seguros.

—Eso no suena demasiado prometedor. Esta cara no es nada del otro mundo, pero es la única que tengo.

—No habrá ningún peligro para vos ni para el joven Berit, Anakha —dijo Xanetia—. En épocas pasadas ha sido menester para mi pueblo el abandonar el nuestro valle y salir a mezclarse con los otros. Ésta ha sido la forma de ocultar la verdadera identidad nuestra.

—Funciona más o menos así, Sparhawk —explicó Sefrenia—. Xanetia lanza un hechizo delfae que normalmente imprimiría tus facciones sobre el propio rostro de ella, pero en cuanto ella deja libre su hechizo, yo lanzo uno estiriano que desvía el de ella hacia Berit.

—Pero, cuando tú lances tu hechizo, ¿no lo percibirán todos los estirianos de Matherion? —le preguntó Sparhawk.

—Eso es lo bonito del asunto, Sparhawk —replicó Afrael—. El hechizo en sí se origina en Xanetia, y los demás no pueden sentir ni oír un hechizo delfae. El propio Cyrgon podría encontrarse en la habitación de al lado, y no oiría absolutamente nada.

—¿Estás segura de que va a resultar?

—Hay una sola forma de averiguarlo.

Sparhawk, por supuesto, no sintió nada. Después de todo, él no era más que el modelo. Sin embargo, resultaba un poco desconcertante el observar cómo la apariencia de Berit cambiaba gradualmente.

Cuando el hechizo combinado llegó a su fin, Sparhawk inspeccionó con todo cuidado a su amigo.

—¿Tengo realmente ese aspecto de perfil? —le preguntó a Vanion, un poco decepcionado.

—Yo no puedo distinguir quién es quién.

—Esa nariz está realmente torcida, ¿no?

—Pensaba que lo sabías.

—Nunca antes me había mirado de perfil, de esta manera. —Sparhawk miró los ojos de Berit con espíritu crítico—. Probablemente deberías intentar mirar con ojos un poco miopes —le sugirió—. Mis ojos ya no son tan buenos como solían. Ésa es una de las cosas que tienes que esperar a medida que te haces mayor.

—Intentaré recordarlo. —Incluso la voz de Berit era distinta.

—¿Tengo esa voz, de verdad? —Sparhawk se sentía alicaído.

Vanion asintió con la cabeza.

Sparhawk meneó la suya.

—Verte y oírte como otros te ven y oyen, te aseguro que degrada la opinión que tienes de ti mismo —admitió. Volvió a mirar a Berit—. Yo no he sentido nada, ¿y tú?

Berit asintió, mientras tragaba con dificultad.

—¿Qué sentiste?

—Preferiría no hablar de ello. —Berit se inspeccionó suavemente el nuevo rostro con dedos reptantes, haciendo muecas.

—Continúo sin poder diferenciarlos —se maravilló Kalten, contemplando primero a Berit y luego a Sparhawk.

—Ésa era más o menos la idea —replicó Sparhawk.

—¿Cuál eres tú?

—Intenta ser serio, Kalten.

—Ahora que sabemos cómo hacerlo, podremos realizar también otros cambios. Os proporcionaremos a todos rostros nuevos con el fin de que podáis desplazáros sin levantar sospechas... y pondremos aquí, en palacio, a otros hombres con vuestros rostros. Creo que es de esperar que nos vigilen, incluso después del festival de la cosecha, y esto anulará ese problema en concreto.

—Más tarde podremos trazar planes con mayor detalle —dijo Vanion—. Primero, pongamos a Berit y Khalad en camino. ¿Cuál es la ruta habitual cuando uno quiere ir hasta Beresa por tierra? —Desenrolló el mapa y lo estiró sobre la mesa.

—La mayoría de los viajeros van por mar —replicó Oscagne—, pero los que no lo hacen, suelen atravesar la península por Micae y luego cruzan en barco el golfo hasta la parte continental.

—No parece haber ningún camino por ahí. —Vanion frunció el entrecejo mientras estudiaba el mapa.

Oscagne se encogió de hombros.

—Es una región relativamente deshabitada, lord Vanion; marismas saladas y cosas así. Los pocos senderos que haya no figurarán en el mapa.

—Haced lo que podáis —les dijo Vanion a los dos jóvenes—. Una vez que hayáis cruzado las montañas de Tamul, llegaréis al camino que rodea la selva por el lado occidental.

—Yo pondría una especial atención a mantenerme alejado de esas montañas, Berit —le aconsejó Ulath—. Ahora hay trolls en ellas.

Berit asintió con la cabeza.

—Será mejor que tengas una charla con *Faran*, Sparhawk —sugirió Khalad—. No creo que se deje engañar sólo porque Berit tiene tu cara, y Berit tendrá que cabalgar con él si queremos que todo resulte convincente.

—Me había olvidado de eso —admitió Sparhawk.

—Ya lo suponía.

—Bien, pues. —Vanion continuó con las instrucciones que estaba dándoles a los dos jóvenes—, seguid ese camino hasta Lydros, y luego coged la ruta que discurre por el extremo meridional de Arjuna, en dirección a Beresa. Eso es lo lógico, y es probable que esperen que sigáis ese camino.

—Ya a llevarnos bastante tiempo realizarlo, mi señor Vanion —señaló Khalad.

—Lo sé. Es evidente que Krager y sus amigos quieren que sea así. Si tuvieran prisa, le habrían ordenado a Sparhawk que viajara por mar.

—Dale a Berit el anillo de tu esposa, Sparhawk —dijo Flute.

—¿Qué?

—Zalasta puede sentir el anillo, y si él puede, Cyrgon también es capaz de hacerlo... y Klael lo percibirá sin ningún lugar a dudas. Si no le das el anillo a Berit, el cambiarle la cara no ha sido más que una pérdida de tiempo.

—Estás poniendo a Berit y Khalad en un gran peligro —comentó Sefrenia con tono crítico.

Khalad se encogió de hombros.

—Para eso nos pagan, pequeña madre.

—Yo los cuidaré —le aseguró Afrael a su hermana. Le dirigió a Berit una mirada crítica—. Llámame —le ordenó.

—¿Señora?

—Utiliza el hechizo —aclaró ella con exagerada paciencia—. Quiero asegurarme de que lo haces correctamente.

—Ah. —Berit enunció el hechizo de llamada con gran cuidado, mientras sus manos se movían con los intrincados gestos que lo acompañaban.

—Has pronunciado mal *Kajerasticon* —lo corrigió ella.

Sefrenia intentaba, sin mucho éxito, reprimir una carcajada.

—¿Qué te resulta tan gracioso? —le preguntó Talen.

—La pronunciación del caballero Berit plantea algunas preguntas respecto a qué quiere decir —le explicó Sefrenia.

—¿Qué ha dicho? —inquirió Talen, curioso.

—No tiene ninguna importancia lo que ha dicho —replicó Flute, remilgada—. No estamos aquí para repetir chistes indecorosos sobre las diferencias entre chicos y chicas. Practica esa palabra, Berit. Ahora inténtalo con la llamada secreta.

—¿Qué es eso? —le murmuró Itagne a Vanion.

—Se utiliza para transmitir mensajes, excelencia —replicó Vanion—. Invoca la consciencia de la diosa-niña, aunque no su presencia. Podemos darle un mensaje para que se lo transmita a alguien, empleando ese hechizo.

—¿No es eso un poco degradante para la diosa-niña? ¿De verdad que la enviáis a hacer recados y transmitir mensajes de esa manera?

—A mí no me ofende, Itagne. —Afrael sonrió—. Después de todo, vivimos para servir a las personas que queremos, ¿no es verdad?

La pronunciación de Berit en el caso del segundo hechizo no provocó ninguna objeción.

—De cualquier forma, ése será el que con toda probabilidad tendrás que utilizar durante todo el tiempo, Berit —le dijo Vanion—. Krager advirtió a Sparhawk en contra de utilizar la magia, así que no lo hagas de manera demasiado evidente. Si recibes más instrucciones a lo largo del camino, haz como que las sigues, pero pásale aviso a Afrael.

—Ahora ya no tiene sentido tenerlo encerrado en la armadura de Sparhawk, ¿no es cierto, mi señor Vanion? —inquirió Khalad.

—Buena observación —asintió Vanion—. Una cota de malla será suficiente, Berit. Ahora te interesa que te vean la cara.

—Sí, mi señor.

—Será mejor que os vayáis a descansar un poco —prosiguió Vanion—. Partiréis mañana a primera hora.

—Pero no demasiado temprano —lo corrigió Caalador—. No queremos' e ninguna manera que lo' espía' se que' en dormí' o' y no o' vean partí'. Eso'e que te den una cara nueva no sirve pa' na' si no tiene' posibili'a'e lusirla, ¿verdá'?

A la mañana siguiente hacía frío y humedad en el patio, y una fina niebla de otoño

flotaba sobre la relumbrante ciudad. Sparhawk sacó a *Faran* de los establos.

—Vosotros, haced el favor de tener cuidado —les advirtió a los dos jóvenes ataviados con cotas de malla y capas de viaje.

—Eso ya lo has dicho, mi señor —le recordó Khalad—. Berit y yo no somos sordos.

—Será mejor que te olvides de ese nombre, Khalad —replicó Sparhawk con tono crítico—. Comienza a pensar en tu amigo como en mí. Un desliz de la lengua en el sitio equivocado podría poner al descubierto todo el plan.

—Lo tendré presente.

—¿Necesitáis dinero?

—Creía que nunca ibas a preguntarlo.

—Eres igual que tu padre. —Sparhawk extrajo una bolsa de debajo del cinturón y se la entregó a su escudero. Luego aferró firmemente la parte inferior del rostro de *Faran* y miró al enorme ruano directamente a los ojos—. Quiero que acompañes a Berit, *Faran* —le dijo—. Comportate exactamente como lo harías si él fuera yo.

Faran agitó las orejas y desvió la cara.

—Ponme atención —le ordenó Sparhawk con tono cortante—. Esto es importante.

Faran suspiró.

—Ya sabe de qué le estás hablando, Sparhawk —comentó Khalad—. No es estúpido..., simplemente tiene mal genio.

Sparhawk le entregó las riendas a Berit. Luego recordó algo.

—Necesitaremos una contraseña —dijo—. Todos los demás tendremos rostros diferentes, así que no nos reconoceréis si tenemos necesidad de entrar en contacto con vosotros. Escoged algo corriente.

Los tres se pusieron a pensar.

—¿Qué te parece *ramshorn*^[1]? —sugirió Berit—. No debería ser demasiado difícil meterlo en una conversación, y ya lo hemos utilizado antes.

Sparhawk recordó de pronto a Ulesim, el discípulo favorito del santo Arasham, de pie sobre una pila de cascotes con una flecha de la ballesta de Kurik sobresaliéndole de la frente, y la palabra *ramshorn* aún en sus labios.

—Muy bien, Berit, eh... caballero Sparhawk, ya está. Es una palabra que todos recordaremos. Será mejor que os pongáis en marcha.

Ambos asintieron con la cabeza y montaron sobre sus caballos.

—Buena suerte —les dijo Sparhawk.

—Que tú también la tengas, mi señor —replicó Khalad. Y luego, la pareja dio media vuelta y avanzó lentamente hacia el puente levadizo.

—Todo lo que en realidad tenemos para empezar es el nombre Beresa —reflexionó Sarabian, un poco más tarde—. La nota de Krager decía que Sparhawk recibiría allí

más instrucciones.

—Eso podría ser un ardid, majestad —señaló Itagne—. En realidad, el intercambio podría tener lugar en cualquier momento... y lugar. Puede que fuera ese el motivo de que le ordenaran viajar por tierra.

—Es cierto —asintió Caalador—. Por lo que sabemos, Scarpa y Zalasta podrían estar esperando justo en la playa del lado norte del golfo de Micae, con la intención de realizar el intercambio allí mismo.

—Estamos tomándonos demasiadas molestias con todo esto —declaró Talen—. ¿Por qué Sparhawk no hace sencillamente que el Bhelliom rescate a la reina? Podría recogerla y traerla de vuelta aquí antes de que Scarpa se diese siquiera cuenta de que había desaparecido.

—No —replicó Afrael, sacudiendo la cabeza—. El Bhelliom no puede hacer eso más que yo.

—¿Por qué no?

—Porque no sabemos dónde está la reina... y no podemos salir a buscarla porque ellos podrían percibir que nos movemos por los alrededores.

—Ah. Eso no lo sabía.

Afrael puso los ojos en blanco.

—¡Hombres! —suspiró.

—Fue muy hábil por parte de Ehlana el entregarle a Melidere su anillo —comentó Sefrenia—, pero sería mucho más fácil localizarla si aún lo tuviese puesto.

—Yo lo pongo en duda, querida —disintió Vanion—. Zalasta, más que nadie en el mundo, sabe que puede seguirse la pista a ese anillo. Si Ehlana lo hubiese llevado puesto, lo primero que habría hecho Scarpa sería enviar a Krager o Elron con él en la dirección opuesta.

—Estás dando por sentado que Zalasta está involucrado en esto —lo contradijo ella—. Existe la posibilidad de que Scarpa esté actuando por su cuenta, ¿sabes?

Él se encogió de hombros.

—Siempre es mejor suponer lo peor. Nuestra situación es mucho más peligrosa si Zalasta y Cyrgon están implicados. Si sólo se trata de Scarpa, resultará relativamente fácil deshacerse de él.

—Pero sólo después de que Ehlana y Alean estén a salvo —aclaró Sparhawk.

—Eso no hace falta decirlo, Sparhawk —replicó Vanion.

—Entonces, todo depende del momento del intercambio, ¿no es cierto? —observó Sarabian—. Podemos llevar a cabo algunos preparativos, pero no podremos hacer nada significativo hasta el momento... en que Scarpa se presente con Ehlana.

—Y eso significa que tenemos que mantenernos cerca de Berit y Khalad —agregó Tynian.

—No. —Afrael estaba negando con la cabeza—. Lo pondréis todo al descubierto si comenzáis a revolotear en torno a esos dos. Dejad que sea yo quien se mantenga cerca de ellos. Yo no llevo armadura, así que nadie podrá olfatearme desde un millar

de pasos de distancia. Itagne tiene razón. El intercambio podría producirse en cualquier momento. En el mismo instante en que Scarpa se presente con Ehlana y Alean, yo lo pondré en conocimiento de Sparhawk. Entonces el Bhelliom podrá depositarlo, con total precisión, encima mismo de ellos. Así tendremos a las damas de vuelta y volveremos a ser más o menos dueños de la situación.

—Y eso nos lleva de vuelta a la parte puramente militar del asunto —reflexionó el patriarca Emban—. Creo que deberíamos enviarle mensaje a Komier y Bergsten. Vamos a necesitar a los caballeros de la iglesia en Cynesga y Arjuna, no en Edom o Astel... ni aquí, en Matherion. Hagamos que se dirijan al sureste después de descender de las montañas de Zemoch. Tendremos a los atanes en Sarna; a los pelois orientales y a los caballeros de la iglesia ya los tenemos en Samar, a los trolls en las montañas de Tamul, y apostaremos a Komier y Bergsten en el lado occidental del desierto de Cynesga. En ese punto, podremos exprimir la tierra de los cyrgais como si fuera un limón.

—Y ver qué clase de semillas saltan del interior —agregó Kalten con frialdad.

El patriarca Emban, primer secretario de la iglesia de Chyrellos, era un hombre que adoraba con toda su alma las listas. El rechoncho hombrecillo de la iglesia componía de inmediato una lista cuando se estaba hablando sobre un determinado tema. En todas las conversaciones, llega un momento en el que hay que determinar las cosas, y los participantes comienzan a volver sobre los diversos puntos preferidos por cada uno. De manera inevitable, ese era el instante en el que el patriarca Emban sacaba su lista.

—Muy bien, pues —dijo, en un tono que proclamaba que estaba resumiendo—. Sparhawk viajará por barco hasta Beresa, junto con mi señor Stragen y el joven maese Talen, ¿correcto?

—Eso lo colocará en el lugar adecuado en caso de que Berit y Khalad tengan, de hecho, que cabalgar hasta allí —explicó Vanion—. Y Stragen y Talen tienen contactos en Beresa, así que es probable que puedan averiguar quién más ha llegado a la ciudad.

Emban hizo una marca junto a ese punto en su lista.

—Punto siguiente. El caballero Kalten, el caballero Bevier y maese Caalador navegarán hacia el sur en otro barco y entrarán en las selvas de Arjuna.

Caalador asintió con la cabeza.

—Yo tengo un amigo en Delo que tiene contacto con las bandas de asaltantes de esas selvas —comentó—. Nos uniremos a una de esas bandas, y así podremos mantener vigilancia sobre Natayos y enviar un mensaje si el ejército de Scarpa comenzara a moverse.

—Bien. —Emban hizo una marca junto a ese otro punto—. Lo siguiente. Ulath y Tynian se encaminarán a las montañas de Tamul para mantenerse en contacto con los

trolls. —Frunció el entrecejo—. ¿Por qué va a ir Tynian allí? Él no habla la lengua troll.

—Tynian y yo nos entendemos bien —declaró Ulath con voz tronante—, y me sentiría terriblemente solo si no tuviera a nadie con quien hablar, excepto trolls, vuestra gracia.

Emban se encogió de hombros.

—Todo lo que haga falta para que estés contento, caballero Ulath. Ahora, bien, Sefrenia y la anarae Xanetia acudirán a Delfaeus para poner sobre aviso al anari Cedon respecto a todos estos recientes acontecimientos y explicarle lo que estamos haciendo.

—Y con el fin de ver qué podemos hacer para establecer la paz entre los estirianos y los delfaes —agregó Sefrenia.

Emban hizo una marca junto a otro punto.

—Mi señor Vanion —dijo luego—, la reina Betuana, el embajador Itagne y el domi Kring se llevarán a los cinco mil caballeros y marcharán hacia el oeste del propio Tamul para reunirse con las tropas ya apostadas en Sarna y Samar.

—¿Dónde está el domi Kring? —preguntó Betuana, buscando al hombrecillo con los ojos.

—Está haciendo guardia junto a Mirtai —respondió la princesa Danae—. Todavía tiene un poco de miedo de que ella intente suicidarse.

—Allí podríamos tener un problema —observó Bevier—. Dadas las circunstancias, puede que Kring no esté dispuesto a salir de Matherion.

—Podremos arreglárnoslas sin él, si fuera necesario —contestó Vanion—. Yo puedo tratar directamente con Tikume. Tener a Kring cerca lo hará más fácil, pero puedo prescindir de él si de verdad cree que Mirtai podría hacer alguna estupidez.

Emban asintió con la cabeza.

—El emperador Sarabian, el ministro de Exteriores Oscagne y yo, nos quedaremos en Matherion para defender la fortaleza, y la diosa-niña nos mantendrá a todos en contacto con los demás. ¿Me he dejado algo en el tintero?

—¿Qué quieres que haga yo, Emban? —le preguntó Danae con dulzura.

—Tú te quedarás en Matherion con nosotros, alteza real —replicó Emban—, para iluminar nuestros lóbregos días y noches con tu sonrisa.

—¿Tu gracia está burlándose de mí?

—Por supuesto que no, princesa.

Decir que Mirtai se sentía desdichada, habría constituido la más escandalosa subestimación de lo que sentía. Iba encadenada cuando Kring entró con ella en la sala del consejo; el hombrecillo tenía una expresión de desesperanza en el rostro.

—Nada de lo que digo surte efecto alguno sobre ella —les dijo el domi a los demás—. Creo que incluso ha olvidado que estamos comprometidos.

La dorada muchacha gigante atana no miró a ninguno de los presentes, sino que se dejó caer al suelo presa de la más espantosa congoja.

Betuana se encogió de hombros.

—Le ha fallado a su dueña. Debe vengarla o morir.

—No estoy de acuerdo, Majestad —declaró con firmeza la hija de Sparhawk. Se deslizó del asiento emplazado en un rincón desde el que había estado observando el proceso. Dejó a *Rollo* en un rincón del asiento y a *Mmrr* en el otro, y atravesó la sala hasta Mirtai con una expresión profesional en la cara—. Atana Mirtai —ordenó con tono cortante—, levántate del suelo.

Mirtai la miró con hosquedad, y luego se levantó lentamente, cosa que hizo tintinear las cadenas.

—En ausencia de mi madre, yo soy la reina —declaró Danae. Sparhawk parpadeó.

—Tú no eres Ehlana —replicó Mirtai.

—No pretendo serlo. Sólo estoy señalando un hecho legal. Sarabian, ¿no es así como funciona? ¿No es mío el poder de mi madre mientras ella esté ausente?

—Bueno..., técnicamente, supongo que sí.

—Técnicamente mis narices. Yo soy la heredera de la reina Ehlana. Yo asumo su puesto hasta que regrese. Eso significa que temporalmente poseo todo lo que le pertenece a ella..., su trono, su corona, sus joyas y su esclava personal.

—Detestaría tener que argumentar contra ella ante un tribunal de justicia —admitió Emban.

—Se lo agradezco a tu gracia —dijo Danae—. Muy bien, atana Mirtai, ya los has oído. Ahora eres propiedad mía.

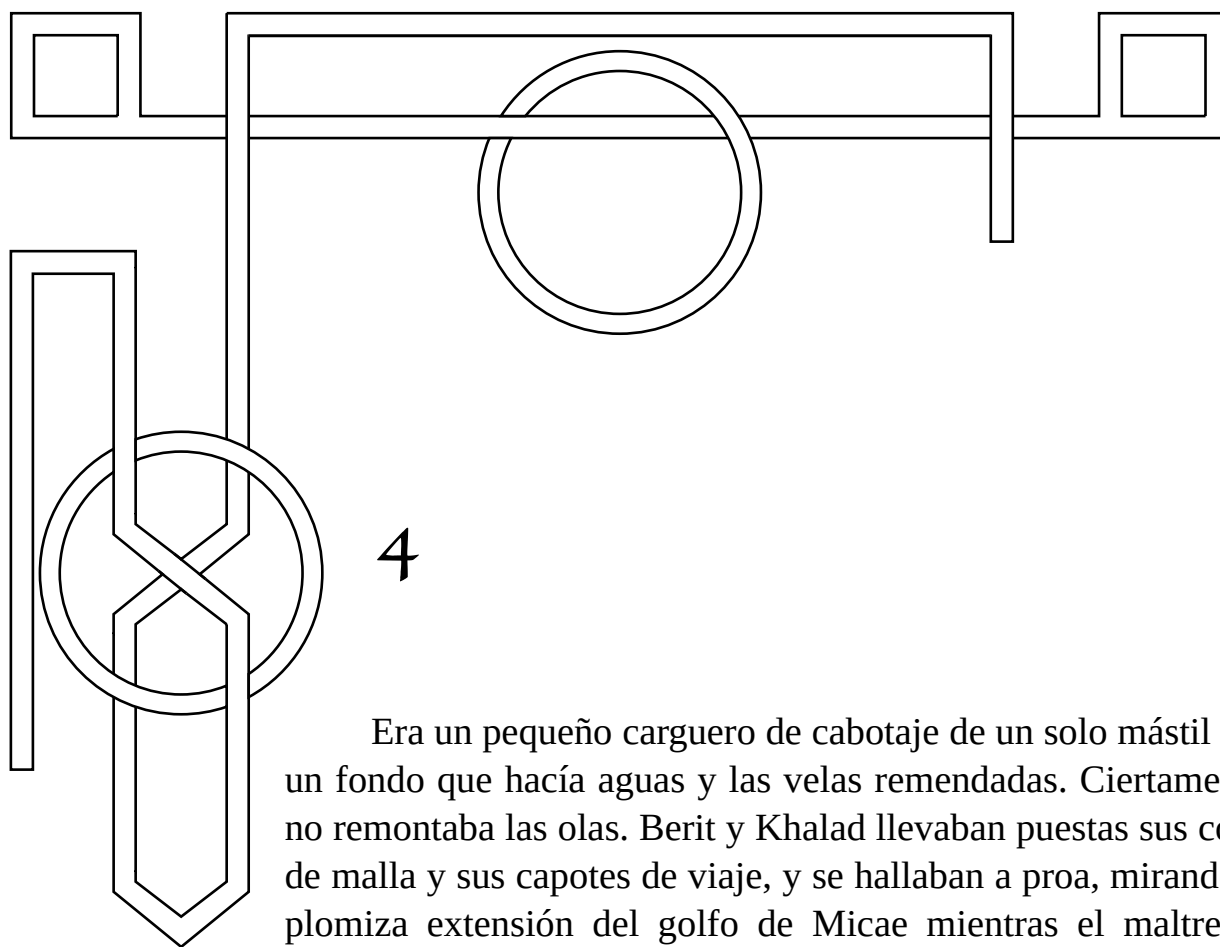
Mirtai la miró con el ceño fruncido.

—No hagas eso —le espetó Danae—. Presta atención. Yo soy tu dueña, y te prohíbo que te suicides. También te prohíbo que te escapes. Te necesito aquí. Vas a quedarte en Matherion con Melidere y conmigo, y vas a guardarnos. Le has fallado a mi madre. No me falles a mí.

Mirtai sorbió por la nariz, y luego rompió las cadenas con un furioso tirón de los brazos.

—Será como dices, majestad —le espetó, con los ojos llameantes. Danae miró a los demás con una sonrisilla burlona.

—¿Lo veis? —preguntó—. No era tan difícil, ¿verdad?



Era un pequeño carguero de cabotaje de un solo mástil con un fondo que hacía aguas y las velas remendadas. Ciertamente, no remontaba las olas. Berit y Khalad llevaban puestas sus cotas de malla y sus capotes de viaje, y se hallaban a proa, mirando la plomiza extensión del golfo de Micae mientras el maltrecho navío avanzaba lentamente.

—¿Eso de ahí delante es la costa? —preguntó Berit, esperanzado. Khalad miró por encima del mar picado.

—No, sólo un banco de nubes. No estamos avanzando con mucha rapidez, mi señor. Me temo que hoy no llegaremos a la costa. —Miró hacia popa y bajó la voz—. Mantente alerta después de que se oculte el sol —advirtió—. La tripulación de esta bañera está compuesta por marineros de agua dulce, y el capitán no es mucho mejor. Creo que esta noche deberíamos dormir por turnos.

Berit volvió la cabeza para mirar a los rufianes que holgazaneaban por la cubierta.

—Ojalá tuviera mi hacha —murmuró.

—No digas cosas así en voz alta, Berit —susurró Khalad—. Sparhawk no utiliza hacha de batalla. Krager lo sabe, y uno de estos marineros podría estar trabajando para él.

—¿Todavía? ¿Después del festival de la cosecha?

—Nadie ha inventado nunca un método para matar a todas las ratas, mi señor, y no hace falta más que uno. Comportémonos ambos como si nos estuvieran observando y pudieran oír cada una de las palabras que pronunciamos..., aunque sólo sea para asegurarnos.

—Me sentiré mucho más feliz cuando hayamos bajado a tierra. ¿Realmente teníamos que hacer esta parte del viaje por mar?

Khalad se encogió de hombros.

—Es la costumbre. No te preocupes. Podremos mantener a raya a estos marineros, en caso de necesidad.

—No es eso lo que me preocupa, Khalad. Esta gabarra anadea por el agua como una ballena con la espalda torcida. Me está mareando.

—Come un trozo de pan duro.

—Prefiero no hacerlo. Esto es realmente penoso, Khalad.

—Pero, estamos corriendo una aventura, mi señor —replicó Khalad, alegremente—. ¿La emoción no compensa las incomodidades?

—No. La verdad es que no.

—Tú eres el que quería ser un caballero.

—Sí, lo sé... y en este instante estoy intentando recordar el porqué.

El patriarca Emban estaba muy disgustado.

—Esto es verdaderamente peligroso, Vanion —protestó mientras anadeaba junto con los otros hacia la capilla del ala oeste—. Si Dolmant llegara a enterarse alguna vez de que he permitido la práctica de la brujería en un lugar consagrado, me excomulgaría.

—Es el lugar más seguro, Emban —replicó Vanion—. La pretensión de los «ritos sagrados» nos proporciona una excusa para expulsar a todos los tamules del ala oeste. Además, es probable que la capilla no haya sido consagrada. Éste es un castillo de imitación construido para hacer que los elenios nos sintamos como en casa. Las personas que lo construyeron no podían conocer el rito de consagración.

—No sabes sobre seguro que no haya sido consagrado.

—Y tú no sabes que sí lo haya sido. Si te molesta tanto como parece, Emban, podrás volver a consagrarla cuando hayamos concluido.

El rostro de Emban palideció.

—¿Sabes todo lo que eso implica, Vanion? —protestó—. ¿Las horas de rezos..., de postración ante el altar..., de ayuno? —Palideció aún más—. ¡Buen Dios, el ayuno!

Sefrenia, Flute y Xanetia se habían escabullido al interior de la capilla varias horas antes, y se encontraban discretamente sentadas en un rincón escuchando los himnos que cantaban los caballeros de la iglesia.

Emban y Vanion todavía estaban discutiendo cuando se reunieron con las damas.

—¿Qué problema hay? —inquirió Sefrenia.

—El patriarca Emban y mi señor Vanion están teniendo una discusión respecto a si la capilla ha sido o no ha sido consagrada, pequeña madre —le explicó Kalten.

—No lo ha sido —replicó Flute, con un ligero encogimiento de hombros.

—¿Cómo puedes saberlo? —exigió saber Emban.

Ella le dedicó una mirada sufrida.

—¿Quiere tu gracia decirme quién soy? —le preguntó.

—Ah. Por alguna razón, lo olvido a cada momento. ¿Existe de verdad alguna manera de que puedas saber si un lugar ha sido consagrado? —preguntó Emban, parpadeando.

—Pues por supuesto que existe. Créeme, Emban, esta capilla nunca le ha sido consagrada a tu dios elenio. —Hizo una pausa—. Sin embargo, hay un lugar, no lejos de aquí, que le fue consagrado a un árbol hace unos dieciocho mil años.

—¿A un árbol?

—Era un árbol muy bonito..., un roble. Por alguna razón, siempre es un roble. Nadie parece nunca querer adorar a un olmo. Mucha gente solía adorar árboles. Para empezar, son predecibles.

—¿Cómo puede nadie, en sus cabales, adorar a un árbol?

—¿Quién ha dicho que la gente religiosa estuviera en sus cabales? A veces vosotros, los humanos, nos confundís muchísimo, ¿sabes?

Puesto que en la mayoría de los casos había que llevar a cabo un intercambio de facciones, Sefrenia y Xanetia experimentaron un poco para alterar el hechizo que había impreso el rostro de Sparhawk en Berit. En el caso de Sparhawk no había que realizar intercambio alguno, así que primero lo modificaron a él. Estaba sentado junto a su viejo amigo, el caballero Endrik, un veterano con el cual él, Kalten y Martel habían soportado el noviciado. Xanetia se les acercó mientras el color la estaba abandonando y un suave resplandor comenzaba a aflorarle al rostro. Examinó meticulosamente a Endrik, y luego la voz de la anarae se elevó al comenzar ella a entonar el hechizo delfae en su tamul académico de extraño acento. Sefrenia se encontraba a su lado, y recitaba simultáneamente el hechizo estiriano.

Sparhawk no sintió nada en absoluto cuando Xanetia lanzó su hechizo. Luego, en el instante crucial, Sefrenia tendió una mano que interpuso entre el caballero Endrik y Xanetia mientras dejaba en libertad de manera simultánea el hechizo estiriano. En aquel momento Sparhawk sí que sintió algunos cambios. Sus facciones parecieron ablandarse de alguna manera como cera fundida, y de hecho pudo sentir que su rostro cambiaba casi como la arcilla fresca es cambiada y moldeada por la mano del ceramista. Sintió un poco de dolor al enderezársele la nariz rota, y al alargársele la mandíbula le dolieron los dientes al deslizarse dentro del hueso.

—¿Qué te parece? —le preguntó Sefrenia a Vanion cuando el proceso hubo acabado.

—No creo que consigas un parecido más exacto —replicó Vanion mientras examinaba de cerca a ambos hombres—. ¿Qué se siente, siendo gemelo de alguien, Endrik?

—Yo no he sentido absolutamente nada, mi señor —replicó Endrik mientras miraba a Sparhawk con curiosidad.

—Yo sí que lo he sentido —comentó Sparhawk mientras se tocaba delicadamente la nariz remodelada—. ¿Acaba por pasarse el dolor, anarae? —inquirió.

—Lo notaréis menos a medida que el tiempo os acostumbre al cambio, Anakha. Ya os advertí que implicaba cierta incomodidad, ¿no es cierto?

Sparhawk se encogió de hombros.

—Desde luego que lo hiciste. No es insoportable.

—¿De verdad que tengo ese aspecto? —preguntó Endrik.

—Sí —replicó Vanion.

—Debería cuidarme un poco más. Los años no están siendo benevolentes conmigo.

—Nadie permanece fuerte y hermoso durante toda la vida, Endrik —comentó Kalten entre carcajadas.

—¿Es eso todo lo que hace falta hacerles a estos dos, anarae? —inquirió Vanion.

—El proceso ha terminado, mi señor Vanion —contestó Xanetia.

—Tenemos que hablar, Sparhawk —dijo el preceptor—. Vayamos a la sacristía para quitarnos de en medio mientras las damas modifican a los otros.

Sparhawk asintió con la cabeza, se puso de pie y siguió a su amigo hacia la pequeña puerta que había a un lado del altar.

Vanion entró primero y cerró la puerta tras ambos.

—¿Has hecho todos los arreglos con Sorgi? —preguntó.

Sparhawk se sentó.

—Hablé ayer con él —fue su respuesta—. Le dije que tenía unos amigos que debían trasladarse a Beresa sin llamar la atención. Ha tenido las deserciones habituales y le quedan tres vacantes. Stragen, Talen y yo nos mezclaremos con la tripulación. Tendríamos que poder entrar disimuladamente en Beresa sin que se fijen en nosotros.

—Imagino que eso te ha costado caro. Los precios de Sorgi son muy elevados, a veces.

Sparhawk se masajeó un lado de la dolorida mandíbula.

—No ha sido para tanto —contestó—. Sorgi me debe un par de favores, y le he dado tiempo como para que recoja un cargamento que cubrirá la mayor parte del coste.

—¿Iréis directamente hacia el puerto, desde aquí?

Sparhawk asintió con la cabeza.

—Utilizaremos el túnel que Caalador descubrió debajo de las barcas. Le dije a Sorgi que esos tres nuevos miembros de la tripulación se presentarían ante él alrededor de la medianoche.

—¿Os haréis a la mar mañana, entonces?

Sparhawk meneó la cabeza esta vez.

—Pasado mañana. Mañana tenemos que cargar la mercancía de Sorgi.

—¿Trabajo honrado, Sparhawk? —preguntó Vanion con una tímida sonrisa.

—Empiezas a hablar como Khalad.

—Ese muchacho tiene opiniones, ¿verdad?

—También las tenía su padre.

—Deja de frotarte así la cara, Sparhawk. Vas a irritarte la piel. —Vanion hizo una pausa—. ¿Qué tal ha sido el cambio?

—Muy extraño.

—¿Doloroso?

—La nariz sí lo fue. Me siento casi como si alguien hubiera vuelto a rompérmela. Alégrate de no tener que pasar por ello.

—No tendría mucho sentido hacerlo. Yo no andaré furtivamente por los callejones como el resto de vosotros. —Vanion le dedicó a su amigo una mirada compasiva—. La traeremos de vuelta, Sparhawk —le aseguró.

—Por supuesto. ¿Eso es todo? —El tono de Sparhawk era deliberadamente carente de emociones. Lo importante ahora era no sentir.

—Sólo ten cuidado e intenta dominar tu temperamento.

Sparhawk asintió.

—Vayamos a ver qué tal están quedando los otros.

Los cambios constituían un factor de confusión; de eso no cabía la más mínima duda. Resultaba difícil saber con exactitud quién estaba hablando, y a veces Sparhawk se sorprendía de quién respondía a sus preguntas. Se despidieron y abandonaron silenciosamente la capilla con el grupo principal de los caballeros de la iglesia. Salieron al patio iluminado por las antorchas, cruzaron el puente levadizo, y continuaron por el césped cubierto de noche hacia los barracones de los caballeros, donde Sparhawk, Stragen y Talen se pusieron blusas de marinero manchadas de alquitrán, mientras los otros también se vestían con ropas de plebeyo mal combinadas. Luego todos bajaron a la bodega.

Caalador, que ahora tenía el rostro cuadrado de un caballero deirano de mediana edad, abrió la marcha hacia el interior del túnel lleno de telarañas con una humeante antorcha. Cuando hubieron recorrido alrededor de un cuarto de legua, se detuvo y levantó la antorcha en alto.

—Esta d'aquí e' la sali'a vuestra. Sparhawk —anunció, a la vez que señalaba una empinada y estrecha escalera—. Vai' a salí' a un cayejón... que no güele a rosa'... pero está bien y oscuro. —Hizo una pausa—. Lo siento, Stragen, pero quería daros algo que os hiciera recordarme.

—Eres demasiado amable —murmuró Stragen.

—Buena suerte, Sparhawk —se despidió Caalador.

—Gracias, Caalador. Los dos se estrecharon la mano, y luego Caalador volvió a levantar la antorcha y condujo al resto del grupo por un pasadizo que olía a moho, en dirección a los diversos puntos de destino, dejando a Sparhawk, Talen y Stragen solos en la oscuridad.

—No van a correr ningún peligro, Vanion —le aseguró Flute al preceptor, mientras

las damas hacían su equipaje—. Después de todo, yo voy a acompañarlas y puedo cuidar de ellas.

—Diez caballeros, entonces —disminuyó él la primera sugerencia.

—No harían más que meterse en nuestro camino, amor —le dijo Sefrenia—. No obstante, quiero que tú tengas cuidado. Un cuerpo de hombres armados tiene más probabilidades de ser atacado que un pequeño grupo de viajeros.

—Pero no es seguro para las damas el viajar solas —protestó él—. Siempre hay asaltantes y similares acechando en los bosques.

—No estaremos en ninguna parte el tiempo suficiente como para atraer a los salteadores ni a ninguna otra persona —le explicó Flute—. Llegaremos a Delfaeus en dos días. Podría conseguirlo en uno, pero tendré que detenerme y mantener una larga charla con Edaemus antes de entrar en su valle. Puede que lleve un poco de tiempo el convencerlo.

—¿Cuándo saldréis vos de Matherion, mi señor Vanion? —preguntó Xanetia.

—Hacia el final de esta semana, anarae —replicó él—. Tendremos que dedicar algo de tiempo a nuestro equipo, y siempre está el asunto de organizar la carga de provisiones.

—Llévate ropa de abrigo —le advirtió Sefrenia—. El tiempo podría cambiar en cualquier momento.

—Sí, amor. ¿Cuánto tiempo pasaréis en Delfaeus?

—No puedo decírtelo con seguridad. Afrael te mantendrá informado. Tenemos muchos temas de los que hablar con el anari Cedon. El hecho de que Cyrgon haya invocado a Klael complica las cosas.

—En verdad —asintió Xanetia—. Puede que me vea obligada a pedirle a Edaemus que regrese.

—¿Haría eso?

Flute le dedicó una sonrisa traviesa.

—Yo le engatusaré, Vanion —contestó—, y ya sabes lo buena que soy para eso. Si quiero algo, casi siempre lo consigo.

—¡Oye, tú! ¡No te hagas el vivo! —aulló el contramaestre de Sorgi, un hombre de cuello de toro, chasqueando su látigo junto a los talones de Stragen.

Stragen, que en ese momento tenía las trenzas y enormes bigotes de un caballero genidiano rubio, soltó el fardo que llevaba en las manos y buscó su daga.

—¡No! —le siseó Sparhawk—. ¡Coge ese fardo!

Stragen lo miró con ferocidad durante un momento, luego se inclinó y recogió el fardo.

—Esto no era parte del acuerdo —masculló.

—No va a azotarte de verdad con el látigo —le aseguró Talen al furibundo thalesiano—. Todos los marineros se quejan de eso, pero el látigo no es más que para

hacer aspavientos. Un contramaestre que azota de verdad a sus marineros suele ser arrojado por la borda durante el viaje, en medio de la noche.

—Puede ser —gruñó Stragen con tono ominoso—, pero os voy a decir esto ahora mismo. Si ese cretino llega a tocarme siquiera con ese látigo suyo, no vivirá lo bastante como para irse al agua. Tendré sus entrañas apiladas sobre la cubierta antes de que haya conseguido parpadear.

—¡Vosotros, los nuevos —les gritó el contramaestre—, dejad la charla para vuestro tiempo libre! ¡Estáis aquí para trabajar, no para hablar del tiempo! —y volvió a hacer chasquear el látigo.

—Ella podría hacerlo, Khalad —insistió Berit.

—Creo que has pasado demasiado tiempo al sol —replicó Khalad. Estaban cabalgando hacia el sur a lo largo de una playa solitaria bajo un cielo encapotado. La playa tenía como telón de fondo unos pantanos salados poco atractivos en los que juncos secos chasqueaban los unos contra los otros en la fuerte brisa que soplaba desde el mar. Khalad se puso de pie sobre los estribos y recorrió el entorno con la mirada. Luego volvió a sentarse en la silla.

—Es una idea ridícula, mi señor.

—Intenta mantener la mente abierta, Khalad. Afrael es una diosa. Puede hacer cualquier cosa.

—Estoy seguro de que puede pero ¿por qué iba a querer hacerlo?

—Bueno... —Berit luchó con la pregunta—. Podría tener una razón, ¿verdad? Algo que tú y yo ni siquiera comprenderíamos.

—¿Es eso lo que todo ese entrenamiento estiriano hace con un hombre? Estás empezando a ver dioses debajo de cada arbusto. Solamente fue una coincidencia. Las dos se parecen un poquitín, pero eso es todo.

—Puedo ser todo lo escéptico que quieras, Khalad, pero continúo pensando que sucede algo muy extraño.

—Y yo creo que lo que tú sugieres es un absurdo.

—Absurdo o no, sus modales son los mismos, sus expresiones, idénticas, y las dos tienen el mismo aire de vanidosa superioridad.

—Por supuesto que lo tienen. Afrael es una diosa, Danae es una princesa heredera. Son superiores..., al menos es lo que ellas creen..., me parece que estás pasando por alto el hecho de que las vimos a ambas en la misma habitación y al mismo tiempo. Pueden incluso hablar la una con la otra, por el amor de Dios.

—Khalad, eso no significa nada. Afrael es una diosa. Probablemente puede estar en una docena de lugares al mismo tiempo si realmente quiere hacerlo.

—Eso continúa devolviéndonos, una vez más, a la pregunta de por qué. ¿Cuál sería el propósito de eso? Ni siquiera un dios hace las cosas sin motivo alguno.

—Eso no lo sabemos, Khalad. Tal vez lo está haciendo sólo para divertirse.

—¿Estás de verdad tan desesperado por presenciar un milagro, Berit?

—Ella podría hacerlo —insistió Berit.

—De acuerdo. ¿Y qué?

—¿No sientes ni la más mínima curiosidad al respecto?

Khalad se encogió de hombros.

—No particularmente.

Ulath y Tynian llevaban partes del uniforme de una de las pocas unidades del ejército tamul que aceptaba voluntarios de los reinos elenios de Daresia occidental. Los rostros que habían tomado prestados eran de unos canosos caballeros de mediana edad, las caras de unos veteranos duramente curtidos. El barco en que navegaban era uno de esos vapuleados y mal mantenidos que comercian en aguas costeras. La pequeña cantidad de dinero que habían pagado por los pasajes les daba derecho sólo a eso..., pasaje y nada más. Llevaban su propia comida y bebida, así como sus mantas remendadas; comían y dormían en cubierta. Su punto de destino era una pequeña aldea costera que se hallaba a aproximadamente veinticinco leguas al este del pie de las montañas de Tamul. Durante el día haraganeaban en la cubierta, bebiendo vino barato y jugando a los dados por algunas monedas.

El cielo estaba nublado cuando el bote del barco los dejó en el desvencijado muelle de la aldea. El día era fresco, y las montañas de Tamul eran poco más que una mancha baja en el horizonte.

—Repítame el nombre de ese criador de caballos —le pidió Tynian a su compañero.

—Sablis —le gruñó Ulath.

—Espero que Oscagne estuviera en lo cierto —comentó Tynian—. Si ese Sablis se ha retirado de los negocios, tendremos que ir caminando hasta esas montañas.

Ulath recorrió el muelle para hablar con un tipo de cara chupada que estaba remendando una red de pesca.

—Dime, amigo —comenzó con cortesía, en tamul—, ¿dónde puedo encontrar a Sablis, el criador de caballos?

—¿Y qué, si no tuviera ganas de decírtelo? —replicó el descarnado remienda-redes con una voz sibilante y nasal que lo identificaba como uno de esos hombres de espíritu sórdido que morirían antes de ser serviciales o siquiera cortesés.

Tynian ya se había encontrado antes con esa especie, hombres pequeños, por lo general, con una inflada noción de su propia valía, que se deleitaban en irritar a los demás sólo por divertirse.

—Déjame a mí —murmuró, mientras apoyaba delicadamente una mano sobre el brazo de su compañero para contenerlo. Los abultados músculos de Ulath anunciaban con claridad la violencia inminente.

—Bonita red —comentó Tynian con tono indiferente, cogiendo un extremo de la

misma. Luego sacó la daga y comenzó a cortarla.

—¿Qué estás haciendo? —chilló el pescador de cara chupada.

—Estoy demostrándote «qué» —le explicó Tynian—. Tú has dicho: «¿Y qué, si no tuviera ganas de decírtelo?». Esto es «qué». Piénsalo. Mi amigo y yo no tenemos ninguna prisa, así que tómate tu tiempo. —Cogió un puñado de red y la atravesó con el cuchillo.

—¡Basta! —el hombre chilló con horror.

—Eh..., ¿dónde has dicho que podríamos encontrar a Sablis? —preguntó Uloth con aire inocente.

—Sus corrales están en la periferia oriental del pueblo. —Las palabras salieron atropelladamente de sus labios. Luego, el tipo descarnado recogió la red con ambos brazos y la sujetó contra su pecho, casi como una madre que protegiera a su hijo de un daño inminente.

—Que tengas un agradable día, vecino —le dijo Tynian mientras envainaba la daga—. No puedo ni comenzar a decirte lo mucho que apreciamos la ayuda que nos has prestado. Has estado absolutamente espléndido en todo el asunto.

Y los dos caballeros dieron media vuelta y avanzaron a lo largo del muelle hacia la aldea de aspecto desvencijado.

El campamento era pulcro y ordenado, con un lugar para cada cosa y cada cosa en el lugar exacto que le correspondía. Berit había advertido que Khalad plantaba siempre el campamento de la misma forma. Parecía tener un concepto del campamento ideal grabado en la mente y, puesto que era perfecto, él nunca lo alteraba. Khalad era muy rígido en algunas cosas.

—¿Cuánto trecho hemos recorrido hoy? —preguntó Berit mientras lavaban los cacharros de la cena.

—Diez leguas, lo mismo de siempre. Diez leguas es lo normal en terreno llano —respondió Khalad, encogiéndose de hombros.

—Esto va a durar toda la eternidad —se quejó Berit.

—No. Aunque puede parecerlo. —Khalad recorrió los alrededores con la mirada y luego bajó la voz hasta que fue poco más que un susurro—. No tenemos realmente ninguna prisa, Berit —dijo—. Puede que incluso debamos aminorar un poco la marcha.

—¿Qué?

—Mantén baja la voz. Sparhawk y los otros tienen que recorrer una larga distancia, y nos interesa asegurarnos de que estén en sus puestos antes de que Krager... o quienquiera que sea... entre en contacto con nosotros. No sabemos ni cuándo ni dónde va a suceder eso, así que la mejor manera de retrasarlo es aminorar la marcha. —Khalad miró hacia la oscuridad que reinaba más allá del círculo de luz de la hoguera—. ¿Cómo eres de bueno con la magia?

—No mucho —admitió Berit, mientras fregaba diligentemente—. Todavía me queda mucho por aprender. ¿Qué querías que hiciera?

—¿Podrías conseguir que uno de nuestros caballos cojee... sin hacerle daño de verdad?

Berit sondeó su memoria. Luego negó con la cabeza.

—No creo conocer ningún hechizo que pueda hacer eso.

—Es una verdadera lástima. Un caballo cojo nos proporcionaría una buena razón para avanzar con mayor lentitud.

Llegó sin previo aviso un tipo de sensación fría y punzante que pareció concentrarse en la nuca de Berit.

—Con esto basta —dijo en voz alta—. No me pagan lo bastante como para abrir agujeros frotando hojalata. —Enjuagó el plato que había estado lavando, le sacudió la mayor parte del agua y volvió a meterlo en el zurrón.

—¿También tú lo has sentido? —El susurro de Khalad salió de entre unos labios inmóviles. Aquello sobresaltó a Berit. ¿Cómo se había dado cuenta Khalad?

Berit cerró las hebillas de las correas del zurrón y le hizo un imperceptible gesto de asentimiento a su amigo.

—Alimentemos un poco el fuego y pongámonos a dormir —dijo esa frase en voz lo bastante alta como para que pudieran oírlo más allá del círculo de luz de la hoguera. Los dos avanzaron hacia la pila de leña. Berit estaba murmurando un hechizo y ocultando al mismo tiempo los movimientos de sus manos.

—¿Quién es? —Una vez más, los labios de Khalad no se movieron.

—Todavía estoy trabajando en ello —le susurró Berit. Dejó en libertad el hechizo con una lentitud tal que casi pareció gotearle de las puntas de los dedos.

La sensación regresó a él como una corriente. Era algo dentro del orden de reconocer un acento..., excepto que se lo hacía cuando nadie estaba hablando.

—Es un estiriano —dijo en voz baja.

—¿Zalasta?

—No, no creo. Yo le reconocería. Se trata de alguien con quien nunca me he encontrado.

—No pongas demasiada leña, mi señor —aconsejó Khalad en voz alta—. Esta pila tiene que durarnos hasta el desayuno, ¿sabes?

—Bien pensado —aprobó Berit. Volvió a atender su mente, con gran cautela—. Está alejándose —murmuró—. ¿Cómo supiste que nos estaban observando?

Khalad se encogió de hombros.

—Pude sentirlo. Siempre me doy cuenta cuando alguien me observa. ¿Cuánto ruido haces cuando te pones en contacto con Afrael?

—Ése es uno de los buenos hechizos. No hace ni un sonido.

—Será mejor que le cuentes esto. Hazle saber que, en efecto, nos están vigilando, y que es un estiriano quien se encarga de ello. —Khalad se arrodilló y comenzó a colocar con cuidado la carga de ramas partidas en la hoguera—. Tu camuflaje parece

estar funcionando —observó.

—¿Cómo has llegado a esa conclusión?

—No malgastarían a un estiriano en nosotros si supieran quién eres en realidad.

—A menos que no les queden nada más que estirianos. Puede que la celebración del festival de la cosecha por parte de Stragen haya sido más eficaz de lo que suponíamos.

—Sobre eso podríamos discutir toda la noche. Tú límitate a contarle a Afrael lo del visitante que acabamos de tener. Ella se lo transmitirá a los demás, y dejaremos que sean ellos los que sufran el dolor de cabeza de intentar dilucidarlo mediante la lógica.

—¿No sientes curiosidad al respecto?

—No tanta como para que vaya a perder el sueño por ello. Ésa es una de las ventajas de ser un campesino, mi señor. No se nos exige que encontremos una respuesta para estas cuestiones fundamentales. Vosotros, los aristócratas, os quedáis con el placer de hacer eso.

—Gracias —dijo Berit con acritud.

—No hay de qué, mi señor —replicó Khalad con una sonrisa.

De hecho, Sparhawk nunca había trabajado para vivir, y descubrió que no le gustaba mucho. Muy pronto llegó a odiar al contramaestre de cuello grueso de Sorgi. Era un hombre grosero, estúpido y de una crueldad malevolente. Se mostraba inauditamente lisonjero cada vez que Sorgi aparecía en el alcázar, pero cuando el capitán regresaba bajo cubierta, el carácter natural del contramaestre volvía a hacer acto de presencia. Parecía deleitarle en particular atormentar a los miembros más nuevos de la tripulación, asignándoles las tareas más tediosas, agotadoras y degradantes del barco. Sparhawk se encontró con que de pronto estaba absolutamente de acuerdo con los prejuicios de clase de Khalad, y a veces se sorprendía considerando el asesinato durante la noche.

—Todos los hombres detestan a sus patrones, Fron —le comentó Stragen, utilizando el nombre supuesto de Sparhawk—. Es una parte muy natural de la trama de las cosas.

—Podría soportarlo si no se tomara tantas molestias deliberadas para resultar ofensivo —gruñó Sparhawk, mientras fregaba la cubierta con su bloque de piedra pómez.

—Le pagan para que sea ofensivo, amigo mío. Los hombres furiosos trabajan con mayor dureza. Una parte de tu problema radica en que siempre le miras directamente a los ojos. No te distinguiría de la manera que lo hace si bajaras la mirada. Si no bajas la mirada, éste será un viaje muy largo para ti.

—O muy corto para él —declaró Sparhawk con tono ominoso. Lo meditó aquella noche mientras intentaba, sin mucho éxito, dormir en su hamaca. Deseaba

fervientemente ponerle las manos encima al idiota que había decidido que los seres humanos podían dormir en hamacas. El balanceo del barco la hacía mecerse de un lado a otro, y Sparhawk tenía la constante sensación de que estaba a punto de ser arrojado fuera.

—Anakha. —La voz sólo susurró en su mente. Sparhawk quedó perplejo.

—¿Rosa Azul? —preguntó.

—Os lo ruego, Anakha, no habléis con voz alta. La voz vuesa es como el trueno en los mis oídos. Hablad silenciosamente en los recintos de la consciencia vuesa. Yo os oiré.

—¿Cómo es esto posible? —inquirió Sparhawk con su pensamiento—. Vos estáis prisionero.

—¿Quién ha el poder para aprisionarme, Anakha? Cuando vos os encontráis solo y la vuesa mente está libre de otras distracciones, ambos podemos hablar desta guisa.

—No lo sabía.

—Hasta aqueste momento, no era menester que lo supierais.

—Comprendo. ¿Y ahora lo es?

—Sí.

—¿Cómo atravesáis vos la barrera del oro?

—No es una tal barrera para mí, Anakha. Los otros no pueden sentirme dentro de los confines del excelente receptáculo vueso. Yo, empero, puedo alcanzaros desta guisa. Eso es así en especial cuando os encontráis tan a mi vera.

Sparhawk descansó una mano sobre la bolsa que le colgaba del cuello por un tiento de cuero, y sintió la forma cúbica de la caja.

—Y si me fuera menester, ¿podría hablar con voz deste modo?

—Como lo estáis haciendo agora, Anakha.

—Es bueno saberlo.

—Siento el desasosiego vueso, Anakha, y comparto la vuesa ansiedad por la seguridad de la compañera vuesa.

—Sois muy amable al decirlo, Rosa Azul.

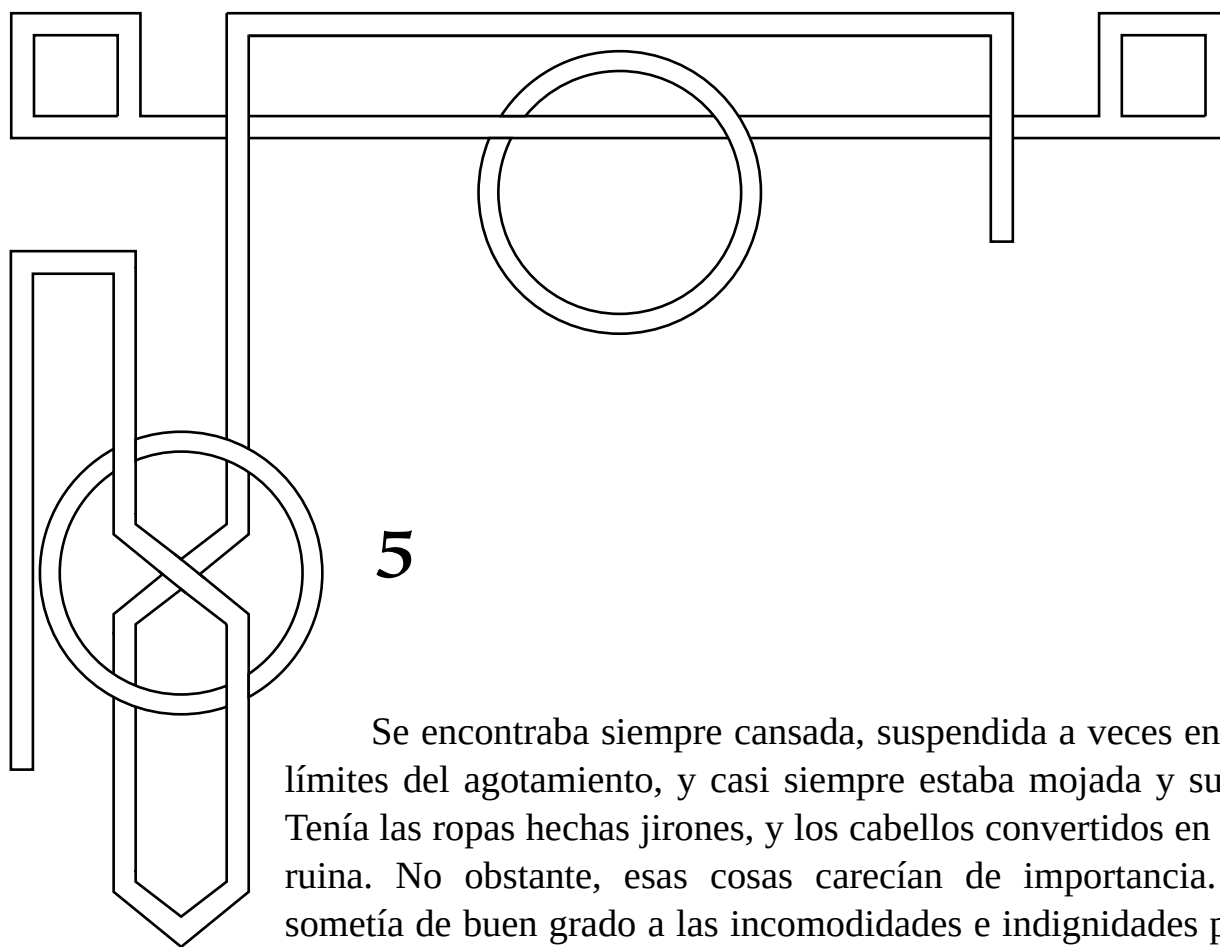
—Dedicad todos los esfuerzos vuestos a asegurar la libertad de la vuesa reina, Anakha. Yo mantendré vigilancia sobre los enemigos nuestros en tanto vos estéis ocupado. —La joya palpitó bajo la mano de Sparhawk—. Oídmeme bien, amigo mío —continuó el Bhelliom—, si llegara a suceder que no os quedara otro recurso, no temáis entregarme por obtener la libertad de la vuesa compañera.

—Eso no servirá... porque ella me lo ha prohibido.

—No os sintáis intranquilo si llegara a suceder, Anakha. Yo no me someteré a Cyrgon, aunque la mía fija, a la que quiero tanto como vos a la vuesa, sea puesta en peligro por mi negativa. Consolaos con el conocimiento de que no permitiré que la fija mía, ni la vuesa ni los de vuesa raza, sean esclavizados por Cyrgon... o, peor aún, por Klael. Tenéis la promesa mía de que eso nunca ocurrirá. Si pareciere que la tarea nuestra se acerca al fracaso, os doy solemne palabra de que destruiré a esta la mía fija

y a todos los que en ella moran, para evitar un tal infortunio.

—¿Se supone que eso debe hacerme sentir mejor?



5

Se encontraba siempre cansada, suspendida a veces en los límites del agotamiento, y casi siempre estaba mojada y sucia. Tenía las ropas hechas jirones, y los cabellos convertidos en una ruina. No obstante, esas cosas carecían de importancia. Se sometía de buen grado a las incomodidades e indignidades para evitar que el loco que era su captor le hiciese daño a la aterrorizada Alean.

La consciencia de que Scarpa estaba loco le había llegado con lentitud. Desde el primer momento en que le vio, supo que era despiadado e impulsivo, pero la evidencia de su desequilibrio mental se había hecho cada vez más y más abrumadora a medida que los interminables días de cautiverio iban pasando.

Era cruel, pero Ehlana se había encontrado antes con hombres crueles. Después de que ella y Alean fuesen arrastradas a toda velocidad por los túneles que corrían por debajo de las calles de Matherion hasta la periferia de la ciudad, habían sido arrojadas con rudeza sobre las sillas de unos caballos que los aguardaban, atadas fuertemente a ellas, y llevadas a una velocidad suicida por el camino que conducía al puerto de Micae, emplazado en la costa suroccidental de la península, a setenta y cinco leguas de distancia. Un hombre cuerdo no maltrata a los animales de los cuales depende de forma absoluta. Ésa fue la primera evidencia de la locura de Scarpa. Condujo a los caballos, azotandolos de manera salvaje hasta que las pobres bestias comenzaron a dar traspies de agotamiento, y sus únicas palabras durante aquellos días espantosos fueron: «¡Más rápido! ¡Más rápido!».

Ehlana se estremecía al recordar el horror de aquella interminable cabalgata. Habían...

El caballo de ella tropezó en una senda fangosa y ella fue arrojada hacia delante,

lo cual devolvió la atención de la reina al presente inmediato. La cuerda que le ataba apretadamente las manos a la parte delantera de la silla le hendió la carne, y la hemorragia volvió a comenzar. Ella intentó desplazarla a una posición diferente con el fin de que la cuerda no continuara penetrando en las heridas ya abiertas.

—¿Qué estás haciendo? —exigió saber Scarpa.

Tenía la voz ronca, y la pregunta salió casi como un chillido.

Scarpa casi siempre chillaba cuando le dirigía la palabra.

—Sólo estoy intentando evitar que la cuerda me corte más profundamente las muñecas, mi señor Scarpa —replicó con humildad.

Al principio del cautiverio le habían dado instrucciones de que se dirigiera a él de aquella manera, y pronto descubrió que el no hacerlo repercutía en el maltrato a Alean y la privación de comida y agua.

—¡No estás aquí para sentirte cómoda, mujer! —bramó él—. ¡Estás aquí para obedecer! ¡Ya veo lo que estás haciendo! ¡Si no dejas de intentar aflojar esas cuerdas, usaré alambre! —Los ojos de él se salieron de sus órbitas y Ehlana vio una vez más el extraño tinte azulado de las escleróticas y las pupilas anormalmente grandes.

—Sí, mi señor Scarpa —replicó ella en su tono más sumiso.

Él le echó una mirada feroz, con el rostro cargado de suspicacia y sus ojos de loco buscando furiosamente una excusa para humillar aún más a las prisioneras.

Ehlana bajó la mirada y la fijó en la fangosa senda áspera que serpenteaba penetrando más y más en el exuberante bosque lleno de lianas de la costa suroriental de Daresia.

El barco que habían abordado en el puerto de Micae era una pulida nave corsaria de casco negro que no podía haber sido construida para ningún propósito honrado. Ella y Alean fueron arrastradas bajo cubierta sin ceremonia alguna, y confinadas en un estrecho compartimento que olía a pantoque y estaba completamente a oscuras. Cuando ya llevaban dos horas en el mar, la puerta del compartimento se abrió y por ella entró Krager con dos atezados marineros, uno de los cuales llevaba lo que parecía ser una comida decente, y el otro dos cubos de agua caliente, una pastilla de jabón y un montón de harapos para que hicieran las veces de toallas. Ehlana había resistido el impulso de abrazar a aquel hombre.

—Lamento de veras todo esto, Ehlana —se había disculpado Krager, mirándola con ojos miopes—, pero yo no poseo control alguno sobre la situación. Ten mucho cuidado con lo que le dices a Scarpa. Con toda probabilidad, te habrás dado cuenta de que no es del todo racional. —Había mirado nerviosamente a sus espaldas, dejado sobre la tosca mesa un puñado de velas de sebo, y salido del camarote cerrando la puerta con cadenas tras de sí.

Navegaron cinco días y llegaron a Anan, una ciudad puerto emplazada en la linde de la selva de la costa suroriental, un poco después de medianoche. Entonces, ella y Alean fueron metidas dentro de un carruaje cerrado con el barón Parok, de ojos abolsados, en el pescante. Durante el transporte desde el barco al carruaje, Ehlana

había observado discretamente a cada uno de sus captores, en busca de alguna debilidad. Krager, a pesar de su ebriedad habitual, era demasiado astuto. Y Parok hacía mucho que estaba aliado con Scarpa y era evidente que no le molestaba la locura de su amigo. Estudió a Elron con serenidad. Había notado que el afectado poeta asteliano no la miraba a los ojos bajo ninguna circunstancia. Era evidente que su aparente asesinato de Melidere lo había llenado de remordimiento. Elron era más un hombre de fingimiento que de acción, y estaba claro que no tenía estómago para la sangre. Recordó, por lo demás, cuán vanidoso se había mostrado respecto a los bucles de su propio cabello cuando ella lo conoció, y se preguntaba qué tipo de coacción habría utilizado Scarpa para obligarlo a afeitarse la cabeza con el fin de hacerse pasar por uno de los pelois de Kring. Conjeturó que aquella violación de los cabellos de Elron había despertado en él ciertos resentimientos poderosos. Era obvio que Elron tenía reticencia a participar en aquel asunto, y eso lo convertía en el eslabón débil. Ahora mantenía ese hecho firmemente presente. Podría llegar un momento en el que pudiese utilizarlo para provecho propio.

El carruaje las había llevado desde la línea costera hasta una casa grande de los suburbios de Anan. Fue allí donde Scarpa habló con un estiriano macilento con los rasgos aterrorados característicos de su raza. El nombre del estiriano era Keska, y sus ojos tenían la expresión de alguien irremisiblemente maldito.

—¡No me importan las incomodidades! —le había medio gritado Scarpa al hombre macilento, en un momento dado—. ¡El tiempo es lo importante, Keska, el tiempo! ¡Simplemente, hazlo! ¡Siempre y cuando no nos mate, podremos soportarlo!

A la mañana siguiente, el significado de aquella orden se hizo demasiado obvio. Resultaba evidente que Keska era uno de los magos estirianos proscritos, aunque no muy bueno. Podía, con una gran cantidad de esfuerzo que a todas luces le resultaba agotador, comprimir las leguas que se extendían entre ellos y el punto de destino de Scarpa; pero sólo unas pocas cada vez, y esa compresión iba acompañada de una especie de dolorosa agonía. Casi daba la impresión de que el torpe mago los arrebatava y arrojaba ciegamente hacia delante con cada partícula de su fuerza, y Ehlana nunca estaba segura, después de cada monstruoso y violento salto, de que continuaba estando intacta. Se sentía estirada y vapuleada, pero hacía todo lo posible para ocultar su dolor ante Alean. La dulce muchacha de grandes ojos lloraba casi constantemente, ahora, abrumada por su dolor y miedo y la miseria de la situación de ambas.

Ehlana devolvió su mente al presente y miró a su alrededor con cautela. Volvía a acercarse la noche. El cielo nublado comenzaba a oscurecerse, y la hora del día que más temía Ehlana estaría muy pronto sobre ellos.

Scarpa miró con cierto desprecio a Keska, que iba encorvado en su silla como una flor marchita, obviamente al borde del agotamiento.

—Ya hemos avanzado bastante —declaró—. Plantad alguna clase de campamento y bajad a las mujeres de los caballos. —Los duros ojos de Scarpa se hicieron más

brillante mientras miraba a Ehlana directamente a la cara—. Ha llegado la hora de que la sucia reina de los elenios vuelva a mendigar su comida. Espero de verdad que en esta ocasión se muestre más convincente; me trastorna realmente tener que negársela cuando sus súplicas no son lo bastante sinceras.

—Ehlana —susurró Krager, tocándole un hombro.

El fuego se había convertido en brasas, y Ehlana podía oír los ronquidos provenientes del otro extremo del tosco campamento.

—¿Qué? —replicó ella, lacónica.

—Mantén baja la voz. —Krager todavía llevaba el justillo peloi de cuero negro, en su cabeza afeitada comenzaban a asomar unos escasos pelos, y su aliento apestoso a vino era casi insoportable—. Estoy haciéndote un favor. No me pongas en peligro. Supongo que a estas alturas te habrás dado cuenta de que Scarpa está completamente loco.

—¿De veras? —inquirió ella con tono sardónico—. ¡Qué cosa tan sorprendente!

—Por favor, no hagas esto más difícil de lo que ya es. Me parece que en este caso he cometido un pequeño error de juicio. Si me hubiera dado cuenta del todo de lo demente que es ese bastardo medio estiriano, jamás habría consentido en tomar parte en esta ridícula aventura.

—¿Por qué es esa extraña fascinación que sientes por los lunáticos, Krager?

Él se encogió de hombros.

—Tal vez sea un defecto de carácter. Scarpa cree de verdad que puede ser más listo que su padre..., e incluso que Cyrgon. En realidad no cree que Sparhawk vaya a entregar el Bhelliom a cambio de tu libertad, y ha conseguido convencer a medias a los demás. No dudo de que a estas alturas ya te habrás dado cuenta de lo que siente hacia las mujeres.

—Lo ha demostrado con la suficiente frecuencia —replicó ella con amargura—. ¿Comparte en cambio la afición del barón Harparin por los niños varones?

—Scarpa no es aficionado a nadie que no sea él mismo. Él es su única pasión. Lo he visto pasar horas recortándose la barba. Eso le proporciona la oportunidad de adorar su imagen en el espejo. Tú no has tenido la ocasión de ver esa deliciosa personalidad en plenitud de florecimiento. Los detalles de este viaje han mantenido ocupado lo que él prefiere llamar su mente. Espera a que llegemos a Natayos y le verás comenzar a delirar. Hace que, por comparación Martel y Annias parezcan la esencia de la cordura. No me atrevo a quedarme aquí demasiado tiempo así que escúchame con atención. Scarpa cree que Sparhawk traerá consigo al Bhelliom cuando venga, pero no cree que vaya a traerlo para intercambiarlo por tu libertad. Scarpa está absolutamente convencido de que tu esposo vendrá para arreglar cuentas con Cyrgon, y también cree que se destruirán mutuamente en el curso de la discusión.

—Sparhawk tiene al Bhelliom, estúpido, y el Bhelliom come dioses, para

desayunar.

—No he venido aquí para discutir sobre eso. Tal vez Sparhawk gane, y tal vez no. Ésa es, en realidad, una cuestión al margen. Lo que para nosotros tiene importancia es lo que Scarpa cree. Se ha convencido a sí mismo de que Sparhawk y Cyrgon librarán una guerra de destrucción mutua. Luego, según cree, el Bhelliom quedará libre para quien quiera apoderarse de él.

—¿Y qué hay de Zalasta?

—Tengo la poderosa impresión de que Scarpa no espera que Zalasta esté por las inmediaciones cuando acabe la batalla. Scarpa está más que dispuesto a matar a cualquiera que se interponga en su camino.

—¿Mataría a su propio padre? Krager se encogió de hombros.

—Los lazos de sangre no significan nada para Scarpa. Cuando era más joven, decidió que su madre y sus medias hermanas sabían cosas sobre él que no le interesaba que compartiesen con las autoridades, así que las mató. De todas formas las odiaba, por lo que ese hecho podría no significar tanto como parece. Si Sparhawk y Cyrgon llegaran de veras a matarse el uno al otro, y Zalasta desapareciera en un repentino ataque de mortalidad durante esas festividades, Scarpa podría ser el único que quedara para apoderarse del Bhelliom. Tiene un ejército en estas selvas, y si también poseyera el Bhelliom, podría muy bien vencer. Marcharía sobre Matherion, tomaría la ciudad y eliminaría el gobierno. Luego se coronaría a sí mismo emperador. Pero yo estoy apostando personalmente en contra de eso, así que, por el amor de Dios, controla tu temperamento. No eres realmente importante para los planes de él, pero resultas vital para los de Zalasta... y para los míos. Si hicieras cualquier cosa que sacara de quicio a Scarpa, te mataría con la misma premura con que le ordenó a Elron que matara a tu dama de compañía. Zalasta y yo creemos que Sparhawk sí se avendrá a intercambiar el Bhelliom por tu libertad, pero sólo si estás viva. No enfurezcas a ese maníaco. Si te mata, nuestros planes se derrumbarán.

—¿Por qué estás contándome esto, Krager? Hay algo más, ¿verdad?

—Por supuesto. Si las cosas salen en contra nuestra, quiero contar con tu buena voluntad para que hables en mi favor cuando comiencen los juicios.

—Me temo que eso no servirá de nada —comentó ella con dulzura—. No habrá juicio alguno para ti, Krager. Sparhawk ya te ha entregado a Khalad, y Khalad ya ha tomado su decisión.

—¿Khalad? —la voz de Krager sonaba algo débil.

—El hijo mayor de Kurik. Parece creer que tuviste alguna responsabilidad en la muerte de su padre, y se siente obligado a hacer algo al respecto. Supongo que podrías intentar convencerlo de que está equivocado, pero te aconsejo que hables rápido si lo intentas. Khalad es un joven muy expeditivo, y probablemente te tendrá colgando de un gancho para carne antes de que hayas pronunciado tres palabras.

Krager no replicó, sino que se alejó furtivamente de ella; su cabeza rapada se veía pálida en la oscuridad. No era una gran victoria, reconoció íntimamente Ehlana, pero

en la situación en que ella se hallaba, las victorias eran muy difíciles de conseguir.

—¿Hacen eso de verdad? —La áspera voz de Scarpa era voraz.

—Es una vieja costumbre, mi señor Scarpa —replicó Ehlana con voz mansa y manteniendo los ojos bajos mientras avanzaban lentamente por el fangoso sendero—. De todas formas, el emperador Sarabian tiene planeado abolir la práctica.

—Será reinstituída inmediatamente después de mi coronación. —Scarpa tenía los ojos brillantes—. Es una apropiada forma de respeto.

Scarpa tenía una vieja capa de terciopelo púrpura, lustrosa por el desgaste, que se había echado espectacularmente por encima de un hombro en grotesca imitación de un manto imperial, y adoptaba poses absurdas a cada pronunciamiento.

—Como tú desees, mi señor Scarpa.

Resultaba tedioso el repetir las mismas cosas una y otra vez, pero eso mantenía ocupada la mente de Scarpa; y cuando la atención de éste estaba firmemente centrada en las ceremonias y prácticas de la corte imperial de Matherion, él no se ponía a pensar en formas de hacer que la vida fuera intolerable para sus cautivas.

—Descríbelo otra vez —le ordenó Scarpa—. Necesito saber con precisión cómo debe hacerse... para poder castigar a aquellos que no lo lleven a cabo de la forma correcta.

Ehlana suspiró.

—Al aproximarse la persona imperial, los miembros de la corte se arrodillan...

—¿Sobre ambas rodillas?

—Sí, mi señor Scarpa.

—¡Excelente! ¡Excelente! —Tenía una expresión exaltada—. Continúa.

—Luego, cuando el emperador pasa ante ellos, se inclinan hacia delante, apoyan las palmas de las manos sobre el suelo y tocan las baldosas con la frente.

—¡Magnífico! —De pronto profirió una risilla, un sonido agudo, casi de muchacha, que sobresaltó a Ehlana. Ella le echó una fugaz mirada de reojo. Tenía la cara grotescamente contorsionada por una expresión de atroz exaltación; y luego los ojos se abrieron de par en par y esa expresión se transformó en una de éxtasis casi religioso—. ¡Y los tamules que gobiernan el mundo serán gobernados por mí! —entonó con una voz resonante y declamatoria—. ¡Todo el poder será mío! ¡El gobierno del mundo estará en mis manos y la desobediencia significará la muerte!

Ehlana se estremeció mientras él continuaba delirando.

Y él volvió a ella cuando la húmeda noche caía sobre el fangoso campamento del bosque, arrastrado hacia ella por una voracidad, una codicia que estaba más allá de su capacidad de control. Resultaba repugnante, pero Ehlana se daba cuenta de que su conocimiento de las peculiaridades de las ceremonias de la corte le confería un enorme poder sobre él. Aferró ese poder con firmeza, extrayendo de él fuerza y confianza, saboreándolo incluso mientras los demás se retiraban con expresiones de atemorizada revulsión.

—¡Nueve esposas, dices! —La voz de Scarpa era casi suplicante—. ¿Y por qué

no noventa? ¿Por qué no novecientas?

—Ésa es la costumbre, mi señor Scarpa. La razón de ello debería ser obvia.

—Oh, por supuesto, por supuesto. —Scarpa rumió malévolamente lo que acababa de oír—. ¡Yo tendré nueve mil! —proclamó—. ¡Y cada una será más deseable que la anterior! ¡Y cuando yo haya acabado con ellas, serán entregadas a mis soldados leales! ¡Que ninguna mujer crea que mi favor le confiere poder! ¡Todas las mujeres son sólo putas! ¡Yo las compraré y las arrojaré de mí cuando me haya cansado de ellas! —Los ojos se le salieron de las órbitas y él los fijó en la hoguera. Las danzantes llamas reflejadas en aquellos ojos parecían hervir como la locura que había detrás de ellos.

Scarpa se acercó a Ehlana y descansó una confiada mano sobre uno de los brazos de la reina.

—Yo he visto aquello que los demás son demasiado estúpidos como para ver —declaró—. Otros miran, pero no ven..., aunque yo sí veo. Oh, sí, yo veo. Veo muy bien. Están todos juntos en esto, ya sabes..., todos ellos. Me vigilan. Siempre me han vigilado. Nunca puedo librarme de sus ojos..., vigilando, vigilando, vigilando... y hablando..., hablando detrás de sus manos, lanzando los unos a los rostros de los otros su aliento aromatizado con canela. Todos fétidos y corrompidos..., tramando, conjurándose contra mí, intentando hacerme caer. Sus ojos..., todos suaves y velados con las pestañas que ocultan las dagas de su odio, vigilando, vigilando, vigilando. —Su voz fue haciéndose cada vez más baja—. Y hablando, hablando detrás de sus manos para que yo no pueda oír lo que están diciendo. Susurrando. Siempre lo oigo. Oigo los siseantes susurros de sus interminables murmullos. Sus ojos que me siguen, vaya a donde vaya... y sus risas y susurros. Oigo el sisear de sus susurros..., interminables susurros..., siempre mi nombre... Ssscar-pa, Ssscar-pa, una y otra vez, siseando en mis oídos. Pavoneándose con sus redondeados miembros y sus ojos delineados con hollín. Trabando, planeando con interminables susurros siseantes, siempre buscando formas de hacerme daño. Ssscar-pa, Ssscar-pa, intentando humillarme. —Los globos oculares teñidos de azul se le salían de la cara, y sus labios y barba estaban manchados de espuma—. Yo no era nada. Ellos me convirtieron en nada. Me llamaban el bastardo de Senga y me daban monedas para que los condujera a las camas de mi madre y mis hermanas, y me abofeteaban y escupían y se reían de mí cuando lloraba, y codiciaban con lujuria a mi madre y mis hermanas, y a todo mi alrededor estaba el siseo en mis oídos..., y yo huelo el siseo..., el empalagoso sonido dulce de la carne podrida y la lujuria rancia toda púrpura y retorciéndose con el líquido siseo de sus susurros y...

Entonces, sus ojos dementes se llenaron de terror, y se encogió ante ella y cayó, arrastrándose por el fango.

—¡Por favor, madre! —gimoteó—. ¡Yo no lo hice! ¡Silbie lo hizo! ¡Porfavorporfavorporfavor, no vuelvas a encerrarme ahí! ¡Por favor, en la oscuridad, no! ¡Porfavorporfavorporfavor, en la oscuridad, no! ¡En la oscuridad, no! —y se puso

trabajosamente de pie y huyó hacia el bosque con su «porfavorporfavorporfavor» resonando en un largo grito decreciente.

Ehlana se sintió repentinamente acometida por una agónica e insoportable compasión; bajó la cabeza y se echó a llorar.

Zalasta estaba esperándolos en Natayos. Los siglos dieciséis y diecisiete habían sido de florecimiento para la civilización arjuni, un florecimiento financiero en gran parte debido al surgimiento del comercio de esclavos. No obstante, una errónea incursión esclavista realizada en Atan meridional, acompañada de una serie de enormes desatinos de política por parte del administrador tamul de esa región, desató una incontrolada expedición punitiva por parte de los atanes.

Natayos había sido una joya virtual de ciudad, con elegantes edificios y anchas avenidas. Ahora era una ruina olvidada y enterrada en la selva, con sus edificios derrumbados cubiertos por una trama de lianas como cuerdas; sus elegantes salones eran ahora el hogar de parloteantes monos y pájaros tropicales de brillantes colores, mientras que sus huecos más oscuros estaban habitados por serpientes y las furtivas ratas que eran las presas de las primeras.

Pero ahora, los seres humanos habían regresado a Natayos. El ejército de Scarpa estaba acuartelado allí, y los arjunis, los cynesganos y los batallones de chusma elenia habían limpiado de lianas, árboles, monos y reptiles el barrio cercano a la antigua puerta norte de la ciudad, con el fin de hacerlo semihabitable.

Zalasta se hallaba medio apoyado sobre su báculo en la puerta medio derrumbada; su rostro de barbas plateadas estaba ojeroso a causa de la fatiga, y sus ojos tenían una expresión de desesperanzado dolor. Su primera reacción al llegar su hijo con las cautivas, fue de cólera. Le gruñó a Scarpa en estiriano, una lengua que parecía especialmente apropiada para las reprimendas y que Ehlana no comprendía. Sin embargo, no fue poca la satisfacción que le proporcionó el aire de hosca aprensión que cruzó el rostro de Scarpa. A pesar de todas sus fanfarronadas y aires de preeminente superioridad, Scarpa aún parecía sentir una cierta reverencia y temor por el anciano estiriano que incidentalmente lo había engendrado.

Una vez, y sólo una, aparentemente herido por algo que Zalasta dijo en un tono cargado de desprecio, Scarpa se irguió y gruñó una respuesta. La reacción de Zalasta fue inmediata y salvaje. Le propinó a su hijo un fuerte golpe con el báculo, que lo hizo tambalear; luego lo apuntó con la pulimentada vara, murmuró algunas palabras, y lanzó un candente punto de luz por el extremo del báculo. El ardiente punto golpeó en el estómago a Scarpa, que aún se tambaleaba, y éste se dobló bruscamente, mientras se aferraba el vientre y chillaba de agonía. Cayó a la fangosa tierra, pataleando y convulsionándose al penetrarle, lacerante, el hechizo de Zalasta. Su padre, con el mortal báculo aún apuntándolo, lo miró fríamente, durante interminables minutos, mientras se retorció.

—¿Ahora lo entiendes? —exigió saber, con voz mortal, hablando en tamul esta vez.

—¡Sí! ¡Sí! ¡Padre! —chilló Scarpa—. ¡Basta! ¡Te lo suplico, no me atormentes más!

Zalasta lo dejó retorcerse y sufrir mi rato más. Luego levantó el báculo.

—Tú no eres el amo aquí —declaró—. No eres más que un incompetente de mente enferma. Cualquiera de entre una docena de los presentes podría comandar este ejército, así que no pongas más a prueba mi paciencia. La próxima vez, hijo o no hijo, dejaré que el hechizo siga su curso natural. El dolor es como una enfermedad, Scarpa. Tras unos pocos días... o semanas... el cuerpo comienza a deteriorarse. Un hombre puede morir de dolor. No me obligues a demostrártelo. —Y le volvió la espalda a su pálido y sudoroso hijo—. Te presento mis disculpas, majestad —le dijo a Ehlana—. No era ésta mi intención.

—¿Y cuál era tu intención, Zalasta? —preguntó ella con frialdad.

—La disputa es entre tu esposo y yo, Ehlana. Nunca me pasó por la cabeza causarte tales incomodidades. Este cretino al que por desgracia tengo que reconocer, se tomó por su cuenta la libertad de maltratarte. Te prometo que no vivirá para ver la puesta del sol el día en que vuelva a hacerlo.

—Ya veo. La humillación y el dolor no fueron ideas tuyas, pero el cautiverio sí lo fue. ¿Dónde está la diferencia, Zalasta?

Él suspiró y se pasó una cansada mano por los ojos.

—Es necesario —le respondió.

—¿Por qué motivo? Sefrenia nunca se someterá a ti, y lo sabes. Incluso aunque el Bhelliom y los anillos cayeran en tus manos, no podrías obligarla a que te amara.

—Existen también otras consideraciones, reina Ehlana —replicó él con tristeza—. Por favor, trae a tu camarera y acompáñame. Te conduciré a tus habitaciones.

—Una mazmorra, supongo.

Él suspiró una vez más.

—No, Ehlana, las habitaciones están limpias y son cómodas. Yo mismo me he encargado de ello. Tus penurias han terminado, te lo prometo.

—Mis penurias, como tú las llamas, no habrán terminado hasta que no vuelva a reunirme con mi esposo y mi hija.

—Eso, podemos esperar que se produzca muy pronto. Está, no obstante, en las manos del príncipe Sparhawk. Lo único que tiene que hacer es seguir las instrucciones. Tus habitaciones no están lejos. Por favor, sígueme. —Las condujo a un edificio cercano y abrió la puerta con una llave.

La prisión de las mujeres estaba muy próxima a lo lujoso, un apartamento amplio, completo, con varios dormitorios, un comedor, una gran sala de estar e incluso una cocina. Era evidente que el edificio había sido la morada de un noble y, a pesar de que los pisos superiores se habían derrumbado hacía mucho tiempo, las habitaciones de la planta baja, cuyos techos estaban sustentados por grandes arcos, continuaban

intactas. El mobiliario de las dependencias estaba trabajado, y tenían alfombras en los suelos y cortinas para cubrir las ventanas..., ventanas, según pudo advertir Ehlana, que habían sido recientemente cubiertas con sólidas barras de hierro.

Las chimeneas eran profundas y estaban llenas de troncos encendidos, no tanto para defender a sus moradores del frío mínimo del invierno arjuni, como para secar las habitaciones saturadas de la humedad de un milenio. Había camas y ropa limpia para las mismas, así como vestidos de corte arjuni; pero, lo más importante de todo, tenía una habitación de buen tamaño con una gran bañera de mármol sujeta al suelo. Los ojos de Ehlana se fijaron, anhelantes, durante un largo rato sobre ese máximo lujo. Se apoderó tan completamente de su atención que apenas oyó las disculpas que le presentaba Zalasta. Tras unas pocas réplicas vagas de ella, el estiriano se dio cuenta de que su continuada presencia no era apreciada, así que se excusó cortésmente y salió.

—Alean, querida —dijo Ehlana con una voz casi soñadora—. Ésa es una bañera bastante grande..., desde luego es lo bastante grande como para las dos, ¿no te parece?

Alean también contemplaba la bañera con angustiado anhelo.

—Ya lo creo, majestad —replicó.

—¿Cuánto tiempo crees que tardaremos en calentar el agua suficiente como para llenarla?

—Hay muchísimas ollas y teteras en esa cocina, mi reina —replicó la dulce muchacha—, y todas las chimeneas están encendidas. No debería llevarnos mucho tiempo.

—Maravilloso —declaró Ehlana, entusiasmada—. ¿Qué te parece si comenzamos?

—¿Quién es exactamente ese Klael, Zalasta? —le preguntó Ehlana al estiriano varios días más tarde, cuando acudió a visitarla.

Zalasta iba a la prisión con frecuencia, como si esas visitas minimizaran de alguna forma su culpabilidad, y siempre hablaba, mucho y de manera divagante; a veces era una charla inconexa que con frecuencia ponía al descubierto mucho más de lo que él probablemente quería que ella supiese.

—Klael es un ser eterno —replicó él.

Ehlana notó, algo distraída, que el elenio de fuerte acento que tanto la irritó cuando se encontraron por vez primera en Sarsos había desaparecido. Otra de las artimañas de él, concluyó la reina.

—Klael es mucho más eterno que los dioses de este mundo —prosiguió Zalasta—. De alguna forma está conectado con el Bhelliom. Son principios encontrados, o algo parecido dentro de esa línea. Yo estaba un poco turbado cuando Cyrgon me explicó la relación existente entre ellos, así que no la comprendí del todo.

—Sí, ya me lo imagino —murmuró Ehlana.

La relación que mantenía con Zalasta era peculiar. Las circunstancias hacían que

el despotricar y reprochar constituyeran en gran parte una pérdida de tiempo, por lo que ella se mostraba cortés. Él parecía agradecido por eso, y su gratitud lo hacía más abierto con Ehlana. Aquella cortesía, que a ella no le costaba nada, le permitía recoger mucha información de la divagante charla del estiriano.

—De todas formas —prosiguió Zalasta—, Cызada sintió terror cuando Cyrgon le ordenó que invocara a Klael, e intentó con gran ahínco convencer al dios de que no lo hiciese. Pero Cyrgon se mostró implacable; estaba lleno de cólera cuando Sparhawk le arrebató limpiamente a los trolls de sus mismísimas manos. Nosotros jamás consideramos la posibilidad de que Sparhawk fuera a libertar a los dioses-troll de su confinamiento.

—Ésa fue una idea del caballero Ulath —aclaró Ehlana—. Ulath sabe muchísimo sobre los trolls.

—Eso es evidente. En cualquier caso, Cyrgon obligó a Cызada a que invocara a Klael, pero Klael, en cuanto apareció, fue en busca del Bhelliom. Aquello desconcertó a Cyrgon. Su intención era la de guardar a Klael en reserva..., oculto, por así decirlo..., y dejarlo suelto por sorpresa. Eso se fue al garete cuando Klael corrió hacia el Cabo Norte para enfrentarse con el Bhelliom. Ahora, Sparhawk sabe que Klael está aquí..., aunque no tengo ni idea de qué puede hacer al respecto. Eso es lo que hacía que el invocar a Klael fuera una idiotez, para empezar. No puede controlarse a Klael. Yo intenté explicárselo a Cyrgon, pero no quiso escucharme. Nuestra meta es entrar en posesión del Bhelliom, y Klael y el Bhelliom son enemigos eternos. En cuanto Cyrgon tenga al Bhelliom en sus manos, Klael lo atacará a él, y estoy completamente seguro de que Klael es infinitamente más poderoso que Cyrgon. —Zalasta volvió la cabeza, con cautela—. Me temo que los cyrgais son en muchos sentidos un reflejo de su dios. Cyrgon aborrece cualquier clase de inteligencia. A veces es aterradoramente estúpido.

—Detesto tener que señalarlo, Zalasta —declaró ella con insinceridad—, pero tú tienes tendencia a aliarte con anormales. Annias era bastante inteligente, supongo, pero su obsesión con la archiprelatura distorsionaba su juicio, y el impulso de venganza de Martel hacía que sus pensamientos fuesen igualmente distorsionados. Por lo que conjeturo, Otha era más estúpido que un tarugo, y Azash era tan elemental que lo único que tenía en mente eran sus propios deseos. El pensamiento coherente estaba fuera de sus posibilidades.

—¿Tú lo sabes todo, verdad, Ehlana? —dijo él—. ¿Cómo, si puede saberse, has descubierto todo eso?

—No estoy realmente en libertad de comentarlo —replicó ella.

—No tiene importancia, supongo —dijo él con aire ausente. Una ansiedad repentina le cruzó el rostro—. ¿Cómo está Sefrenia? —preguntó.

—Bastante bien. Aunque estuvo muy disgustada cuando descubrió por primera vez lo referente a ti..., y tu atentado contra la vida de Afrael fue realmente un mal plan, ¿sabes? Eso fue lo que la convenció de tu traición.

—Perdí la cabeza —confesó Zalasta—. Esa maldita mujer delfae destruyó trescientos años de paciente labor con un solo movimiento de su cabeza.

—Supongo que no es asunto mío pero ¿por qué no te limitaste a aceptar el hecho de que Sefrenia estaba completamente dedicada a Afrael, y dejaste las cosas así? No hay forma alguna de que jamás puedas competir con la diosa-niña, ya lo sabes.

—¿Podrías tú haber aceptado alguna vez la idea de que Sparhawk estuviera comprometido con alguien más, Ehlana? —El tono de él era acusador.

—No —admitió ella—. Supongo que no habría podido. Hacemos cosas extrañas por amor, ¿no es cierto, Zalasta? No obstante, yo fui directa acerca de eso. Puede que las cosas hubiesen sido diferentes para ti si no hubieras intentado el engaño y la mentira. Afrael no es completamente irrazonable, ¿sabes?

—Tal vez no —replicó él. Luego suspiró profundamente—. Pero nunca lo sabremos, ¿verdad?

—No. Ya es demasiado tarde.

—El cristalero rajó uno de los cristales cuando lo colocaba en el marco, mi reina —comentó Alean en voz baja, señalando el triángulo defectuoso de vidrio lleno de burbujas que había en uno de los ángulos inferiores de la ventana—. Fue muy torpe.

—¿Cómo es que sabes tanto sobre eso, Alean? —le preguntó Ehlana.

—Mi padre fue aprendiz de un cristalero cuando era joven —replicó la muchacha de ojos de gacela—. Solía reparar las ventanas de nuestra aldea. —Acercó la punta candente del atizador al plomo que mantenía el cristal rajado en su sitio—. Debo tener mucho cuidado —comentó, con el ceño fruncido a causa de la concentración—, pero si lo hago bien, podré arreglarlo de manera que podamos quitar esta pequeña sección y ponerla de nuevo en su sitio. De esa forma, oiremos de qué están hablando ahí fuera, en la calle, y luego lo pondremos nuevamente donde estaba para que ellos no se enteren de lo que hemos hecho. He pensado que tal vez te interesaría escuchar lo que dicen, y parecen reunirse siempre delante de esta ventana.

—¡Eres un verdadero tesoro, Alean! —exclamó Ehlana, y abrazó impulsivamente a la muchacha.

—¡Cuidado, mi señora! —gritó Alean, alarmada—. ¡El hierro candente!

Alean estaba en lo cierto. La ventana que tenía una punta rajada se encontraba en una esquina del edificio, y Zalasta, Scarpa y los demás estaban acuartelados en la construcción adyacente. Al parecer siempre que querían comentar algo fuera del alcance auditivo de los soldados, por lo general salían al callejón sin salida, entre muros, que había al otro lado de la ventana. Los pequeños cristales toscos soldados con plomo al marco de la ventana eran semitransparentes en el mejor de los casos, así que, con unas precauciones mínimas, el arreglo que Alean había dispuesto le permitía a Ehlana escuchar e incluso observar de manera marginal sin ser vista.

Al día siguiente de la conversación mantenida con Zalasta, vio que el estiriano de

blanca túnica se aproximaba con expresión melancólica en el rostro, y con Scarpa y Krager que le seguían los pasos.

—Tienes que superar esto, padre —le dijo Scarpa con tono urgente—. Los soldados están comenzando a darse cuenta.

—Déjalos —replicó Zalasta, lacónico.

—No, padre —declaró Scarpa con su profunda voz teatral—, no podemos hacerlo. Esos hombres son animales. Funcionan por debajo del nivel del pensamiento. Si te paseas por estas calles con la cara de un niño cuyo perro acaba de morir, ellos van a pensar que algo anda mal, y comenzarán a desertar por regimientos. He dedicado demasiado tiempo y esfuerzo para reunir este ejército, como para permitir que tú lo desmanteles ahora porque sientes compasión de ti mismo.

—Tú nunca lo entenderás, Scarpa —le espetó Zalasta—. No puedes siquiera comenzar a comprender el significado de la palabra «amor». Tú no amas nada.

—Sí, lo hago, Zalasta —le contestó Scarpa—. Me amo a mí mismo. Es el único tipo de amor que tiene algún sentido.

Daba la casualidad de que Ehlana estaba observando a Krager. Los ojos del borracho se encontraban entrecerrados, con expresión astuta. Disimuladamente ocultó el omnipresente jarro tras de sí, y vació la mayor parte del vino que contenía. Luego se lo llevó a los labios y bebió ruidosamente los restos. Luego, eructó.

—Perdón —se disculpó con estropajosa voz ebria, mientras tendía una mano y la apoyaba en la pared para estabilizarse, al tiempo que se balanceaba atrás y adelante.

Scarpa le echó una fugaz mirada de irritación, y resultó obvio que lo daba por perdido. Ehlana, sin embargo, hizo a toda velocidad una segunda valoración de Krager. No siempre estaba tan borracho como aparentaba.

—Todo esto no ha servido para nada, Scarpa —gimió Zalasta—. Me he aliado con un enfermo, degenerado y demente, para nada. Yo había pensado que una vez que Arael desapareciera, Sefrenia se volvería hacia mí. Pero no lo hará. Moriría antes que tener nada que ver conmigo.

Los ojos de Scarpa se entrecerraron.

—Entonces, déjala morir —dijo con franqueza—. ¿No puedes meterte en la cabeza que una mujer es igual a cualquier otra? Las mujeres son una mercancía..., como los fardos de heno o los barriles de vino. Mira a Krager. ¿Cuánto afecto crees tú que siente por un barril de vino vacío? Es a los nuevos, a los que están llenos a los que ama, ¿verdad, Krager?

Krager le dedicó una sonrisa estúpida y volvió a eructar.

—Perdón —volvió a decir.

—De todas formas, no puedo encontrarle ninguna razón a esta obsesión tuya —continuó Scarpa, frotando el punto más sensible de su padre—. Sefrenia no es más que una mercancía usada, ahora. Vanion la ha tomado... docenas de veces. ¿Eres tan

pobre de espíritu que tomarías los despojos de un elenio?

Zalasta, de forma repentina, dio un puñetazo contra la pared y profirió un gruñido de frustración.

—Probablemente está tan habituado a poseerla que ya no pierde el tiempo murmurándole ternezas —prosiguió Scarpa—. Él simplemente hace lo que quiere con ella, da media vuelta y se pone a roncar. Ya sabes cómo son los elenios cuando andan calientes. Y es probable que ella no sea mejor. Él la ha convertido en una elenia, padre. Ya no es una estiriana. Se ha convertido en una elenia... o, aún peor, en una perra mestiza. Me sorprende de verdad ver que desperdicias todas estas emociones puras en una perra mestiza —se burló—. Ella no es en nada mejor que mi madre y mis hermanas, y tú sabes qué eran ellas.

El rostro de Zalasta se contorsionó; el hombre echó la cabeza hacia atrás y aulló más que dijo:

—¡Prefiero verla muerta!

El pálido rostro barbudo de Scarpa adoptó una expresión taimada.

—¿Por qué no la matas entonces, padre? —le preguntó con un insinuante susurro—. Cuando una mujer decente se ha encamado con un elenio, ya no puede confiarse en ella nunca más, y tú lo sabes. Aunque consiguieras persuadirla para que se casara contigo, jamás te sería fiel. —Descansó una mano insincera sobre un brazo de su padre—. Mátala, padre —le aconsejó—. Al menos tus recuerdos de ella serán puros; ella nunca lo será.

Zalasta volvió a aullar y se arañó la barba con sus largas uñas.

Luego dio media vuelta y se alejó corriendo calle abajo.

Krager se enderezó, y su aparente borrachera se batió en retirada.

—Te has arriesgado terriblemente en este asunto, ¿sabes? —comentó con tono cauteloso.

Scarpa le echó una mirada penetrante.

—Muy bien, Krager —murmuró—. Has representado el papel de borracho casi a la perfección.

Krager se encogió de hombros.

—Tengo muchísima práctica. Has tenido mucha suerte de que no te borrara del mapa... o volviera a hacer nudos con tus entrañas.

—No podía —murmuró Scarpa—. Yo soy también un mago bastante bueno, ¿sabes?, y soy lo bastante entendido como para saber que debes tener la cabeza clara si quieres que los hechizos funcionen. Lo mantuve en estado de cólera. No podría haber hecho la magia suficiente como para romper una telaraña. Esperemos que de verdad mate a Sefrenia. Eso hará perder realmente la cabeza a Sparhawk, por no mencionar el hecho de que en cuanto el deseo de la vida de Zalasta quede reducido a un montón de carne muerta, es probable que él tenga la amabilidad de cortar su propio cuello.

—Le odias de verdad, ¿no es cierto?

—¿No lo odiarías tú, Krager? Podría haberme llevado con él cuando yo era niño, pero en cambio venía a visitarme, me mostraba el significado de ser un estiriano, y luego se marchaba solo y me dejaba allí para que me atormentaran las putas. Si él no tiene el estómago suficiente como para cortarse el cuello, estaré más que encantado de echarle una mano. —Los ojos de Scarpa estaban brillantes y tenía una ancha sonrisa en el rostro—. ¿Dónde está tu barril de vino, Krager? —preguntó—. En este momento tengo ganas de emborracharme. —Y comenzó a reír; era una risa cacareante e insana, desprovista de alegría o humanidad.

—¡No sirve de nada! —dijo Ehlana, arrojando el peine al otro lado de la habitación—. ¡Mira lo que le han hecho a mi pelo! —Ocultó el rostro entre las manos y se echó a llorar.

—No es imposible, mi señora —la tranquilizó Alean con voz suave—. Hay un peinado que suelen llevar en Cammorria. —Levantó el pelo de Ehlana por el lado apropiado de la cabeza y lo hizo pasar por la parte superior—. ¿Lo ves? —preguntó—. Cubre todas las zonas desnudas, y realmente es bastante elegante.

Ehlana miró con aire esperanzado hacia el espejo.

—No tiene un aspecto demasiado malo, ¿verdad? —concedió.

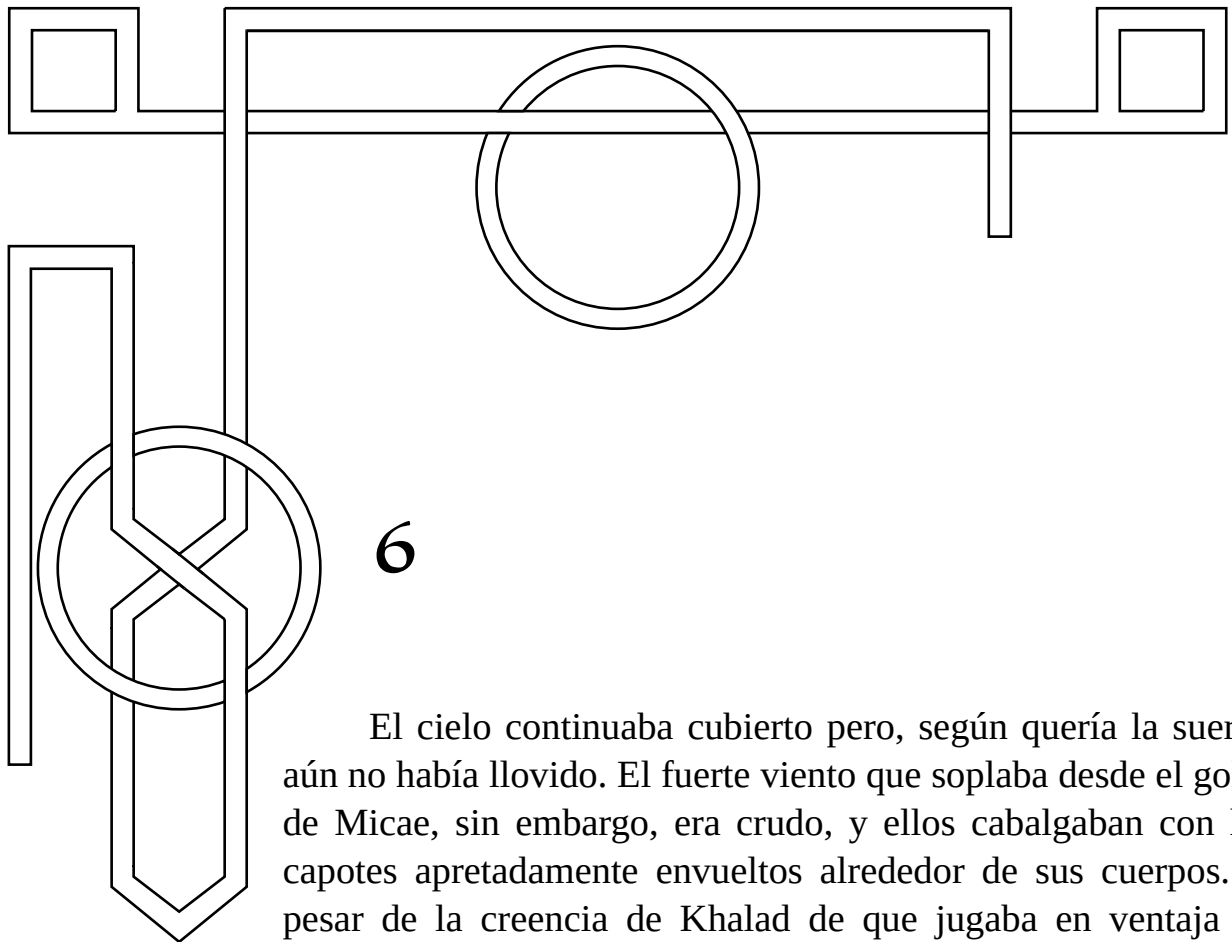
—Y si colocamos una flor justo detrás de tu oreja derecha, el efecto será imponente de verdad.

—¡Alean, eres maravillosa! —exclamó la reina, feliz—. ¿Qué haría yo si no te tuviera?

Les llevó una buena hora pero al fin, los feos lugares rapados quedaron ocultos, y Ehlana sintió que una parte de su dignidad había quedado restaurada.

Aquella noche, sin embargo, Krager acudió a verla. Se quedó balanceándose en la puerta, con los ojos inexpresivos y una sonrisa ebria en el rostro.

—Vuelve a ser la hora de la cosecha, Ehlana —anunció, mientras desenvainaba la daga—. Me parece que voy a necesitar otro trocito de tu pelo.



6

El cielo continuaba cubierto pero, según quería la suerte, aún no había llovido. El fuerte viento que soplaba desde el golfo de Micae, sin embargo, era crudo, y ellos cabalgaban con los capotes apretadamente envueltos alrededor de sus cuerpos. A pesar de la creencia de Khalad de que jugaba en ventaja de ambos el avanzar con lentitud, Berit se sentía consumido por la impaciencia. Sabía que lo que estaban haciendo no era más que una pequeña parte de la estrategia global, pero ante sí vislumbraba el enfrentamiento que todos sabían que iba a tener lugar, y estaba deseando acabar con eso.

—¿Cómo puedes ser tan paciente? —le preguntó a Khalad un día, a media tarde, cuando el viento proveniente del mar era particularmente frío y húmedo.

—Soy un granjero, Sparhawk —replicó Khalad, mientras se rascaba la corta barba negra—. Aguardar a que las cosas crezcan te enseña a no esperar cambios de la noche a la mañana.

—Supongo que nunca he pensado de verdad en cómo debe ser eso de permanecer sentado y quieto, esperando a que las cosas broten.

—No puedes estarte mucho tiempo sentado y quieto cuando eres un granjero —puntualizó Khalad—. Siempre hay más cosas que hacer que horas tiene el día, y si te aburres, siempre puedes mantener una estrecha vigilancia del cielo. El trabajo de todo un año puede perderse por una sequía o una repentina tormenta de granizo.

—Tampoco había pensado en eso. —Berit lo rumió—. Eso es lo que ha hecho que seas tan bueno para predecir el tiempo, ¿verdad?

—Ayuda.

—Pero hay más que eso. Tú siempre pareces estar enterado de todo lo que sucede a tu alrededor. Cuando estábamos en la balsa, tú te dabas cuenta al instante cuándo se

producía el más ligero cambio en la forma en que avanzaba.

—Eso se llama «poner atención», mi señor. El mundo que te rodea está gritándote todo el tiempo, pero la mayoría de la gente no parece oírlo. Es algo que me desconcierta de veras. No comprendo cómo pueden pasarse por alto tantísimas cosas.

Berit se sintió levemente ofendido por esa observación.

—Muy bien, ¿qué está gritándote el mundo en este momento, que yo no pueda oír?

—Está diciéndome que vamos a necesitar un refugio bastante sólido para esta noche. Se avecina mal tiempo.

—¿Cómo has llegado a esa conclusión?

Khalad señaló hacia lo alto.

—¿Ves esas gaviotas? —preguntó.

—Sí. ¿Qué tienen que ver con lo que acabas de decirme?

Khalad suspiró.

—¿Qué comen las gaviotas, mi señor?

—Casi cualquier cosa..., principalmente pescado, supongo.

—¿Y por qué están volando hacia tierra firme? No van a encontrar mucho pescado en tierra, ¿verdad? Han visto algo que no les gusta ahí fuera, en el golfo, y huyen de eso. Casi la única cosa que asusta a las gaviotas es el viento... y los mares tormentosos que lo acompañan. Hay una tormenta en alta mar, y viene hacia aquí. Eso es lo que el mundo está gritándome en este preciso momento.

—Entonces, es sólo sentido común, ¿no?

—La mayoría de las cosas lo son, Sparhawk..., sentido común y experiencia. —Khalad sonrió apenas—. Puedo sentir al estiriano de Krager espiándonos desde un poco más allá. Si él no está poniendo más atención que tú, probablemente va a pasar una noche muy lamentable.

Berit sonrió con un poco de malevolencia.

—Por algún motivo, esa información no consigue inquietarme —declaró.

Era más que una aldea, pero no llegaba a ciudad. Tenía tres calles, para empezar, y al menos seis edificios de más de una planta, para seguir. Las calles se hallaban enfangadas y los cerdos vagaban libremente. Los edificios estaban hechos principalmente de madera y techados con paja. En lo que intentaba ser la calle principal, había una posada. Se trataba de una construcción de aspecto sólido, ante la cual había dos carros desvencijados con unas mulas sin brío enganchadas a ellos. Ulath tiró de las riendas del cansado caballo viejo que había comprado en la aldea pescadora.

—¿Qué te parece? —le preguntó a su amigo.

—Pensaba que nunca ibas a preguntarlo —replicó Tynian.

—Ya que estamos, tomemos también una habitación —sugirió Ulath—. La tarde

está tocando a su fin, y yo ya estoy cansado de dormir en el suelo. Además, comienzo a necesitar un baño con suma urgencia.

Tynian miró hacia los picos nítidamente delineados de las montañas de Tamul, que se hallaban a algunas leguas al oeste.

—La verdad es que detesto hacer esperar a los trolls, Ulath —declaró con burlona seriedad.

—No es igual que si hubiéramos fijado una cita definida con ellos. En cualquier caso, no se darían cuenta. Tienen una noción muy imprecisa del tiempo.

Condujeron las monturas al patio interior, las ataron a la barandilla que había fuera de los establos y entraron en la posada.

—Necesitamos una habitación —le dijo Ulath al posadero en un tamul de acento muy marcado.

El posadero era un hombre pequeño de aspecto furtivo. Les echó una rápida mirada calculadora, y advirtió los restos y trozos de uniforme militar que componían la mayor parte de sus atavíos. Su expresión se endureció. Los soldados son con frecuencia mal recibidos en las comunidades rurales por una serie de muy buenas razones.

—Bueno —replicó en una especie de voz gimiente y cantarina—. No sé. Ésta es nuestra temporada alta.

—¿Los finales del otoño? —intervino Tynian, con escepticismo—. ¿Es esta la temporada alta, por aquí?

—Bueno..., están los carreteros que pueden presentarse en cualquier momento, ya sabes.

Ulath miró por encima del hombro del posadero, hacia la taberna humosa y de techo bajo.

—Yo cuento tres —declaró con indiferencia.

—Tienen que llegar más dentro de poco —replicó el hombre, con una presteza algo excesiva.

—Por supuesto que sí —declaró Tynian con sarcasmo—. Pero nosotros estamos aquí, ahora, y tenemos dinero. ¿Vas a jugarte algo seguro por la remota posibilidad de que otros carreteros puedan detenerse aquí a eso de la medianoche?

—No quiere hacer negocio con un par de veteranos retirados, cabo —declaró Ulath—. Vayamos a hablar con el delegado local. Estoy seguro de que se mostrará muy interesado en la forma en que este tipo trata a los soldados de su majestad imperial.

—Yo soy un súbdito leal de su majestad imperial —se apresuró a declarar el posadero—, y me sentiré honrado de tener a dos de sus valientes veteranos bajo mi techo.

—¿Cuánto? —lo interrumpió Tynian.

—¿Media corona?

—No parece muy seguro, ¿verdad, sargento? —le preguntó Tynian a su amigo—.

Creo que nos has entendido mal —le dijo luego al posadero—. Nosotros no queremos comprar la habitación. Sólo queremos alquilarla por una noche.

Ulath contemplaba con dureza al ahora asustado pequeño tamul.

—Ocho piezas —ofreció con tono terminante.

—¿Ocho? —objetó el posadero con voz chillona.

—Lo tomas o lo dejas... y no le des vueltas todo el día. Necesitaremos un poco de luz para encontrar al comisionado.

—Eres un hombre duro, cabo.

—Nadie te prometió nunca que la vida sería fácil, ¿verdad? —Ulath contó algunas monedas y las hizo tintinear en la mano—. ¿Quieres esto, o no?

Tras un momento de agónica indecisión, el posadero aceptó las monedas con renuencia.

—Le has quitado toda la gracia a la situación, ¿sabes? —se quejó Tynian mientras regresaban a los establos para hacerse cargo de los caballos.

Ulath se encogió de hombros.

—Tengo sed. Además, un par de ex soldados sabrían con antelación cuánto están dispuestos a pagar, ¿no es cierto? —Se rascó la cara—. Me pregunto si al caballero Gerda le importará que me afeite esta barba —meditó en voz alta—. Estas cosas me dan comezón.

—En realidad no es la cara de él, Ulath. Continúa siendo la tuya. Te la han modificado para que te parezcas a él.

—Sí, pero cuando las damas devuelvan la cara propia a cada uno, utilizarán ésta como modelo para Gerda, y cuando hayan concluido, se encontrará con una cara desnuda. Podría plantear objeciones.

Desensillaron los caballos, los metieron en las cuadras y entraron en la taberna. Los establecimientos de bebidas tamules estaban dispuestos de manera diferente que los elenios. Para empezar, las mesas eran mucho más bajas, y allí la habitación era caldeada por una estufa de porcelana en lugar de una chimenea; aunque la estufa humeaba tanto como las chimeneas. El vino lo servían en delicados vasos pequeños, y la cerveza en jarras toscas de hojalata. No obstante, el olor era casi el mismo.

Estaban comenzando con la segunda jarra de cerveza cuando un tamul con aspecto de funcionario, ataviado con un manto de lana manchado de comida, entró en la taberna y se encaminó directamente hacia la mesa de ellos.

—Les echaré una mirada a vuestros papeles de baja, si no os importa —les dijo con un altanero tono de superioridad.

—¿Y si nos importa? —inquirió Ulath.

El funcionario parpadeó.

—¿Qué?

—Has dicho si no nos importa. ¿Qué pasaría si sí nos importara?

—Tengo autoridad suficiente para exigir que me dejes ver esos documentos.

—¿Por qué lo has preguntado, entonces? —Ulath metió una mano dentro de la

roja chaqueta de su uniforme, y sacó una hoja de papel con las puntas dobladas—. En nuestro antiguo regimiento, los hombres de autoridad nunca preguntaban.

El tamul leyó los documentos que Oscagne les había proporcionado como parte del disfraz.

—Parecen estar en orden —declaró el hombre en un tono más conciliador—. Lamento haberme mostrado grosero. Se nos ha ordenado que nos mantengamos alerta en busca de desertores... con todo este tumulto, ya comprenderéis. Creo que el ejército parece mucho menos atractivo cuando se palpa la batalla en el aire. —Los miró con una expresión algo melancólica—. Veo que habéis estado acuartelados en Matherion.

Tynian asintió con la cabeza.

—Fue un buen destino..., aunque con muchas inspecciones y finezas. Siéntate, delegado.

El tamul sonrió apenas.

—Me temo que sólo soy delegado interino, cabo. Este lugar marginal no está a la altura de un delegado auténtico. —Se deslizó en el asiento—. ¿Hacia dónde os dirigís?

—A casa —replicó Ulath—. A Verel, de Daconia.

—Me perdonarás por decirlo, pero no tienes mucho aspecto de dacita.

Ulath se encogió de hombros.

—Yo he salido a la familia de mi madre. Era asteliana antes de casarse con mi padre. Dime, delegado interino, ¿ahorraríamos mucho tiempo si fuéramos directamente a través de las montañas de Tamul hasta llegar a Sopal? Hemos pensado coger allí un transbordador y algún barco mercante, atravesar el mar de Tamul hasta Tiana, y luego seguir a caballo hasta Saras. Desde allí hay poca distancia hasta Verel.

—Yo os aconsejaría que os mantuvierais apartados de las montañas de Tamul, amigos míos.

—¿Hay mal tiempo? —preguntó Tynian.

—Eso es siempre posible en esta época del año, cabo, pero ha habido algunos informes inquietantes provenientes de esas montañas. Parece que por ahí arriba, los osos han estado criando como conejos. Todos los viajeros que han pasado por aquí en las últimas semanas informan haber visto a esas bestias. Afortunadamente, todos huyeron.

—¿Osos, dices?

El tamul sonrió.

—Estoy haciendo una traducción. Los campesinos ignorantes de estos alrededores usan la palabra «monstruo», pero todos sabemos qué es una criatura grande y peluda que vive sola en las montañas, ¿verdad?

—Los campesinos son una gente muy inestable, ¿no? —Ulath se echó a reír y vació la jarra—. Una vez habíamos salido a hacer ejercicios de entrenamiento, y un campesino llegó corriendo y dijo que le había estado persiguiendo una manada de

lobos. Cuando fuimos a echar una mirada, resultó que era un zorro solitario. El tamaño y número de cualquier animal salvaje que ve un campesino parece aumentar con cada hora que pasa.

—O con cada jarra de cerveza —agregó Tynian.

Hablaron durante un rato más con el ahora cortés funcionario, y luego el hombre les deseó un buen viaje y se marchó.

—Bueno, es agradable saber que los trolls consiguieron llegar tan al sur —comentó Ulath—. Detestaría tener que salir a buscarlos.

—Sus dioses los han guiado, Ulath —señaló Tynian.

—Ya veo que nunca has hablado con un dios-troll —dijo Ulath entre carcajadas—. Su sentido de la dirección en un poco confuso..., probablemente porque su brújula tiene sólo dos direcciones.

—¿Cuáles?

—Norte, y no-norte. Eso hace que resulte un poco difícil encontrar lugares.

La tormenta fue una de esos cortos y salvajes vendavales que parecen surgir de la nada a finales del otoño. Khalad había descartado la posibilidad de hallar refugio de algún tipo en las marismas saladas, y en cambio se había vuelto hacia la playa. Al final de una pequeña ensenada encontró el montón de madera de deriva que había estado buscando. Al cabo de un par de horas de duro trabajo, tenía construido un cómodo e incluso acogedor refugio en el lado de sotavento de la pila de madera.

El vendaval se desencadenó en el momento mismo en que estaban desapareciendo las últimas luces del día. El viento aullaba a través de la enorme pila de madera. Las olas se estrellaban y rugían en la playa, y la lluvia caía casi horizontalmente sobre el suelo, empujada por el viento.

Khalad y Berit, sin embargo, estaban secos y abrigados. Se hallaban sentados con la espalda apoyada en el gigantesco tronco blanqueado que formaba la parte trasera del refugio, y los pies tendidos ante sí, hacia el crepitante fuego.

—Siempre me sorprendes, Khalad —comentó Berit—. ¿Cómo sabías que había tablas mezcladas con toda esta madera de deriva?

Khalad se encogió de hombros.

—Siempre las hay. Siempre que encuentres una de estas grandes pilas de madera, encontrarás también tablas aserradas. Los hombres hacen barcos con tablas, y los barcos naufragan. Las tablas permanecen flotando hasta que el viento, las corrientes y la marea las empujan hacia los mismos lugares resguardados en los que han estado acumulándose los palos y los troncos. —Levantó una mano y dio unos golpecitos en el techo—. Aunque el encontrar esta puerta de escotilla de una sola pieza fue un golpe de suerte, eso te lo aseguro. —Se puso de pie y avanzó hasta la parte delantera del refugio—. Está soplando de verdad ahí fuera —observó. Tendió las manos hacia el fuego—. Y también hace frío. Probablemente la lluvia se convertirá en aguanieve

antes de medianoche.

—Sí —asintió Berit con agrado—. Desde luego, compadezco a cualquiera al que una noche como ésta sorprenda al raso. —Sonrió.

—También yo. —Khalad le devolvió la sonrisa. Bajó la voz, aunque no había ninguna necesidad real—. ¿Puedes percibir algo de lo que está pensando?

—Nada específico —replicó Berit—. Aunque está tremendamente incómodo.

—¡Cuánto lo lamento!

—Hay algo más. Va a venir a hablar con nosotros. Tiene algún tipo de mensaje para transmitirnos.

—¿Es probable que acuda esta noche aquí?

Berit negó con la cabeza.

—Tiene orden de no establecer contacto hasta mañana por la mañana. Le tiene mucho miedo a quien le ha dicho qué debe hacer y cuándo debe hacerlo, así que obedecerá las órdenes al pie de la letra. ¿Qué tal ese jamón?

Khalad desenfundó su daga y la utilizó para levantar la tapa de la cacerola que estaba medio enterrada en las brasas, a un lado del fuego. El vapor que salió de dentro tenía un olor absolutamente delicioso.

—Ya está listo. En cuanto las alubias se hayan hecho, podremos comer.

—Si nuestro amigo de ahí fuera se encuentra a favor del viento respecto a nosotros, ese aroma aumentará un poco sus penurias —comentó Berit, riendo entre dientes.

—Tengo mis dudas al respecto, Sparhawk. Es un estiriano, y no le está permitido comer cerdo.

—Ah, sí. Lo había olvidado. Sin embargo, es un renegado. Tal vez haya renunciado a sus prejuicios dietéticos.

—Eso lo descubriremos por la mañana. Cuando venga a visitarnos le ofreceré un trozo. ¿Qué tal si cortas unas cuantas rebanadas de ese pan? Las tostaré en la tapa de la cacerola.

El viento había amainado un poco a la mañana siguiente, y la lluvia se había reducido a unos pocos chaparrones que tamborileaban el techo construido con la escotilla. Comieron otro plato de jamón y alubias para desayunar, y comenzaron a preparar las cosas para empaquetarlas.

—¿A ti qué te parece? —preguntó Berit.

—Dejemos que sea él quien venga a nosotros. El quedarse sentado hasta que haya pasado completamente la lluvia no es demasiado insólito. —Khalad le echó una mirada especulativa a su amigo—. ¿Te ofendería que te diera un consejo, mi señor? —preguntó.

—Por supuesto que no.

—Tienes el aspecto de Sparhawk, pero no te pareces demasiado a él en la forma

de hablar. Cuando el estiriano venga, pon una cara más fría y dura. Mantén los ojos entrecerrados. Sparhawk es miope. También debes mantener la voz baja y serena. La voz de Sparhawk se vuelve muy baja cuando está enfadado... y llama mucho «vecino» a la gente. A esa palabra puede dársele cualquier clase de sentido.

—Es verdad, Sparhawk llama «vecino» a casi todo el mundo, ¿verdad? Casi había olvidado ese detalle. Tienes mi permiso para corregirme en cualquier momento en el que comience a perder al personaje del Sparhawk real.

—¿Permiso?

—Ha sido una mala elección de palabras, supongo.

—Sí, puedes decirlo.

—El clima se puso un poco demasiado caliente para nosotros en Matherion — comentó Caalador mientras se retrepaba en la silla. Miró directamente al hombre de rostro duro que estaba sentado ante él—. Estoy seguro de que comprendes qué quiero decir, Orden.

El hombre de rostro duro se echó a reír.

—Oh, sí —replicó—. En una o dos ocasiones he abandonado un lugar un paso por delante de la ley. —Orden era un elenio de Vardenais que dirigía una achacosa taberna emplazada en la línea costera de Delo. Se trataba de un rufián fornido que prosperaba en aquel lugar porque los delincuentes elenios se sentían cómodos en los alrededores familiares de una taberna elenia, y porque Orden estaba dispuesto a comprarles cosas..., a aproximadamente una décima parte de su valor real sin hacer preguntas.

—Lo que en verdad necesitamos es una nueva línea de trabajo. —Caalador abarcó con un gesto a Kalten y Bevier, que iban disfrazados con rostros nuevos y toscas ropas mal combinadas—. Un personaje bastante alto del ministerio del Interior estaba al mando del grupo de policías que acudieron a hacernos algunas preguntas molestas. —Le hizo una sonrisa a Bevier, que llevaba el rostro de uno de sus hermanos cyrínicos, un caballero de aspecto malvado que había perdido un ojo en una escaramuza en Rendor, y se cubría la órbita vacía con un parche negro—. A mi amigo de un solo ojo, aquí presente, no le gustaron los modales del tipo, así que le cortó la cabeza con esa hacha suya de aspecto raro.

Orden miró el arma que Bevier había depositado sobre la mesa junto a la jarra de cerveza.

—Es un hacha *lochaber*^[2], ¿verdad?

Bevier gruñó. Kalten tuvo la impresión de que la aptitud para el teatro de Bevier lo estaba llevando un poco lejos. El parche negro que llevaba en el ojo era suficiente, pero la participación de Bevier en el teatro de aficionados cuando era estudiante, hacía que pareciese querer ir a los extremos. Lo que estaba consiguiendo, en todo caso, era la aproximación a un maníaco homicida.

—¿No suelen tener las hachas *lochaber* un mango más largo? —preguntó Orden.

—No podía metérmela debajo de la túnica —gruñó Bevier—, así que le corté unos tres palmos de mango. Funciona bastante bien... si das unos cuantos golpes con ella. Los gritos y la sangre no me molestan demasiado, y me viene a la perfección.

Orden se estremeció y pareció un poco mareado.

—Ésa es el arma de aspecto más terrible que haya visto jamás —confesó.

—Tal vez por eso me gusta tanto —replicó Bevier.

Orden miró a Caalador.

—¿Qué línea de trabajo pensáis adoptar tú y tus amigos, Ezek? —le preguntó.

—Hemos pensado que podríamos probar el asalto de caminos o algo en esa línea —contestó Caalador—. Ya sabes, aire puro, ejercicio, comida sana, nada de policías por los alrededores..., ese tipo de cosas. Han puesto un precio bastante cuantioso a nuestras cabezas, y ahora que el emperador ha desmontado Interior, todo el trabajo de policía lo están realizando los atanes. ¿Sabías que no puede sobornarse a un atan?

Orden asintió con aire lúgubre.

—Oh, sí —replicó—. Es escandaloso. —Miró con ojos interrogativamente entrecerrados a «Ezek», que parecía un deirano de mediana edad—. ¿Por qué no me describes a Caalador, Ezek? Te advierto que no estoy poniendo en duda tu palabra. Simplemente se debe a que estamos un poco desorganizados en estos momentos, con todos los policías a los que solíamos sobornar, metidos ahora en la cárcel o muertos, así que todos tenemos que andarnos con cuidado.

—No me siento ofendido en absoluto, Orden —le aseguró Caalador—. Yo no confiaría en un hombre que no fuese cuidadoso en los tiempos que corren. Caalador es cammoriano, tiene pelo rizado y cara colorada. Es bajo y robusto..., ya sabes, ancho de hombros, cuello grueso, un poco barrigón.

Los ojos de Orden se entrecerraron con mirada astuta.

—¿Qué te dijo? Repite sus palabras con toda exactitud.

—Bueno, señó' —replicó Caalador, exagerando el dialecto un poquitín—. Er vieho Caalado' no' diho que no' viniéramo' pa' Delo y bujcáramo' a un tipo yama'o Orden... porque ese Orden, tú, era' er que sabía quién e' quién en er sombrío mundo der crimen de por aquí.

Orden se echó a reír y se relajó.

—Ése es Caalador, ya lo creo —dijo—. Supe que estabas diciéndome la verdad antes de que pronunciaras tres palabras.

—Realmente estruja el idioma —asintió Caalador—, pero no es tan estúpido como aparenta.

Kalten ocultó la sonrisa con una mano.

—No lo e' ni por assomo, no —asintió Orden, imitando el dialecto—. Creo que descubriréis que el asalto de caminos no es muy provechoso por esta zona, Ezek, principalmente porque no hay muchos caminos importantes. Se está bastante seguro en la selva..., ni siquiera los atanes pueden encontrar a alguien con toda esa maleza...

pero los botines son muy flacos. Tres hombres solos entre los matorrales no sacarían lo bastante como para vivir. Creo que os tendréis que unir a una de las bandas que operan en la selva. Sacan bastante provecho del robo de haciendas aisladas, y haciendo incursiones en varias aldeas y pueblos. Para eso hace falta una buena cantidad de hombres, así que siempre hay vacantes. —Se recostó contra el respaldo y se dio unos golpecitos con un dedo en el mentón—. ¿Queréis alejaros mucho de la ciudad? —preguntó.

—Cuanto más nos alejemos, mejor —respondió Caalador.

—Narstil está operando cerca de las ruinas de Natayos. Puedo garantizarte que la policía no irá a molestaros por esa zona. Un tipo llamado Scarpa tiene un ejército acuartelado en las ruinas. Es un loco revolucionario que quiere derrocar al gobierno de Tamul. Narstil hace algunos tratos con él. Hay muchos riesgos, pero puede sacarse una enorme cantidad de provecho en esos alrededores.

—Creo que acabas de encontrar lo que estamos buscando, Orden —dijo Caalador con ansiedad.

Kalten dejó escapar cautelosamente un largo suspiro de alivio. Orden les había proporcionado la respuesta exacta que estaban buscando, sin necesidad de que se la apuntaran. Si se unían a aquella banda de ladrones en particular, estarían lo bastante cerca de Natayos como para oler el fuego de sus chimeneas, y ése era un golpe de suerte mayor del que se habían atrevido a desear.

—Te diré qué haremos, Ezek —declaró Orden—. ¿Qué tal si le escribo una carta a Narstil para presentaros a ti y tus amigos?

—Te lo agradeceremos de corazón, Orden.

—Pero antes de que malgaste tinta y papel, ¿por qué no hablamos acerca de cuánto vas a pagarme por escribir la carta?

El estiriano estaba mojado, enfangado, y muy próximo al color azul a causa del frío. Tiritaba tan violentamente que su voz temblaba cuando llamó en dirección al campamento.

—Tengo un mensaje para vosotros —gritó—. No os pongáis nerviosos ni hagáis ninguna tontería.

Hablaba en elenio, y eso hizo que Berit se sintiera muy agradecido, dado que su estiriano no era demasiado bueno. Ése era uno de los principales fallos de su disfraz.

—Entra, vecino —le contestó al hombre de aspecto desdichado que se encontraba en el extremo superior de la playa—. Sólo mantén tus manos bien a la vista.

—No me des órdenes, elenio —le espetó el estiriano—. Soy yo quien da las órdenes, aquí.

—En ese caso, transmite tu mensaje desde allí mismo, vecino —replicó Berit con frialdad—. Tómate todo el tiempo que quieras. Yo estoy seco y abrigado aquí dentro, así que aguardar hasta que tú te decidas no va a resultarme tan desagradable.

—Es un mensaje escrito —dijo el hombre en estiriano. Al menos, eso es lo que Berit creyó que había dicho.

—Amigo —dijo Khalad, que se apresuró a intervenir—, aquí tenemos una situación algo delicada. Hay toda clase de oportunidades de que surjan malentendidos, así que no me pongas nervioso hablando un idioma que no entiendo. El caballero Sparhawk entiende el estiriano, pero yo no, y mi cuchillo en tu barriga te matará con tanta rapidez como el suyo. Después lo lamentaré mucho, por supuesto, pero tú continuarás muerto.

—¿Puedo entrar? —preguntó el estiriano, hablando en elenio.

—Adelante, vecino —le dijo Berit.

El mensajero de rostro aterrado se acercó a la parte delantera del refugio, mirando el fuego con anhelo.

—Pareces estar realmente incómodo, viejo amigo —observó Berit—. ¿No pudiste pensar en un hechizo para que no te mojara la lluvia?

El estiriano hizo caso omiso de la observación.

—Se me ha ordenado que te diera esto —declaró, metiendo una mano dentro de su blusa hilada a mano y sacando un paquete cubierto con una piel empapada en aceite.

—Avísame qué vas a hacer antes de meterte la mano dentro de la ropa de esa manera, vecino —le advirtió Berit en voz baja y entrecerrando los ojos como un miope mientras lo hacía—. Como ya ha señalado mi amigo, aquí tenemos unas maravillosas oportunidades de mala interpretación. El sobresaltarme cuando estoy tan cerca de ti no es una buena forma de mantener tus entrañas dentro del cuerpo.

El estiriano tragó con dificultad y dio un paso atrás en cuanto Berit hubo cogido el paquete.

—¿Te apetecería una rebanada de jamón mientras mi señor Sparhawk lee el mensaje, amigo? —ofreció Khalad—. Está muy bueno y succulento, así que te engrasará las entrañas.

El estiriano se estremeció y su rostro adoptó una leve expresión de náusea.

—No hay nada como unos cuantos bocados de cerdo rezumando grasa para suavizarle el gástrico a un hombre —declaró Khalad, alegremente—. Tiene que deberse a toda la basura y la porquería medio podrida que engullen los cerdos.

De la garganta del estiriano salió un sonido de vómito.

—Ya has entregado tu mensaje, vecino —dijo Berit con frialdad—. Estoy seguro de que tienes que acudir a alguna cita importante, y te aseguro que a nosotros no nos gustaría retenerte.

—¿Estás seguro de entender el mensaje?

—Lo he leído. Los elenios leemos muy bien. No somos unos analfabetos como los estirianos. El mensaje no me ha hecho muy feliz, así que no va a resultarte favorable el quedarte por aquí.

El mensajero estiriano retrocedió con expresión aprensiva en el rostro. Luego dio

media vuelta y echó a correr.

—¿Qué dice? —inquirió Khalad.

Berit cogió delicadamente el mechón identificador del cabello de la reina.

—Dice que ha habido un cambio de planes. Tenemos que descender hasta pasar las montañas de Tamul y luego dirigimos hacia el oeste. Ahora quieren que acudamos a Sopal.

—Será mejor que lo pongas en conocimiento de Afrael.

Se oyó de pronto un conocido trino de flauta. Los dos hombres se volvieron apresuradamente.

La diosa-niña se encontraba sentada sobre la manta de Khalad, con las piernas cruzadas, tocando una plañidera melodía estiriana en su flauta de Pan.

—¿Por qué me miráis tan fijamente? —les preguntó—. Yo os dije que iba a cuidaros, ¿verdad?

—¿Crees que esto es prudente, divina Afrael? —le preguntó Berit—. El estiriano no está a más de unas pocas varas de distancia, ya lo sabes, y es probable que pueda sentir tu presencia.

—No en este momento; no puede. —Afrael sonrió—. Ahora mismo está demasiado ocupado en evitar que su estómago se le vuelva del revés. Toda esa cháchara sobre la grasa del cerdo ha sido realmente cruel, Khalad.

—Sí, ya lo sé.

—¿Tenías que ser tan gráfico?

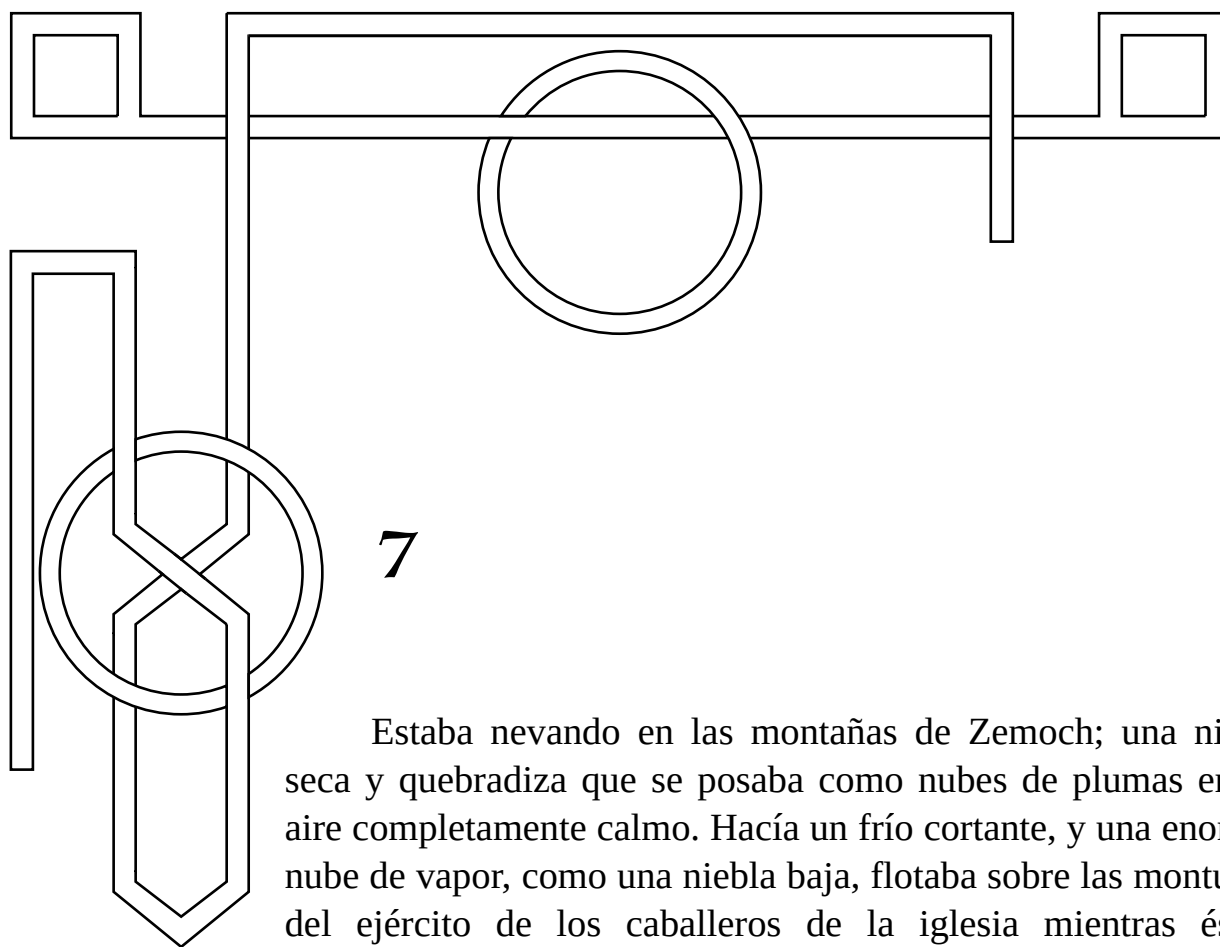
—No sabía que tú estabas cerca. ¿Qué quieres que hagamos?

—Acudid a Sopal, tal y como os han dicho. Yo lo transmitiré a los demás. —Hizo una pausa—. ¿Qué le has hecho a ese jamón, Khalad?, —preguntó con curiosidad—. Has conseguido que de verdad tenga un olor casi comestible.

El muchacho se encogió de hombros.

—Probablemente se debe al clavo. Nadie es realmente muy aficionado al sabor del cerdo, cuando lo miras bien, pero mi madre me enseñó que casi cualquier cosa puede convertirse en comestible... si le pones las suficientes especias. Puede que te interese tenerlo presente la próxima vez que se te ocurra cocinar un macho cabrío.

Ella le sacó la lengua, y luego desapareció.



7

Estaba nevando en las montañas de Zemoch; una nieve seca y quebradiza que se posaba como nubes de plumas en el aire completamente calmo. Hacía un frío cortante, y una enorme nube de vapor, como una niebla baja, flotaba sobre las monturas del ejército de los caballeros de la iglesia mientras éstos avanzaban lentamente haciendo volar nuevamente por el aire la nieve seca como polvo. Los preceptores de las órdenes militares cabalgaban en vanguardia, ataviados con la armadura completa y envueltos en pieles. El preceptor Abriel, de los caballeros cyrínicos, aún vigoroso a pesar de su avanzada edad, cabalgaba junto con Darellon, el preceptor alcione, y con el caballero Heldin, que oficiaba como jefe de los pandiones en ausencia de Sparhawk. El patriarca Bergsten marchaba un poco aparte. El enorme eclesiástico iba cubierto de pieles hasta las orejas, y su casco decorado con cuernos de ogro le confería un aspecto muy guerrero, aspecto que se veía algo compensado por el pequeño libro de oraciones, encuadernado en negro, que estaba leyendo. El preceptor Komier de los genidianos se había adelantado con los exploradores.

—Creo que nunca volveré a calentarme —gimió Abriel, mientras se ajustaba más aún la capa de pieles—. La avanzada edad debilita la sangre. Nunca te hagas viejo, Darellon.

—La alternativa no resulta muy seductora, mi señor Abriel. —Darellon era un esbelto deirano que parecía tragado por la sólida armadura. Bajó la voz—. Tú no tenías que acompañarnos, en realidad, amigo mío —dijo—. Sarathi lo habría entendido.

—Oh, no, Darellon. Ésta será, con toda probabilidad, mi última campaña. No me la perdería por nada del mundo. —Abriel miró hacia delante con los ojos

entrecerrados—. ¿Qué está haciendo Komier?

—Mi señor Komier ha dicho que quería echarles una mirada a las ruinas de Zemoch —replicó el caballero Heldin con su tronante voz de bajo—. Supongo que los thalesianos obtienen un cierto placer en inspeccionar los despojos cuando la guerra ha terminado.

—Son un pueblo bárbaro —murmuró Abriel con acritud. Se volvió con prontitud a mirar a Bergsten, que parecía totalmente absorto en su libro de plegarias—. No es necesario que repitáis eso, caballeros —les dijo a Darellon y Heldin.

—Ni siquiera soñaría con hacerlo —replicó Bergsten, sin levantar la vista del libro.

—Vuestra gracia tiene unos oídos malsanamente finos.

—Se debe a la práctica de escuchar las confesiones. La gente tiende a gritar los pecados de los demás desde las azoteas, pero apenas puede oírse cuando describen los suyos propios. —Bergsten levantó la mirada y señaló hacia delante—. Komier ya vuelve.

El preceptor de los caballeros genidianos estaba muy animado cuando tiró de las riendas de su montura, levantando un enorme remolino de nieve seca.

—Sparhawk no deja mucho en pie cuando destruye un lugar —anunció alegremente—. No le creí del todo a Ulath cuando me contó que nuestro amigo de la nariz rota hizo volar el techo del templo de Azash, pero ahora sí que le creo. Nunca había visto un destrozo semejante. Dudo de que haya quedado un solo edificio habitable en toda la ciudad.

—Disfrutas de verdad con ese tipo de cosas, ¿no es cierto, Komier? —preguntó Abriel con tono acusador.

—¡Ya basta de eso, caballeros! —se apresuró a intervenir Bergsten—. No vamos a resucitar una vez más esa vieja y gastada disputa. Hacemos la guerra de maneras diferente. A los arcianos les gusta construir fuertes y castillos, y a los thalesianos les gusta derribarlos. Todo es parte del oficio de la guerra, y para eso nos pagan.

—¿«Nos», dice vuestra gracia? —inquirió Heldin con suavidad.

—Sé muy bien lo que he dicho, Heldin. Yo no me implico de manera personal en eso, por supuesto, pero...

—¿Por qué te has traído el hacha, entonces, Bergsten? —le preguntó Komier.

Bergsten le lanzó una fija mirada tajante.

—Por los viejos tiempos... y porque vosotros, los bandidos thalesianos, le prestáis más atención a un hombre que tiene un hacha en las manos.

—Vuestra gracia querrá decir «caballeros» thalesianos —corrigió Komier con suavidad a su compatriota—. Ahora nos llaman caballeros. Solíamos ser bandidos, pero ahora nos comportamos como es debido.

—La iglesia aprecia los esfuerzos que hacéis para enmendar vuestras costumbres, hijo mío, a pesar de que ella sabe que mentís con toda la boca.

Abriel se cubrió cuidadosamente una sonrisa. Bergsten era él mismo un antiguo

caballero genidiano, y a veces la sotana se le caía un poco.

—¿Quién tiene el mapa? —preguntó Abriel, más para evitar la inminente discusión que por ninguna curiosidad real.

Heldin soltó las correas de una de sus alforjas, cosa que hizo tintinear su armadura.

—¿Qué quieres saber, mi señor? —preguntó mientras sacaba el mapa.

—Lo de siempre. ¿Cuánta distancia falta? ¿Cuánto tardaremos? ¿Qué tipo de cosas desagradables tenemos por delante?

—Falta poco más de cien leguas hasta la frontera asteliana, mi señor —replicó Heldin mientras consultaba el mapa—, y novecientas leguas desde allí hasta Matherion.

—Al menos un centenar de días —gruñó Bergsten con acritud.

—Lo que dice vuestra gracia será cierto si no nos encontramos con ningún problema —agregó Darellon.

—Echa una mirada por encima de tu hombro, Darellon. Hay cien mil caballeros de la iglesia detrás de nosotros. No hay ningún problema que no podamos arreglar. ¿Qué tipo de terreno tenemos más adelante, Heldin?

—Hay una especie de divisoria a tres días hacia el este desde aquí, vuestra gracia. Todos los ríos de este lado de esa divisoria desembocan en el golfo de Merjuk. Por el otro lado, corren hasta internarse en las marismas de Astel. Supongo que marcharemos colina abajo después de cruzar la divisoria..., a menos que Otha lo haya dispuesto de tal forma que el agua corra ladera arriba aquí, en Zemoch.

Un caballero genidiano se adelantó hasta ellos.

—Acaba de darnos alcance un mensajero de Emsat, mi señor Komier —informó—. Dice que trae importantes noticias para ti.

Komier asintió con la cabeza, hizo girar su montura y retrocedió hacia las líneas de soldados.

El resto de ellos continuaron adelante mientras comenzaba a nevar con mayor fuerza.

Komier era presa de una risa escandalosa cuándo regresó con el mensajero sucio del polvo del camino que los había alcanzado.

—¿Qué te resulta tan gracioso? —le preguntó Bergsten.

—Tenemos buenas noticias de casa —replicó Komier alegremente—. Dile a nuestro amado patriarca lo que acabas de contarme a mí —le pidió al mensajero.

—Sí, mi señor —contestó el thalesiano de rubias trenzas—. Vuestra gracia ha de saber qué sucedió hace algunas semanas. Una mañana, los sirvientes de palacio no pudieron encontrar rastro del príncipe regente por ninguna parte. Los guardias desmontaron el lugar durante dos días consecutivos, pero la pequeña comadreja parecía haber desaparecido del todo.

—Cuida tus modales, hombre —le espetó Bergsten—. Avin es el príncipe regente, después de todo..., aunque sea una pequeña comadreja.

—Lo siento, vuestra gracia. En cualquier caso, toda la capital estaba perpleja. Avin Wargunsson no iba nunca a ninguna parte sin llevarse una orquesta de metales para que anunciaran con fanfarrias su llegada. Luego, sucedió que uno de los servidores se dio cuenta de que había un barril de vino en el estudio de Avin. Eso parecía raro, porque Avin no tenía mucho aguante para el vino, así que se acercaron para investigar con más atención ese barril. Estaba claro que lo habían abierto porque había bastante vino derramado en el suelo. Bueno, como vuestra gracia podrá suponer, todos acabaron con bastante sed a fuerza de buscar a Avin, así que decidieron abrir el barril, pero cuando intentaron quitarle la tapa, se encontraron con que había sido clavada. Ahora bien, absolutamente nadie cierra los barriles con clavos en Thalesia, por lo que en todos se despertaron inmediatas sospechas. Cogieron unos alicates, arrancaron los clavos y levantaron la tapa... y allí estaba Avin, más muerto que una piedra, y flotando boca abajo en el barril.

—¡No estarás hablando en serio!

—Le aseguro a vuestra gracia que sí. Hay alguien en Emsat que tiene un sentido del humor muy retorcido, supongo. Se tomó todo el trabajo de entrar ese barril en el estudio de Avin con la sola finalidad de poder meterlo dentro y clavar la tapa. Parece que Avin luchó un poco. Tenía astillas debajo de las uñas, y había marcas de arañazos en la parte inferior de la tapa. Debe haber sido bastante asqueroso. Estuvo echando vino durante media hora después de que lo pescaran de dentro del barril. Los sirvientes de palacio intentaron limpiarlo para el funeral, pero ya sabéis lo difíciles que son de quitar las manchas de vino. Estaba muy púrpura cuando lo colocaron en el féretro de la catedral de Emsat para celebrar la ceremonia fúnebre. —El mensajero se frotó con aire reflexivo un lado de la cara—. Fue el funeral más extraño al que jamás haya asistido. El primado de Emsat no hacía otra cosa que intentar contener la risa mientras leía el servicio, pero no tenía mucho éxito, y eso hizo que toda la congregación se pusiera también a reír. Allí estaba Avin tendido sobre el féretro, no más grande que un carnero a medio crecer, y púrpura como una ciruela madura, y toda la congregación rugiendo de risa.

—Por fin todo el mundo se ha fijado en él —comentó Komier—. Eso fue siempre importante para Avin.

—Oh, ya lo creo que se fijaron en él, mi señor Komier. Todos los ojos de la catedral estaban sobre su cadáver. Luego, después de depositarlo en la cripta real, toda la ciudad celebró una gran fiesta, y todos brindamos por la memoria de Avin Wargunsson. Es difícil encontrar en Thalesia algo de lo que reírse cuando se aproxima el invierno, pero Avin consiguió alegrar toda la estación invernal.

—¿Qué tipo de vino era? —preguntó el patriarca Bergsten con gravedad.

—Arciano tinto, vuestra gracia.

—¿Tienes idea del año?

—Creo que era del antepasado.

—Un año excelente —suspiró Bergsten—. Supongo que no hubo forma de

salvarlo.

—No después de que Avin hubiera estado remojándose en él durante dos días, vuestra gracia.

Bergsten volvió a suspirar.

—¡Qué desperdicio! —se lamentó; y luego se derrumbó sobre la parte delantera de la silla, aullando de risa.

Hacía frío en las montañas de Tamul, cuando Ulath y Tynian se aproximaron al pie de la ladera. Estas montañas eran una de esas anomalías geográficas que asoman aquí y allá, un racimo de picos desgastados y de aspecto erosionado que no tenían ninguna conexión evidente con los cercanos y más dentados picos cubiertos de bosques de abetos, píceas y alerces. En las suaves laderas de las montañas de Tamul crecían árboles como el arce y el roble, los cuales se hallaban ya sin hojas a causa de la proximidad del invierno.

Los dos caballeros cabalgaban cuidadosamente, permaneciendo siempre en espacios abiertos y haciendo el suficiente ruido como para anunciar su presencia.

—Es muy imprudente sobresaltar a un troll —explicó Ulath.

—¿Estás seguro de que se encuentran por aquí? —preguntó Tynian mientras se internaban más profundamente en las montañas.

Ulath asintió con la cabeza.

—He visto huellas... o lugares en los que ellos intentaron borrar su rastro..., así como tierra removida donde han enterrado sus excrementos. Los trolls se toman muchos trabajos para ocultarles su presencia a los seres humanos. Es más fácil apresar la cena si ésta no sabe que estás por los alrededores.

—Los dioses-troll le prometieron a Afrael que sus criaturas no volverían a comer seres humanos.

—A algunos de los trolls más estúpidos podría llevarles varias generaciones el digerir esa noción... y un troll puede ser espantosamente estúpido cuando está decidido a ello. Será mejor que permanezcamos alerta. En cuanto hayamos ascendido lo bastante por la ladera, realizare una ceremonia que invoca a los dioses-troll. Después de eso estaremos a salvo. Son los pies de las laderas los que resultan peligrosos.

—¿Y por qué no realizas ahora la ceremonia?

Ulath negó con la cabeza.

—Es de malos modales. Se supone que no debes llamar a los dioses-troll hasta no llegar más arriba..., al verdadero país troll.

—Éste no es el país de los trolls, Ulath.

—Ahora sí lo es. Busquemos un lugar para acampar durante la noche.

Plantaron el campamento en una especie de repisa de piedra, de forma que tenían un abrupto risco a las espaldas y un escarpado precipicio delante. Se turnaron para

hacer guardia, y cuando la primera pálida luz de la aurora comenzó a inundar la oscuridad del cielo encapotado, Tynian despertó a Ulath, sacudiéndolo.

—Hay algo que se mueve entre los arbustos del pie del risco —susurró.

Ulath se sentó, al tiempo que llevaba una mano hacia el mango del hacha. Inclino la cabeza para escuchar.

—Troll —comentó lacónicamente, pasado un instante.

—¿Cómo puedes saberlo?

—Sea lo que sea que está haciendo todo ese ruido, lo hace a propósito. Un ciervo no lo aplastaría todo de esa manera, y los osos ya están todos invernando. El troll quiere que sepamos que está ahí.

—¿Qué hacemos?

—Alimentemos un poco el fuego..., hagámosle saber que estamos despiertos. Ésta es una situación delicada, así que no nos movamos con demasiadas prisas. Apartó las mantas y se levantó mientras Tynian apilaba más ramas sobre la hoguera.

—¿No deberíamos invitarlo a calentarse un poco?

—Él no tiene frío.

—El aire está helado, Ulath.

—Por eso tiene pelo. Los trolls hacen hogueras para tener luz, no calor. ¿Por qué, ya que estás, no preparas el desayuno? El troll no va a hacer nada hasta que no haya amanecido del todo.

—No es mi turno.

—Yo tengo que hacer guardia.

—Yo puedo hacer la guardia tan bien como tú.

—Tú no sabrías qué debes buscar, Tynian.

El tono de voz de Ulath era razonable. Habitualmente lo era cuando intentaba zafarse de su turno de cocina mediante la persuasión.

La luz fue aumentando de manera gradual. Era un proceso que siempre resultaba extraño. Un hombre podía estar mirando directamente una zona oscura del bosque circundante, y de pronto se daba cuenta de que podía distinguir árboles, rocas y arbustos donde antes sólo había oscuridad.

Tynian le llevó a Ulath un plato de jamón humeante y un trozo de pan correoso y seco.

—Deja el jamón en el espetón —le dijo Ulath.

Tynian gruñó, recogió su propio plato y fue a reunirse con su amigo en el borde frontal de la repisa rocosa. Ambos se sentaron y se pusieron a observar el bosque de abedules que crecía sobre la abrupta ladera que tenían debajo, mientras comían.

—Allí lo tienes —comentó Ulath con gravedad—, justo al lado de aquella roca grande.

—Ah, sí —replicó Tynian—. Ahora lo veo. Se mimetiza a la perfección, ¿verdad?

—De eso se trata, precisamente, el ser un troll, Tynian. Forman parte del bosque.

—Sefrenia dice que estamos emparentados con ellos, en un punto muy lejano.

—Es probable que tenga razón. No existen demasiadas diferencias, en realidad, entre nosotros y los trolls. Ellos son más grandes y corpulentos, y tienen una dieta diferente a la nuestra; eso es casi lo único que nos separa.

—¿Cuánto puede durar esto?

—No tengo ni idea. Hasta donde sé, nunca había sucedido antes.

—¿Qué haremos después?

—En cuanto esté seguro de que sabemos que se halla allí, probablemente intentará comunicarse de alguna forma.

—¿Sabe él que tú hablas la lengua troll?

—Puede que sí. Los dioses-troll me conocen, y saben que corro con la misma manada de Sparhawk.

—Ésa es una forma rara de definirlo.

—Estoy intentando pensar como un troll. Si lo hago bien, puede que consiga anticiparme a lo que él hará a continuación.

Entonces, el troll les gritó desde el pie de la colina.

—¿Qué ha dicho? —preguntó Tynian con nerviosismo.

—Quiere saber qué se supone que debe hacer. Está muy confundido.

—¿Que él está confundido?

—Se le ha ordenado que venga a buscarnos y nos conduzca hasta los dioses-troll. No tiene ni idea de nuestras costumbres ni de las cortesías del caso. Tendremos que guiarlo en eso. Vuelve a enfundar tu espada. No hagamos las cosas peores de lo que ya son. —Ulath se puso de pie, con buen cuidado de no hacerlo con rapidez excesiva. Alzó la voz para hablarle a la criatura que estaba en lo bajo—. Ven a este hijo de Khwaj que hemos hecho. Tomaremos la comida juntos y hablaremos de lo que hay que hacer.

—¿Qué le has dicho?

—Lo he invitado a desayunar con nosotros.

—¿Que has hecho qué? ¿Quieres que un troll se ponga a comer a pocos palmos de ti?

—Es una precaución. Sería descortés por su parte el matarnos después de haber aceptado nuestra comida.

—¿Descortés? Lo que hay ahí fuera es un troll, Ulath.

—El solo hecho de que sea un troll no significa que tenga que tener malos modales. Ah, casi lo olvido. Cuando llegue al campamento querrá olfatearnos. Lo cortés es que nosotros también lo olfateemos: No tendrá muy buen olor, pero hazlo de todas formas. Los trolls hacen eso con el fin de poder reconocerse si se vuelven a encontrar.

—Creo que estás perdiendo el juicio.

—Tú límitate a seguirme la corriente y deja que yo me encargue de las conversaciones.

—¿Qué otra cosa puedo hacer, papanatas? Yo no hablo la lengua troll,

¿recuerdas?

—¿Que no la hablas? ¡Qué cosa tan sorprendente! Yo creía que los hombres muy cultos hablaban la lengua troll.

El troll se les acercó con cautela, moviéndose suavemente por el bosque de abedules. Utilizaba mucho los brazos para aferrarse a los árboles y tirar de sí, avanzando con movimientos de todo el cuerpo.

Medía más de seis codos y tenía un lustroso pelo marrón. Su rostro era simiesco hasta un cierto punto, aunque no tenía el morro protuberante de la mayoría de los monos, y había un destello inteligente en sus ojos hundidos. Llegó al saliente en el que se encontraba el campamento, y luego se acuclilló, con los antebrazos apoyados sobre las rodillas y las manos a plena vista.

—No llevo ningún palo —dijo con un semigruñido. Ulath dejó su hacha a un lado de manera ostentosa y tendió ante sí las manos vacías.

—No llevo ningún palo —repitió, según el saludo acostumbrado—. Quítate el cinturón de la espada, Tynian —murmuró—. Déjalo a un lado.

Tynian comenzó a objetar, pero se decidió por lo contrario.

—El hijo de Khwaj que habéis hecho es bueno —declaró el troll, señalando hacia la hoguera—. Khwaj se sentirá complacido.

—Es bueno complacer a los dioses —replicó Ulath.

El troll, de pronto, dio un puñetazo contra el suelo.

—¡No es así como debe ser! —declaró con voz descontenta.

—No —asintió Ulath, acuclillándose de forma muy parecida a la del troll—, no lo es. Pero los dioses tienen sus razones para que así sea. Ellos han dicho que no debemos matarnos los unos a los otros. También han dicho que no debemos comernos los unos a los otros.

—Ya los he oído decirlo. ¿Es posible que les hayamos entendido mal?

—Yo creo que no.

—¿Podría ser que sus mentes estuvieran enfermas?

—Es posible. Pero aun así, tenemos que hacer lo que ellos nos manden.

—¿De que estáis hablando? —inquirió Tynian con nerviosismo.

Ulath se encogió de hombros.

—Estamos discutiendo de filosofía.

Tynian lo miró fijamente.

—Es algo bastante complejo. Tiene que ver con la pregunta de si estamos o no moralmente obligados a obedecer a los dioses si éstos se han vuelto locos. Yo digo que sí lo estamos. Por supuesto que mi posición está ligeramente teñida por el interés personal, en este caso.

—¿Eso no puede hablar? —preguntó el troll, señalando a Tynian—. ¿Son esos ruidos de pájaro los únicos sonidos que puede hacer?

—Los ruidos de pájaro hacen de idioma entre los de nuestra especie. ¿Tomarás un poco de nuestra comida con nosotros?

El troll echó una apreciativa mirada a los caballos.

—¿Ésos? —inquirió.

—No. —Ulath negó con la cabeza—. Ésas son las bestias que nos llevan.

—¿Están enfermas vuestras piernas? ¿Es ese el motivo de que seáis tan bajos?

—No. Las bestias pueden correr más rápido que nosotros. Ellas nos llevan cuando queremos viajar de prisa.

—¿Qué clase de comida tomáis?

—Cerdo.

—El cerdo es bueno. El ciervo es mejor.

—Sí.

—¿Dónde está el cerdo? ¿Está muerto? Si todavía está vivo, yo lo mataré.

—Está muerto.

El troll miró en torno de sí.

—No lo veo.

—Sólo hemos traído una parte de él. —Ulath señaló el enorme jamón ensartado en el asador, sobre el fuego.

—¿Compartís vuestra comida con el hijo de Khwaj?

Ulath decidió no explicar el concepto de cocinar en aquel momento concreto.

—Sí —dijo—. Es nuestra costumbre.

—¿Complace a Khwaj que compartáis vuestra comida con su hijo?

—Nosotros creemos que sí. —Ulath desenvainó la daga, levantó el espetón el fuego y cortó un trozo de alrededor de tres libras.

—¿Están enfermos vuestros dientes? —El troll lo preguntó incluso con una cierta compasión—. Una vez tuve un diente enfermo. Me causó mucho dolor.

—Nuestra especie no tiene dientes afilados —le explicó Ulath—. ¿Tomarás un poco de nuestra comida?

—Sí. —El troll se puso de pie y se acercó al fuego, encumbrándose por encima de ellos.

—La comida ha estado cerca del hijo de Khwaj —le advirtió Ulath—. Está caliente. Puede causar dolor a tu estómago.

—Me llamo Bhlok —se presentó el troll.

—Yo me llamo Ulath.

—¿U-lat? Eso es una cosa extraña para llamarse. —Bhlok señaló a Tynian—. ¿Eso cómo se llama?

—Tynian —replicó Ulath.

—Tin-in. Eso es todavía más extraño que U-lat.

—Los ruidos de pájaro de nuestra habla hacen que suenen extrañas las cosas que nos llamamos.

El troll se inclinó para oler la coronilla de Ulath. Ulath reprimió un poderoso impulso de chillar y correr hacia el árbol más cercano.

Según la cortesía, olfateó el pelo de Bhlok. La verdad era que el troll no olía

demasiado mal. Luego, el monstruo y Tynian intercambiaron olfateos.

—Ahora os conozco —declaró Bhlok w.

—Es bueno que nos conozcas. —Ulath le tendió el trozo de jamón humeante.

Bhlok w lo cogió y se lo metió entero en la boca. Entonces volvió a escupirlo rápidamente en su mano.

—Caliente —explicó, un poco avergonzado.

—Nosotros lo soplamos para hacerlo fresco y así no hacemos daño en la boca —le explicó Ulath.

Bhlok w sopló ruidosamente el trozo de carne durante un rato. Seguidamente volvió a metérselo en la boca. Masticó reflexivamente durante unos instantes, y se lo tragó.

—Es diferente —comentó con diplomacia; después suspiró—. No me gusta esto, U-lat —le confesó con infelicidad—. No es así como deberían ser las cosas.

—No —asintió Ulath—, no lo es.

—Tendríamos que estar matándonos el uno al otro. Nosotros hemos matado a muchas de vosotras, cosas, desde que llegasteis por primera vez a la cadena de montañas de los trolls. Es así como debería ser. Mi idea es que los dioses tienen que tener la mente enferma para hacernos hacer esto. —Suspiró con una especie de soplo huracanado—. Pero tu pensamiento es correcto. Tenemos que hacer lo que ellos nos dicen. Algún día sus mentes volverán a ponerse bien, y nos dejarán que volvamos a matarnos y comernos los unos a los otros. —Se puso bruscamente de pie—. Quieren verte. Yo te llevaré ante ellos.

—Nosotros iremos contigo.

Siguieron a Bhlok w, montaña arriba, durante todo ese día y la mitad del siguiente, y al fin los condujo a un claro cubierto de nieve en el que ardía una hoguera dentro de un gran pozo. Los dioses-troll los estaban aguardando allí.

—Afrael ha venido a nosotros —les dijo la enormidad que era Ghworg.

—Ella dijo que haría eso —replicó Ulath—. Ella dijo que cuando sucediera algo que debiéramos saber, vendría hasta nosotros y nos lo contaría.

—Nos puso la boca en la cara —comentó Ghworg, perplejo.

—Ella hace eso. Le da placer.

—No fue doloroso —reconoció Ghworg, un poco dubitativo, al tiempo que se tocaba la mejilla en la que Afrael lo había besado.

—¿Qué ha dicho? —preguntó Tynian en voz baja.

—Afrael ha estado aquí y ha hablado con ellos —replicó Ulath—. Incluso los ha besado unas cuantas veces. Ya conoces a Afrael.

—¿De verdad besó a los dioses-troll? —El semblante de Tynian se puso pálido.

—¿Qué ha dicho eso? —exigió saber Ghworg.

—Quería que le dijese lo que tú habías dicho.

—Esto no es bueno, Ulath-de-Thalesia. Eso no debe hablarte en palabras que nosotros no comprendarnos. ¿Cómo se llama?

—Se llama Tynian-de-Deira.

—Haré de forma que Tynian-de-Deira conozca nuestra habla.

—Prepárate —le advirtió Ulath a su amigo.

—¿Qué? ¿Qué está sucediendo, Ulath?

—Ghworg va a enseñarte la lengua troll.

—Eh, espera un momento... —Entonces, Tynian se llevó ambas manos a la cabeza, profirió un grito y cayó retorciéndose sobre la nieve. El paroxismo pasó rápidamente, pero Tynian estaba pálido y tembloroso al sentarse, y tenía los ojos desorbitados.

—¿Eres Tynian-de-Deira? —exigió saber Ghworg, hablando en lengua troll.

—Sí. —La voz de Tynian temblaba al responderle.

—¿Entiendes mis palabras?

—Son claras para mí.

—Eso es bueno. No hables en otra clase de lengua cuando estés cerca de nosotros. Cuando lo haces, consigues que no confiemos en ti.

—Lo recordaré.

—Es bueno que así lo hagas. Afrael vino a vernos. Nos dijo que el llamado Berit ha recibido orden de no ir al lugar Beresa. En lugar de eso, le han dicho que vaya al lugar Sopal. Ella dijo que vosotros comprenderíais qué quería decir. —Hizo una pausa, con el entrecejo fruncido—. ¿Lo entendéis? —preguntó.

—¿Lo entendemos? —le preguntó Tynian a Ulath, hablando en lengua troll.

—No estoy seguro. —Ulath se puso de pie, se acercó a su caballo sacó un mapa de las alforjas. Luego regresó junto al fuego—. Éste es un dibujo del terreno —les explicó a las enormes presencias—. Nosotros hacemos estos dibujos para saber adónde vamos.

Schlee le echó una breve mirada al mapa.

—El terreno no tiene ese aspecto. —Se acuclilló y clavó sus gigantescos dedos a través de la nieve, en la tierra—. Éste es el aspecto que tiene el terreno.

Ulath saltó hacia atrás cuando la tierra que tenía bajo los pies se estremeció ligeramente. Luego bajó la mirada. Lo que tenía delante no era tanto un mapa como una versión miniaturizada del continente mismo.

—Ésta es una imagen muy buena del terreno —declaró, maravillado.

Schlee se encogió de hombros.

—He metido la mano dentro del terreno y sentido su forma. Éste es el aspecto que tiene.

—¿Dónde está Beresa? —le preguntó Tynian a Ulath, mientras contemplaba, maravillado, los árboles finos como cabellos que asomaban en las laderas de las montañas como la barba de dos días.

Ulath miró su mapa y caminó varias varas hasta la temblorosa superficie cubierta

con minúsculas olas. Sus pies estaban ligeramente hundidos en la creación que Schlee había hecho del mar de Tamul.

—Está justo aquí —replicó en lengua troll, mientras se inclinaba y apoyaba un dedo en un determinado punto de la línea costera.

—Allí es donde le dijeron que debía dirigirse los que robaron a la compañera de Anakha —les explicó Tynian a los dioses-troll.

—Nosotros no entendemos —declaró sinceramente, Khwaj.

—Anakha le tiene cariño a su compañera.

—Así debe ser.

—Se pone furioso cuando su compañera está en peligro. Los que se llevaron a su compañera lo saben. Ellos dicen que no van a devolvérsela a menos que él les dé la Gema-Flor.

Los dioses-troll fruncieron todos el entrecejo, mientras intentaban aclararse. Luego, Khwaj rugió de pronto, escupiendo una enorme y aullante nube de fuego que fundió la nieve en todas direcciones.

—¡Eso es maldad! —tronó—. ¡No es correcto hacer eso! ¡La querrela de ellos era con Anakha, no con su compañera! ¡Yo encontraré a esos malvados! ¡Los convertiré en fuego que nunca se extinguirá! ¡Gritarán de dolor por toda la eternidad!

Tynian se estremeció ante la enormidad de la idea. Luego, con una gran cantidad de ayuda por parte de Ulath, les explicó todo lo relativo a los disfraces y los subterfugios que esos disfraces hacían posibles.

—¿Es verdad que tienes un aspecto diferente al que tenías antes, Ulath-de-Thalesia? —preguntó Ghworg, mientras observaba a Ulath con curiosidad.

—Muy diferente, Ghworg.

—Eso es extraño. A mí me parece el mismo. —El dios lo meditó—. Tal vez no es tan extraño —se corrigió—. Todos los de tu especie me parecen iguales. —Apretó sus enormes puños—. Khwaj tiene razón. Debemos causarles daño a los malvados. Muéstranos adónde le han dicho que vaya al llamado Berit.

Ulath consultó su mapa y atravesó el mundo en miniatura hasta la orilla del gran lago conocido como mar de Arjun.

—Es aquí, Ghworg —dijo, al tiempo que se inclinaba y apoyaba un dedo en la línea costera—. ¡Está realmente aquí! —Jadeó—. ¡Puedo ver los diminutos edificios! ¡Eso es Sopal!

—Por supuesto —replicó Schlee, como si no fuese nada de especial importancia—. No sería una buena imagen si me hubiera olvidado de algo.

—Nosotros hemos sido engañados —dijo Tynian—. Pensábamos que nuestros enemigos se encontraban en el lugar Beresa. No es así. En cambio, están en el lugar Sopal. El llamado Berit no tiene la Gema-Flor. Anakha tiene la Gema-Flor. Anakha la lleva hacia Beresa. Si los malvados se encuentran con Berit en el lugar Sopal, él no tendrá la Gema-Flor para entregársela a los malvados. Ellos se pondrán furiosos, y podrían causarle mal a la compañera de Anakha.

—Es posible que le haya enseñado demasiado bien —murmuró Ghworg—. Ahora habla demasiado.

Schlee, no obstante, había estado escuchando atentamente el discurso de Tynian.

—Pero ha hablado con verdad. La compañera de Anakha estará en peligro. Los que se la han llevado podrían incluso matarla. —La piel de los enormes hombros se estremeció, sacudiéndose distraídamente los copos de nieve que continuamente le caían encima, y su rostro se contorsionó de concentración—. Me parece a mí que eso enfurecerá a Anakha. Podría estar tan furioso como para levantar la Gema-Flor y hacer que el mundo desapareciera. Tenemos que evitar que los malvados le causen mal a ella.

—Tynian-de-Deira y yo acudiremos al lugar Sopal —comentó Ulath—. Los malvados no nos reconocerán porque nuestros rostros han sido cambiados. Estaremos cerca cuando los malvados le digan al llamado Berit que le darán la compañera de Anakha si él les da la Gema-Flor. Nosotros los mataremos y nos llevaremos a la compañera de Anakha cuando ellos hagan eso.

—Eso habla bien —les dijo Zoka a los otros dioses-troll—. Eso piensa bien. Démosle nuestra ayuda, a esa cosa y a la otra, pero no permitamos que mate a los malvados. Matarlos no es bastante. El pensamiento de Khwaj es mejor. Dejemos que Khwaj los convierta en fuegos que nunca se apaguen, en lugar de matarlos. Que quemem por la eternidad. Eso será mejor.

—Yo pondré a los hombres-cosa en el tiempo que no se mueve —declaró Ghnomb—. Nosotros los miraremos en la figura del terreno que ha hecho Schlee, mientras ellos van hacia el lugar Sopal mientras el mundo se queda quieto.

—¿Podéis de verdad ver algo tan pequeño como un hombre-cosa en la figura que Schlee ha hecho del terreno? —le preguntó Ulath al dios de la comida con cierta sorpresa.

—¿Es que tú no puedes? —Ghnomb parecía aún más sorprendido que él—. Enviaremos a Bhlok w con vosotros para que os ayude, y os observaremos en la figura que Schlee ha hecho del terreno. Luego, cuando los malvados le enseñen la compañera de Anakha al llamado Berit para demostrar que en verdad la tienen, tú y Tynian-de-Deira saldréis del tiempo que no se mueve y se la arrebataréis a ellos.

—Después, yo meteré la mano en la figura del terreno que ha hecho Schlee y los cogeré con mis manos —agregó Khwaj con severidad—. Los traeré aquí y los convertiré en fuegos que no se apagarán nunca.

—¿De verdad que puedes meter las manos en la figura del terreno que ha hecho Schlee, y sacar a los malvados del mundo real? —inquirió Ulath, atónito.

Khwaj se encogió de hombros.

—Es fácil.

Tynian estaba sacudiendo la cabeza con vigor.

—¿Qué? —exigió saber Schlee.

—El llamado Zalasta también puede entrar en el tiempo que no se mueve. Yo lo

he visto hacerlo.

—Eso no tendrá importancia. El llamado Zalasta es uno de los malvados. También a él lo convertiré en un fuego que nunca se apagará. Lo dejaré arder para siempre en el tiempo que no se mueve. El fuego será igual de caliente allí como aquí.

La nieve caía con mayor abundancia —y era más húmeda—, después de trasponer la divisoria rocosa que separaba los ríos que corrían hacia el oeste de los que lo hacían hacia el este. La gigantesca nube de aire húmedo que flotaba perpetuamente sobre las marismas de Astel lamía las laderas orientales de las montañas de Zemoch, provocando nevadas fenomenales que enterraban los bosques y cegaba los pasos. Los caballeros de la iglesia avanzaban trabajosamente por terrenos empapados, mientras seguían el valle del ramal sur del Esos, en dirección a la ciudad de Basne, de Zemoch.

El preceptor Abriel, de los caballeros cyrínicos, había comenzado la campaña con una cierta sensación de bienestar. Su salud era buena, y toda una vida de entrenamiento militar lo había mantenido un estado físico perfecto. Sin embargo, se acercaba rápidamente a su septuagésimo año de vida, y se encontraba con que cada vez le resultaba más y más difícil el ponerse en marcha por las mañanas, a pesar de que jamás lo habría admitido.

A eso de la media mañana de un día de nevada, uno de los grupos exploradores que se habían adelantado regresó con tres zemochs ataviados con pieles de cabra. Los hombres estaban flacos y sucios, y sus rostros tenían una expresión aterrorizada. El patriarca Bergsten se adelantó para interrogarlos. Cuando el resto del grupo de vanguardia dio alcance al gigantesco eclesiástico, éste estaba manteniendo una acalorada discusión con un caballero arciano.

—Pero vuestra gracia sabe que son zemochs —protestó el caballero.

—Nuestra querella era con Otha, caballero —contestó Bergsten con frialdad—, no con estos pobres diablos supersticiosos. Dales un poco de comida y ropa abrigada, y déjalos marchar.

—Pero...

—Espero que no iremos a tener problemas por esto, ¿verdad, caballero? —preguntó Bergsten en un tono ominoso, haciéndose aún más grande.

El caballero pareció considerar su situación. Retrocedió algunos pasos.

—Eh... no, vuestra gracia —replicó—. No lo creo.

—Nuestra santa madre aprecia tu obediencia, hijo mío —le dijo Bergsten.

—¿Tenían esos tres algo que nos fuera de utilidad? —preguntó Komier.

—No mucho —fue la respuesta que le dio Bergsten mientras volvía a montar—. Hay alguna clase de ejército que está instalándose en algún sitio al este de Argoch. Había una enorme cantidad de superstición mezclada en lo que me han contado, así que no he podido sacar de ellos nada que fuera muy exacto.

—Entonces, se trata de una batalla —comentó Komier frotándose las manos con

expectación.

—Tengo mis dudas al respecto —disintió Bergsten—. Por lo poco que he podido entresacar de ese galimatías, el ejército que hay ahí fuera está principalmente compuesto por irregulares... fanáticos religiosos de alguna clase. Nuestra santa madre de Chyrellos no ha hecho muchos amigos en esta zona del mundo cuando intentó reasimilar las ramificaciones de la fe elenia de Daresia occidental durante el siglo nueve.

—Eso sucedió hace casi dos mil años —objetó Komier—. Es mucho tiempo para mantener un resentimiento.

Bergsten se encogió de hombros.

—Los resentimientos antiguos son los mejores. Envía a tus exploradores un poco más lejos, Komier. Veamos si podemos obtener algún informe coherente del comité de bienvenida. Unos cuantos prisioneros nos serían de utilidad.

—Yo sé cómo hacer esto, Bergsten.

—En ese caso, hazlo. No te limites a quedarte aquí hablando del asunto.

Dejaron atrás Argoch; y los exploradores de Komier trajeron varios prisioneros. El patriarca Bergsten interrogó brevemente a los cautivos elenios, pobremente vestidos e ignorantes, y luego ordenó que los dejaran en libertad.

—Debo decirle a vuestra gracia —declaró Darellon— que eso ha sido muy imprudente. Esos hombres podrían correr a sus comandantes e informarlos sobre todo lo que han visto.

—Sí —replicó Bergsten—, ya lo sé. Es lo que quiero que hagan. También quiero que les cuenten a sus amigos que han visto descender de las montañas a cien mil caballeros. Estoy alentando la deserción, Darellon. No nos interesa matar a esos pobres herejes mal dirigidos, sólo queremos que se aparten de nuestro camino.

—Continúo pensando que lo que ha hecho vuestra gracia es estratégicamente insensato.

—Tienes derecho a tus opiniones, hijo mío —replicó Bergsten—. Esto no es un artículo de fe, así que nuestra santa madre alienta el desacuerdo y la discusión.

—No tiene mucho sentido el discutir después de que vuestra gracia ya los ha dejado marchar.

—Ya lo sé. Esa misma idea se me ha ocurrido a mí.

Se encontraron con el ejército enemigo en el ancho valle del río Esos, justo al sur de la ciudad zemoch de Basne, a aproximadamente treinta leguas de la frontera asteliana. La información de los exploradores y la que le habían sacado a los cautivos resultó ser exacta. Lo que los aguardaba no era tanto un ejército como una turba, pobremente armada e indisciplinada.

Los preceptores de las cuatro órdenes se reunieron en torno al patriarca Bergsten para considerar opiniones.

—Son miembros de nuestra propia fe —les dijo Bergsten—. Los desacuerdos que tenemos con ellos residen en el área del gobierno de la iglesia, no en la substancia de

nuestras comunes creencias. Esos asuntos no se resuelven en el campo de batalla, así que no quiero que muera demasiada de esa gente.

—No veo que haya mucho peligro de que algo así llegue a suceder —comentó el preceptor Abriel.

—Nos superan en número de dos a uno, más o menos, mi señor Abriel —señaló el caballero Heldin.

—Una carga debería ser bastante para igualar fuerzas, Heldin —replicó Abriel—. Esa gente son aficionados, entusiastas pero carentes de entrenamiento, y alrededor de la mitad de ellos van armados sólo con horcas. Si bajamos la visera de nuestros yelmos, ponemos lanza en ristre y cargamos contra ellos en masa, la mayoría continuará corriendo dentro de una semana.

Y ése fue el último error que el venerable Abriel llegaría a cometer. Los caballeros montados se dispersaron con perfecta precisión para formar en un frente que abarcaba todo el valle. Fila tras fila, los cyrínicos, pandiones, genidianos y alciones, todos cubiertos de acero y montados sobre sus beligerantes caballos, se alinearon en lo que probablemente fue una de las más intimidantes demostraciones de hostilidad del mundo conocido.

Los preceptores aguardaron en el centro mismo de la primera fila, mientras sus subalternos formaban la de retaguardia y los mensajeros se adelantaban al galope para declarar que todo estaba preparado.

—Eso debería ser suficiente —comentó Komier con impaciencia—. No creo que los carros de provisiones tengan que cargar también. —Miró a sus amigos—. ¿Comenzamos ya, caballeros? Demostrémosle a esa chusma cómo montan un ataque los verdaderos soldados. —Le hizo una breve señal a un enorme caballero genidiano, y el gigantesco rubio tocó un estridente sonido con su cuerno de ogro.

La primera línea de caballeros se bajó la visera de sus yelmos y espoleó las monturas. Los caballeros perfectamente disciplinados avanzaron al galope en una línea perfectamente recta, como una muralla de acero.

A medio recorrido, el bosque de lanzas alzadas descendió como una ola rompiente, y comenzaron las huidas en el ejército contrario. Los siervos y campesinos mal entrenados se separaron y echaron a correr, arrojando sus armas y chillando de pavor. Aquí y allá había unidades mejor entrenadas que se mantuvieron firmes, pero la huida de sus aliados de ambos lados les dejó los flancos peligrosamente expuestos.

Los caballeros golpearon a esas pocas unidades con un gran choque sonoro. Una vez más, Abriel sintió la antigua exultante satisfacción de la batalla. Su lanza se rompió contra los escudos alzados apresuradamente, y él desechó el arma partida y desenvainó la espada. Miró en torno de sí y descubrió que había otras fuerzas militares que las habían ocultado de la vista, reunidas detrás de la muralla de campesinos, y que ese ejército no se parecía a ninguno que Abriel hubiese visto jamás. Los soldados eran enormes, más grandes incluso que los thalesianos. Llevaban

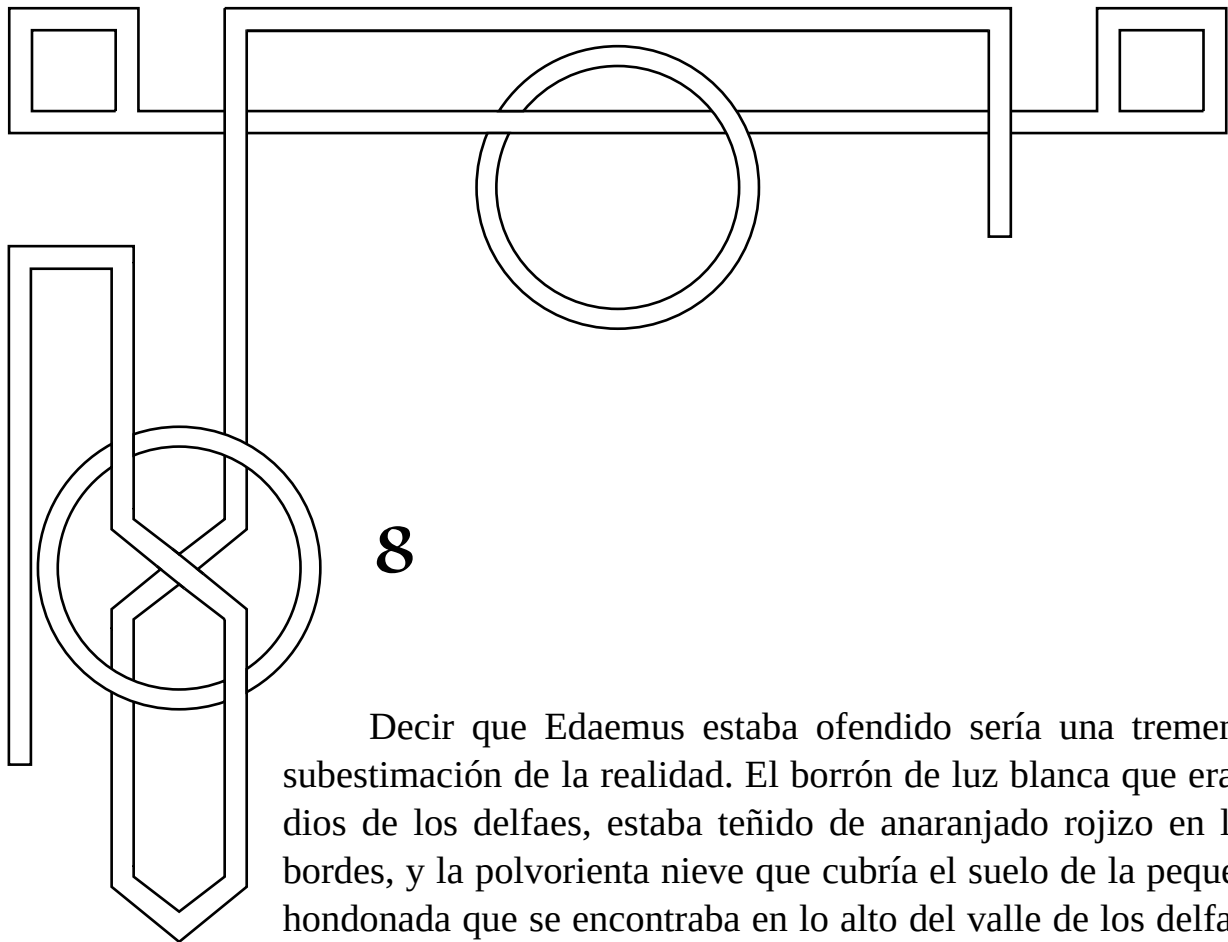
petos y cotas de malla, pero sus cotas estaban mejor moldeadas de lo que era normal respecto a sus cuerpos. Cada músculo estaba delineado a la perfección por el lustroso acero. Sus yelmos eran recreaciones exóticas de bestias increíbles o no llevaban viseras propiamente dichas sino máscaras de acero, máscaras que habían sido fundidas para presentar rasgos individualizados; los rasgos, pensó Abriel, de los guerreros que las llevaban. El preceptor cyrínico sintió un escalofrío repentino. Los rasgos que presentaban las máscaras no eran humanos.

Había una extraña tienda de cuero, abovedada, en el centro de aquel inhumano ejército, una tienda con nervaduras de dimensiones gigantescas.

Pero luego se movió, abriéndose, ensanchándose..., dos enormes alas, curvadas e iguales a las de un murciélago. Y entonces, elevándose de bajo el abrigo de esas dos alas, apareció un ser más grande de lo imaginable, una criatura de total oscuridad con una cabeza que tenía la forma de una cuña invertida y orejas puntiagudas. Dos ojos como líneas ardían en ese rostro espantosamente obscuro, y dos enormes brazos se tendían hacia delante, voraces. El relámpago hervía bajo la lustrosa piel negra, y la tierra sobre la que se apoyaba la criatura humeaba y se quemaba.

Abriel se sentía extrañamente tranquilo. Se levantó la visera del yelmo y miró directamente al rostro del infierno.

—Por fin —murmuró—, un oponente digno. —Entonces volvió a bajar la visera de su yelmo, puso ante su cuerpo el escudo de guerra, y levantó la espada que había llevado con honor durante más de medio siglo. Su firme mano blandió el arma hacia la enormidad que continuaba levantándose ante él—. ¡Por Dios y por Arcium! —fue el reto que rugió, tras lo cual se afirmó sobre el caballo y cargó hacia la destrucción.



8

Decir que Edaemus estaba ofendido sería una tremenda subestimación de la realidad. El borrón de luz blanca que era el dios de los delfaes, estaba teñido de anaranjado rojizo en los bordes, y la polvorienta nieve que cubría el suelo de la pequeña hondonada que se encontraba en lo alto del valle de los delfaes, despedía columnas de vapor al fundirse en el calor de su

disgusto.

—¡No! —declaró, inflexible—. ¡Decididamente, no!

—Oh, sé razonable, primo —dijo Afrael, zalamera—. La situación ha cambiado. Estás aferrándote a algo que ya no tiene sentido alguno. Puede que antes existieran algunas justificaciones para la «enemistad eterna». Reconozco que mi familia no se comportó muy bien durante la guerra con los cyrgais, pero de eso hace ya mucho tiempo. El aferrarte ahora a tu sensibilidad herida es una pura niñería.

—¿Cómo habéis podido facerlo vos, Xanetia? —exigió saber Edaemus, con tono acusador—. ¿Cómo habéis podido vos facer una tal cosa?

—Era algo que iba en favor del designio nuestro, amado —replicó ella. Sefrenia estaba más que un poco asombrada por la relación intensamente personal que Xanetia tenía con su dios—. Vos me ordenasteis que prestara ayuda a Anakha, y por razón del amor de él por Sefrenia, vime obligada a llegar a un entendimiento con ella. Toda vez que ella y yo rompimos la muralla de enemistad que entrambas se alzaba, y llegamos a confiar la una en la otra, el respeto y el propósito común suavizaron el desprecio que nos era costumbre y, sin que lo buscáramos, el cariño deslizo suavemente para ocupar su lugar. En el corazón mío es ella agora la mi hermana querida.

—¡Eso es abominación! ¡No debéis fablar otra vez así de esta estiriana en la presencia mía!

—Como a vos os plazca, amado —asintió ella, inclinando sumisamente la cabeza. Pero luego su mentón se alzó, y su luz interior brilló con mayor intensidad—. Pero, tanto si os place como si no, continuaré yo pensando en ella daquesta guisa en el oculto silencio del corazón mío.

—¿Estás dispuesto a escuchar, Edaemus? —preguntó Afrael—. ¿O prefieres tomarte antes uno o dos siglos para hacer una buena pataleta?

—Vos sois impertinente, Afrael —la acusó el dios.

—Sí, ya lo sé. Es una de las cosas que me hace deliciosa. Tú sabes que Cyrgon está intentando ponerle las manos encima al Bhelliom, ¿verdad? ¿O has estado tan ocupado jugando al salto de la rana con las estrellas que has perdido la pista de lo que está sucediendo por aquí?

—Cuidado con tus modales —le dijo Sefrenia con tono seco.

—Es que él me hastía. Ha tenido su odio abrazado contra el pecho como a un perrillo enfermo, durante diez mil años. —La diosa-niña miró con ojos críticos a la incandescente presencia que era el dios de los delfaes—. El espectáculo de luz no me impresiona, Edaemus. También yo podría hacerlo si deseara tomarme la molestia.

Edaemus ardió con más brillo aún, y el nimbo naranja rojizo se puso negro como el hollín.

—¡Qué pesado! —suspiró Afrael—. Lo siento, Xanetia, pero el Bhelliom y yo tendremos que arreglárnoslas solos con Klael. En cualquier caso, tu tedioso dios no nos resultará muy útil.

—¡Klael! —jadeó Edaemus.

—He captado tu atención, ¿eh? —comentó ella con una sonrisa afectada—. ¿Estás dispuesto a escuchar, ahora?

—¿Quién hizo aquesto? ¿Quién ha vuelto a dejar libre a Klael sobre la tierra?

—Bueno, te aseguro que yo no fui. Cyrgon estaba consiguiendo que todo saliera como él quería, y luego Anakha lo volvió todo en contra de él. Ya sabes cuánto detesta Cyrgon el perder, así que comenzó a romper las reglas. ¿Quieres ayudarnos con esto o prefieres quedarte sentado y hacer pucheros durante otro centenar de eones poco más o menos? Rápido, rápido, Edaemus —lo urgió ella, chasqueando los dedos—. Decídete. No tengo todo el día, ¿sabes?

—¿Qué os hace pensar que necesito más hombres? —exigió saber Narstil.

Narstil era un arjuni flaco, casi cadavérico, con brazos como alambres y mejillas chupadas. Se encontraba sentado ante una mesa colocada bajo un frondoso árbol en el centro del campamento instalado en la profundidad de las selvas de Arjuna.

Caalador se encogió de hombros al tiempo que recorría con los ojos el desordenado campamento.

—Estás en un tipo de negocio arriesgado. Robas muebles, alfombras y tapices. Eso significa que has estado saqueando poblaciones y organizando ataques a las

haciendas aisladas. La gente lucha cuando intentas algo así, y eso significa bajas. Alrededor de la mitad de tus hombres llevan vendajes en este mismo momento, y probablemente dejas a unos cuantos muertos detrás cada vez que intentas robar algo. Un líder que se dedica a tu línea de negocios siempre necesita más hombres.

—No tengo ninguna vacante en este momento.

—Yo puedo crear algunas —le dijo Bevier con tono amenazador, mientras pasaba melodramáticamente un dedo por el filo de su hacha.

—Mira, Narstil —comenzó Caalador en un tono menos abrasivo—, hemos visto a tus hombres. Ahora, haz el favor de ser honrado. Tú has reunido a un puñado de chicos malos locales que se habían metido en líos por robar las cabras de otros. Tienes una gran escasez de profesionales, y eso es lo que estamos ofreciéndote: profesionalidad. Tus chicos malos fanfarronean e intentan impresionarse los unos a los otros adoptando un aire terrible y malvado pero, el matar, en realidad no está en su naturaleza, y por eso acaban heridos cuando comienza la pelea. A nosotros, el matar no nos incomoda. Estamos habituados a ello. Tus jóvenes bravos tienen que demostrarse cosas los unos a los otros, cosa que nosotros no tenemos que hacer. Orden sabe quiénes somos. En caso contrario, no te habría enviado esa carta. —Sus ojos se entrecerraron ligeramente—. Créeme, Narstil, la vida será mucho más fácil para todos nosotros si trabajamos contigo en lugar de poner la tienda al otro lado de la calle.

Narstil pareció un poco menos seguro de sí.

—Lo pensaré —declaró.

—Hazlo; y que no se te ocurra ninguna idea como la de eliminar por adelantado a los competidores potenciales. Tus chicos malos no estarían a la altura de las circunstancias, y mis amigos y yo nos veríamos más o menos obligados a tomarlo como algo personal.

—Deja de hacer eso —reprendió Sefrenia a su hermana mientras los cuatro atravesaban las calles como corredores de Delfaeus, en dirección a la casa de Cedon, el anari del pueblo de Xanetia.

—Edaemus es quien lo hace —le contestó Afrael.

—Ésta es su ciudad y éste su pueblo. No es de buena educación el hacer eso cuando eres un huésped.

Xanetia les dirigió una mirada perpleja.

—Mi hermana está dejándose ver —explicó Sefrenia.

—Yo no —contestó Afrael.

—Sí que lo estás haciendo, y tú y yo lo sabemos. Ya hemos tenido antes esta misma discusión. Ahora deja de hacerlo.

—No lo entiendo —confesó Xanetia.

—Eso es debido a que te has habituado a sentir su presencia, hermana —explicó

Sefrenia con voz cansada—. Se supone que ella no debe hacer ostentación de su divinidad cuando está cerca de los adoradores de otros dioses. Es la peor forma de malos modales, y lo sabe. Lo está haciendo sólo para irritar a Edaemus. Me asombra que no haya aplastado a toda la ciudad o prendido fuego a la paja de los techos, con toda esa personalidad divina.

—Decir eso es despreciable, Sefrenia —la acusó Afrael.

—Entonces, pórtate bien.

—No lo haré a menos que Edaemus también lo haga.

Sefrenia suspiró y puso los ojos en blanco.

Entraron en el ala sur de la extensa ciudad-edificio que era Delfaeus, y avanzaron por un pasillo tenuemente iluminado hasta la puerta de Cedon. El anari los estaba esperando, con su anciano rostro lleno de asombro. Cayó de rodillas al acercarse la luz que era Edaemus, pero su dios se hizo menos luminoso y adoptó una forma humana, tras lo cual tendió las manos y lo alzó delicadamente hasta ponerlo nuevamente de pie.

—Eso no es necesario, viejo amigo mío —declaró.

—Vaya, Edaemus —comentó Afrael—, la verdad es que eres bastante apuesto. No deberías ocultarte de nosotros en toda esa luz como lo haces.

Una débil sonrisa tocó el rostro sin edad del dios delfae.

—No busquéis engañarme con halagos, Afrael. Yo os conozco, y conozco los caminos vuestros. No os resultará tan fácil hacer que caiga en la trampa.

—¿De veras? Vos ya estáis en la trampa, Edaemus. Ahora lo único que hago es jugar con vos. Cuando llegue el momento, la cerraré y os haré mío. —Afrael rió con un repiqueteo de carcajadas argentinas—. Pero eso es entre tú y yo, primo. En este momento tenemos otras cosas que hacer.

Xanetia abrazó afectuosamente al anciano Cedon.

—Como ya podéis sentir, mi querido viejo amigo, están a punto de suceder importantes cambios. El calamitoso peligro con que nos enfrentamos cambia la forma del mundo todo. Consideremos primero el peligro, y luego, en el momento de ocio, podremos detenemos para maravillamos de lo mucho que todo a nuestro alrededor alterádose ha.

Cedon abrió la marcha, y descendió los tres gastados escalones de piedra hasta la estancia de techo bajo y paredes curvadas hacia dentro y cubiertas de escayola blanca, con sus cómodos muebles y alegre fuego.

—Cuéntales lo que ha estado sucediendo, Xanetia —sugirió Afrael mientras se encaramaba sobre el regazo de Sefrenia—. Puede que eso le explique por qué me ha sido necesario violar todas las reglas y acudir aquí. —Le dirigió a Edaemus una mirada coqueta—. A pesar de lo que pienses primo, te aseguro que tengo buenos modales, pero tenemos una emergencia entre manos.

Sefrenia se retrepó en el asiento mientras Xanetia iniciaba el relato de los acontecimientos sucedidos durante los pasados meses.

Había una sensación de paz, de calma imperturbable en Delfaeus, que Sefrenia no percibió durante la visita anterior. En aquel entonces, su mente había estado tan llena de odio obsesivo, que apenas si reparó en el entorno. Los delfaes habían apelado a Sparhawk para que sellara en valle y los aislara del resto del mundo, pero de alguna forma eso parecía innecesario. Ya estaban separados..., tan separados que ya no parecían humanos. De una forma peculiar, Sefrenia sintió envidia.

—Son enfurecedores, ¿verdad? —murmuró la diosa-niña—. Y la palabra que estás buscando es «serenidad».

—Y tú estás haciendo todo lo que está en tu poder para alterar eso, ¿no es cierto?

—Ellos todavía son una parte de este mundo, Sefrenia..., en cualquier caso lo serán durante un poco más de tiempo. Lo único que estoy haciendo es recordarles que el resto de nosotros todavía estamos aquí fuera.

—Estás comportándote muy mal con Edaemus.

—Estoy tratando de hacerlo volver a la realidad. Ha pasado en solitario los últimos cien siglos, y se ha olvidado de cómo es el tenernos al resto cerca. Se lo estoy recordando. De hecho, es bueno para él. Comenzaba a volverse complaciente. —Afrael se deslizó del regazo de su hermana—. Perdonadme —dijo—. Es hora de que le dé otra lección. —Atravesó la habitación y se detuvo directamente delante de Edaemus, mirándolo a la cara, implorante, con sus enormes ojos oscuros.

El dios de los delfaes estaba tan abstraído en el relato de Xanetia, que apenas si se dio cuenta de la presencia de Afrael y, cuando ella le tendió los brazos, él la cogió distraídamente y se la sentó en el regazo.

Sefrenia sonrió.

—Y más recientemente —concluyó Xanetia su informe—, el joven Sir Berit ha recibido nuevas instrucciones. Ha de desviarse y acudir a la ciudad de Sopal, la cual hallase en la costa del mar de Arjuna. Él ha informado a la diosa-niña deste cambio de dirección, y ella nos ha advertido a todos del mismo. Es el intento de los dioses-troll el transportar al caballero Ulath y al caballero Tynian a Sopal, y el ocultarlos en lo que ellos llaman el «No-Tiempo». Es el su pensamiento que cuando los enemigos nuestros presenten a la reina Ehlana para cambiarla por el Bhelliom, podrán ellos salir del ocultamiento y rescatarla.

—¿«No-Tiempo»? —inquirió Cedon con expresión perpleja.

—Tiempo suspendido —explicó Afrael—. Los trolls son cazadores, y sus dioses han encontrado un nuevo lugar de ocultamiento con el fin de que los trolls puedan acechar a sus presas sin ser vistos. Es inteligente, pero tiene sus desventajas.

Edaemus le formuló una pregunta en la lengua que Sefrenia había intentado aprender varias veces pero nunca había podido captar realmente. Afrael replicó, hablando con mucha rapidez en un tono más bien seco y técnico, y haciendo intrincados gestos con las manos.

—Ah —dijo él al final, volviendo al idioma tamul mientras una expresión de entendimiento le inundaba el rostro—. Es una noción peculiar.

—Ya sabes cómo son los dioses-troll. —Ella hizo una pequeña mueca.

—¿En verdad obtuvisteis aceptación por parte de ellos de las vuestas ultrajantes exigencias?

Ella se encogió de hombros.

—Yo tenía algo que ellos querían. Hacía ya tres siglos que estaban intentando pensar en una forma de escapar del Bhelliom. No les gustaron mucho las condiciones que les impuse, pero no les quedaban muchas alternativas.

—Sois cruel, Afrael.

—En realidad, no. Me vi impulsada por la necesidad, y la necesidad no es ni cruel ni amable. Es, simplemente, eso. Les di unos cuantos besos cuando pasé a visitarlos hace un par de días, cosa que los hizo sentirse mejor... o lo consiguió cuando ellos se dieron cuenta de que no iba a arrancarles un bocado, en cualquier caso.

—¡No habréis hecho cosa semejante! —El dios parecía horrorizado.

—No son tan malos —declaró ella, para defender sus actos—. Supongo que en lugar de eso podría haberles rascado detrás de las orejas, pero tal vez los habría insultado, razón por la que decidí besarlos, en cambio. —Afrael sonrió—. Unos pocos besos y los tuve lamiéndome las manos como perrillos.

Él se enderezó, y de pronto parpadeó como si por vez primera se diese cuenta de dónde estaba sentada la diosa-niña.

Ella le dedicó otra de sus sonrisillas misteriosas y le acarició una mejilla.

—No te preocupes, primo —le dijo—. Te dejarás convencer antes o después. Siempre lo haces. —Se deslizó del regazo de él y atravesó la habitación para reunirse nuevamente con su hermana.

—¡Ése es mi sitio! —afirmó en tono amenazador un tipo fornido, cuando Kalten dejó caer su silla de montar y rollo de mantas en un lugar libre bajo un enorme árbol.

—Lo era —le gruñó.

—Tú no puedes llegar aquí y robarle a un hombre el sitio en que duerme.

—¿Ah, no? ¿Es que va en contra de la ley, o algo parecido? —Kalten se enderezó. Era al menos una cabeza más alto que el otro hombre, y abultaba mucho con la cota de malla—. Mis amigos y yo vamos a quedarnos aquí mismo —declaró con indiferencia—, así que recoge tu cama y toda la demás basura y lárgate a otra parte.

—¡No tengo costumbre de recibir órdenes de los elenios!

—Lo lamento infinitamente. Ahora, lárgate de aquí. Tengo trabajo que hacer.

Kalten no estaba de buen humor. El peligro en que se hallaba Alean lo roía constantemente, e incluso las ligeras irritaciones le ponían el temperamento en carne viva. Algo de eso debió vérselo en la cara, porque el otro hombre retrocedió unos pasos.

—Más lejos —le dijo Kalten.

—Volveré —fanfarroneó el hombre, al tiempo que retrocedía algunos pasos más—. Volveré con todos mis amigos.

—Lo espero con impaciencia. —Kalten le volvió deliberadamente la espalda al hombre al que acababa de desposeer.

Caalador y Bevier se reunieron con él.

—¿Problemas? —inquirió Caalador.

Kalten se encogió de hombros.

—Yo no lo llamaría así. Sólo estaba estableciendo algunos rangos, eso es todo. Cada vez que te encuentras en una situación nueva, tienes que dar algunos empujones para que todos entiendan que no vas a tolerar ninguna tontería. Instalémonos.

Ya habían plantado la tienda y estaban recogiendo hojas y musgo para los lechos cuando Narstil pasó a verlos.

—Veo que os estáis instalando, Ezek —le dijo a Caalador. Su tono era conciliador, aunque no del todo cordial.

—Unos pocos toques de acabado es casi todo lo que falta —replicó Caalador.

—Tus hombres han plantado un buen campamento —observó Narstil—. Ordenado.

Caalador se encogió de hombros.

—Un campamento desordenado es signo de mente desordenada. Me alegro de que hayas venido, Narstil. Hemos oído decir que hay un ejército acampado no lejos de aquí. ¿Te causan algún problema?

—Tenemos un acuerdo —respondió Narstil—. Nosotros no les robamos, y ellos nos dejan en paz. Pero no es un verdadero ejército lo que hay en Natayos. Se parece más a una gran banda de rebeldes. Quieren derrocar al gobierno.

—¿No es lo que quiere hacer todo el mundo?

Narstil se echó a reír.

—En realidad, el tener esa chusma en Natayos es muy bueno para mi negocio. El hecho de que estén ahí mantiene a la policía alejada de esta parte de la selva, y una de las razones por las que nos toleran es porque asaltamos a los viajeros, y eso evita que la gente venga a curiosear por los alrededores de Natayos. Hacemos negocios bastante buenos con ellos. Son un mercado dispuesto a comprarnos casi todo lo que robamos.

—¿A qué distancia está esa Natayos de aquí?

—A casi tres leguas. Es una vieja ruina. Scarpa..., él es quien está al mando allí..., se mudó con sus rebeldes hace un par de años. La ha fortificado, y cada día trae más partidarios suyos. A mí, él no me gusta mucho, pero los negocios son los negocios.

—¿Cómo es ese tipo?

—Es un loco. Hay días en los que está tan chalado que le aúlla a la luna. Está convencido de que un día será emperador, y tengo la impresión de que no pasará mucho tiempo antes de que salga con su chusma de esas ruinas para marchar hacia la

capital. Se encuentra bastante a salvo en esta selva, pero en cuanto salga a terreno abierto los atanes lo reducirán a carne para perro al instante.

—¿Se supone que eso debe importarnos? —preguntó Bevier.

—A mí, personalmente, no podría importarme menos —le aseguró Narstil al rufián en apariencia tuerto—. Es la pérdida para mi negocio lo que me preocupa.

—¿Puede entrar y salir de Natayos cualquiera cuando le dé la gana? —preguntó Kalten como si sintiera sólo una leve curiosidad.

—Si llevas una mula cargada de comida o bebida, te recibirán con los brazos abiertos. Cada pocos días envió un carro de bueyes cargado de barriles de cerveza. Ya sabes cuánto les gusta la cerveza a los soldados.

—Oh, sí —asintió Kalten—. He conocido a algunos soldados en mi vida, y para ellos se detiene el mundo cuando alguien abre un barril de cerveza.

—Eso proviene de la capacidad nuestra para controlar la luz que emana del nuestro interior —explicó Cedon—. Lo que llamamos vista está profundamente influido por la luz. El subterfugio no es perfecto. Aparece algún tenue resplandor, y tenemos que estar atentos para que la nuestra sombra no denuncie la presencia nuestra, pero con un cierto cuidado, podemos pasar sin que nos vean.

—Vaya, eso sí que es un contraste interesante —comentó Afrael—. Los dioses-troll se entrometen con el tiempo, vosotros lo hacéis con la luz. Y yo lo hago con la atención de la gente de la cual deseo ocultarme, pero son todos intentos dirigidos a alcanzar un cierto grado de invisibilidad.

—¿Conocéis a alguien que pueda ser en verdad invisible, divina Afrael? —inquirió Xanetia.

—Yo no. ¿Y tú, primo?

Edaemus negó con la cabeza.

—Sin embargo, podemos aproximarnos mucho a ello —comentó la diosa-niña—. La verdadera invisibilidad probablemente tendrá desventajas. Es una idea muy buena, anari Cedon, pero yo no quiero que Xanetia se ponga en ese tipo de peligro. La quiero demasiado como para dejar que haga eso.

Las mejillas de Xanetia se cubrieron de un leve rubor, y le dirigió a Edaemus una mirada casi culpable. Sefrenia se puso a reír.

—Con honradez, debo ponerlos sobre aviso, Edaemus —comentó—. Guardad bien a los adoradores vuestros. Mi diosa es una famosa ladrona. —Frunció el entrecejo, pensativa—. Si Xanetia pudiera entrar en Sopal sin ser vista, es probable que nos resultara muy útil. Su capacidad para entrar en los pensamientos de los demás le permitirá descubrir en poco tiempo si Ehlana está o no allí. Si está, podremos dar los pasos que creamos convenientes. En caso contrario, sabremos que Sopal no es más que otra maniobra de diversión.

Cedon miró a Edaemus.

—Creo, amado, que tendremos que extender la nuestra implicación en el mundo que nos rodea, más allá de lo planeado al principio. La preocupación de Anakha por la seguridad de la esposa suya, adquiere prioridad por sobre todas las cosas, y la promesa que nos hizo estará en peligro hasta tanto haya regresado sana y salva.

Edaemus suspiró.

—Puede que sea como vos lo decís, anari mío. A pesar de que aquesto me despierta inquietud, paréceme que tendremos que dejar a un lado la repugnancia nuestra y unirnos a la búsqueda de la esposa de Anakha, prestándole la ayuda que tengamos en nuestro poder.

—¿Estás de verdad seguro de que quieres involucrarte en esto, Edaemus? —le preguntó Afrael—. ¿De verdad, de verdad, seguro?

—Ya lo he dicho, Afrael.

—¿No sientes ni la más ligera curiosidad respecto al porqué de que me preocupe tanto por la suerte de un par de elenios? Los elenios tienen su propio dios, ya lo sabes. ¿Por qué imaginas que yo podría estar tan interesada en ellos?

—¿Por qué siempre os gusta hablar con circunloquios y rodeos, Afrael?

—Porque me encanta sorprender a los demás —contestó ella con dulzura—. De verdad, quiero darte las gracias por tu preocupación respecto al bienestar de mi madre y mi padre, primo. Me has tocado el corazón mismo.

Él la contempló con mudo asombro.

—¡No ficisteis tal cosa! —jadeó. Ella se encogió de hombros.

—Alguno de nosotros tenía que hacerlo. Alguien tenía que mantenerle la vista encima al Bhelliom. Anakha es una criatura del Bhelliom, pero mientras yo tenga su corazón en la mano, podré más o menos controlar las cosas que hace.

—¡Pero ellos son elenios!

—Oh, haz el favor de crecer, Edaemus. Elenios, estirianos, delfaes... ¿qué diferencia hay? Puedes quererlos a todos si no tienes el corazón cerrado.

—¡Pero ellos comen cerdo!

—Ya lo sé —replicó ella, con un estremecimiento—. Créeme, ya lo sé. Es una de las cosas en las que he estado trabajando.

Senga era un bandido de buen natural, cuyos orígenes raciales estaban tan mezclados que nadie podía saber a ciencia cierta qué era. Sonreía mucho, era escandaloso y tenía una risa contagiosa. A Kalten le caía bien, y Senga parecía haber hallado un espíritu afín en el forajido al que conocía como Col. Estaba riendo a carcajadas mientras atravesaba el desordenado campamento de Narstil donde los muebles y otros objetos caseros se hallaban desparramados en enormes pilas desorganizadas sobre el suelo desnudo.

—Heh, Col —gritó al aproximarse al árbol donde Kalten, Caalador y Bevier habían plantado su tienda—. Tendrías que haber venido con nosotros. Un carro de

bueyes cargado de cerveza te abre todas las puertas de Natayos.

—Los ejércitos me ponen nervioso, Senga —replicó Kalten—. Los oficiales siempre están intentando alistarte... y los generales, como grupo, tienden a ser excesivamente moralistas para mi gusto. Por alguna razón, el término «estado de guerra» me hiela la sangre.

—Scarpa creció en una taberna, amigo mío —le aseguró Senga—, y su madre era una puta, así que está acostumbrado al otro lado de la moneda de la naturaleza humana.

—¿Qué tal lo has vendido? —preguntó Kalten.

Senga sonrió, puso los ojos en blanco e hizo balancear una pesada bolsa de dinero.

—Lo bastante bien como para hacer que considere el renunciar al delito y abrir mi propia destilería. El único problema que tiene eso es que nuestros amigos de Natayos probablemente no permanecerán allí demasiado tiempo. Si pongo una destilería y mis clientes se marchan todos a hacerse matar por los atanes, es probable que acabe teniendo que beberme yo toda la cerveza, y nadie puede tener tanta sed como para eso.

—Vaya. ¿Qué te hace pensar que los rebeldes están preparándose para marcharse?

—Nada muy específico —replicó Senga mientras se tendía en el suelo y le ofrecía a Kalten su pellejo de vino—. Scarpa ha estado ausente durante las últimas semanas. Él y dos o tres elenios salieron de Natayos el mes pasado, y ninguno de los que habló conmigo sabía adónde habían ido ni por qué.

Kalten cuidó mucho en mantener una expresión desinteresada.

—He oído decir que está loco. Los locos no necesitan razones para hacer las cosas que hacen ni ir a los sitios a los que van.

—Scarpa está bastante loco, de acuerdo, pero no dudes de que puede arrastrar a esos rebeldes suyos al frenesí. Cuando decide dar un discurso, es mejor que busques un lugar cómodo en el que sentarte, porque probablemente estarás allí durante seis horas como mínimo. De todas formas, el caso es que él se había marchado hace bastante, y su ejército estaba preparándose para pasar el invierno. Todo eso ha cambiado ahora, con su regreso.

Kalten se puso muy alerta.

—¿Ha regresado?

—Ya lo creo que sí, amigo mío. Venga, dame un trago. —Senga levantó el pellejo de vino y lo volcó, dirigiendo el largo chorro de líquido al interior de su boca. Luego se enjugó los labios con el reverso de la mano—. Él y esos amigos elenios suyos llegaron a caballo a Natayos no hace aún cuatro días. He oído decir que traían con ellos a un par de mujeres.

Kalten se dejó caer al suelo y fingió ajustarse el cinturón de la espada para ocultar su emoción.

—Creía que Scarpa odiaba a las mujeres —comentó, intentando que su voz

tuviera un tono de indiferencia.

—Oh, ya lo creo que las odia, amigo mío, pero por lo que he oído decir, esas dos mujeres no eran unos simples juguetes que hubiera recogido por el camino. Iban con las manos atadas, para empezar, y el tipo con el que hablé dijo que estaban un poco sucias pero que en realidad no tenían aspecto de mozas de taberna. No pudo mirarlas bien porque Scarpa las arrojó al interior de una casa que aparentemente han estado arreglando para alguien muy especial, muebles elegantes, alfombras en los suelos y esas cosas.

—¿Había algo inusual en ellas? —Kalten casi contuvo la respiración.

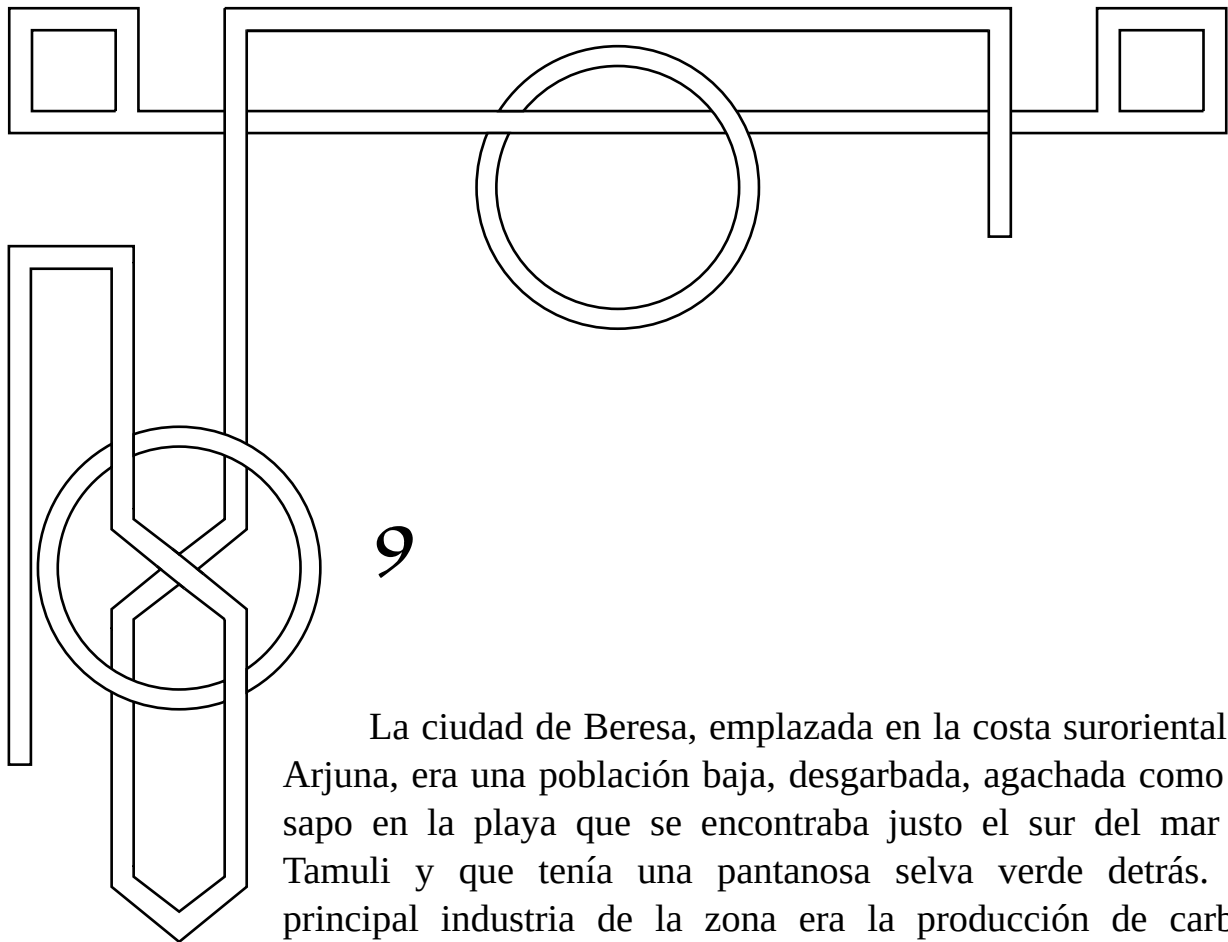
Senga se encogió levemente de hombros y bebió otro trago.

—Simplemente el hecho de que no eran tratadas como las ordinarias seguidoras de campamentos militares, supongo —replicó.

—¿Qué quería decirte?

Esta vez Kalten sí que contuvo la respiración.

—Ah, sí —prosiguió Senga—, ahora me acuerdo. El tipo ha dicho que esas dos mujeres que Scarpa se tomó tantas molestias para invitar a Natayos, eran elenias. ¿No te parece raro?



9

La ciudad de Beresa, emplazada en la costa suroriental de Arjuna, era una población baja, desgarrada, agachada como un sapo en la playa que se encontraba justo el sur del mar de Tamuli y que tenía una pantanosa selva verde detrás. La principal industria de la zona era la producción de carbón vegetal, y el humo acre flotaba en el húmedo aire de Beresa como una maldición.

El capitán Sorgi echó el ancla, a una cierta distancia de los muelles, y bajó a tierra para consultar con el práctico del puerto.

Sparhawk, Stragen y Talen, con sus blusas de lona, estaban reclinados sobre la borda de babor, mirando hacia su punto de destino por encima del agua apestosa.

—Tengo una idea absolutamente espléndida, Fron —le comentó Stragen a Sparhawk.

—¿Ah, sí? —replicó el interpelado.

—¿Por qué no saltamos al agua?

—Buen intento, Vymmer —comentó Talen entre carcajadas.

A aquellas alturas ya se encontraban más o menos cómodos con sus nombres supuestos.

Sparhawk volvió la cabeza para asegurarse de que ningún otro miembro de la tripulación estaba cerca.

—Un marinero corriente no se marcharía sin recoger su paga. Será mejor no hacer nada que atraiga la atención. Lo único que en realidad queda por hacer es descargar la mercancía.

—Bajo la amenaza del látigo del conremaestre —agregó Stragen con tono lúgubre—. Te aseguro que ese hombre pone a prueba mi control. El solo verlo hace

que tenga ganas de matarlo.

—Podemos soportarlo por esta última vez —le dijo Sparhawk—. Esta ciudad va a estar llena de ojos hostiles. La nota de Krager me ordenaba acudir aquí, y tendrá gente en el lugar para asegurarse de que no intento deslizar refuerzos a sus espaldas.

—Ése podría ser el fallo de todo este plan, Fron —comentó Stragen—. Sorgi sabe que no somos marineros corrientes. ¿Es del tipo de los que se les escapan las cosas?

Sparhawk negó con la cabeza.

—Sorgi sabe mantener la boca cerrada. Se le pagó para traernos hasta Beresa de manera discreta, y Sorgi siempre hace aquello porque se le paga.

El capitán regresó a últimas horas de aquella tarde, y tras levar anclas el barco se aproximó a uno de los varios muelles que penetraban en el puerto. A la mañana siguiente descargaron la mercancía. El contraestre chasqueó su látigo sólo unas pocas veces, y la descarga se realizó con rapidez.

Luego, cuando las bodegas de carga estuvieron todas vacías, los marineros hicieron cola y fueron avanzando por la cubierta donde Sorgi se encontraba sentado ante una mesa pequeña con su libro de notas y sus pilas de monedas. El capitán le daba un pequeño discurso a cada uno al pagarle. Los discursos variaban ligeramente pero el mensaje general era siempre el mismo: «No te metas en líos y regresa a tiempo al barco. No vamos a esperarte cuando llegue el momento de hacerse a la mar». No cambió el mensaje cuando les pagó a Sparhawk y sus amigos, y su rostro no traicionó en forma alguna el hecho de que fueran algo más que miembros corrientes de la tripulación.

Sparhawk y sus dos compañeros descendieron por la pasarela con sus sacos de mar al hombro y una buena cantidad de expectación.

—Ahora veo por qué los marineros son tan alborotadores cuando llegan a puerto —comentó Sparhawk—. No ha sido un viaje del otro mundo, en verdad, pero yo todavía siento el poderoso impulso de salir corriendo.

—¿Hacia dónde? —le preguntó Talen cuando llegaron a la calle.

—Hay una posada que se llama el Descanso del Marinero —replicó Stragen—. Se supone que es un lugar limpio y tranquilo, alejado de la principal zona de batalla de la orilla propiamente dicha. Nos proporcionaría una base de operaciones desde la cual trabajar.

El sol comenzaba justo a ponerse cuando pasaron por las ruidosas y pestilentes calles de Beresa. Los edificios estaban contruidos en su mayor parte con troncos desbastados, dado que la piedra era escasa en aquel fangoso delta del río Arjun; los troncos parecían haber sido atacados por la podredumbre de la humedad casi antes de que los colocaran. El musgo y los hongos crecían por todas partes, y el aire estaba preñado de helada humedad y del humo acre de las carboneras que había fuera de la ciudad. Los arjunis que había por las calles eran notablemente más atezados que sus primos tamules del norte; tenían ojos taimados, e incluso sus paseos más casuales por las fangosas calles de su desgarrada ciudad parecían algo furtivos.

Sparhawk murmuró un hechizo mientras caminaban por la deslucida calle, y lo dejó en libertad con mucho cuidado, para no alertar a los observadores que creía firmemente que se encontraban por los alrededores.

—¿Y bien? —pregunto Talen.

Talen llevaba junto a Sparhawk el tiempo suficiente como para reconocer los signos cuando el enorme pandion estaba haciendo magia.

—Están por Sparhawk. Tres de ellos, según puedo captar.

—¿Se están fijando en nosotros? —preguntó Stragen con voz tensa.

Sparhawk negó con la cabeza.

—Su atención está algo así como generalizada. No son estirianos, así que no sabrán que los he estado buscando. Continuemos nuestro camino. Si comienzan a seguirnos, te lo haré saber.

El Descanso del Marinero era una posada cuadrada y limpia, festoneada con redes de pesca y decoraciones náuticas. La dirigía un fornido capitán retirado y su igualmente robusta esposa. No toleraban ninguna tontería bajo su techo, y le recitaban una larga lista de las reglas de la casa a cada inquilino potencial antes de aceptar su dinero. Sparhawk no había siquiera oído hablar de algunas de las cosas que estaban prohibidas.

—¿Hacia dónde, ahora? —inquirió Talen después de dejar los sacos de mar en la habitación y salir nuevamente a la fangosa calle.

—Regresamos a la línea costera —replicó Stragen—. El jefe de los ladrones locales es un hombre llamado Estokin. Trata mucho con contrabandistas y con marineros que ratean cosas de las bodegas. Tengo una carta de Caalador. Por lo que respecta a lo evidente, estamos aquí para asegurarnos de que durante el festival de la cosecha hizo el trabajo por el que se le pagó. La gente no suele confiar en los arjunis, así que Estokin no se sorprenderá de vernos.

Estokin era un arjuni que evidentemente había estado destinado al delito desde el día en que nació. Tenía lo que quizás era el rostro más malvado que Sparhawk había visto en toda su vida. Su ojo izquierdo miraba furtivamente, de manera constante, hacia una dirección noreste, y sufría una bizquera pronunciada. Tenía una barba rala y despeinada, y la piel manchada por una enfermedad escamosa. Se rascaba la cara casi de continuo, haciendo caer copos como un cielo de invierno. Su voz aguda y nasal se parecía mucho al gemido de un mosquito hambriento, y apestaba a ajo, vino barato y arenque en escabeche.

—¿Está acusándome Caalador de engañarle, Vymer? —exigió saber con bastantes aspavientos de indignación.

—Por supuesto que no. —Stragen se repantigó en la desvencijada silla de la habitación del fondo que había en laapestosa tasca del puerto—. Si pensara que habías hecho eso, ya estarías muerto. Sólo quiere saber si se nos ha pasado alguien por alto, eso es todo. ¿Se molestó particularmente alguien de la localidad cuando comenzaron a aparecer los cadáveres?

Estokin bizqueó mirando a Stragen con el ojo sano.

—¿Qué vale esa información para él? —regateó.

—Se nos ha dicho que te dejáramos vivir si cooperabas —le contestó Stragen con voz indiferente.

—No puedes amenazarme así, Vymer —fanfarroneó Estokin.

—No estaba amenazándote, viejo amigo. Sólo estaba comentándote cómo están las cosas. ¿Quién se puso nervioso en Beresa después de los asesinatos?

—No muchos, en realidad. —Era evidente que los gélidos modales de Stragen habían persuadido a Estokin de comportarse correctamente—. Hubo un estiriano que se mostró bastante liberal con su dinero antes del festival de la cosecha.

—¿Qué compraba?

—Información, en su mayor parte. Estaba en la lista que me entregó Caalador, pero consiguió escaparse..., se marchó a caballo hacia la selva. Tengo a un par de golladores locales sobre su pista.

—Me gustaría hablar con él antes de que lo enviaran a dormir.

—No hay muchas probabilidades, Vymer. A estas alturas ya se habrán internado mucho en la espesura. —Estokin se rascó la frente, haciendo caer otra descarga de nieve—. No estoy seguro de por qué Caalador quería que matáramos a toda esa gente —dijo—, y en realidad no quiero saberlo, pero me han llegado uno o dos soplos de política, y aquí en Arjuna eso significa Scarpa. Puede que sea mejor que advirtáis a Caalador que vaya con mucho cuidado. He hablado con algunos desertores de ese ejército rebelde que hay en la selva. Todos hemos oído historias referentes a lo loco que está Scarpa, pero déjame que te diga una cosa, amigo mío, esas historias no se acercan siquiera a la realidad. Si sólo la mitad de lo que he oído es cierto, Scarpa es el hombre más loco que ha vivido jamás.

El estómago de Sparhawk dio un vuelco, y luego se asentó en un frío nudo.

—¿Padre?

Sparhawk se sentó de prisa en la cama.

—¿Estás despierto? —preguntó la diosa-niña, con una voz que le rugía en la mente.

—Por supuesto. Por favor, baja un poco la voz. Me estás dando dentera.

—Quería asegurarme de que me prestabas atención. Han sucedido algunas cosas. Berit y Khalad recibieron nuevas instrucciones de Krager. Ahora deben acudir a Sopal en lugar de venir aquí, a Beresa.

Sparhawk imprecó.

—Por favor, no utilices ese tipo de lenguaje, padre. Yo apenas soy una niña, ¿sabes?

Él hizo caso omiso de esa observación.

—¿El intercambio va a tener lugar en Sopal?

—Es difícil decirlo. También Bevier ha estado en contacto conmigo. Kalten ha hablado con un forajido que vende cerveza a los soldados de Natayos, y dice que

Scarpa ha regresado allí. Luego el forajido le dijo a Kalten que Scarpa llevaba consigo dos mujeres elenias cuando regresó.

El corazón de Sparhawk dio un salto.

—¿Estaba seguro?

—Kalten cree que sí. El tipo no tenía ninguna razón para mentir al respecto. Por supuesto que el mercader de cerveza de Kalten no las vio con sus propios ojos, así que no alientes demasiado tus esperanzas. Podría tratarse de una historia muy bien urdida. Zalasta se encuentra en Natayos, y podría estar intentando atraerte hacia allí, y tratando de hacer que pongas al descubierto cualquier secreto que puedas tener en la manga. Te conoce lo bastante como para saber que tú intentarás hacer algo que él no espere.

—¿Hay alguna manera de que puedas averiguar con seguridad si tu madre se halla en Natayos?

—Me temo que no. Podría deslizarme cerca de Scarpa con bastante facilidad, pero Zalasta sentiría mi presencia de inmediato. Es demasiado arriesgado.

—¿Qué más está sucediendo?

—Ulath y Tynian han llegado hasta los dioses-troll. Ghnomb va a llevarlos hasta Sopal en el tiempo congelado al que tanta afición le tiene, y estarán allí cuando lleguen Berit y Khalad. Ghnomb conoce otra forma de jugar con el tiempo, así que va a hacer saltar a Ulath y Tynian de un momento a otro. Resulta un poco complicado, pero los dos estarán allí, observando, y nadie será capaz de verlos. Si Scarpa y Zalasta intentan realizar el intercambio en Sopal, Tynian y Ulath estarán encima de ellos para rescatar a madre y Alean.

—Zalasta puede seguirlos al momento congelado, ya lo sabes.

—Eso realmente no lo compensará, padre. Khwaj se puso furibundo cuando se enteró de lo de madre, así que estará acechando en el No-Tiempo. Si Zalasta intenta seguir a Ulath y Tynian, Khwaj le prenderá fuego... y el fuego nunca se apagará.

—Podría aprender a sentir afecto por Khwaj.

—Sefrenia y Xanetia se encuentran en Delfaeus —prosiguió Afrael—. Edaemus está muy pesado, pero las noticias sobre Klael le sacudieron el árbol, así que probablemente podré seducirlo para que baje de entre las ramas. Él sabe que el cautiverio de madre pone en peligro el acuerdo que hiciste con Cedon, así que ha acordado ayudarnos a rescatarla. Continuaré trabajando sobre él. Si consigo empujarlo un poquitín más, podría llegar a permitir que los delfaes salgan del valle. Podrían sernos de una enorme utilidad.

—¿Por qué no me contaste antes todo esto?

—¿Qué habrías hecho tú si te lo hubiera contado, Sparhawk? ¿Saltar por la borda del barco de Sorgi y nadar hasta la orilla?

—Necesito saber estas cosas en el momento en que suceden, Afrael.

—¿Para qué? Deja que yo me haga cargo de las angustias y las preocupaciones, Sparhawk. Lo único que esas cosas consiguen es ponerte de mal humor.

Él dejó pasar la observación.

—Le contaré esto al Bhelliom.

—¡Ni se te ocurra! No nos atrevemos a abrir esa caja. Cyrgon o Klael sentirían de inmediato la presencia del Bhelliom si hicieras eso.

—¿Es que no lo sabías? —le preguntó él con dulzura—. No tengo que abrir la caja para hablar con el Bhelliom. Podemos hablar el uno con el otro a través del oro.

—¿Por qué no me lo habías contado?

—¿Qué podrías haber hecho tú si te lo hubiera contado? ¿Saltar al mar y nadar tras el barco de Sorgi?

Se produjo un largo instante de silencio.

—Disfrutas de verdad dándole la vuelta a mis propias palabras y arrojándomelas de esa manera a la cara, ¿verdad que sí, Sparhawk?

—Naturalmente. ¿Hay algo más que quieras compartir conmigo, divina Afrael?

Pero la sensación de la presencia de ella había desaparecido, dejando tras de sí sólo un pequeño silencio ofendido.

—¿Dónde está... eh... Vymer? —le preguntó Sparhawk a Talen cuando el muchacho entró en la habitación unos momentos más tarde.

—Ha salido para encargarse de algo —replicó Talen, evasivo.

—¿Encargarse de qué?

—Me ha pedido que no te lo diga.

—Muy bien, pues voy a pedirte que hagas caso omiso de él... y yo estoy aquí mismo, donde puedo ponerte las manos encima.

—Ésa es una forma cruda de poner las cosas.

—Nadie es perfecto. ¿Qué se trae entre manos?

Talen suspiró.

—Uno de los hombres de Estokin ha pasado por aquí..., justo después de que subieras a meterte en la cama. Dijo que había tres elenios en la ciudad que estaban haciendo saber que pagaban buen dinero por cualquier información referente a forasteros que aparentemente estuvieran instalándose para pasar una larga temporada. Vymer decidió ir a echarles un vistazo. —Talen hizo una pausa y dirigió una mirada significativa a las paredes de la pequeña habitación—. Calculo que es probable que quiera averiguar qué quieren decir exactamente con «buen dinero». Ya sabes cómo es Vymer cuando puede sacarse provecho de algo.

—Tendría que habérmelo dicho —replicó Sparhawk, cauteloso—. Yo no soy más alérgico que él a los beneficios rápidos.

—El compartir las cosas no es uno de los puntos fuertes de Vymer, Fron. —Talen se tocó una oreja y luego se llevó un dedo a los labios—. ¿Qué te parece si salimos a ver si podemos encontrarlo?

—Buena idea. —Sparhawk se apresuró a vestirse, y los dos bajaron las escaleras y salieron a la calle.

—Acabo de tener una experiencia religiosa —murmuró Sparhawk mientras

entraban en la ruidosa zona cercana a los muelles.

—¿Ah, sí?

—Una de esas visitas divinas.

—Ah. ¿Qué tenía que decir tu visitante divino?

—Un amigo nuestro que tiene la nariz rota recibió una nueva nota de esas. Se le ha dicho que se dirija a Sopal en lugar de acudir aquí.

Talen murmuró una imprecación bastante horrible.

—Mis sentimientos son los mismos con toda exactitud. ¿No es Vymer ese que sube por la calle?

Sparhawk señaló a un hombre rubio que llevaba una camisa manchada de brea y avanzaba hacia ellos dando tumbos.

Talen entrecerró los ojos.

—Creo que tienes razón. —Hizo una mueca—. Las damas que han cambiado las cosas puede que hayan ido un poco demasiado lejos. Ya ni siquiera camina de la misma forma.

—¿Qué estáis haciendo vosotros dos fuera a estas altas horas? —les preguntó Stragen al reunirse con ellos.

—Nos sentíamos solos —replicó Sparhawk en un tono de voz monótono.

—¿Por mí? Me siento conmovido. Vayamos a dar un paseo por la playa, amigos míos. Me encuentro anhelante del aroma del agua salada... y el hermoso sonido de las olas rompiendo en la arena.

Continuaron hasta dejar atrás los últimos muelles, y luego salieron a la arena. Las nubes habían sido arrastradas por el viento, y la luna estaba muy brillante. Llegaron al borde del agua y se detuvieron a contemplar las largas crestas de las olas que llegaban desde el mar de Tamul y rompían ruidosamente en la arena mojada.

—¿En qué te has metido, Stragen? —exigió saber Sparhawk, sin preámbulos.

—En negocios, viejo amigo. Acabo de alistarnos a los tres en el servicio de inteligencia del otro bando.

—¿Que has hecho qué?

—Los tres cuya presencia sentiste al llegar aquí, necesitaban algunos buenos hombres. Yo les ofrecí voluntariamente nuestros servicios.

—¿Es que has perdido el seso?

—Por supuesto que no. Piénsalo un poco, Sparhawk. ¿Qué mejor forma existe de reunir información? Nuestra celebración del festival de la cosecha ha diezclado drásticamente las filas enemigas, así que no pueden permitirse ser melindrosos. Pagué a Estokin para que respondiera por nosotros, y luego les conté algunas mentiras. Esperan que un cierto caballero Sparhawk inunde la ciudad con gente de vista aguda. Se supone que debemos informarles de cualquiera que actúe de forma algo sospechosa. Yo les he proporcionado un sospechoso selecto.

—¿Ah, sí? ¿Y quién es?

—El contramaestre del capitán Sorgi..., ya sabes, el tipo ese del látigo.

Sparhawk estalló en repentinas carcajadas.

—Eso es algo verdaderamente malvado de hacer, Stragen.

—Pues a mí me gusta mucho.

—Afrael ha estado de visita —comentó Talen—. Le dijo a Sparhawk que a Berit y mi hermano les han ordenado cambiar de dirección. Ahora deben acudir a Sopal, en la costa del mar de Arjun. Stragen profirió una imprecación.

—Eso ya lo he dicho yo —le informó Talen.

—Probablemente deberíamos haber esperado algo así —reflexionó Sparhawk—. Krager trabaja para el otro bando, pero nos conoce lo bastante como para prever algunas de las cosas que podríamos intentar hacer. —De pronto, se dio un golpe en una palma con el puño de la otra mano—. ¡Ojalá pudiera hablar con Sefrenia!

—Puedes hacerlo, por lo que yo recuerdo —dijo Stragen—. ¿No arregló Afrael las cosas en una ocasión, para que tú y Sefrenia pudierais hablar cuando ella estaba en Sarsos y tú en Cimmura?

En ese instante, Sparhawk se sintió más que un poco tonto.

—Me había olvidado de eso —admitió.

—No te preocupes, viejo amigo —lo excusó Stragen—. Tienes demasiadas cosas en la cabeza. ¿Qué tal si mantienes una conversación con su Divina Caprichito, y ves si puede organizar un consejo de guerra en alguna parte? Creo que podría ser el momento de celebrar una buena reunión a la vieja usanza.

Sparhawk supo dónde estaba antes de abrir siquiera los ojos. La fragancia de las flores silvestres y los árboles florecidos identificaron inmediatamente la eterna primavera de la realidad privada propia de Afrael.

—¿Estáis ya despierto, Anakha? —le preguntó la cierva blanca, tocándole una mano con el hocico.

—Sí, gentil criatura —replicó él, abriendo los ojos y acariciándole un flanco del rostro. Volvía a encontrarse en el pabellón y miró por las cortinas abiertas hacia el prado tachonado de flores, el chispeante mar azul y el cielo coloreado por el arco iris en lo alto.

—Los demás aguardan la llegada vuesa en el islote —le informó la cierva.

—En ese caso, debemos apresurarnos —contestó él mientras se levantaba de la cama. La siguió fuera del pabellón al prado donde una tigresa blanca observaba con indulgencia los torpes juegos de sus cachorros de patas desproporcionadamente grandes. Sparhawk se preguntó, más bien ociosamente, si aquéllos serían los mismos cachorros que la tigresa había estado cuidando desde la primera vez que él visitó aquel reino encantado, media docena de años antes.

—Bueno, por supuesto que lo son, Sparhawk —le murmuró la voz de Afrael al oído—. Aquí cambia nunca nada.

Él sonrió.

La cierva blanca lo condujo al bote hermoso y nada práctico, una embarcación con proa en forma de cuello de cisne que navegaba con velas como alas, adornos elaborados y una parte tan grande de ella por encima de la línea de flotación que la más ligera brisa la habría hecho volcar de haber existido en el mundo real.

—Críticón —lo acusó la voz de Afrael.

—Éste es tu sueño, divina Afrael. Puedes poner en él cualquier imposibilidad que te apetezca.

—¡Oh, gracias, Sparhawk! —replicó ella con efusiva ironía.

La pequeña isla de color verde esmeralda, coronada por añosos robles y el templo de alabastro de Afrael, anidaba en el mar de zafiro; el bote de cuello de cisne tocó la playa dorada en cuestión de minutos. Sparhawk miró el entorno mientras descendía a la arena. Los disfraces que la mayoría de ellos llevaban en el mundo real habían sido desechados, y todos tenían sus propios rostros en aquel sueño eterno. Algunos ya habían estado allí en otras ocasiones. Eran, de todos los que se hallaban tendidos sobre la lozana hierba que alfombraba las laderas de la isla encantada, los que no tenían expresiones de aturdimiento maravillado.

La diosa-niña y Sefrenia se hallaban sentadas en un banco de alabastro del templo. La expresión de Afrael era pensativa, y estaba tocando una compleja melodía estiriana en clave menor con su flauta de pan.

—¿Qué te ha retenido, Sparhawk? —preguntó ella, apartándose el tosco instrumento de los labios.

—La persona encargada de la organización de mi viaje me hizo realizar una excursión imprevista —replicó él—. ¿Estamos todos?

—Todos los que supuestamente deben estar. Subid aquí, y comencemos.

Subieron la ladera hasta el templo.

—¿Dónde se encuentra este lugar? —preguntó Sarabian con voz reverente.

—Afrael lo lleva en la mente, majestad —replicó Vanion—. Nos invita a acudir aquí de vez en cuando. Le gusta lucirlo.

—No seas insultante, Vanion —lo reprendió la diosa-niña.

—Pero bueno, ¿que no es cierto?

—Por supuesto, pero no es educado salir y decirlo de esa manera.

—Por alguna razón, me siento diferente en este lugar —observó Caalador—. Algo mejor.

Vanion sonrió.

—Es un lugar muy saludable, amigo mío —dijo—. Yo estaba gravemente enfermo al acabar la guerra de Zemoch..., en realidad, me estaba muriendo. Afrael me trajo aquí durante un mes, más o menos, y estaba asquerosamente sano cuando me marché.

Todos llegaron al pequeño templo y tomaron asiento en los bancos de mármol que rodeaban el perímetro columnado. Sparhawk recorrió los alrededores con los ojos, frunciendo el entrecejo.

—¿Dónde está Emban? —le preguntó a la anfitriona.

—No habría sido correcto para él acudir aquí, Sparhawk. Vuestro dios elenio hace excepciones en el caso de los caballeros de la iglesia, pero probablemente le daría una pataleta si yo trajera aquí a uno de los patriarcas de su iglesia. Tampoco invité a los atanes... ni a los pelois. —La diosa-niña sonrió—. Ninguno de los dos grupos se siente cómodo con la idea de la diversidad religiosa, y este lugar los confundiría, con toda probabilidad. —Puso los ojos en blanco—. No podrías ni creer el tiempo que me llevó convencer a Edaemus de que le permitiera a Xanetia venir conmigo. No aprueba mi forma de ser. Piensa que soy frívola.

—¿Tú? —Sparhawk fingió una cierta sorpresa—. ¿Cómo es posible que crea algo semejante?

—Pongámonos a trabajar —dijo Sefrenia—. ¿Por qué no empiezas tú, Berit? Todos sabemos lo que sucedió en términos generales, pero desconocemos los detalles.

—Sí, mi señora Sefrenia —replicó el joven caballero—. Khalad y yo bajábamos por la costa, y habían estado observándonos desde el momento en que llegamos a la orilla. Utilicé el hechizo e identifiqué al observador como estiriano. Después de varios días acudió a vernos y nos entregó otra de esas notas de Krager. La nota nos decía que continuáramos bajando por la costa, pero que una vez hubiésemos pasado las montañas de Tamul, teníamos que continuar campo a través en dirección a Sopal, en lugar de seguir hacia el sur. La nota decía que allí recibiríamos más instrucciones. No cabe duda de que procedía de Krager. Dentro había otro mechón del cabello de la reina Ehlana.

—Voy a hablar con Krager de eso cuando le dé alcance —declaró Khalad con tono ominoso—. Quiero asegurarme de que sepa cuán a mal nos tomamos el que toque siquiera el pelo de la reina. Confía en mí, Sparhawk. Antes de que haya acabado con él, va a lamentarlo... profundamente.

—Tengo una enorme confianza en ti, Khalad —replicó Sparhawk.

—Ah —dijo entonces, Khalad—, hay algo de lo que casi me olvido.

¿Conoce alguien un sistema para hacer que uno de nuestros caballos cojee... sin hacerle daño de verdad? Creo que a Berit y a mí nos interesaría aminorar la marcha de vez en cuando sin despertar sospechas. Un caballo que cojea intermitentemente explicaría la lentitud a los ojos de quienes nos observan.

—Yo hablaré con *Faran* —prometió Afrael.

—No tendréis necesidad de cojear camino de Sopal —le aseguró Ulath a Khalad—. Ghnomb va a encargarse de que Tynian y yo estemos allí mucho antes de vuestra llegada. Puede que seáis capaces de vernos al llegar allí, pero puede que no. Estoy teniendo algunos problemas para explicarles ciertas cosas a los dioses-troll. De todas formas, nosotros podremos verlos a vosotros. Si no consigo que Ghnomb lo entienda, te deslizaré una nota en el bolsillo.

—Si llegamos a salir a la vista, te encantará nuestro compañero de viaje —

declaró Tynian entre risas.

Berit le dirigió una mirada perpleja.

—¿Quién es, caballero Tynian?

—Bhlok. Es un troll.

—Es idea de Ghnomb —explicó Ulath—. Yo tengo que pasar por una pequeña ceremonia antes de poder hablar con los dioses-troll. Bhlok no tiene esa necesidad. Él acelera las comunicaciones. En cualquier caso, estaremos allí y fuera de la vista. Si Scarpa y Zalasta intentan realizar el intercambio, en Sopal, nosotros saldremos del No-Tiempo, os cogemos a todos y volveremos a desaparecer.

—Eso, suponiendo que lleven a la reina Ehlana a Sopal para llevar a cabo el intercambio —dijo Itagne—. Sin embargo, tenemos algunos datos que no indican eso. El caballero Kalten recogió un rumor que asegura que Scarpa retiene a la reina y su camarera en Natayos.

—Yo no estaría dispuesto a apostar la hacienda por ello, excelencia —declaró Kalten—. Es una información de segunda mano, en el mejor de los casos. Creo que el tipo que habló conmigo no es lo bastante inteligente como para inventarse historias, y no tenía ninguna razón para mentirme. Pero obtuvo esa información de otra persona, y eso hace que todo el asunto sea poco sólido.

—Has puesto el dedo sobre el problema, caballero Kalten —dijo Sarabian—. Los soldados son más chismosos que las mujeres. —Se tironeó del lóbulo de una oreja y miró el cielo de irisados colores—. Los del otro bando saben que yo no dependía completamente del ministerio del Interior para obtener información, así que esperan que tenga oídos en Natayos. Esa historia que el caballero Kalten oyó podría haber sido urdida para nosotros. Príncipe Sparhawk, ¿existe alguna forma de que podáis utilizar el Bhelliom para confirmar el rumor?

—Es demasiado peligroso —declaró Sefrenia de forma terminante—. Zalasta se enteraría de inmediato si Sparhawk hiciera eso.

—Yo no estoy tan seguro, pequeña madre —disintió Sparhawk—. No fue hasta muy recientemente que descubrimos que el oro no aísla del todo al Bhelliom. Comienzo a tener la poderosa sensación de que una gran parte de lo que creíamos saber sobre el Bhelliom son puros errores. Es evidente que los anillos no significan absolutamente nada, excepto, quizá, como medio de comunicación..., y tampoco la caja de oro parece ser relevante. Podría tratarse de una idea fomentada por el Bhelliom para evitar que lo encerrásemos en hierro. Es una conjetura, pero yo diría que el contacto con el hierro aún le resulta doloroso, aunque no es tan seguro que le resulte lo bastante doloroso como para encerrarlo de verdad.

—Sparhawk tiene razón, ¿sabes? —le aseguró Afrael a su hermana—. Una gran parte de lo que sabemos respecto al Bhelliom nos llegó a través de Ghwerig, y el Bhelliom tenía un control absoluto sobre él. Nuestro error ha consistido en creer que Ghwerig sabía de qué estaba hablando.

—Eso continúa sin responder a la pregunta de si debemos utilizar al Bhelliom

para investigar lo que sucede en Natayos —reflexionó Sparhawk—, y no es el tipo de cosas con las que a mí me gustaría experimentar.

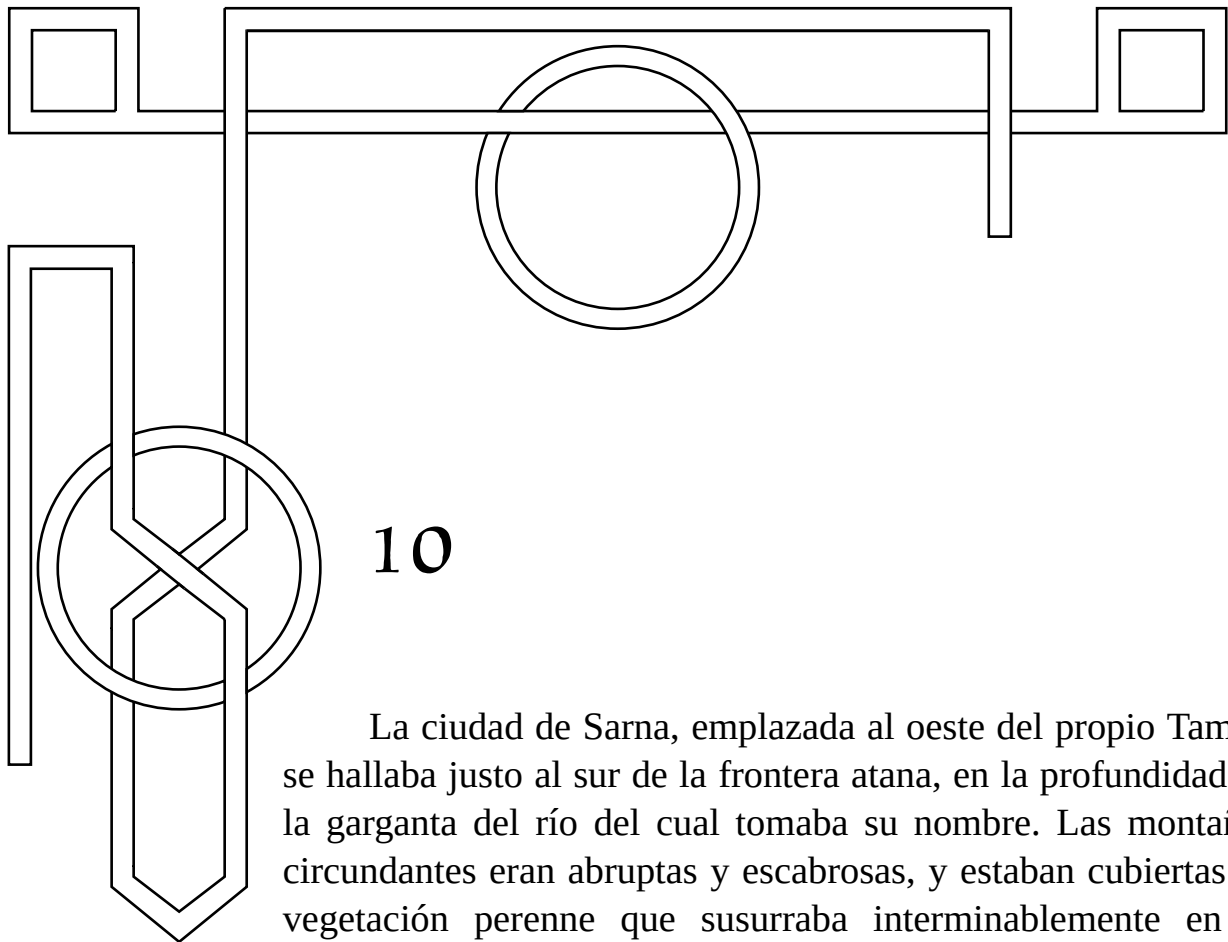
—Yo acudiré a Natayos —declaró Xanetia con voz queda—. La mi intención había sido la de acudir a Sopal sin ser vista, pero el caballero Tynian y el caballero Ulath se encontrarán en la ciudad, y podremos determinar si la reina está en verdad allí. En su lugar, acudiré yo a Natayos y buscaré en aquellas ruinas.

—¡Ni pensarlo! —exclamó Sarabian—. Yo te lo prohíbo.

—Yo no soy la vuesa súbdita, Sarabian de Tamuli —le recordó ella—. Pero no temáis. No hay peligro alguno para mí. Nadie sabrá que estoy allí, y podré entrar en las testas de aquellos que estén cerca y compartir los pensamientos suyos. Con presteza podré saber si la reina y su camarera se encuentran en Natayos. Ése es el tipo de servicio que ofrecimos cuando cerramos el nuestro pacto con Anakha.

—Es demasiado peligroso —insistió él, testarudo.

—Se me parece que vos habéis olvidado el otro mío don, Sarabian de Tamuli —le respondió ella con absoluta firmeza—. La maldición de Edaemus continúa sobre mí, y mi toque es todavía mortal si yo lo decido. No temáis por mí, Sarabian, porque si la necesidad me obligara a ello, podría yo esparcir la muerte y el terror por Natayos. Aunque cáusame dolor el confesarlo, puedo convertir a Natayos una vez más en un baldío, una ruina llena de malas hierbas y poblada sólo por los muertos.



10

La ciudad de Sarna, emplazada al oeste del propio Tamul, se hallaba justo al sur de la frontera atana, en la profundidad de la garganta del río del cual tomaba su nombre. Las montañas circundantes eran abruptas y escabrosas, y estaban cubiertas de vegetación perenne que susurraba interminablemente en el viento reinante que descendía de los territorios salvajes del norte. Hacía frío, y el cielo plomizo les arrojaba proyectiles de nieve mientras el ejército de caballeros de la iglesia, bajo el mando de Vanion, descendía con lentitud por el largo y empinado camino que conducía a la garganta. Vanion e Itagne, envueltos en sus pesadas capas de pieles, marchaban a la cabeza de la columna.

—Habría preferido con mucho quedarme en la isla de Afrael —declaró Itagne, temblando, mientras se envolvía más apretadamente en la capa—. Nunca he sido muy aficionado a esta época del año.

—Ya casi hemos llegado, excelencia —replicó Vanion.

—¿Es costumbre salir de campaña en invierno, mi señor Vanion? —preguntó Itagne—. En Eosia, quiero decir.

—Intentamos evitarlo, excelencia —contestó Vanion—. Los lamorks se atacan mutuamente durante el invierno, pero el resto tenemos más sentido común.

—Es un tiempo horroroso para ir a la guerra.

Vanion sonrió débilmente.

—Ya lo creo que lo es, amigo mío, pero no es esa la razón de que lo evitemos. En realidad se trata de un asunto económico. En invierno es más caro salir de campaña porque hay que comprar heno para los caballos. Es el gasto lo que mantiene a los reyes elenios en estado pacífico cuando el suelo está cubierto de nieve. —Vanion se puso de pie en los estribos y espizó el camino que se tendía ante ellos—. Betuana nos

está esperando —dijo—. Será mejor que bajemos a saludarla.

Itagne asintió con la cabeza y espolearon los caballos hasta un trote.

La reina de los atanes los había dejado en Dasan, al borde oriental de las montañas, para adelantarse. Tenía varias razones muy buenas para hacerlo, por supuesto, pero Vanion sospechaba íntimamente que la decisión se había debido más a la impaciencia que a la necesidad. Betuana era demasiado cortés como para hablar del asunto, pero estaba claro que tenía poca necesidad de caballos y raras veces perdía la oportunidad de adelantarse a ellos. Ella y Engessa, ambos ataviados con pieles de nutria, aguardaban a un lado de la carretera, a un cuarto de legua de la ciudad.

—¿Ha habido algún problema? —preguntó la reina de Atan.

—No, majestad —replicó Vanion, mientras su negra armadura tintineaba al bajar él de la montura—. Hemos sido observados, pero en eso no hay nada insólito. ¿Ha estado sucediendo algo en Cynesga?

—Están avanzando hacia la frontera, Vanion-preceptor —replicó Engessa en voz baja—. No están siendo muy sutiles al respecto. Nos hemos dedicado a cortar sus líneas de suministro y emboscar a sus grupos de exploradores sólo para mantenerlos desequilibrados, pero resulta bastante obvio que planean atravesar las fronteras por la fuerza.

Vanion asintió con la cabeza.

—Entonces, están haciendo más o menos lo que esperábamos. Si te parece bien, majestad, me gustaría ocuparme de que mis hombres se instalasen antes de entrar demasiado en conversación. Siempre puedo pensar mejor cuando ya me he hecho cargo de los detalles.

—Por supuesto —asintió Betuana—. Engessa-atan y yo hemos dispuesto dependencias para ellos. ¿Cuándo saldréis para Samar?

—Mañana o pasado, Betuana-reina. Los pelois de Tikume estarán probablemente un poco dispersos por ahí abajo. Tienen mucho terreno que cubrir.

—He enviado a alguien a Pela en busca de más hombres, Vanion preceptor —informó Engessa—. Dentro de una semana, más o menos, tendréis allí una fuerza cuantiosa.

—Bien. Permitidme volver atrás y apresurar a los caballeros. Tenemos muchas cosas que comentar.

La noche llegó temprano al fondo de la garganta del río Sarna, y ya era noche cerrada para cuando Vanion se reunió con los demás en el Cuartel general de la guarnición atana de la ciudad. Al igual que las estructuras atanas, el edificio era severamente utilitario y carecía de cualquier adorno. La única excepción era la sala en la que se reunieron frente a un enorme mapa que cubría toda la superficie de una pared. Vanion se había bañado a toda prisa, y ahora llevaba ropas civiles. Los años le habían enseñado que la armadura era impresionante e incluso útil a veces, pero nadie había inventado el sistema de hacerla cómoda o de eliminar su olor característico.

—¿Son satisfactorias tus dependencias? —inquirió Betuana con cortesía.

—Muy satisfactorias, majestad —replicó él mientras se acomodaba en un asiento—. ¿Te han informado de los detalles de la reunión que mantuvimos con la diosa-niña?

Ella asintió con la cabeza.

—Itagne-embajador me informó al respecto —replicó ella. Hizo una pausa—. Una siente curiosidad por saber por qué una fue excluida —agregó.

—Por consideraciones teológicas, majestad —le explicó Vanion.

—Según tengo entendido, los dioses tienen una etiqueta exquisitamente compleja en estas situaciones. Afrael no quiso ofender a tu dios invitando a los hijos de éste a la isla que ella tiene. También hubo otras ausencias bastante evidentes. El emperador Sarabian estaba allí, al igual que el embajador Itagne, pero el ministro de Exteriores, Oscagne, no acudió.

Itagne frunció el ceño.

—El emperador y yo somos escépticos..., supongo que podría decirse que agnósticos..., pero Oscagne es un ateo rematado. ¿Podría eso explicarlo?

—Podría. Se lo preguntaré a Afrael la próxima vez que hable con ella.

Engessa los miró a todos.

—No vi a Kring-domi cuando nos encontramos con vosotros, Vanion-preceptor —observó.

—Kring y sus hombres viraron hacia Samar muy poco después de que su majestad y tú nos dejarais para adelantaros. Pensaba que sería más útil allí que aquí, en Sarna..., y ya sabes cómo se sienten los pelois occidentales respecto a las montañas y los bosques. ¿Han hecho los cynesganos alguna incursión al otro lado de la frontera, hasta el momento?

—No, Vanion-preceptor —replicó Engessa—. Están agrupándose en áreas de acuartelamiento y llevando provisiones a las mismas. —Se puso de pie y se acercó al mapa—. Un contingente numeroso salió de Cynesga hace algún tiempo —comentó, señalando la capital cynesgana—. Están estacionados cerca de la frontera, más o menos delante de nosotros, aquí. Otro contingente ha tomado una posición similar respecto a Samar, al otro lado de la frontera.

Vanion asintió con la cabeza.

—Cyrgon se parece más a un general que a un dios, en muchos sentidos. No va a dejar posiciones fortificadas a sus espaldas. Tendrá que neutralizar Samar y Sarna antes de internarse más en el propio Tamul. Yo diría que el contingente con que os enfrentáis aquí tiene órdenes de tomar Sarna, sellar la frontera sur de Atan, y luego girar hacia el norte en dirección a Tualas. Estoy seguro de que prefieren no tener a toda la nación atana descendiendo en muchedumbre desde estas montañas.

—No hay bastantes cynesganos vivos como para mantener cercado a mi pueblo —le aseguró Betuana.

—Estoy seguro de ello, majestad, pero probablemente sí hay los suficientes como

para enlentecer vuestra marcha, y Cyrgon puede traer ejércitos del pasado para entorpeceros aún más. —Estudió el mapa, con los labios fruncidos—. Creo que ya veo adónde se dirige —comentó—. Matherion se encuentra en una península, y ese estrecho de tierra a la altura de Tosa es la clave. Si tuviera que apostar, diría que la batalla principal tendrá lugar allí. Scarpa avanzará hacia el norte desde Natayos. Es probable que los cynesganos meridionales tengan planeado capturar Samar, y luego virar hacia la orilla norte del mar de Arjun para reunirse con él en algún lugar próximo a las montañas de Tamul. Desde allí, el ejército combinado puede marchar por la costa oeste del golfo de Micae, hasta Tosa. —Sonrió débilmente—. Por supuesto, hay una sorpresa muy desagradable aguardándolos en las montañas de Tamul. Imagino que antes de que acabe todo esto, Cyrgon estará deseando no haber oído nunca hablar de los trolls.

—Yo enviaré un ejército de Atan septentrional hacia Tosa, Vanion-preceptor —dijo Betuana—, pero dejaré a lo largo de las fronteras meridional y oriental la cantidad suficiente de mi gente como para retener a la mitad de los cynesganos.

—En el entretanto, creo que podremos desbaratar sus preparativos —agregó Engessa—. Las incursiones al otro lado de la frontera retrasarán el ataque principal.

—Y eso es lo único que necesitamos, en realidad —dijo Vanion, riendo entre dientes—. Si podemos retrasarlos suficientemente, Cyrgon va a encontrarse con cien mil caballeros de la iglesia que traspasan en muchedumbre su frontera occidental. Creo que en ese momento se olvidará de Tosa.

—No te preocupes por él, Fron —le dijo Stragen a Sparhawk—. Sabe cuidar de sí mismo.

—Creo que a veces nos olvidamos de que es sólo un mozuelo, Vymer. Ni siquiera se afeita aún con regularidad.

—Reldin dejó de ser un mozuelo antes de que comenzara a cambiarle la voz. —Stragen se tendió de espaldas sobre el lecho, con aire reflexivo—. Los que estamos dentro de nuestra particular línea de trabajo, tendemos a perder la infancia —comentó—. Podría haber sido bonito eso de rodar por las laderas y cazar renacuajos, pero... —Se encogió de hombros.

—¿Qué vas a hacer cuando todo esto haya terminado? —le preguntó Sparhawk—. Suponiendo que sobrevivamos.

—Hay una cierta dama a la que los dos conocemos, que me propuso matrimonio hace algún tiempo. Es parte de un acuerdo de negocios muy atractivo. La idea del matrimonio nunca me ha atraído pero la propuesta de negocios es simplemente demasiado buena como para dejarla escapar.

—Hay algo más, ¿verdad?

—Sí —admitió Stragen—. Después de lo que hizo en Matherion aquella noche, no voy a dejarla que se aparte de mi lado. Es una de las personas más serenas y

valientes que jamás haya conocido.

—Lo has notado. —Stragen suspiró—. Me temo que acabaré siendo al menos semirrespetable, amigo mío.

—Sorprendente.

—¿Verdad que sí? Pero, antes, hay este pequeño asunto que quiero arreglar. He pensado en obsequiar a mi amada con la cabeza de un cierto poeta asteliano que ambos conocemos. Si encontrara un buen taxidermista, podría incluso hacerla embalsamar y montar sobre un pedestal.

—Es el tipo de regalo de bodas con el que sueñan todas las chicas.

—Quizá no todas las chicas —comentó Stragen con una sonrisa—, pero yo estoy enamorado de una dama muy especial.

—Pero si hay muchos de ellos, U-lat —dijo Bhlok w con tono plañidero—. No echarán de menos a uno solo, ¿no?

—Estoy seguro de que sí, Bhlok w —le respondió Ulath al enorme troll de pelo marrón—. Los hombres-cosa no son como los venados. Le dedican una atención muy especial a cada miembro de la manada. Si te comieras a uno de ellos, se darían cuenta de que estamos aquí. Apresa y cómete uno de sus perros, en cambio.

—¿Es el perro bueno de comer?

—No estoy seguro. Cómete uno y dime si es bueno.

Bhlok w gruñó y se sentó sobre los cuartos traseros.

El proceso que Ghnomb había llamado «romper el momento en dos trozos», producía efectos bastante extraños. Para empezar, la brillantez de la luna se había amortecido hasta un suave resplandor, y en segundo lugar los ciudadanos de Sopal parecían caminar por las calles con un tipo de movimiento espasmódico y veloz. El dios de la comida les había asegurado que, a causa de que estaban presentes en sólo una pequeña parte de cada instante, resultaban efectivamente invisibles. Ulath podía ver un fallo bastante lógico en la explicación, pero la creencia de que el hechizo funcionaba parecía superar toda la lógica.

Tynian regresó calle arriba, meneando repetidamente la cabeza.

—Es imposible entenderles —informó—. Puedo captar una palabra o dos de vez en cuando, pero el resto es un puro galimatías.

—Está hablando con sonidos de pájaro otra vez —se quejó Bhlok w.

—Será mejor que hables en lengua troll, Tynian —le dijo Ulath—. Estás poniendo nervioso a Bhlok w.

—Lo había olvidado —admitió Tynian, recurriendo al monstruoso idioma de los trolls—. Lo... —Buscó a tientas la palabra—. ¿Cuál es la palabra que significa que tú quieres no haber hecho algo? —le preguntó a su peludo compañero.

—No existe esa palabra, Tin-in —replicó Bhlok w.

—¿Puedes pedirle a Ghnomb que haga de forma que podamos entender lo que los

hombres-cosa están diciendo? —le preguntó Ulath.

—¿Por qué? ¿Qué importa? —Bhlok w tenía una expresión perpleja.

—Si podemos oír lo que están diciendo, podremos saber a cuál de la manada debemos seguir —le explicó Tynian—. Ellos serán los que sepan sobre los malvados.

—¿Es que no saben todos? —inquirió Bhlok w con un cierto asombro.

—No. Sólo algunos saben.

—Los hombres-cosa son muy extraños. Hablaré con Ghnomb. Puede que él entienda esto. —Se puso de pie, encumbrándose por encima de ellos—. Lo haré en cuanto vuelva.

—¿Adónde vas? —le preguntó Tynian con cortesía.

—Tengo hambre. Iré a comer un perro. Luego regresaré y hablaré con Ghnomb. —Hizo una pausa—. Puedo traer un perro para vosotros, si también tenéis hambre.

—Eh... no, Bhlok w —replicó Tynian—. No creo que tengamos hambre ahora mismo. Pero te agradecemos que nos lo preguntes.

Bhlok w se encogió de hombros.

—Ahora somos compañeros de manada. Es correcto hacer esto. —Y se marchó calle abajo, arrastrando los pies.

—No está realmente tan lejos —le comentó Afrael a su hermana mientras ellas dos cabalgaban con Xanetia, ascendiendo para salir del valle de los delfaes, en dirección a la ciudad de Dirgis en Atan meridional—, pero Edaemus aún se muestra renuente a ayudarnos, por lo que creo que será mejor que cuide mis modales. Podría ofenderse si yo comenzara a «entrometerme» estando en la tierra de sus hijos.

—Nunca antes habías utilizado esa palabra para describirlo —observó Sefrenia.

—Supongo que es la influencia de Sparhawk —replicó la diosa-niña—. Es un tipo de término útil. Le confiere un aire general a las cosas de las que no queremos hablar delante de extraños. Después de llegar a Dirgis, habremos dejado atrás el hogar de los delfaes, y yo podré entrometerme todo lo que me apetezca.

—¿Cuánto pensáis vos que nos llevará el llegar hasta Natayos, diosa? —preguntó Xanetia.

Una vez más, la muchacha había alterado su aspecto y suprimido su fulgor interno para ocultar su característica racial.

Afrael se encogió de hombros.

—No más que unas pocas horas... en tiempo real. Yo no puedo hacernos saltar por ahí de la misma forma exacta que lo hace el Bhelliom, pero puedo cubrir una gran cantidad de terreno muy aprisa cuando hay una emergencia. Si las cosas fueran realmente desesperadas, podría llevarnos volando hasta allí.

Sefrenia se estremeció.

—No es tan desesperada, Afrael.

Xanetia le dirigió una mirada perpleja a su hermana estiriana.

—La hace sentirse mal del estómago —le explicó Afrael.

—No, Afrael —la corrigió Sefrenia—, mal del estómago, no, sino aterrorizada. Es una experiencia horrible, Xanetia. Me lo ha hecho alrededor de cinco veces en los últimos trescientos años. Quedo absolutamente destrozada durante semanas después.

—No dejes de decirte que no mires hacia abajo, Sefrenia —intervino Afrael—. Si tan sólo pudieras mirar a las nubes en lugar de hacia el suelo, no te alteraría tanto.

—No puedo evitarlo, Afrael —replicó Sefrenia.

—¿Es de verdad tan trastornante, hermana mía? —preguntó Xanetia.

—Ni siquiera puedes comenzar a imaginártelo, Xanetia. Vuelas a toda velocidad sin nada entre tú y el suelo que no sea veinte mil varas de aire. ¡Es espantoso!

—Lo haremos de la otra forma —le aseguró Afrael.

—Comenzaré de inmediato a componer una plegaria de acción de gracias.

—Pasaremos la noche en Dirgis —les dijo Afrael a sus compañeras—, y mañana por la mañana bajaremos a Natayos. Sefrenia y yo nos quedaremos en los bosques, Xanetia, y tú podrás entrar en la ciudad y echar una mirada por los alrededores. Si es verdad que tienen a mi madre cautiva allí, tendríamos que poder ponerle punto final a esta crisis en breve. Una vez que Sparhawk sepa dónde está con toda exactitud, caerá sobre Scarpa y su padre como una montana vengadora. Natayos ya no será siquiera una ruina cuando él haya concluido. Sólo será un gran agujero en el suelo.

—Él las vio de verdad —informó Talen—. Las describió demasiado bien como para estar inventándoselo.

El joven ladrón acababa de regresar de su incursión por las zonas menos atractivas de Beresa.

—¿Qué clase de tipo era? —le preguntó Sparhawk—. Esto es demasiado importante como para que nos dejemos llevar por chismorreos casuales.

—Es un dacita —replicó Talen—, un golfillo de Jura. Sus ideas políticas llegan hasta donde llega su bolsa. Su principal motivo para unirse al ejército de Scarpa fue, en primer lugar, el entusiasmo por tomar parte en el saqueo de Matherion. No estamos hablando de un hombre que tiene elevados ideales. Cuando llegó a Natayos y averiguó que podría haber una lucha de verdad implicada en el asunto, comenzó a perder el interés. En cualquier caso, lo encontré en una de las tabernas más cochambrosas que haya visto jamás, y estaba borracho como una cuba. Créeme, Fron, no estaba en condiciones de mentirme. Le dije que estaba pensando en enrolarme en el ejército de Scarpa, y se puso todo paternal conmigo... «Ni siquiera she t'ocurra pensharlo, mushasho. Esho e' to' poblema'»... y cosas por el estilo. Dice que Scarpa es un lunático delirante con ilusiones de invencibilidad que cree poder soplar a los atanes y hacer que se marchen. Dijo que ya acababa de decidirse a desertar, cuando Scarpa regresó a Natayos... junto con Krager, Elron y el barón Parok. Llevaban a la reina y a Alean consigo, y Zalasta los recibió en la puerta de la población. Por casualidad, el dacita estaba cerca y pudo oír lo que decían. Es evidente que a Zalasta aún le quedan unos pocos buenos modales, así que no se sintió muy contento con la

forma en que Scarpa había estado tratando a las prisioneras. Los dos tuvieron una discusión al respecto, y Zalasta hizo un nudo muy complicado con su hijo valiéndose de la magia. Creo que Scarpa estuvo retorciéndose como un gusano sobre una roca caliente durante un buen rato. Luego, Zalasta llevó a las damas a una casa grande que habían acondicionado para ellas. Por lo que dijo mi desertor, la casa estaba muy próxima al lujo... si se pasan por alto los barrotes de las ventanas.

—Podrían haberlo preparado para contarte eso —comentó Sparhawk con inquietud—. Tal vez no estaba tan borracho como aparentaba.

—Créeme, Fron, estaba borracho —le aseguró Talen—. Corté una bolsa de camino a la taberna... sólo para no perder la práctica..., así que tenía montones de dinero. Le eché dentro la suficiente bebida fuerte como para dejar fuera de combate a todo un regimiento.

—Creo que tiene razón, Fron —dijo Stragen—. Hay demasiados detalles como para que eso sea una historia inventada.

—Y si hubieran enviado a ese desertor para que tejiera telarañas para nosotros, ¿por qué iba a malgastar tiempo y esfuerzo en entretener a un jovencillo ratero? —agregó Talen—. Ninguno de nosotros tiene el aspecto que teníamos la última vez que Zalasta nos vio, y dudo de que ni siquiera él haya podido adivinar cómo Sefrenia y Xanetia aunaron fuerzas para cambiarnos.

—Continúo pensando que debemos esperar —insistió Sparhawk—. Afrael va a llevar a Xanetia a Natayos dentro de un día, poco más o menos, y Xanetia podrá averiguar si es de verdad Ehlana quien está encerrada en esa casa.

—Al menos podríamos intentar acercarnos un poco más —sugirió Stragen.

—¿Para qué? La distancia no significa nada para el azul amigo que tengo aquí. —Sparhawk se tocó el bulto que tenía debajo de la parte delantera de su blusa—. En cuanto sepa sobre seguro que Ehlana se encuentra en Natayos, iremos a hacerle una visita a Zalasta y su bastardo. Tal vez invite incluso a Khwaj a que nos acompañe. Él tiene algunos planes para esa gente que me interesan un poco.

La luz se hizo de pronto muy brillante, y los ciudadanos de Sopal dejaron de moverse bruscamente como marionetas para caminar como seres humanos normales. Habían necesitado medio día para explicarle a Ghnomb por qué les resultaba necesario regresar al tiempo real, y el dios de la comida continuaba teniendo serias reservas al respecto.

—Esperaré en la taberna que está un poco más arriba, por esta misma calle —le dijo Tynian a Ulath cuando los dos salieron del estrecho callejón—. ¿Recuerdas la contraseña?

Ulath gruñó.

—No tardaré mucho —dijo. Atravesó la calle en dirección a un par de viajeros que acababan de entrar en la ciudad—. Es un adorno interesante ese que llevas en la parte delantera de la silla, vecino —le dijo a uno de ellos, un hombre de nariz rota que montaba un caballo ruano—. ¿De qué está hecha? ¿De *ramshorn*^[3]?

Berit le dirigió una mirada de sobresalto y se volvió rápidamente a mirar la estrecha calle cercana a la puerta este de Sopal.

—No pensé en preguntárselo al artesano, sargento —replicó, tras reparar en la deslucida chaqueta de uniforme del rubio elenio—. Eh..., tal vez podrías aconsejarnos a mi joven amigo y a mí.

—Los consejos son gratuitos. Adelante, pregunta.

—¿Conoces por casualidad una buena posada en Sopal?

—La posada en la que nos alojamos mi amigo y yo, no está del todo mal. Se encuentra a unas tres calles más allá —replicó Ulath, señalando con un dedo—. Tiene un cartel con un jabalí colgando del frente..., a pesar de que la figura no se parece mucho a ningún jabalí que yo haya visto.

—Le echaremos una mirada.

—Tal vez mi amigo y yo os veremos allí.

Ulath asintió con la cabeza, y continuó calle arriba hasta una taberna en la que entró; allí se reunió con Tynian en una mesa cercana al fuego.

—¿Qué has hecho con nuestro peludo amigo? —le preguntó.

—Ha salido a buscar otro perro —replicó Tynian—. Podrías haber cometido un error en eso, sargento. Parece estar cogiéndoles gusto. No quedará un solo perro en toda la ciudad si nos quedamos aquí durante demasiado tiempo más.

Ulath se sentó y se repantigó.

—Me he tropezado con un tipo elenio en la calle de ahí fuera —comentó en una voz lo bastante alta como para que lo oyeran los otros parroquianos de la taberna.

—¿Ah, sí? —replicó Tynian con indiferencia—. ¿Astelianos o edomitas?

—Es un poco difícil decirlo. En algún momento de su vida, se rompió la nariz, así que resultaba un poco difícil determinar su raza. Estaba buscando una posada, así que le recomendé esa en la que nos alojamos. Puede que nos lo encontremos allí. Es agradable oír a alguien que habla elenio, para variar. Me cansa oír a la gente parloteándome en tamul. Si has acabado aquí, ¿qué te parece si bajamos hasta el puerto y tratamos de encontrar a alguien que pueda llevarnos al otro lado del lago de Tiana?

Tynian vació su jarra.

—Vamos —dijo mientras se ponía de pie.

Los dos dejaron la taberna y fueron paseando hasta la posada, charlando descuidadamente y caminando al paso ocioso de los hombres que no tienen nada importante que hacer.

—Quiero echarle una mirada a la herradura de la pata delantera izquierda de mi caballo —comentó Ulath cuando llegaron—. Ve delante. Nos encontraremos en la taberna de la posada.

—¿Dónde, si no? —preguntó Tynian, riendo.

Khalad se encontraba en el establo, como había esperado Ulath. Estaba haciendo algunos aspavientos de almohazar a *Faran*.

—Veo que tu amigo y tú habéis decidido alojaros aquí —comentó el enorme thalesiano en un tono casual.

Khalad se encogió de hombros.

—Estaba cerca.

—Escucha con atención —dijo Ulath en una voz que era apenas más que un susurro—. Hemos podido recoger alguna información. Nada va a suceder aquí. Recibiréis otro de esos mensajes.

Khalad asintió con la cabeza.

—Van a deciros que continuéis hasta el otro lado del lago de Tiana. Tened cuidado con lo que digáis en la embarcación que os lleve porque a bordo habrá un tipo que trabaja para el otro bando..., un arjuni que tiene una larga cicatriz en una mejilla.

—Me mantendré alerta —dijo Khalad.

—En Tiana recibiréis otro mensaje —prosiguió Ulath—. Se os dirá que deis la vuelta al lago en dirección a Arjun.

—Ése es un rodeo muy largo —objetó Khalad—. Podríamos coger la carretera desde aquí y llegar a Arjun en la mitad del tiempo.

—Es evidente que no quieren que lleguéis tan rápido. Probablemente tienen otros hierros en el fuego. No me atrevería a jurarlo, pero creo que desde Arjun os enviarán a Derel. Si Kalten está en lo cierto y tienen a Ehlana en Natayos, ése sería el siguiente paso lógico.

Khalad volvió a asentir.

—Se lo diré a Berit. Creo que será mejor que nos mantengamos alejados de la taberna de la posada. Estoy seguro de que nos vigilan, y si comenzáramos a hablar con otros elenios, no haríamos más que poner en guardia a los del otro bando.

Los caballos de las cuadras comenzaron de pronto a relinchar y patear los costados de los establos.

—¿Qué les pasa a los caballos? —exigió saber Khalad—. ¿Y qué es ese olor extraño?

Ulath masculló una imprecación. Luego alzó la voz y habló en lengua troll.

—Bhlokw, no es bueno que entres de esa manera en los cubiles de los hombres-cosa. Has estado comiendo perro, y los hombres-cosa y sus bestias pueden olerte. — Se produjo un silencio ofendido, y el invisible compañero de viaje de Ulath se retiró de los establos.

Betuana y Engessa, ataviados con lustrosas pieles de castor, acompañaron a Vanion y sus caballeros hacia el sur desde Sarna. Por sugerencia de Engessa, se encaminaron hacia el oeste para descender desde las montañas de Cynesga oriental.

—Hemos estado vigilándolos, Vanion-preceptor —comentó el gigantesco atan mientras corría junto al caballo de Vanion—. Su principal depósito de provisiones se encuentra a unas cinco leguas al oeste de la frontera.

—¿Hay algún asunto apremiante que debas atender, majestad? —le preguntó Vanion a Betuana, que corría al otro lado de su montura.

—Nada que no pueda esperar. ¿Qué tienes en mente?

—Ya que de todas formas estamos aquí, podríamos desviarnos y quemar su depósito de provisiones. Mis caballeros están poniéndose inquietos, y un poco de ejercicio les vendría bien.

—La verdad es que hace bastante frío —comentó ella con apenas un asomo de sonrisa—. Una hoguera sería agradable.

—¿La hacemos, entonces?

El depósito de suministros cynesganos cubría unos cinco acres. Se hallaba emplazado en una hondonada rocosa desprovista de árboles, y estaba defendido por aproximadamente un regimiento de soldados cynesganos, vestidos con flotantes túnicas. Al acercarse la columna de caballeros ataviados con armadura, los defensores galoparon a su encuentro. La mejor manera de describir aquella maniobra en particular sería decir que fue un error táctico. El suelo cubierto de grava del desierto de Cynesga era plano y libre de obstáculos, por lo que la carga de los caballeros de la iglesia no halló impedimentos. Se produjo un enorme estrépito cuando ambos ejércitos colisionaron, y los caballeros, tras sólo una momentánea vacilación, continuaron cabalgando, pisoteando los cuerpos de los heridos y muertos con los cascos herrados de acero de sus monturas, mientras los relinchantes caballos de los cynesganos huían, presas del terror.

—Impresionante —concedió Betuana mientras corría junto al caballo de Vanion—. Pero ¿no resulta tedioso soportar el peso... y el olor... de la armadura durante meses enteros por dos minutos de diversión?

—Existen desventajas en todos los estilos de guerrear, majestad —replicó Vanion al tiempo que levantaba la visera de su yelmo—. Una parte de la idea que reside tras las cargas de hombres con armadura, es la de persuadir a los demás de que eviten el enfrentamiento. A la larga es algo que disminuye las bajas.

—Una reputación de severidad extrema es un arma excelente, Vanion-preceptor —asintió ella.

—A nosotros nos gusta. —Vanion sonrió—. Vayamos a encender esa hoguera para que tu majestad pueda calentarse los pies.

—Eso será agradable —replicó ella, sonriendo a su vez.

Justo delante había una colina cubierta de polvo, elevándose como una pirámide algo redondeada para bloquear el paso hacia el depósito de provisiones. Con simples gestos de los brazos, Vanion les ordenó a los caballeros que se dispersaran y rodearan por ambos lados la colina para desembocar en las provisiones acumuladas del ejército cynesgano. Los caballeros avanzaron al galope con aquel sonoro, acerado tintineo

tronante que proclamaba una invencibilidad implacable.

Y entonces la colina se movió. El polvo que la había cubierto estremeció y voló de encima de ella como una arremolinada nube y dos enormes alas se desplegaron para dejar a la vista el rostro de forma triangular de Klael. La bestia de la oscuridad definitiva rugió, y los colmillos de relámpago, puntiagudos y destellantes, emergieron por detrás de los labios gruñentes.

Y de debajo de aquellas dos gigantescas alas, salió un ejército como ninguno que Vanion hubiese visto.

Eran tan altos como los atanes y más corpulentos. Sus desnudos brazos eran descomunales, y los petos de acero se les adaptaban como una segunda piel, poniendo de relieve sus abultados músculos. Sus yelmos llevaban exóticos adornos..., cuernos, astas o rígidas alas de acero... y, al igual que sus petos, las viseras se adaptaban perfectamente a sus rostros, duplicando con exactitud las facciones de cada guerrero en particular. No había humanidad en aquellos lustrosos semblantes. Las cejas eran increíblemente anchas y, como la propia cara de Klael, se angostaban hasta acabar en un mentón aguzado casi con delicadeza. Las ranuras de los ojos ardían, y tenían agujeros gemelos en el lugar que habría correspondido a la nariz. Las bocas de esas máscaras estaban abiertas, y llenas de dientes cruelmente puntiagudos.

Salieron en muchedumbre de debajo de las alas de Klael, con los rayos del monstruo danzando en torno a ellos. Blandían armas que parecían ser mitad mazo y mitad hacha..., atrocidades de acero sacadas de una pesadilla.

Estaban demasiado cerca como para que existiera la posibilidad de una retirada en orden, y los caballeros, que continuaban avanzando a un tronante galope, se hallaron trabados en batalla antes de comprender del todo la naturaleza de su enemigo.

El impacto que se produjo cuando se encontraron ambos ejércitos sacudió la tierra, y ese sólido choque de acero se rompió en un caos de sonido..., golpes, alaridos, los relinchos agonizantes de los caballos, el metal rasgado.

—¡Toca retirada! —le aulló Vanion al líder de los genidianos—. ¡Déjate el corazón soplando tu cuerno de ogro, hombre! ¡Saca a nuestra gente de ahí!

La carnicería fue espantosa. Caballos y hombres eran desgarrados en pedazos por el inhumano ejército de Klael. Vanion clavó las espuelas y su caballo saltó hacia delante. El preceptor pandion atravesó con su lanza el peto de acero de uno de los extraños y vio sangre..., al menos lo que él creyó que podía ser sangre, una espesa sangre amarilla... que manaba a borbotones por la máscara de labios abiertos. La criatura cayó hacia atrás, pero aún consiguió blandir su cruel arma. Vanion apartó la mano con la que sujetaba la lanza, dejando a la bestia atravesada como estaba, y desenvainó su espada.

Le llevó largo rato. Aquella cosa absorbía golpes que habrían podido descuartizar a un ser humano. Finalmente, sin embargo, Vanion lo cortó en trozos..., casi como un campesino cortarían un arbusto de espinas fibroso y resistente.

—¡Engessa! —El alarido de rabia y desesperación proferido por Betuana sonó

por encima de todos los otros estruendos de la batalla. Vanion hizo girar su caballo y vio a la reina de los atanes que corría en auxilio de su herido general. Incluso las monstruosas criaturas que Klael había creado se acobardaron ante la furia de la reina que se abría paso a filo de espada hasta el lado de Engessa.

Vanion avanzó hacia ella, con la espada destellando en la escalofriante luz, derramando sangre amarilla en borboteantes fuentes.

—¿Puedes llevarlo en brazos? —le gritó a Betuana.

Ella se inclinó y, sin esfuerzo aparente, levantó al caído amigo en brazos.

—¡Retírate! —le gritó Vanion—. ¡Yo te cubriré! —y arrojó su caballo en el camino de los monstruos que corrían a atacarla.

No había esperanza en el semblante de Betuana mientras corría hacia la retaguardia, con el cuerpo laxo de Engessa en sus brazos, y sus ojos eran dos ríos de lágrimas.

Vanion rechinó los dientes, levantó la espada y cargó.

Sefrenia estaba muy cansada cuando llegaron a Dirgis.

—La verdad es que no tengo hambre —les dijo a Xanetia y Afrael después de que tomaran una habitación en una posada respetable cercana al centro de la ciudad—. Lo único que deseo es un buen baño caliente y unas doce horas de sueño.

—¿Os sentís mal, hermana mía? —La voz de Xanetia expresaba preocupación.

Sefrenia sonrió con cansancio.

—No, querida —replicó, a la vez que posaba una mano sobre un brazo de la anarae—, sólo un poco cansada. Este correr de un lado para otro comienza a agotarme. Vosotras dos id a cenar un poco. Sólo pedid que me traigan una taza de té a la habitación. Bastará por ahora. Ya comeré lo que haga falta a la hora del desayuno. Lo único que os pido es que no hagáis demasiado ruido cuando subáis a acostaros.

Pasó una agradable media hora sumergida hasta las orejas en agua caliente dentro de la casa de baños, y regresó a la habitación bien envuelta en su túnica estiriana y con una vela para alumbrarse el camino.

La habitación no era grande, pero sí tibia y acogedora, caldeada por una de las estufas de porcelana que tan comunes eran en Tamuli. A Sefrenia le gustaba bastante la idea de las estufas, porque evitaba que las cenizas y carbonillas cayeran al suelo. Acercó una silla al fuego y se puso a cepillarse el largo cabello negro.

—¿Vanidad, Sefrenia? ¿Después de tantos años?

Se puso a medias de pie por el sobresalto, al oír el sonido de aquella voz que le era familiar. Zalasta apenas si parecía el mismo. Ya no vestía su túnica estiriana, sino un justillo de cuero de corte arjuni, toscos pantalones de lona, y botas de suela gruesa. Había llegado tan lejos en el apartarse de su herencia ancestral, que llevaba incluso una espada corta a la cintura. Tenía enredados los blancos cabellos y barbas, y el rostro macilento.

—Por favor, no hagas ninguna escena, amor —le dijo. Su voz era cansada y carecía de toda emoción más allá de una especie de profundo pesar. Suspiró—. ¿Dónde nos equivocamos, Sefrenia? —le preguntó con tristeza—. ¿Qué nos separó y nos trajo hasta este triste estado?

—En realidad no quieres que te lo diga, ¿verdad, Zalasta? —replicó ella—. ¿Por qué no pudiste limitarte a dejar las cosas como estaban? Yo te amaba, tú lo sabes..., no de esa forma, por supuesto, pero era amor. ¿No podías aceptar eso y olvidarte de lo demás?

—Es evidente que no. Ni siquiera llegó a ocurrírseme.

—Sparhawk va a matarte, y tú lo sabes.

—Tal vez. Para serte honrado, sin embargo, ya no me importa.

—¿Qué sentido tiene esto, entonces? ¿Por qué has venido aquí?

—Quería verte una última vez..., oír el sonido de tu voz. —Se levantó de la silla del rincón en la que había permanecido sentado—. Habría podido ser todo tan diferente... de no haber sido por Afrael. Ella fue quien te entregó en manos de los elenios y te corrompió. Tú eres una estiriana, Sefrenia. Nosotros, los estirianos, no tenemos nada que hacer, asociándonos con los bárbaros elenios.

—Te equivocas, Zalasta. Anakha es un elenio. Eso es lo que tenemos con ellos. Será mejor que te marches. Afrael está abajo cenando, ahora mismo. Si te encuentra aquí, se comerá tu corazón de postre.

—Dentro de un momento. Primero, hay algo que tengo que hacer. Después, ella podrá hacerme lo que le venga en gana. —Su rostro se contorsionó de pronto en una expresión de angustia—. ¿Por qué, Sefrenia? ¿Por qué? ¿Cómo puedes soportar el contacto impuro de un salvaje elenio?

—¿Vanion? Tú no lo entenderías. No podrías siquiera comenzar a comprenderlo. —Ella se puso de pie, con expresión desafiante—. Haz lo que tengas que hacer y márchate. El solo verte me pone enferma.

—Muy bien. —Su rostro se puso de pronto tan frío como la piedra.

Ella no se sorprendió realmente cuando él sacó la larga daga de bronce de debajo del justillo. A pesar de todo, él era aún lo bastante estiriano como para abominar el contacto del acero.

—No tienes ni idea de cuánto lamento esto —le dijo mientras se le acercaba.

Ella intentó luchar, arañándole la cara y los ojos. Incluso tuvo una momentánea sensación de triunfo cuando le aferró la barba y lo vio hacer una mueca de dolor. Le tiró de la barba, haciendo girar el rostro de él de un lado a otro mientras gritaba para pedir auxilio, pero luego él se soltó de un tirón, y la apartó bruscamente de sí, empujándola.

Ella retrocedió tambaleándose y estuvo a punto de caer al tropezar con la silla, cosa que acabó por derrotarla. Mientras ella luchaba para volver a ponerse de pie, él la cogió por el pelo, y ella supo que estaba perdida. Desesperada, extrajo el rostro de Vanion de su memoria, llenándose ojos y mente con las facciones de él mientras

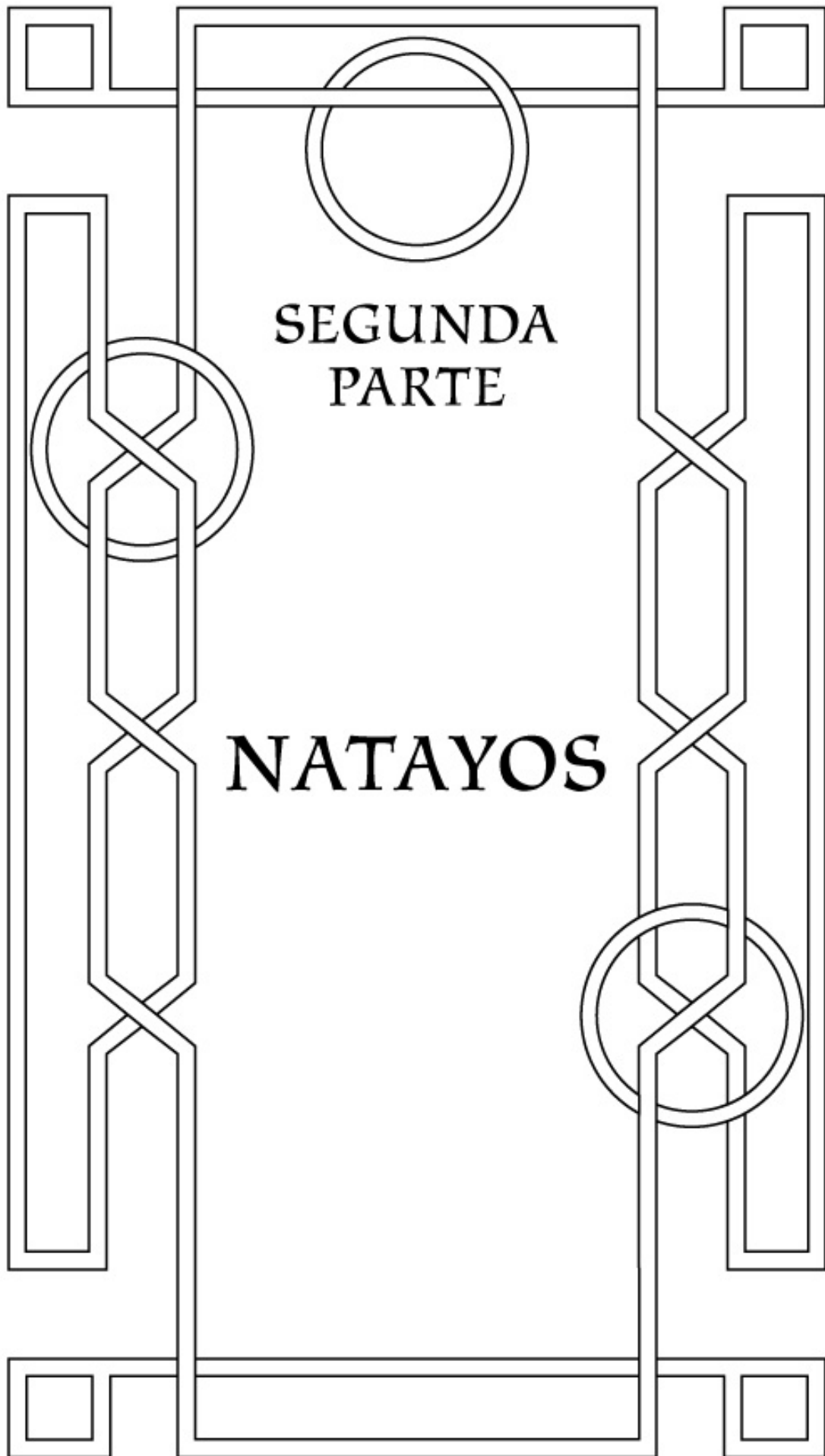
intentaba arañar nuevamente los ojos de Zalasta.

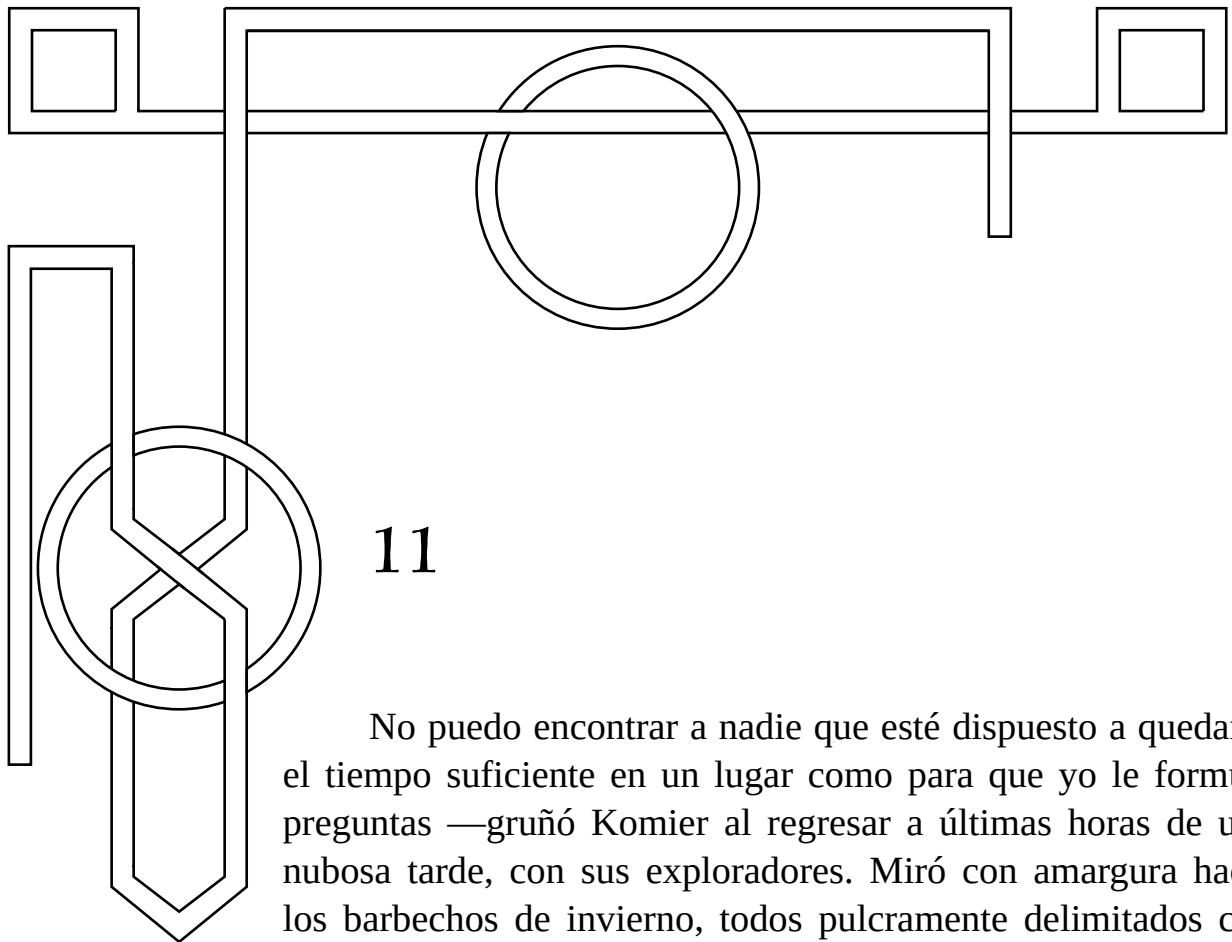
Y entonces él le clavó la daga en el pecho y volvió a sacarla.

Ella profirió un alarido, mientras caía de espaldas y se aferraba la herida, sintiendo cómo la sangre le manaba entre los dedos.

Él la cogió en brazos.

—Te amo, Sefrenia —le dijo con voz quebrada mientras la luz se retiraba de los ojos de ella.





11

No puedo encontrar a nadie que esté dispuesto a quedarse el tiempo suficiente en un lugar como para que yo le formule preguntas —gruñó Komier al regresar a últimas horas de una nubosa tarde, con sus exploradores. Miró con amargura hacia los barbechos de invierno, todos pulcramente delimitados con muros bajos de piedra, mientras cambiaba de posición, con cuidado, su brazo roto—. Estos siervos astelianos nos echan una mirada y huyen hacia los bosques como ciervos asustados.

—¿Qué tenemos ahí delante? —le preguntó Darellon.

El casco de Darellon colgaba de su silla de montar, con un flanco tan abollado que no le encajaba en la vapuleada cabeza. Tenía los ojos desenfocados y el vendaje empapado de sangre.

Komier sacó el mapa y lo estudió.

—Estamos llegando al río Astel —replicó—. Hemos visto una ciudad al otro lado... Darsas, con toda probabilidad. Pero no pude alcanzar a nadie para que me lo confirmara. No soy el tipo más apuesto del mundo, pero nunca antes la gente había huido de mí de esta forma.

—Emban nos advirtió respecto a eso —comentó Bergsten—. El campo está plagado de agitadores. Les dicen a los siervos que todos nosotros tenemos cuernos y cola, y que hemos venido para quemar sus iglesias y hacerles tragar un surtido de herejías a punta de espada. Ese tipo llamado Sable parece ser el que está detrás de todo ello.

—A él es a quien quiero —murmuró Komier con tono ominoso—. Creo que lo cazaré y lo pondré como leño central de una hoguera.

—No alborotemos a los locales más de lo que ya lo están, Komier —le advirtió

Darellon—. En este momento no estamos en condiciones de tener un enfrentamiento. —Volvió la cabeza para mirar a la vapuleada columna y la larga hilera de carros que llevaban a los heridos de gravedad.

—¿Has visto algún signo de resistencia organizada? —le preguntó Heldin a Komier.

—Todavía, no. Creo que nos enteraremos de cómo están las cosas de verdad cuando llegemos a Darsas. Si han derribado el puente que cruza el río Astel y las murallas de la ciudad aparecen sembradas de arqueros, sabremos que el mensaje de paz y buena voluntad de Sable ha llegado a las personas de autoridad. —El rostro del preceptor genidiano se oscureció, y él cuadró los hombros—. No hay ningún problema. Ya me he abierto paso a punta de espada al interior de otras ciudades, así que no será una experiencia nueva.

—Ya has conseguido que mataran a Abriel y a aproximadamente un tercio de los caballeros de la iglesia, Komier —le dijo Bergsten con un tono cargado de intención—. Creo que tu lugar en la historia está asegurado. Intentemos negociar un poco antes de empezar a derribar puertas de ciudades y quemar casas.

—Has tenido una boca listilla desde la época en que éramos novicios, Bergsten. Debería de haber hecho algo al respecto antes de que te pusieras esa sotana.

Bergsten sopesó su hacha de guerra un par de veces.

—Puedo quitarme la sotana en cualquier momento que te venga bien, viejo amigo —le ofreció.

—Os estáis desviando del tema principal, caballeros —comentó Darellon con una forma de hablar un poco borrosa—. Nuestras heridas necesitan atención. Éste no es el momento de comenzar con peleas... ni con la población local ni entre nosotros mismos. Creo que los cuatro deberíamos adelantarnos al grueso de la tropa bajo la bandera de tregua y averiguar en qué dirección sopla el viento antes de comenzar a construir máquinas de asedio.

—¿Estoy oyendo la voz de la razón? —inquirió Heldin suavemente, con su voz tronante.

Ataron una destellante capa blanca cyrínica a la lanza del caballero Heldin, y se adelantaron en la melancólica tarde hacia la margen occidental del río Astel.

La ciudad que se hallaba al otro lado del río era, sin lugar a dudas, elenia; una ciudad antigua con elevadas torres y agujas. Se alzaba sólida y orgullosa en la otra orilla, bajo sus flameantes pendones de rojo, azul y dorado que proclamaban, o al menos así lo parecía, que siempre había estado allí y que siempre lo estaría. Tenía altas murallas gruesas y sólidas puertas cerradas. El puente que atravesaba el río se encontraba bloqueado por gigantescos guerreros de rostro bronceo ataviados con una armadura mínima y que llevaban armas de aspecto desagradable.

—Son atanes —los identificó Heldin—. Os aseguro que no nos interesa luchar con esa gente.

Las filas de infantería de rostro severo se separaron, y un anciano y arrugado

tamul, ataviado con un manto dorado y acompañado de un clérigo asteliano de larguísimas barbas vestido completamente de negro, se adelantaron para recibirlos.

—Bienhallados, nobles caballeros —saludó el tamul calvo y sin barbas a los hombres de armadura, con una voz seca y cascada—. El rey Alberen siente curiosidad respecto a vuestras intenciones. No vemos muy a menudo a caballeros de la iglesia por esta parte del mundo.

—Tú debes ser el embajador Fontan —comentó Bergsten—. Emban te describió muy bien.

—Pensaba que tenías mejores modales —murmuró Fontan. Bergsten le dedicó una breve sonrisa.

—Tal vez sería conveniente que enviaras mensaje a la ciudad, excelencia. Asegúrale a su majestad que nuestras intenciones son completamente pacíficas.

—Estoy seguro de que le alegrará oír eso.

—Eman y el caballero Tynian regresaron a Chyrellos hace un par de meses —continuó Bergsten—. Sparhawk nos hizo saber que las cosas estaban escapándose de las manos por aquí. Dolmant nos despachó para que ayudáramos a restaurar el orden. —El enorme patriarca hizo una mueca amarga—. Me temo que no hemos comenzado demasiado bien. Tuvimos un encuentro desafortunado cerca de Basne, y traemos muchos heridos que necesitan atención médica.

—Enviaré un mensaje a los monasterios cercanos, caballero —ofreció el clérigo barbudo que se encontraba junto a Fontan.

—Vuestra reverencia ha de saber que Bergsten ya no es un caballero —lo corrigió Komier—. Lo era, pero Dios tenía otros planes para él. Ahora es un patriarca de la iglesia. Supongo que reza bastante bien, pero aún no hemos conseguido quitarle el hacha.

—Debo estar perdiendo la buena educación —se disculpó Fontan—. Este amigo es el archimandrita Monsel, el debidamente ungido jefe de la iglesia de Astel.

—Vuestra gracia. —Bergsten inclinó cortésmente la cabeza.

—Vuestra gracia —replicó Monsel, mientras miraba con curiosidad al clérigo de aspecto guerrero—. Vuestro amigo Eman y yo mantuvimos algunas estimulantes discusiones sobre nuestras diferencias doctrinales. Vos y yo tendremos que continuar con ellas, pero primero ocupémonos de vuestras heridas. ¿Cuántos hombres heridos tenéis?

—Unos veinte mil, más o menos, vuestra gracia —replicó Komier con desolación—. Es difícil llevar una cuenta exacta. Se nos mueren alrededor de una veintena cada hora, o cosa así.

—¡En el nombre de Dios, ¿con qué os encontrasteis en esas montañas?! —jadeó Monsel.

—Con el rey del infierno, por lo que he podido determinar, vuestra gracia —replicó Darellon—. Dejamos a treinta mil muertos en el campo de batalla..., principalmente cyrínicos. Mi señor Abriel, su preceptor condujo la carga, y sus

caballeros lo siguieron de cerca. Estaban trabados en plena batalla antes de darse cuenta con qué se enfrentaban. —Suspiró—. Abriel tenía cerca de setenta años, y parecía creer que era su última carga.

—En eso tuvo razón —gruñó amargamente Komier—. No quedó lo suficiente de él como para poder enterrarlo.

—Pero murió bien —agregó Heldin—. Excelencia, ¿tienes disponible algunos mensajeros veloces? Sparhawk y Vanion cuentan con que llegemos a Matherion lo antes posible, y creo que será mejor que les hagamos saber que vamos a retrasarnos.

—Se llama Valash —les informó Stragen a Sparhawk y Talen mientras los tres, aún vestidos con las blusas marineras manchadas de alquitrán, salían de la ruidosa calle alumbrada con antorchas y entraban en el oscuro y apestoso callejón—. Él y sus dos amigos son dacitas, de Verel.

—¿Has conseguido averiguar para quién trabajan? —preguntó Sparhawk cuando se detuvieron para permitir que sus ojos se habituaran a la oscuridad y sus narices al olor. Los callejones de Beresa eran particularmente desagradables.

—Oí que uno de ellos mencionaba a Ogerajin —replicó Stragen—. Creo que eso tiene sentido. Ogerajin y Zalasta parecen ser buenos amigos.

—Yo creía que a Ogerajin se le estaba pudriendo el cerebro —objetó Talen.

—Tal vez tiene momentos de lucidez. Aunque no importa quién los ha enviado, en realidad. Mientras estén aquí, se encuentran bajo las órdenes de Krager. Por lo que he podido entrever, los han enviado para hacer una valoración del daño que les causamos durante el festival de la cosecha, y recoger los retazos de información que les caigan en las manos. Tienen dinero, pero no quieren hacerlo circular demasiado. Están metidos en esto estrictamente por las ganancias... y por la oportunidad de parecer importantes.

—¿Acude Krager aquí para recoger los informes? —preguntó Sparhawk.

—No lo ha hecho en fecha reciente. Valash se comunica con él a través de un mensajero. Esos tres dacitas están muy fuera de su elemento, aquí. Quieren guardarse tanto dinero como puedan del que les entregó Ogerajin, pero no quieren perderse nada que sea de importancia. No son profesionales ni por asomo. Pasan la mayor parte del tiempo intentando inventar sistemas para obtener la información sin tener que pagar por ella.

—Eso es el sueño de un estafador —observó Talen—. ¿A qué se dedicaban para ganarse la vida en Verel?

—Les vendían niños a la gente cuyos gustos corrían en esa dirección —replicó Stragen con tono de asco—. Según tengo entendido, Ogerajin solía ser uno de sus mejores clientes.

—Eso los coloca en lo más bajo, ¿no?

—Quizás aún más abajo que eso. —Stragen miró a sus espaldas para asegurarse

de que estaban solos—. Valash quiere conocerlos a vosotros dos. —Stragen señaló hacia el fondo del callejón—. Está justo al final de esas escaleras. Alquila un rincón del desván a un tipo que comercia con mercancías robadas.

Talen hizo una sonrisilla más bien malvada.

—Si diera la casualidad de que esos dacitas le pasaran a Krager demasiada información errónea, él podría decidir que han dejado de serle útiles, ¿no te parece?

Stragen se encogió de hombros.

—Es probable.

—Eso estimula mi creatividad.

—¿Ah, sí? Y eso, ¿por qué?

—No me gusta la gente que vende niños. Es una cuestión personal. Vayamos a conocer a ese Valash. Quiero averiguar si es tan crédulo como dices.

Subieron por una desvencijada escalera exterior hasta una puerta que era fina, estaba remendada y tenía signos de haber sido derribada a patadas unas cuantas veces. El desván que estaba detrás de la misma era un increíble desorden de toda clase de ropa gastada, muebles maltratados, y utensilios de cocina desportillados. En un rincón había incluso herramientas de labranza que acumulaban polvo.

—Alguna gente robaría cualquier cosa —comentó Talen, sorbiendo por la nariz.

Una vela solitaria goteaba en el otro extremo de la habitación, y junto a su luz incierta había un elenio huesudo que dormitaba ante una mesa. Llevaba una chaqueta corta de brocado verde de corte daconiano, y sus ralos cabellos, casi del color del fango, estaban medio de punta, con más aspecto de ser un fino y sucio halo que le rodeaba la cabeza flaca. Cuando atravesaban el desván hacia él, el hombre despertó y se apresuró a coger unos papeles y removerlos con aires de importancia. Al acercarse ellos, levantó los ojos con fingida impaciencia.

—¡Llegas tarde, Vymer! —lo acusó con una voz nasal aguda.

—Lo siento, maese Valash —se disculpó Stragen en un tono servil—. Fron y yo estuvimos ocupados en librar al joven Reldin de una situación tensa. Reldin es muy buen muchacho, pero a veces se sobreexcede. En fin, el caso es que querías conocer a mis socios. —Apoyó una mano sobre un hombro de Sparhawk—. Éste es Fron. Es un pendenciero de taberna, así que le dejamos que se haga cargo de las situaciones que pueden arreglarse con unos cuantos puñetazos y una patada en la barriga. Ese muchacho es Reldin, el ladrón más ágil que haya conocido jamás. Puede deslizarse por ratoneras, y tiene un oído tan fino que puede oír a las hormigas que cruzan la calle al otro extremo de la ciudad.

—Yo sólo quiero contratarlo, Vymer —replicó Valash—. No quiero comprarlo. —Profirió una risilla ante su propio chiste. Les sonrió afectadamente a los visitantes; estaba claro que esperaba que se unieran a su risa. Talen, en cualquier caso, no rió. Sus ojos adquirieron un destello de hielo.

Valash pareció un poco confundido por la forma en que recibieron aquel chiste estúpido.

—¿Por qué vais todos vestidos como marineros? —preguntó, más por decir algo que porque sintiera ninguna verdadera curiosidad.

Stragen se encogió de hombros.

—Esta ciudad es puerto, maese Valash. Las calles pululan de marineros, así que tres más no llaman la atención.

Valash gruñó.

—¿Tienes algo para mí que yo pueda considerar que vale mi tiempo? —preguntó con un tono de voz aburrido y superior.

Talen se quitó la gorra.

—Eso tendrás que decidirlo tú, maese Valash —gimoteó mientras le hacía una torpe reverencia—. Yo sí que me he encontrado con algo, si deseas escucharme.

—Adelante —le dijo Valash.

—Bueno, señor, hay un mercader rico que tiene una casa en la zona elegante de la ciudad. En una pared de su estudio tiene un tapiz al que hace bastante tiempo que le tengo echado el ojo. Es muy bueno..., con muchas puntadas pequeñas, y el color no ha desteñido demasiado. El único problema es que cubre toda la pared. Puede obtenerse una fortuna por un tapiz bueno de verdad, pero sólo si puedes sacarlo todo de una sola pieza. No vale mucho si hay que cortarlo para llevárselo. En fin, el caso es que la otra noche entré en esa casa para probar el terreno y buscar alguna forma de sacarlo sin hacer un destrozo. Pero el mercader estaba en su estudio y tenía un amigo con él, un noble de la corte imperial de Matherion. Escuché tras la puerta; el noble le estaba contando al mercader algo sobre unos rumores que corren por el palacio imperial. Todo el mundo está diciendo que el emperador está muy descontento con esa gente de Eosia. Ese intento de derrocar al gobierno el otoño pasado lo ha asustado de verdad, y le gustaría llegar a alguna clase de acuerdo con sus enemigos, pero ese tal Sparhawk se lo impide. Sarabian está convencido de que van a perder, así que secretamente ha reunido una flota de barcos cargados todos con tesoros, y en cuanto los problemas empiecen a apuntar en el horizonte, él escapará. Todos los cortesanos están enterados de sus planes, así que en secreto están disponiéndolo todo para su propia huida cuando comience la lucha. Una mañana de estas, ese Sparhawk se levantará y se encontrará con un ejército enemigo ante sus puertas, y nadie cerca para mantenerlos a raya. —Hizo una pausa—. ¿Era ese el tipo de información que quería?

El dacita realizó un esfuerzo para ocultar su emocionado interés.

Adoptó una expresión de desdén.

—No es nada de lo que no hayamos oído hablar antes. Casi lo único para lo que sirve es para confirmar lo que ya sabíamos. —Empujó dos pequeñas monedas de plata al otro lado de la mesa, de manera lenta—. Lo haré llegar a Panem-Dea y veremos qué piensan ellos del asunto.

Talen miró las monedas y luego a Valash. Volvió a encasquetarse la gorra.

—Me marchó ya, Vymmer —dijo con tono de frialdad—, y no vuelvas a hacerme perder el tiempo con este tacaño nunca más.

—No te precipites de esa manera —le dijo Stragen en tono conciliador—. Déjame que primero hable con él.

—Estás cometiendo un error, Valash —le aseguró Sparhawk al dacita—. Tienes una pesada bolsa colgada del cinturón. Si intentas engañar a Reldin, regresará una de estas noches y la abrirá por debajo. No te dejará lo bastante para pagar el desayuno.

Valash puso una protectora mano sobre la bolsa. Luego la abrió con lo que parecía una extrema renuencia.

—Yo pensaba que el señor Scarpa estaba en Natayos —comentó Stragen con tono indiferente—. ¿Ha cambiado su base de operaciones a Panem-Dea?

Valash sudaba mientras contaba las monedas; sus dedos se detenían en cada una como si estuviera separándose de un viejo amigo.

—Hay muchísimas cosas que tú no sabes sobre nuestras operaciones, Vymer —replicó. Le dirigió a Talen una mirada implorante y empujó el dinero al otro lado de la mesa, con gesto inseguro.

Talen no hizo ningún movimiento para aceptar las monedas. Valash profirió un gemido y agregó más monedas.

—¿Entonces, Scarpa se ha mudado? —preguntó Stragen.

—Por supuesto que no —le contestó Valash, con malos modos—. No habrás creído que todo su ejército estaba en Natayos, ¿verdad?

—Eso es lo que había oído decir. Tiene otras plazas fuertes, por lo que deduzco.

—Por supuesto. Sólo un idiota concentra todos sus contingentes en un solo lugar, y Scarpa está lejos de ser un idiota, eso puedo asegurártelo. Hace ya años que recluta hombres en los reinos elenios del Tamuli occidental, y los envía todos a Lydros y luego a Panem-Dea para que reciban entrenamiento. Después de eso, continúan hasta Synaqua y Norenja. Sólo sus mejores soldados están en Natayos. Su ejército es al menos cinco veces más numeroso de lo que cree la mayoría de la gente. Estas selvas hierven con sus hombres.

Sparhawk tuvo buen cuidado de ocultar una sonrisa. Era obvio que Valash tenía una gran necesidad de parecer importante, y esa necesidad le hacía revelar cosas de las que no debería hablar.

—Yo no sabía que el ejército de Scarpa fuera tan grande —admitió Stragen—. Eso me hace sentir mejor. Puede ser bueno estar del lado de los ganadores, para variar.

—Ya era hora —gruñó Sparhawk—. Estoy cansándome de que nos persigan en todas las ciudades que visitamos antes de que tenga siquiera tiempo de deshacer mi bolsa marinera. —Miró a Valash con ojos miopes—. Ya que de todas formas ha salido el tema, ¿podemos esperar que la gente de Scarpa que está entre la maleza nos acepte si las cosas se ponen feas y tenemos que salir corriendo?

—¿Qué podría salir mal?

—¿Le has echado alguna vez una buena mirada a un atan, Valash? Son tan altos como árboles, y tienen los hombros como los toros. Le hacen cosas desagradables a

la gente, así que quiero un lugar cordial en el que esconderme si de pronto tuviera que salir a la carrera. ¿Hay algún otro lugar seguro ahí fuera, en la selva?

Valash adoptó una expresión cautelosa, como si se hubiera dado cuenta de que ya había hablado en exceso.

—Eh..., creo que yo sé qué necesitamos, Fron —intervino Stragen con suavidad—. Te aseguro que ahí fuera hay lugares seguros si necesitamos encontrarlos. Estoy seguro de que hay muchas cosas que maese Valash sabe y de las que no puede hablar.

Valash se irguió ligeramente y su expresión adoptó un aire de conocimiento, secretista.

—Tú comprendes las cosas a la perfección, Vymer —dijo—. No sería correcto que yo revelara cosas que mi señor Scarpa me contó en estricta confidencia. —Volvió a coger sus papeles, con gesto cargado de intención.

—No te apartaremos de asuntos importantes, maese Valash —declaró Stragen, retrocediendo—. Husmearemos por la ciudad un poco más y si descubrimos alguna otra cosa te la haremos saber.

—Lo apreciaré, Vymer —replicó Valash, revolviendo sus papeles mientras los visitantes se marchaban.

—¡Vaya un burro! —murmuró Talen mientras los tres descendían con cuidado la desvencijada escalera hasta el callejón.

—¿Dónde aprendiste tantas cosas sobre tapices? —le preguntó Sparhawk.

—Yo no sé nada de nada sobre tapices.

—Hablabas como si supieras.

—Yo hablo de muchas cosas sobre las que no sé nada. Rellena los vacíos cuando estás intentando vender algo que no vale nada. Por la forma en que se empañaron los ojos de Valash cuando mencioné la palabra «tapiz», supe que él no sabía al respecto más que yo. Estaba demasiado ocupado en hacernos creer que era importante, como para prestarme atención ninguna. Podría hacerme rico con ese hombre. Sería capaz de venderle mantequilla azul.

Sparhawk lo miró con perplejidad.

—Es un término de los estafadores —explicó Stragen—. El significado no está del todo claro.

—Estoy seguro de ello.

—¿Quieres que te lo explique?

—No en especial.

—¿Se trata de una costumbre de familia? ¿O de una forma de honrar a tu padre? —le preguntó Berit a Khalad cuando los dos, vestidos con cotas de malla y capas grises, haraganeaban contra la borda del sucio carguero del lago que atravesaba trabajosamente el mar de Arjun entre Sopal y Tiana.

Khalad se encogió de hombros.

—No, no tiene nada que ver con eso. Simplemente se trata de que todos los hombres de mi familia tienen la barba muy espesa..., excepto Talen. Si decidiera no llevar barba, tendría que afeitarme dos veces al día. Me la corto bastante con unas tijeras una vez por semana, y la dejo crecer así. Me ahorra tiempo.

Berit se frotó una de las mejillas cambiadas.

—Me pregunto qué haría Sparhawk si me dejara crecer la barba —reflexionó.

—Puede que él no hiciera nada, pero la reina Ehlana te arrancaría la piel como a una manzana. A ella le gusta su cara tal y como es. Incluso le gusta esa nariz torcida.

—Parece que tenemos mal tiempo por delante. —Berit señaló hacia el oeste.

Khalad frunció el entrecejo.

—¿De dónde ha salido eso? El cielo estaba despejado hace tan sólo un minuto. Es extraño que no lo oliera venir.

El banco de nubes que se cernía bajo en el horizonte era de un color negro purpúreo, y se agitaba ominosamente, hinchándose a una velocidad sorprendente. Se vieron destellos de relámpagos dentro de la nube, y desde el otro lado de las oscuras y picadas aguas del lago les llegó el hosco retumbar del trueno.

—Espero que estos marineros sepan lo que hacen —comentó Berit—. Eso tiene toda la pinta de ser un chubasco muy peligroso.

Continuaron observando la nube negra mientras ésta subía cada vez más y más, cubriendo el horizonte occidental.

—Eso no es una tormenta natural, Berit —afirmó Khalad, con tono tenso—. Está aumentando con demasiada rapidez.

Se oyó un tremendo restallar de relámpago, y la nube se aclaró y estremeció al hervir los rayos en su interior. Los dos jóvenes vieron la silueta en el instante en que el azulado relámpago alumbró la oscuridad y reveló lo que se ocultaba dentro de la nube.

—¡Klael! —jadeó Berit mientras miraba fijamente la monstruosa silueta alada, semioculta en el frente de tormenta que se agitaba.

El siguiente restallar de trueno rasgó el cielo, y la desvencijada embarcación se estremeció en el arrollador sonido. Las gigantescas alas de murciélago comenzaron a arañar la tormenta que se aproximaba, y la espantosa boca se abrió para rugir el trueno de la frustración de Klael. Aulló con descomunal furia, y sus enormes brazos se extendieron hacia lo alto en el aire lóbrego, intentando aferrar algo que no estaba allí.

Luego la cosa desapareció, y la nube antinatural se deshizo y alejó sin causar daños, hacia el sureste, hasta convertirse en nada más que una mancha de polvo en el horizonte. El aire, sin embargo, quedó preñado de un fuerte olor a azufre.

—Será mejor que pongas esto en conocimiento de Afrael —comentó Khalad, ceñudo—. Klael anda suelto otra vez. Estaba buscando algo, y no lo ha encontrado. Sólo Dios sabe dónde buscará a continuación.

—El brazo de Komier está roto en tres sitios —tronó el caballero Heldin cuando se reunió con el patriarca Bergsten, ataviado con su cota de malla, el embajador Fontan, y el archimandrita Monsel en el estudio sembrado de libros que este último tenía en el ala este del palacio, y Darellon continúa viéndolo todo doble. Komier podrá viajar si no hay más remedio, pero creo que será mejor que dejemos aquí a Darellon hasta que se recobre.

—¿Cuántos caballeros están en condiciones de cabalgar? —inquirió Bergsten.

—Cuatro mil como máximo, vuestra gracia.

—Tendremos que arreglárnoslas con lo que tenemos. Emban sabía que probablemente vendríamos por esta ruta, y ha estado enviando pelotones de mensajeros. Las cosas están llegando a un punto crítico en Tamuli suroriental. La esposa de Sparhawk ha sido tomada como rehén, y nuestros enemigos ofrecen cambiarla por el Bhelliom. En las selvas de Arjuna hay un ejército rebelde que se prepara para marchar sobre Matherion, y dos ejércitos más se están agrupando en la frontera oriental de Cynesga. Si todos esos ejércitos consiguen reunirse, el juego habrá acabado. Emban quiere que cabalgemos hacia el este a través de las estepas hasta dejar atrás las marismas de Astel, y luego giremos hacia el sur y pongamos sitio a la capital cynesgana. Necesita algún tipo de diversión para que esos ejércitos se retiren de la frontera.

Heldin sacó el mapa.

—Es factible —dijo tras un momento de estudio—, pero estaremos un poco cortos de hombres para esa clase de trabajo.

—Lo conseguiremos. Vanion está en el frente, pero lo superan mucho en número a lo largo de la frontera: Si no creamos el bastante alboroto como para aliviarlo de una parte de la presión, le pasarán por encima.

Heldin le dedicó una mirada especulativa al enorme patriarca thalesiano.

—Esto no va a gustarle a vuestra gracia —comenzó—, pero no hay muchas alternativas en este caso.

—Continúa —replicó Bergsten.

—Vais a tener que dejar a un lado vuestra sotana y haceros cargo del mando. Han matado a Abriel, Darellon está incapacitado, y si Komier entrara en lucha el propio peso de su hacha lo dejaría inútil.

—Pero tú sí que estás aquí, Heldin. Tú puedes desempeñar el mando.

Heldin negó con la cabeza.

—Vuestra gracia sabe que yo no soy un preceptor, y todo el ejército lo sabe. También soy un pandion, y los sentimientos de las otras órdenes son poderosos a ese respecto. Nosotros no hemos hecho muchos amigos durante el último par de siglos. Los demás no me aceptarían como comandante. Vos sois un patriarca, y habláis en nombre de Sarathi... y de la iglesia. A vos os aceptarían sin discutir.

—Está fuera de cuestión.

—En ese caso, tendremos que quedarnos aquí sentados hasta que Dolmant nos

envíe un nuevo comandante.

—¡No podemos esperar!

—Eso es exactamente lo que yo quería decir. ¿Tengo vuestro permiso para decirles a los caballeros que vos os haréis cargo del mando?

—No puedo, Heldin. Ya sabes que tengo prohibido hacer uso de la magia.

—Ése es un detalle que puede obviarse, vuestra gracia. En las filas hay muchísimos magos consumados. Vos sólo tenéis que decirnos qué queréis que se haga, y nosotros nos encargaremos de ello.

—Yo he hecho un voto.

—Antes de eso hicisteis otro, mi señor Bergsten. Prometiste defender la iglesia. Ese primer voto tiene prioridad en la situación presente.

El archimandrita Monsel, de luengas barbas y negra túnica, le dirigió una mirada especulativa al renuente thalesiano. Luego habló de una forma neutral.

—¿Queréis una opinión independiente, Bergsten?

Bergsten lo miró con expresión ceñuda.

—Vais a escucharla de todas formas —prosiguió el clérigo asteliano con imperturbable calma—. Dada la naturaleza de nuestro enemigo, nos hallamos cara a cara con una «crisis de fe», y eso deja en suspenso todas las demás reglas. Dios necesita vuestra hacha, Bergsten, no vuestra teología. —Miró con ojos miopes al patriarca thalesiano—. No parecéis convencido —comentó.

—No quisiera resultar ofensivo, Monsel, pero las «crisis de fe» no puede uno sacarlas y quitarles el polvo cada vez que quiere transgredir las reglas.

—Muy bien, en ese caso, intentémoslo por este otro lado. Esto es Astel, y vuestra iglesia de Chyrellos reconoce que la autoridad aquí es mía. Mientras estemos en Astel, seré yo quien hable en nombre de Dios.

Bergsten se quitó el casco y se puso a frotar los lustrosos cuernos negros de ogro con gesto ausente.

—Técnicamente, supongo que así es —concedió.

—Vuestra gracia sabe que los tecnicismos son el alma misma de la doctrina. —La lengua barba de Monsel se erizó con el fervor de la disputa—. ¿Estáis de acuerdo en que yo hablo en nombre de Dios aquí, en Astel?

—De acuerdo, en bien de la discusión, digamos que sí.

—Me alegro de que lo confirméis; detestaría tener que excomulgaros. Ahora bien, yo hablo aquí en nombre de Dios, y Dios quiere que os hagáis cargo del mando de los caballeros de la iglesia. Marchad al campo de batalla y golpead a los enemigos de Dios, hijo mío, y que el cielo fortalezca vuestro brazo.

Bergsten contempló a través de la ventana el cielo de aspecto sucio durante un largo instante, mientras rumiaba mentalmente aquel argumento que era a todas luces engañoso.

—¿Os hacéis vos plenamente responsable, Monsel? —inquirió.

—Sí.

—Con eso me basta, por ahora. —Bergsten volvió a ponerse el casco—. Caballero Heldin, ve a decirles a los hombres que me hago cargo del mando de las cuatro órdenes. Ordénales que lleven a cabo todos los preparativos necesarios. Nos pondremos en marcha a primeras horas de la mañana.

—De inmediato, general Bergsten —replicó Heldin, poniéndose firme.

—Anakha —la voz del Bhelliom resonó en las bóvedas mentales de Sparhawk—, debéis despertar. Incluso antes de abrir los ojos, Sparhawk pudo sentir un ligero toque en el tiento de cuero que llevaba al cuello. Apresó la pequeña mano y abrió los ojos.

—¿Qué crees que estás haciendo? —le preguntó a la diosa-niña con tono de exigencia.

—¡Tengo que coger al Bhelliom, Sparhawk! —Tenía voz de desesperación y de sus ojos manaban ríos de lágrimas.

—¿Qué está sucediendo, Afrael? Cálmate y cuéntame qué ha ocurrido.

—¡Han apuñalado a Sefrenia! ¡Está muriéndose! ¡Por favor, Sparhawk! ¡Dame el Bhelliom!

Sparhawk se puso de pie con un solo movimiento.

—¿Dónde ha sucedido eso?

—En Dirgis. Estaba preparándose para meterse en la cama, y Zalasta entró en su dormitorio. ¡Le asestó una puñalada en el corazón, Sparhawk! ¡Por favor, padre, dame el Bhelliom! ¡Debo tenerlo para poder salvada!

—¿Está viva aún?

—¡Sí, pero no sé cuánto tiempo más lo estará! Xanetia se encuentra con ella. ¡Está utilizando un hechizo delfae para que no deje de respirar, pero está muriéndose, mi hermana está muriéndose! —La diosa-niña gimió y se arrojó a los brazos de Sparhawk, llorando de manera incontrolable.

—¡Basta ya, Afrael! Eso no nos ayudará. ¿Cuándo sucedió?

—Hace un par de horas. ¡Por favor, Sparhawk! ¡Sólo el Bhelliom puede salvarla!

—¡No podemos, Afrael! ¡Si sacamos al Bhelliom de la caja, Cyrgon sabrá de inmediato que estamos intentando engañarlo, y Scarpa matará a tu madre!

La diosa-niña se aferró a él, sollozando sin poder controlarse.

—¡Ya lo sé! —gimió—. ¿Qué vamos a hacer, padre? ¡No podemos dejarla morir, así!

—¿No puedes tú hacer nada?

—¡El cuchillo le tocó el corazón, Sparhawk! ¡Yo no puedo invertir eso! ¡Sólo el Bhelliom tiene esa clase de poder!

El alma de Sparhawk pareció marchitarse, y propinó un puñetazo a la pared. Levantó el rostro.

—¿Qué podemos hacer? —lanzó su voz a lo alto—. ¿Qué, en nombre de Dios, podemos hacer?

—¡Recobrad la compostura, Anakha! —La voz del Bhelliom sonó terminante en su mente—. ¡No serviréis ni a Sefrenia ni a la compañera vuesa con esta indecorosa actuación!

—¡Tenemos que facer algo, Rosa Azul!

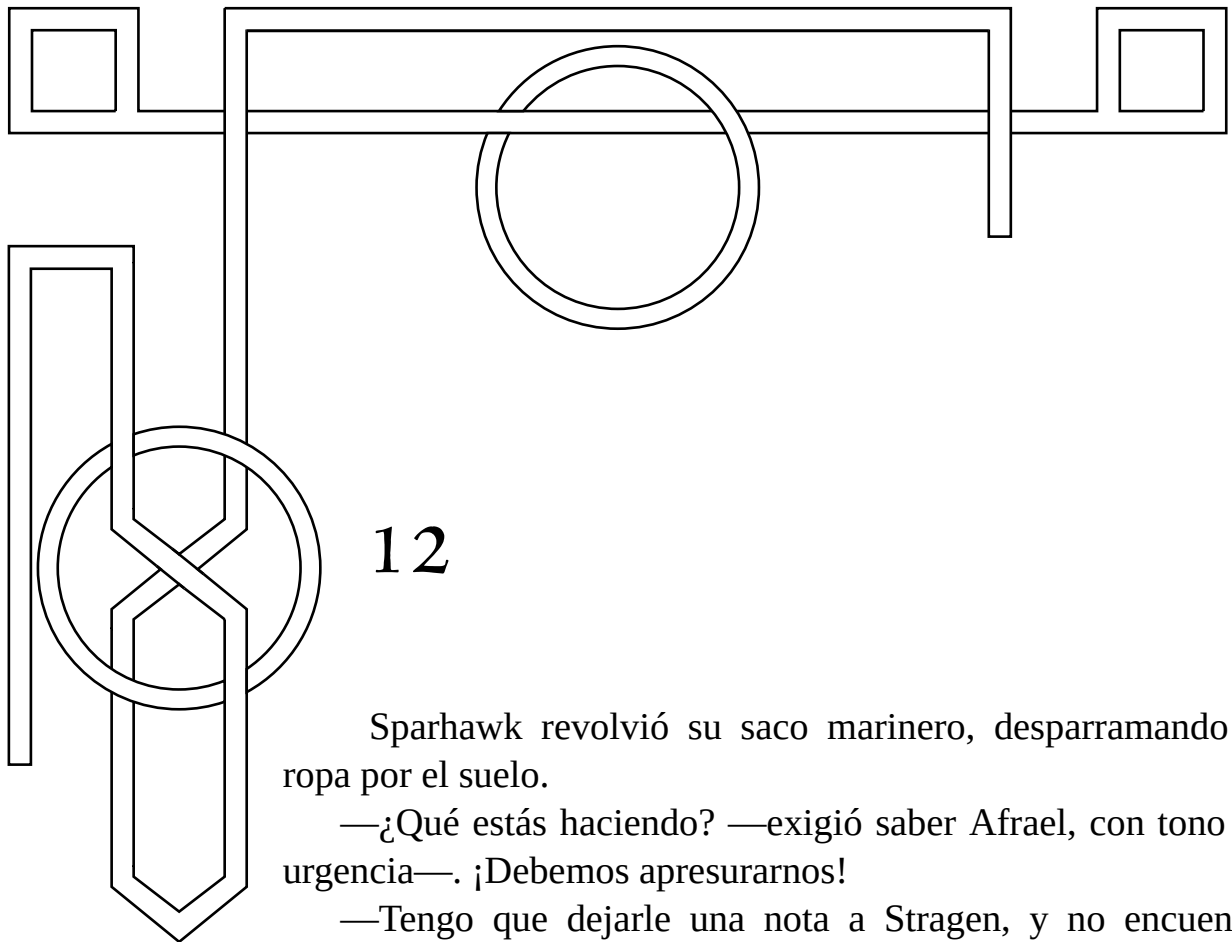
—En aqueste momento no estáis en condiciones de decidirlo. Por lo tanto, debéis dejaros guiar por mí. Al punto faced lo que la diosa niña os suplica.

—¡Vos condenaréis a la mi esposa!

—Eso no es seguro; Anakha. Sefrenia, en cambio, sí que se halla al borde de la muerte. Eso sí es seguro. Es la suya necesidad la más apremiante.

—¡No! ¡No puedo facerlo!

—¡Me obedeceréis, Anakha! ¡Sois la criatura mía y estáis por eso sujeta a la mi voluntad! ¡Marchad y faced como os lo he ordenado!



12

Sparhawk revolvió su saco marinero, desparramando la ropa por el suelo.

—¿Qué estás haciendo? —exigió saber Afrael, con tono de urgencia—. ¡Debemos apresurarnos!

—Tengo que dejarle una nota a Stragen, y no encuentro papel.

—Toma. —Ella tendió una mano y en la misma apareció un pliego de pergamino.

—Gracias. —Cogió el pergamino y continuó revolviendo la bolsa.

—Ponte a ello, Sparhawk.

—Necesito algo con qué escribir.

Ella murmuró algo en estiriano y le tendió una pluma y un pequeño tintero.

«Vymer —escribió Sparhawk—, ha surgido algo y estaré ausente durante un tiempo. Evita que Reldin se meta en líos». Y firmó: «Fron». Luego dejó la nota en medio de la cama de Stragen.

—¿Podemos irnos ahora? —preguntó la diosa-niña con impaciencia.

—¿Cómo vas a hacerlo? —inquirió él mientras recogía su capa.

—Primero tenemos que salir de la ciudad. No quiero que nadie nos vea. ¿Cuál es el camino más corto hacia el bosque?

—La dirección este. Hay alrededor de media legua hasta la linde.

—Vamos.

Dejaron la habitación, bajaron las escaleras y salieron a la calle. Sparhawk la cogió en brazos y la embozó a medias con su capa.

—Puedo caminar —protestó ella.

—No. No puedes hacerlo sin llamar la atención. Eres una estiriana, y la gente lo advertiría.

Sparhawk se puso en camino, calle abajo, con la diosa-niña en brazos.

—¿No puedes caminar más rápido?

—Haz el favor de dejar que sea yo quien se encargue de esta parte del asunto, Afrael. Si me pusiera a correr, la gente pensaría que te he robado. —Miró en torno de sí para asegurarse de que ninguno de los que pasaban por la fangosa calle se hallaba lo bastante cerca como para oírlos—. ¿Cómo vas a hacer esto? —le preguntó—. Por ahí hay gente que puede percibirlo cuando tú comienzas a entrometerte con las cosas, ¿sabes? No nos interesa atraer la atención.

Ella frunció el entrecejo.

—No lo sé muy bien. Estaba trastornada cuando llegué aquí.

—¿Estás intentando conseguir que maten a tu madre?

—Eso es algo odioso de decir. —Frunció su pequeña boca con gesto pensativo—. Siempre se hace bastante ruido —meditó.

—Me temo que no te sigo.

—Es una de las desventajas de que nuestros dos mundos se superpongan como lo hacen. Los sonidos de uno se transmiten al otro. La mayoría de los humanos no pueden oírnos... ni sentirnos..., pero nosotros sí que nos oímos y sentimos los unos a los otros.

Sparhawk cruzó la calle para evitar la riña que acababa de surgir de una taberna de marineros.

—Si los otros pueden oírte, ¿cómo vas a ocultar lo que estás haciendo?

—No me has dejado terminar, Sparhawk. Aquí no estamos solos. Hay otros a todo nuestro alrededor..., mi familia, los dioses tamules, vuestro dios elenio, varios espíritus y fantasmas, y el aire está completamente lleno de los Sin Poder. A veces se reúnen como las aves migratorias.

Él se detuvo y dio un paso atrás para dejar que pasara un chirriante y desvencijado carro de carbón.

—¿Quiénes son esos «Sin Poder»? —le preguntó a la diosa-niña—. ¿Resultan peligrosos?

—En absoluto. Ya ni siquiera existen. No son más que recuerdos..., viejos mitos y leyendas.

—¿Son reales? ¿Podría verlos yo?

—No, a menos que creas en ellos. En otra época fueron dioses, pero sus adoradores murieron o fueron convertidos al culto de otros dioses. Gimen y revolotean en torno a los bordes de la realidad, sin substancia ni pensamiento. Lo único que tienen es necesidad. —La diosa-niña suspiró—. Nosotros pasamos de moda, Sparhawk..., como vestidos del año anterior, o zapatos y sombreros anticuados. Los Sin Poder son dioses desechados, que encogen cada vez más y más a medida que pasan los años, hasta que finalmente no son más que una especie de lamento angustiado. —Volvió a suspirar—. En cualquier caso —prosiguió—, hay todos esos ruidos como telón de fondo, lo que hace que resulte muy difícil identificar

uno específico.

Pasaron ante otra apestosa taberna, de la que salían las ruidosas canciones de los borrachos.

—¿Ese ruido es algo parecido? —inquirió Sparhawk, haciendo un gesto con la cabeza hacia la taberna—. ¿Ruidos sin sentido que te llenan los oídos y evitan que oigas lo que quieres escuchar en realidad?

—Más o menos. Sin embargo, nosotros tenemos un par de sentidos de los que vosotros carecéis, así que, para empezar, sabemos cuándo los demás andan por los alrededores y, en segundo, sabemos cuándo están haciendo cosas..., entrometiéndose, si prefieres llamado así. Tal vez pueda ocultar lo que haga en todo ese otro ruido. ¿Cuánto más tenemos que alejarnos?

Él giró una esquina al interior de una calle tranquila.

—Ahora estamos llegando a la periferia de la ciudad. —La acomodó mejor en sus brazos y continuó calle arriba, a mayor velocidad que antes. Las casas de los suburbios de Beresa eran más señoriales, y estaban retiradas de la acera con altivo y orgulloso aire de importancia—. Después de dejar atrás los campos de carbón, llegaremos al bosque —le explicó—. ¿Estás segura de que ese ruido que yo no puedo oír será lo bastante alto como para ocultar tus hechizos?

—Veré si puedo obtener un poco de ayuda. Acaba de ocurrírseme algo. Cyrgon no sabe con exactitud dónde estoy, y le llevará un poco de tiempo identificarme y precisar mi emplazamiento. Les pediré a algunos de los otros que acudan aquí a celebrar una fiesta o algo así. Si hacen suficiente ruido y yo me muevo lo bastante aprisa, Cyrgon ni siquiera sabrá que he estado aquí.

Había sólo unos pocos trabajadores al cuidado de los oscuros fuegos de los campos de carbón que rodeaban Beresa, hombres sin curiosidad, ennegrecidos por su trabajo y demasiado ebrios, que andaban a tumbos en torno a las humeantes llamas como trasgos infernales que danzaran sobre las brasas eternas. Sparhawk avanzaba ahora a paso todavía más rápido hacia el borde del enmarañado bosque con la muy turbada diosa-niña en brazos.

—Tengo que poder ver el cielo —comentó ella—. No quiero que haya ramas de árboles en mi camino. —Hizo una pausa—. ¿Le tienes miedo a las alturas? —preguntó.

—No en particular, ¿por qué?

—Sólo por saberlo. No te pongas nervioso cuando partamos. No dejaré que nada te suceda. Estarás perfectamente a salvo mientras te tenga cogido de la mano. —Hizo otra pausa—. Oh, no —murmuró—, acabo de recordar una cosa.

—¿Qué? —Él apartó una rama y se deslizó al interior de la oscuridad del bosque.

—Tengo que ser real cuando hago esto.

—¿Qué quieres decir con «real»? Ahora eres real, ¿no?

—No exactamente. No hagas preguntas, Sparhawk. Límitate a buscarme un trozo de cielo limpio y no me molestes durante un rato. Tengo que solicitar un poco de

ayuda..., si consigo encontrarlos.

Él avanzó por entre la enmarañada maleza, con un nudo helado en el estómago y el corazón como una piedra. El monstruoso dilema con que se enfrentaban lo destrozaba. Sefrenia estaba muriéndose pero él tenía que poner a Ehlana en peligro con el fin de salvar la vida de la mujer estiriana. Sólo la fuerza de la voluntad del Bhelliom le mantenía en movimiento. Su propia voluntad se encontraba paralizada por las conflictivas necesidades de las dos personas a las que más quería en el mundo. Empujaba las enmarañadas ramas que lo rodeaban con una especie de desesperanzada frustración.

Luego atravesó la pantalla de vegetación y salió a un pequeño claro alfombrado con una espesa capa de musgo, donde una charca alimentada por una fuente le devolvía los guiños a las estrellas derramadas como brillante grano por el aterciopelado cielo nocturno. Era un lugar hermoso, casi encantado, pero los ojos de Sparhawk se negaban a aceptar su belleza. Se detuvo y dejó a Afrael en el suelo. El pequeño rostro de ella carecía de expresión, tenía los ojos ausentes, ojos que no veían. Sparhawk aguardó en tensión.

—¡Bueno, por fin! —declaró ella finalmente, en un tono de voz exasperado—. ¡Es tan difícil explicarles las cosas! Nunca dejan de parlotear el tiempo suficiente como para escucharla a una.

—¿De quién estás hablando?

—De los dioses tamules. Ahora puedo ver por qué Oscagne es ateo. Al fin he conseguido convencerlos de que acudan aquí a jugar. Eso debería ayudar a ocultarnos a ti y a mí de Cyrgon.

—¿Jugar?

—Son niños, Sparhawk, criaturas pequeñas que corren, juegan, chillan y se persiguen durante meses enteros. Cyrgon los detesta con todo su ser, así que no se acercará siquiera a ellos. Eso nos resultará de utilidad. Estarán aquí dentro de unos minutos, y entonces podremos partir. Vuélvete de espaldas, padre. No me gusta que la gente me mire mientras cambio.

—Yo ya te he visto antes..., tu reflejo, en cualquier caso.

—Esa parte no me molesta. Pero el proceso mismo del cambio resulta un poco degradante. Límitate a volverte de espaldas, padre. No lo comprenderías.

Él se volvió obedientemente y miró al cielo. Varias constelaciones que le eran familiares habían desaparecido o estaban en el sitio equivocado.

—Bueno, padre, ya puedes volverte. —La voz de ella era más profunda y vibrante.

Él dio media vuelta.

—¿Quieres hacerme el favor de ponerte algo de ropa?

—¿Por qué?

—Tú límitate a hacerlo, Afrael. Consiente mis caprichos.

—¡Esto es tan tedioso! —Ella tendió una mano, cogió un velo hecho con alguna

clase de gasa que había surgido de la nada, y se envolvió con él—. ¿Mejor? —preguntó.

—No mucho. ¿Podemos marcharnos ya?

—Lo comprobaré. —Sus ojos adquirieron un momentáneo aire distante—. Ya llegan —informó luego—. Se han entretenido por el camino. No hace falta mucho para distraerlos. Ahora, escúchame con mucho cuidado, Sparhawk. Trata de mantener la calma cuando hagamos el viaje. Sólo mantén muy presente el hecho de que no permitiré que sufras ningún daño. No te caerás.

—¿Caerme? ¿Caerme de dónde? ¿De qué estás hablando?

—Ya lo verás. Lo haría de otra forma, pero tenemos que llegar a Dirgis lo antes posible, y no quiero que Cyrgon tenga tiempo de localizarme. Al principio lo haremos en cómodas etapas, y tendrás tiempo para habituarte a la idea. —Volvió un poco la cabeza—. Ya han llegado —dijo—. Podemos ponernos en camino.

Sparhawk inclinó un poco la suya. Creyó oír el lejano sonido de risas infantiles, aunque podría haberse tratado sólo del ruido de una brisa errante que jugara entre las copas de los árboles.

—Dame la mano —le indicó ella.

Él extendió un brazo y la tomó de la mano. Parecía muy tibia y, de algún modo, reconfortante.

—Sólo mira hacia arriba, al cielo, Sparhawk —le indicó la arrebatadoramente hermosa mujer que tenía a su lado.

Él levantó el rostro y vio el borde superior de la luna que subía, pálida y luminosa, por detrás de las copas de los árboles.

—Ahora puedes mirar hacia abajo.

Se encontraban de pie a unas cuatro varas por encima de las rizadas aguas de la charca. Los músculos de Sparhawk se tensaron.

—¡No hagas eso! —le ordenó ella con tono terminante—. Relájate. Aminorarás nuestra velocidad si tengo que arrastrarte por el aire como una canoa anegada.

Lo intentó, pero no tuvo mucho éxito. Sin embargo, tenía la seguridad de que sus ojos estaban mintiéndole. Podía sentir algo sólido debajo de sus pies. Dio una patada sobre eso sólido, y era tan firme como debía serlo la tierra.

—Esto es sólo por ahora —le comentó la diosa-niña—. Dentro de poco ya no lo necesitarás. Siempre tengo que ponerle algo sólido debajo a Sefrenia... —La voz se le quebró con un extraño sollozo quedo—. Por favor, recobra el control, Sparhawk —le suplicó—. Tenemos que apresurarnos. Vuelve a mirar al cielo. Vamos a subir un poco más.

Él no sintió absolutamente nada, ni el paso del aire, ni una sensación de vacío en el estómago, pero cuando volvió a mirar hacia abajo, el claro y su charca encantada eran sólo un punto. Las diminutas luces de Beresa parpadeaban en ventanas minúsculas, y la luna había tendido un deslumbrante sendero largo sobre el mar de Tamul.

—¿Te encuentras bien?

Las inflexiones continuaban siendo las de Afrael, pero la voz y más notablemente la apariencia, eran del todo diferentes. Su rostro combinaba de forma peculiar los rasgos de Flute y los de Danae, lo que de alguna forma la convertía en la adulta que habían sido ambas niñas. Sparhawk no replicó, sino que dio otra patada sobre la sólida nada que tenía bajo los pies.

—No podré mantener eso debajo de ti cuando nos pongamos en camino —le advirtió ella—. Viajaremos a demasiada velocidad. Sólo cógete a mi mano, pero no te entusiasmes y me partas los dedos.

—En ese caso, no hagas nada que pueda pillarme por sorpresa. ¿Vas a criar alas?

—¡Qué idea tan absurda! No soy un pájaro, Sparhawk. Las alas no harían más que estorbarme. Tú repantígate y relájate. —Ella lo miró con atención—. Estás entendiéndote muy bien con esto. Sefrenia generalmente ya tiene un ataque de histeria a estas alturas. ¿Te sentirías más cómodo si estuvieras sentado?

—¿Sobre qué?

—Déjalo. Tal vez sea mejor que continuemos de pie. Respira profundamente un par de veces, y partiremos.

Sparhawk descubrió que el mirar hacia arriba lo ayudaba. Cuando estaba mirando las estrellas y la luna recién salida, no veía el terrible vacío que tenía debajo.

No había sensación alguna de movimiento; ni el viento le silbaba en los oídos, ni su capa ondeaba. Permaneció de pie, cogido a la mano de Afrael y mirando con atención mientras la luna se retiraba con lentitud hacia el sur.

Luego le llegó una pálida luminosidad desde abajo.

—¡Vaya fastidio! —dijo la diosa.

—¿Qué sucede? —La voz de él salió un poco chillona.

—Nubes.

Él miró hacia abajo y vio el mundo de cuento de hadas que tenían a los pies. Un suelo de nubes blancas, relumbrando a la luz de la luna, que se extendía hasta donde alcanzaba la vista. Montañas de aérea niebla que se elevaban desde una rugosa pradera insubstancial, entre las cuales se alzaban como centinelas columnas y castillos de nubes torneadas. Sparhawk se sintió maravillado; la suave capa de nubes iluminada por la luna corría hacia atrás bajo sus pies.

—Hermoso —murmuró.

—Es posible, pero no puedo ver el terreno.

—Creo que lo prefiero así.

—Necesito puntos de referencia, Sparhawk. No puedo ver dónde estoy, así que no sé hacia dónde vamos. El Bhelliom puede encontrar un lugar con sólo saber su nombre, pero yo, no. Yo necesito referencias geográficas, y no puedo verlas con todas esas nubes de por medio.

—¿Por qué no utilizas las estrellas?

—¿Qué?

—Eso es lo que hacen los marineros cuando están en el mar abierto. Las estrellas no se mueven, así que los marineros escogen una determinada estrella o constelación y dirigen la nave hacia ella.

Se produjo un largo silencio mientras las nubes que retrocedían velozmente debajo de ellos aminoraron la marcha y por fin se detuvieron.

—A veces eres tan listo que no puedo soportarte, Sparhawk —comentó con acritud la diosa que lo sujetaba de la mano.

—¿Quieres decir que nunca habías pensado en ello? —le preguntó él con incredulidad.

—No suelo volar de noche con mucha frecuencia. —El tono de ella era defensivo—. Vamos a descender. Tengo que encontrar algún punto de referencia.

Comenzaron a hundirse; las nubes subieron apresuradamente hacia ellos, y luego se vieron rodeados por una densa niebla que se les adhería al cuerpo.

—Están hechas de niebla, ¿verdad? Las nubes, quiero decir. —Sparhawk estaba sorprendido.

—¿Qué creías que eran?

—No lo sé. Nunca había pensado en ello. Por alguna razón, parece extraño.

Atravesaron la parte inferior de la capa de nubes..., las cuales ya no estaban bañadas por el fulgor de la luna, sino que ahora flotaban por encima de sus cabezas como un techo sucio que impedía el paso de la luz. La tierra que tenían debajo se encontraba envuelta en una oscuridad casi absoluta. Se desplazaron por el aire y viraron en esta o aquella dirección, mientras miraban hacia abajo en busca de algo reconocible.

—Allá —señaló Sparhawk—. Ésa tiene que ser una ciudad de buen tamaño. Hay bastante luz.

Se movieron en esa dirección como despreocupados insectos. Sparhawk tenía una sensación de irrealidad al mirar hacia abajo. La ciudad que yacía sobre la tierra parecía diminuta. Se hallaba acurrucada como el juguete de un niño al borde de una gran masa de agua.

Sparhawk se rascó una mejilla mientras intentaba recordar los detalles de su mapa.

—Probablemente sea Sopal —comentó—. Ese lago casi tiene que ser el mar de Arjun. —Se interrumpió, con un repentino vértigo mental.

—¡Eso es a más de trescientas leguas del lugar de donde partimos, Afrael! —exclamó.

—Sí..., si eso es, en efecto, Sopal.

—Tiene que serlo. El mar de Arjun no es más que un lago grande de esta zona del continente, y Sopal se encuentra en el lado este del mismo. Arjun está en el lado sur, y Tiana en el oriental. —La miró con incredulidad—. ¡Más de trescientas leguas! ¡Y salimos de Beresa hace apenas media hora! ¿A qué velocidad vamos?

—¿Qué diferencia hay? Hemos llegado aquí. Eso es lo único que importa. —La

joven que lo llevaba de la mano miró con aire especulativo a la ciudad en miniatura que se encontraba en la orilla del lago—. Dirgis está un poco hacia el oeste, así que no nos interesa seguir hacia el norte en línea recta. —Los hizo girar a ambos en el aire hasta que quedaron de cara a una dirección norte ligeramente desviada al oeste—. Esto debería ser bastante aproximado. No muevas la cabeza, Sparhawk. Mantén la vista fija en esa dirección. Regresaremos arriba y tú escogerás una estrella.

Subieron velozmente por entre las nubes, y Sparhawk vio la conocida constelación del Lobo que se encontraba en el neblinoso horizonte que tenían delante.

—Allí —señaló—. Las cinco estrellas reunidas en forma de cabeza de perro.

—Eso no se parece a ningún perro que yo haya visto.

—Tienes que utilizar la imaginación. ¿Cómo es que nunca has pensado antes en guiarte por las estrellas?

Ella se encogió de hombros.

—Probablemente se debe a que yo puedo ver a mayor distancia que vosotros. Vosotros veis el cielo como una superficie..., una especie de cuenco invertido con las estrellas pintadas todas a la misma distancia de donde os encontráis. Por eso podéis ver ese grupo de estrellas como si fuera la cabeza de un perro. A mí no me es posible porque yo percibo la diferencia de distancia. Mantén la vista en el perro, Sparhawk. Si comenzáramos a desviarnos del curso, házmelo saber. Las nubes bañadas por la luz de la luna empezaron a correr otra vez, y los dos volaron en silencio durante un rato.

—No es tan malo —comentó Sparhawk—, al menos cuando te acostumbras.

—Es mejor que caminar —replicó la diosa envuelta en gasa.

—Pero al principio me puso los pelos de punta.

—Sefrenia nunca ha superado esa etapa. Comienza a decir disparates a causa del pánico en cuanto sus pies despegan del suelo.

Sparhawk recordó algo.

—Espera un momento —objetó—. Cuando matamos a Ghwerig y robamos el Bhelliom, tú saliste flotando de aquella grieta que había en la cueva de él, y Sefrenia caminó por el aire para reunirse contigo. En ese momento no estaba diciendo disparates a causa del pánico.

—No. Es probable que sea lo más valiente que ha hecho en toda su vida. Me sentía tan orgullosa de ella que casi reviento.

—¿Estaba consciente? Me refiero a cuando la encontraste.

—A momentos. Fue capaz de decirnos quién la había atacado. Yo conseguí disminuir los latidos de su corazón y eliminar el dolor. Ahora está muy tranquila. —La voz de Afrael se estremeció—. Ella cree que va a morir, Sparhawk. No puede sentir la herida que tiene en el corazón y sabe qué significa eso. Cuando me marché, estaba dándole a Xanetia un último mensaje para Vanion. —La joven diosa se tragó un sollozo—. ¿Podemos hablar de alguna otra cosa?

—Por supuesto. —Los ojos de Sparhawk se apartaron de la constelación del cielo nocturno—. Hay unas montañas que asoman por entre las nubes ahí delante.

—Entonces, ya casi hemos llegado. Dirgis se encuentra en la gran hondonada que hay detrás de esa primera cadena.

El rápido vuelo comenzó a aminorar su velocidad. Pasaron por encima de los picos nevados de la parte más meridional de las montañas de Atan, picos que asomaban entre las nubes como islas congeladas, y descubrieron que sólo había una fina capa de nubes sobre la hondonada que estaba más allá de ellos.

Descendieron, flotando como las semillas del diente de león, hacia las laderas y valles cubiertos de bosques de la hondonada, un paisaje nítidamente delineado en la luz de la luna que desteñía todo color. Se veía otro apiñamiento de luces a cierta distancia a la izquierda..., rojizas antorchas en calles estrechas, y dorada luz de vela en ventanas pequeñas.

—Eso es Dirgis —comentó Afrael—. Descenderemos en las afueras de la ciudad. Creo que será mejor que vuelva a transformarme antes de que entremos.

—O haces eso, o te pones más ropa encima.

—Es algo que te molesta de verdad, ¿no, Sparhawk? ¿Es que soy fea, o algo parecido?

—No. Muy por el contrario..., y eso me molesta todavía más. No puedo pensar mientras estás desnuda cerca de mí, Afrael.

—En realidad no soy una mujer, Sparhawk..., no en el sentido que parece perturbarte tanto. ¿No puedes pensar en mí como en una yegua, o una cierva?

—No, no puedo. Será mejor que hagas lo que tengas que hacer, Afrael. No creo que se nos presente una verdadera necesidad de hablar sobre cómo pienso en ti.

—¿Estás ruborizándote, Sparhawk?

—Sí, la verdad es que sí. ¿Podemos dejarlo ya?

—Eso es bastante adorable, ¿sabes?

—¿Quieres acabar?

Descendieron en una pequeña cañada oculta, a unas diez varas de la periferia de Dirgis, y Sparhawk se volvió de espaldas mientras la diosa-niña, una vez más, asumía la más familiar forma de la niña estiriana a la que todos conocían como Flute.

—¿Mejor? —preguntó ella cuando él se volvió a mirarla.

—Mucho. —Él la cogió en brazos y se puso a avanzar hacia la ciudad; sus largas piernas se estiraban en largas zancadas. Se concentró en hacer eso. Parecía ayudarlo a no pensar.

Entraron directamente en la población, giraron en una esquina de la calle principal, y llegaron a un gran edificio de dos pisos.

—Aquí es —informó Afrael—. Simplemente entraremos y subiremos las escaleras. Haré que el posadero mire hacia otro lado.

Sparhawk empujó la puerta entreabierta, atravesó la sala común de la planta principal, y subió las escaleras.

Encontraron a Xanetia destellando en todo su fulgor con Sefrenia acurrucada entre los brazos. Las dos mujeres se hallaban en una estrecha cama de una habitación

pequeña con paredes más o menos perpendiculares. Era uno de esos dormitorios acogedores y cómodos que uno encuentra en las posadas de montaña de todo el mundo. Tenía una estufa de porcelana, dos sillas, y una mesilla de noche junto a cada lecho. Un par de velas arrojaban una luz dorada sobre las mujeres que se encontraban en la cama. La parte frontal de la túnica de Sefrenia estaba cubierta de sangre, y su rostro mortalmente pálido, teñido apenas con un gris fatal. Sparhawk la miró y su mente se incendió de pronto.

—Le causaré daño a Zalasta por esto —gruñó en lengua troll. Afrael le echó una mirada de sobresalto. Luego, también ella habló en el gutural idioma de los trolls.

—Tu pensamiento es bueno, Anakha —asintió con ferocidad—. Cáusale mucho daño. —El rasgante sonido de la palabra que en lengua troll significaba «daño» les parecía muy satisfactorio a ambos—. Pero su corazón aún me pertenece —agregó—. ¿Ha habido algún cambio? —le preguntó a Xanetia, volviendo al idioma tamul.

—Ninguno, divina Afrael —replicó Xanetia con una voz próxima al agotamiento—. Estoy prestándole a la nuestra querida hermana la mía fuerza para mantenerla, pero me encuentro casi agotada. Pronto, ella y yo moriremos.

—No, gentil Xanetia —declaró Afrael—. No quiero perderos a ambas. Mas, no temáis. Anakha ha acudido con el Bhelliom para recuperaros a las dos.

—Pero eso no debe ser —protestó Xanetia—. El facer aquesto pondría en peligro la vida de la reina de Anakha. Es mejor que la hermana vuesa y yo perezamos juntas, que eso.

—No seas tan noble, Xanetia —le dijo Afrael con acritud—. Me causa dolor hasta el alma. Habla con el Bhelliom, Sparhawk. Averigua cómo debemos hacer esto.

—Rosa Azul —llamó Sparhawk, tocando con los dedos el bulto que tenía bajo la blusa.

—Os escucho, Anakha. —La voz era un susurro en la mente del caballero pandion.

—Hemos llegado al lugar donde Sefrenia yace herida.

—Sí.

—¿Qué debemos facer agora? Os imploro, Rosa Azul, que no aumentéis el peligro de la compañera mía.

—La vuesa admonición es indecorosa, Anakha. Fbla de una cierta falta de confianza. Procedamos agora. Rendid la voluntad vuesa a la mía. Es a través de los labios vuestos como debo fablar con la anarae Xanetia.

Una extraña lasitud se apoderó de Sparhawk, que se sintió como si de alguna forma se separase, como si su consciencia abandonara su cuerpo.

—Atendedme, Xanetia. —Era la voz de Sparhawk, alterada, aunque él no tenía consciencia de haber hablado.

—Con toda atención, Hacedor de Mundos —replicó la anarae con voz exhausta.

—Dejadle a la diosa-niña la carga de mantener con vida a la su hermana. Necesito las manos vuestas.

Afrael se deslizó al lecho, cogió a Sefrenia de los brazos de Xanetia, y la envolvió en un tierno abrazo.

—Sacad la caja, Anakha —ordenó el Bhelliom—, y entregadla en manos de Xanetia.

Los movimientos de Sparhawk eran bruscos cuando sacó la caja de dentro de su blusa, e hizo pasar por su cabeza el tiento de cuero del cual estaba colgada.

—Rodearos de esa serenidad que la maldición de Edaemus os ha conferido, Xanetia —fue la siguiente instrucción del Bhelliom—, y rodead la caja... y la esencia mía... en las vuestas manos, dejando que la paz vuesa penetre en lo que sostenéis.

Xanetia asintió con la cabeza y tendió las manos para tomar la caja que le presentaba Sparhawk.

—Muy bien. Ahora, tomad a la diosa-niña en los brazos vuestos. Abrazadla y entregadme a ella.

Xanetia rodeó a Afrael y Sefrenia con sus brazos.

—Excelente. La vuesa mente es rápida, Xanetia. Esto es aún mejor. Afrael, abrid vos la caja y sacadme de ella. —El Bhelliom hizo una pausa—. Sin trucos —la amonestó con un coloquialismo nada característico de él—. No busquéis entramparme con las vuestas mañas y el vuesto contacto dulce.

—No seas absurdo, Hacedor de Mundos.

—Os conozco bien, Afrael, y sé que el arte vuesto es más peligroso aún de lo que lo era Azash o de lo que puede serlo Cyrgon. Concentremos ambos toda la atención nuestra en la curación de la vuesa hermana.

La diosa-niña abrió la caja y sacó de ella la relumbrante rosa de zafiro. Sparhawk, completamente aturdido, vio que el regular fulgor blanco que emanaba de Xanetia adquiría una suave tonalidad azulada cuando la radiación del Bhelliom se unió a la propia de ella.

—Aplicadme, como una cataplasma, sobre la herida suya para que pueda curar el mal que Zalasta le ha infligido.

Sparhawk era un soldado y sabía mucho de heridas. Su estómago se anudó al ver el profundo corte sangrante que Sefrenia tenía en la curva superior del seno izquierdo.

Afrael acercó el Bhelliom y tocó suavemente con él la sangrante herida.

Sefrenia comenzó a relumbrar con luz azul. Alzó a medias la cabeza.

—No —dijo con voz débil, mientras intentaba apartar la mano de Afrael.

Sparhawk le tomó ambas manos en las suyas y las sujetó.

—Todo está bien, pequeña madre —le mintió con tono dulce—. Se han tomado todas las precauciones.

La herida del seno de Sefrenia se había cerrado, dejando una fea cicatriz purpúrea. Luego, ante los ojos de todos ellos, la rosa de zafiro continuó trabajando. La cicatriz se encogió hasta ser una fina línea blanca que fue haciéndose cada vez menos perceptible hasta que al fin desapareció del todo.

Sefrenia comenzó a toser. Era un tipo de tos gorgoteante y líquida, como la que sufriría un hombre casi ahogado.

—Dame la jofaina, Sparhawk —pidió Afrael—. Tiene que sacar la sangre que le ha quedado en los pulmones.

Sparhawk tendió una mano para coger una gran jofaina poco profunda que había en la mesa de noche, y se la entregó.

—Toma —dijo la diosa-niña—. Ya puedes guardar eso. —Le devolvió la caja cerrada, cogió la jofaina y la sostuvo debajo del mentón de Sefrenia—. Eso está muy bien —comentó para alentar a su hermana mientras la menuda mujer expectoraba montones de coágulos de sangre—. Sácalo todo fuera.

Sparhawk desvió la mirada. El proceso no era muy agradable.

—Tranquilizaos, Anakha —le dijo suavemente la voz del Bhelliom—. Los vuestros enemigos no se han enterado de lo que acaba de suceder. —La piedra preciosa hizo una pausa—. No he reconocido a Edaemus como se merecía, porque es muy astuto. Pienso que ninguno otro podría haber percibido la importancia de lo que él ha obrado. El maldecir a los sus hijos como lo hizo era la única manera de esconderlos. Me estremezco al imaginar el dolor que eso tuvo que causarle.

—No lo entiendo —confesó Sparhawk.

—Una bendición tintinea y reluce en el aire diáfana como el sonido de una campana, Anakha, pero una maldición es oscura y silenciosa. Si fuera una bendición la luz que emana de la anarae Xanetia, todo el mundo oiría y sentiría su amor abrumador, pero Edaemus la convirtió en cambio en una maldición. En eso reside la sabiduría suya. Los malditos son apartados y ocultados, y nadie..., hombre o dios..., puede oír las sus idas y venidas por la tierra. Cuando la anarae Xanetia tomó la caja en las sus manos, apagó todo sonido y sensación de la presencia mía, y cuando ella abrazó a Afrael y Sefrenia y las envolvió en la su luminosa oscuridad, ninguna criatura viviente pudo detectarme. La compañera vuesa está a salvo..., por ahora. Los enemigos de vos no tienen conocimiento ninguno de lo que acaba de pasar.

El corazón de Sparhawk se alegró.

—Me arrepiento amargamente de mi falta de confianza, Rosa Azul —se disculpó.

—Estabais trastornado, Anakha. Os perdono sin rencor.

—Sparhawk. —La voz de Sefrenia era poco menos que un suspiro.

—¿Sí, pequeña madre? —Él se acercó apresuradamente al lado del lecho de ella.

—No deberías haber consentido en esto. Has puesto a Ehlana en un peligro terrible. Pensaba que eras más fuerte.

—Todo está en orden, Sefrenia —le aseguró Sparhawk—. El Bhelliom acaba de explicármelo. Nadie oyó ni sintió nada mientras estaba curándote.

—¿Cómo es posible eso?

—Debido a la presencia de Xanetia... y a su contacto. El Bhelliom dice que ella

acalló por completo lo que estaba sucediendo. Tiene que ver con la diferencia entre una bendición y una maldición, según lo entiendo. De cualquier forma que funcione, lo que acaba de suceder no ha puesto a Ehlana en ningún peligro. ¿Cómo te sientes?

—Como un gatito medio ahogado, si de verdad quieres saberlo —replicó ella, con una sonrisa débil. Luego suspiró—. Nunca habría creído que Zalasta pudiera ser capaz de lo que ha hecho.

—Le haré desear no haber pensado siquiera en ello —le aseguró Sparhawk, ceñudo—. Voy a arrancarle el corazón, asarlo ensartado en un espetón, y servírselo luego a Afrael en un plato de plata.

—¿No es un chico encantador? —comentó Afrael con cariño.

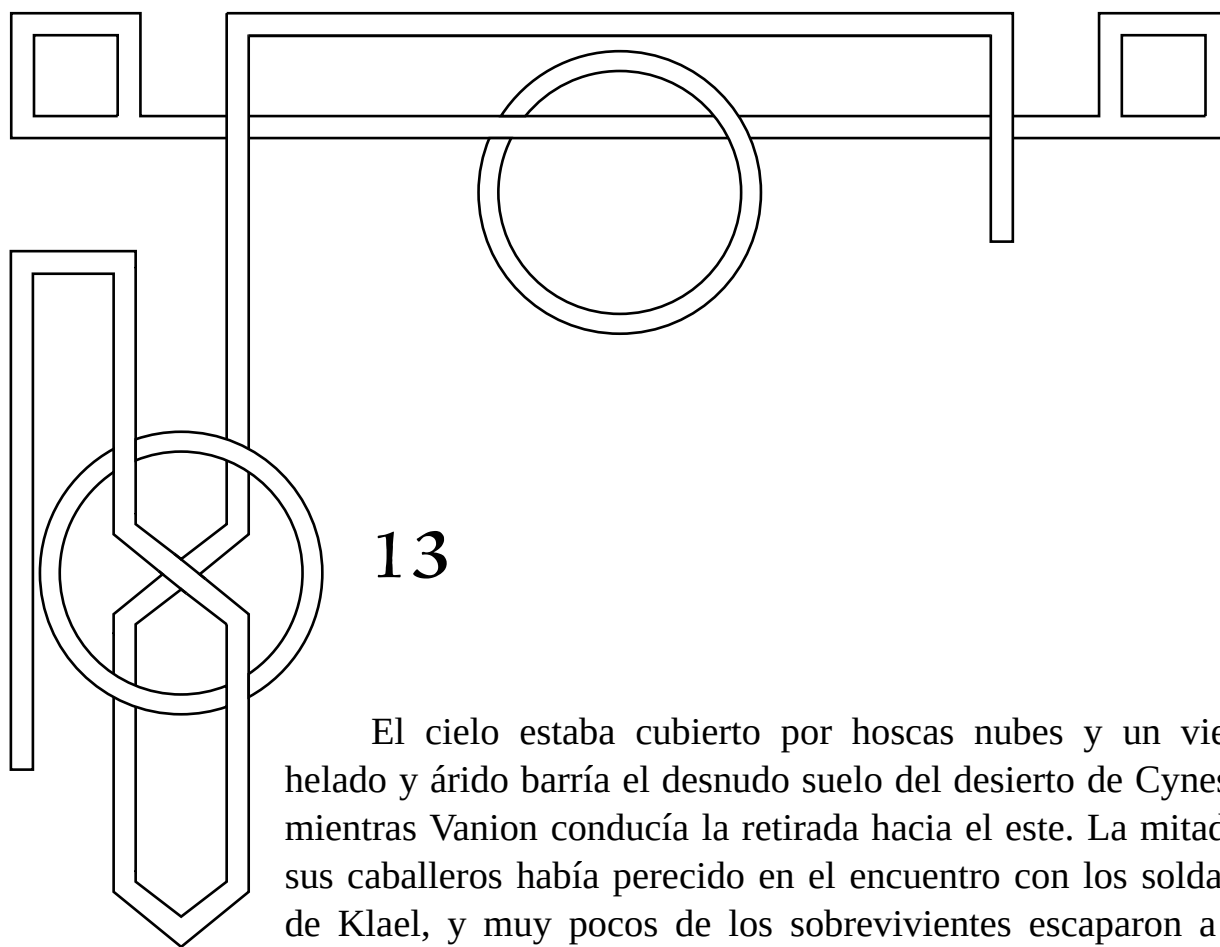
—No. —La voz de Sefrenia era sorprendentemente firme—. Aprecio que hayáis pensado en ello, queridos míos, pero no quiero que ninguno de los dos le haga nada a Zalasta. Es a mí a quien ha apuñalado, así que seré yo quien decida quién acabará con él.

—Supongo que es lo justo —concedió Sparhawk.

—¿Qué tienes en mente, Sefrenia? —preguntó Afrael.

—Vanion va a sentirse terriblemente trastornado cuando se entere de esto. No quiero que se ponga a bramar y romper muebles, así que voy a entregarle a Zalasta... bien atado con una cinta de color rojo brillante.

—Pero su corazón continúa siendo mío —insistió Afrael.



13

El cielo estaba cubierto por hoscas nubes y un viento helado y árido barría el desnudo suelo del desierto de Cynesga, mientras Vanion conducía la retirada hacia el este. La mitad de sus caballeros había perecido en el encuentro con los soldados de Klael, y muy pocos de los sobrevivientes escaparon a las heridas graves. Vanion había salido de Sarna con un ejército.

Regresaba a la cabeza de una columna de gimientes inválidos, vapuleados y destrozados, tras lo que en realidad no había sido más que una escaramuza.

Cuatro atanes llevaban a Engessa en una camilla, y la reina Betuana caminaba a su lado con el rostro asolado por la aflicción. Vanion suspiró. Engessa todavía respiraba, mas a duras penas.

El preceptor se irguió en la silla de montar, intentando librarse de la conmoción y la consternación, y de pensar de manera racional. La lucha con los guerreros de Klael había diezclado sus fuerzas de caballeros de la iglesia, los cuales eran una pieza central de la estrategia de contención. Sin esos jinetes de armadura, la frontera oriental del propio Tamul ya no estaba asegurada.

Vanion masculló un amargo improperio. Lo único que podía hacer ahora era advertir a los demás del cambio de situación.

—Caballero Endrik —llamó al viejo veterano que cabalgaba un poco más atrás—, ocupa mi puesto. Tengo que hacerme cargo de algo.

Endrik avanzó.

—Mantenlos avanzando hacia el este —fue la orden de Vanion—. Estaré de regreso dentro de poco.

Espoleó su caballo hasta un galope medio y se adelantó.

Cuando estuvo a un cuarto de legua por delante de la columna, detuvo la montura

y envió el hechizo de llamada.

Nada sucedió.

Volvió a enviarlo, con mayor urgencia esta vez.

—¿Qué? —La voz de Afrael que sonó en sus oídos era irritadamente impaciente.

—Tengo malas noticias, divina Afrael —replicó él.

—¿Qué más puede salir mal? Date prisa, Vanion. En este momento estoy ocupada.

—Nos tropezamos con Klael en el desierto. Lo acompañaba un ejército de gigantes, y nos han dejado muy maltrechos. Diles a Sparhawk y los demás que hay muchas probabilidades de que pueda retener Samar si los cynesganos le ponen cerco. He perdido a la mitad de los caballeros, y los que quedan no están de ningún modo en condiciones de luchar. Los pelois de Tikume son hombres valientes, pero no tienen ninguna experiencia de asedio.

—¿Cuándo sucedió eso?

—Hace unas cuatro horas. ¿Puedes encontrar a Abriel y los otros preceptores? A estas alturas deberían estar en Zemoch o Astel occidental. Hay que ponerlos sobre aviso respecto a Klael. No somos adversarios dignos de ellos. Si acechan y barren al cuerpo principal de los caballeros de la iglesia, perderemos esta guerra.

—¿Quiénes son esos gigantes de los que hablas, Vanion?

—No tuvimos tiempo para presentaciones. Pero puedo decirte que son más grandes que los atanes..., casi tan grandes como los trolls. Llevan unas armaduras muy ajustadas y máscaras de acero. Sus armas no se parecen a nada que yo haya visto hasta ahora, y tienen sangre amarilla.

—¿Amarilla? ¡Es imposible!

—A pesar de eso, es amarilla. Puedes venir hasta aquí y mirar la hoja de mi espada, si lo deseas. Conseguí matar a un par de ellos cuando cubría la retirada de Betuana.

—¿La retirada? ¿De Betuana?

—Llevaba a Engessa en brazos.

—¿Qué le sucede a Engessa?

—Se había alejado un poco con la vanguardia, y los soldados de Klael lo atacaron. Luchó bien, pero ellos lo acometieron en gran número. Nosotros cargamos contra el grupo y Betuana se abrió camino hasta Engessa a filo de espada. Yo ordené la retirada y cubrí a Betuana mientras ella llevaba a Engessa a la retaguardia. Lo llevamos de vuelta a Sarna, pero creo que será un esfuerzo desperdiciado. Le han hundido un lado de la cabeza, y me temo que vamos a perderlo.

—No digas eso, Vanion. Nunca digas eso. Siempre hay esperanza.

—No mucha esta vez, divina Afrael. Cuando alguien daña el cerebro de un hombre, casi lo único que puedes hacer por él es cavar una fosa.

—¡Yo no voy a perderlo, Vanion! ¿A qué velocidad podéis llevarlo de vuelta a Sarna?

—Dos días, Afrael. Nos ha llevado dos días llegar hasta aquí, y dos días de avance significa dos días para regresar.

—¿Podrá resistir tanto tiempo?

—Lo dudo.

Ella profirió una palabra corta e indecorosa en estiriano.

—¿Dónde estáis?

—A veinte leguas al sur de Sarna, y a unas cinco hacia el interior del desierto.

—Quedaos ahí. Yo acudiré a buscaros.

—Ten un poco de cuidado cuando hables con Betuana. Está comportándose de modo muy extraño.

—Di las cosas claras, Vanion. No tengo tiempo para enigmas.

—No estoy seguro de qué son las cosas claras, Afrael. Betuana es un soldado, y sabe que a veces la gente muere en la batalla. Su reacción ante lo sucedido es..., bueno..., excesiva. Se ha quebrado de manera absoluta.

—Es una atana, Vanion. Son una gente muy emotiva. Regresa y detén la columna. Estaré ahí dentro de poco.

Vanion asintió con la cabeza, aunque ante él no había nadie que pudiera ver el gesto, hizo girar a su montura y regresó para reunirse con los caballeros.

—¿Algún cambio? —le preguntó a la reina Betuana.

Ella alzó su rostro bañado en lágrimas.

—Ha abierto una vez los ojos, Vanion-preceptor —replicó—. Pero no creo que me haya visto. —Le tenía cogida una mano a Engessa.

—Acabo de hablar con Afrael —le informó él—. Viene hacia aquí para verlo. No renuncies todavía a las esperanzas, Betuana. Afrael me curó a mí, y yo estaba más cerca de la muerte que Engessa en este momento.

—En efecto, es muy fuerte —comentó ella—. Si la diosa-niña puede curarle la herida antes de que se lo lleve... —La voz se le ahogó con una extraña nota.

—Estará bien, majestad —insistió él, intentando que su voz sonara más segura de lo que él estaba en realidad—. ¿Puedes enviarle un mensaje a tu esposo?... respecto a Klael, quiero decir. Debes informarlo respecto a los soldados que Klael esconde bajo sus alas.

—Enviaré un corredor. ¿Debo decirle a Androl que acuda a Sarna en lugar de ir a Tosa? Klael está aquí en este momento, y el ejército de Scarpa no llegará a Tosa hasta dentro de algún tiempo... y eso será sólo si consiguen esquivar a los trolls.

—Aguardemos hasta haber tenido la oportunidad de hablar primero con los demás. ¿Se ha puesto ya en marcha el rey Androl?

—Así debería ser. Androl siempre salta a cumplir lo que yo sugiero. Es un buen hombre... y muy, muy valiente. —Lo dijo casi como si defendiera a su esposo de una crítica no expresada, pero Vanion advirtió que ella acariciaba distraídamente el ceniciento rostro de Engessa mientras hablaba.

—Tiene que haber tenido mucha prisa —comentó Stragen, aún perplejo ante la breve nota de Sparhawk.

Talen se encogió de hombros.

—Nunca ha sido muy bueno para escribir cartas, si exceptuamos la vez en que pasó días y días componiendo mentiras respecto a lo que supuestamente estábamos haciendo en la isla de Tega.

—Tal vez eso acabó con su repertorio. —Stragen dobló la nota y la miró de cerca—. Pergamino —comentó—. ¿De dónde pudo haber sacado pergamino?

—¿Quién sabe? Quizá nos lo cuente cuando regrese. Vayamos a dar un paseo por la playa. Necesito hacer ejercicio.

—De acuerdo. —Stragen recogió su capa, y junto con el joven ladrón bajó las escaleras y salió a la calle.

La parte sur del mar de Tamul estaba en calma, y el sendero de luna que atravesaba la oscura superficie estaba intacto y muy brillante.

—Bonito —murmuró Talen cuando los dos llegaron a la arena mojada de la orilla.

—Sí —asintió Stragen.

—Creo que se me ha ocurrido algo —comentó Talen.

—A mí también —replicó Stragen.

—Adelante.

—No, primero oigamos tu idea.

—De acuerdo. Los cynesganos están agrupándose en la frontera, ¿correcto?

—Sí.

—Una buena historia podría desagruparlos.

—No creo que exista semejante palabra.

—¿Hemos venido aquí para discutir de vocabulario? ¿Qué harían los cynesganos si se enteraran de que los caballeros de la iglesia se aproximan? ¿No sería casi inevitable que tuvieran que enviar un ejército para interceptarlos?

—Creo que Sparhawk y Vanion quieren mantener más o menos en secreto el hecho de que los caballeros vienen hacia aquí.

—Stragen, ¿cómo puedes mantener en secreto a cien mil hombres? Digamos que le cuento a Valash que he recogido un informe muy fiable que dice que una flota de barcos con la bandera de la iglesia ha rodeado el extremo de Daconia en dirección a Kaftal. ¿No les causaría eso ciertas preocupaciones? Incluso en el caso de que sepan de la presencia de los caballeros que están atravesando Zemoch, continuarían teniendo necesidad de enviar soldados para que esperen a esa flota. No podrán pasar por alto la posibilidad de que los caballeros vayan a atacarlos desde dos direcciones diferentes.

Stragen se echó a reír.

—¿Qué te parece tan gracioso?

—Hace demasiado tiempo que tú y yo andamos corriendo juntos, Talen. Ya

comenzamos a pensar de manera similar. A mí se me ocurrió la idea de contarle a Valash que los atanes iban a atravesar las estepas de Astel oriental y penetrar en Cynesga septentrional hacia la capital.

—Bonito plan —concedió Talen.

—También lo es el tuyo. —Stragen miró con los ojos entrecerrados hacia el agua bañada por la luna—. Las dos historias son estratégicamente creíbles —reflexionó—. Son exactamente el tipo de jugada que haría un militar. Lo que en realidad estamos planeando es un golpe simultáneo desde el este y el oeste. Si conseguimos hacer que Cyrgon crea que vamos a atacarlo por el norte y el sur, lo desorganizaremos de tal forma que no logrará traer de vuelta a sus ejércitos para enfrentarse con nuestro verdadero ataque.

—Por no mencionar el hecho de que dividirá en dos sus fuerzas —apuntó Talen.

—Pero hemos de tener cuidado —le advirtió Stragen a su compañero—. No creo que ni siquiera Valash sea lo bastante crédulo como para tragarse esas historias si se las dejamos caer todas al mismo tiempo. Tendremos que espaciarlas y transmitírselas poco a poco. Lo que de verdad me gustaría es que el cuento sobre los atanes le llegara por una tercera persona.

—Es probable que Sparhawk pueda conseguir que Afrael arregle eso —sugirió Talen.

—Si regresa alguna vez. Su nota era un poco vaga. Pero pongamos las cosas en funcionamiento. Modifiquemos un poco tu historia. Haz retroceder tu flota imaginaria hasta Valesia. Dale a Cyrgon un poco de tiempo para preocuparse antes de señalar Kaftal como punto de destino. Yo sembraré un par de indirectas ambiguas sobre que los atanes están reuniéndose cerca de su frontera noroccidental. Dejaremos las cosas en ese punto hasta que regrese Sparhawk.

Talen suspiró.

—¿Qué sucede?

—Esto es casi legal, ¿verdad?

—Supongo que podríamos decir que sí. ¿Es que hay algún problema en eso?

—Si es legal, ¿por qué estoy divirtiéndome tanto?

—¿Nada? —inquirió Ulath, mientras se abría el cuello de la roja chaqueta de uniforme.

—Ni por asomo —replicó Tynian—. He enviado cuatro veces el hechizo, y aún no he podido llegar hasta ella.

—Tal vez esté ocupada.

—Supongo que es posible.

Ulath se frotó una mejilla con aire reflexivo.

—Decididamente, creo que me afeitaré la barba del caballero Gerda —masculló—. ¿Sabes una cosa? Eso podría deberse a que estamos en el No-Tiempo. Cuando

hicimos esto la primera vez..., en Pelosia..., no funcionaba ninguno de los hechizos.

—Creo que este hechizo es diferente, Ulath. En realidad no estoy tratando de hacer nada. Sólo quiero hablar con Afrael.

—Sí, pero estás mezclando magia. Intentas utilizar un hechizo estiriano cuando estás metido hasta las orejas en uno troll.

—Quizá sea eso. Volveré a intentarlo cuando llegemos a Arjun y regresemos al tiempo real.

Bhlok w regresó arrastrando los pies por la luz gris del momento congelado de Ghnomb, y dejó atrás a una bandada de inmóviles pájaros que se hallaba suspendida en el aire.

—Hay algunos de los cubiles de los hombres-cosas en el siguiente valle —informó.

—¿Muchos o pocos? —le preguntó Ulath.

—Muchos —replicó Bhlok w—. ¿Tendrán perros los hombres cosas de allí?

—Siempre hay perros cerca de los cubiles de los hombres-cosas, Bhlok w.

—Entonces, debemos apresurarnos. —El peludo troll hizo una pausa—. ¿Cómo llamáis a este lugar los hombres-cosas?

—Éste es el lugar Arjun..., me parece.

—Ése es el lugar al que queremos ir, ¿verdad?

—Sí.

—¿Por qué?

—Los malvados le han dicho al llamado Berit que acuda allí. Es nuestro pensamiento que tenemos que ir allí en el momento roto de Ghnomb y escuchar la charla de pájaro de los hombres-cosas. Uno de los hombres-cosas podría decir dónde los malvados le pedirán al llamado Berit que acuda a continuación. Podría ser que el lugar siguiente fuera el lugar en el que está la compañera de Anakha. Será bueno saber eso.

La peluda frente de Bhlok w se frunció mientras él luchaba por abrirse camino a través de la explicación.

—¿Son las cazas de los hombres-cosas siempre tan no-simples? —inquirió.

—Es la naturaleza de nuestra especie el ser no-simples.

—¿No hace eso que os duela la cabeza?

Ulath sonrió, poniendo buen cuidado en no enseñar los dientes.

—A veces, sí —admitió.

—Mi pensamiento es que una caza simple es mejor que una caza no-simple. Las cazas de los hombres-cosas son tan no-simples que a veces me olvido de por qué estoy cazando. Los trolls cazan cosas para comer. Los hombres-cosas cazan pensamiento.

Ulath se sorprendió un poco ante la perspicacia del troll.

—Mi pensamiento es que tu pensamiento podría ser bueno —admitió—. Sí, los hombres-cosas cazamos pensamiento. Le damos mucho valor.

—El pensamiento es bueno, U-lat, pero no puedes comértelo.

—Es que nosotros cazamos pensamiento después de tener la barriga llena.

—En eso los trolls y los hombres-cosas somos diferentes, U-lat. Yo soy un troll. Mi barriga nunca está llena. Démonos prisa. Es mi pensamiento que será bueno saber si los perros de este lugar son tan buenos para comer como los perros del otro lugar. —Hizo una pausa—. No es mi deseo causarte enojo, U-lat, pero es mi pensamiento que los perros de los hombres-cosas son más buenos para comer que los hombres-cosas mismos. —Se rascó una mejilla con una de sus peludas patas—. Me comería un hombre-cosa si mi barriga estuviera vacía, pero prefiero un perro.

—En ese caso, vayamos a buscarte un perro.

—Tu pensamiento es bueno, U-lat.

La enorme bestia tendió una mano y le dio unos golpecitos afectuosos a Ulath en la cabeza, cosa que casi lo hizo caer de rodillas.

La diosa-niña tocó suavemente con las puntas de los dedos la cabeza rota de Engessa, y sus ojos adquirieron un aire distante.

—¿Y bien? —preguntó Vanion, con tono apremiante.

—No me acoses, Vanion. El cerebro es complicado, —Afrael continuó con su delicado sondeo—. Imposible —dijo por fin, y apartó los dedos.

Betuana gimió.

—Por favor, no hagas eso, Betuana —le pidió Afrael—. Lo único que he querido decir es que no podré hacerlo aquí mismo. Tendremos que llevarlo a otro lugar para repararlo.

—¿La isla? —adivinó Vanion.

Ella asintió con la cabeza.

—Allí puedo controlar las cosas. Éste es todavía territorio de Cynesga..., el terreno de Cyrgon. No creo que vaya a concederme permiso, por muy dulcemente que se lo solicite. ¿Puedes orar aquí, Betuana?

La reina atana negó con la cabeza.

—Sólo puedo hacerlo en el propio Atan.

—Voy a hablar con tu dios acerca de eso. Es muy, pero que muy inconveniente. —Volvió a inclinarse y apoyó las manos sobre el pecho de Engessa.

El general atan dejó de respirar en apariencia, y su rostro y cuerpo se cubrieron de pronto con escarcha.

—¡Lo has matado! —le gritó Betuana.

—¡Oh, calla! Sólo lo he congelado para detener la hemorragia hasta que pueda llevarlo a la isla. La herida en sí no es muy grave, pero la hemorragia está destrozándole el resto del cerebro. El congelamiento la reduce a un goteo. Eso es lo único que puedo hacer por el momento, pero debería ser suficiente para evitar que el cuerpo se cause más daños a sí mismo mientras lo lleváis de vuelta a Sarna.

—No hay esperanza —declaró Betuana con expresión angustiada.

—¿De qué estás hablando? Puedo ponerlo de nuevo en pie dentro de uno o dos

días..., pero debo llevarlo a la isla donde soy capaz de controlar el tiempo. El cerebro es fácil. Es el corazón el que resulta tan... bueno, eso no tiene importancia. Escúchame con atención, Betuana. En cuanto tú y Vanion lo llevéis de vuelta a Sarna, quiero que acudas a la frontera de Atan a toda la velocidad de que seas capaz. En cuanto llegues allí, debes caer de rodillas y orarle a tu dios. Se mostrará testarudo..., siempre lo hace..., pero tú no dejes de importunarlo. Transfórmate en una peste para él hasta que ceda. Necesito su permiso para llevarme a Engessa a mi isla. Si nada más funciona, prométele que algún día haré algo bueno por él. Pero no seas demasiado específica al respecto. No dejes de insistir en el hecho de que yo puedo salvar a Engessa, y él no puede.

—Haré lo que me has ordenado, divina Afrael —declaró Betuana.

—Yo no he ordenado, Betuana. Sólo he sugerido. No tengo autoridad ninguna para darte órdenes. —La diosa-niña se volvió a mirar a Vanion—. Déjame ver tu espada —le pidió—. Quiero echarle una mirada a esa sangre amarilla.

Vanion desenfundó el arma y se la ofreció, presentándole la empuñadura.

Ella se estremeció.

—Sostenla tú, querido. El acero me provoca náuseas. —Entrecerró los ojos para observar las manchas de la hoja—. Sorprendente —murmuró—. Eso no es sangre en absoluto.

—Es lo que salía cuando los cortábamos.

—Tal vez, pero continúa sin ser sangre. Es una especie de bilis.

Klael está buscando sus aliados en lugares bastante lejanos. Esos gigantes con los que os tropezasteis no proceden de aquí, Vanion. No son como ninguna de las criaturas de este mundo.

—Eso lo advertimos casi de inmediato, divina Afrael.

—No estoy pensando en su tamaño ni en su forma, Vanion. Ni siquiera parecen tener el mismo tipo de órganos internos que los seres humanos y los animales. Yo diría que no tienen pulmones.

—Todo tiene pulmones, Afrael..., excepto los peces, tal vez.

—De eso se trata, querido. Si esas criaturas tienen bilis en las venas en lugar de sangre, dependen de sus hígados para... —Se interrumpió, frunciendo el ceño—. Supongo que es posible —comentó, un poco dubitativa—. En todo caso, detestaría oler el aire de su mundo.

—Sin duda sabes que no tengo ni la más remota idea de qué estás hablando, ¿verdad?

Ella sonrió.

—No te preocupes, querido. De todas formas, te quiero.

—Gracias.

—De nada.

—Puede ser un buen territorio, amigo Tikume —declaró Kring, mientras se acomodaba el justillo de cuero y recorría con los ojos el rocoso desierto—. Es abierto y no demasiado áspero. Lo único que le hace falta es agua... y algunas buenas gentes. —Los dos cabalgaban juntos en la vanguardia de su desorganizada turba de pelois.

Tikume sonrió.

—Bien mirado, amigo Kring, eso es lo único que le hace falta al infierno.

Kring se echó a reír.

—¿Cuánto falta para ese campamento cynesgano? —preguntó.

—Otras cinco leguas. Será una pelea fácil, domi Kring. Los cynesganos montan a caballo y llevan espadas curvas muy parecidas a vuestros sables, pero sus monturas son enanas y no muy buenas, y los cynesganos son demasiado haraganes como para practicar con el dominio de sus espadas. Para mejorar aún más las cosas, llevan túnicas holgadas con mangas flojas. Durante la mitad del tiempo se enredan con sus propias ropas.

La sonrisa de Kring era lobuna.

—Aunque corren bastante bien —agregó Tikume—, pero siempre regresan.

—¿A los mismos campamentos? —preguntó Kring con incredulidad.

Tikume asintió con la cabeza.

—Eso facilita todavía más las cosas. No tenemos que salir a buscarlos.

—Increíble. ¿Es que utilizan tocones podridos de árbol como jefes?

—Por lo que he oído, reciben las órdenes de Cyrgon. —Tikume se frotó la cabeza afeitada—. No creo que sea una herejía el sugerir que incluso un dios puede ser estúpido, ¿no?

—Mientras no digas eso de *nuestro* dios, creo que estarás a salvo.

—No me gustaría meterme en líos con la iglesia.

—El patriarca Emban es un hombre razonable, domi Tikume. No te denunciará si dices cosas poco halagüeñas de nuestro enemigo. —Kring se puso de pie sobre los estribos y miró al fondo de la extensión parda y sembrada de piedras del desierto de Cynesga—. Estoy deseando que llegue el momento —comentó—. Hace mucho tiempo que no lucho de verdad. —Volvió a dejarse caer sentado en la silla de montar—. Ah, sí, casi lo olvido. Hablé con el amigo Oscagne sobre la posibilidad del premio de las orejas de los cynesganos. Me respondió que no.

—Es una lástima. Los hombres luchan mejor cuando tienen alguna clase de incentivo.

—Llega a convertirse en un hábito. Tuvimos que luchar con los trolls en Atan meridional, y yo ya le tenía una oreja a medio cortar a un troll muerto antes de recordar que no había nadie cerca para comprármela. Esa colina de ahí delante tiene aspecto extraño, ¿no te parece? —Señaló la cúpula de forma casi perfecta que se alzaba del suelo del desierto.

—En efecto, es un poco rara —asintió Tikume—. No tiene ninguna roca por los alrededores..., sólo polvo.

—Probablemente se trate de una duna de polvo. En Rendor tenemos dunas de arena con ese aspecto. El viento arremolina la arena y la acumula en colinas redondeadas.

—¿Crees que el polvo haría lo mismo que la arena?

—Parece evidente. La prueba la tienes ahí delante.

Y entonces, mientras ellos miraban, la colina se abrió por la mitad y sus flancos se desplegaron. Los dos hombres contemplaron con ojos fijos la cara triangular de Klael mientras éste se levantaba lentamente sobre los pies, arrojando enormes cascadas de polvo de sus alas negras lustrosas.

Kring detuvo en seco su montura.

—¡Ya sabía yo que esa colina tenía algo extraño! —exclamó, maldiciendo su propia falta de atención mientras los hombres de ambos líderes se reunían alrededor de ellos.

—¡Esta vez no ha venido solo! —gritó Tikume—. ¡Tenía soldados ocultos bajo las alas! ¡Alto!

—Son unos demonios muy grandes, ¿no? —Kring entrecerró los ojos para enfocar a los guerreros acorazados que corrían hacia ellos—. Pero grandes o pequeños, continúan siendo infantería, y ésta es toda la ventaja que necesitamos, ¿verdad?

—¡Correcto! —Tikume rió entre dientes—. Será más divertido que perseguir cynesganos.

—Me pregunto si tendrán orejas —comentó Kring mientras desenfundaba el sable—. Si las tienen, puede que sienta ganas de recogerlas. Aún no he renunciado a convencer al amigo Oscagne.

—Hay una sola forma de averiguarlo —dijo Tikume, nivelando su jabalina y encabezando la carga.

Las tácticas corrientes pelois parecieron desconcertar a los soldados de Klael. Los soberbios caballos de los nómadas eran rápidos como ciervos, y la preferencia de los pelois orientales por la jabalina en lugar del sable, constituía para estos últimos una ventaja adicional.

Los jinetes se dividieron en pequeños grupos e iniciaron el ataque.

Cargaban en largas hileras, cada grupo concentrándose en uno de los monstruos de máscara de acero, y cada peloi clavando su jabalina en el enorme cuerpo a corta distancia, para girar seguidamente y ponerse fuera del alcance. Tras algunos ataques semejantes, las primeras filas de los guerreros enemigos parecían erizos con las cortas varas de las jabalinas sobresaliéndoles del cuerpo.

Los soldados cubiertos con coraza estaban cada vez más desesperados, y se debatían inútilmente con sus brutales mazas contra sus atormentadores que cargaban velozmente, azotando al aire indiferente sin acertar casi nunca un golpe sólido.

—¡Buena lucha! —le dijo Kring a su amigo, entre jadeos, después de varias cargas—. Son grandes, pero no lo bastante rápidos.

—Y tampoco están en muy buena forma —agregó Tikume—. Ese último al que ensarté estaba resoplando y resollando como un fuelle con un escape.

—La verdad es que parece que tienen algunos problemas para respirar, ¿no es cierto? —agregó Kring—. Espera un momento; intentemos una cosa. Diles a tus niños que simplemente carguen con los caballos y luego giren y vuelvan a alejarse. No malgastemos más jabalinas.

—Me temo que no te sigo muy bien, domi.

—¿Has subido alguna vez a las montañas altas?

—Algunas veces. ¿Por qué?

—¿Recuerdas lo mucho que te costaba respirar?

—Al principio, supongo. Recuerdo haberme sentido un poco mareado.

—Exacto. No sé adónde ha ido Klael para reclutar estos soldados, pero sin duda no fue por estos alrededores. Creo que están acostumbrados a una atmósfera más pesada. Hagamos que nos persigan. ¿Por qué tomarte todas las molestias de matar a alguien, si el aire puede hacer el trabajo por ti?

Tikume se encogió de hombros.

—Vale la pena intentarlo. Pero le quita una gran parte de la diversión.

—Podremos divertirnos más tarde con los cynesganos —replicó Kring—. Primero, hagamos correr a la infantería de Klael hasta que se muera. Luego, podremos aplastar a la caballería de Cyrgon.

—Sígueme la corriente en esto —le dijo Stragen a Talen cuando ambos subían la desvencijada escalera que conducía al desván—. He llegado a conocer bastante bien a Valash, así que puedo calibrar sus reacciones un poco mejor que tú.

Talen se encogió de hombros.

—De acuerdo. Es tu pez. Dejaré que seas tú quien lo pesque.

Stragen abrió la puerta del desván que olía a rancio, y los dos avanzaron esquivando objetos en medio de aquel desorden, hasta el rincón de Valash.

El huesudo dacita de chaqueta de brocado no se encontraba solo.

Un estiriano macilento, con llagas abiertas y supurantes en el rostro, se hallaba pesadamente hundido en una silla, ante la mesa. El brazo derecho del estiriano colgaba laxo, el lado derecho de su ulceroso rostro estaba flojo, y el párpado derecho caía hasta cubrir casi completamente el ojo. Murmuraba para sí, y era evidente que no tenía consciencia alguna de lo que lo rodeaba.

—Éste no es un buen momento, Vymer —declaró Valash.

—Es muy importante, maese Valash —se apresuró a responder, Stragen.

—De acuerdo, pero no tardes demasiado.

Al acercarse a la mesa, a Talen se le revolvió el estómago. Un tufo sobrecogedor

de carne podrida emanaba del comatoso estiriano.

—Éste es mi señor —comentó escuetamente Valash.

—¿Ogerajin? —inquirió Stragen.

—¿Cómo sabes su nombre?

—Tú me lo mencionaste en una ocasión, creo..., o tal vez fue uno de tus amigos. ¿No está un poco enfermo como para andar por ahí?

—Eso no es de tu incumbencia, Vymer. ¿Qué es esa importante información que tienes para mí?

—Yo no, maese Valash. Reldin ha oído algo.

—Habla pues, muchacho.

—Sí, maese Valash —replicó Talen, bajando la cabeza en una especie de semirreverencia—. Entré en una taberna de la costa a primeras horas de hoy, y oí hablar a un par de marineros edomitas. Parecían muy agitados, así que me acerqué un poco más para descubrir por qué estaban tan nerviosos. Bueno, ya sabes lo que sienten los edomitas respecto a la iglesia de Chyrellos.

—Ve al grano, Reldin.

—Sí, señor. Sólo estaba intentando explicarme. En fin, el caso es que uno de los marineros acababa de llegar a puerto, y estaba diciéndole al otro que enviara un mensaje a alguien de Edom..., Rebal, creo que fue el nombre que mencionó. Parece que el primer marinero acababa de llegar de Valesia, y que cuando salía del puerto de allí, su barca se cruzó con una flota que entraba en el puerto de Valles.

—¿Y qué tiene eso de significativo? —exigió saber Valash.

—A eso mismo iba. Lo que puso tan agitado al primer marinero fue el hecho de que esos barcos llevaban todos la bandera de la iglesia de Chyrellos, y que las bordas estaban atestadas de hombres con armaduras acodados en ellas. No dejaba de parlotear algo así como que los caballeros de la iglesia venían a imponer la herejía en el pueblo de Tamuli.

Valash lo miraba fijamente, boquiabierto de horror.

—En cuanto oí esa parte, salí sin llamar la atención. Vymer pensó que te gustaría saberlo, pero yo no estaba tan seguro. ¿En qué puede afectarnos a nosotros que los elenios discutan de religión? Eso no tiene nada que ver con nosotros, ¿verdad?

—¿Cuántos barcos? —exigió saber Valash con voz medio estrangulada. Los ojos se le salían de las órbitas.

—El marinero no lo especificó mucho, maese Valash. —Talen sonrió—. Tuve la impresión de que sobrepasaba los números de los que él conocía el nombre. Supongo que la flota se extendía de horizonte a horizonte. Si esos hombres de armadura eran, en efecto, caballeros de la iglesia, yo diría que todos ellos estaban a bordo de esas naves. He oído cosas sobre esa gente. Te aseguro que no me gustaría ser la persona tras la cual van. ¿Cuánto dirías que vale la información que acabo de darte, maese Valash?

Valash cogió la bolsa sin protestar.

—¿Va a venir más tarde uno de esos mensajeros del bosque, maese Valash? —inquirió de pronto, Stragen.

—Eso no es asunto tuyo, Vymer.

—Lo que tú digas, maese Valash. A lo único que iba yo es a que deberías advertirlos en contra de hablar en público. Me crucé con un par de hombres que tenían aspecto de haber estado viviendo en el bosque. Uno de ellos estaba diciéndole al otro que no podían hacer nada hasta que Scarpa recibiera instrucciones de Cyrga. ¿Quién es Cyrga? Nunca lo había oído nombrar.

—No es un quién, Vymer —intervino Talen—, sino un qué. Cyrga es una ciudad de Cynesga.

—¿De veras? —La expresión de Stragen se hizo curiosa—. Es la primera vez que oigo ese nombre. ¿Dónde está? ¿Qué camino cogerías para ir a Cyrga?

—El paso yace cerca del pozo de Vigay —anunció el enfermo Ogerajin en voz alta de entonación declamatoria.

Valash profirió un sonido levemente estrangulado e intentó sacudir las manos a modo de advertencia ante el rostro de su señor, pero Ogerajin lo despreció barriendo el aire con una mano.

—Mantened el sol a la vuesa espalda —continuó el estiriano.

—Maestro Ogerajin —protestó Valash con tono chillón.

—Silencio, bellaco —replicó Ogerajin con voz tronante—. Responderé a la pregunta deste viajero. Si es la intención suya el presentarse y doblar la cerviz ante Cyrgon, ha de saber el camino. Continúad, viajero, pasado el pozo de Vigay y avanzar hacia el noroeste desierto adentro. El vuesto destino serán las Montañas Prohibidas a las que ninguno puede entrar sin el permiso de Cyrgon a riesgo de la vida suya. En llegando a aquellas negras alturas formidables, buscad las Columnas de Cyrgon, porque sin ellas para guiaros, Cyrga os será por siempre vedada.

—Por favor, maestro. —Valash se retorció impotentemente las manos mientras contemplaba con desazón al delirante lunático.

—Te he ordenado silencio, bellaco. Faba una sola vez más y morirás sin remedio. —Se volvió para fijar en Stragen un solo ojo demente—. Pero no desmayéis, viajero, ante las Llanuras de la Sal que los nómadas temen cruzar. Cabalgad, osadamente cabalgad la muerta blancura, desprovista de vida salvo sólo donde los bellacos trabajan en las canteras para extraer la preciosa sal.

»Desde el borde de las Llanuras de la Sal contemplaréis, bajas en el horizonte, las oscuras formas de las Montañas Prohibidas y, si place a Cyrgon, sus ardientes columnas os guiarán hasta la Ciudad Oculta.

»No dejéis que la Llanura de Huesos os turbe. Aquestos huesos son de los esclavos sin nombre que se afanan hasta la muerte para los escogidos de Cyrgon y, habiendo cumplido con su finalidad, son luego entregados al desierto.

»Al trasponer la Llanura de Huesos llegaréis a las Puertas de la Ilusión tras las cuales se encuentra escondida la Ciudad Oculta de Cyrga. El ojo del hombre mortal

no puede percibir aquellas puertas. Severas se alzan como muralla fracturada al borde de las Montañas Prohibidas para cerrar el vueso paso. Dirigid los vuestos ojos, sin embargo, hacia las dos columnas blancas de Cyrgon, y dirigid los pasos vuestos hacia el vacío que se *hable* entre ellas. No deis crédito a aquello que los vuestos ojos os digan, porque la muralla en apariencia sólida no es sino una niebla y no os impedirá el paso. Atravesadla y continuad el camino por el oscuro paso de la Cañada de Héroe, donde los incontables regimientos de Cyrgon yacen en intranquilo sueño, aguardando el toque de trompeta de su poderosa voz que los llame una vez más a castigar a sus enemigos.

Valash retrocedió un paso y le hizo un gesto apremiante a Talen para que lo siguiera.

Curioso, Talen acompañó al dacita.

—No le prestes ninguna atención al maestro Ogerajin, muchacho —le dijo Valash con tono apremiante—. No ha estado muy bien últimamente, y le dan estos delirios con bastante frecuencia.

—Eso ya lo había adivinado, maese Valash. ¿No deberías llevarlo a un médico? Está delirando de verdad, ¿sabes?

Valash se encogió de hombros.

—No hay nada que los médicos puedan hacer por él. Tú sólo asegúrate de que Vymer entienda que el viejo no sabe de qué está hablando.

Valash parecía sentir una angustia insólita por los desvaríos de Ogerajin.

—Él ya lo sabe, maese Valash. Siempre que alguien la emprende con los «vos» y los «vueso», uno puede estar bastante seguro de que comienzan a aflojarse los tornillos.

El enfermo estiriano continuaba desvariando en aquella voz hueca y declamatoria.

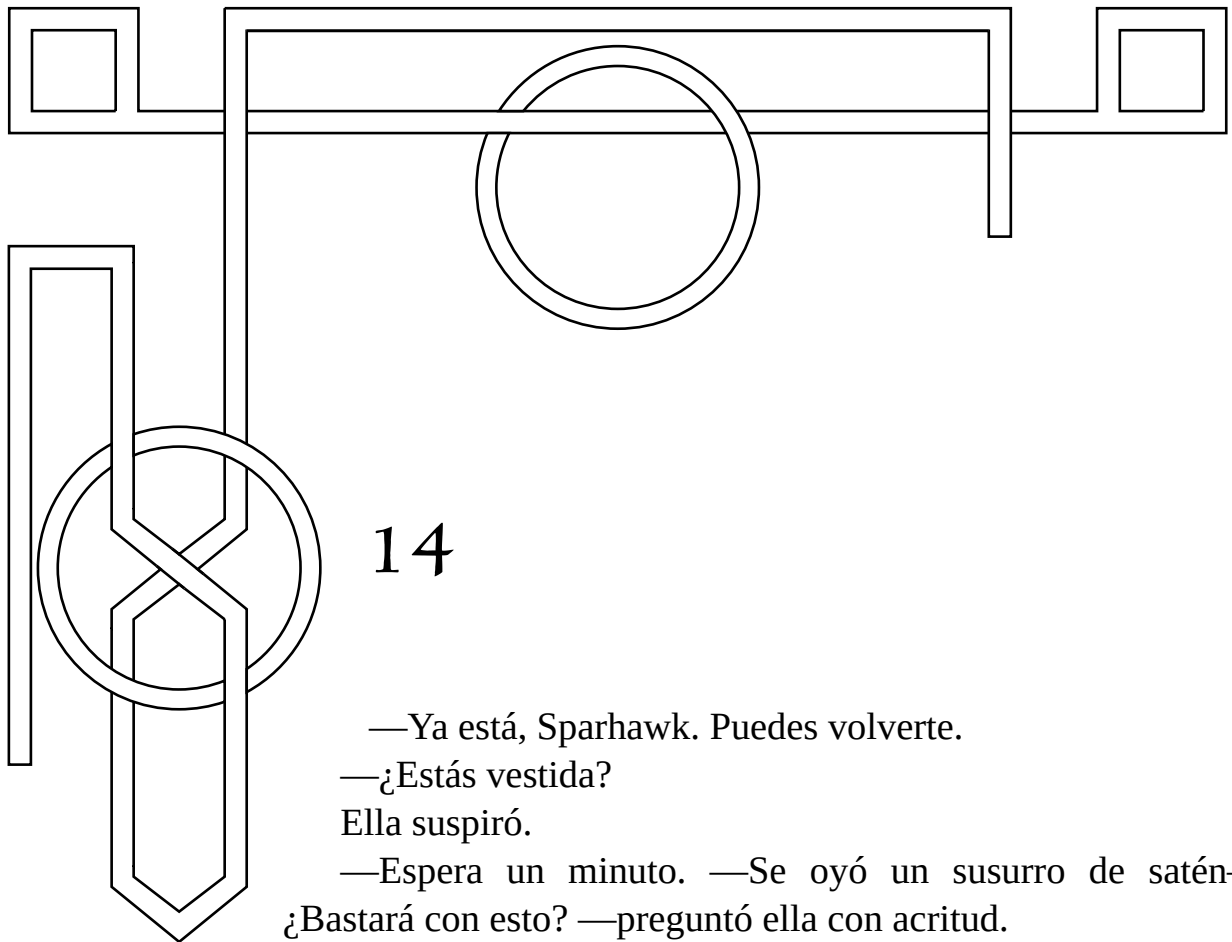
—Pasada la Cañada de Héroe, veréis el Pozo de Cyrgon, que destella al sol y sustenta la Ciudad Oculta.

»Cerca del pozo, en campos ornados con canales, veréis la negra Cyrga que se alza como una montaña dentro de sus murallas de noche. Avanzad osadamente hacia allí y entrad en la ciudad de los benditos cyrgais. Ascended por las empinadas calles hasta la cima del pico oculto entre esas murallas y allí, en la corona del mundo conocido hallaréis, en medio de esa negrura, el blanco, donde columnas de yeso soportan los dinteles y techo del sanctasanctorum dentro del cual Cyrgon arde eterno sobre el altar sacro.

»Postraos sobre el rostro ante su pasmosa presencia, gritando: *¡Vanet, tyek Alcor! ¡Yala Cyrgon!* Y, si le place, os oirá. Y si le place, os destruirá.

»Ése, viajero, es el camino hacia la Ciudad Oculta que yace en el corazón del poderoso Cyrgon, rey y dios de todo lo que fue, y todo lo que es, y de todo lo que será.

Luego, el rostro del demente estiriano se contorsionó en una grotesca máscara de regocijo, y el hombre comenzó a cacarear con agudas carcajadas sin sentido.



14

—Ya está, Sparhawk. Puedes volverte.

—¿Estás vestida?

Ella suspiró.

—Espera un minuto. —Se oyó un susurro de satén—.
¿Bastará con esto? —preguntó ella con acritud.

Él dio media vuelta. La diosa estaba envuelta en una reluciente túnica blanca.

—Eso está un poco mejor —le respondió él.

—Gazmoño. Dame la mano.

Él tomó la esbelta mano de ella y los dos se elevaron de las boscosas colinas que estaban junto a Dirgis, al este.

—Sarna está un poco al oeste, en dirección sur —informó él.

—Ya sé dónde está. —La voz de ella era de crispación.

—Sólo intentaba ayudar.

El suelo que tenían debajo comenzó a deslizarse hacia atrás al acelerar ellos en dirección suroeste.

—¿Puede vernos la gente desde el suelo? —inquirió él con curiosidad.

—Por supuesto que no. ¿Por qué?

—Sólo me lo preguntaba. Se me ocurrió que si nos veían, eso podría explicar muchas de las descabelladas historias que surgen en el folclore.

—Los seres humanos sois muy creativos. Podéis inventar historias descabelladas sin ninguna ayuda por nuestra parte.

—Hoy estás con ánimo de contradicción. ¿Cuánto tardaremos en llegar?

—Unos pocos minutos.

—Ésta es una forma interesante de viajar.

—Se exagera su valor.

Volaron en silencio durante un rato.

—Eso de ahí delante es Sarna —anunció Afrael.

—¿Crees que Vanion ya ha llegado hasta aquí?

—Lo dudo. Probablemente lo hará más tarde. Vamos a descender. —Se posaron suavemente sobre la tierra en un claro que se hallaba a cosa de una milla del borde norte de la ciudad, y Afrael volvió a la más familiar forma de Flute—. Llévame en brazos —pidió, tendiéndole los brazos a Sparhawk.

—Tú sabes caminar.

—Yo te he traído durante todo el camino desde Dirgis. Lo justo es justo, Sparhawk.

Él le sonrió.

—Sólo estaba provocándote, Afrael. —La tomó en brazos y se puso en camino hacia la ciudad—. ¿Adónde vamos? —le preguntó.

—A los barracones atanes. Vanion dice que Itagne está allí. —La diosa-niña frunció el entrecejo—. ¡Oh, ese hombre es imposible de verdad! —estalló con enojo.

—¿Qué sucede?

—El caballero Anosian es desesperadamente inepto. No puedo sacar ningún sentido de lo que está diciendo.

—¿Dónde está?

—En Samar. Intenta contarme algo que Kring y Tikume acaban de descubrir, pero le entiendo una palabra de cada tres, más o menos. ¿Por qué no se concentra en sus estudios, este hombre?

—Anosian es algo así como... eh...

—La palabra que estás buscando es «haragán», Sparhawk.

—Le gusta conservar las energías —declaró Sparhawk, en defensa de su camarada pandion.

—¡Por supuesto que sí! —Ella volvió a fruncir el ceño—. Espera un momento —dijo.

—¿Qué pasa?

—Acaba de ocurrírseme algo.

—¿Qué?

—Acabo de pensar que Tynian podría haber sido poco selectivo al reunir esos caballeros que trajo consigo desde Chyrellos.

—Trajo los mejores hombres a los que pudo ponerles las manos encima.

—Creo que ése es el problema. He estado preguntándome por qué no me ha llegado ningún informe de Komier. No creo que Tynian le haya dejado un solo pandion que tenga más habilidades que Anosian. No sois muchos los que tenéis un alcance de más de unas pocas leguas, y Tynian parece haberse apropiado de todos ellos por inadversión.

—¿Has podido extraer algún sentido de lo que Anosian estaba intentando decirte?

—Es algo relacionado con la respiración. Alguien tiene problemas para respirar. Bajaré hasta allí en un momento después de que hablemos con Itagne. Tal vez Anosian podrá mostrarse coherente si estoy en la misma habitación que él.

—No seas grosera.

Traspusieron las puertas de la ciudad y entraron en Sarna. Sparhawk llevó a la diosa-niña por las estrechas calles de la ciudad hasta la inhóspita fortaleza de piedra que albergaba a la guarnición atana local.

Encontraron a Itagne, con su manto rojo, en una enorme sala de conferencias, examinando el mapa que cubría la totalidad de una pared.

—Ah, Itagne —dijo Sparhawk—, estás aquí. —Depositó a Flute en el suelo.

—Me temo que me llevas ventaja, caballero...

—Soy yo, Itagne..., Sparhawk.

—Nunca conseguiré habituarme a eso —comentó Itagne—. Creía que estabas en Beresa.

—Lo estaba..., hasta ayer.

—¿Cómo has llegado aquí en tan poco tiempo?

Sparhawk posó una mano sobre uno de los pequeños hombros de Flute.

—¿Necesitas preguntarlo?

—Ah. ¿Qué te trae por Sarna?

—Vanion se encontró con problemas en el desierto. Viene de regreso. Él y Betuana traen a Engessa en una litera.

—¿Quieres decir que en este mundo hay alguien lo bastante grande como para herir a Engessa?

—Tal vez no en este mundo, Itagne —respondió Afrael—. Klael ha traído un ejército de alguna otra parte. Son guerreros muy extraños. Vanion y Betuana deberían llegar aquí esta tarde. Luego Betuana tiene que acudir a Atan. ¿A qué distancia está?

Itagne miró el mapa.

—Quince leguas.

—Bien. En ese caso, le llevará bastante tiempo. Tiene que obtener el permiso de su dios para que yo me lleve a Engessa a mi isla. Le han hundido un lado de la cabeza, y eso no puedo arreglarlo aquí.

—¡Buen Dios! —exclamó Itagne.

—¡Qué amable por tu parte el advertirlo!

Él sonrió débilmente.

—¿Qué más está sucediendo? —preguntó.

—Bastantes cosas —replicó Sparhawk—. Zalasta ha intentado matar a Sefrenia.

—¡No hablas en serio!

—Me temo que sí. Tuvimos que utilizar el Bhelliom para salvarle la vida.

—¡Sparhawk! —Los ojos de Itagne se abrieron desmesuradamente.

—No pasa nada, Itagne —lo tranquilizó Afrael, mientras atravesaba la habitación hacia él y le tendía las manos.

—¿No ha puesto eso en peligro a la reina Ehlana? —preguntó, sentándose a la diosa-niña sobre el regazo.

Sparhawk negó con la cabeza.

—Xanetia puede ahogar esos sonidos reveladores, creo. Ehlana continúa a salvo..., al menos eso me ha dicho el Bhelliom. —Su rostro, sin embargo, tenía una expresión preocupada.

—¡Gracias a Dios!

—No hay de qué —replicó Afrael—, pero en realidad fue idea del Bhelliom. No obstante, aún tenemos algunos problemas. El encuentro de Vanion con el ejército de Klael le ha costado alrededor de la mitad de sus caballeros.

—¡Qué desastre! ¡No seremos capaces de retener Samar sin esos caballeros!

—No estés tan seguro de eso, Itagne —le dijo ella—. Acabo de recibir un mensaje confuso de un pandion llamado Anosian. Está en Samar, y Kring y Tikume han descubierto algo respecto a los soldados de Klael. Iré hasta allí en una carrera y averiguaré qué es lo que está sucediendo.

—Klael le tiene la vista encima a Berit y Khalad —continuó Sparhawk—. Lo vieron cuando estaban atravesando el mar de Arjun. —Se frotó un lado de la cara—. ¿Se te ocurre algo más, Afrael?

—Montones de cosas —replicó ella—, pero no tienen nada que ver con lo que estamos haciendo aquí. —Le dio un beso a Itagne y se le deslizó del regazo—. No tardaré mucho —les informó—. Si Vanion llegara aquí antes de mi regreso, dadle con suavidad la noticia respecto a Sefrenia, y decidle que ya se encuentra bien. Mantenedlo bajo control, caballeros. Estamos en invierno, y necesitáis el techo de este edificio. —Se acercó a la puerta, la abrió, y desapareció con un paso al exterior.

Tiana se encontraba en la orilla norte del gran lago llamado mar de Arjun. Era una bulliciosa ciudad tamul con un puerto amplio. En cuanto el sucio barco de carga atracó, Berit y Khalad condujeron sus caballos a tierra firme y montaron.

—¿Cómo era el nombre de la posada? —preguntó Khalad.

—La Gaviota Blanca —replicó Berit.

—Poético —observó Khalad.

—Probablemente, los otros nombres ya estaban ocupados. Sólo puedes tener unos pocos leones, dragones y jabalíes en una misma ciudad, antes de que la gente empiece a confundirse.

—Krager está comenzando a darnos instrucciones más específicas en esas notas —comentó Khalad—. Cuando nos envió a Sopal, sólo nos dio el nombre de la ciudad. Ahora ya está escogiéndonos el alojamiento. Eso podría significar que nos acercamos al final de esta excursioncilla.

—El caballero Ulath dice que desde aquí van a enviarnos a Arjuna.

—De haber sabido que íbamos a pasar tanto tiempo dando vueltas por las

proximidades de este lago, me habría traído la caña de pescar.

—Yo no soy tan aficionado al pescado.

—¿Y quién lo es? Es casi exclusivamente una excusa para salir de casa. Mis hermanos y yo descubrimos que si nos quedábamos durante demasiado tiempo cerca de casa, nuestras madres empezaban a encontrarnos cosas que hacer.

—Tienes una familia extraña, Khalad. La mayoría de los hombres tienen sólo una madre.

—Fue idea de mi padre. Ahí está la Gaviota Blanca. —Khalad señaló calle arriba.

La posada era sorprendentemente limpia y sólida: Disponía de un establo bien cuidado, y las habitaciones estaban impecables, casi hasta el punto de resultar remilgadas. Los dos jóvenes se ocuparon de sus caballos, dejaron las sillas de montar en la habitación, y aprovecharon la casa de baños adosada a la parte trasera de la posada. Luego, sintiéndose mucho mejor, entraron en la taberna para pasar el rato hasta la hora de la cena. Khalad se puso de pie y examinó atentamente la estufa de porcelana.

—Es una idea interesante —le dijo a Berit—. Me pregunto si tendría éxito en Eosia.

—A mí me gusta bastante mirar el fuego directamente —replicó Berit.

—Puedes mirar una vela, si eso es lo único que quieres. Una chimenea no es muy eficaz, y lo pone todo perdido. Una estufa es mucho más práctica... y puedes cocinar sobre ella. Cuando regresemos a casa, creo que les haré una a mis madres.

Berit se echó a reír.

—Si comienzas a destrozarles la cocina, te atizarán con sus escobas.

—Yo no lo creo así. La idea de un guiso que no tenga ceniza flotando podría resultarles atractiva.

El hombre que se acercó a la mesa de los jóvenes llevaba una casaca con capucha que le ocultaba el rostro en parte.

—No os importa si me uno a vosotros, ¿verdad? —preguntó, sentándose y retirándose parcialmente la capucha del rostro.

Era el mismo estiriano que habían visto por última vez en la playa del golfo de Micae.

—Has hecho el recorrido en un buen tiempo, vecino —dijo Berit—. Por supuesto, tú sabías adónde nos dirigíamos, y nosotros no.

—¿Cuánto tardaste en secarte? —le preguntó Khalad.

—¿Podríamos pasar por alto los chistes? —preguntó el estiriano con sequedad—. Tengo instrucciones para vosotros.

—¿Quieres decir que no has pasado por aquí sólo para renovar nuestro conocimiento? —inquirió Khalad—. Estoy desolado.

—Muy gracioso. —El estiriano vaciló—. Voy a meterme la mano en el bolsillo para sacar la nota, así que no comencéis a desenvainar los cuchillos.

—Ni soñaría con hacerlo, muchacho —le aseguró Khalad, arrastrando las

palabras.

—Esto es para ti, Sparhawk. —El estiriano le entregó a Sparhawk un pliego de pergamino sellado.

Berit lo cogió y rompió el sello. Sacó con cuidado el identificativo mechón de cabello de la reina, y leyó en voz alta.

—«Sparhawk. Acude a Arjun por tierra. Allí recibirás más instrucciones. Krager».

—Tiene que haber estado más borracho de lo normal —observó Khalad—. Esta vez no se ha molestado en hacer comentarios insinuantes. Sólo por curiosidad, amigo, ¿por qué no nos envió a Arjun directamente desde Sopal? Podría haberle ahorrado a todo el mundo una cantidad de tiempo enorme.

—En realidad, eso no es asunto tuyo, elenio. Límitate a hacer lo que se te manda.

—Yo soy un campesino, estiriano, así que estoy acostumbrado a hacer eso. Pero el príncipe Sparhawk podría impacientarse un poco, y eso lo pone de mal genio. —Khalad entrecerró los ojos para mirar al mensajero de rostro aterrorado—. Dado que el tema ha surgido, de todas formas, tengo una palabra de consejo amistoso para ti, muchacho. Hay unos veinte días de camino a caballo desde aquí hasta Arjun. Sparhawk va a estar muy desagradable para cuando llegue allí. Si resultas ser tú quien le entregue el próximo mensaje, yo en tu lugar no me acercaría demasiado.

—Creo que podremos encontrar una forma para que consuma su mal genio —se burló el estiriano—. No tenéis veinte días para llegar a Arjun. Contáis con catorce. —Se puso de pie—. No os retraséis. —Dio media vuelta y se encaminó hacia la puerta.

—Vamos —dijo Khalad.

—¿Adónde?

—Tras él.

—¿Para qué?

Khalad suspiró.

—Para sacudirlo, Berit —le explicó con exagerada paciencia—. Quiero desnudarlo y registrarle la ropa. Podría tener encima el mensaje siguiente.

—¿Estás loco? Matarían a la reina si hiciéramos eso.

—¿Sólo porque vapuleemos a su chico de los recados? No seas tonto. Ellos quieren el Bhelliom, y la reina es lo único que tienen para intercambiarla por él. Podríamos matar a cada mensajero de manera continuada y rutinaria y no le harían absolutamente nada a ella. Vayamos a sacudir un poco al estiriano y registrémosle los bolsillos. Si conseguimos apoderarnos del próximo mensaje, podríamos llevarles ventaja.

—¿Sabes?, creo que tienes razón. Ellos no le harán nada a la reina, ¿verdad?

—No hay ni la más mínima posibilidad, mi señor. Vayamos a enseñarle algunos buenos modales a ese estiriano. Es el tipo exacto de cosa que haría Sparhawk.

—Seguro que no, ¿verdad? —Berit miró de cerca a su amigo—. Ese tipo te irrita en serio, ¿no?

—Sí, la verdad es que sí. No me gusta su actitud.

—Bueno, en ese caso, vayamos a cambiarla.

—No voy a hacer ninguna estupidez —dijo Kalten—. Sólo quiero echar una mirada por los alrededores. —Los tres se encontraban sentados debajo de su árbol, en el desordenado campamento que Narstil tenía en la selva. Habían encendido una hoguera, y los pollos robados estaban espetados encima del mismo, arrojando grasa sobre las llamas.

—No hará ningún daño —le comentó Caalador a Bevier—. Si llega el momento en que tengamos que entrar allí, creo que deberíamos conocer la disposición del terreno.

—¿Estás seguro de que podrás mantener tu temperamento bajo control? —le preguntó Bevier a Kalten—. Allí estarás completamente solo, ¿sabes?

—Ya soy grandecito, Bevier —le aseguró Kalten—. No voy a hacer nada escandaloso hasta que las cosas hayan regresado a su cauce. Puede que no volvamos a tener una oportunidad como esta. Senga me ha invitado a acompañarlo para que lo ayude a vender la cerveza. Es la cosa más natural del mundo y nadie va a reconocerme. En Natayos podré recoger información muy valiosa, y si por casualidad reconociera a alguien que se encontrara ante una ventana o algo así, sabríamos con total exactitud el lugar en que se hallan esas dos amistades nuestras. Entonces, el tipo de la nariz quebrada mantendría una charla con su amigo azul, y ellos podrían sacarlas de allí antes de que nadie tenga tiempo de parpadear. Después, podríamos ir y explicarle a cierta gente lo disgustados que estamos.

—Yo estoy a favor de la idea —le dijo Caalador a Bevier.

—Es sensata desde el punto de vista táctico —admitió Bevier—, pero... eh..., Col no tendrá ninguna forma de pedir ayuda si se mete en problemas.

—No voy a necesitar ayuda ninguna, porque no haré nada que se salga de lo corriente. Iré de todas formas, Shallag, así que no malgastes aliento intentando convencerme de lo contrario.

Senga atravesó el desordenado campamento.

—El carro ya está cargado, Col —llamó—. ¿Estás listo?

Kalten se puso de pie.

—En cuanto tú lo estés, Senga —replicó, mientras quitaba del espetón su pollo a medio asar e iba al encuentro de su nuevo amigo—. Estoy aburriéndome de estar aquí sentado, contando árboles.

Tardaron unas tres horas en llegar a Natayos, dado que no había forma alguna de conseguir que un buey se diera prisa. La senda se veía bastante transitada, y serpenteaba por la selva siguiendo la línea de menor resistencia.

—Allí está —anunció Senga cuando el carro avanzaba dando tumbos por un vado que atravesaba un estrecho arroyo. Señaló una antigua ciudad que se hallaba al otro lado de un claro sembrado de tocones de árboles, unas ruinas tan viejas que el paso de los siglos había redondeado las mismas piedras—. Quédate cerca de mí cuando

entremos, Col. Hay un par de sitios de los que tenemos que mantenernos apartados. Verás un edificio muy cerca de la puerta al que no quieren que se acerque nadie para nada.

—¿Ah, sí? —inquirió Kalten, mientras miraba con los ojos entrecerrados las ruinas que tenían delante—. ¿Qué hay dentro que los pone tan quisquillosos?

—No tengo ni la más remota idea, y no soy lo bastante curioso como para arriesgar mi salud preguntándolo.

—Tal vez el edificio es su depósito de tesoros —especuló Kalten—. Si este ejército es tan grande como dices, probablemente recogerán botines cuantiosos.

Senga se encogió de hombros.

—Supongo que puede ser, pero no voy a luchar contra todos esos guardias sólo para averiguarlo. Estamos aquí para vender cerveza, Col. De esa forma obtendremos una pingüe parte de sus tesoros, y no es tan arriesgado.

—¡Pero es tan honrado! —objetó Kalten, sonriendo—. ¿No crees que el trabajo honrado es algo inmoral para la gente como nosotros?

Senga se echó a reír y dio unos golpecitos en los cuartos traseros del buey con la fina vara larga que llevaba. El crujiente carro continuó avanzando a saltos sobre el terreno desigual, hacia las desmoronadas murallas.

—¡Eh, Senga! —saludó uno de los desaseados guardias de la puerta al amigo de Kalten—. ¿Qué te ha retenido? Esto ha estado más seco que un plato de arena desde que te marchaste la última vez.

—Estáis sobrecargando de trabajo a mi destilería, muchachos —replicó Senga—. No puedo seguir el ritmo de la demanda. Tenéis que dejar que la cerveza envejezca un poco antes de beberla. La cerveza verde le hace cosas raras a las entrañas de un hombre.

—No habrás vuelto a subir los precios, ¿verdad?

—No. Los mismos precios que antes.

—Apuesto a que es diez veces más de lo que tú pagaste.

—Oh, no tanto. ¿Dónde quieres que me instale?

—En el mismo lugar que la vez anterior. Haré correr la voz y comenzarán a hacer cola.

—Esta vez quiero algunos guardias, Monda —dijo Senga—. No quiero que se organice un tumulto como el de la semana pasada cuando se quede seco el último barril.

—Me encargaré de ello. Guarda un poco para mí.

El carro con su buey pasó traqueteando por la puerta y entró en una calle ancha de cuyos adoquines había desaparecido la mayor parte del musgo a causa del desgaste. Estaba claro que durante los últimos años se había trabajado mucho en Natayos. Las cuadradas piedras de las murallas derrumbadas habían sido colocadas nuevamente, con bastante descuido, y luego apuntaladas con troncos desbastados. A los antiguos tejados de troncos barnizados los reemplazaban otros toscos hechos con haces de

ramas de árboles, las cuales proporcionaban cobijo a los ruidosos pájaros tropicales, y aquí y allá se veían pilas de árboles y arbustos medio quemados donde unos trabajadores descuidados habían intentado deshacerse de las montañas de maleza sacadas de las calles y las casas. Los hombres que vivían allí haraganeaban en el exterior. Había elenios de Astel, Edom y Daconia, así como arjunis y cynesganos. Eran un grupo toscamente vestidos y sin afeitar, que no daba señal de conocer siquiera el significado de la palabra «disciplina».

—¿Qué precio obtienes por esto? —preguntó Kalten, dando unas palmadas sobre uno de los barriles.

—Un sueldo el octavo —replicó Senga.

—¡Eso es monstruoso!

Senga se encogió de hombros.

—No tienen obligación de comprarla. Que te den el dinero antes de comenzar a servirla. No aceptes promesas.

—Has aquietado mis escrúpulos morales, Senga —declaró Kalten entre carcajadas—. A esos precios, difícilmente puede decirse que esto sea honrado.

—Ahí está el edificio del que te hablé.

Kalten procuró adoptar un aire indiferente cuando se volvió para mirar a la ruina de aspecto sólido.

—Es verdad que no quieren que nadie mire ahí dentro —comentó—. Esos barrotes de las ventanas hacen que parezca una cárcel.

—No del todo, Col. Esos barrotes están para mantener a la gente fuera, no dentro.

Kalten gruñó, mientras continuaba mirando el edificio. Las ventanas que había tras los barrotes tenían cristales de vidrio, un vidrio de mala calidad y turbio, instalado con poca destreza. Las cortinas que las cubrían por el interior anulaban la posibilidad de ver a cualquiera o cualquier cosa que se hallara dentro. Había guardias ante la puerta, y más guardias apostados en cada una de las esquinas. Kalten sintió deseos de aullar de frustración. La dulce muchacha que se había convertido en el centro de su vida se hallaba probablemente a no más de veinte varas de él, pero era igual que si estuviese al otro lado de la luna; e incluso en el caso de que se le ocurriera mirar por los turbios cristales no reconocería el rostro que él tenía en ese momento.

Senga pagó con cerveza a los guardias de la plaza, y luego él y su amigo se pusieron al trabajo. Los rebeldes de Scarpa eran escandalosos, gritaban y reían a carcajadas, pero en general tenían buen humor. Formaron una fila ordenada y se acercaron a la parte trasera del carro de dos en dos, donde Senga y Kalten les llenaban las jarras con la ambarina cerveza. Se produjeron algunas discusiones sobre la capacidad de las variadas jarras, tazas y cubos, pero la palabra de Senga al respecto era definitiva, y cualquiera que objetara de una forma demasiado escandalosa era devuelto al final de la cola para que lo pensara durante una hora más o menos hasta que llegara una vez más al primer lugar.

Fue después de que los dos amigos hubieron vaciado el último barril y despedido a los decepcionados de última hora cuando Kalten vio una figura conocida que atravesaba la musgosa plaza, haciendo eses, en dirección al carro. Krager no se conservaba bien. Tenía la cabeza afeitada y pálida como la barriga de un pescado, y su disipado rostro estaba erosionado por décadas de bebida continuada. Sus ropas, aunque se notaba que eran costosas, se veían arrugadas y sucias.

Se estremecía continuamente con un temblor espasmódico que lo acometía a oleadas.

—Supongo que no habrás traído un poco de vino —le dijo a Senga, esperanzado.

—No hay mucha demanda —replicó Senga, mientras aseguraba la puerta trasera del carro—. La mayoría de estos hombres sólo quiere cerveza.

—¿Conoces algún lugar en el que puedas obtener vino?

—Puedo preguntarlo. ¿Cuál prefieres?

—El arciano tinto, si puedes encontrarlo.

Senga silbó.

—Eso te costará caro, amigo mío. Es probable que pueda conseguirte algunos de los tintos locales, pero el material importado..., eso va a llevarse un buen bocado de tu bolsa.

Krager le sonrió afectadamente.

—Eso no es problema ninguno —le respondió con su estropajosa voz de borracho—. De momento soy lo que podría llamarse un acaudalado independiente. Estos tintos locales saben a bazofia de cerdos. Yo quiero vino de verdad.

—Podría llevarme algún tiempo —le dijo Senga, dubitativo—. Tengo contactos en Delo que podrían conseguirte un poco, pero Delo está muy lejos.

—¿Cuándo vas a volver?

—Dentro de un par de días. La destilería donde compro este brebaje trabaja día y noche, pero ni aun así puedo mantener el ritmo.

—Cuando vuelvas tráeme un par de barriles de esa bazofia para cerdos..., lo bastante como para sacarme del apuro hasta que me consigas arciano tinto.

—Puedes contar con ello —le aseguró Senga. Le echó una mirada dura a Krager—. Pero, necesito algo por adelantado. Yo tendré que comprar el arciano tinto antes de vendértelo a ti. Las cosas me van bastante bien, pero todavía no soy tan rico como para poder pagarlo todo de mi bolsillo.

Krager rebuscó en su bolsa.

Kalten se sintió entonces acometido por una impaciencia casi incontrolable. Estaba seguro de que Alean se encontraba allí. La presencia de Krager se lo confirmaba. Era prácticamente seguro que las prisioneras se hallaban confinadas en el edificio de las ventanas con barrotes. Tenía que volver a toda costa al campamento de Narstil para que Bevier pudiera transmitirle el mensaje a Afrael. Si Xanetia conseguía entrar en Natayos sin ser vista, bien podría penetrar las paredes de la prisión o entrar en la mente empapada en alcohol de Krager para confirmar lo que ya era casi seguro.

Si todo salía bien, no pasarían más que unos días antes de que él y Sparhawk pudieran reunirse con las mujeres a las que amaban. Sólo después de eso, podrían acudir todos a aquel lugar y hacerles cosas desagradables a las personas responsables.

Vanion y Betuana llegaron a Sarna a últimas horas de aquella tarde, y la reina atana apenas se detuvo antes de ponerse en camino hacia la frontera.

—Fue horrible, Sparhawk —dijo Vanion, mientras se reclinaba, agotado, en una silla y dejaba su yelmo sobre la mesa—. No se parecen a ningún soldado que haya visto en mi vida. Son grandes y rápidos, y tienen la piel tan dura que mi espada rebotaba sobre ellos la mayor parte de las veces. No sé dónde los ha encontrado Klael, pero tienen sangre amarilla, e hicieron carne picada con mis caballeros.

—Kring y Tikume también se tropezaron con ellos —informó Sparhawk—. Anosian estaba intentando hacérselo saber a Afrael, pero destrozó el hechizo de tal forma que ella no pudo sacar nada en claro. Está un poco descontenta con Tynian. Cuando estaba reuniendo los caballeros que se trajo de vuelta a Matherion, escogió por accidente a todos los pandiones que tenían menos habilidad para manejar los hechizos. Por eso no podemos recibir ningún informe de Komier.

—Puede que tengamos que enviar a alguien a reunirse con ellos y encargarse de las comunicaciones..., aunque le llevará semanas llegar hasta allí.

—No. Si lo lleva Afrael, no tardará tanto —disintió Sparhawk—. Me llevó desde Beresa a Sopal, más de trescientas leguas, en una media hora.

—¡No lo dices en serio!

—Te encantará volar, Vanion.

—Estás extendiendo cuentos, Sparhawk.

Los dos hombres se volvieron rápidamente.

La diosa-niña estaba sentada en una silla, al otro extremo de la habitación, con sus piececillos manchados de hierba apoyados sobre la mesa.

—Ojalá no hicieras eso —le dijo Sparhawk.

—¿Preferirías que me hiciera anunciar de alguna manera, Sparhawk? ¿Multitudes de espíritus que vocearan himnos hasta desgañitarse con el fin de presentarme? Es un poco ostentoso, pero puedo arreglarlo.

—Olvídate de que haya dicho algo.

—Lo haré. He mantenido una charla con Anosian. Ahora está practicando... con mucho ahínco. Kring y Tikume se tropezaron con Klael y sus soldados en el desierto, y han descubierto algo que tendríais que saber, caballeros. Yo estaba en lo cierto, Vanion. Los soldados de Klael tienen bilis en las venas en lugar de sangre, porque respiran con el hígado; y eso significa que el aire que hay en el sitio del que provienen no se parece al de aquí..., es algo así como el gas de los pantanos. Hay algo en él que esos soldados necesitan y no pueden obtener de nuestro aire. Los pelois utilizaron su táctica normal de herir y correr, y pasado un corto rato esos

monstruos comenzaron a derrumbarse. La próxima vez que os encontréis con ellos, limitaos a dar media vuelta y huir. Si intentan perseguiros, morirán ahogados. ¿Se ha marchado ya Betuana?

—Sí, divina Afrael —replicó Itagne.

—Bien. Cuanto antes pueda llevarme a Engessa a mi isla, antes podré ponerlo en pie.

—Tenía la intención de preguntarte algo al respecto —comentó Sparhawk—. Has dicho que su cerebro resultó dañado.

—Sí.

—El cerebro es muy complicado, ¿verdad?

—El vuestro no es tan complejo como el nuestro, pero no es nada sencillo.

—¿Y tú puedes curarle el cerebro a Engessa en tu isla?

—Por supuesto.

—Si puedes arreglar un cerebro, tendrías que poder arreglar el corazón de alguien. ¿Por qué no te limitaste a llevar a Sefrenia a tu isla y curarla allí? ¿Por qué acudiste a Beresa e intentaste robarme el Bhelliom?

—¿Qué significa eso? —exclamó Vanion, poniéndose de pie.

—Maravilloso, Sparhawk —comentó Afrael con sequedad—. Estoy pasmada por tu sutileza. Ella está bien, Vanion. El Bhelliom la trajo de vuelta.

Vanion dio un puñetazo sobre la mesa y luego se controló con un evidente esfuerzo.

—¿Le importaría a alguien contarme qué ha sucedido? —les preguntó con voz gélida.

Afrael se encogió de hombros.

—Estábamos en Dirgis. Sefrenia se encontraba sola en la habitación, y Zalasta entró y le clavó una puñalada en el corazón.

—¡Buen Dios!

—Se encuentra bien, Vanion. El Bhelliom se ha encargado de que así fuese. Se recupera perfectamente y Xanetia está con ella.

Vanion se encaminó hacia la puerta.

—Oh, vuelve aquí —le dijo la diosa-niña—. En cuanto haya trasladado a Engessa a mi isla y me haya ocupado de su herida, te llevaré a Dirgis. De todas formas, ahora Sefrenia está durmiendo, y tú ya la has visto dormida... montones de veces.

Vanion se sonrojó apenas y luego pareció un poco avergonzado.

—Todavía no has respondido a mi pregunta —insistió Sparhawk—. Si puedes reparar un cerebro, ¿por qué no puedes hacerlo con un corazón?

—Porque puedo desconectar un cerebro para trabajar en él —replicó ella con tono sufrido—. El corazón tiene que continuar latiendo, y yo no puedo trabajar en él mientras va dando saltos de esa manera.

—Ah. Supongo que eso tiene sentido.

—¿Sabes por casualidad dónde podría encontrar a Zalasta? —inquirió Vanion con

un tono de voz terrible.

—Es probable que haya regresado a Natayos —replicó Afrael.

—Después de que visite a Sefrenia, ¿crees que podrías llevarme hasta allí? Te aseguro que me gustaría mucho tener una charla con él.

—Yo me quedo con su corazón —declaró la diosa-niña.

Vanion le echó una mirada de extrañeza.

—Es el chiste del momento —le explicó Sparhawk.

—Yo no estoy bromeando, Sparhawk —replicó Afrael con frialdad.

—No podemos ir a Natayos —dijo Sparhawk—. Ehlana podría estar allí, y Scarpa la matará si nos presentamos a aporrearle la puerta. Por otra parte, creo que tendréis que hablar con Khwaj antes de hacerle nada a Zalasta.

—¿Con Khwaj? —preguntó Vanion.

—Tynian le contó a Afrael que Khwaj tiene sus propios planes para nuestro amigo estiriano. Quiere prenderle fuego.

—Yo tengo algunas ideas más interesantes —le aseguró Vanion, ceñudo.

—Yo no estaría tan seguro, mi señor. Khwaj quiere prenderle fuego a Zalasta, pero no quiere quemarlo hasta que muera. Él habla de una llama eterna..., con Zalasta chillando en medio de ella... por siempre jamás.

Vanion meditó lo que acababa de oír.

—¡Qué idea tan feliz! —comentó al fin.

—Mi señora —susurró Alean con tono apremiante—, ven, pronto. Zalasta ha regresado.

Ehlana se echó la toca de lino sobre la frente, y se reunió con su camarera junto a la ventana defectuosa. El griñón había sido idea de Alean. Se ajustaba sobre la asolada cabeza de la reina, y le cubría también la garganta y la parte de debajo del mentón. Resultaba incómodo, pero ocultaba el horror que el cuchillo de Krager había hecho en sus cabellos. Ehlana se inclinó y miró por la pequeña abertura triangular de la ventana.

El macilento rostro de Zalasta estaba contorsionado por la aflicción, y tenía los ojos muertos. Scarpa se le aproximó con paso presuroso y expresión ansiosa.

—¿Y bien? —inquirió con tono apremiante.

—Márchate, Scarpa —le dijo Zalasta.

—Sólo quería asegurarme de que estabas bien, padre —replicó Scarpa con insinceridad obvia.

Scarpa se había fabricado una corona tosca con un cuenco de comida hecho de oro batido. Era evidente que no se daba cuenta del aspecto ridículo que tenía con aquel ornamento ladeado sobre su cabeza afeitada.

—¡Déjame! —tronó Zalasta—. ¡Fuera de mi vista!

—¿Está muerta? —Scarpa hizo caso omiso de la terrible amenaza implícita en la

voz de su padre.

El rostro de Zalasta se endureció.

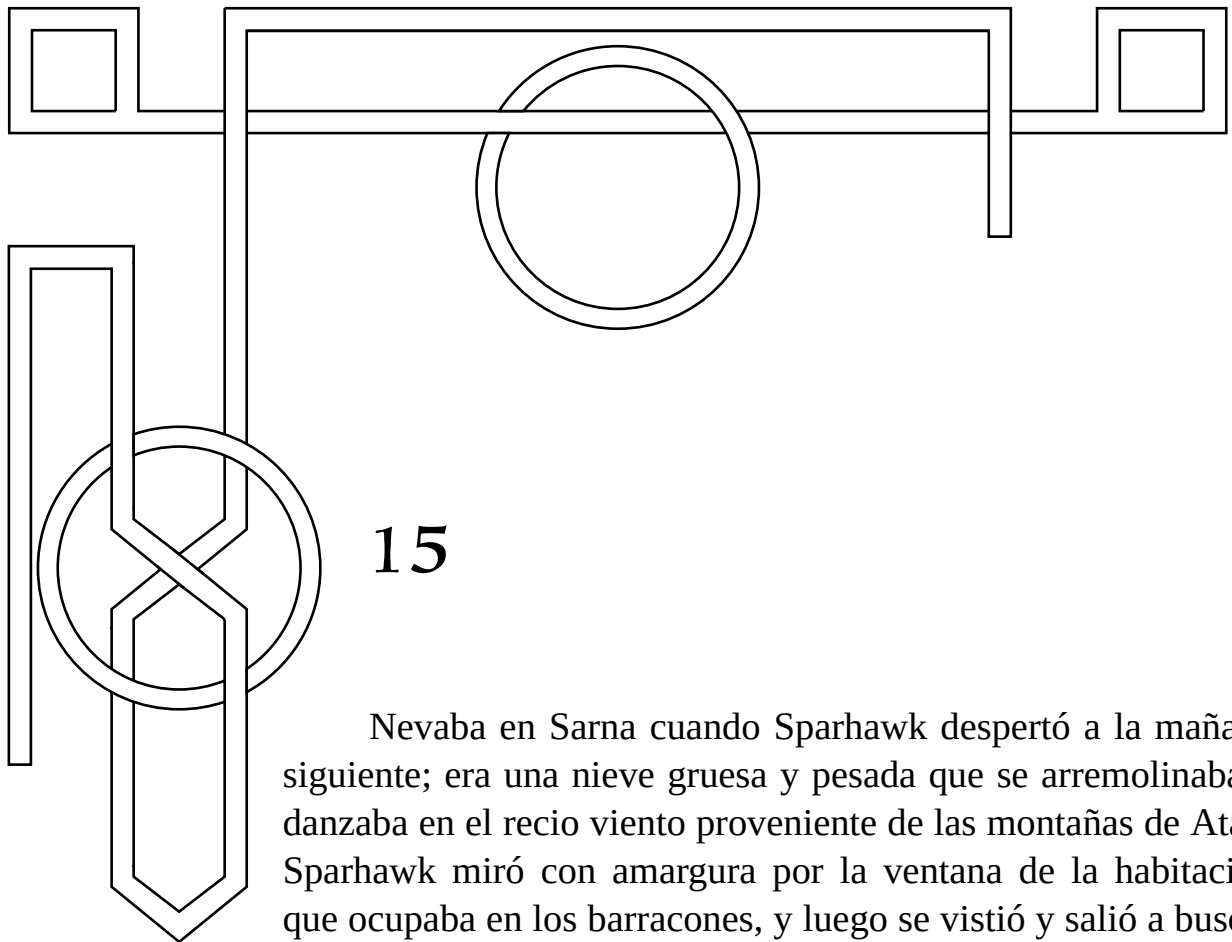
—Sí —replicó en un tono de voz de extraña neutralidad—. Le clavé el cuchillo directamente en el corazón. Ahora estoy intentando decidir si podré continuar viviendo con lo que he hecho. Por favor, quédate, Scarpa, por lo que más quieras. Después de todo, esto fue idea tuya. Ha sido una ocurrencia tan maravillosa que tal vez quiera recompensarte por ello.

Scarpa retrocedió; sus ojos, de repente racionales, estaban cargados de temor.

Zalasta ladró dos palabras en estiriano y estiró un brazo con los dedos de la mano curvados como garfios. Scarpa se aferró el vientre y profirió un alarido. Su improvisada corona cayó, inadvertida, mientras Zalasta lo arrastraba de vuelta, implacable.

—Eres patéticamente claro, Scarpa —dijo Zalasta con voz áspera; su rostro estaba a pocos centímetros del de su hijo—, pero tu plan tenía un pequeño fallo. Es muy probable que me mate por lo que le he hecho a Sefrenia, pero antes te mataré a ti... de la forma más desagradable que me sea posible. Puede que te mate en cualquier caso. La verdad es que no me gustas, Scarpa. Sentía una cierta responsabilidad por ti, pero ésa es una palabra que tú no comprenderías. —Sus ojos ardieron de pronto—. Tu locura tiene que ser contagiosa, hijo mío. Yo mismo estoy comenzando a perder el asidero de la cordura. Tú me convenciste de que matara a Sefrenia, y a ella la quería más de lo que jamás podría quererte a ti. —Desengarfió los dedos—. Huye, Scarpa. Recoge tu insignificante corona de juguete y corre. Cuando decida darte muerte, seré capaz de encontrarte.

Scarpa escapó, pero Ehlana no lo vio marcharse. Tenía los ojos llenos de lágrimas, y se apartó de la ventana con un gemido de profundo dolor.



15

Nevaba en Sarna cuando Sparhawk despertó a la mañana siguiente; era una nieve gruesa y pesada que se arremolinaba y danzaba en el recio viento proveniente de las montañas de Atan. Sparhawk miró con amargura por la ventana de la habitación que ocupaba en los barracones, y luego se vistió y salió a buscar a sus compañeros. Encontró a Itagne sentado junto a la estufa de la sala de la guerra, con un fajo de papeles sobre el regazo.

—¿Algo importante? —le preguntó al entrar.

—No —replicó Itagne. Hizo una mueca y dejó los papeles sobre la mesa—. Cometí un grave error la primavera pasada, antes de que Oscagne me desarraigara y me enviara a Cynesga. Estaba dando una clase de relaciones exteriores en la universidad, y tuve un desliz y pronuncié las palabras fatales «escribid un trabajo». Ahora tengo un fardo de esas cosas para leer. —Se estremeció.

—¿Malos?

—Increíblemente malos. No debería permitirse que los no graduados tocan siquiera una pluma. Hasta ahora he encontrado quince versiones diferentes de mis propios apuntes de conferencia..., todas redactadas en prosa sin gracia y semianalfabeta.

—¿Dónde está Vanion?

—Ha ido a ver a sus heridos. ¿Has visto a Afrael esta mañana?

Sparhawk negó con la cabeza.

—Podría estar en cualquier parte.

—¿Es verdad que te trajó volando hasta aquí desde Dirgis?

—Oh, sí... y desde Beresa a Dirgis, antes. Es una experiencia insólita y siempre comienza con la misma discusión.

Itagne le echó una mirada interrogativa.

—Tiene que revertir a su forma real siempre que vuela.

—¿Luz cegadora? ¿Estelares nubes de gloria y todo eso?

—No, nada parecido. Ella siempre posa como niña, pero no es más que un subterfugio. En realidad, es una muchacha.

—¿De qué discutes con ella?

—Sobre si va a ponerse ropa o no. Es evidente que los dioses no la necesitan, y no han captado del todo el concepto del recato. Afrael resulta un factor de distracción cuando aparece por primera vez.

—Puedo imaginarlo.

La puerta se abrió y Vanion entró, sacudiéndose la nieve de los hombros.

—¿Cómo están los hombres? —le preguntó Sparhawk.

—No muy bien —replicó el preceptor—. Ojalá hubiéramos sabido algo más sobre los soldados de Klael antes de enfrentarnos con ellos. Perdí innecesariamente a una gran cantidad de caballeros muy buenos en esa escaramuza. Si hubiera tenido todos mis sentidos alerta, habría sospechado algo cuando no nos persiguieron al interrumpir nosotros el ataque.

—¿Cuánto tiempo duró el enfrentamiento?

—Parecieron horas, pero es probable que no haya durado más de diez minutos.

—Cuando llegues a Samar, será mejor que hables con Kring y Tikume. Tenemos que hacernos una idea de cuánto tiempo pueden estar esos soldados en nuestro aire antes de comenzar a desplomarse.

Vanion asintió con la cabeza.

En realidad no tenían nada que hacer, y la mañana se deslizó lentamente.

Fue poco antes del mediodía cuando Betuana, ataviada con ropas ajustadas de piel de castor, llegó corriendo sin esfuerzo desde la arremolinada nieve. Su casi inhumano vigor acobardaba, de alguna manera. Apenas parecía jadear y ni siquiera estaba roja cuando entró en la habitación en la que ellos esperaban.

—Tonificante —observó con aire ausente mientras se quitaba la prenda exterior. Cogió entre los dedos un mechón de sus oscuros cabellos y lo estiró para mirarlo con ojo crítico—. ¿Tiene alguien un peine? —inquirió.

Todos se sobresaltaron al oír el sonido de una trompeta proveniente del otro extremo de la sala. Se volvieron en redondo y vieron a la diosa-niña. Estaba rodeada de un nimbo de luz purísima y sentada serenamente en medio del aire, sonriéndole a Sparhawk con dulzura.

—¿Era algo así lo que tenías en mente? —le preguntó.

Él puso los ojos en blanco.

—¿Por qué yo? —gimió. Luego miró el pequeño rostro sonriente de ella—. Me doy por vencido, Afrael —dijo—. Tú ganas.

—Por supuesto. Yo siempre gano. —Descendió con lentitud hasta el suelo y su luz se apagó—. Ven aquí, Betuana. Peinemos ese pelo. —Tendió ambas manos y

apareció un peine en una y un cepillo en la otra.

La reina de los atanes se acercó a la diosa-niña y se sentó tranquilamente en una silla.

—¿Qué ha dicho? —preguntó Afrael a la vez que comenzaba a pasar el peine por los chorreantes cabellos de Betuana.

—Al principio dijo «no» —replicó la reina—, y «no» la segunda y la tercera vez. Comenzó a ceder a la duodécima vez, según recuerdo.

Afrael sonrió.

—Sabía que iba a dar resultado.

—¿Estamos perdiéndonos algo? —inquirió Vanion.

—Los atanes no llaman a su dios con mucha frecuencia, así que él está casi obligado a responder cuando lo hacen. Es probable que estuviera concentrándose en otra cosa, y cada vez que Betuana lo llamaba, él tenía que dejarlo a un lado e ir a ver qué quería.

—Me mostré muy cortés —comentó Betuana con una sonrisa—, pero continué pidiéndoselo. Te tiene mucho miedo, divina Afrael.

—Ya lo sé. —Afrael dejó el peine y cogió el cepillo—. Piensa que voy a robarle el alma, o algo parecido. No quiere ni acercárseme.

—Le hice saber que continuaría llamándolo hasta que me diera su permiso —continuó diciendo Betuana—, y al final cedió.

Afrael se encogió de hombros.

—Siempre lo hacen. Siempre conseguirás lo que quieres, si no dejas de pedirlo hasta obtenerlo.

—Eso se llama «machacar», divina Afrael —señaló Sparhawk.

—¿Qué tal te sentaría estar unos cuantos días oyendo fanfarrias de trompeta, Sparhawk? —preguntó ella.

—Eh... no, gracias. Pero ha sido muy amable por tu parte el preguntarlo.

—¿Dio su permiso de manera definitiva? —le preguntó Afrael a la reina.

Betuana sonrió.

—De manera muy definitiva. Dijo: «¡Dile que puede hacer lo que le dé la gana! ¡Sólo déjame en paz!».

—Bien. En ese caso, me llevaré a Engessa a la isla. —Afrael frunció los labios—. Tal vez sea mejor que le envíes un mensajero a tu esposo. Cuéntale lo referente a los soldados de Klael. Conozco a Androl, así que tendrás que ordenarle que no los ataque. Nunca he conocido a nadie tan completamente incapaz como él de emprender una retirada.

—Intentaré explicárselo —replicó Betuana, un poco dubitativa.

—Buena suerte. Toma. —Afrael le entregó el peine y el cepillo—. Me llevaré a Engessa a la isla, lo descongelaré y me pondré a trabajar.

Ulath ordenó un alto en la periferia de la ciudad, y Bhlok w invocó a Ghnomb. El dios de la comida se presentó con un cuarto trasero de algún animal grande a medio

comer, en una de sus enormes zarpas.

—Hemos llegado al lugar al que le han ordenado acudir al llamado Berit —le informó Ulath al gigantesco dios-troll—. Ahora sería bueno si saliéramos del No-Tiempo y entráramos en el tiempo de momentos rotos.

Ghnomb le echó una mirada de desconcierto; estaba claro que no comprendía qué estaban haciendo los hombres.

—U-lat y Tin-in cazan pensamientos —le explicó Bhlok—w—. Los hombres-cosas tienen barrigas en las mentes además de barrigas en las barrigas. Tienen que llenar las dos barrigas. Las barrigas de sus barrigas ya están llenas. Por eso te piden esto. Su deseo es ahora llenar las barrigas de sus mentes.

Una lenta expresión de entendimiento comenzó a fluir por el brutal rostro de Ghnomb.

—¿Por qué no me dijiste eso antes, Ulath-de-Thalesia?

Ulath buscó torpemente una respuesta.

—Fue Bhlok—w quien descubrió que teníamos barrigas en la mente —intervino Tynian—. Nosotros no sabíamos eso. Sólo sabíamos que nuestras mentes tenían hambre. Es bueno que Ghworg haya puesto a Bhlok—w a cazar con nosotros. Bhlok—w es un cazador muy bueno.

Bhlok—w sonrió de oreja a oreja.

Ulath se apresuró a ampliar la metáfora.

—Nuestras barrigas de la mente tienen hambre de los pensamientos de los malvados —explicó—. Podemos rastrear esos pensamientos en los sonidos de pájaro que los hombres-cosas hacen cuando hablan. Nos quedaremos en un lado del momento roto donde no puedan vernos, y escucharemos los sonidos de pájaro que hagan. Seguiremos esos rastros hasta los que estamos cazando, y ellos no sabrán que estamos allí. Entonces escucharemos los sonidos de pájaro que hagan esos otros, y sabremos dónde han escondido a la compañera de Anakha.

—Cazáis bien —aprobó Ghnomb—. No había pensado antes en esta clase de caza. Es casi tan buena como cazar cosas para comer. Os ayudaré en vuestra caza.

—Nos alegra que vayáis a hacerlo —le agradeció Tynian.

Arjun era la capital del reino de Arjuna, una ciudad considerable emplazada en la margen sur del lago. El palacio real y las augustas casas de las familias nobles del reino se alzaban sobre las colinas del borde meridional de la ciudad, y el centro comercial se encontraba cerca de la orilla del lago.

Ulath y Tynian ocultaron sus caballos y entraron a pie a través de los grises momentos rotos en penumbra de Ghnomb, en la ciudad propiamente dicha. Entonces se separaron y comenzaron a buscar la comida que ansiaban las barrigas de sus mentes, mientras Bhlok—w se marchaba a buscar perros.

Ya era casi de noche cuando Ulath salió de otra de las asquerosas tabernas cercanas a los muelles del lado este de la ciudad.

—Esto va a llevarnos todo el mes —masculló para sí.

El nombre de Scarpa había surgido en algunas de las conversaciones que oyó, y cada vez que se pronunciaba él se acercaba anhelante para escuchar con mayor atención. Desgraciadamente, sin embargo, Scarpa y su ejército eran temas generales de conversación en aquel lugar, y Ulath no había conseguido nada que les fuera de alguna utilidad.

—¡Apártate de mi camino! —La voz era áspera, autoritaria.

Ulath se volvió a mirar quién era el que hablaba de manera tan ofensiva.

El hombre era un dacita ricamente vestido. Montaba un fogoso caballo negro y su rostro exhibía las marcas de la vida disipada.

A pesar de que nunca antes había visto a aquel tipo, Ulath lo reconoció de inmediato. El lápiz de Talen había captado el rostro a la casi perfección. Ulath sonrió.

—Vaya —murmuró—, eso está un poco mejor.

Se apartó a un lado y luego fue en pos de la encabritada montura. El punto de destino era una de las magníficas casas cercanas al palacio real. Un sirviente de librea salió corriendo de la casa a recibir al despreciativo elenio.

—Hemos estado aguardando con ansiedad tu llegada, mi señor —declaró el sirviente, haciéndole una obsequiosa reverencia.

—Haz que alguien se encargue de mi caballo —le espetó el elenio al desmontar—. ¿Están todos aquí?

—Sí, barón Parok.

—Asombroso. No te quedes ahí parado, idiota. Llévame ante ellos al momento.

—Sí, mi señor barón.

Ulath volvió a sonreír y los siguió al interior de la casa.

La sala a la que los condujo el sirviente parecía ser una especie de estudio. Las paredes estaban cubiertas de librerías, aunque las puertas de las mismas no daban señal alguna de haber sido jamás abiertas. En la sala había alrededor de una docena de hombres: algunos elenios, algunos arjunis, e incluso un estiriano.

—Vayamos directamente al trabajo —les dijo el barón Parok, mientras arrojaba su sombrero adornado con plumas y sus guantes sobre la mesa, con gesto negligente—. ¿Qué tenéis que informar?

—El príncipe Sparhawk ha llegado a Tiana, barón Parok —le dijo el estiriano.

—Eso esperábamos.

—Lo que no esperábamos, sin embargo, fue el trato que le dio a mi pariente. Él y ese bruto al que llama su escudero, siguieron al mensajero y lo atacaron. Le arrancaron la ropa y le dieron vuelta a todos los bolsillos.

Parok profirió una risa ronca.

—He conocido a tu primo, Zorek —replicó—. Estoy seguro de que se lo ganó a pulso. ¿Qué le dijo al príncipe para merecer semejante tratamiento?

—Les entregó la nota, mi señor, y ese rufián de escudero hizo una observación insultante respecto a un viaje de veinte días a lomos de caballo. Mi primo se sintió ofendido, y les dijo que sólo disponían de catorce días para completar el recorrido.

—Eso no estaba en las instrucciones —le espetó Parok—. ¿Lo mató Sparhawk?

—No, mi señor. —El tono de Zorek era hosco.

—Lástima —contestó Parok con malevolencia—. Ahora tendré que encargarme yo de hacerlo. Los estirianos os volvéis engreídos, a veces. Cuando tenga un momento, perseguiré a tu primo para colgar sus tripas de una cerca como ejemplo para el resto de vosotros. Se os paga para hacer lo que se os manda, no para que os mostréis creativos. —Miró a los demás—. ¿Quién tiene la siguiente nota?

—Yo la tengo, mi señor —replicó un edomita de aspecto bastante próspero.

—Será mejor que esperes un poco antes de entregarla. El primo de Zorek ha trastornado nuestro calendario con esa incursión por el terreno de la creatividad constructiva. Deja que a Sparhawk se le enfríen los pies aquí durante una semana, más o menos. Luego podrás entregarle la nota que le ordena acudir a Derel. Mi señor Scarpa quiere que su ejército comience a desplazarse hacia el norte antes de que le demos a Sparhawk el último mensaje..., el que le ordena acudir a Natayos para realizar el intercambio.

—Barón Parok —dijo en tono arrogante un arjuni de ojos abolsados que llevaba puesta un jubón de brocado—, esta demora..., especialmente aquí, en la capital, representa un peligro para mi rey. Ese tal Sparhawk es famoso por su irracionalidad, y todavía tiene la gema del poder en sus manos. Su majestad no quiere que ese bárbaro elenio ande vagabundeando por Arjun con tiempo de sobras a su disposición. Envíalo de inmediato a Derel. Si va a destruir algún lugar, que sea Derel, no Arjun.

—Tienes unos oídos asombrosamente agudos, duque Milanis —observó Parok con tono sardónico—. ¿De verdad puedes oír lo que está diciendo el rey Rakya cuando te hallas a un cuarto de legua de su palacio?

—Estoy aquí para proteger los intereses de su majestad, barón. Tengo plena autoridad para hablar en su nombre. La alianza de su majestad con el señor Scarpa no está grabada en un diamante. Haz que el príncipe Sparhawk continúe avanzando. No lo queremos en Arjun.

—¿Y si no lo hago?

Milanis se encogió de hombros.

—Su majestad revocará la alianza y hará un informe completo de lo que tu gente ha estado haciendo... y de lo que planea hacerle... al embajador tamul.

—Veo que el viejo refrán referente a la estupidez de fiarse de un arjuni continúa siendo verdad.

—Limítate a hacer lo que se te dice, Parok —le espetó Milanis—. No me aburras con todas estas tediosas protestas y reparos raciales. No cometas ningún error en esto, viejo amigo. El informe de su majestad para el embajador ya está escrito. Lo único que necesita es una excusa para enviarlo al otro lado de la ciudad.

Un sirviente entró con una jarra y una bandeja de copas para vino, y Ulath aprovechó la puerta abierta para deslizarse furtivamente al exterior. Iba a llevarle algún tiempo reunir a Tynian y Bhlok, y luego tendrían que componer un mensaje

bastante extenso para Afrael.

Sin embargo, tras salir de la casa, el caballero Ulath dio brevemente rienda suelta a sus emociones. Saltó muy arriba en el aire con un aullido de triunfo, a la vez que golpeaba las palmas de ambas manos con júbilo. Luego recobró la compostura y fue a buscar a sus amigos.

El caballero Heldin, ataviado con su negra armadura, regresó para reunirse con el patriarca Bergsten al frente de la columna.

—¿Ha habido suerte? —le preguntó Bergsten. Heldin negó con la cabeza.

—El caballero Tynian fue muy minucioso —replicó con su tronante voz de bajo profundo—. Asoló las filas de la orden de los pandiones como un buscador de oro. Creo que se ha llevado a todos los que pueden siquiera pronunciar el idioma estiriano.

—Tú conoces los hechizos.

—Sí, pero Afrael no puede oírme. Mi voz tiene un timbre demasiado bajo para sus oídos.

—Eso hace surgir algunas cuestiones teológicas muy interesantes —reflexionó Bergsten.

—¿Cree vuestra gracia que podríamos meditar sobre ellas en algún otro momento? En este preciso instante tenemos que enviarles mensaje a Sparhawk y Vanion sobre lo sucedido en Zemoch. La guerra podría haber terminado para cuando los mensajeros del embajador Fontan lleguen hasta ellos.

—Habla con las otras órdenes, Heldin —sugirió Bergsten.

—No creo que vaya a funcionar, vuestra gracia. Cada orden trabaja a través del dios personal del estiriano que les enseñó los secretos. Tenemos que hacerle llegar el mensaje a Afrael. Es ella quien está sentada sobre el hombro de Sparhawk.

—Heldin, pasaste demasiado tiempo practicando con las armas durante el noviciado. La teología tiene un propósito, ¿sabes?

—Sí, vuestra gracia. —Heldin suspiró, poniendo los ojos en blanco, mientras se preparaba para oír un sermón.

—No hagas eso —le dijo Bergsten—. No me refiero a la teología elenia, sino a las descarriadas creencias de los estirianos. ¿Cuántos dioses estirianos hay?

—Un millar, vuestra gracia —replicó Heldin con prontitud—. Sefrenia siempre hizo hincapié en eso.

—¿Existen los mil dioses jóvenes de manera independiente los unos de los otros?

—Según tengo entendido, están todos emparentados..., son como una familia.

—Asombroso. Escuchaste de verdad a Sefrenia cuando os hablaba. Los pandiones adoráis todos a Afrael, ¿correcto?

—Bueno, «adorar» podría ser un término demasiado fuerte, vuestra gracia.

—He oído historias respecto a Afrael, Heldin. —Bergsten sonrió—. Ella tiene sus planes privados. Está intentando robar para sí a toda la humanidad. Ahora bien, yo

soy miembro de la orden genidiana. —Hizo una pausa—. Lo era —se corrigió—. Nosotros dirigimos nuestras solicitudes a Hanka; los cyrínicos trabajan a través de Romalic; y los alciones trabajan con Setras. ¿Crees que en su brumoso paraíso de alguna parte por encima de las nubes, esos dioses estirianos podrían conocerse los unos a los otros y por tanto hablar entre sí?

—Por favor, no me castigáis, Bergsten. He pasado por alto un detalle, eso es todo. No soy estúpido.

—Nunca he dicho que lo fueras, muchacho. —Bergsten le sonrió—. Sólo necesitabas guía espiritual, eso es todo. Ése es el propósito de nuestra santa madre iglesia. Ven a mí con tus problemas espirituales, hijo mío. Yo te guiaré con dulzura... y si la guía no funciona, cogeré el hacha y te conduciré.

—Veo que vuestra gracia es partidaria de la iglesia muscular —comentó Heldin con tono cáustico.

—Ése es mi problema espiritual, hijo mío, no el tuyo. Ahora ve a buscar un alcione. La leyenda dice que Afrael y Setras están particularmente unidos. Creo que podemos contar con Setras para que le haga llegar el mensaje a su ladrona primita.

—¡Vuestra gracia! —protestó Heldin.

—Hace siglos que la iglesia tiene los ojos fijos en Afrael, Heldin. Lo sabemos todo acerca de tu preciosa diosa-niña y sus trucos. No le permitas que te dé un beso, amigo mío. Si lo haces, te birlará el alma cuando no estés mirándola.

Esta vez era una docena de tambaleantes carros tirados por bueyes, todos cargados al máximo con barriles de cerveza, y Senga había reclutado a varias docenas de los harapientos forajidos de Narstil para que lo ayudaran a custodiar su mercancía. Kalten consiguió meter con bastante facilidad a Caalador y Bevier en la compañía.

—Continúo pensando que cometes un error, Senga —le dijo Kalten a su patrón de buen natural, mientras el desvencijado carro en que iban daba tumbos por el tosco sendero de la selva en dirección a Natayos—. Tienes el total monopolio del mercado. ¿Por qué bajar los precios?

—Porque ganaré más dinero si lo hago.

—Eso no tiene sentido.

—Mira, Col —explicó Senga con paciencia—, las veces anteriores en que vine aquí, llevaba un solo carro de cerveza. Podía obtener cualquier precio que pidiera porque mi producto era muy escaso.

—Supongo que eso tiene sentido.

—Pero ahora dispongo de una provisión casi ilimitada, así que sacaré mis beneficios de la cantidad en lugar del precio.

—Eso es lo que carece de sentido.

—Pongámoslo de la siguiente forma: ¿qué preferirías hacer, robarle diez coronas a un solo hombre o un sueldo a diez mil hombres? Kalten realizó una rápida cuenta

con los dedos.

—Ah —dijo—. Ahora veo adónde quieres ir a parar. Muy astuto, Senga.

Senga adoptó un aire algo engreído.

—No hace ningún daño pensar a largo plazo, Col. Mi verdadera preocupación reside en que no es tan difícil hacer cerveza. Si algún tipo listo obtuviera una receta, podría instalar su propia destilería aquí mismo. No quiero verme envuelto en una guerra de precios justo cuando las cosas están comenzando a marcharme bien.

Habían salido del campamento de Narstil al romper el día, así que era media mañana cuando llegaron a Natayos. Traspusieron las puertas sin estorbo, pasaron traqueteando ante la casa de las ventanas con barrotes, y volvieron a montar el tenderete en la misma plaza que la vez anterior. Como colaborador más íntimo de Senga, Kalten había sido ascendido al puesto de jefe de seguridad. La reputación desagradable que había establecido durante los primeros tiempos pasados en el campamento de Narstil, aseguraba que ninguno de los forajidos cuestionaría las órdenes dadas por él, y la presencia de Bevier con su parche en el ojo, armado con el hacha *lochaber*, y actitud homicida, reforzaba esa autoridad.

—No me parese que vayamo' a conseguí' mucho aquí, Col —le murmuró Caalador a Kalten cuando los dos se hallaban de guardia junto a uno de los concurridos carros de cerveza—. Er vieho Senga está tan preocupa'o porque eso' tipo' se larguen sin pagá', que tú y yo estamo' ata'o' comu'n par de perro' con correa corta.

—Espera a más tarde, Ezek —aconsejó Kalten—. Podremos movernos con mayor libertad cuando todos se hayan emborrachado.

Bevier se les acercó arrastrando los pies, con el hacha *lochaber* de mango corto en el puño. Por alguna razón, la gente se apartaba automáticamente de su camino.

—Acaba de ocurrírseme una idea —dijo.

—¿Quieres matar a alguien? —sugirió Kalten.

—Ponte serio, Col. ¿Por qué no te llevas aparte a tu amigo Senga y le sugieres que ponga un establecimiento permanente en Natayos? Es algo lógico de hacer, y nos proporcionará a los tres una excusa para quedarnos aquí. Si limpiáramos uno de esos edificios ruinosos y abriéramos una taberna, podríamos quedarnos aquí a dirigirla. Tiene más sentido que el vender cerveza en la puerta trasera de un carro de bueyes.

—En eso tiene rasón, Kalten —reconoció Caalador—. Aquí, er vieho Shallag, parese que beba sangre pa' desayuná', pero la cabeza le sigue trabahando detrás' d' ese parche que yeva 'n el ojo.

Kalten pensó en el asunto.

—Eso conseguiría instalarnos en la mismísima Natayos, ¿verdad? Podríamos mantener los ojos sobre los acontecimientos. —Se volvió a mirar a sus espaldas—. A Senga le preocupa un poco que alguien de aquí pueda instalar su propia destilería —comentó para los oídos de los soldados cercanos—. Si estuviéramos aquí mismo, es probable que pudiéramos persuadir a cualquiera que lo intentase de dedicarse a otro

pasatiempo. Iré a hablar con Senga y veré qué piensa de la idea.

Encontró a su bonachón amigo sentado ante una mesa improvisada detrás de uno de los carros de bueyes. El proscrito estaba contando dinero con una expresión casi soñadora en el rostro.

—Oh, esto funciona muy bien, Col —comentó con voz casi arrolladora.

—No son más que monedas.

—Ya lo sé, pero hay tantas...

—Shallag ha tenido una idea.

—¿Quiere disminuir el abarrotamiento cortándole la cabeza a un hombre de cada tres de los que hacen fila?

—En realidad, Shallag no es tan malo como todo eso.

—¿Ah, no? Todos los hombres del campamento tienen pesadillas en las que figura él.

—No ha matado a un solo hombre desde que llegó a Arjuna.

—Está reservándose. No hace más que esperar el momento adecuado, hasta que pueda reunir a unos cuantos miles de nosotros y matarnos de una sola vez.

—¿Quieres escuchar su idea, o todavía no has acabado de hacer chistes malos?

—Lo siento. Cuéntamela.

—Piensa que deberíamos limpiar una de esas ruinas desocupadas e instalar una taberna permanente.

—¿Te refieres a algo como un negocio de verdad? ¿Con un mostrador, mesas y sillas, y todo eso?

—¿Por qué no? Ahora que tu destilería está funcionando día y noche, tienes acceso a unos suministros constantes, y es aquí donde están tus clientes. Si pones aquí una taberna, podrás vender cerveza todo el día y todos los días, en lugar de venir una vez a la semana. Así los clientes irán a tu local en grupos manejables, en lugar de en regimientos.

—Nunca lo había pensado —admitió Senga—. Mi idea era la de sacar unos provechos rápidos y luego echar a correr hacia la frontera. Aquí podría instalar una taberna, Col... un negocio real, honrado ante los ojos de Dios y legítimo. No tendría que volver a robar.

—Yo he visto tu lista de precios, Senga. No tienes de qué preocuparte. Todavía estás robando.

Senga hizo caso omiso del comentario.

—Tal vez podría llamada «Palacio de Senga» —comentó en un tono de voz soñador; luego frunció el entrecejo—. No —decidió—. Eso es demasiado llamativo para una taberna de cerveza. Creo que sólo la llamaré «Casa Senga». Eso será sin duda un monumento a mi memoria mucho más duradero que una simple tumba marcada con la fecha del día en que me colgaron grabada en una lápida. —Luego meneó la cabeza y suspiró—. No, Col —declaró con pesar—. No funcionaría. Si os sacara de la ciudad a ti y a mis otros guardias, los soldados de Scarpa no harían otra

cosa que entrar en la taberna y beberse toda mi cerveza sin pagarla.

—Entonces, ¿por qué sacarnos de aquí? Podemos quedarnos y asegurarnos de que te la paguen.

—No creo que a Narstil le gustara mucho que no regresásemos al campamento para pasar la noche.

—Senga —dijo Kalten con suavidad—, ¿de verdad que todavía necesitas a Narstil? Ahora eres un honrado hombre de negocios. No deberías asociarte con bandidos.

Senga se echó a reír.

—Estás planteándome las cosas con una premura algo excesiva Col. Déjame acostumbrarme a la idea. —Luego profirió una repentina imprecación.

—¿Qué pasa?

—Es una idea hermosa, Col, pero no funcionará.

—¿Por qué no?

—Porque necesitaré el permiso de Scarpa para poner una taberna en este lugar, y no pienso ni acercarme a él para pedírselo.

—No creo que vayas a tener que hacerlo, amigo mío. Ayer estuve revolviendo en las pilas de basura del campamento de Narstil, ¿y a que no sabes lo que encontré?

—¿Qué?

—Un barril muy elegante ribeteado de plata, de tinto arciano. Incluso tiene una espita de plata. El tipo que lo robó no conocía el valor de ese vino..., es un bebedor de cerveza. Conseguí que me lo vendiera por media corona. Te lo venderé a ti, y podrás regalárselo a ese tal Krager. ¿Por qué no dejamos que sea él quien persuada a Scarpa de que te dé permiso para instalar aquí tu negocio?

—¡Col, eres un genio! ¿Cuánto quieres por ese barril de tinto arciano?

—Oh..., cinco coronas, creo que será suficiente.

—¿Cinco coronas? ¿Diez veces más de lo que pagaste por él? ¡Eso es un robo!

—Tú deberías saberlo, Senga. Eres amigo mío pero, al fin y al cabo, los negocios son los negocios.

Encontraron a un Krager de ojos turbios sentado sobre un muro derrumbado, observando a la multitud de soldados sedientos sin mucho interés. Sostenía una jarra en la mano, y bebía ocasionalmente de ella con obvio desagrado.

—Ah, aquí estás, maese Krager —dijo Senga con jovialidad—. ¿Por qué no tiras esa agua sucia y pruebas un sorbo de esto? —Le dio unas palmadas al pequeño barril ornado que llevaba bajo el brazo.

—¿Más bazofia local? —inquirió Krager.

—Pruébalo y a ver qué te parece —sugirió Senga.

Krager vertió el vino sobre la tierra y le tendió la jarra de peltre. Senga abrió la espita y escanció media copa de tinto arciano en la misma.

Krager miró con ojos miopes al interior de la jarra, y olió con suspicacia. Entonces puso los ojos en blanco.

—¡Oh, delicia de delicias! —jadeó éste con un tono de voz reverente. Tomó un pequeño sorbo y realmente pareció estremecerse de deleite.

—Pensé que podría gustarte —dijo Senga—. Ahora que he captado tu atención, tengo una propuesta de negocios que hacerte. Me gustaría instalar una taberna permanente en Natayos, pero para hacerlo necesitaré permiso. Lo consideraría un verdadero favor si pudieras hallar la manera de abogar por mí ante Scarpa. Te quedaría muy agradecido si consiguieras obtener su aprobación.

—¿Cómo de agradecido? —inquirió Krager con prontitud.

—Probablemente, así de agradecido. —Senga volvió a darle unos golpecitos al barril—. Dile a mi señor Scarpa que no causaré ningún problema. Escogeré uno de esos edificios vacíos que están un poco apartados de su campamento, lo limpiaré y arreglaré el techo por mi cuenta. Me procuraré mi propia guardia de seguridad y me aseguraré de que ninguno de sus soldados se ponga demasiado borracho.

—Puedes poner manos a la obra, maese Senga —declaró Krager, con los ojos fijos en el barril—. Cuentas con mi garantía personal de que Scarpa accederá. —Tendió las manos hacia el barril.

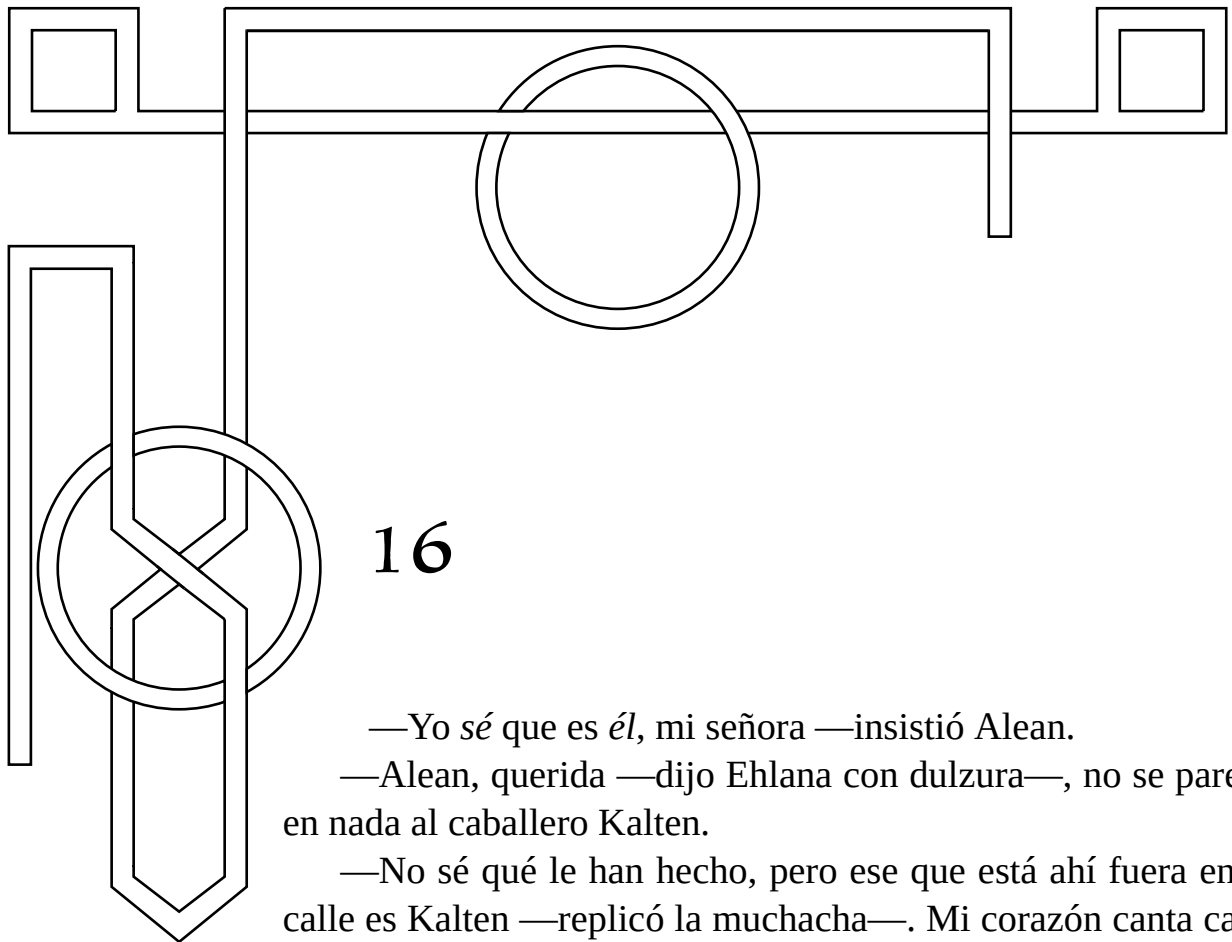
Senga retrocedió.

—Después, maese Krager —dijo con firmeza—. De momento, me siento lleno de aprensión. La gratitud vendrá después de que Scarpa dé su permiso. En ese momento, Elron atravesó corriendo la plaza atestada de soldados.

—¡Krager! —gritó con voz chillona—. ¡Ven de inmediato! ¡El señor Scarpa está furioso! ¡Nos ha ordenado a todos que nos reunamos de inmediato con él en el cuartel general!

—¿Qué sucede? —Krager se puso de pie.

—Cyzada acaba de llegar de Cynesga. ¡Les ha contado a Scarpa y Zalasta que Klael fue a echarle una mirada al tipo que hemos estado siguiendo durante todo este tiempo! ¡No es Sparhawk, Krager! ¡Quienquiera que sea, tiene la apariencia de Sparhawk, pero Klael se dio cuenta inmediatamente de que era otra persona!



16

—Yo sé que es *él*, mi señora —insistió Alean.

—Alean, querida —dijo Ehlana con dulzura—, no se parece en nada al caballero Kalten.

—No sé qué le han hecho, pero ese que está ahí fuera en la calle es Kalten —replicó la muchacha—. Mi corazón canta cada vez que lo veo pasar.

Ehlana espió por la abertura que había en la ventana. El hombre parecía elenio, de eso no cabía ninguna duda y, al fin y al cabo, Sefrenia era una maga. El pensamiento de Sefrenia volvió a llenar de lágrimas los ojos de la reina. Se enderezó y enjugó sus lágrimas con premura.

—¿Qué te hace estar tan segura, querida?

—Un millar de cosas, mi señora..., cosas pequeñas. La forma en que lleva la cabeza en alto, la manera extraña que tiene de mover los hombros al andar, su risa, el modo en que se levanta y acomoda el cinturón de la espada. Le han cambiado la cara por algún medio, pero yo sé que es él.

—Podrías estar en lo cierto, Alean —concluyó Ehlana, un poco dubitativa—. Es probable que yo pudiera reconocer a Sparhawk entre una multitud, con independencia de a quién perteneciera el rostro que llevase.

—Exacto, mi señora. Nuestros corazones reconocen a los hombres que amamos.

Ehlana comenzó a pasearse por la estancia mientras sus dedos ajustaban con gesto ausente la toca que le cubría la cabeza.

—No es algo imposible —concedió—. Sparhawk me habló de las muchas ocasiones en las que se había disfrazado cuando estaba en Rendor, y la magia estiriana muy bien podría cambiar el semblante de una persona; y, por supuesto, si Sefrenia no hubiera sido capaz de ello, el Bhelliom no cabe duda de que podría

haberlo hecho. Confiemos en tu corazón y digamos que el que está ahí fuera es Kalten.

—Yo sé que lo es, mi señora.

—Es algo que cae dentro de los límites de la razón —reflexionó Ehlana—. Si, de alguna forma, Sparhawk ha descubierto que estamos aquí, definitivamente querrá tener cerca a algunos de nuestros amigos cuando el resto de ellos acuda a rescatarnos. —Frunció el entrecejo al pasarle por la cabeza un pensamiento—. Pero tal vez no lo sabe sobre seguro. Kalten podría hallarse aquí sólo para comprobarlo. Tenemos que buscar la manera de hacerle saber que nos encontramos aquí antes de que renuncie y se marche a otra parte.

—Pero estamos prisioneras, mi señora —protestó la joven de enormes ojos—. Si intentáramos llamarlo, lo pondríamos en un terrible peligro. —Se inclinó para mirar otra vez a la calle—. Ahora regresa —dijo.

—¡Canta, Alean! —exclamó de pronto, Ehlana.

—¿Qué?

—¡Canta! ¡Si hay en el mundo alguien capaz de reconocer tu voz, ése es Kalten! Los ojos de Alean se abrieron de par en par.

—¡Es verdad! —exclamó.

—Ven aquí. Déjame que le mire la cara. ¡Canta con toda tu alma, Alean! ¡Pártele el corazón!

La voz de Alean vibró al subir sin esfuerzo su voz de soprano entonando la melancólica canción. Cantó *Mi huesudo muchacho de ojos azules*, una balada muy antigua que Ehlana sabía que contenía un significado especial para su camarera y el blondo caballero pandion. La reina miró otra vez por la ventana. El hombre toscamente vestido que se encontraba en la calle, se había quedado completamente inmóvil, congelado en el sitio por la incomparable voz de Alean.

Todas las dudas se desvanecieron de la mente de Ehlana. ¡Era Kalten! De sus ojos manaban ríos de lágrimas, y su rostro había adoptado una expresión exaltada, de adoración. Y luego hizo algo tan inesperado que Ehlana se vio obligada a revisar la largamente mantenida opinión respecto a la inteligencia del caballero. Se sentó sobre los musgosos adoquines, se quitó un zapato y se puso a silbar un acompañamiento de la canción de Alean. ¡Lo sabía! ¡Y estaba silbando para poner en conocimiento de ellas que lo sabía! Ni siquiera Sparhawk podría haber respondido con tal prontitud, ni haber hallado una forma tan perfecta como aquélla para darles a entender que estaba al tanto de la situación.

—Con eso bastará, Alean —siseó Ehlana—. Ha recibido nuestro mensaje.

Alean dejó de cantar.

—¿Qué estás haciendo ahí? —le preguntó con tono exigente uno de los arjunis que hacía guardia en la puerta, apareciendo a la vista de la ventana.

—Tenía piedras en el zapato —explicó Kalten, sacudiendo repetidamente el calzado que acababa de quitarse—. Me hacían tanto daño como un adoquín.

—Muy bien, circula.

El semblante de Kalten adoptó un aire truculento. Volvió a ponerse el zapato y se levantó.

—Amigo —le dijo en un tono cargado de intención—, acabarás tu turno de guardia dentro de no mucho, y puede que decidas pasar por la taberna de Senga para beber unas jarras de cerveza. Yo estoy a cargo de la seguridad, y si comienzas a darme empujones cuando esté por aquí, puede que yo decida que eres demasiado grosero como para servirte cuando llegues allí. ¿Entendido?

—Se supone que debo mantener a la gente alejada de este edificio —le explicó el guardia, modificando rápidamente el tono.

—Pero con cortesía, amigo, con cortesía. Todos los hombres de este lugar están armados hasta los dientes, así que todos debemos ser corteses los unos con los otros. —Echó una mirada cautelosa hacia la ventana con barrotes desde la que Ehlana estaba observando—. Yo aprendí cortesía cuando me asocié con Shallag..., lo conoces, ¿no es cierto? El tipo de un solo ojo con el hacha *lochaber*.

El guardia se estremeció.

—¿Es tan terrible como aparenta? —preguntó.

—Peor. Te cortarían la cabeza sólo por estornudarle. —Kalten irguió los hombros—. Bueno, creo que será mejor que regrese a la taberna. Como dice mi amigo Ezek, «no e' mu' probable que vaya a sacá' mucho povecho si ando haciendo er vago por la caye». Acércate por la taberna cuando acabes de trabajar, amigo. Te invitaré a una jarra de cerveza —y se marchó calle abajo mientras continuaba silbando *Mi huesudo muchacho de ojos azules*.

—Guárdalo como un tesoro, Alean —dijo Ehlana, mientras su corazón aún palpitaba de entusiasmo—, y no dejes que esa cara te engañe. Me ha dado más información en dos minutos de la que habría podido darme Sparhawk en una hora.

—¿Mi señora? —Alean parecía desconcertada.

—Sabe que estamos aquí. Comenzó a silbar junto contigo cuando cantabas. También me dijo que el caballero Bevier y Caalador se encuentran aquí con él.

—¿Cómo ha hecho eso?

—Estaba hablando con el guardia. Es probable que Bevier sea en estos momentos el único hombre de Daresia que tiene un hacha *lochaber*, y su otro amigo habla exactamente como Caalador. Saben que estamos aquí, Alean, y si lo saben ellos, Sparhawk también. Ya podemos comenzar a hacer el equipaje. Muy pronto nos marcharemos de aquí y regresaremos a Matherion. —Se echó a reír con deleite y rodeó a su camarera con los brazos.

Kalten intentó con todas sus fuerzas conseguir que su rostro se mantuviera carente de expresión mientras regresaba por las calles adoquinadas y cubiertas de musgo a la taberna de Senga, pero el entusiasmo le subía a borbotones por el cuerpo y le era muy

difícil no echarse a reír a carcajadas.

El ejército de Scarpa, a su llegada, había limpiado la zona norte de Natayos y devuelto a los edificios un cierto grado de habitabilidad, pero la mayor parte de la ciudad era todavía una ruina ganada por la maleza. Senga consideró varios lugares para instalar su taberna, y con bastante astucia se había decidido a iniciar su negocio a una cierta distancia, en el interior del casco antiguo, para evitar interferencias por parte de sargentos corruptos y jóvenes oficiales elenios con convicciones profundas y no mucha sensatez. Escogió un edificio bajo y achatado, con gruesas paredes pero sin tejado, una deficiencia fácil de superar con una tienda de lona. Consideró, en un principio, contratar a soldados fuera de servicio para limpiar la maleza de la calle que iba desde el campamento principal de Scarpa a la puerta de la taberna, pero Caalador lo persuadió de que se ahorrara el dinero.

—No hay ninguna neesidá’, Senga —le había asegurado el cammoriano disfrazado al inquieto hombre de negocios, cayendo en su dialecto peculiar—. Eso’ solda’ o’ sediento’ no’ limpiarán la caye eyo’ mismo’ sin que ningún dinero cambie ’e mano’.

La taberna yacía achaparrada en medio de las ruinas, indistinguible de los edificios que la rodeaban excepto por su tejado de lona y el letrero toscamente pintado que decía «Casa Senga», colgado en la parte frontal.

Kalten entró en la taberna por la puerta lateral y se detuvo para permitir que sus ojos se habituaran a la luz más suave. El lugar estaba moderadamente concurrido, incluso a mediodía, y los seis forajidos del campamento de Narstil, ataviados con delantales, corrían de un lado a otro detrás del mostrador cubierto con una plancha de madera rústica, sirviendo cerveza espumosa y recogiendo dinero. Kalten se abrió paso entre la ruidosa concurrencia, buscando a Bevier y Caalador. Los halló sentados a una mesa en el lado más cercano de la habitación. El hacha *lochaber* de Bevier y la porra de Caalador se encontraban bien a la vista sobre la mesa, como una especie de constante recordatorio para los rebeldes allí reunidos, con el fin de que no olvidaran que mientras se les alentaba a pasar un buen rato, había límites estrictamente impuestos.

Kalten se sentó cuidadosamente en el banco, manteniendo su exuberancia estrechamente bajo control. Se inclinó hacia delante, a la vez que les hacía a sus amigos un gesto para que se acercasen.

—Están aquí —dijo en voz baja.

Caalador recorrió la taberna con los ojos.

—Bueno —comentó, arrastrando las palabras—, no to’o’ eyo’, pero sí la mayoría que está fuera e servicio.

—No estoy hablando de los clientes, Ezek, sino de la casa que tiene barrotes en las ventanas. La gente a la que hemos estado buscando se encuentra dentro de esa casa, ya no hay duda.

—¿Cómo lo sabes? —exigió saber Bevier, con un apasionado susurro—. ¿Las has

visto?

—No me ha hecho falta. Una de esas personas es una amistad mía muy especial, y esa amistad me ha reconocido..., incluso con esta cara. No me preguntes cómo.

—¿Estás seguro? —insistió Bevier.

—Oh, sí. Esa amistad comenzó a cantar con una voz que reconocería en medio de una tormenta eléctrica. Era una canción muy antigua que tiene un significado personal para nosotros dos. Nuestras amistades del interior me han reconocido, de eso no hay duda ninguna. Esa amistad de la que estaba hablándoos, sólo canta esa canción para mí.

—Supongo que no habrás tenido manera de hacerles saber que habías recibido el mensaje —dijo Caalador, más como pregunta—. Algo así como echar la puerta abajo, quiero decir.

—No, no tuve necesidad de echar la puerta abajo. Me puse a acompañar la canción, silbando. Es algo que ya he hecho antes, así que mi amistad supo qué estaba intentando decirle. Luego pegué la hebra con uno de los guardias, y deslicé las suficientes insinuaciones como para poner en conocimiento de las amistades del interior las cosas que debían saber.

—Tu idea d'esta taberna está funsionando pero que mu' bien, Shallag. Hemo' esta' o recogiendo to' o tipo' e informasión desde que no' instalamo'.

Kalten recorrió la taberna con los ojos.

—Las cosas están bastante tranquilas de momento —dijo en voz baja—. Probablemente, las peleas no comenzarán hasta después de la puesta del sol. ¿Por qué no vamos a dar un paseo por entre las ruinas? Creo que será mejor que mantengamos otra charla con una cierta niña. Esta vez tenemos noticias buenas para ella.

—Vayamos a ello —replicó Caalador, al mismo tiempo que se ponía de pie.

Se abrió camino hasta el mostrador, habló brevemente con uno de los forajidos empapados de cerveza, y luego encabezó la salida del local. Dieron la vuelta a la taberna y se abrieron camino por una calle lateral invadida por la maleza, que corría ante algunos edificios derrumbados en los que pájaros de brillantes colores estaban posados y chillaban con sonidos estridentes. Entraron en una ruina derrumbada tan sólo en parte, y Kalten y Caalador hicieron guardia mientras Bevier lanzaba el hechizo.

El cyrínico sonreía cuando salió.

—Será mejor que te prepares, Kalten —dijo.

—¿Por qué?

—Afrael tiene planeado besarte hasta la insensibilidad la próxima vez que te vea.

—Supongo que podré vivir con eso. Deduzco que estaba muy complacida.

—Casi me ha roto los tímpanos.

—Bueno, como dice siempre ella, «vivimos sólo para complacer a los que queremos».

Scarpa estaba gritando antes incluso de trasponer la puerta. Su voz era chillona y alta, tenía los ojos salidos de las órbitas y la improvisada corona torcida. Resultaba obvio que se hallaba al borde de un ataque de histeria. Sus labios y barba se veían salpicados de espuma cuando irrumpió en la sala.

—¡Tu esposo te ha traicionado, mujer! —le chilló a Ehlana—. ¡Tú pagarás por su perfidia! ¡Me cobraré tu vida por esto! —Comenzó a avanzar hacia ella, con las manos tendidas como zarpas.

Entonces Zalasta apareció en la entrada.

—¡No! —le ladró con tono gélido.

Scarpa se volvió hacia su padre.

—¡Quédate fuera de esto! —chilló—. ¡Ella es mi prisionera! ¡La castigaré por la traición de Sparhawk!

—No, no vas a hacerlo. Harás lo que yo te mande. —Zalasta hablaba en elenio, y todo rastro de acento extranjero había desaparecido de su pronunciación.

—¡Él ha desobedecido mis órdenes! ¡Le haré pagar por ello!

—¿Eres tan estúpido que no te esperabas esto? Te advertí lo tortuoso que era ese hombre, pero tienes la mente tan atestada de telarañas que no quisiste escucharme.

—¡Yo le di una orden! —La voz de Scarpa había aumentado hasta un aullido estridente. Dio una patada en el suelo con un pie. Luego con el otro. Luego comenzó a saltar de aquí para allá, casi literalmente danzando de furia—. ¡Yo soy un emperador! ¡Debo ser siempre obedecido!

Zalasta no se molestó en emplear la magia esta vez. Simplemente blandió su báculo y derribó a su histérico hijo, con lo que su corona cayó rodando.

—Me pones enfermo —le dijo con una voz cargada de desprecio—. No tengo paciencia para estas pataletas tuyas. No eres un emperador. Cuando te pones en este estado no eres siquiera útil. —La expresión de su rostro carecía de emociones y la de sus ojos era remota—. Vete con cuidado, Scarpa —le advirtió con un tono espantoso—. Ya no queda nada en este mundo a lo que yo le tenga afecto. Tú me has librado de toda atadura humana. Si me fastidias, te aplastaré como a una chinche.

Scarpa se apartó a rastras del terrible anciano, con los ojos repentinamente cuerdos y llenos de espanto.

—¿Qué ha sucedido? —inquirió Ehlana con ansiedad.

—Uno de mis asociados..., Cyzada de Esos..., acaba de llegar de Cynesga —replicó Zalasta con calma—. Nos ha traído algunas noticias que con toda probabilidad deberíamos haber esperado. Tu cónyuge es un hombre tortuoso, Ehlana. Pensábamos que lo teníamos, pero ha conseguido zafarse.

—No comprendo.

—Le dejamos instrucciones al secuestrarte. Debía llevarse a su escudero y dirigirse a caballo hasta la ciudad de Beresa, que se encuentra en Arjuna meridional. Teníamos gente vigilando, y él parecía estar obedeciendo. Sin embargo, no fue así. Resulta evidente que no te tiene tanto cariño como nosotros creíamos.

—Él no hacía otra cosa que obedecer mis órdenes. Zalasta. Le dije que bajo ninguna circunstancia entregaría el Bhelliom.

—¿Cómo conseguiste hacer eso? —Zalasta parecía de veras sorprendido.

—Tu lunático hijo le ordenó a Elron que matara a la baronesa Melidere. Elron es un incompetente rematado, por lo que Melidere pudo desviar la estocada que le lanzó. Yo tengo más gente notable trabajando a mi servicio, Zalasta. Melidere consiguió hacerse la muerta de manera muy convincente. Yo fingí un ataque de histeria y conseguí susurrarle instrucciones mientras la cubría con una manta. —Ella le echó una mirada de soslayo bastante maliciosa—. Debes estar perdiendo facultades, Zalasta. Ni siquiera te has dado cuenta de que ya no llevo el anillo. También eso se lo dejé a Melidere.

—Muy ingenioso, Ehlana —murmuró él—. Tú y tu esposo sois oponentes estimulantes.

—Me alegro de que lo apruebes. ¿Cómo os engañó Sparhawk?

—No estamos del todo seguros. Tuvimos gente vigilándolo desde que salió del complejo imperial de Matherion, y parecía estar siguiendo las órdenes al pie de la letra. Incluso lo desviamos un par de veces para evitar trampas. Luego, Klael volvió a escaparse y salió en busca del Bhelliom. El hombre que creíamos que era Sparhawk se encontraba en un barco cruzando el mar de Arjun con su escudero Khalad. Klael le echó una sola mirada y supo de inmediato que el hombre que parecía ser tu esposo no era Anakha. Ésa es la noticia que acaba de traernos Cызada.

Ella le dedicó una sonrisa casi beatífica.

—Así que ahora Sparhawk anda por ahí fuera, en alguna parte..., con el Bhelliom en la mano y el asesinato en el corazón..., y vosotros no tenéis ni la más remota idea de dónde puede encontrarse, y con bastante probabilidad no sabéis siquiera qué aspecto tiene. Os halláis en un gran problema, Zalasta.

—Eres muy rápida, majestad. Piensas aún más rápido que mis colegas.

—Eso no es muy difícil. Estás rodeado de tarados. ¿Qué rasgo de mi genio admiras en particular?

Él le dedicó una suave sonrisa.

—Me caes muy bien, Ehlana. Tienes temple. Mis tarados varios no han captado aún plenamente las consecuencias del complot de tu esposo. Si por algún medio ha conseguido que alguien tenga el aspecto de él, sin duda es capaz de alterar también su propio semblante.

—Es algo que hace constantemente, Zalasta. Tuvo mucha experiencia con disfraces cuando estuvo en Rendor. Las cosas están desmoronándose encima, ¿verdad? Te sugeriría que comenzaras a huir de inmediato.

—Me marcharé dentro de poco, ya lo creo, y tú me acompañarás. Dile a tu camarera que comience los preparativos para el viaje.

—¿Qué estás diciendo? —Scarpa se puso trabajosamente de pie—. ¡Ella no puede salir de aquí! —chilló—. ¡Vamos a realizar aquí el intercambio!

—Imbécil —se burló Zalasta—. No habrás pensado realmente que te permitiría seguir con esto hasta el final, ¿verdad? Nunca tuve intención alguna de permitir que te acercaras a menos de una legua del Bhelliom.

Scarpa lo miraba, boquiabierto.

—Era un erróneo intento de salvarte la vida, idiota. El Bhelliom te habría destruido en el instante en que lo tocaras.

—No si tuviera los anillos. Ellos me habrían protegido. —Los ojos de Scarpa volvían a tener una expresión demente.

—Los anillos son un fraude —se burló Zalasta—. No tienen ni el más mínimo poder sobre el Bhelliom.

—¡Estás mintiendo!

—Quieres desesperadamente creer que estoy mintiendo, ¿no es cierto, Scarpa? Pensabas que lo único que tenías que hacer era obtener el control de la más poderosa fuerza del universo y ponerte un par de anillos. Ghwerig, el enano troll, hizo las sortijas según las instrucciones del Bhelliom. Estaban destinados a engañar a un troll y hacerle creer que tenía algún poder sobre la gema. Fue el Bhelliom quien indujo a Ghwerig a fabricar los anillos, y luego engañó a Afrael para que los robara. La atención de todos estaba tan centrada en los anillos, que ni siquiera nos molestamos en intentar robar el Bhelliom de la corona real de Thalesia.

De pronto, Scarpa se burló de él.

—Acabas de pasarte de listo, viejo. Si el Bhelliom es tan mortal, ¿cómo es que el rey de Thalesia podía tocarlo y no morir?

—Porque el Bhelliom está vivo, mastuerzo. Tiene una consciencia. Mata sólo a aquellos a los que quiere matar..., y eso sin duda te incluiría a ti. Eres mi hijo, e incluso yo tengo ganas de matarte la mayoría de las veces... Tenías alguna idea demente a medio formar de que podías limitarte a coger al Bhelliom y comenzar a darle órdenes, ¿no es cierto?

Scarpa se sonrojó con aire de culpabilidad.

—¿No puedes meter en tu cabeza enferma que sólo un dios... o Anakha... puede coger el Bhelliom sin peligro y empezar a darle órdenes? Yo me di cuenta de eso hace más de un siglo. ¿Por qué crees que hice una alianza con Azash... o con Cyrgon? ¿Es que pensabas que tenía añoranzas religiosas? —Sonrió con crueldad—. ¿De verdad creías que el Bhelliom iba a convertirte en un adversario digno de mí, Scarpa? Ibas a ponerte los anillos, coger al Bhelliom y ordenarle que me matara, ¿no? Casi me gustaría que la situación fuera diferente. Me habría encantado verte la expresión mientras el Bhelliom te convertía lentamente en piedra. —Zalasta se irguió—. Basta ya —dijo. Se encaminó hacia la puerta—. Entrad aquí —ladró—. Todos.

Los hombres que entraron estaban atemorizados y vacilantes al pasar cautelosamente por la puerta. Krager parecía aterrorizado hasta el punto de estar sobrio, y Elron casi reptaba. El tercer hombre era un estiriano de aspecto fibroso con larga barba, enmarañadas cejas, y ojos hundidos y ardientes.

—Muy bien, caballeros —declaró Zalasta—, este nuevo acontecimiento requiere un cambio de planes. Mi hijo y yo hemos hablado del asunto, y resulta evidente que ha decidido que quiere seguir viviendo porque está de acuerdo en acatar mis órdenes. Voy a poner a la reina y su camarera a buen recaudo. Natayos ya no es segura. Sparhawk podría estar literalmente en cualquier parte. Por lo que yo sé, ya se encuentra aquí. Quiero que vosotros tres os quedéis con Scarpa. Continúa enviándole esas cartas de instrucciones al impostor de Sparhawk. No dejéis que nuestros enemigos se enteren de que estamos al tanto de su truco. Dadme un par de días y luego enviad instrucciones a Panem-Dea. Decidles que preparen habitaciones adecuadas para dos damas muy importantes. Luego aguardad otros dos días y enviad hacia allí un carruaje cerrado. La seguridad es un concepto ajeno a esos cretinos de Panem-Dea, así que se correrá la voz de ese mensaje por todo el sur de Arjuna casi antes de que el mensajero llegue allí. Cызada, quiero que mantengas una estrecha vigilancia sobre mi demente hijo. Si no sigue mis órdenes al pie de la letra, quiero que invoques a uno de los servidores de Azash del mundo inferior para que lo mate. Haz las cosas con creatividad, viejo amigo. Escoge al más cruel y monstruoso demonio que puedas hallar. Si Scarpa vuelve a desobedecerme, quiero que tarde mucho, mucho tiempo en morir, y quiero poder oírlo chillar a lo largo de todo el camino desde aquí hasta Matherion.

Los ojos muertos de Cызada se encendieron con una repentina expectación cruel. Le dedicó una espantosa sonrisa al ahora totalmente cuerdo Scarpa.

—Me encargaré de ello, Zalasta —prometió con voz hueca—. Conozco al que será perfecto para esto.

Scarpa se encogió, aterrorizado.

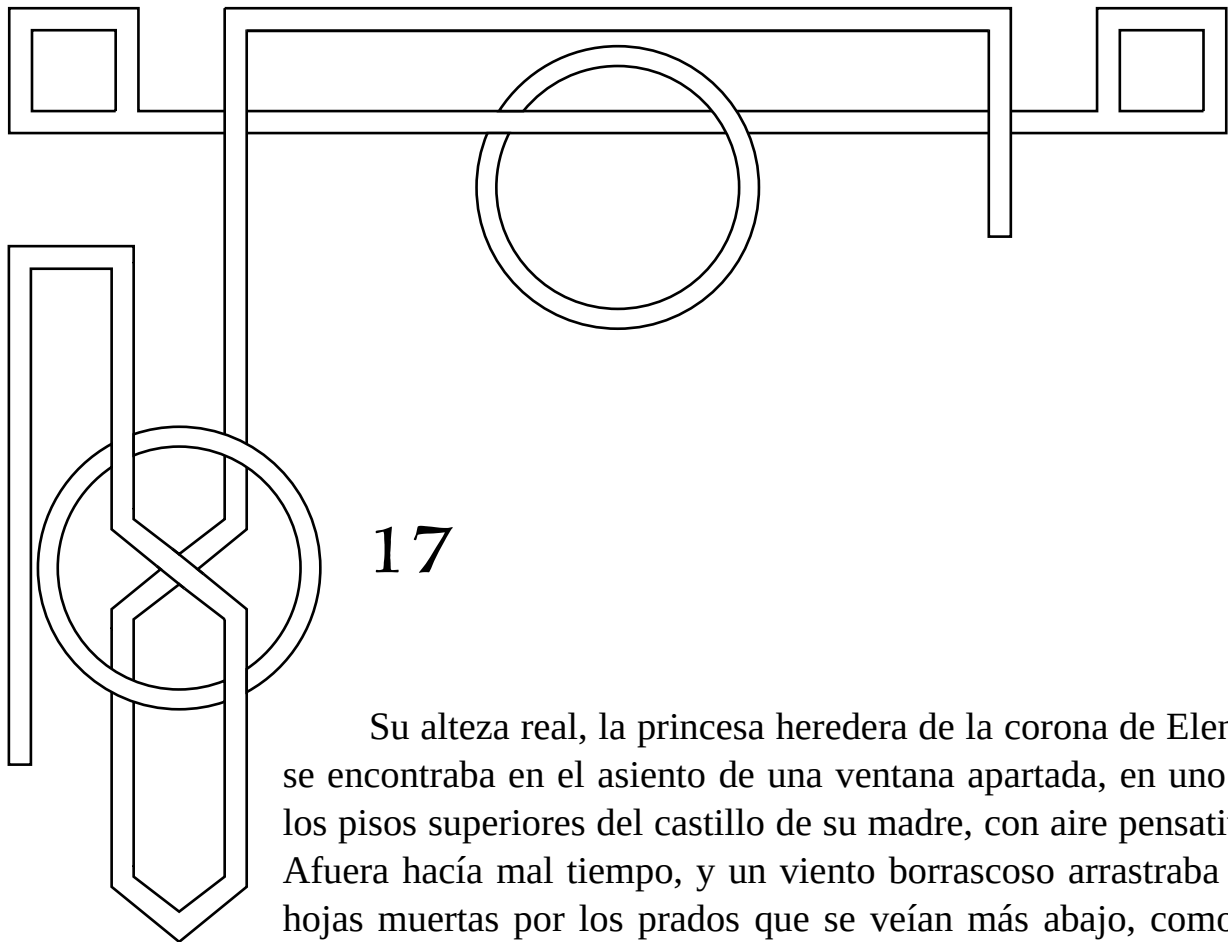
—¿Adónde vas a llevar a las prisioneras, mi señor Zalasta? —inquirió Elron con voz temblorosa—. ¿Dónde podrás estar a salvo del vengativo monstruo al que llaman Anakha?

—No te hace falta saberlo, Elron —replicó Zalasta—. Los pandiones tienen reputación de ser severos cuando interrogan a los prisioneros. No podrás contarles lo que no sepas..., ni siquiera cuando comiencen a torturarte.

—¿Torturarme? —Los ojos de Elron se abrieron de par en par y la voz le salió en un vagido aterrorizado.

—Éste es el mundo real, Elron, no un romántico ensueño. El posar y las actuaciones se han acabado ya, pero estoy seguro de que quedarán impresionados por lo heroicamente que soportarás las agonías que sin duda te infligirán cuando te atrapen.

Elron cayó hacia atrás, casi desmayado.



17

Su alteza real, la princesa heredera de la corona de Elenia, se encontraba en el asiento de una ventana apartada, en uno de los pisos superiores del castillo de su madre, con aire pensativo. Afuera hacía mal tiempo, y un viento borrascoso arrastraba las hojas muertas por los prados que se veían más abajo, como si fueran furtivos ratones. Danae acariciaba con gesto ausente a su ronroneante gata, mientras consideraba opciones, alternativas y posibilidades.

Mirtai, ceñuda, implacable, ataviada con un lustroso peto de acero atan y cuero negro, se encontraba de pie a varias varas de distancia, corredor abajo, con expresión de hosca obediencia y una mano sobre el puño de su espada.

—Todavía estás enfadada conmigo, ¿verdad? —le preguntó Danae a la gigante dorada que ni siquiera se molestó en volverse.

—No tengo derecho de aprobar ni desaprobar lo que decida mi dueña. —Mirtai estaba mostrándose muy testaruda.

—Oh, basta ya. Ven aquí.

Mirtai marchó corredor arriba hasta donde estaba sentada su caprichosa y diminuta dueña.

—¿Sí?

—Voy a intentarlo otra vez. Por favor, esta vez, escúchame.

—Como ordene tu majestad.

—Estás poniéndote muy pesada, ¿sabes? Sabes que te queremos, Mirtai.

—¿Está hablando tu majestad con el plural mayestático?

—Estás comenzando a conseguir que me enfade. Tengo un nombre, y tú sabes cuál es. Te queremos, y nos habrías partido el corazón si hubieras decidido suicidarte. Te hablé de la forma que lo hice para conseguir que recobraras la sensatez, tonta.

—Sé por qué lo hiciste, Danae, pero ¿tenías que humillarme delante de los demás?

—Te pido disculpas.

—No puedes hacerlo. Eres una reina, y las reinas no pueden pedir disculpas.

—Puedo si quiero hacerlo. —Danae hizo una pausa—. Así que ya está —agregó. Mirtai se echó a reír, y de pronto abrazó a la niña.

—Nunca vas a aprender a ser una reina, Danae.

—Oh, no lo sé. Ser una reina significa que consigues lo que quieres. Eso lo hago constantemente. No necesito ni una corona ni un ejército para algo tan sencillo.

—Eres una niña muy malcriada, majestad.

—Lo sé, y me encanta cada minuto de ello.

Entonces la princesa oyó un débil murmullo lejano, murmullo que Mirtai no podía siquiera percibir, por supuesto.

—¿Por qué no vas a buscar a Melidere? —le sugirió. Suspiró y puso los ojos en blanco—. Estoy segura de que de todas formas está intentando dar conmigo. Probablemente es la hora de otra de esas lecciones para chicas.

—Ella está dándote instrucción en los modales de la corte y las cortesías tradicionales, Danae —la regañó Mirtai—. Si vas a ser una reina, necesitarás saber esas cosas.

—Yo creo que son tonterías. Ve delante, Mirtai. Te seguiré dentro de un minuto.

La gigantesca atana se alejó, corredor abajo, y la princesa Danae habló en voz muy baja.

—¿Qué sucede, Setras? —le preguntó a su primo.

—Tú ya conoces las cortesías, Afrael —dijo su primo de cabellos rizados, que apareció de pronto junto a ella—. ¿Por qué estás tomando lecciones?

—Le da a Melidere algo en lo que ocupar su mente y evita que haga travesuras. He dedicado una gran cantidad de tiempo y esfuerzo para unirlos a ella y Stragen. No quiero que ella lo estropee si se aburre y comienza a buscar otras distracciones.

—Eso es muy importante para ti, ¿verdad? —Setras parecía un poco desconcertado—. ¿Por qué tendrían que interesarte en lo más mínimo las cosas que hacen para perpetuarse a sí mismos?

—Lo más probable es que no lo entendieras, Setras. Eres demasiado joven.

—Tengo la misma edad que tú.

—Sí, pero tú no le pones atención ninguna a lo que hacen tus adoradores cuando están juntos a solas.

—Sé qué están haciendo. Es ridículo.

—A ellos parece gustarles.

—Las flores son más dignas a ese respecto —replicó él, sorbiendo por la nariz.

—¿Era de eso de lo que querías hablarme?

—Ah, casi lo olvido. Tengo un mensaje para ti. Hay un caballero alcione..., uno de los que me sirven a mí. Creo que le conoces. Es un cara de luna llamado Tynian.

—Sí.

—Él regresó a Chyrellos a buscar ayuda, y parece que por inadvertencia escogió a todos los pandiones que tenían los conocimientos suficientes como para hacerte llegar un mensaje, y los trajo a todos a esta parte del mundo, así que no había nadie con los caballeros de la iglesia que pudiera contarte lo sucedido en Zemoch.

—Sí, lo primero ya lo sé. Anakha va a hablar con Tynian al respecto. ¿Qué sucedió en Zemoch?

—Los caballeros de la iglesia tuvieron un encuentro con Klael. Un tercio de ellos resultaron muertos.

Afrael profirió una abrasadora retahíla de imprecaciones estirianas.

—¡Afrael! —exclamó Setras con voz ahogada—. ¡No deberías hablar de esa forma!

—¡Oh, vete a freír espárragos, Setras! ¿Por qué no me dijiste eso en cuanto llegaste aquí?

—Sentía curiosidad por lo otro —confesó él—. No es como si hubieran resultado todos muertos, Afrael. Todavía quedan muchísimos. Dentro de nada habrá tantos como antes. Son ferozmente prolíficos.

—¡Yo los quiero a todos, mentecato! No quiero perder ni a uno solo de ellos.

—Eres codiciosa. Ése es uno de tus defectos, prima. No puedes conservarlos a todos, y lo sabes.

—No apuestes nada por eso, Setras. No estoy haciendo más que empezar. —Lanzó las manos al aire—. ¡Esto es imposible! Ni siquiera comprendes el mensaje que estás intentando transmitirme. ¿Dónde se encuentran ahora los caballeros de la iglesia?

—Están atravesando las estepas de Astel central para invadir Cynesga. Es probable que vuelvan a encontrarse con Klael cuando lleguen allí. Espero que no resulten todos muertos.

—¿Quién está al mando?

—Uno de los servidores de Romalic..., un anciano llamado Abriel... Estaba al mando cuando salieron de Chyrellos, pero lo mataron en Zemoch, así que ahora da las órdenes uno de los sumos sacerdotes de la iglesia del dios elenio..., un thalesiano llamado Bergsten.

—Tendría que haberlo adivinado —dijo ella—. Primero tengo que hacerme cargo de algunas cosas. Luego iré a buscar a Bergsten y obtendré un relato real de lo sucedido.

—Yo solamente estaba intentando ayudar. —Setras parecía un poco herido.

—Lo has hecho bien, primo. —Afrael lo perdonó—. No es culpa tuya el que no te hayas mantenido al día de cómo marchan las cosas por aquí.

—Tengo cuestiones muy importantes en la cabeza, Afrael —replicó él con tono defensivo—. Ven a mi estudio un día de estos —agregó, animado—. El otro día hice una puesta de sol que probablemente sea una de las mejores obras que he logrado. Es

tan adorable que he decidido quedármela.

—¡Setras! ¡No puedes detener el sol de esa manera!

—Allí no vive nadie, Afrael. No se darán cuenta.

—¡Oh, no! —Ella ocultó el rostro entre las manos.

—Estás decepcionada de mí, ¿no es cierto? —El labio inferior le tembló levemente y sus enormes ojos luminosos se llenaron de repentinas lágrimas—. Y yo que intento con tanto ahínco conseguir que tú y los otros estéis orgullosos de mí...

—No, Setras —le dijo ella—. Te sigo queriendo.

La expresión del rostro de él se animó.

—Entonces, todo está bien, ¿verdad?

—Eres un encanto, Setras. —Ella le dio un beso—. Ahora márchate. Tengo que hablar con estos otros.

—Pero vendrás a ver mi puesta de sol, ¿no?

—Por supuesto, primo. Ahora, márchate. —Ella cogió a su dormida gata y sopló dentro de las peludas orejas del animalito—. Despierta, *Mmrr* —le dijo.

Los ojos amarillos se abrieron.

—Vete al lugar en que anidamos —le dijo la pequeña princesa, hablando en idioma gatuno—. Tengo que hacer algo. —Dejó a *Mmrr* en el suelo, y la gata arqueó la espalda, encorvó la cola en forma de sinuoso signo de interrogación, y bostezó. Luego se alejó con silenciosos pasos, corredor abajo.

Danae miró a un lado y otro, sondeando con ojos y mente para asegurarse de que estaba sola. Había varones humanos dando vueltas por el castillo, y la aparición de una diosa desnuda siempre los excitaba. Resultaba halagador, por supuesto, pero también era algo que confundía a un ser que carecía por completo de impulsos reproductivos. Por mucho que lo intentaba, Afrael nunca había conseguido entender cómo podía ser tan indiscriminado el impulso de apareamiento de los varones humanos.

La diosa-niña reasumió por un instante su verdadera apariencia, y luego se dividió convirtiéndose en ambas niñas.

—Estás haciéndote mayor, Danae —observó Flute.

—¿Se me nota? ¿Ya?

—Es perceptible. Aunque aún te queda bastante antes de alcanzar la madurez total. ¿Estás segura de que quieres llegar hasta el fin con esto?

—Podría ayudarnos a entenderlos un poco mejor. No creo que Setras sepa siquiera que hacen falta un varón y una mujer para hacer... bueno, ya sabes. —Danae se sonrojó.

—Setras no es demasiado inteligente. ¿Puedo tomar prestada a Mirtai? —inquirió Flute.

—¿Para qué?

—En realidad, tú no la necesitas aquí, y después de lo ocurrido en Dirgis, me gustaría tener a alguien de confianza para que hiciera guardia junto a Sefrenia.

—Buena idea. Vayamos a hablar con Sarabian y los demás. Ellos podrán enviarles mensajes a las personas con las que no tenemos ningún contacto.

Flute asintió con la cabeza.

—¡Sería tanto más conveniente si fueran todos nuestros!

Danae se echó a reír.

—Creo que Setras tenía razón. Somos codiciosas, ¿no?

—Los queremos a todos, Danae. Yo no veo ninguna razón por la que ellos no puedan querernos a nosotras.

Las dos niñas echaron a andar corredor abajo, cogidas de la mano.

—Danae —dijo Flute—, ¿crees que Mirtai le tiene miedo a las alturas?

—Se parece mucho al dibujo que hizo Talen, ¿verdad? —le murmuró Tynian a Ulath.

—Mucho —asintió Ulath—. Ese muchacho tiene un talento tremendo.

—Sí. Y además dibuja bien.

Ulath profirió una breve carcajada. Luego miró con atención a los hombres apiñados en torno a Parok y se llevó a Tynian un poco más lejos de ellos.

—Parok está dando las órdenes —le susurró—, pero el arjuni del jubón extravagante habla en nombre del rey Rakya.

—Sarabian va a molestarse mucho con el rey de Arjun.

Ulath asintió con la cabeza.

—No me sorprendería mucho ver a un rey nuevo en el trono dentro de no mucho.

—¿Qué fue lo que dijo exactamente Parok respecto a Natayos? No puedes haberlo interpretado mal, ¿verdad?

—No hay ni la más mínima posibilidad. Justo antes de comenzar la discusión con el duque Milanis, Parok dijo que Scarpa quería sacar su ejército de Natayos antes de darle a Sparhawk la última nota. Yo estuve a punto de dar vítores cuando declaró que iban a ordenar a Sparhawk que acudiera a Natayos para realizar el intercambio.

»Pero tenemos que andarnos con cuidado. Podrían tener a Ehlana en algún otro lugar. Cabe la posibilidad de que no la lleven a Natayos hasta el último momento.

Ulath se encogió de hombros.

—Eso lo sabremos con seguridad cuando Xanetia llegue allí.

La puerta de la sala cubierta de libros se abrió, y un sirviente de librea entró apresuradamente.

—Ha llegado un importante mensaje de Natayos, barón —le dijo a Parok—. El mensajero ha cabalgado hasta casi matar al caballo.

—Los caballos son baratos. Haz pasar al hombre.

—Sería fácil sentir aversión por ese tipo —murmuró Tynian.

—Yo ya la siento —replicó Ulath. Levantó la mirada con aire especulativo—. Somos algo así como invisibles, ¿verdad? —preguntó.

—Eso es lo que dice Ghnomb.

—¿Puedes imaginarte la expresión de la cara de Parok si de pronto un cuchillo invisible lo abriera en canal?

—Lentamente —agregó Tynian—. Muy, muy lentamente.

El mensajero de Natayos era un dacita mal vestido, y se tambaleaba a causa del agotamiento cuando entró en la sala.

—Barón —jadeó—. Gracias a Dios que te encuentro.

—¡Habla, hombre!

—¿Puedo beber un poco de agua?

—Primero habla. Luego podrás beber lo que quieras.

—Mi señor Scarpa me ha ordenado que te diga que el hombre al que has estado vigilando no es Sparhawk.

—Veo que por fin Scarpa se ha vuelto loco del todo.

—No, barón. Zalasta lo ha confirmado. Alguien a quien llaman Klael fue a echarle una mirada al hombre al que le habéis estado dando las notas. Parecían creer que tú sabes quién es ese tal Klael. En cualquier caso, ha enviado mensaje de que el hombre de la nariz rota tiene el aspecto de Sparhawk, pero en realidad no es él. Ese Klael debe tener alguna forma de saberlo sobre seguro.

Parok comenzó a proferir sulfuradas imprecaciones.

—Eso acaba con el plan —gruñó Tynian—. Le haré saber esto a Afrael. Será mejor que pongamos a salvo a Berit y Khalad.

—¿Ha matado Scarpa a la esposa de Sparhawk? —le preguntó el barón Parok al mensajero.

—No, mi señor barón. Iba a hacerlo, pero Zalasta se lo impidió. Se me ha ordenado decirte que no hagas nada que le revele al impostor que estamos al tanto del engaño. Zalasta necesita un poco de tiempo para llevar a las prisioneras a un lugar seguro. Quiere que tú continúes como si nada hubiese pasado. Cuando haya quitado de en medio a esas dos mujeres, te enviará mensaje para decirte que puedes matar al hombre que se hace pasar por Sparhawk.

—¿Es Zalasta quien ostenta el mando absoluto, entonces?

—Sí, barón Parok. Mi señor Scarpa está un poco... eh... demente supongo que podríamos decir.

—También podríamos decir que está loco. Es algo más fiel a la realidad. —Parok comenzó a pasearse de un lado a otro—. Me pregunto cuánto hará falta para que Zalasta pierda los estribos —murmuró—. Probablemente sea mejor de esta manera. Zalasta es un estiriano, pero al menos tiene la cabeza bien. Regresa y dile que he recibido su mensaje, y que no haré nada que ponga en peligro sus planes. Hazle saber que no siento ningún aprecio real por Scarpa, y que le seré leal por completo a él.

—Así lo haré, mi señor barón.

El duque Milanis cruzó la habitación y cerró la ventana.

—En el nombre de Dios, ¿qué es ese olor? —exclamó.

Tynian giró la cabeza y vio al enorme troll de pie justo detrás de ellos.

—Bhlok w —le dijo—, no es bueno entrar en los cubiles de los hombres-cosas de esta manera.

—Me ha enviado Khwaj, Tin-in —le explicó Bhlok w—. Khwaj se cansa de esperar. Quiere quemar a los malvados por siempre.

Entonces, el medio-momento en penumbra que ocupaban se llenó repentinamente de humo, y con la enorme presencia del dios del fuego.

—Vuestra caza dura demasiado tiempo, Ulath-de-Thalesia. ¿Has encontrado ya a alguno de los malvados? Si es así, señálame cuál es. Lo haré quemar por siempre.

Tynian y Ulath intercambiaron una mirada. Luego Tynian le dedicó a su amigo una sonrisa lobuna.

—Venga —dijo.

—¿Por qué no lo hacemos? —asintió Ulath. Miró al relumbrante dios del fuego—. Nuestra caza ha sido próspera, Khwaj —declaró—. Hemos encontrado a uno de los que le robó la compañera a Anakha. Ahora puedes hacerlo quemar por siempre. —Hizo una pausa—. Pero hay otros a los que también tenemos que cazar —agregó—. No queremos espantarlos porque después serían más difíciles de encontrar. ¿Puede Ghnomb poner al que hemos encontrado en el No-Tiempo? Allí podrás quemarlo por siempre. Cuando arda en el No-Tiempo, los demás de su manada no olerán el humo ni oirán cómo grita de dolor, así que no huirán.

—Tu pensamiento es bueno, Ulath-de-Thalesia —asintió Khwaj—. Hablaré con Ghnomb de eso. Lo haré de manera que el que queme siempre queme en el tiempo que no se mueve. ¿A cuál de estos debo quemar?

—A ése —replicó Ulath, señalando al barón Parok.

El duque Milanis regresaba en ese momento de la ventana, y se detuvo de pronto, convirtiéndose en una estatua en medio de un paso.

El barón Parok continuó su inquieto paseo.

—Vamos a tener que comenzar a tomar precauciones extra —dijo, sin darse aún cuenta de que los hombres que lo rodeaban no se movían. Entonces se volvió y estuvo a punto de chocar con el exhausto mensajero de Natayos—. ¡Quítate de mi camino, idiota! —le espetó.

El hombre no se movió.

—Te dije que le llevaras mi mensaje a Zalasta —se enfureció—. ¿Por qué sigues aquí? —Abofeteó al mensajero y gritó de dolor al golpear su mano algo más duro que la piedra. Se volvió a mirar a los demás con ojos enloquecidos—. ¿Qué os pasa a todos? —exigió saber con voz chillona.

—¿Qué ha dicho? —preguntó Khwaj con voz espantosa.

Parok miró boquiabierto al gigantesco dios-troll, profirió un alarido y corrió hacia la puerta.

—No comprende que ahora está en el No-Tiempo —replicó Ulath en lengua troll.

—Tiene que saber por qué se lo castiga —decidió Khwaj—. ¿Lo entenderá si le hablas en los sonidos de pájaros de los hombres-cosas?

—Yo haré que lo entienda —le prometió Ulath.

—Es bueno que lo hagas. Háblale.

Parok estaba aporreando sin resultados la inamovible puerta.

—Eso no te servirá para nada, viejo amigo —le advirtió educadamente Ulath al aterrorizado dacita—. Las cosas han tomado un giro definitivamente malo para ti, barón. El tipo grande al que le sale humo de las orejas es el dios-troll Khwaj. Desaprueba que hayáis secuestrado a la reina Ehlana.

—¿Quién eres tú? —preguntó Parok, casi gritando—. ¿Qué está sucediendo aquí?

—Has sido traído al palacio del castigo, barón —le informó Tynian—. Como acaba de explicarte mi amigo, Khwaj está bastante molesto contigo. Los trolls son una gente muy moralista. Las cosas que nosotros hemos llegado a tomarnos como algo bastante más corriente..., los secuestros, el envenenamiento, el retener a la gente para pedir un rescate..., a ellos los molesta muchísimo. Pero existe una pequeña ventaja. Vas a vivir eternamente, barón Parok. No morirás nunca jamás.

—¿De qué estás hablando?

—Ya lo verás.

—¿Lo entiende ahora? —exigió saber Khwaj, impaciente.

—Nuestro pensamiento es que sí —replicó Ulath en lengua troll.

—Bien. —Khwaj avanzó de manera implacable hacia el reptante dacita, con una gigantesca garra extendida. Luego dio una palmada sobre la cabeza del dacita—. ¡Quema! —gruñó.

El barón Parok profirió un alarido.

Luego su rostro pareció partirse, y el incandescente fuego salió a través de su piel. Su jubón humeó durante un momento y luego desapareció en cenizas.

Él profirió otro alarido.

Su silueta continuaba siendo la de un hombre, pero era un hombre dibujado en llamas. El barón se quemaba, sin consumirse, y danzaba y aullaba de agonía.

Khwaj golpeó la inamovible puerta con su gigantesca garra, y la puerta salió disparada hacia fuera en ardientes trozos.

—¡Vamos, vete! —rugió—. ¡Corre! ¡Corre por la eternidad y quema siempre!

El llameante dacita huyó, gritando.

La ciudad de Arjun permanecía congelada en el instante eterno del perpetuo ahora. Los ciudadanos, al igual que estatuas, se erguían congelados, inconscientes del ardiente fantasma que atravesaba corriendo sus silenciosas calles. No oían sus agónicos alaridos. No lo vieron huir hacia las orillas del lago.

El barón Parok, completamente en llamas, corría dejando una estela de grasiento humo. Llegó a los muelles y corrió por un largo embarcadero que se adentraba en las oscuras aguas del mar de Arjun. No se detuvo al llegar al final, sino que se arrojó, anhelante, hacia las aguas que lo apagarían. Pero, al igual que el momento mismo, la superficie del lago era inflexible y tan dura como el diamante. El espectro de llamas aulló de frustración, arrodillándose sobre la lustrosa superficie y aporreándola,

implorando que lo dejaran entrar en las aguas, rogando que lo ahogasen en la bendita frescura que estaba apenas fuera de su alcance. Entonces Parok se puso en pie de un salto, impulsado por una terrible orden del dios-troll. Aún gritando de agonía e insoportable soledad, la silueta humana de eternas llamas echó a correr por la superficie de oscuro cristal, alejándose incandescente hasta no ser más que una única chispa lejana en el lago oscurecido por la noche. Y su extraviado alarido de dolor e interminable soledad llegó resonando hasta la orilla indiferente.

—Ojalá Sparhawk encuentre la forma de regresar —murmuró Talen mientras él y Stragen ascendían una vez más por la desvencijada escalera del desván—. Tenemos alguna información bastante importante, y no hay forma de poder pasársela a los demás.

—Sobre eso no podemos hacer nada de momento —replicó Stragen—. Veamos cómo reacciona Valash ante esa historia que has tramado. Mantenla dentro de los límites de la vaguedad hasta que veamos hacia dónde salta.

—¿Y luego me enseñarás cómo robar una bolsa? —inquirió Talen con un entusiasmo excesivamente fingido.

—De acuerdo —suspiró Stragen—. Te presento mis disculpas. Admito que sabes qué estás haciendo.

—¡Oh, gracias, Vymer! —dijo Talen con tono efusivo—. ¡Gracias, gracias!

—Has estado pasando demasiado tiempo con la princesa Danae —masculló Stragen con acritud—. Te aseguro que espero que se case contigo de verdad. Te lo mereces.

—Muérdete la lengua, Stragen. Todavía puedo correr más rápido que ella.

—El correr no siempre sirve, Reldin. También yo pensaba que podía correr, pero Melidere me cortó las piernas con una sola palabra.

—¿Ah, sí? ¿Y qué palabra fue?

—Beneficios, joven amigo mío. Blandió ilimitadas cantidades de oro delante de mis narices.

—Te has vendido, Stragen —lo acusó Talen—. Has traicionado a todos los solteros del mundo por dinero.

—¿No lo habrías hecho tú? Aquí no estamos hablando de cuatro cuartos.

—Es una cuestión de principios —replicó Talen con tono altivo—. Yo no me vendería por dinero.

—No creo que sea dinero lo que vaya a ofrecerte Danae, inocente joven amigo mío. Si comienzas a correr ahora mismo, puede que consigas escapar, pero lo dudo un poco. Conocí a tu padre, y en tu familia hay una cierta debilidad. Danae va a cazarte, Talen. No tienes escapatoria.

—¿Podríamos hablar de otra cosa? Creo que es un tema bastante inquietante.

Stragen rió y en ese momento traspusieron la remendada puerta que se hallaba en

lo alto de la escalera.

Valash se encontraba sentado a la débil luz de una sola vela, y escuchaba con cara dolorida mientras Ogerajin barboteaba y babeaba una larga serie de frases inconexas.

—No parece estar mejorando —observó Stragen en voz baja cuando él y Talen se reunieron con los dos hombres de la mesa.

—Es que no se pondrá mejor, Vymmer —suspiró Valash—. Ya he visto antes cómo esta enfermedad en particular sigue su curso. No os acerquéis a él. En esta etapa es virulentamente contagioso.

—Te aseguro que no me gustaría pillar lo que tiene —declaró Talen con un estremecimiento.

—¿Tenéis algo para mí? —preguntó Valash.

—No voy a jurártelo, maese Valash —replicó Talen, cauteloso—. Los tipos a los que se lo oí no eran nada de fiar. Pero puede que te interese enviar la noticia a Panem-Dea. Les atañe de manera bastante directa, así que tal vez les interese tomar algunas precauciones de más.

—Continúa —le dijo Valash.

—Bueno, pues oí a un par de soldados arjunis que charlaban en una taberna del puerto..., soldados arjunis de verdad, quiero decir, no los que ha reclutado el señor Scarpa. Hablaban sobre unas órdenes que acaban de llegarles desde la capital de Arjuna. Por lo que pude sacar en claro, se les ha ordenado prepararse para una extensa campaña. Ellos piensan que van a montar un ataque contra el campamento que el señor Scarpa tiene en Panem-Dea.

—¡Imposible! —bufó Valash.

—Estaban diciendo que las órdenes provenían directamente del rey Rakya. El mensaje les había sido entregado a sus oficiales, por supuesto, por lo que es probable que lo falsearan, pero estaban del todo convencidos de que el ejército arjuni iba a atacar a las fuerzas de Scarpa. Yo sólo he pensado que deberías saberlo.

—Esos soldados estaban borrachos, Reldin. El rey Rakya es aliado nuestro.

—¿De veras? ¡Qué cosa tan sorprendente! En ese caso, debería hacérselo saber a sus tropas. Los dos a los que estuve escuchando babeaban por todo el botín que creen que van a llevarse de Panem-Dea.

—La reina acudirá a Panem-Dea —se puso a cantar de pronto Ogerajin, en una voz resollante con la música de una canción de cuna—, la reina acudirá a Panem-Dea. —Luego comenzó a cacarear con su risa aguda.

Una repentina desazón cruzó el rostro de Valash.

—Calmaos, maestro Ogerajin —dijo, mientras les echaba a Stragen y Talen una mirada de preocupación.

—La reina acudirá a Panem-Dea en un carruaje —canturreó Ogerajin con voz cascada.

—No le prestéis ninguna atención —dijo, con una premura algo excesiva—. No hace más que desvariar.

—Está realmente perdiendo facultades, ¿no? —observó Stragen.

—Seis caballos blancos y ruedas de plata... —continuaba cantando Ogerajin.

—¿Habéis oído alguna vez galimatías tal? —preguntó Valash con una débil risa.

—Nuestra presencia debe estar trastornándolo —dijo Stragen—. ¿Suele quedarse dormido al avanzar la noche?

—Por lo general, sí.

—Bien. A partir de ahora, Reldin y yo vendremos después de medianoche, cuando esté dormido.

—Te lo agradecería, Vymer. —Valash los miró, con expresión aún preocupada—. No siempre ha sido así, ¿sabéis? Es por la enfermedad que padece.

—Estoy seguro de ello. Es probable que ni siquiera se dé cuenta de lo que dice.

—Exacto, exacto. Ha perdido completamente el seso. ¿Por qué no os olvidáis los dos de su loca canción? —Valash cogió la bolsa de su cinturón y sacó de ella varias monedas—. Tomad. Volved aquí cuando se haya dormido.

Los dos ladrones hicieron una reverencia y se retiraron en silencio.

—Estaba nervioso, ¿eh? —comentó Talen mientras descendían las escaleras.

—Te has dado cuenta. Incluso se excedió y abrió la bolsa.

Llegaron al pie de la escalera.

—¿Hacia dónde? —inquirió Talen.

—De momento, hacia ninguna parte. Guárdate esto para ti, Talen.

—¿Guardarme qué?

Pero Stragen ya estaba hablando en sonoro estiriano, tejiendo con los dedos intrincados dibujos en el aire, ante sí.

Talen lo miró fijamente mientras Stragen abría las manos con las palmas hacia arriba y hacía un gesto como de impulso, al igual que un hombre que dejara en libertad a una paloma. Sus ojos adquirieron un aire distante y sus labios se movieron en silencio durante un rato.

Luego sonrió.

—La he sorprendido —dijo—. Vamos.

—¿Qué está sucediendo aquí? —exigió saber Talen.

Stragen se encogió de hombros.

—Le he hecho saber a Afrael lo que acabamos de descubrir.

—¿Tú? ¿Dónde has aprendido magia estiriana?

—En realidad no es tan difícil, Talen —replicó Stragen con una sonrisa—. He visto a Sparhawk hacerla con bastante frecuencia, y después de todo yo hablo estiriano. Los gestos no estaban muy bien logrados, pero Afrael me dio algunas instrucciones. Lo haré mejor la próxima vez.

—¿Cómo sabías que iba a funcionar?

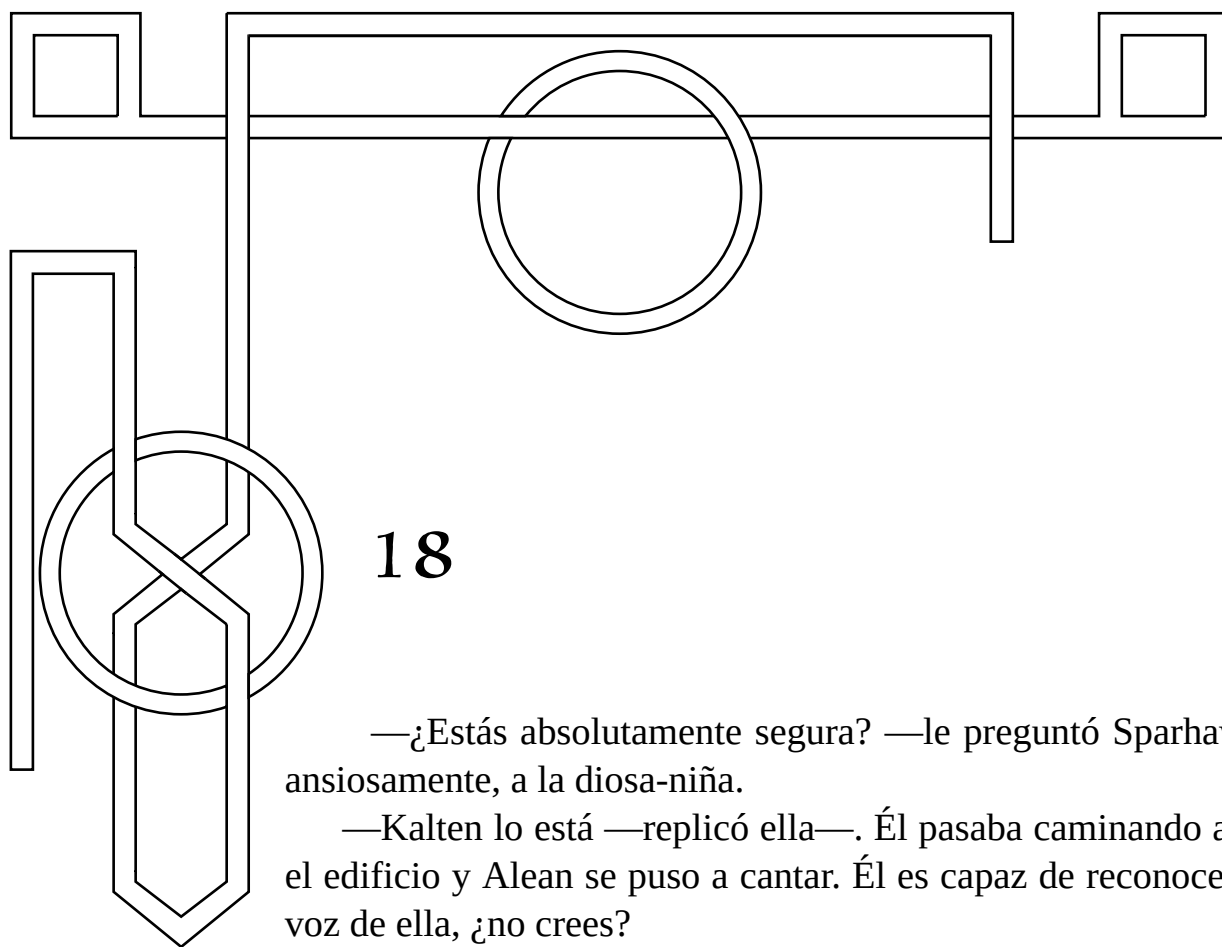
—No lo sabía. Pero pensé que ya era hora de que lo pusiera a prueba. Afrael está muy satisfecha de mí.

—Supongo que sabrás que acabas de presentarte voluntario para servirla,

¿verdad? Eso sí que lo sé respecto a Afrael. Ahora eres su esclavo, Stragen. Te tiene atrapado.

Stragen se encogió de hombros.

—Oh, bueno, supongo que podría ser peor. Afrael es ella misma una ladrona, por lo que estoy seguro de que nos llevaremos bien. —Cuadró los hombros—. ¿Nos marchamos? —sugirió.



18

—¿Estás absolutamente segura? —le preguntó Sparhawk, ansiosamente, a la diosa-niña.

—Kalten lo está —replicó ella—. Él pasaba caminando ante el edificio y Alean se puso a cantar. Él es capaz de reconocer la voz de ella, ¿no crees?

Sparhawk asintió con la cabeza.

—Ella podría hacerlo levantar de la tumba con sólo cantarle. ¿Cuánto tardarías en llevarme hasta Natayos?

—Primero llevemos a los demás a Dirgis. Quiero informar a Xanetia y Sefrenia de lo que ha estado sucediendo.

—Eso ya lo sé. Necesito llegar a Natayos, Afrael.

—En su momento, Sparhawk. No va a llevarnos tanto tiempo llegar a Dirgis, y ellas podrían tener algunas ideas útiles.

—Afrael... —comenzó él una protesta.

—Lo haremos a mi manera, Sparhawk —declaró ella con firmeza—. No nos llevará tanto tiempo, y puede que te dé el tiempo suficiente como para dominar tu temperamento. Los demás están esperando en la sala del mapa. Vayamos a buscarlos y llevémoslos a Dirgis.

Se produjo una breve discusión antes de la salida.

—No tengo necesidad ninguna de un caballo —insistió Betuana, al tiempo que se ataba la cinta de una de sus botas de media caña. Afrael suspiró.

—Por favor, hazlo a mi manera, Betuana —le pidió.

—Yo puedo correr más aprisa que un caballo. ¿Por qué iba a cargar con uno?

—Porque tú sabes la distancia que hay desde aquí a Dirgis, y el caballo no. Para mí es más fácil hacerlo de esa forma. Por favor Betuana, hazlo sólo por mí. —La

niña-diosa le dirigió una mirada suplicante a la acorazada reina de Atan.

Betuana se echó a reír y cedió.

Y así salieron al nevado patio, montaron y continuaron hacia las calles de Sarna. El cielo estaba cargado de nubes que oscurecían las montañas circundantes y escupían nieve. Abandonaron la ciudad por la puerta este, y subieron trabajosamente por la empinada ladera hasta lo alto de la garganta. Sparhawk, Itagne y Vanion cabalgaban en vanguardia, abriendo sendas para la reina de Atan, que montaba envuelta en su pesada capa y con la diosa-niña acurrucada en los brazos. Existía una extraña dicotomía en la personalidad de la pequeña divinidad, que preocupaba a Sparhawk. Sabía que era inteligente más allá de su capacidad para comprenderlo, pero en muchos aspectos continuaba siendo una niña. Luego recordó la desnuda realidad de la verdadera diosa, y se desvaneció toda esperanza de llegar a entenderla alguna vez.

—¿No podemos ir más aprisa? —exigió Vanion.

El amigo de Sparhawk había estado en una agonía de impaciencia desde que se enteró del ataque sufrido por Sefrenia, y Sparhawk había llegado a temer por momentos que tendría que retenerlo por la fuerza.

—Rápido o despacio carece de importancia, Vanion —le dijo él—. Podríamos correr o arrastrarnos, y continuaríamos llegando allí en más o menos el mismo tiempo.

—¿Cómo puedes estar tan tranquilo?

—Te insensibilizas pasado un tiempo —replicó él, riendo con una mueca torcida.

Fue aproximadamente una hora más tarde que coronaron aquella larga colina y se encontraron mirando a la ciudad de Dirgis que se hallaba en lo bajo..., donde el sol brillaba alegremente.

—¡Eso es increíble! —exclamó Itagne. Luego se volvió a mirar hacia el sendero por el que acababan de llegar, y sus ojos se abrieron desmesuradamente.

—Te pedí que no hicieras eso, Itagne —le recordó Arael.

—Allí todavía está nevando —dijo, con voz estrangulada—, pero... —Volvió a mirar los campos de nieve bañados por el sol que tenía justo delante.

—¿Por qué la gente siempre quiere detenerse justo ahí? —inquirió la niña con tono irritado—. Continúa adelante, Itagne. Cuando hayas traspuesto la línea divisoria entre ambos lugares, ya no te molestará.

Itagne miró al frente con resolución y cabalgó hacia el brillante sol.

—¿Tú has entendido eso, Sparhawk? —preguntó con voz tensa.

—Más o menos. ¿De verdad que quieres saber qué te sucede cuando atraviesas los lugares en los que treinta leguas han sido sencillamente borradas del mapa?

Itagne se estremeció.

Sin más demoras, bajaron por la colina y entraron en la ciudad.

—¿Cuánto falta? —exigió saber Vanion.

—Sólo un poco —replicó Sparhawk—. La ciudad no es demasiado grande.

Avanzaron por las estrechas calles en las que la nieve estaba apilada contra los lados de los edificios. Llegaron a la posada, entraron en el patio trasero y desmontaron.

—Todo está arreglado ya, Betuana —le estaba asegurando Afrael a la reina de Atan—. Lo mantengo en un profundo sueño para que todo tenga posibilidad de volver a rehacerse y unirse.

—¿Quién está cuidando de él? Tal vez yo debería ir.

—No, Betuana —dijo Afrael con firmeza—. No tengo permiso para llevarte allí..., todavía no.

—Pero él está solo.

—Por supuesto que no se encuentra solo. Yo estoy junto a él, allí mismo.

—Pero... —Betuana miró fijamente a la niña.

—Intenta no pensar en ello. —La diosa-niña frunció los labios—. Engessa-atan es un hombre engañoso, ¿sabes?... tal vez a causa de ser tan callado. No me di cuenta de lo notable que es en realidad hasta que entré en su mente.

—Yo siempre lo he sabido —afirmó Betuana—. ¿Durante cuánto tiempo será necesario mantenerlo alejado de mí..., de nosotros?

Afrael dejó pasar el desliz verbal de la reina sin hacer comentarios.

—Algunas semanas. Quiero estar segura de que todo ha curado. Entremos antes de que a Vanion le dé una apoplejía.

Sparhawk los condujo al interior de la posada, donde el posadero parecía tan absorto en limpiar una mesa que no prestaba atención a nada más. Subieron la escalera, y Sparhawk se sobresaltó al ver a Mirtai de guardia ante la puerta de Sefrenia.

—¿Qué estás haciendo tú aquí? —le preguntó—. Creía que te habías quedado en Matherion.

—Me han prestado —replicó ella—, como a una capa vieja.

—Tú sabes que eso no es cierto, Mirtai —le reprochó Afrael—. Danae se encuentra perfectamente a salvo donde está, y yo necesitaba a alguien con quien pudiera contar para que cuidara de la seguridad de Sefrenia. Pasemos dentro.

Sefrenia estaba sentada en la cama cuando traspusieron la puerta, y Xanetia revoloteaba, protectora, en torno a ella. La habitación se encontraba inundada de sol.

Vanion avanzó de inmediato hacia la mujer a la que amaba, se arrodilló junto al lecho y la rodeó dulcemente con los brazos.

—No volveré a perderte de vista —le dijo con voz emocionada.

Sefrenia tomó el rostro de Vanion entre las manos y lo besó.

—Te harás daño.

—Calla, Vanion —le dijo ella, al tiempo que le abrazaba la cabeza y la estrechaba con fuerza contra su cuerpo.

Los enormes ojos de Afrael estaban brillantes de lágrimas. Luego pareció despojarse de la repentina emoción.

—Comencemos —dijo con decisión—. Han sucedido muchísimas cosas desde la última vez que nos encontramos todos juntos de esta forma.

—Y todo es malo —agregó Itagne con voz sombría.

—No del todo —lo corrigió ella—. Lo peor es que Klael les tendió una emboscada a los caballeros de la iglesia en las montañas de Zemoch. Llevaba consigo esos extraños soldados, y nuestros amigos han perdido la mitad de sus tropas entre muertos y heridos.

—¡Buen Dios! —gimió Itagne.

Dado que Sparhawk ya estaba al tanto de los detalles de los acontecimientos recientes, decidió aclarar de una vez por todas el misterio de los soldados de Klael.

—Rosa Azul —dijo en el silencio de su mente.

—Os oigo, Anakha.

—Nuestros amigos han vuelto a encontrarse con Klael. Ha traído hasta aquí unos guerreros de otro lugar.

—No era algo que no esperase. Klael no es apto para hacer acuerdos con los humanos por razón del su tamaño.

—¿Somos como ratones a los ojos suyos? —conjeturó Sparhawk.

—No os hacéis justicia, Anakha.

—Tal vez. Pienso que esos soldados no son deste mundo. La sangre suya es amarilla y los sus rostros se parecen mucho al de Klael.

—Ah —dijo la voz—. Recordaréis, Anakha, que una vez os dije que era la costumbre que Klael y yo contendiéramos el uno contra el otro por los varios mundos a los que he dado el ser.

—Sí.

—Me duele admitirlo, Anakha, pero no siempre he triunfado en esas contiendas. Klael me ha arrebatado algunos de mis mundos. Es de uno de esos mundos... Arcera, es el que supongo... que él ha traído esas criaturas con las que vos y los compañeros vuestros os habéis encontrado.

—Son terribles, Rosa Azul, pero no invencibles. Hemos notado pruebas de agotamiento en ellos cuando pasan mucho tiempo aquí.

—Me sorprendería si no fuera así. El aire de Arcera os quemaría los pulmones con que sólo lo respiraseis una vez. El aire deste mundo es tan dulce y sano que puede ser más simplemente asimilado por la vuesa especie y otras criaturas que en él habitan. Las criaturas de Arcera no son tan afortunadas. La suya forma de asimilar el nocivo miasma de su mundo es mucho más compleja que el vuesto sencillo medio de aliento. Estoy seguro de el aire vuesto les resulta ligero e insatisfactorio por comparación.

—¿Y mortal? —preguntó Sparhawk.

—Llegado el momento, con total certeza.

—¿Podrías aventurar una conjetura de cuánto podrá tardar el aire nuestro en matarlos?

—Sois salvaje, Anakha.

—Me superan en número, Rosa Azul. Los guerreros de Klael han puesto la causa nuestra en peligro directo. Tenemos que saber cuánto tiempo pueden sobrevivir aquí.

—Eso variará de uno a otro guerrero. No más de un día, sin duda, y el esfuerzo acelerará el proceso.

—Gracias, Rosa Azul. Los mis compañeros y yo trazaremos tácticas para emplear de la mejor forma esa información.

—Pon atención, Sparhawk —le dijo Afrael.

—Lo siento —se disculpó—. Estaba conferenciando con nuestro amigo. —Se dio un golpecito en el bulto de la parte delantera de la ropa; luego miró a Vanion—. He recogido más información respecto a las debilidades de los soldados de Klael —comentó—. Tú y yo tenemos que trabajar en algunas tácticas.

Vanion asintió con la cabeza.

—¿Estás segura de que Berit y Khalad se encuentran bien? —le preguntó Sefrenia a la niña.

Afrael asintió con la cabeza.

—Zalasta no quiere que nos enteremos de que ha descubierto el engaño de que lo hicimos objeto. Le ha dado órdenes a todo el mundo de comportarse como si nada hubiese pasado. —Pensó durante un momento—. Creo que eso es todo, más o menos —dijo—. Bergsten está cruzando las estepas; Kalten, Bevier y Caalador se encuentran ya en Natayos; Ulath y Tynian con su mascota troll llegarán allí dentro de poco.

—¿Puedes hacerle llegar un mensaje al emperador? —le preguntó Itagne—. Debe saber que el rey de Arjuna está aliado con Scarpa.

—Me encargaré de ello —prometió Afrael. Luego frunció levemente el ceño—. Sefrenia —dijo—, ¿has estado instruyendo a Stragen en los secretos?

—No, ¿por qué?

—Envió el hechizo de la llamada secreta. No lo hizo muy bien, pero consiguió captar mi atención.

—¡En el nombre de Dios, ¿cómo aprendió eso?! —exclamó Vanion, que aún tenía a Sefrenia entre sus brazos.

—Probablemente, observándoos a los demás. Stragen es muy rápido, y habla estiriano. El robar secretos es casi lo mismo que robar bolsas, supongo. En fin, el caso es que fue Stragen quien me habló de las otras plazas fuertes de Scarpa. Él y Talen están contándole falsas historias al dacita con el fin de confundir al otro bando.

—Pienso que es la hora de que acuda yo a Natayos —dijo Xanetia—. Tenemos que verificar la presencia de la reina de Anakha y hacer preparativos para el su rescate.

—Antes de que Zalasta intente cambiarla de lugar —agregó Sparhawk—. Será mejor que yo también te acompañe. Los demás ya se encuentran allí, y puede que Kalten necesite una mano firme para evitar que haga algo precipitado. Por otra parte,

si Ehlana y Alean están allí, muy bien podríamos apartarlas del peligro. Luego dispersaré al ejército de Scarpa, e iremos a mantener una charla con Cyrgon.

—Y con Zalasta —agregó Vanion en tono nada prometedor.

—Ah, por cierto —intervino Afrael—, ¿está llevando alguien una lista de la gente respecto a la que queremos hacer cosas? Si es así, podéis tachar al barón Parok.

—¿Lo ha matado Ulath? —intentó adivinar Sparhawk.

—No está muerto, Sparhawk. De hecho, va a vivir por toda la eternidad. Aunque nunca lo encontrarás. Khwaj estaba impacientándose, y comenzó a acosar a Ulath y Tynian para que le dieran información sobre la gente que secuestró a Ehlana. Ellos le entregaron a Parok.

—¿Qué sucedió? —inquirió Itagne.

Ella se encogió de hombros.

—Ghnomb congeló el tiempo. Luego Khwaj le prendió fuego a Parok. Se encuentra completamente envuelto en llamas. Todavía está corriendo, y correrá... y arderá... en ese vacío instante inmóvil durante toda la eternidad.

—¡Dios querido! —Itagne se atragantó de horror.

—Le haré saber eso a Khwaj, Itagne —prometió la diosa-niña—. Estoy segura de que le complacerá que apruebes lo que ha hecho.

El aire era fresco y seco, y el cielo de un gris particular. Tynian y Ulath salieron a caballo de Arjun en el tiempo congelado, con Bhlok w arrastrando los pies entre sus monturas.

—¿Cuánto dices que vamos a tardar en llegar hasta Natayos? —preguntó Tynian.

—Oh... —replicó Ulath—, no lo sé..., un par de segundos, probablemente.

—Muy gracioso.

—A mí me gusta bastante. —Miró la bandada de pájaros que flotaba quieta en medio del aire—. Me pregunto si un hombre envejecerá cuando se mueve por el No-Tiempo.

—La verdad, no lo sé. Supongo que podrías ir a preguntárselo al barón Parok.

—Dudo de que vaya a mostrarse muy coherente. —Ulath se rascó una de las barbudas mejillas—. Estoy decidido a afeitarme esta cosa y si a Gerda no le gusta, lo sentiré mucho. —Luego pensó en algo que hacía tiempo que quería preguntarle al peludo amigo que los acompañaba—. Bhlok w —dijo.

—¿Sí, U-lat?

—Nos entristece que nuestra caza nos lleve a las tierras del sol donde el calor te causará daño.

—No me causa ningún daño, U-lat. No hay ni calor ni frío en el No-Tiempo.

Ulath le dirigió una mirada fija.

—¿Estás seguro? —le preguntó con incredulidad.

—¿Es que tú sientes calor? —preguntó sencillamente, Bhlok w.

—No —admitió Ulath—. No lo siento. Había sido mi pensamiento... —Se interrumpió, al tiempo que fruncía el entrecejo e intentaba redactar la siguiente pregunta en coherente lengua troll—. Estábamos muy al norte cuando tú y tus compañeros de manada os comisteis a los hijos de Cyrgon que estaban muertos y no muertos.

—Sí. Estábamos al norte de donde estamos ahora.

—Luego, Ghnomb os llevó a ti y a tus compañeros de manada al No-Tiempo.

—Sí.

—Luego, Ghnomb os condujo a las tierras del sol.

—Sí.

—¿No hubo ningún daño para vosotros cuando él hizo eso?

—No. El daño fue provocado por las cosas que no eran como debían ser.

—¿Qué cosas no eran como debían ser?

—Todos los trolls eran una sola manada. Eso no es como debería ser. Las manadas de trolls no tienen tantos. No es una buena forma de cazar. —Bhlok w se rascó una peluda mejilla con una enorme zarpa—. Nosotros no cazábamos de esta manera cuando estábamos en las montañas troll donde debíamos estar. Mi pensamiento era que la mente de Ghworg estaba enferma cuando vino a nosotros y nos dijo que cruzáramos los hielos-que-nunca-funden para venir a este lugar. No fue Ghworg quien hizo eso. Fue Cyrgon. Cyrgon había hecho que pareciera Ghworg y hablaba con la voz de Ghworg. Era mi mente la que estaba enferma. Mi pensamiento tendría que haberme dicho que no era Ghworg.

—¿Os causa daño que los trolls estén todos en una sola manada?

—Mucho daño, U-lat. No me gusta cuando las cosas no son como deberían. Conozco a Grek desde hace muchas nieves. Su manada caza cerca de la mía en las montañas troll. No me gusta Grek. Durante las últimas dos nieves ha sido mi pensamiento matarlo. Ghworg no me deja que lo mate. Eso me causa daño.

—No será siempre así, Bhlok w —le aseguró Ulath, para consolarlo—. Después de que hayamos matado a todos los hijos de Cyrgon, los dioses llevarán a los trolls de vuelta a las montañas troll. Entonces las cosas volverán a ser como deben.

—Me alegraré cuando lo sean. De verdad que me gustaría matar a Grek. —Bhlok w se alejó arrastrando los pies, con aire lastimero.

—¿De qué iba todo eso? —preguntó Tynian.

—No estoy seguro —admitió Ulath—. Estoy dando vueltas alrededor de algo. Sé que lo tengo delante de las narices, pero no consigo concretarlo.

—Por el momento, esperemos que los dioses-troll puedan controlar los impulsos homicidas de sus hijos —declaró Tynian con fervor.

—Trollicidas —lo corrigió Ulath.

—¿Qué?

—Has dicho «homicida». Bhlok w quiere matar a Grek. Grek es un troll. La palabra correcta sería «trollicida».

—Eso es una sutileza, Ulath.

—Lo correcto es correcto, Tynian —replicó Ulath en un tono levemente herido.

Era todavía muy temprano a la mañana siguiente cuando Afrael regresó de Sarna. El cielo del este estaba iluminado con la pálida llegada del día a pesar de que la luna aún se hallaba en el cielo, sobre el horizonte occidental.

Sparhawk y Xanetia llevaban no más de media hora esperando, cuando oyeron el conocido trino del instrumento musical de Flute que provenía del oscuro bosque.

—Has ido muy rápida —comentó Sparhawk cuando la diosa-niña se reunió con ellos.

—Hablas como si Sarna estuviera en la otra punta del continente, Sparhawk —replicó ella—. Ya los tengo a todos instalados. —Sonrió—. Vanion se ha convertido en una peste. Estaba intentando hacer que Sefrenia se metiera en cama cuando me marché.

—La verdad es que ha estado muy mal, Afrael —le recordó él.

—Pero ahora no lo está. Necesita levantarse y moverse. Volveos de espaldas.

Xanetia pareció perpleja.

—Es una de sus peculiaridades —le explicó Sparhawk—. No quiere que la gente la mire cuando está cambiando. —Miró a la diosa niña—. Esta vez no te olvides de la ropa, Afrael —le advirtió—. No ofendamos a la anarae.

—¡Eres tan pesado a veces, Sparhawk! Ahora, por favor, volveos. Sólo tardó unos segundos.

—Ya está —dijo Afrael.

Al volverse, Sparhawk advirtió que la diosa volvía a estar ataviada con una túnica de satén blanco.

—Sois hermosa más allá de toda descripción —declaró Xanetia. Afrael se encogió de hombros.

—Engaño mucho. ¿Confías en mí, anarae?

—Os confiaría la mía vida, divina Afrael.

—Espero que estés tomando nota, Sparhawk.

—¿Has dispuesto que algún ruido le oculte a Zalasta lo que estás haciendo?

—No tengo necesidad. Xanetia viene con nosotros, y su presencia lo ocultará todo.

—Supongo que no había pensado en eso —admitió él.

—Bueno, anarae —explicó Afrael—. Vamos a cogernos de las manos. Luego nos elevaremos por el aire. Realmente es mejor si no miras hacia abajo. En cuanto nos encontremos por encima de las cumbres de las montañas, comenzaremos a avanzar. No sentirás viento ni sensación de movimiento ninguna. Sólo mantente agarrada a mi mano e intenta pensar en otra cosa. No tardaremos mucho. —Miró hacia el horizonte oriental con los ojos entrecerrados—. Será mejor que nos pongamos en marcha. Me

gustaría llegar a Natayos y encontrar un buen escondrijo antes de que los soldados de Scarpa comiencen a dar vueltas por ahí. —Tendió ambas manos, las cuales tomaron Sparhawk y Xanetia.

Sparhawk se preparó y observó cómo el suelo se alejaba rápidamente al subir ellos a toda velocidad hacia el cielo de la aurora.

—Estás apretándome demasiado la mano, Sparhawk —protestó Afrael.

—Lo siento. Todavía no estoy del todo acostumbrado a esto.

Miró a Xanetia. La anarae, relumbrando en toda su plenitud, era la imagen misma de la serenidad absoluta mientras se elevaban cada vez más y más.

—El mundo es fermoso —dijo con suavidad y una nota maravillada en la voz.

—Siempre que asciendas lo bastante como para no ver la fealdad. —Afrael sonrió—. De vez en cuando subo aquí arriba para pensar. Es un lugar en el que puedo sentirme bastante segura de que no me interrumpirán. —Tomó como punto de referencia el sol que estaba saliendo y parecía casi precipitarse cielo arriba al subir ellos, se encaró con aire decidido hacia el suroeste, e hizo un peculiar gesto de asentimiento.

La tierra que se extendía allá abajo comenzó a deslizarse con suavidad, corriendo hacia ellos desde el frente y alejándoseles a toda velocidad por detrás.

—A mí paréceme una feliz forma de viajar —observó Xanetia.

—A mí siempre me ha gustado bastante —asintió Afrael—. Desde luego, es más rápida que andar por ahí a lomos de caballo.

Volaron hacia el sureste con una extraña clase de silencio envolviéndolos.

—El mar de Arjun —anunció Sparhawk, señalando una gran masa de agua que quedaba a la derecha.

—¿Es tan pequeño? —preguntó Xanetia—. Creía que era más grande.

—Estamos bastante arriba —le explicó Afrael—. Todo parece más pequeño desde lejos.

Continuaron avanzando velozmente y pronto se hallaron sobre la densa selva verde que cubría la costa suroriental del continente.

—Ahora descenderemos un poco —les advirtió Afrael—. Tomaré a Delo como punto de referencia, y luego viraremos hacia el suroeste para llegar a Natayos.

—¿No nos verán desde el suelo? —preguntó Xanetia.

—No..., aunque es una idea interesante. Tu luz sin duda sorprendería a la gente. Podrían nacer religiones completamente nuevas si la gente del suelo comenzara a ver ángeles volando por encima de sus cabezas. Allí está Delo.

La ciudad portuaria parecía un juguete abandonado por descuido en la orilla del mar azul oscuro de Tamul. Giraron hacia el suroeste, siguiendo la línea costera y descendiendo de forma gradual.

Afrael miraba atentamente la selva que corría por debajo de ellos.

—Allí —anunció con tono triunfante.

Las ruinas habrían sido más difíciles de encontrar de no haber estado la zona

norte limpia de los matorrales y árboles que cubrían el resto de la ciudad. Las derrumbadas piedras grises y edificios medio desplomados se destacaban con nitidez a la luz del sol naciente, y la carretera recientemente despejada que se dirigía hacia el norte era una cicatriz amarilla abierta que cortaba la faz de oscuro verde de la selva.

Se posaron con suavidad sobre la tierra de la carretera, a unas cuatrocientas varas al norte de las ruinas, y Sparhawk las condujo de inmediato a unos cien pasos al interior de la espesa vegetación. Estaba tenso de emoción. Si Kalten tenía razón, se encontraba a menos de cuatrocientas varas del lugar en el que retenían a Ehlana.

—Adelante, Xanetia —sugirió Afrael—. Quiero examinarte antes de que entres en la ciudad. Esto es importante, pero no quiero ponerte en ningún peligro. Asegurémonos de que nadie puede verte.

—Os preocupáis en exceso, divina Afrael. A lo largo de los siglos, nosotros, los delfaes, hemos preferido este subterfugio en particular.

Se irguió, y su rostro asumió una expresión de calma casi innatural. Su silueta pareció rielar, y pequeños destellos irisados de luz se agitaron debajo de su túnica de fabricación casera. Se desdibujó y osciló mientras su silueta se hacía indistinta.

Luego no fue más que un contorno, y Sparhawk pudo ver con claridad el tronco que tenía detrás.

—¿Cómo haces que sean visibles las cosas que están al otro lado de ti? —inquirió Afrael, curiosa.

—Doblamos la luz, divina Afrael. Ésa es la base del engaño. La luz fluye en torno a nosotros como una corriente rápida, y lleva consigo las imágenes de los objetos que nuestros cuerpos ocultan normalmente.

—Muy interesante —reflexionó Afrael—. Nunca había pensado siquiera en esa posibilidad.

—Sin embargo, debemos tener cuidado —le dijo Xanetia a la diosa—. Las nuestras sombras, como reveladores fantasmas, pueden denunciar la nuestra presencia.

—Eso es sencillo. Mantente apartada de la luz directa del sol.

Sparhawk ocultó una débil sonrisa. Incluso una diosa podía dar instrucciones descaradamente obvias, a veces.

—Seré la más cuidadosa adherente del vuesto consejo, divina Afrael —replicó Xanetia con un rostro absolutamente serio.

—Estás riéndote de mí, ¿verdad, Xanetia?

—Por supuesto que no, divina Afrael. —Ahora había desaparecido incluso el contorno, y la voz de Xanetia parecía provenir de la nada—. Al trabajo, pues —dijo, mientras su voz sin origen se alejaba en dirección a la carretera—. Regresaré al mediodía.

—Tengo que felicitar a Edaemus —comentó Afrael—. Ése es un medio de ocultarse muy inteligente. Vuélvete de espaldas, Sparhawk. Voy a cambiar otra vez.

Cuando la diosa-niña hubo recobrado su familiar forma de Flute, ella y Sparhawk

se pusieron cómodos y esperaron mientras el sol subía poco a poco por el cielo. De la selva se desprendía vapor, y el aire despertó a la vida con el parloteo de los pájaros y el zumbar de los insectos. Los momentos parecían arrastrarse con lentitud. Estaban tan cerca de Ehlana que Sparhawk casi imaginaba poder oler su conocida fragancia.

—¿Ulath y Tynian están ya aquí? —preguntó, más para apartar su mente de la ansiosa preocupación que por ninguna curiosidad real.

—Es posible —replicó Flute—. Salieron de Arjun ayer por la mañana. Con toda probabilidad, a ellos les ha parecido un viaje de tres semanas, pero no pasó más que un latido de corazón para todos los demás.

—Me pregunto si se han quedado en el No-Tiempo o si han conseguido mezclarse con el ejército de Scarpa.

—Es difícil saberlo. Tal vez tendría que haberlo comprobado antes de que se marchara Xanetia.

Entonces oyeron a varios hombres que hablaban en el camino. Sparhawk se arrastró en silencio para acercarse más, con Afrael justo detrás.

—Porque no me fío de esos soldados, Col —estaba diciéndole un tipo de aspecto tosco a un elenio rubio.

—Es de día, Senga. Nadie va a tenderles una emboscada a tus carros de cerveza a plena luz del día.

—Nunca puedes ser demasiado cuidadoso. El dinero comienza a escasear en Natayos, y la cerveza es la sangre vital de mi negocio. Un hombre sediento que está quedándose sin dinero puede hacer cualquier cosa.

—¿Has considerado el bajar tus precios? —le preguntó un tipo de aspecto siniestro que llevaba un parche negro en un ojo.

—Muérdete la lengua, Shallag —replicó Senga.

El del parche se encogió de hombros.

—Era sólo una sugerencia.

La docena, más o menos, de hombres fuertemente armados, salió del radio de alcance auditivo.

—Los habrás reconocido, por supuesto —le murmuró Afrael a Sparhawk.

—Kalten y Bevier, sí. Pero no he visto a Caalador. —Pensó durante un momento—. ¿Estarás bien aquí? Sola, quiero decir.

—Bueno, esto es espantosamente peligroso, Sparhawk..., leones y tigres y osos, ya sabes.

—Ha sido una pregunta tonta, ¿verdad?

—Sí, yo diría que lo ha sido. ¿Qué tienes en mente?

—Es obvio que Kalten y Bevier están trabajando para ese tipo llamado Senga. Puedo conseguir que ellos me avalen para que me den trabajo. Parecen tener libre acceso a Natayos, así que el contratarme como guardia de cerveza me proporcionará una forma de entrar sin atraer la atención.

—¿Podrás ser capaz de controlarte cuando te encuentres cerca de mi madre?

—No voy a hacer ninguna tontería, Afrael.

—Bueno, supongo que no habrá problema. Tienes mi permiso.

—Oh, gracias, divina Afrael —replicó Sparhawk—. Gracias, gracias, gracias.

—Tienes la una lengua demasiado viperina, Sparhawk —replicó ella con acritud. Él se encogió de hombros.

—Probablemente se debe a la viperina compañía en la que he andado a últimas fechas.

—Yo tendré que regresar a Sarna durante un rato —le informó Afrael—. Intenta no meterte en líos cuando entres en la ciudad.

—Te echaré desesperadamente de menos —replicó él con una sonrisa.

—Hoy estás de un humor rarillo.

—Me siento bien. Si todo sale como debe, habré sacado a tu madre de allí antes de que se ponga el sol.

—Ya veremos.

Aguardaron mientras el sol trepaba más aún por el cielo oriental.

Luego oyeron que se aproximaban por el norte varios carros muy cargados.

—Te mantendré informada —prometió Sparhawk, y salió de los matorrales para detenerse a un lado del fangoso camino.

El primer carro, arrastrado por cuatro pacientes bueyes, apareció crujiendo por un recodo. La parte trasera del carro tenía una alta pila de barriles, y el llamado Senga iba sentado junto al conductor de aspecto malvado. Kalten, con una expresión extrañamente familiar en su rostro cambiado, se hallaba encima de la pila de barriles.

—Eh, Col —lo llamó Sparhawk desde el borde del camino—. Ya me pareció reconocer tu voz cuando pasaste por aquí hace un rato.

—¡Vaya, que me quede ciego si ese no es Fron! —exclamó Kalten con una ancha sonrisa. De pronto, Sparhawk se preguntó qué habría sucedido si Kalten no lo hubiese reconocido. Su amigo reía ahora con genuino deleite—. Todos pensamos que te habías hecho a la mar cuando las cosas se pusieron feas en Matherion.

Sparhawk se encogió de hombros.

—Eso no funcionó. Había un contramaestre a bordo que era demasiado liberal con el látigo. Una noche oscura decidió llegar a nado hasta la orilla. Estábamos a veinte leguas de la costa cuando lo ayudé a saltar por la borda.

—La gente hace a veces cosas extrañas. ¿Qué te trae por aquí?

—Oí hablar de este ejército, y pensé que podría ser un buen lugar para contratarme. Corre la voz de que ese tipo, Scarpa, planea atacar Matherion. Yo tengo algunas cuentas que saldar allí, por lo que decidí unirme a él por diversión y provecho.

—Creo que podremos encontrarte un lugar mejor que las filas de retaguardia del ejército de Scarpa. —Kalten le tocó un hombro a Senga con el pie—. El tipo que está hundido hasta los tobillos en el fango es un viejo amigo nuestro de Matherion —le dijo al tabernero—. Se llama Fron, y es muy bueno para las peleas. Cuando la policía

saltó sobre nosotros en Matherion, él luchó hombro con hombro con Shallag, para retenerlos mientras el resto de nosotros escapaba. ¿Crees que puede haber algún lugar para él en tu negocio de Natayos?

—¿Lo avalas tú, Col? —preguntó Senga.

—No podría pedir mejor ayuda cuando surgen problemas.

Senga se encogió de hombros.

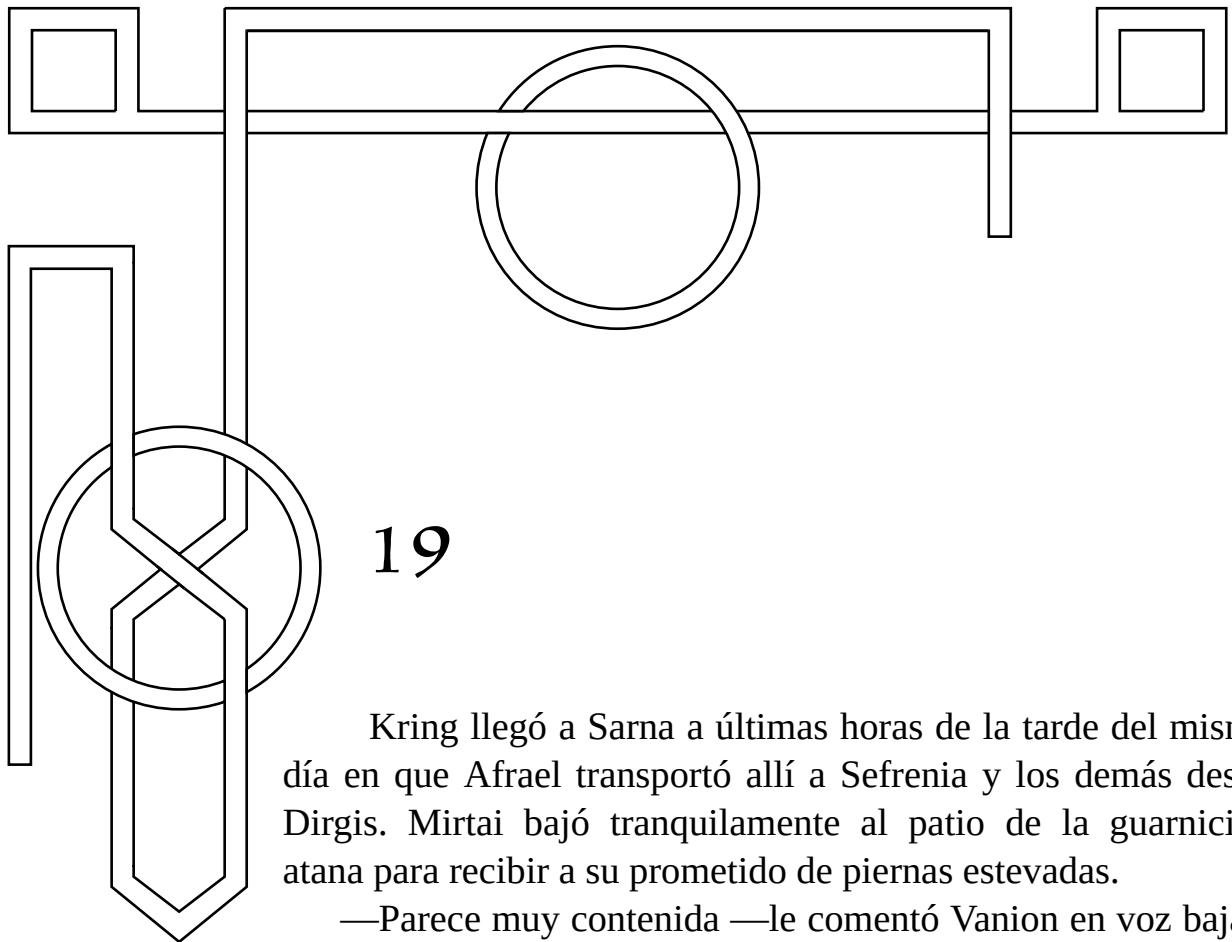
—Tú estás a cargo de la seguridad. Contrata a quien te dé la gana.

—Esperaba que lo vieras de esa forma. —Kalten llamó a Sparhawk con un gesto

—. Sube aquí, Fron —le dijo—. Te enseñaré las maravillas de Natayos.

—¿Desde lo alto de un carro de cerveza?

—¿Puedes pensar en un lugar mejor?



19

Kring llegó a Sarna a últimas horas de la tarde del mismo día en que Afrael transportó allí a Sefrenia y los demás desde Dirgis. Mirtai bajó tranquilamente al patio de la guarnición atana para recibir a su prometido de piernas estevadas.

—Parece muy contenida —le comentó Vanion en voz baja a Betuana mientras los dos observaban desde la ventana de la sala

de conferencias.

—No es decoroso el manifestar abiertamente el afecto en público, Vanion-preceptor —replicó la reina—. Debe mantenerse el decoro a pesar de que el corazón pueda preferir lo contrario.

—Ah.

—Eh, amigo Vanion —dijo Kring mientras él y su enorme amada entraban—, eres justo el hombre que venía buscando.

—También yo me alegro de verte, amigo Kring. ¿Cómo van las cosas por Samar?

—Tranquilas. Los cyneganos se han retirado de la frontera. ¿Está sucediendo algo al sur, de lo que no me hayan hablado?

—No que yo sepa. ¿Por qué lo preguntas?

—Los cyneganos estaban concentrándose justo al otro lado de la frontera, y esperábamos que llegaran a ponerle sitio a Samar casi en cualquier momento. Luego, hace varios días, se retiraron y dejaron sólo unas pocas unidades en el lugar. El resto del ejército marchó hacia el sur.

—¿Por qué harían eso? —se preguntó Vanion, frunciendo el ceño.

—Probablemente para encontrarse con los caballeros de la iglesia —replicó Afrael.

Vanion giró la cabeza y vio a la diosa-niña tranquilamente sentada sobre el regazo

de Sefrenia. No había estado allí un momento antes. No tenía sentido señalarlo. Afrael no cambiaría jamás.

—Los caballeros de la iglesia no vienen por esa dirección, divina Afrael —le dijo.

—Nosotros lo sabemos, Vanion —replicó ella—, pero Stragen y Talen han estado trabajando en Beresa. Consiguieron convencer al espía dacita de que hay una enorme flota de barcos con las banderas de la iglesia, a la altura del golfo de Daconia. Es evidente que el dacita ha enviado mensaje, y el alto mando cynesgano se lo tomó lo bastante en serio como para enviar el grueso de sus tropas al sur con el fin de defender Cynesga meridional.

—Pero ellos saben sobre seguro que los caballeros de la iglesia están avanzando por tierra a través de Astel.

—Están enterados de lo referente a ese ejército, mi señor Vanion —intervino Itagne—, pero tienen que haberse sentido convencidos de que venía otro por mar.

—No hay tantos caballeros de la iglesia, Itagne.

—Tú y yo sabemos eso, mi señor Vanion, pero aquí, en Tamuli, la creencia general es que sois al menos un millón. El término «caballeros de la iglesia» evoca visiones de ejércitos que se extienden de horizonte a horizonte. —Vanion frunció el entrecejo.

—Ah —dijo por fin—. Creo que ya lo entiendo. Durante las guerras de Zemoch, aunamos fuerzas con los ejércitos de los reyes de Eosia. Los observadores tamules deben haber pensado que todos los que llevaban armadura eran caballeros de la iglesia.

—Creo que tendré que hablar con el emperador —reflexionó Itagne—. Puede que haya dos ladrones que se merezcan un título nobiliario. Esa imaginaria flota suya parece haberse llevado a la mitad del ejército cynesgano de la frontera, y es muy probable que también tenga ocupados a los arjunis.

—Es una flota maravillosa —asintió Vanion, sonriendo—, y ni siquiera hay que alimentar a los marineros. Mantengamos viva esa historia. —Miró a la diosa-niña—. ¿Podrías fabricar algunas ilusiones, divina Afrael?

—¿Dragones? ¿Luchas de ángeles?

—¿Alrededor de un millar de barcos con el casco en las aguas del horizonte, en lugar de eso?

—¿Qué obtendré a cambio?

—Deja de provocarle —le dijo Sefrenia con una dulce sonrisa.

—¿En que lugar te gustaría que aparecieran esos barcos ilusorios, Vanion?

—¿Por qué simplemente no los haces aparecer aquí y allá por la Costa de Daconia y Arjuna occidental? —sugirió él—. Hagamos que los cynesganos y arjunis se agoten corriendo de un lado a otro, intentando apostarse en el lugar apropiado para defenderse contra el desembarco.

—Me ocuparé de eso ahora mismo —declaró, al tiempo que se deslizaba del regazo de Sefrenia—, antes de que me olvide.

—¿Cuándo has olvidado tú algo? —inquirió Sefrenia, sonriendo.

—No lo sé. Pero debo de haberlo hecho alguna vez. Probablemente he olvidado la ocasión exacta. —Les dedicó a todos una sonrisilla traviesa, y luego desapareció.

Kring estaba sentado junto a Mirtai, y había estado mirando con los ojos entrecerrados hacia el cielorraso, pasándose una mano con aire especulativo por la cabeza en la que el pelo comenzaba a crecer. No podía utilizar la otra, porque Mirtai había tomado posesión de ella. La expresión de contento de la muchacha, casi plácida, decía con toda claridad que no tenía intención de soltarle la mano en un futuro previsible.

—Si la divina Afrael puede mantener a esas tropas cynesganas más o menos distraídas de manera permanente, Tikume y yo podremos retener Samar sin ayuda de nadie —comentó el domi—, en particular ahora, que sabemos cómo tratar a los soldados de Klael. —Se frotó el cráneo con más energía.

—Deja de preocuparte por eso —le dijo Mirtai—. Te afeitaré en cuanto hayamos acabado aquí.

—Sí, amor —asintió él de inmediato.

—Ah, eso me recuerda algo —intervino Vanion—. Sparhawk ha mantenido una charla con el Bhelliom. Los soldados de Klael sólo pueden respirar aire durante un día más o menos, antes de comenzar a morir, y el esfuerzo acelera el proceso. Si volvéis a encontraros con ellos, hacedlos correr.

Kring asintió con la cabeza.

Un atan de elevada estatura entró y le murmuró algo a Itagne.

—La verdad es que estoy terriblemente ocupado ahora mismo, muchacho —objetó Itagne.

—Se muestra de lo más insistente, Itagne-embajador.

—Oh, de acuerdo. —Itagne se puso de pie—. Volveré de inmediato, mi señor Vanion —dijo, y siguió al atan fuera de la sala.

—¿Ha averiguado Sparhawk de qué país proceden los soldados que ha traído Klael, mi señor Vanion? —preguntó Kring—. Me gustaría evitar ese sitio.

—No creo que necesites preocuparte por eso, domi Kring —replicó Sefrenia, sonriendo—. Los soldados de Klael fueron traídos de un lugar que está más allá de las estrellas.

Kring frunció el entrecejo.

—Tal vez deberías mantener una charla con Sparhawk, amigo Vanion —comentó—. A mí me gusta tanto una buena pelea como a cualquier otro hombre, pero si piensa declararle la guerra a todo el universo, tendría que enterarnos de sus planes al resto de nosotros.

—Te aseguro que hablaré con él al respecto, domi Kring —dijo Vanion, y luego suspiró—. Ojalá hubiéramos sabido antes más acerca de los soldados de Klael. Los

caballeros de la iglesia se encontraron con ellos en las montañas de Zemoch y perdieron a la mitad de sus soldados entre muertos y heridos.

—Lo siento, amigo Vanion. ¿Perdiste a muchos de tus viejos camaradas?

—A muchos, domi Kring —replicó Vanion con visible tristeza—, a muchos.

—¿Qué tal está el amigo Engessa? —le preguntó Kring a Betuana.

—Afrael dice que se recupera, domi —replicó ella—. Aunque a mí me gustaría verlo con mis propios ojos.

Itagne regresó acompañado por un tamul ataviado con ropas ligeramente pasadas de moda.

—¿Querrás encargarte de que no nos molesten, por favor? —le dijo al atan que hacía guardia en el pasillo. Luego cerró la puerta y le echó cerrojo—. Tengo buenas noticias, para variar —les anunció a los demás. Posó una mano sobre uno de los hombros del recién llegado—. Éste es mi querido..., aunque reciente, amigo Ekrasios —declaró.

Betuana frunció el ceño.

—Ése no es un nombre tamul —dijo.

—No, majestad —asintió Itagne—, no lo es. En realidad, es delfae. Los delfaes son una gente muy musical. Probablemente se debe a que aún hablan tamul clásico. Mi amigo ha venido a decirnos que los delfaes tomaron la decisión de salir de su espléndido aislamiento. Ekrasios, éste es el preceptor Vanion, el íntimo amigo de Anakha. La dama regia es Betuana, reina de los atanes. El muchacho bajo es el domi Kring, de los pelois occidentales. La guapa muchacha alta que le tiene la mano cogida al domi como si en ello le fuera la vida, es Mirtai, su prometida; y la exquisita dama estiriana es Sefrenia, suma sacerdotisa de la diosa Afrael.

—Nobles todos —los saludó Ekrasios con una reverencia formal—. Os traigo saludos del amado Edaemus. La divina Afrael persuadídolo ha de que tenemos una causa común en la situación presente, y así ha relajado él su prohibición de siglos sobre nosotros. He sido enviado, mi señor Vanion, para informaros de que yo y diversos compañeros estamos a la vuesa inmediata disposición. ¿Dónde podemos mejor desplegarlos para favorecer a la causa nuestra?

—¿Si me lo permites, mi señor Vanion? —intervino Itagne—. Se me ha ocurrido que los delfaes podrían ser los más adecuados para vaciar esas ruinas de las selvas arjunis. Si Ekrasios y sus amigos aparecieran en todo su fulgente esplendor ante las puertas de los campamentos que Scarpa tiene allí, es probable que los rebeldes regresaran a sus casas y se dedicaran a ocupaciones pacíficas a toda la velocidad que pudieran.

—Bien dicho —murmuró Mirtai su asentimiento.

—La verdad es que se mueve mucho, ¿no crees? —le comentó Ulath a Tynian cuando el carro de cerveza con Sparhawk y Kalten sentados en lo alto de los barriles

pasó atronando por la antigua calle—. Mis últimas noticias era que estaba en Dirgis.

—La' regla'e la naturalessa no paessen contá' pa'l viejo Sparhawk —replicó Tynian, haciendo una mala imitación de Caalador—. ¿Qué te parece? ¿Deberíamos regresar al tiempo real? ¿O sería mejor que nos quedáramos donde estamos?

—Creo que seremos de mayor utilidad si permanecemos fuera de la vista —replicó Ulath.

—A mí me parece bien, pero ¿cómo vamos a enviarles mensaje a Sparhawk y los demás para hacerles saber que estamos aquí?

—Le deslizaré una nota en el bolsillo... o le soplaré una oreja.

—Eso debería atraer su atención.

Bhlok w regresó arrastrando los pies calle arriba, con una lastimera expresión en su cara simiesca.

—Aquí no hay perros —informó en lengua troll.

—Los soldados no suelen tener perros —le explicó Tynian.

—Tengo hambre, Tin-in. ¿Los hombres-cosas de aquí echarían de menos a uno de los de su manada..., uno pequeño?

—Podríamos tener un problema entre manos —le murmuró Tynian a Ulath—. Definitivamente, nos interesa mantener bien alimentado a nuestro amigo.

Ulath se rascó la ahora completamente afeitada mejilla.

—No podemos dejarlo suelto —observó—. Atraería la atención si se pusiera a coger gente y arrebatarla a estos momentos rotos.

—Es invisible, Ulath.

—Sí, pero si un arjuni desaparece de pronto y de pronto aparecen sus huesos, será inevitable que eso llame la atención. —Se volvió a mirar al troll—. Nuestro pensamiento es que no sería bueno que mataras y te comieras a los hombres-cosas de aquí, Bhlok w. Aquí estamos cazando pensamientos, y si tú matas y te comes a los hombres-cosas, espantarás los pensamientos.

—No me gusta esta caza de pensamientos, U-lat —se quejó Bhlok w—. Hace las cosas no-simples.

—El bosque está cerca, Bhlok w —dijo Tynian—. Allí tiene que haber muchas cosas buenas para comer.

—Yo no soy un ogro, Tin-in —protestó Bhlok w, con un tono ligeramente ofendido—. Yo no como árboles.

—Entre los árboles tiene que haber criaturas que sean buenas para comer, Bhlok w —intervino Ulath—. Eso es lo que Tin-in estaba intentando decirte. No era su pensamiento ofenderte.

Bhlok w miró a Tynian con expresión ceñuda.

—Me iré a cazar ahora —dijo de manera abrupta. Luego dio media vuelta y se alejó arrastrando los pies.

—Tienes que tener cuidado, Tynian —le advirtió Ulath a su amigo—. Si quieres meterte en una pelea casi inmediata, lo único que has de hacer es sugerirle a un troll

que podría ser un ogro.

—¿Así que son prejuiciosos? —preguntó Tynian, asombrado.

—No podrías creer lo prejuiciosos que llegan a ser —replicó Ulath—. Los trolls y los ogros se han odiado mutuamente desde el principio de los tiempos.

—Pensaba que los prejuicios eran un defecto humano.

—Supongo que hay cosas demasiado buenas como para que pueda mantenérselas en exclusiva. Sigamos a Sparhawk y hagámosle saber que estamos aquí. Así podría disponer de nosotros.

Echaron a andar tras la caravana de cerveza que giraba por las calles despejadas hacia la zona de Natayos que continuaba cubierta de maleza. Las carretas traquetearon por una calle recién desbrozada y luego se metieron tras un edificio con tejado de lona al que identificaba un letrero toscamente escrito que decía: «Casa Senga».

—Confía en Kalten para acercarte a la cerveza —comentó Tynian.

—Cierto —asintió Ulath—. Espérame aquí. Le haré saber a Sparhawk que estamos en Natayos. —Se aproximó al lugar en que Sparhawk, Kalten y Bevier, con extraño aspecto a causa de sus rostros cambiados, permanecían a un lado mientras Senga supervisaba la descarga de barriles—. *Ramshorn* —dijo en voz baja—. No os pongáis nerviosos ni comencéis a mirar hacia todas partes —agregó—. No podréis verme.

—¿Ulath? —preguntó Kalten con incredulidad.

—Correcto. Tynian, Bhlokw y yo llegamos aquí ayer. Hemos estado curioseando por la ciudad.

—¿Cómo habéis conseguido volveros invisible? —preguntó el Bevier del parche en el ojo.

—La verdad es que no lo somos. Ghnomb está rompiendo el segundo en dos trozos. Nosotros sólo estamos presentes durante el trozo más pequeño. Por eso no podéis vernos.

—¿Pero vosotros sí podéis vernos a nosotros?

—Sí.

—Ulath, eso es lógicamente inconsistente.

—Lo sé, pero Ghnomb cree que funciona, y yo creo que su fe es lo bastante fuerte como para sobreponerse a la lógica. Tynian y yo estamos aquí, y nadie puede vernos. ¿Hay algo que queráis que hagamos?

—¿Podéis entrar en ese edificio que está cerca de la puerta? —preguntó Sparhawk con prontitud—. El que tiene barrotes en las ventanas.

—No hay forma. Ya hemos estudiado la posibilidad. Tienen demasiados guardias en las puertas. Bhlokw intentó incluso penetrar por el tejado, pero está todo completamente sellado.

—¡Es mi esposa la que está ahí dentro, Ulath! —exclamó Sparhawk—. ¿Estás diciéndome que intentaste enviar un troll al interior del mismo edificio en el que se

encuentra ella?

—Bhlok w no le habría hecho daño, Sparhawk..., asustarla un poco, tal vez, pero no le habría hecho ningún daño. Pensamos que a lo mejor podría entrar por el tejado, coger a Ehlana y Alean y sacarlas de allí. —Ulath hizo una pausa—. La verdad es que no fue idea nuestra, Sparhawk. Bhlok w se ofreció voluntariamente..., bueno, la verdad es que ni siquiera se ofreció. Simplemente se puso a escalar la pared antes de que pudiéramos detenerlo. Dijo: «Yo iré a buscarlas. Sacaré a la compañera de Anakha y su amiga de ahí para que podamos matar a estos hijos de Cyrgon y comérmolos». Bhlok w es un poco elemental pero tiene el corazón en su sitio. Detesto admitirlo, pero la verdad es que comienza a caerme bien.

Kalten miró a su alrededor con aire de nerviosismo.

—¿Está ahora aquí? —inquirió.

—Ha salido a cazar. Cuando andábamos dando vueltas por esas ciudades de junto al lago, lo convencimos de que no comiera gente. En cambio, lo hicimos comenzar con los perros. Le gustan de verdad, pero no hay perros en Natayos, así que anda por la selva..., probablemente persiguiendo elefantes o algo así. —Entonces, algo destelló en la periferia del campo visual de Ulath—. En el nombre de Dios, ¿qué es eso? —exclamó.

—¿Qué? —preguntó Kalten, volviendo la cabeza a uno y otro lado con desconcierto.

—¡Hay algo hecho de arco iris que está saliendo por el costado del edificio! —Ulath se quedó boquiabierto ante la silueta claramente definida que se les acercaba. La colorida luz era cegadora.

—Ésa es Xanetia —explicó Sparhawk—. ¿Es que puedes verla?

—¿Quieres decir que tú no puedes?

—Ella es invisible, Ulath.

—No. Para mí no lo es.

—Debe tener algo que ver con el momento en particular en que te encuentras, amigo mío —sugirió Bevier—. Será mejor que le hagas saber que puedes verla. Algún día podría ser importante.

El rielante arco iris se detuvo a algunos pasos de distancia.

—Anakha —dijo Xanetia en voz baja.

—Os oigo, anarae —replicó Sparhawk.

—Me duele decirlo que he fracasado —confesó ella—. La mente de Scarpa está tan retorcida que no puedo extraer coherencia del pensamiento suyo. Sin embargo, he sondeado suavemente las mentes de algunos de sus seguidores, y con pena debo informaros que la vuesa reina ya no está en Natayos. Cuando los enemigos nuestros descubrieron el subterfugio que implicaba al joven caballero Berit, Zalasta se llevó a hurtadillas a la vuesa esposa y su camarera bajo el manto de la noche. Me esforzaré por descubrir el punto de destino de ellas en los pensamientos de otros de los que están aquí, si os place.

El corazón de Ulath se retorció de lástima al ver la repentina desesperación que se apoderó del rostro de Sparhawk.

Se pusieron en marcha, una carrera fácil de incontables regimientos altos y ligeros de armamento, con sus bronceos miembros destellando en la fresca luz grisácea. El gigantesco rey Androl corría suavemente a la cabeza de su ejército. Era bueno volver a estar activo, y la perspectiva de la batalla le resultaba vigorizante. La batalla era algo significativo, y uno podía ver los resultados con sus propios ojos. La ausencia de su cónyuge había arrojado un millar de insignificantes tareas administrativas sobre los hombros de Androl. Era tremendamente frustrante tomar decisiones sobre cosas que en realidad no entendía y no ver ningún resultado inmediato que le dijese si sus decisiones habían sido correctas o no. Una vez más, el rey de Atan le dio las gracias a su dios por haberle entregado a Betuana por esposa. La verdad es que formaban un buen equipo. La reina estaba muy capacitada para los detalles. Tenía una mente rápida y podía captar sutilezas y matices que con frecuencia se le escapaban a su esposo. Androl, por su parte, estaba hecho para la acción. De buena gana dejaba que su esposa tomara todas las decisiones tediosas y luego, cuando todo estaba determinado y ambos sabían qué iban a hacer, él se hacía cargo de llevar a término las decisiones de ella. En realidad, era mejor de esa forma. El rey de Atan era plenamente consciente de sus limitaciones, y sabía que su esposa lo perdonaba cuando en ocasiones pasaba algo por alto. Esperaba no decepcionarla demasiado.

La sugerencia de ella —nunca le daba órdenes— de que llevara al grueso de sus tropas al extremo sur del lago Sama como preparativo de la gran batalla de Tosa, era con toda exactitud el tipo de cosas que a Androl le encantaban. Allí había acción, sencilla y sin complicaciones. La molesta decisión había sido tomada, el enemigo identificado, y todos los detalles tediosos apartados de su camino. Sonrió mientras conducía su ejército hacia la última montaña de afloramiento a unas cincuenta leguas al sureste de Tualas. El mensaje de Betuana había insinuado que la batalla de Tosa sería de proporciones titánicas, un magnífico choque de armas con ejércitos batallantes que se extenderían a lo largo de leguas, y el resonar de espada contra espada llegando hasta los mismos cielos. La haría sentirse orgullosa de él.

La ruta que pasaba por las montañas de afloramiento llevaba a una larga cresta, atravesaba un estrecho desfiladero, y luego descendía hasta la profunda garganta de una turbulenta corriente que había desgastado la roca durante eones.

El rey Androl respiraba con un poco de dificultad cuando coronaron la cresta y condujo a sus fuerzas a través del desfiladero. Las horas pasadas conferenciando con el embajador Norkan habían desgastado a Androl. Un guerrero nunca debía permitir que le distrajeran del campo de maniobras o el patio de ejercicios. Recobró el ritmo mientras conducía a su ejército garganta abajo, corriendo con facilidad por la orilla sur del turbulento río de montaña. Si él no estaba en forma, probablemente sus

soldados tampoco lo estaban. Esperaba poder encontrar un lugar adecuado para acampar en el lago Sama, un campamento apropiado con el espacio suficiente para los entrenamientos, las prácticas y los ejercicios rítmicos necesarios que afinaban a un guerrero al máximo de sus facultades. Androl tenía plena confianza en que cualquier ejército podía ser vencido con que sólo sus propios soldados estuvieran en plena forma y estado de entrenamiento.

—¡Androl-rey! —gritó el general Pemaas por encima del rugido del turbulento río—. ¡Mira!

—¿Dónde? —exigió Androl, volviéndose a medias y tendiendo la mano hacia la espada.

—¡En lo alto de la garganta..., a la derecha!

El rey atan inclinó el cuello para mirar a lo alto de la escarpada caída del risco, hacia el borde rocoso que había en lo alto.

El rey de Atan había visto muchas cosas en su vida, pero nada comparable a aquella forma gigantesca y monstruosa que se alzaba sobre ellos en el borde de la garganta.

La cosa era de un negro bruñido, como cuero lustrado, y tenía unas enormes alas desplegadas hacia los lados, nudosas y como las de un murciélago. La cabeza de forma triangular era realzada por unos ojos como líneas encendidas, y una boca abierta de la que chorreaban llamas.

Androl consideró el asunto. El problema, por supuesto, residía en que la gigantesca criatura se encontraba en lo alto de la garganta, mientras que él estaba en el fondo. Podía regresar sobre sus pasos, volver a subir por la garganta y trepar por las rocas hasta llegar al borde; pero le daría a aquella cosa oportunidades más que suficientes para huir, y entonces él tendría que perseguirla para matarla. En su condición menos que perfecta del momento, le resultaría muy tedioso. Siempre podía trepar por el risco, pero eso continuaría llevándole mucho tiempo, y la criatura muy bien podría verlo venir y escapar.

Luego, de manera sorprendente, la enorme criatura que se hallaba en lo alto le proporcionó la solución. Levantó sus enormes brazos y se puso a azotar la parte superior del risco con lo que parecía ser alguna especie de fuego.

Androl sonrió cuando la cara del risco comenzó a derrumbarse, rodando y rugiendo garganta abajo. La estúpida bestia estaba proporcionando amablemente los medios de su propia destrucción. ¿Cómo podía ser tan idiota?

El rey Androl esquivó diestramente una roca del tamaño de una casa, mientras valoraba cuidadosamente la ladera que crecía a gran velocidad con los pedruscos que iban amontonándose al pie del risco.

¡La bestia tenía realmente intenciones de atacar! Androl rió con deleite. La criatura era más estúpida de lo imaginable, pero había que reconocerle la valentía..., valentía idiota, por supuesto, pero valentía al fin y al cabo. Todo el universo sabía que Androl de Atan era invencible, y sin embargo aquel pobre bruto tonto tenía intención

de poner a prueba su insignificante fuerza contra el más grande guerrero desde el principio de los tiempos.

Androl dirigió una mirada calculadora a la empinada y creciente ladera de piedras, haciendo caso omiso de los gritos de aquellos de sus guerreros que no eran lo bastante ágiles como para evitar ser aplastados por la avalancha que se les venía encima. Ya casi era lo bastante alta. Apenas unos cuantos palmos más... y luego juzgó que la abrupta ladera ya había crecido lo bastante como para permitirle el acceso a la estúpida criatura que rugía y agitaba las alas en lo alto. Esquivó otra roca y comenzó su apresurada carrera, trepando, esquivando y saltando mientras subía velozmente hacia la bestia de forma abovedada que estaba allá arriba.

Cuando ya casi había llegado, se detuvo, desenfundó la espada, y se preparó.

Luego, con un salvaje grito de guerra, subió corriendo el resto de la cuesta, haciendo caso omiso del momentáneo lapso de lástima que sintió por la valiente y mal aconsejada criatura a la que estaba a punto de matar.

—¿Adónde creéis que vais? —preguntó con tono de exigencia un fornido dacita que llevaba una gastada blusa de uniforme y tenía en la mano una larga pica, cuando Sparhawk y Kalten detuvieron el bamboleante carro cargado con dos grandes barriles, al otro lado de la esquina del edificio.

—Tenemos un envío de Senga para maese Krager —replicó con decisión Kalten.

—Cualquiera podría decir eso.

—Ve a preguntárselo —sugirió Kalten.

—No quisiera molestarle.

—En ese caso, será mejor que nos dejes pasar. Hace ya bastante tiempo que está esperando este vino. Si no dejas que se lo entreguemos, se molestará de verdad. Podría molestarse lo bastante como para llevar el asunto ante el señor Scarpa.

El rostro del guardia se volvió aprensivo.

—Esperad aquí —dijo, y tras volverse rodeó la parte trasera del edificio hasta una pesada puerta.

—Yo me quedaré en segundo término cuando entremos —le dijo Sparhawk a su amigo en voz baja—. Si pregunta, dile que soy un fortachón a tu servicio para ayudarte a tirar del carro.

Kalten asintió con la cabeza.

—¿Estás aquí, anarae? —inquirió Sparhawk mirando en torno a pesar del hecho de saber que no podría verla.

—Justo al lado de vos —le replicó ella en voz baja.

—Lo mantendré hablando durante todo el tiempo posible. Es probable que esté un poco borracho. ¿Cambia eso en algo las cosas para ti?

—Ya he compartido antes los pensamientos de Krager —respondió ella—. Es coherente a menos que esté demasiado bebido. Si os fuera conveniente, dirigid los

pensamientos suyos hacia la casa en la que la esposa vuesa estuvo ha poco cautiva. Eso podría aguijar la su mente hacia los pensamientos de interés para nosotros.

—Veré qué puedo hacer, anarae —le prometió Kalten. El guardia dacita regresó.

—Os recibirá —anunció.

—De alguna manera, estaba seguro de que así sería —replicó Kalten con una sonrisa presumida—. Maese Krager es muy aficionado a este tipo de vino en particular. —Él y Sparhawk levantaron las varas del carro y lo arrastraron por el áspero suelo cubierto de escombros que había en la parte trasera de la ruina a medias restaurada que parecía ser el cuartel general de Scarpa.

Krager, ansioso, los aguardaba en la entrada. Tenía la cabeza rapada, pero su aspecto era casi el mismo de siempre. Estaba desgredado y sin afeitar, sus húmedos ojos se veían inyectados de sangre, y las manos le temblaban de manera visible.

—Traedlo dentro —les ordenó con su conocida voz herrumbrada. Kalten y Sparhawk bajaron las varas del carro, desataron las cuerdas que sujetaban ambos barriles, y bajaron con cuidado uno de ellos al suelo. Kalten midió el largo del barril con un trozo de cuerda, y luego lo comparó con el ancho de la puerta.

—Por muy poco —dijo—. Túmbalo, Fron. Podremos meterlo rodando.

Sparhawk puso el barril de lado, y él y su amigo lo pasaron rodando por la puerta al interior de la desordenada habitación. Contra una de las paredes había una cama sin hacer, y ropas desparramadas por el suelo. La habitación estaba impregnada del olor acre del cuerpo sin lavar y empapado en vino de Krager, y en un rincón había una pila de barriles y botellas de cerámica rotas, todos vacíos.

—¿Dónde quieres que te dejemos esto, maese Krager? —preguntó Kalten.

—En cualquier parte —replicó Krager con impaciencia.

—Eso no es pensar con visión —comentó Kalten con aire crítico—. Son demasiado pesados como para que puedas moverlos tú solo. Escoge un sitio que te resulte conveniente.

—Puede que tengas razón. —Krager recorrió la habitación con ojos miopes. Luego se encaminó hacia un espacio cercano a la cabecera de la cama, y apartó a puntapiés algunas prendas de ropa—. Ponedlas aquí mismo —les dijo.

—Eh..., antes de ir más lejos, ¿por qué no arreglamos cuentas? Estos barriles son muy caros, maese Krager.

—¿Cuánto?

—Senga me dijo que tenía que ser cincuenta coronas por barril. El tinto arciano es muy difícil de conseguir estando tan lejos de Arcium.

—¿Cincuenta coronas? —exclamó Krager.

—Cada uno —insistió Kalten—. También me dijo que te abriera los barriles.

—Yo sé cómo abrir un barril de vino, Col.

—Estoy seguro de ello, pero Senga es un honrado hombre de negocios, y quiere que me asegure de que estás satisfecho antes de aceptar tu dinero. —Llevó el barril rodando hasta la pared—. Ayúdame a colocarlo, Fron —le pidió a Sparhawk.

Enderezaron el barril, y Kalten sacó una palanqueta de su cinturón—. La cerveza es mucho más fácil de manejar —observó—. Alguien debería hablarles a esos vinateros arcianos de las ventajas de poner un agujero con tapón en el lateral de los barriles. —Quitó cuidadosamente la tapa mientras Krager, copa en mano, aguardaba ansiosamente junto a él.

—Pruébalo, maese Krager —dijo luego Kalten, al tiempo que levantaba la tapa y se hacía a un lado.

Krager hundió la copa en el rojo líquido, la levantó con mano temblorosa y bebió abundantemente.

—¡Maravilloso! —declaró con un suspiro de felicidad.

—Le diré a Senga que cuenta con tu aprobación —declaró Kalten. Luego rió—. Uno no lo esperaría de un salteador de caminos, pero a Senga le preocupa mucho satisfacer a sus clientes. ¿Puedes creer que incluso nos hizo tirar un barril de cerveza que se había agriado? Vamos, Fron, traigamos el otro barril. Haremos que maese Krager lo pruebe y luego arreglaremos cuentas.

Los dos regresaron al exterior y cogieron a pulso el segundo barril del carro.

—Pregúntale por qué han quitado los guardias de las puertas de la casa en la que tenían a Ehlana y Alean —murmuró Sparhawk.

—De acuerdo —gruñó Kalten mientras bajaban el barril al suelo. Colocaron el segundo barril junto al primero, Kalten le quitó la tapa y Krager lo probó.

—¿Satisfactorio? —inquirió Kalten.

—Perfecto —contestó Krager. Sacó otra chorreante copa y se dejó caer sentado en la cama con felicidad—. Absolutamente espléndido.

—Entonces, serán cien coronas.

Krager se sacó una bolsa que llevaba al cinturón y se la arrojó a Kalten con negligencia.

—Toma —le dijo—. Cuéntalo tú mismo. No me robes demasiado.

—Esto son negocios, maese Krager —replicó Kalten—. Si estuviera robándote, tendría un cuchillo apoyado en tu garganta. —Barrió con el antebrazo algunas prendas de ropa y mendrugos de pan seco de encima de una mesa, abrió la bolsa, y se puso a contar monedas—. Hemos visto que habéis quitado todos los guardias de la casa que tiene barrotes en las ventanas —comentó—. Hace un par de días, uno no podía acercarse ni a veinte pasos de ese lugar, pero esta mañana Fron y yo pasamos con ese carro justo por delante de la puerta, y nadie nos hizo ni caso. ¿Ha sacado mi señor Scarpa lo que guardaba de valor allí?

El hinchado rostro de Krager adquirió de pronto una expresión de alerta.

—Eso no es asunto tuyo, Col.

—No he dicho que lo fuera. De todas formas, puede que te interesara hacerle una sugerencia a mi señor Scarpa. Si no quiere que la gente se dé cuenta de ese tipo de cosas, no debería cambiar nada. Tendría que haber dejado los guardias donde estaban. Senga y el resto de nosotros somos todos ladrones, ¿sabes?, y todos creíamos más o

menos que mi señor Scarpa guardaba allí su tesoro. La palabra tesoro hace que los hombres como nosotros abramos la oreja.

Krager lo miró fijamente y luego se echó a reír.

—¿Qué te parece tan gracioso? —Kalten levantó la mirada de las monedas.

—Era un tesoro, ya lo creo que sí, Col —contestó Krager con una sonrisa afectada—, pero no de la clase que se puede contar.

—Como tú dices, no es asunto mío, pero todos los hombres que trabajan en la taberna de Senga saben que lo que fuera fue quitado de allí. Estoy seguro de que andarán todos dando vueltas por las ruinas en busca del nuevo lugar en que lo guarda.

Krager se encogió de hombros.

—Déjalos que busquen. A estas alturas, el tesoro está muy, muy lejos de aquí.

—Espero que todavía tengáis guardias sobre él. Esa selva de ahí fuera pulula de tipos como Fron y yo. ¿Quieres venir aquí a comprobar lo que he contado?

—Confío en ti, Col.

—En ese caso, eres un tonto.

—Coge otras diez coronas para ti y tu hombre —le dijo Krager con afabilidad—, y luego, si no te importa, me gustaría quedarme a solas con estos dos nuevos amigos.

—Eres muy generoso, maese Krager. —Kalten sacó con rapidez algunas monedas más de la bolsa, recogió con la mano las que había contado anteriormente, y se las metió en el bolsillo lateral de la casaca—. Vámonos, Fron —le dijo a Sparhawk—. Maese Krager quiere quedarse solo.

—Dile a Senga que le estoy agradecido —pidió Krager mientras metía la copa en el vino una vez más—, y dile que mantenga el ojo alerta en busca de más de este excelente brebaje. Le compraré todo el que pueda conseguir.

—Se lo diré, maese Krager. Que te diviertas —y Kalten encabezó la salida de la apestosa habitación.

Sparhawk cerró la puerta y tendió una mano.

—¿Qué? —preguntó Kalten.

—Mis cinco coronas, si no te importa —contestó Sparhawk con firmeza—. Mantengamos las cuentas claras, ¿te parece?

—Sois astuto, caballero Kalten —dijo el susurro de la voz de Xanetia que llegó hasta ellos—. Habéis conducido los pensamientos suyos con gran habilidad en la precisa dirección que más útil es para nosotros.

Kalten hizo bastantes aspavientos de contar monedas en la mano de Sparhawk.

—¿Qué has averiguado, anarae? —preguntó este último con voz tensa.

—Ha uno o dos días un carruaje cerrado partió deste lugar tras detenerse ostentosamente, bajo una fuerte guardia, ante la puerta de la casa en que la atención nuestra ha estado fijada. El carruaje, que no era más que un engaño, va hacia Panem-Dea. Pero las que buscamos no se hallan dentro. Ya mucho tiempo antes habían salido de Natayos con Zalasta.

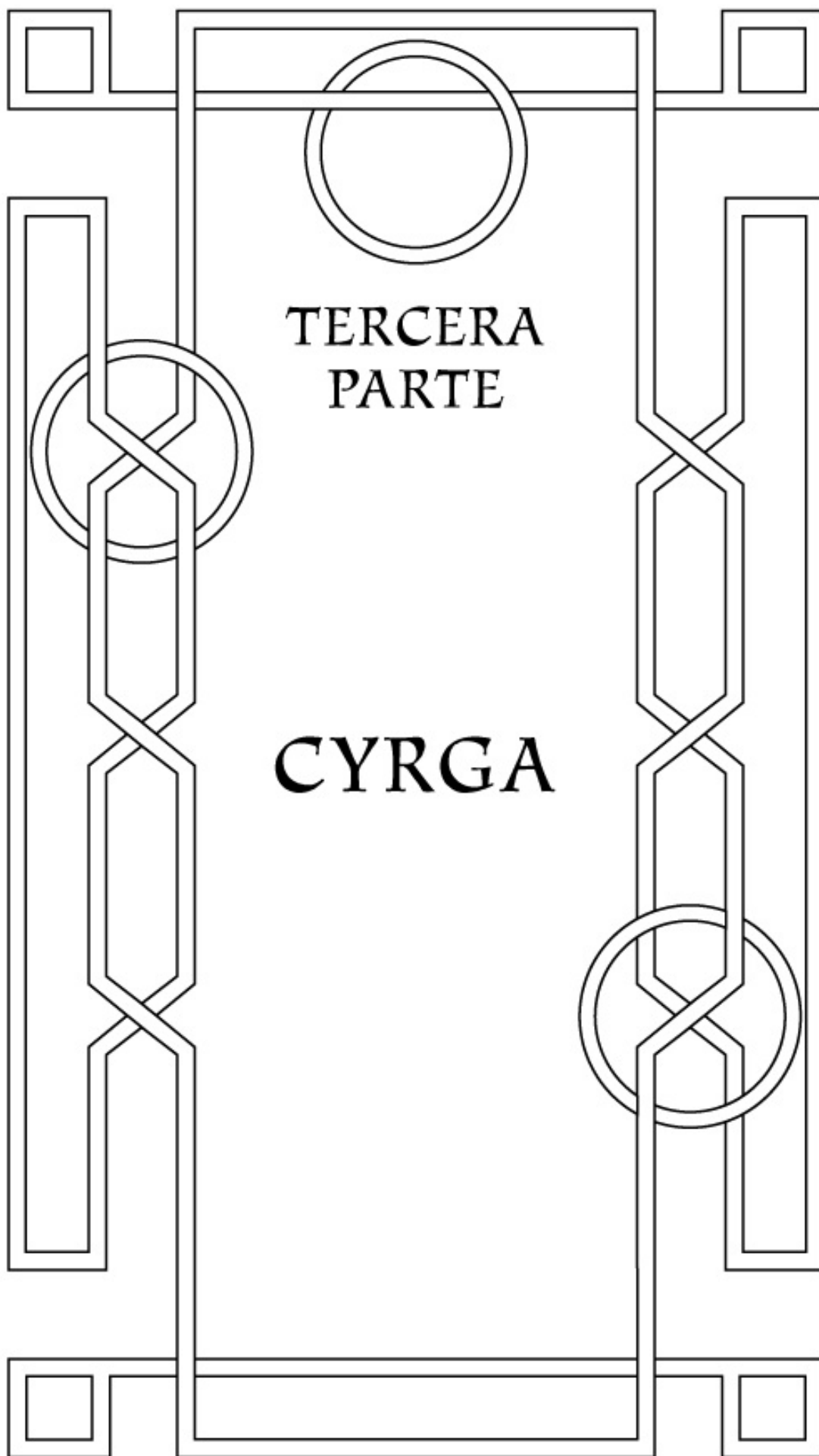
—¿Sabe Krager adónde las llevaba Zalasta? —inquirió Sparhawk.

—Es evidente que Zalasta tenía intención de que ninguno de los de aquí lo supiera —replicó Xanetia—, pero Krager, siempre a la caza de oportunidades, era buen conocedor de que la noticia referente al punto de destino de Zalasta podría salvarle la vida en caso de que las cosas salieran mal, y se afanó con la mayor asiduidad por descubrir los planes del estiriano. Fingiendo ebrio estupor, consiguió hallarse presente cuando Zalasta habló con el suyo compañero, Cызada. Los dos hablaban en estiriano pero Krager, sin que ninguno de nosotros lo supiera, tiene nociones desta lengua, y así consiguió entresacar de la apresurada charla de entrambos la información por la que él y nosotros sentimos más curiosidad.

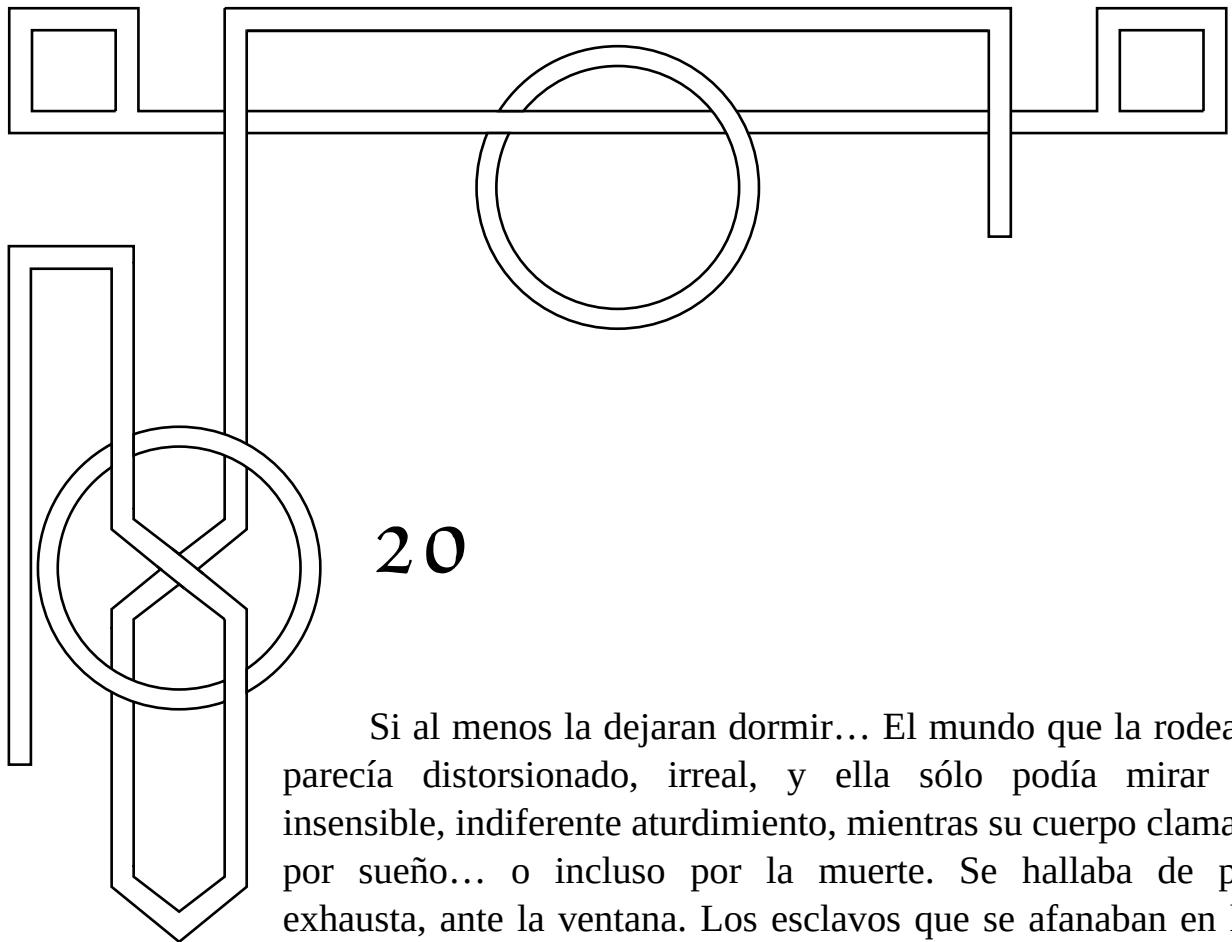
—Eso es una sorpresa —murmuró Kalten—. Borracho o sobrio, hay que reconocer que Krager es un tipo astuto. ¿Adónde lleva Zalasta a las damas, anarae?

Xanetia suspiró.

—La información es melancolía, caballero Kalten —le respondió—. Mucho temo que la intención de Zalasta sea llevar a la reina y su camarera a la ciudad oculta de Cyrга, donde el mismo Cyrgon tiene sus dominios, y por el su poder puede negarles allí el acceso a todos a cuantos tenemos afecto.







20

Si al menos la dejaran dormir... El mundo que la rodeaba parecía distorsionado, irreal, y ella sólo podía mirar en insensible, indiferente aturdimiento, mientras su cuerpo clamaba por sueño... o incluso por la muerte. Se hallaba de pie, exhausta, ante la ventana. Los esclavos que se afanaban en los campos que rodeaban el lago, allá abajo, parecían casi hormigas caminando por los barbechos invernales mientras cavaban laboriosamente la tierra con toscas herramientas. Otros esclavos recogían leña entre los árboles de las empinadas laderas de la hondonada, y los apenas audibles sonidos de sus hachas subían hasta la oscura torre desde la que ella los miraba.

Alean yacía sobre un banco desnudo, dormida o muerta, Ehlana ya no podía saber cuál de las dos cosas, pero envidiaba a la gentil camarera en ambos casos.

No estaban solas, por supuesto. Nunca estaban solas. Zalasta, su propio rostro consumido por el agotamiento, hablaba y hablaba con el rey Santheocles. Ehlana estaba cansada en exceso como para extraer significado alguno de las débiles, zumbantes palabras estirianas. Miró distraídamente al rey de los cyrgais, un hombre ataviado con un peto muy ajustado, una túnica de cuero corta y brazaletes de acero ornado en las muñecas. Santheocles era de una raza especial, y las generaciones de crianza selectiva habían realzado los rasgos más admirados por su pueblo. Era un hombre de elevada estatura y musculoso, de piel muy blanca a pesar de que su cabello y su barba rizados y aceitados tenían un lustroso color negro. La nariz recta continuaba la ininterrumpida línea de la frente. Tenía los ojos muy grandes, y muy negros... y vacíos por completo. Su expresión era altaneramente cruel. Se trataba del rostro de un hombre estúpido, arrogante, despojado de toda compasión e incluso de la más elemental decencia.

El ornado peto le dejaba desnudos los brazos y hombros, y mientras hablaba cerraba distraídamente los puños y volvía a abrirlos, haciendo que sus músculos se contrajeran y danzaran debajo de la pálida piel. Resultaba obvio que no prestaba demasiada atención a las palabras de Zalasta, sino que estaba del todo absorto en el rítmico contraerse y relajarse de los músculos de sus brazos. Era, a todos los niveles, un soldado perfecto, poseedor de un cuerpo magníficamente adecuado y una mente virgen de cualquier pensamiento.

Ehlana, cansada, dejó que sus ojos vagaran nuevamente por la habitación. El mobiliario era extraño. No había propiamente sillas sino sólo bancos y escabeles tapizados con posabrazos ornados y sin respaldo. Resultaba evidente que la idea del respaldo para los asientos no se les había ocurrido a los cyrgais. La mesa que se encontraba en el centro de la sala era baja hasta resultar incómoda, y las lámparas tenían un diseño antiguo, no más que un cuenco de cobre batido con aceite y mechas encendidas que flotaban en el mismo. Las maderas cortadas de manera tosca que formaban el suelo estaban cubiertas con juncos, las paredes de basalto negro tallado carecían de adornos, y las ventanas no tenían cortinas.

Se abrió la puerta y por ella entró Ekatas. Ehlana luchó para conseguir concentrar su mente exhausta. Santheocles era el rey de Cyrga, pero era Ekatas quien gobernaba. El sumo sacerdote de Cyrgon iba vestido y encapuchado de negro, y su anciano rostro consistía en una red de arrugas profundas. A pesar de que su expresión era tan cruel y arrogante como la de su rey, los ojos del anciano eran astutos y despiadados. La parte frontal de su negra túnica estaba adornada con un símbolo que parecía figurar por todas partes en la ciudad oculta, un cuadrado negro al que se superponía una estilizada llama dorada. Sin duda tenía algún significado, pero Ehlana estaba demasiado cansada como para preguntarse siquiera cuál podría ser.

—Venid conmigo —ordenó con tono abrupto—. Traed a las mujeres.

—La sirvienta no tiene importancia ninguna —replicó Zalasta con voz desafiante—. Déjala dormir.

—No estoy habituado a que se cuestionen mis órdenes, estiriano.

—Acostúmbrate, entonces, cyrgai. Las mujeres son mis prisioneras. Mi acuerdo es con Cyrgon, y tú no eres más que un apéndice suyo en ese trato. Tu arrogancia comienza a fastidiarme. Deja a la muchacha en paz.

Los dos hombres se miraron fijamente a los ojos, y una tensión repentina llenó la habitación.

—¿Y bien, Ekatas? —inquirió Zalasta en voz baja—. ¿Ha llegado ya el momento? ¿Has conseguido por fin reunir el coraje suficiente como para desafiarme? Cuando quieras, Ekatas. Cuando tú quieras.

Ehlana, ahora completamente alerta, vio el destello de miedo en los ojos del sacerdote de Cyrgon.

—Trae entonces a la reina —replicó Ekatas con tono hosco—. Es a ella a quien Cyrgon desea contemplar.

—Sabia decisión, Ekatas —dijo Zalasta, sardónico—. Si continúas tomando las decisiones correctas, puede que llegues a vivir un poco más de tiempo.

Ehlana cogió su capa y cubrió con suavidad a Alean. Luego se volvió para encararse con los tres hombres.

—Acabemos con esto —les dijo, reuniendo algún resto de sus modales regios.

Santheocles se levantó torpemente y se puso el casco crestado, tomándose grandes molestias para no descomponer sus cabellos cuidadosamente peinados. Pasó varios instantes en colocarse el enorme escudo redondo, y luego desenfundó su espada.

—¡Vaya un burro! —comentó Ehlana con desprecio—. ¿Estáis, en todo caso, lo bastante seguros de que puede confiársele a su majestad algo afilado? Podría hacerse daño, ¿sabéis?

—Es la costumbre, mujer —replicó Ekatas con modales estirados—. Los prisioneros deben estar siempre bajo estrecha vigilancia.

—Ah —murmuró ella—, y debemos obedecer los dictados de la costumbre, ¿verdad, Ekatas? Cuando rigen las costumbres, se hace innecesario pensar.

Por los labios de Zalasta cruzó una débil sonrisa.

—Creo que quieres llevarnos al templo, Ekatas. No hagamos esperar a Cyrgon.

Ekatas se tragó la réplica, abrió la puerta de un tirón y los condujo al helado pasillo.

Las escaleras que descendían de la más alta torre del palacio real eran estrechas y empinadas, interminables escaleras de caracol que descendían y descendían. Cuando llegaron al patio que había al final, Ehlana estaba temblando.

El sol del invierno brillaba en el amplio espacio abierto, pero no calentaba mucho.

Atravesaron el enlosado suelo hacia el pálido templo, un edificio erigido no con mármol sino con piedra caliza. A diferencia del mármol, tenía una superficie opaca que nada reflejaba; el edificio presentaba un cierto aire enfermo, leproso.

Subieron las escaleras del pórtico y traspusieron la amplia entrada. Ehlana había esperado que estuviese oscuro en el interior del sanctasanctórum, pero no era así. Miró con un cierto asombro aprensivo a la fuente de la luz mientras Ekatas y Santheocles se postraban, gritando al unísono: *¡Vanet, tyek Alcor! ¡Yala Cyrgon!*

Y fue entonces cuando la reina comprendió el significado de aquel ubicuo emblema que lo marcaba virtualmente todo en la ciudad oculta. El cuadrado blanco representaba el altar en forma de bloque emplazado en el centro preciso del templo, pero la llama que ardía encima del altar no era una representación estilizada. Se trataba de un fuego verdadero que se retorció y llameaba, elevándose furioso.

Ehlana sintió un temor repentino. El fuego que ardía sobre el altar no era un ex voto, sino una llama viva, consciente, alerta y poseedora de una ambición insaciable. Brillante como el sol, Cyrgon mismo ardía, eterno, sobre su pálido altar.

—No —decidió Sparhawk—, será mejor que no lo hagamos. Quedémonos quietos..., al menos hasta que Xanetia haya tenido la oportunidad de avenar pensamientos de unas cuantas mentes. Siempre podremos regresar para ajustarles las cuentas a Scarpa y sus amigos, más adelante. Ahora mismo lo que tenemos que saber es adónde se ha llevado Zalasta a Ehlana y Alean.

—Eso ya lo sabemos —lo contradijo Kalten—. Las ha llevado a Cyrga.

—Ése es precisamente el problema —intervino el ahora visible Ulath—. No sabemos dónde está Cyrga.

Todos se habían retirado a las ruinas atestadas de maleza, y se hallaban reunidos en el segundo piso de un edificio casi intacto para considerar opciones.

—Afrael tiene una idea general —insistió Kalten—. ¿No podemos ponernos en camino hacia Cynesga central y buscar cuando hayamos llegado allí?

—No creo que ésa sea una buena idea —observó Bevier—. Cyrgon ha estado ocultando el lugar mediante ilusiones durante los últimos diez eones. Podríamos caminar por el centro mismo de las calles de la ciudad, y no verla.

—No la esconde de todo el mundo —reflexionó Caalador—. Hay mensajeros que van y vuelven, así que alguno de los que están en Natayos ha de conocer el camino. Sparhawk tiene razón. ¿Por qué no dejamos que Xanetia se encargue de las averiguaciones aquí, en lugar de salir todos al desierto a esquivar escorpiones y serpientes mientras pateamos pedruscos y arena?

—¿Nos quedamos aquí, entonces? —inquirió Tynian.

—Por el momento —replicó Sparhawk—. No hagamos nada que llame la atención hasta saber qué puede descubrir Xanetia. Es la mejor opción que tenemos por ahora.

—¡Estábamos tan cerca! —se encolerizó Kalten—. Si hubiéramos llegado aquí uno o dos días antes...

—Bueno, pues no lo hicimos —le contestó Sparhawk con tono terminante, apartando por la fuerza su propia decepción y frustración—, así que saquemos el mejor partido posible y salvemos lo que se pueda.

—Mientras Zalasta se aleja más y más a cada minuto que pasa —agregó Kalten con amargura.

—No te preocupes, Kalten —le dijo Sparhawk en un tono tan frío como la muerte—. Zalasta no puede huir lo bastante lejos, ni lo bastante aprisa, como para escapar de mí cuando decida ir a buscarlo.

—¿Estás ocupado, Sarabian? —preguntó la emperatriz Elysoun, con tono tentativo, desde la entrada de la sala tapizada de azul.

—La verdad es que no —suspiró él—. Sólo meditaba. He recibido muchísimas

malas noticias durante el último día.

—Volveré en algún otro momento. No eres demasiado divertido cuando tienes cosas en la cabeza.

—¿Es eso lo único que hay en el mundo, Elysoun? —inquirió él con tristeza—. ¿Sólo diversión?

La risueña expresión de ella se tensó un poco, y entró en la habitación.

—Por eso te casaste con nosotras, en primer lugar, ¿no, Sarabian? —Le hablaba en seco tamul, que no se parecía en nada a su relajado dialecto valesiano habitual—. Nuestros matrimonios contigo estaban destinados a consolidar alianzas políticas, así que estamos aquí como símbolos, juguetes y ornamentos. Ciertamente, no somos parte del gobierno.

Él se sintió sorprendido por la percepción de ella y el repentino cambio operado. Era fácil subestimar a Elysoun. Su resuelta búsqueda del placer y la naturaleza de reveladora agresividad de sus atavíos nativos proclamaban que era una sensual de cabeza vacía, pero la que tenía delante era una Elysoun por completo distinta. Él la miró con un interés nuevo.

—¿Qué has estado haciendo últimamente, amor mío? —le preguntó con afecto.

Ella se encogió de hombros.

—Lo habitual.

Él apartó la mirada.

—Por favor, no hagas eso.

—¿Que no haga qué?

—Menearte de esa manera. Me distrae mucho.

—Se supone que debo hacerlo. No habrás pensado que me visto de esta forma porque soy demasiado perezosa para ponerme ropa, ¿verdad?

—¿Has venido por eso? ¿Para divertirte? ¿O hay algo más tedioso?

Nunca habían hablado así antes, y la repentina franqueza de ella lo intrigaba.

—Hablemos primero de las cosas tediosas —replicó ella. Lo miró con ojo crítico—. Necesitas dormir más —lo reprendió.

—Ojalá pudiera. Tengo demasiadas cosas en la cabeza.

—Tendré que ver qué puedo hacer al respecto. —Hizo una pausa—. En el palacio de las mujeres está sucediendo algo, Sarabian.

—¿Ah, sí?

—Un montón de extraños han estado mezclándose con el surtido de perros falderos y palomos que inundan los pasillos.

Él se echó a reír.

—Es una manera demasiado franca de describir a los cortesanos.

—¿Es que no lo son? No hay un solo hombre de verdad entre ellos. Están allí para ayudarnos en nuestros complots. Tú no sabías que pasamos el día conspirando las unas contra las otras, ¿verdad?

Él se encogió de hombros.

—Eso os da algo que hacer en vuestro tiempo libre.

—Ésa es la única clase de tiempo que tenemos, esposo mío. Todo nuestro tiempo es tiempo libre, Sarabian, ése es el problema. En cualquier caso, esos extraños no están relacionados con ninguna de las cortes establecidas.

—¿Estás segura?

La sonrisa de respuesta fue malvada.

—Confía en mí. He tenido tratos con todos los habituales. Todos ellos son poco más que mariposones. Los extraños son avispas.

Él le dirigió una mirada divertida.

—¿Es verdad que has acabado con todos los cortesanos del palacio de las mujeres?

Ella volvió a encogerse de hombros... con bastante deliberación, pensó él.

—Más o menos. La verdad es que resultó bastante aburrido. Los cortesanos son una gente tibia, pero era una manera de seguirle la pista a lo que estaba sucediendo.

—Entonces, ¿no fue enteramente...?

—Un poco, quizá, pero tengo que tomar medidas para protegerme. Nuestra política es sutil y muy salvaje.

—¿Son tamules esos extraños?

—Algunos sí; otros no.

—¿Cuánto hace que dura esa situación?

—Desde que nos trasladamos todas de vuelta al palacio de las mujeres. No vi a ninguna de esas avispas cuando estábamos viviendo aquí, con los elenios.

—¿Desde hace pocas semanas, entonces?

Ella asintió con la cabeza.

—Pensé que debías saberlo. Podría no ser más que lo mismo que ha estado sucediendo durante años, pero la verdad es que yo no lo creo. Tiene un aire algo diferente. Nuestra política es más indirecta que la vuestra, y lo que está sucediendo ahora en el palacio de las mujeres es política de hombres.

—¿Crees que podrás mantenerle la vista encima al asunto para informarme? Te lo agradeceré.

—Por supuesto, esposo mío. Al fin y al cabo, yo te soy leal.

—Ah, ¿de veras?

—No cometas ese error, Sarabian. No debe confundirse la lealtad con otros asuntos. Eso no significa nada. La lealtad, sí.

—Tienes mucho más de lo que ven los ojos, Elysoun.

—¿Ah, sí? Y eso que nunca he intentado ocultar nada. —Ella respiró profundamente.

Sarabian volvió a reír.

—¿Tienes algún plan para esta noche?

—Nada que no pueda posponerse para otro momento. ¿Qué tenías en mente?

—Pensé que podríamos charlar un rato.

—¿Charlar?

—Entre otras cosas.

—Déjame enviar un mensaje. Después podremos charlar todo lo que quieras..., entre esas otras cosas que acabas de mencionar.

Hacía dos días que habían dejado atrás Tiana, camino del extremo oeste del lago, por la carretera de Arjuna. Acamparon a orillas del lago, a cierta distancia de la carretera, y Khalad cazó un ciervo con la ballesta.

—Carne de campamento —le explicó a Berit mientras despellejaba el animal—. Ahorra tiempo y dinero.

—La verdad es que eres muy bueno y hábil con la ballesta —observó Berit.

Khalad se encogió de hombros.

—Es la práctica —replicó. Luego levantó la cabeza con brusquedad—. Tenemos visita. —Señaló hacia la carretera con el cuchillo.

—Arjunis —observó Berit, mirando con los ojos entrecerrados a los jinetes que se aproximaban.

—No todos —disintió Khalad—. El que va al frente es un elenio..., un edomita, a juzgar por su ropa. —Khalad se limpió las manos ensangrentadas en la larga hierba, recogió su ballesta y la montó—. Sólo para asegurarnos —explicó—. Al fin y al cabo, saben quiénes somos en realidad.

Berit asintió con frialdad y dejó libre la espada dentro de la vaina.

Los jinetes detuvieron las monturas a unas cincuenta varas de distancia.

—¿Caballero Sparhawk? —lo llamó el edomita en elenio.

—Tal vez —le gritó Berit a modo de respuesta—. ¿Qué puedo hacer por ti, vecino?

—Tengo un mensaje para ti.

—Estoy conmovido. Comienza a dármelo.

—Acércate —agregó Khalad—. No necesitarás tu guardia.

—He oído lo que le hicisteis al último mensajero.

—Bien —replicó Khalad—. Teníamos la intención de que corriera la voz al respecto. El tipo tenía problemas para ser educado, pero estoy seguro de que tus modales son mejores. Acércate. Estás a salvo..., mientras seas cortés.

El edomita vacilaba todavía.

—Amigo —declaró Khalad con tono cargado de intención—. Estás dentro del alcance de mi ballesta, por lo que será mejor que hagas lo que te digo. Trataremos nuestro asunto y luego tú y tus amigos arjunis podréis seguir vuestro camino. De lo contrario, esto podría ponerse desagradable.

El edomita conferenció brevemente con sus guardias, y luego hizo avanzar con cautela al caballo mientras sostenía un pergamino doblado por encima de la cabeza.

—No voy armado —anunció.

—Eso no es muy prudente, vecino —le dijo Berit—. Éstos son tiempos conflictivos. Dame la nota.

El mensajero bajó el brazo con lentitud y le tendió a Berit el pergamino.

—Los planes han cambiado, caballero Sparhawk —comentó con cortesía.

—Asombroso. —Berit abrió el pergamino y tomó con suavidad el mechón de cabello identificativo—. Ésta es sólo la tercera vez, más o menos. Parecéis tener algunas dificultades para decidirlos. —Miró el pergamino—. Muy servicial. Esta vez alguien ha dibujado un mapa.

—La población no es muy conocida, en realidad —explicó el edomita—. Es un lugar pequeño que no existiría de no ser por el comercio de esclavos.

—Eres un mensajero muy bueno, amigo —le dijo Khalad—. ¿Tendrías la amabilidad de transmitirle a Krager unas palabras de mi parte?

—Lo intentaré, joven maese.

—Bien. Dile que voy tras él. Probablemente debería comenzar a mirar por encima del hombro, porque con independencia de cómo salgan las cosas, un día me encontrará allí.

El edomita tragó con dificultad.

—Se lo diré, joven maese.

—Te estaré agradecido.

El mensajero hizo retroceder a su caballo una vara, y luego dio media vuelta y se alejó para reunirse con su escolta arjuni.

—¿Y bien? —preguntó Khalad.

—Vigayo..., en Cynesga.

—No es una población de mucha importancia.

—¿Has estado allí?

—De pasada. El Bhelliom nos llevó allí por error cuando Sparhawk estaba practicando con él.

—¿A qué distancia está de aquí?

—A unas cien leguas. Pero se encuentra en la dirección correcta. Afrael dijo que Zalasta llevaba a la reina a Cyrga, así que Vigayo tiene que hallarse más cerca que Arjun. Envía mensaje, Berit. Dile a Afrael que saldremos a primeras horas de la mañana. Luego puedes volver y ayudarme a cortar este ciervo. Hay diez días de camino hasta Vigayo, así que sin duda vamos a necesitar la carne.

—Él ha estado allí —les dijo Xanetia—. Los sus recuerdos de la ciudad oculta son vívidos, pero el recuerdo de la ruta, impreciso. No he podido entresacar más que impresiones inconexas del recorrido. La su locura lo ha privado de pensamiento coherente, y la mente suya salta de la realidad a la ilusión y de vuelta a la realidad sin propósito ni dirección.

—Yo diría que no' hemo' consegui' o un poblema —comentó Caalador,

arrastrando las palabras—. Er vieho Krager no conos'er camino porque estaba demasia' o borracho como pa' poné' atención cuando Zalasta hablaba'e cómo se yega hasta Cyrga, y Scarpa está demasia' o chala' o como pa' podé acordars' 'e cómo se va. —Sus ojos se entrecerraron y abandonó el dialecto—. ¿Qué hay de Cызada? —le preguntó a Xanetia.

Ella se estremeció.

—No es la locura ni la ebriedad lo que me cierra el paso de entrada a los pensamientos de Cызada de Esos —replicó con voz llena de repulsión—. Muy profundamente ha penetrado en la oscuridad que era Azash, y las criaturas del mundo inferior lo han poseído de tal manera que su pensamiento ya no es humano. Al principio, sus hechizos controlaban en alguna medida a esos horribles demonios, pero luego él invocó a Klael, y en ese acto todo quedó en libertad. Os lo imploro, no me enviéis a ese hirviente caos. Él conoce en verdad una ruta hasta Cyrga, pero no podemos con prudencia alguna seguir esa senda, porque se extiende por los reinos de la llama, la oscuridad y horrores inenarrables.

—Eso, entonces, agota más o menos las posibilidades de este lugar, ¿no? —Todos se volvieron rápidamente hacia el sonido de la voz que les era familiar. La diosa-niña estaba solemnemente sentada en el antepecho de la ventana, con la flauta en las manos.

—¿Es esto prudente, divina Afrael? —le preguntó Bevier—. ¿No percibirán nuestros enemigos tu presencia?

—Aquí no queda nadie que pueda hacerlo, Bevier —replicó ella—. Zalasta se ha marchado. Sólo he venido a deciros que Berit recibió nuevas instrucciones. Él y Khalad van hacia Vigayo, una aldea que está junto al otro lado de la frontera cynesgana. En cuanto estéis preparados, os llevaré allí.

—¿Qué conseguiríamos con ello? —preguntó Kalten.

—Necesito tener a Xanetia cerca del siguiente mensajero —respondió la niña—. Cyrga está completamente escondida..., incluso para mí. Hay una clave para deshacer esa ilusión, y eso es lo que tengo que averiguar. Sin esa clave, podríamos hacernos todos viejos dando vueltas por el desierto, y continuaríamos sin encontrar la ciudad.

—Supongo que tienes razón —concedió Sparhawk. Luego la miró a la cara—. ¿Puedes disponer otra reunión? Estamos acercándonos al final de todo esto, y necesito hablar con los demás..., con Vanion y Bergsten en particular, y probablemente también con Betuana y Kring. Tenemos ejércitos a nuestra disposición, pero no nos servirán de mucho si corren en tres direcciones distintas o atacan Cyrga sin un sistema fijo. Tenemos una idea general de dónde se encuentra el lugar, y me gustaría formar un anillo de acero a su alrededor, pero no quiero que nadie tropiece con la ciudad hasta que haya sacado de allí a Ehlana y Alean.

—Vas a meterme en líos, Sparhawk —replicó ella con acritud—. ¿Tienes alguna idea del tipo de promesas que tendré que hacer con el fin de conseguir permiso para

una reunión semejante?... y, además, tendré que cumplir esas promesas.

—Es muy importante, de verdad, Afrael.

Ella le sacó la lengua y luego rieló y desapareció.

El domi Tikume ha enviado órdenes, vuestra reverencia —le informó al patriarca Bergsten el pelo de cabeza rapada cuando se encontraron en la tienda del eclesiástico en las afueras de la ciudad de Pela, en Astel central—. Debemos proporcionaros toda la ayuda que podamos.

—Tu domi es un buen hombre —replicó el patriarca ataviado con su armadura.

—Sus órdenes han organizado un buen cisco —replicó Daiya con una mueca—. La idea de una alianza con los caballeros de la iglesia suscitó un debate teológico que duró varios días. La mayoría de las gentes de Astel creen que los caballeros de la iglesia nacieron y se criaron en el infierno. Una buena cantidad de los polemistas están actualmente aclarando las cosas con el propio Dios en persona.

—Deduzco que las disputas religiosas entre los pelois son bastante fogosas.

—Oh, sí —asintió Daiya—. Aunque el mensaje del archimandrita Monsel ayudó a calmar las cosas. Las ideas religiosas de los pelois no son tan profundas, en realidad, vuestra reverencia. Nosotros confiamos en Dios y le dejamos la teología a los clérigos. Si el archimandrita aprueba la alianza, para nosotros ya es suficiente. Si se equivoca, será él quien arda en el infierno por eso.

—¿A qué distancia queda Cynesga desde aquí? —le preguntó Bergsten.

—A unas ciento cincuenta leguas, vuestra reverencia.

—Tres semanas —murmuró Bergsten con amargura—. Bueno, supongo que no hay mucho que podamos hacer al respecto. Nos pondremos en marcha a primeras horas de la mañana. Diles a tus hombres que duerman un poco, amigo Daiya. Probablemente iremos un poco cortos de sueño durante el próximo mes, más o menos.

—Bergsten.

La voz que arrullaba su nombre era ligera y musical.

El patriarca thalesiano se sentó rápidamente y tendió una mano hacia el hacha.

—Oh, no hagas eso, Bergsten. No voy a hacerte daño.

—¿Quién está ahí? —exigió saber mientras buscaba a tientas la vela, el pedernal y el acero.

—Toma. —Una mano pequeña emergió de la oscuridad con una lengua de llama danzándole sobre la palma.

Bergsten parpadeó. Su visitante de medianoche era una niña..., estiriana, adivinó. Una niña preciosa con largos cabellos y enormes ojos oscuros como la noche. A Bergsten comenzaron a temblarle las manos.

—Tú eres Afrael, ¿verdad? —dijo con voz estrangulada.

—Es una aguda observación por parte de tu gracia. Sparhawk quiere verte.

Él retrocedió de aquel personaje que la doctrina oficial de la iglesia le decía que no existía..., que no podía existir.

—Tu gracia se comporta como un tonto —le aseguró ella—. Tú sabes que ni siquiera podría estar hablando contigo de no tener permiso de tu dios, ¿verdad? No podría siquiera acercarme a ti sin permiso.

—Bueno, teóricamente —concedió él con renuencia—. Pero podrías ser un demonio, y las reglas no rigen para ellos.

—¿Tengo acaso aspecto de demonio?

—La apariencia y la realidad son dos cosas diferentes —insistió él. Ella le miró a los ojos y pronunció el verdadero nombre del dios de los elenios, uno de los secretos más celosamente guardados por la iglesia.

—Un demonio no podría pronunciar ese nombre, ¿no lo cree así tu gracia?

—Bueno, supongo que no.

—Vamos a llevarnos bien, Bergsten —comentó ella sonriendo, y le dio un beso suave en una mejilla—. Ortzel habría discutido ese punto durante semanas enteras. Por favor, deja aquí tu hacha. El acero me pone la carne de gallina.

—¿Adónde vamos?

—A encontrarnos con Sparhawk. Eso ya te lo he dicho.

—¿Está lejos?

—La verdad es que no. —Ella sonrió al tiempo que apartaba la lona que cubría la entrada de la tienda.

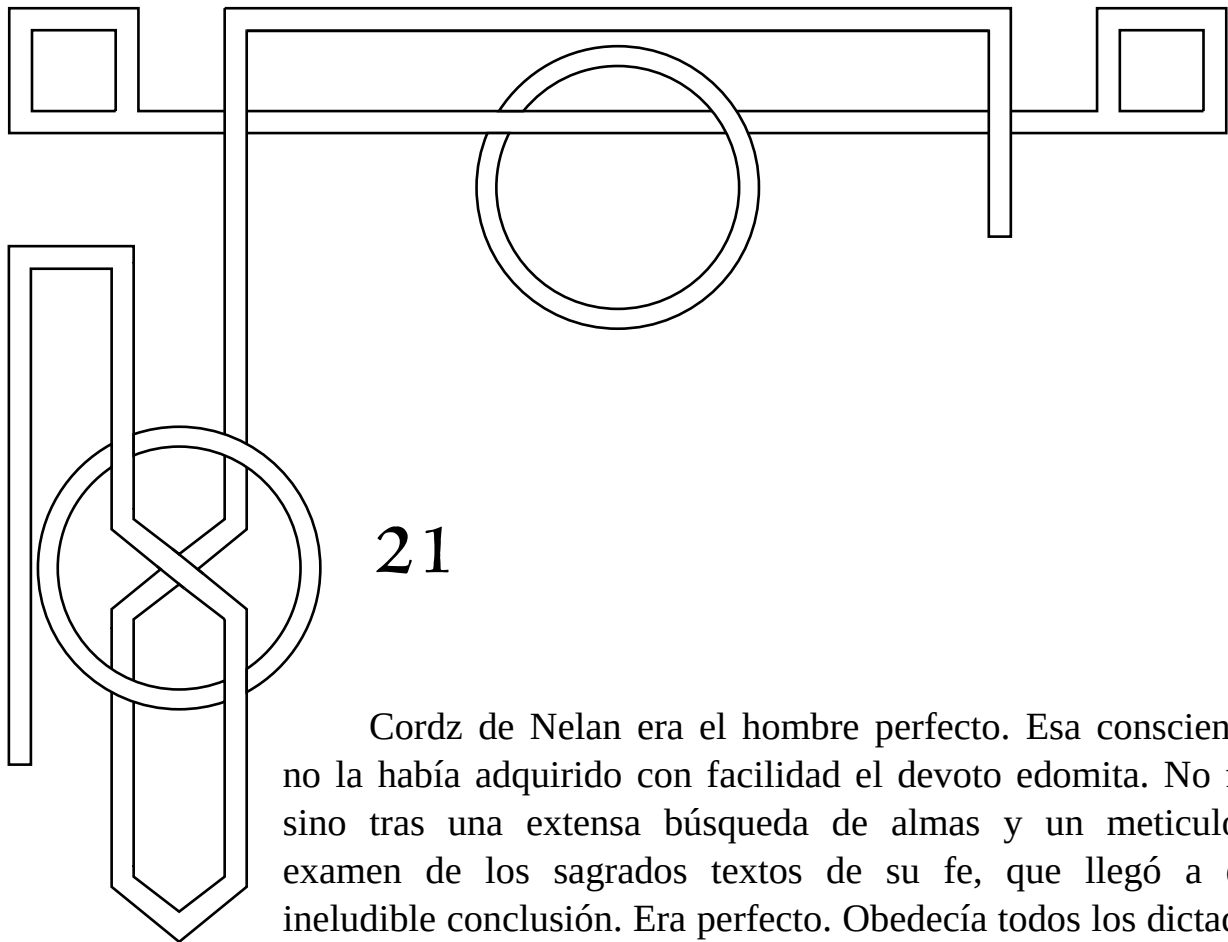
Todavía era de noche en Pela, pero al otro lado de la entrada de la tienda reinaba la luz del día. Una playa de un blanco prístino se extendía hasta un mar de zafiro, todo ello bajo un cielo de colores irisados, y un pequeño islote sobre el que se alzaba un reluciente templo de alabastro flotaba sobre aquel mar de increíble azul a unas cien varas de la playa.

—¿Qué lugar es este? —inquirió Bergsten, asomando la cabeza al exterior y mirándolo todo con asombro.

—Supongo que tu gracia podría llamarlo el paraíso —replicó la diosa-niña, mientras apagaba de un soplo la llama de su mano—. Es el mío, en cualquier caso. Hay otros, pero este es mío.

—¿Dónde está?

—En todas partes y en cualquiera. Todos los paraísos están en todas partes a un tiempo. También lo están los infiernos..., pero ésa es otra historia. ¿Vamos?



21

Cordz de Nelan era el hombre perfecto. Esa consciencia no la había adquirido con facilidad el devoto edomita. No fue sino tras una extensa búsqueda de almas y un meticuloso examen de los sagrados textos de su fe, que llegó a esa ineludible conclusión. Era perfecto. Obedecía todos los dictados de Dios, hacía lo que se suponía que debía hacer, y no llevaba a cabo nada prohibido. ¿No es precisamente eso la perfección?

Resultaba una comodidad ser perfecto, pero Cordz no era de los que se dormían en los laureles. Ahora que él había alcanzado la perfección a los ojos de Dios, era hora de volver sus ojos hacia las faltas de sus vecinos. Los pecadores, sin embargo, raras veces pecan abiertamente, así que Cordz se veía obligado a recurrir a subterfugios. Espiaba a través de las ventanas durante la noche; escuchaba a hurtadillas las conversaciones privadas; y cuando sus vecinos le ocultaban inteligentemente sus malas acciones, él imaginaba los pecados que podían estar cometiendo. El Sabbath era un día muy especial para Cordz, pero no a causa de los sermones. Al fin y al cabo, ¿qué necesidad tenía de sermones un hombre perfecto? Era el Sabbath, cuando tenía oportunidad de ponerse de pie y denunciar los pecados de sus vecinos, tanto los que habían cometido como los que podían estar cometiendo.

Es probable que irritara al diablo. Dios sabe que irritaba a sus vecinos.

Pero luego había surgido una crisis en Edom. La corrupta y hereje iglesia de Chyrellos, tras dos eones de intrigas y conspiraciones, se preparaba por fin para hacer un movimiento contra los justos. Los caballeros de la iglesia se habían puesto en marcha, y con ellos marchaban horrores que escapaban a lo imaginable.

Cordz fue el primero en alistarse en el ejército de Rebal; el hombre perfecto abandonó a sus vecinos y los pecados de éstos para unirse a la causa santa. Se

convirtió en el mensajero de más confianza de Rebal; mató caballos por docenas corriendo por los reinos elenios de Tamuli occidental para llevar los despachos que tan vitales eran para la causa.

En aquel día particular, Cordz estaba fustigando a su exhausto caballo en dirección sur, hacia las corruptas ciudades de Daconia meridional, pozos negros de pecado y costumbres licenciosas, a decir verdad, donde los ciudadanos no sólo ignoraban que fuesen pecadores, sino que ni siquiera les importaba. Peor aún, una oscura y probablemente hereje tradición de la iglesia dacita prohibía a los seglares hablar en voz alta durante los servicios del Sabbath. Así pues, al propio portavoz de Dios, el hombre perfecto, no se le permitía exponer y denunciar los pecados que veía a todo su alrededor. La frustración que le provocaba aquello hacía que a veces sintiera ganas de gritar.

Había estado cabalgando casi sin descanso durante la pasada semana, y se sentía muy cansado; así que coronó con bastante alivio la colina que dominaba la ciudad portuaria de Melek.

Entonces se desvaneció todo pensamiento de los pecados de los demás. Cordz frenó a su tambaleante caballo y abrió la boca con horror ante lo que veía.

¡Allí, en el mar que chispeaba al sol del invierno, había una enorme armada, barcos que excedían toda cuenta y navegaban majestuosamente costa abajo bajo las banderas rojas y oro de la iglesia de Chyrellos!

El hombre perfecto estaba tan sobrecogido de horror que ni siquiera oyó el lastimero sonido de la tosca flauta de pastor que tocaba un aire estiriano en clave menor, a alguna distancia hacia su izquierda. Contempló durante un rato la peor de sus pesadillas, con la boca abierta, y luego le clavó desesperadamente las espuelas al caballo y corrió a dar la alarma.

El general Sirada era el hermano menor del duque Milanis, y comandaba las fuerzas rebeldes de Panem-Dea. El rey Rakya había dispuesto las cosas de tal forma que la mayoría de los generales de Scarpa fueran arjunis. Sirada no ignoraba que había riesgos, pero los hijos menores de las familias nobles estaban obligados a correr riesgos si querían salir adelante en el mundo. Para ellos, el rango y la posición tenían que ser ganados. Sirada soportó los años de asociación con el bastardo demente de una moza de taberna y las incomodidades de acampar en la selva, a la espera de su oportunidad.

Y ya había llegado. Por fin, el demente de Natayos acababa de dar la orden de marchar. La campaña había comenzado. Aquella noche no se durmió ni un instante en Panem-Dea. Los preparativos de la marcha continuaron a lo largo de las horas de oscuridad, y la indisciplinada chusma que comandaba Sirada era incapaz de hacer absolutamente nada en silencio. El general pasó la noche estudiando sus mapas.

La estrategia era sensata; debía reconocerlo. Tenía que reunirse con Scarpa y los

demás rebeldes cerca de Derel. Luego marcharían en dirección norte hacia las montañas de Tamul, donde sus fuerzas se verían aumentadas por los cynesganos. Desde allí, avanzarían hacia Tosa en preparación del asalto final de Matherion.

La estrategia personal del general Sirada era mucho más sencilla. Scarpa aplastaría cualquier resistencia existente en Tosa, pero no viviría para ver las brillantes cúpulas de la capital del imperio. Sirada sonrió apenas y tocó el pequeño frasco de veneno que llevaba en el bolsillo interior. El ejército tomaría Matherion, pero sería el general Sirada quien conduciría el asalto final y atravesaría personalmente con su espada al emperador Sarabian. El hermano menor del duque Milanis esperaba que de aquella campaña obtendría al menos un condado.

La puerta se abrió de golpe y su ayudante irrumpió en la sala, con los ojos que se le salían de las órbitas y el rostro blanco como la cera.

—¡Buen dios, mi general! —gritó.

—¿Qué crees que estás haciendo? —exigió saber Sirada—. ¿Cómo te atreves? ¡Te haré azotar por esto!

—¡Estamos siendo atacados, mi general!

Ahora, Sirada podía oír los alaridos de terror. Se levantó rápidamente y traspuso la puerta.

Aún no era de día, y una niebla flotante que había salido del enmarañado bosque, desdibujaba las murallas y casas en ruinas de Panem-Dea. Las antorchas iluminaban las tinieblas con su brillo rojizo, pero se veían también otras luces en las calles invadidas de maleza, luces pálidas, frías, que no ardían ni oscilaban. Unas criaturas de luz, pálidas como lunas ambulantes, avanzaban por las calles de Panem-Dea. ¡Los seres fulgentes eran un mito! ¡No existían criaturas semejantes!

Sirada apartó su miedo a un lado y desenfundó la espada.

—¡Resistid! —les rugió a los desmoralizados hombres—. ¡Formad! ¡Los lanceros al frente! —Se abrió camino por la fuerza, golpeando a su alrededor con la espada de plano, hasta el interior de la turba de soldados aterrorizados que daban vueltas de un lado a otro—. ¡Formad! ¡Formad una línea!

Pero no había racionalidad alguna ni miedo a la autoridad en los rostros de aquellos hombres mal entrenados. La vociferante muchedumbre se limitó a abrirse y pasar por ambos lados de Sirada. Él volvió a arremeter contra ellos, asestando enormes golpes con la espada, hiriendo a sus propios hombres.

Estaba tan desesperado por restaurar el orden que no sintió la cuchillada que le asestaron en el flanco izquierdo, justo debajo de las costillas. No pudo entender siquiera por qué se le doblaron las piernas ni por qué cayó bajo los pies de sus soldados que huían profiriendo alaridos hacia la espesura del bosque.

—¿Estás seguro de que este mapa es exacto, Tynian? —preguntó el patriarca Bergsten mientras contemplaba el mundo en miniatura que tenía bajo los pies.

—Es el mapa más exacto que podría encontrar vuestra gracia —le aseguró Tynian—. Bhlok w pronunció el hechizo y los dioses-troll metieron sus manos dentro del suelo y sintieron la forma del continente. Allí lo tenéis..., hasta el último árbol y arbusto. Todo está aquí.

—Excepto Cyrga, Tynian-caballero —lo corrigió Engessa.

El general atan estaba ya completamente curado, y parecía tan en forma como siempre. Su rostro, sin embargo, tenía una expresión preocupada. Su reina lo había recibido de forma casi abrupta cuando llegó, y ahora lo evitaba de manera bastante obvia.

Sefrenia se encontraba sentada en uno de los bancos del templo de alabastro de Afrael, con la luz del arco iris de aquel cielo imponente, jugando sobre su rostro.

—Habíamos abrigado la esperanza de que Schlee pudiera sentir Cyrga cuando recreara el continente, vuestra gracia —comentó—, pero la ilusión de Cyrgon parece ser absoluta. Ni siquiera un hechizo troll consigue romperla.

Afrael caminó ligera por el mundo diminuto que Bhlok w había conjurado para ellos. Pasó por encima de la minúscula ciudad de Cynestra, y continuó hacia una región montañosa que se encontraba en el centro del desierto.

—Solía estar en alguna parte de esta zona general —dijo, al tiempo que hacía un gesto vago que abarcaba las montañas.

—¿Solía estar? —inquirió Bergsten con mordacidad.

Ella se encogió de hombros.

—A veces desplazamos las cosas.

—¿Ciudades enteras?

—Es posible..., aunque refleja una mala planificación.

Bergsten se estremeció y comenzó a marcar distancias en el continente diminuto con un trozo de cuerda.

—Yo estoy aquí arriba, en Pela —les explicó a los otros a la vez que señalaba un punto de Astel central—. Eso está a casi trescientas leguas de la vecindad inmediata de Cyrga, y tendré que detenerme para tomar Cynesga por el camino. Vosotros estáis mucho más cerca, así que tendréis que retrasaros un poco si queremos llegar todos allí más o menos al mismo tiempo.

Afrael se encogió de hombros.

—Yo me entrometeré en las cosas —declaró.

Bergsten le echó una mirada perpleja.

—La divina Afrael tiene formas de comprimir el tiempo y la distancia, vuestra gracia —explicó Sparhawk—. Puede...

—¡No quiero oírlo, Sparhawk! —replicó Bergsten con brusquedad, cubriéndose las orejas con las manos—. Ya has puesto en peligro mi alma al traerme hasta aquí. Por favor, no lo empeores contándome cosas que no necesito saber.

—Como vuestra gracia quiera —asintió Sparhawk.

Emban se paseaba por los alrededores del grupo de montañas que surgían en el

centro del desierto cynesgano.

—Todos vamos a convergir en estas montañas —comentó—. Yo no soy un experto, pero ¿no sería mejor detenernos al pie de las montañas y aguardar hasta que todos los demás hayan llegado, antes de llevar a cabo el asalto final?

—No, vuestra gracia —lo contradijo Vanion con firmeza—. Detengámonos a una cierta distancia del pie de las montañas..., al menos a un día a caballo. Si llegamos a tropezarnos con las criaturas de Klael, necesitaremos espacio para maniobrar. Cuando eso suceda, quiero tener a mi alrededor mucho terreno llano.

El rechoncho hombrecillo de la iglesia se encogió de hombros.

—Tú eres el soldado, Vanion. —Señaló hacia el sur—. Allí está nuestro punto débil —dijo—. Tenemos una buena concentración de fuerzas que se aproximan por el este, el noreste y el norte, pero no hay nadie que cubra el sur.

—Ni el oeste —agregó Sarabian.

—Yo cubriré el oeste, majestad —replicó Bergsten—. Puedo apostar a mis caballeros y los pelois de forma que bloqueen la totalidad del cuadrante.

—Eso continúa dejando descubierto el norte —reflexionó Emban.

—De eso ya nos hemos hecho cargo, Emban —le aseguró Afrael—. Stragen ha estado haciendo correr historias acerca de una vasta flota de la iglesia que navega por la costa meridional, y yo he estado tejiendo ilusiones para respaldarlas. ¿Cuánto van a tardar los trolls en llegar a sus posiciones en el norte de Zhubay, Ulath?

—Justo el tiempo que haga falta para convencer a los dioses-troll de que necesitamos a sus hijos allí en lugar de en las montañas de Tamul —replicó el enorme thalesiano—, un día, más o menos, calculo. Una vez que estén convencidos, meterán a sus hijos en el No-Tiempo. Si no tuviéramos que parar de vez en cuando para alimentar a los trolls, podríamos llegar a Zhubay antes de que parpadearas. Si supiera dónde está Cyrga, podría tener un millar y medio de trolls ante sus puertas por la mañana.

—No hay necesidad de apresurarse. —La diosa-niña los miró a todos con ojos acerados—. Nadie, y quiero decir nadie, va a hacer movimiento alguno contra Cyrga hasta que yo me haya asegurado de que Ehlana y Alean están a salvo. Si me viera obligada, podría haceros dar vueltas en círculos en ese desierto durante generaciones, así que no se os ocurra ponerlos creativos conmigo.

—¿Es tan importante para ti la reina de Elenia, divina Afrael? —preguntó Betuana con suavidad—. La guerra es dura, y tenemos que aceptar las pérdidas.

—Es un asunto personal, Betuana —dijo Afrael por toda respuesta—. Éstas son vuestras posiciones. —Comenzó a hacer gestos por encima del continente en miniatura—. Bergsten avanzará desde el norte y el oeste para cubrir ese flanco de la ciudad; Ulath, Tynian y Bhlokw traerán a los trolls desde Zhubay, y se unirán al flanco izquierdo de los atanes de Betuana; Vanion llegará por el este y con su flanco izquierdo se unirán Kring y los pelois; Stragen ha persuadido al repugnante dacita de Beresa de que hay un millón de caballeros de la iglesia, más o menos, que van a

desembarcar en la costa cercana a Verel y Kaftal, y eso debería desviar a la mayor parte de los ejércitos de Cynesga. Existen algunas discrepancias en lo referente a las distancias, pero yo me encargaré de solucionarlas. Cuando llegue el momento, estaréis todos en vuestros lugares indicados, aunque tenga que recogeros uno por uno y llevaros en peso. —Se interrumpió abruptamente—. ¿Qué sucede, Bergsten? No te rías de mí o te cogeré por la nariz para zarandarte.

—No estaba riéndome de ti, divina Afrael —le aseguró el patriarca—. Sólo sonreía a modo de aprobación. ¿Dónde aprendiste tanto de estrategia y táctica?

—He estado observando cómo los elenios hacíais la guerra desde poco después de que descubrierais el fuego, tu gracia. Era inevitable que aprendiera algunos de los trucos del oficio. —Se volvió de forma repentina a mirar a Bhlokw—. ¿Qué? —inquirió, irritada.

—U-lat me ha dicho qué acabas de decir, diosa-niña. ¿Por qué estamos haciendo esto?

—Para castigar a los malvados, sacerdote de los dioses-troll.

—¿Qué? —le preguntó Sparhawk a Ulath con pasmado asombro—. ¿Cómo lo ha llamado?

—Ah —dijo Ulath con voz suave—. ¿No lo sabías? Nuestro peludo amigo tiene una cierta eminencia.

—¿Es verdad que tienen sacerdotes?

—Por supuesto. ¿Es que no los tiene todo el mundo?

—Es bueno castigar a los malvados que se llevaron a la compañera de Anakha —estaba diciendo Bhlokw—, pero ¿tenemos que llevar a tantos? Khwaj castigará a los malvados. Ésta es la estación de Schlee, y nosotros deberíamos estar siguiendo el camino de la caza. Los jóvenes deben ser alimentados o morirán, y eso no es una cosa buena.

—Oh, cielos —murmuró Afrael.

—¿Qué está sucediendo aquí, caballero Ulath? —preguntó Sarabian.

—Los trolls son cazadores, majestad —le explicó el interpelado—, no guerreros. No comprenden muy bien el arte de la guerra. Ellos se comen lo que matan.

Sarabian se estremeció.

—Es algo muy moral, majestad —señaló Ulath—. Desde el punto de vista de los trolls, desperdiciar la carne es un crimen.

Afrael estaba mirando al sacerdote de los dioses-troll con los ojos entrecerrados.

—Es una buena cosa seguir el camino de la caza y castigar a los malvados al mismo tiempo —le dijo—. Si cazamos de esa manera, les causaremos daño a los malvados y además traeremos mucha carne para los jóvenes durante la estación de Schlee.

Bhlokw consideró lo que acababa de oír.

—La caza de los hombres-cosas es no-simple —comentó, dubitativo—, pero es mi pensamiento que la caza de los dioses-cosas es todavía menos no-simple. —

Reflexionó sobre ese punto—. Pero es bueno. Una caza que consigue más que comida es buena cosa. Tú cazas muy bien, diosa-niña. Algún día deberíamos tomar la comida juntos y hablar de viejas cazas. Es bueno hacer esto. Hace que los compañeros de manada se acerquen más y así cacen mejor.

—Me pondrá contenta que hagamos eso, Bhlokw.

—Entonces lo haremos. Mataré un perro para que comamos. El perro es todavía más bueno para comer que el cerdo.

Afrael profirió un acallado sonido de asco.

—¿Te causará enojo si les hablo con sonidos de pájaros a nuestros compañeros de manada, Bhlokw? —intervino Sparhawk—. Pronto será el tiempo de comenzar la caza, y todos deben estar preparados.

—No me causará enojo, Anakha. U-lat puede decirme lo que tú estás diciendo.

—Bueno, pues —les dijo a los demás—. Ya sabemos todos cómo vamos a converger en Cyrga, pero hay varios de nosotros que tienen que entrar primero. Por favor, retrasad vuestro ataque hasta que nosotros nos encontremos en posición. No os amontonéis sobre nosotros pisándonos los talones.

—¿A quién te llevarás contigo, Sparhawk? —inquirió Vanion.

—A Kalten, Bevier, Talen, Xanetia y Mirtai.

—Yo no acabo de...

Sparhawk levantó una mano.

—Fue Afrael quien los eligió, mi señor —dijo—. Si tienes alguna objeción, plantéasela a ella.

—Tienes que tener a esas personas contigo, Sparhawk —explicó Afrael con paciencia—. Si no las llevas, fracasarás.

—Lo que tú digas, divina Afrael —se rindió él.

—¿Entonces, estarás delante de Berit y de mí? —inquirió Khalad. Sparhawk asintió con la cabeza.

—Los del otro bando esperarán que os sigamos los pasos a vosotros. Si marchamos delante, podríamos confundirlos..., al menos eso espero yo. Afrael nos llevará directamente a Vigayo y husmearemos un poco por allí. Si el tipo que lleva el siguiente mensaje ya se encuentra en la población, Xanetia tendría que poder enterarse de vuestro próximo punto de destino. Antes o después alguien tendrá que darte la clave de la ilusión que esconde a Cyrga, y ésa es la información que necesitamos. Una vez la tengamos, el resto será mucho más fácil.

—Me gusta esa definición del concepto de fácil —le murmuró Caalador a Stragen.

Emban tomó otra nota en su inevitable lista, y luego se aclaró la garganta.

—¿Es inevitable, Emban? —suspiró Bergsten.

—Me ayuda a pensar, Bergsten, y es una forma de asegurarse de que no nos hemos dejado nada. Si tanto te aburre, no me prestes atención.

—Los hombres-cosas hablan demasiado cuando deciden cómo cazar, U-lat —se

quejó Bhlok w.

—Es la naturaleza de los hombres-cosas el hacer esto.

—Eso es porque las cazas de los hombres-cosas son tan no-simples. Es mi pensamiento que sus cazas son no-simples porque no se comen lo que matan. Cazan y matan por razones que yo no entiendo. Es mi pensamiento que esa cosa que los hombres-cosas llaman «guerra» es una debilidad muy grande.

—No es nuestro pensamiento el causar enojo al sacerdote de los dioses-troll — declaró el patriarca Bergsten en una lengua troll impecable—. Esta cosa que los hombres-cosas llaman guerra es como las cosas que pasan cuando dos manadas troll llegan a cazar en el mismo territorio.

Bhlok w consideró la explicación. Luego profirió un gruñido a la vez que la comprensión inundaba su peluda cara.

—Ahora está claro para mí —dijo—. Esta cosa que los hombres-cosas llaman «guerra» es como la caza de pensamientos. Por eso es no-simple. Pero continuáis hablando demasiado. —El troll miró a Emban con los ojos entrecerrados—. Ese de ahí es el peor —agregó—. Su barriga de la mente es tan grande como la barriga de su barriga.

—¿Qué ha dicho? —preguntó Emban con curiosidad.

—No es fácil de traducir, vuestra gracia —replicó Ulath con tono suave.

El patriarca Emban le echó una mirada ligeramente suspicaz, y luego expuso una vez más, con meticulosidad, el despliegue de tropas; a medida que hablaba ponía una marca en cada punto de la lista. Cuando acabó, miró a los demás.

—¿Se le ocurre a alguien alguna otra cosa?

—Quizá —contestó Sefrenia, que tenía el entrecejo fruncido—. Nuestros enemigos saben que Berit no es Sparhawk, aunque pensarán que a Sparhawk no le quedará otra alternativa que seguirlo. Podría ser útil el confirmar esa creencia. Creo que conozco una forma de duplicar el sonido y la sensación que produce el Bhelliom. Si resultara, nuestros enemigos pensarán que Sparhawk se encuentra en la columna de caballeros que Vanion conducirá al desierto. Se concentrarán en nosotros en lugar de buscarlo.

—Estás poniéndote en peligro, Sefrenia —objetó Afrael.

—En eso no hay nada particularmente nuevo. —Sefrenia sonrió—. Y cuando tomas en consideración lo que estamos intentando hacer, no hay ningún sitio en el que se pueda estar a salvo de verdad.

—¿Eso es todo, entonces? —inquirió Engessa, al tiempo que se ponía de pie.

—Probablemente, amigo Engessa —replicó Kring—, excepto por la hora más o menos que todos pasaremos diciéndonos los unos a los otros que tengamos cuidado.

Engessa cuadró los hombros, dio media vuelta y se encaró directamente con la reina.

—¿Cuáles son tus órdenes, Betuana-reina? —le preguntó con formalidad militar. Ella se irguió con altivez regia.

—Es nuestra orden que regreséis con nos a Sarna, Engessa-atan. Allí retomarás el mando de nuestro ejército.

—Será como tú lo quieras, Betuana-reina.

—En cuanto lleguemos, le enviarás mensajeros a mi esposo, el rey. Dile que ya no pende amenaza alguna sobre Tosa. Los seres fulgentes se encargarán de Scarpa.

Él asintió con rigidez.

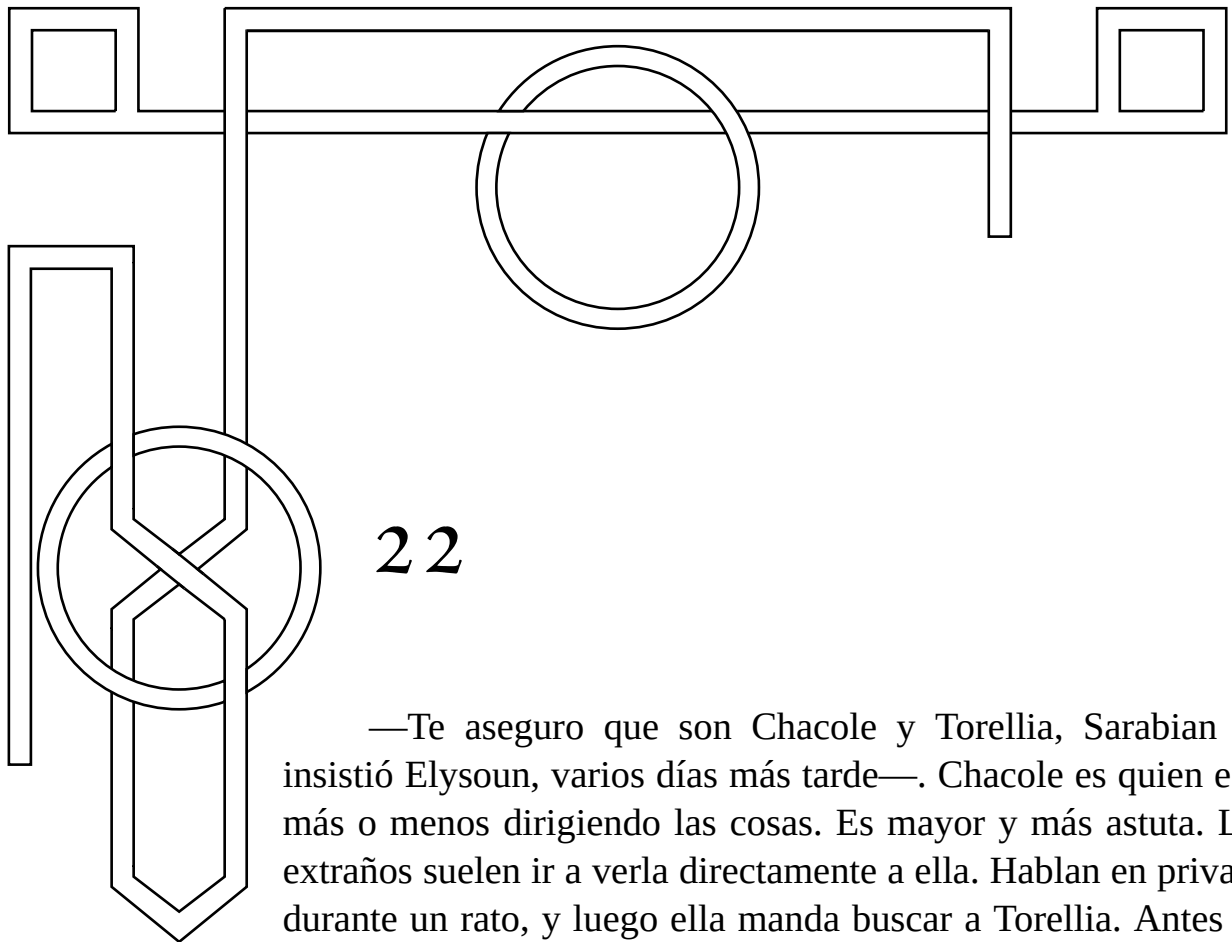
—Además, dile que tengo necesidad de su ejército en Sarna. Es allí donde nos prepararemos para la batalla principal, y él deberá encontrarse presente para asumir el mando. —Hizo una pausa—. Eso no se debe a que estemos insatisfechas con tu liderazgo, Engessa atan, pero Androl es el rey. Tú has servido bien. La casa real de Atan te está agradecida.

—Es mi deber, Betuana-reina —replicó él, dándose un puñetazo sobre el peto a modo de saludo—. No es necesaria gratitud ninguna.

—Oh, cielos —murmuró Afrael.

—¿Qué sucede? —le preguntó Sefrenia.

—Nada.



22

—Te aseguro que son Chacole y Torellia, Sarabian — insistió Elysoun, varios días más tarde—. Chacole es quien está más o menos dirigiendo las cosas. Es mayor y más astuta. Los extraños suelen ir a verla directamente a ella. Hablan en privado durante un rato, y luego ella manda buscar a Torellia. Antes no eran tan aficionadas la una a la otra, pero ahora se las ve todo el tiempo con las cabezas juntas.

—Es probable que estén recibiendo órdenes de sus países de origen —reflexionó Sarabian—. El rey Jaluah de Cynesga es hermano de Chacole, y Torellia es hija del rey Rakya de Arjuna. ¿Puedes sacar algo en claro de qué podrían traerse entre manos?

Ella negó con la cabeza.

—Es demasiado pronto.

—¿Pronto?

—Política de mujeres, otra vez. Nosotras somos más tortuosas que los hombres. Chacole querrá que todo esté afianzado antes de hacer nuevas alianzas. Tiene a Torellia bajo su control, pero todavía no está del todo preparada para intentar ampliar sus dominios.

—¿Estás segura de que Torellia es la subordinada?

Ella asintió con la cabeza.

—Los criados de Chacole tratan despóticamente a los de ella. Ése es el primer signo de dominación en el palacio de las mujeres. Los sirvientes de Cieronna son todos insufribles porque ella es la primera esposa, y todas somos subordinadas de ella..., excepto Liatris, por supuesto.

—Por supuesto. —Sarabian sonrió—. Nadie que esté en sus cabales se muestra

impertinente con Liatris. ¿Ha matado a alguien, últimamente?

—No desde que asesinó al lacayo de Cieronna, el año pasado.

—Eso me hace pensar en una cosa. ¿Deberíamos informar a Liatris de esto?

Elysoun negó con la cabeza.

—Tal vez más adelante, no a estas alturas. La atana Liatris es demasiado directa. Si yo le contara esto, ella se limitaría a matar a Chacole y Torellia. Aguardemos hasta que Chacole me aborde a mí antes de implicar a Liatris.

—¿Estás segura de que Chacole te abordará?

—Tengo una seguridad casi absoluta. Mis sirvientes tienen una libertad de movimiento mucho mayor que los de ella... a causa de mis actividades sociales.

—Ésa es una forma delicada de expresarlo.

—Tú sabías que yo era valesiana cuando te casaste conmigo, Sarabian, y conoces nuestras costumbres. Por eso mis sirvientes tienen libertad de desplazamiento por el complejo. Es una tradición.

Él suspiró.

—¿Cuántos tienes actualmente, Elysoun?

—Ninguno, de hecho. —Ella le sonrió—. La verdad es que no lo entiendes, ¿verdad, Sarabian? La parte más importante de la diversión de esas pequeñas aventuras ha sido siempre la intriga, y estoy obteniendo cantidades enormes de eso jugando a la política.

—¿No te sientes un poco... privada?

Ella se encogió de hombros.

—Puedo soportarlo, y si me sintiera desesperada, siempre podría recurrir a ti, ¿no? —replicó, y le dedicó una sonrisa coqueta.

—Güeno, señor, maese Valash —decía Caalador, arrastrando las palabras, repantigado en una silla del desordenado desván—. Aquí, er vieho Vymer, m'ha dicho que está usté' dispuesto a pagá' buen dinero por la informasión, y a mí se m'ocurió que si te gustaría enterarte e lo que visto en el suroeste d'Atan con tus propia' oreja'.

—¿Vosotros dos os conocéis desde hace bastante tiempo, entonces? —inquirió Valash.

—Vaya que sí, maese Valash. Yo y Vymer no' conosemo' d'hace mucho tiempo. Estábamo' to'o' junto' cuando la gresca' e Matherion... é' y yo y Fron y Reldin... y un par má'... cuando lo' tipo' d'Interio' yegaron y se no' echaron ensima. S'organizó una' e to'o' lo' diablo', si quiere que se lo diga. En fin, despué' de que nos cargáramo a la polisía, no' separamo' to'o' a lo' cuatro viento'. No e' un'idea mu' güena esa'e quedarse to'o' junto' cuando la ley va a por ti.

Stragen se encontraba sentado más atrás, fuera del círculo de luz de la vela, observando con gran atención la cara de Valash. Caalador acababa de llegar para

reemplazar a Sparhawk y Talen en el engaño de Valash que estaban llevando a cabo, y Stragen se sintió una vez más impresionado por lo zalamero que era en realidad su amigo. Valash parecía atraído por el cómodo encanto folclórico del dialecto de Caalador. Stragen despreciaba el habla inculta, pero se veía forzado a reconocer la utilidad que tenía. Parecía siempre tan genuino, tan inocentemente desmañado...

—¿Dónde está Fron, ya que hablamos de él? —preguntó Valash. Caalador se encogió de hombros.

—Él y Reldin levantaron er vuelo has' una semana, má' o meno'. Dio la casualidá' te que paré en una taberna te Delo cuando venía pa' quí, y ahí había un tipo al que se le veía que'ra polisía por to'o' lo' la'o' y que l'estaba describiendo er vieho Fron a un muchacho, hasta con la' berruga' y to' o. En cuanto yegué aquí, se lo' conté, y eyo' pensaron que ya er' hora te continuá' camino. En fin, aquí, Vyper, m'ha conta' o eso' e cómo está' interesa' o en lo qu' está pasando por aquí y por ayá, y yo he visto arguna' cosa' cuando no' escapamo' to'olle Matherion qu' ér piensa que pa' ti podrían valé' argo.

—Te escucharé sin duda, Ezek. —Valash levantó bruscamente la cabeza cuando el comatoso Ogerajin comenzó a murmurar, dormido.

—¿Está bien? —le preguntó Stragen.

—No es nada —dijo Valash por toda respuesta—. Hace eso todo el tiempo. Continúa, Ezek.

—Bueno, señó', fue has'un par de semana', me parese, y yo iba corriendo por Atan; m'afanaba por atravesá' Astel pa' yegá' a Darsos... por eso'e que la ley m'iba «pisando lo' talone' y to'o eso. Estaba bajando'e la' montaña' cuando me paré'n seco porque vi má' atane' dora'o de lo' que yo pensaba q' había en to'o er mundo... ¡quiero tesí' que se lo' veía por legua'! Lo' había por multitude' d'eso' tipo' grande'... estaban to'o pertrecha'o pa' la guerra y con una pinta'e verdá' que mu' mala y na' amistosa.

—¿Todo el ejército atan? —exclamó Valash.

—A mí me paresió má' una emigración de to'a la rasa, maese Valash. ¡Yo nunca no había visto a tanto' d'eso' tipo'!

—¿Dónde estaban, exactamente? —le preguntó Valash, emocionado.

—Bueno, señó', por lo que yo pude carculá', estaban serca'e la frontera cynesgana... ayá serquita'e un pueblo pequeñito que se yama Zhubay. Si por casialidá' tien'un mapa a mano, yo te puedo señalarte'l punto esato. —Caalador miró a Valash con los ojos entrecerrados—. ¿Cuánto diría' que vale'sa informasión, maese Valash?

Valash no vaciló siquiera en coger su bolsa.

—Fue muy extraño, domi Tikume —le dijo Kring a su amigo mientras ambos cabalgaban al frente de sus hombres reunidos por el desierto cynesgano, la mañana

después de la conferencia con Afrael—. La diosa-niña dijo que en realidad estábamos todos soñando, pero todo parecía muy real. De hecho, podía oler las flores y la hierba. Nunca antes había olido algo en un sueño.

Tikume parecía dubitativo.

—¿Estás seguro de que no fue una herejía el acudir a ese lugar, domi Kring?

Kring profirió una carcajada con la boca torcida.

—Bueno, pues si lo fue, estaba en buena compañía. El patriarca Emban se encontraba allí, y también el patriarca Bergsten. En fin, el caso es que tú y yo tenemos que continuar haciendo estas incursiones al interior de Cynesga. Luego hemos de seguir camino y cabalgar hacia esas montañas que están en medio del desierto. Tenemos la esperanza de que el príncipe Sparhawk haya podido determinar el emplazamiento exacto de Cyrga para cuando lleguemos allí.

Uno de los exploradores que había estado recorriendo el quemado desierto pardo que tenían delante, regresaba en ese momento al galope.

—Domi Tikume —dijo al tiempo que frenaba al caballo—. Los hemos encontrado.

—¿Dónde? —preguntó Tikume.

—Hay un lecho de río seco a una media legua más adelante, domi. Están agachados allí. Yo diría que planean tendernos una emboscada.

—¿Qué clase de soldados son? —inquirió Kring.

—Hay caballería cynesgana y más de esos tipos grandes con máscara de acero a los que últimamente hemos matado a fuerza de hacerlos correr. También había otros de infantería, pero no los he reconocido.

—¿Llevaban petos? ¿Túnicas cortas? ¿Cascos de altos penachos y grandes escudos redondos?

—Ésos son, domi Kring.

Kring se pasó una mano por la afeitada cabeza.

—¿Qué ancho tiene el lecho de ese arroyo? —preguntó.

—Unos cincuenta pasos, más o menos, domi.

—¿Con meandros? ¿Bastante profundo?

El explorador asintió con la cabeza.

—Es una emboscada, ya lo creo —dijo Kring—. Es probable que la caballería tenga intención de dejarse ver y luego retirarse al lecho del arroyo. Si los seguimos, nos toparemos con la infantería. Hemos estado haciendo correr a los soldados de Klael hasta la muerte en terreno abierto, así que ahora quieren meternos en un lugar cerrado.

—¿Qué hacemos? —inquirió Tikume.

—Nos mantendremos apartados del lecho del arroyo, amigo Tikume. Enviaremos un destacamento para que les corte la retirada cuando hayan salido. Los mataremos, y eso seguramente hará salir a los soldados de Klael a terreno abierto.

—¿Y qué hay de los cyrgais? ¿Son más de esos soldados del pasado con los que

nos tropezarnos a cada rato?

—No lo creo. Están dentro de las fronteras de Cynesga, por lo que probablemente sean habitantes vivos de la propia Cyrga. —Kring se interrumpió de pronto y una lenta sonrisa se formó en su rostro—. Acaba de ocurrírseme algo. Envía a ese destacamento, amigo Tikume. Dame un poco de tiempo para planear esto.

—Esa sonrisa es particularmente peligrosa, amigo Kring.

—A veces soy un tipo particularmente peligroso, amigo Tikume —replicó Kring, mientras la sonrisa se hacía más amplia.

—Traficantes de esclavos —fue el comentario de Mirtai mientras espiaba desde lo alto de la rocosa colina a la columna que avanzaba lentamente por la árida extensión pedregosa de color pardo, en dirección a la aldea apiñada en torno al oasis. El cambio casi instantáneo de la humedad de la selva arjuni al árido desierto de Cynesga, le había provocado a Sparhawk una ligera jaqueca.

—¿Cómo puedes saberlo estando a tanta distancia? —le preguntó Bevier.

—Por esas túnicas con capucha —replicó ella mientras se asomaba nuevamente por encima de la gran roca que los ocultaba—. Los traficantes de esclavos las llevan cuando entran en Cynesga con el fin de que las autoridades no se metan con ellos. Cynesga es casi el único lugar que queda donde la esclavitud es abiertamente legal. Los demás reinos la miran con malos ojos.

—Se me ocurre una idea, Sparhawk —comentó Bevier—. Si pudiéramos echar mano de unas cuantas de esas túnicas negras, podríamos movernos por el desierto sin atraer la atención.

—No nos parecemos mucho a los arjunis, Bevier —objetó Kalten.

—No tenemos por qué —intervino Talen—. Por lo que he oído en Beresa, hay bandas de salteadores que les tienden emboscadas a las caravanas para robarles los esclavos, así que los traficantes de esclavos arjunis contratan a montones de hombres de lucha de todas las razas para que protejan la mercancía.

—Ah —dijo Kalten—. Me pregunto dónde podríamos conseguir túnicas negras.

—Yo veo alrededor de un centenar ahí delante mismo —replicó Bevier al mismo tiempo que señalaba hacia la caravana.

—Elenios —suspiró Xanetia, poniendo los ojos en blanco.

—Incluso estás empezando a hablar como Sefrenia, anarae —comentó Sparhawk con una sonrisa leve—. ¿Qué estamos pasando por alto?

—Servirán las túnicas de cualquier color o tono, Anakha —explicó Xanetia con paciencia—, y sin duda podrán obtenerse en Vigayo, cerca daqueste oasis.

—Tienen que ser negras, anarae —objetó Bevier.

—El color es un aspecto de la luz, caballero Bevier, y yo soy muy diestra en el control de la luz.

—Ah —dijo él—. Creo que no había pensado en ello.

—Yo misma lo he advertido... casi al punto.

—No seas mala —murmuró él.

Los caballeros de Bergsten y sus aliados pelois traspusieron la frontera cynesgana en una nublada y fría tarde, tras lo que parecían ser varios días de cabalgata muy dura, y se dirigieron hacia el sureste, en dirección a la ciudad capital, Cynesga. Los exploradores pelois recorrían el territorio por delante del grueso de las tropas, pero ese día no encontraron resistencia de ninguna clase. Plantaron campamento, apostaron guardias y se fueron a dormir temprano.

Fue no mucho después de que hubieran levantado campamento e iniciado la marcha a lo que ostensiblemente era la mañana siguiente, cuando Daiya regresó a caballo para reunirse con Bergsten y Heldin, que marchaban en vanguardia.

—Mis exploradores informan que hay soldados concentrándose a un cuarto de legua más adelante, reverencia —informó.

—¿Cynesganos? —inquirió Bergsten con presteza.

—No lo parecen, reverencia.

—Ve a echar un vistazo, Heldin —ordenó Bergsten.

El pandion asintió con la cabeza y espoleó al caballo hasta alcanzar una elevación rocosa que se hallaba a cinco varas más adelante. Al regresar, se advertía en su rostro una expresión desolada.

—Tenemos problemas, vuestra gracia —declaró con retumbante voz—. Son más monstruos de aquellos con los que nos enfrentarnos en Zemoch oriental.

Bergsten masculló una imprecación bastante salvaje.

—Ya decía yo que las cosas estaban marchando demasiado bien.

—El domi Tikume nos ha puesto sobre aviso respecto a esos soldados extranjeros —intervino Daiya—. ¿Ofendería a vuestra reverencia si sugiriese que dejarais en nuestras manos el tratar con ellos? El domi Tikume y el domi Kring han inventado ciertas tácticas que parecen dar resultado.

—No me ofendes en lo más mínimo, amigo Daiya —replicó Bergsten—. Nosotros no nos cubrimos precisamente de gloria la última vez que nos encontramos con esos brutos, y me interesaría mucho ver algo que resulte un poco más efectivo de lo que fueron nuestras tácticas. Daiya mantuvo una breve conferencia con los jefes de sus clanes, y luego condujo a Bergsten, Heldin y varios otros caballeros hasta la cima de la elevación para que mirasen.

Bergsten vio de inmediato las ventajas de la caballería ligera en contraposición con los caballeros de armadura montados sobre pesados caballos de guerra. Los enormes soldados de ajustadas armaduras parecieron desconcertarse ante los continuados y breves ataques de los pelois armados con jabalinas. Se esforzaban por avanzar, intentando con desesperación acercarse a sus atormentadores, pero los ágiles caballos de los pelois eran sencillamente demasiado rápidos. Las jabalinas

comenzaron a cobrarse víctimas, y cada vez más y más de aquellos gigantescos monstruos caían bajo la lluvia mortal.

—La idea es obligarlos a correr, reverencia —le explicó Daiya—. Son muy peligrosos en los espacios cerrados, pero al parecer no tienen mucha resistencia, por lo que no son ni con mucho igual de peligrosos en una lucha a la carrera.

—Vanion me habló de eso —comentó Bergsten—. ¿Te dio el domi Tikume alguna idea de cuánto hace falta para que se queden sin aliento?

—Nada muy específico, reverencia.

Bergsten se encogió de hombros.

—No tiene ninguna importancia, amigo Daiya. Hay mucho terreno, y todavía es la mañana. Podemos hacerlos correr durante todo el día en caso necesario.

Agujoneados por los repetidos ataques, los gigantescos soldados comenzaron a avanzar pesadamente a una especie de trote, blandiendo sus horribles armas y profiriendo roncros gritos de guerra.

Los pelois, sin embargo, rechazaron esos desafíos y continuaron con sus tácticas de golpear y correr.

—Es factible —reflexionó sir Heldin con su profunda y tronante voz de bajo—. Pero necesitaremos equipos nuevos.

—¿De qué estás hablando, Heldin? —inquirió Bergsten.

—Estaba mirando hacia el futuro, vuestra gracia —replicó Heldin—. Si esas bestias llegaran a convertirse en algo habitual, tendríamos que modificar unas cuantas cosas. No sería mala idea el entrenar y equipar a algunos caballeros de la iglesia como caballería ligera.

—Heldin —dijo Bergsten con tono cáustico—, si esas cosas llegaran a convertirse en algo habitual, querría decir que habremos perdido esta guerra. ¿Qué te hace pensar que existirán los caballeros de la iglesia, llegado ese punto?

—¡Están dispersándose, reverencia! —gritó Daiya, emocionado—. ¡Están huyendo!

—¿Pero hacia dónde están huyendo, Daiya? —exigió saber Bergsten—. Es el aire lo que está matándolos, y el aire está por todas partes. ¿Adónde pueden ir, Daiya? ¿Adónde pueden ir?

—¿Adónde pueden ir? —preguntó Kring, perplejo, cuando los soldados de Klael abandonaron la torpe persecución de los jinetes pelois y huyeron desierto adentro.

—¿A quién le importa? —replicó Tikume con una carcajada—. Que corran. Todavía tenemos a los cyrgais acorralados en el lecho del arroyo. Será mejor que los hagamos mover antes de que algún subalterno listo de retaguardia tenga tiempo de reaccionar.

Los cyrgais estaban siguiendo una estrategia antigua como la aurora de los tiempos. Avanzaron de manera constante, marchando al paso, con los grandes escudos redondos protegiéndoles el cuerpo y las largas lanzas delante de sí. Al atacarlos los pelois, cerraban filas. La hilera de delante se agachaba con los escudos

superpuestos y las lanzas hacia delante. Las filas de detrás se cerraban, también con los escudos superpuestos y las lanzas hacia delante.

Era muy hermoso..., pero no conseguía nada en absoluto ante una caballería ligera.

—¡Tenemos que hacerlos correr, domi Tikume! —le gritó Kring a su amigo mientras ambos se apartaban una vez más al galope de las reunidas fuerzas cyrgais—. ¡Retira a tus niños un poco tras el siguiente ataque! ¡Esto no dará resultado si esas antiguallas continúan avanzando tan lentamente! ¡Hazlos correr!

Tikume voceó algunas órdenes, y los jinetes alteraron sus tácticas, retirándose a varios cientos de varas de distancia para obligar así a los cyrgais a perseguirlos.

Un metálico toque de trompeta sonó en el centro de una de las escuadras que avanzaban, y los cyrgais cambiaron a una especie de trote tintineante mientras sus filas continuaban manteniéndose en perfecta formación.

—Tienen buen aspecto, ¿verdad? —comentó Tikume, riendo.

—Lo tendrían si esto fuese un desfile —replicó Kring—. Vayamos a aguijonearlos un poco más y luego retirémonos todavía más lejos.

—¿A qué distancia estamos de la frontera? —inquirió Tikume.

—¿Quién sabe? Ninguno de los que han hablado conmigo está muy seguro. Pero nos encontramos cerca. ¡Hazlos correr, Tikume! ¡Hazlos correr!

Tikume se puso de pie sobre los estribos.

—¡Haced correr la voz! —aulló—. ¡Retirada total!

Los pelois dieron media vuelta y galoparon hacia el este a través de la parda extensión pedregosa, entre los golpeteos de los cascos de sus caballos.

En los concentrados regimientos cyrgais se levantó un leve clamor, y la trompeta volvió a sonar. Los antiguos guerreros, aún a un paso perfecto y con sus filas en inmaculada formación, iniciaron una carga a la carrera. Los sargentos ladraban la cadencia en *staccato*, y el sonido de las botas de media caña de los cyrgais que golpeaban el terreno árido era como el sonar de un gigantesco tambor. Y entonces, la plena luz de un mediodía de invierno se amorteció como si unas gigantes alas silenciosas hubieran ocultado de alguna manera el sol. Un viento helado barrió el desierto, y se oyó un gemido descomunal como la suma de todas las aflicciones humanas.

Los cyrgais, repentinamente heridos, fila tras fila, morían de manera repentina en medio de la carrera, y caían lasos sobre la tierra, donde eran pisoteados por sus camaradas que avanzaban a ciegas, los cuales también caían, atónitos, encima de ellos:

Kring y Tikume, los dos pálidos y temblorosos, observaron con pasmo reverencial cómo la maldición estiriana hacía su terrible obra. Luego, asqueados, dieron media vuelta y cabalgaron hacia el sur, volviéndoles la espalda a los soldados perfectos que corrían enceguecidos hacia una destrucción fría y gimiente.

—Estas ropas son bastante buenas para Arjuna y el propio Tamul, vecino —le estaba diciendo Sparhawk, más tarde aquel mismo día, al tendero—, pero no te protegen precisamente en una tormenta de polvo. Creo que la última me echó al menos cuatro libras de polvo sobre los lomos.

El tendero asintió con la cabeza y aire sabio.

—Otras razas se ríen de nuestras ropas típicas —observó—. Suelen continuar riendo hasta el momento preciso en que se encuentran con una tormenta de polvo.

—¿Sopla siempre el viento ahí fuera? —le preguntó Talen.

—No puede decirse que siempre, joven maese. Las tardes suelen ser las peores horas del día. —Miró a Sparhawk—. ¿Cuántas túnicas vas a necesitar, buen maese?

—Somos seis, vecino, y ninguno de nosotros le tiene tanto cariño a los otros como para compartir una túnica.

—¿Tenéis alguna preferencia de color?

—¿Hay algún color que deje pasar menos polvo que los demás?

—No, que yo haya advertirlo.

—En ese caso, cualquier color servirá, supongo.

El tendero entró apresuradamente en el almacén y salió con una pila de ropas bien dobladas. Luego sonrió, se frotó las manos y abordó por primera vez el tema del precio.

—Te ha cobrado de más, ¿sabes? —dijo Talen mientras salían del desordenado almacén a la polvorienta calle.

Sparhawk se encogió de hombros.

—Tal vez —replicó.

—Algún día tendré que enseñarte algunos de los puntos más sutiles del regateo.

—¿Tiene alguna importancia, realmente? —inquirió Sparhawk mientras ataba el bulto de túnicas a la silla de su caballo. Volvió la cabeza—. ¿Anarae?

—Aquí estoy, Anakha —respondió la susurrante voz de ella.

—¿Has podido descubrir algo?

—No, Anakha. Es claro que el mensajero no ha llegado todavía.

—Berit y Khalad están aún a varios días de distancia, Sparhawk —intervino Talen en voz baja—, y éste no es un lugar tan atractivo como para que el mensajero quiera llegar antes para disfrutar del paisaje. —Volvio la cabeza para mirar a las palmeras asoladas por el invierno y el pozo de aguas fangosas que se hallaba en medio del grupo de casas blancas.

—Atractivo o no, tendrá que ocurrirnos alguna razón para quedarnos —dijo Sparhawk—. No podemos marcharnos hasta que el mensajero llegue aquí y la anarae Xanetia pueda escuchar lo que esté pensando.

—Yo puedo quedarme sola aquí, Anakha —intervino Xanetia—. Ninguno de los de aquí puede sentir la mi presencia, por lo que no me es menester protección ninguna.

—Nos quedaremos de todas formas, anarae —contestó Sparhawk—. Por la

cortesía y todo eso, ya me entiendes. Un caballero elenio no permitiría que una dama anduviera por ahí sin escolta.

Había estallado una discusión en el sombreado porche de lo que parecía ser una taberna o vinería de alguna clase.

—¡No sabes de qué estás hablando, Echon! —declaró en voz alta un anciano de voz resollante vestido con una túnica remendada y mugrienta—. Hay unas buenas treinta leguas de aquí al río Sarna, y entre aquí y allí no hay nada de agua.

—O bien bebes demasiado o has estado demasiado tiempo al sol, Zagorri —se mofó Echon, un hombre delgado y seco por el sol ataviado con una túnica azul oscuro—. Mi mapa dice que hay diecisiete leguas..., no más.

—¿Conoces muy bien al hombre que trazó ese mapa? He vivido aquí toda mi vida, y sé la distancia que hay hasta Sarna. Pero tú haz lo que te parezca, llévate sólo el agua suficiente para diecisiete leguas. Tus mulas morirán, y tú beberás arena durante las últimas trece leguas. En todo caso, a mí me parece bien, porque nunca me has caído demasiado bien. Pero, recuerda mis palabras, Echon. Hay quince leguas desde el pozo de Vigay, que lo tienes allí, hasta las orillas del Sarna —y el anciano escupió en dirección al pozo de pálido color marrón.

De pronto, Talen comenzó a reír.

—¿Qué te resulta tan divertido? —le preguntó Sparhawk.

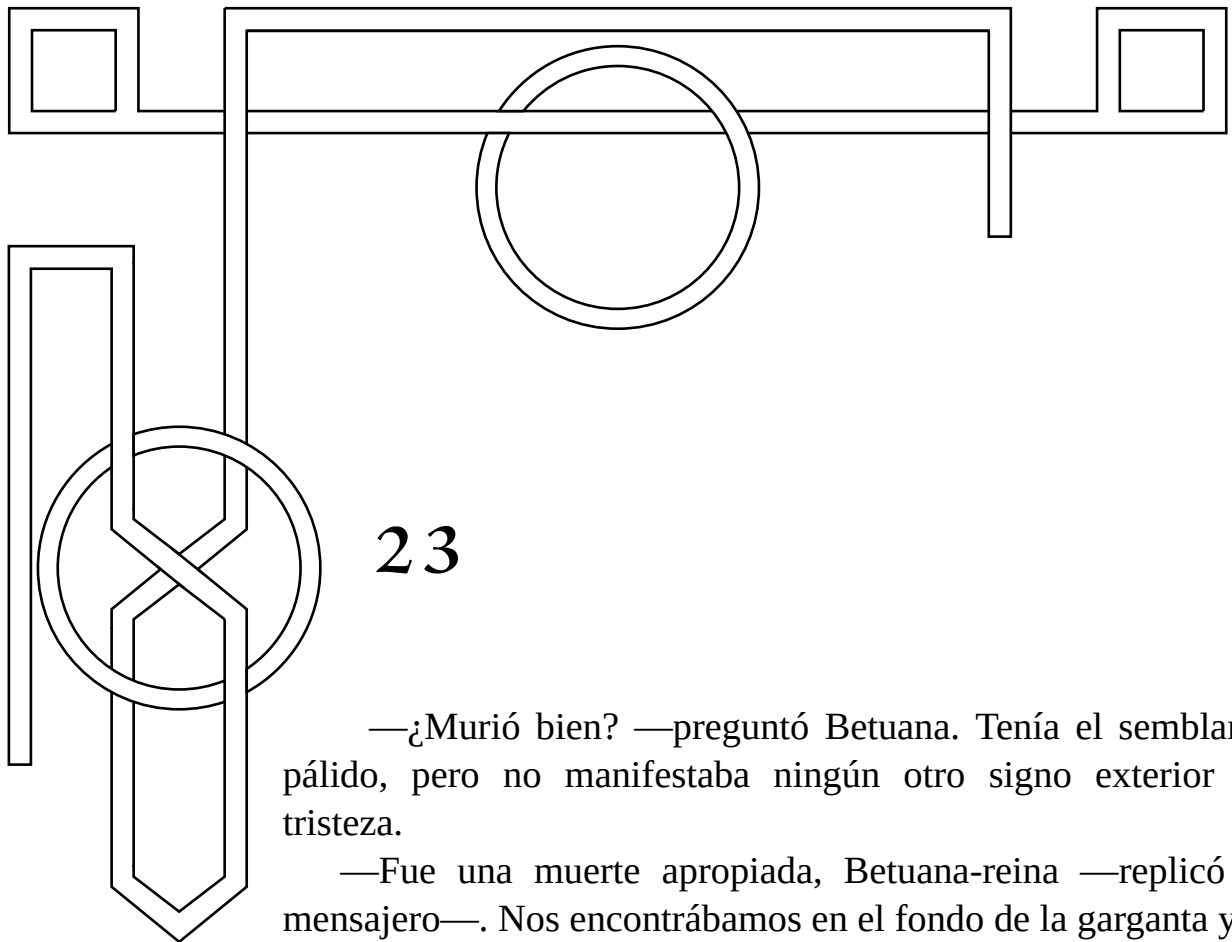
—Acabamos de tener un golpe de suerte, reverenciado líder —replicó el muchacho, alegremente—. Si ya hemos acabado todos aquí, ¿por qué no volvemos al lugar en el que nos esperan los demás? A todos nos vendrá bien una buena noche de sueño..., dado que es muy probable que partamos a primeras horas de la mañana.

—¿Ah, sí? ¿Hacia dónde?

—Hacia Cyrga, claro. ¿No era allí adónde queríamos ir?

—Sí, pero no sabemos dónde está Cyrga.

—Es allí donde te equivocas, Sparhawk. Conocemos el camino a Cyrga..., al menos yo lo conozco.



23

—¿Murió bien? —preguntó Betuana. Tenía el semblante pálido, pero no manifestaba ningún otro signo exterior de tristeza.

—Fue una muerte apropiada, Betuana-reina —replicó el mensajero—. Nos encontrábamos en el fondo de la garganta y la bestia Klael estaba arrojándonos los trozos de las paredes de la misma encima. Androl-rey atacó a la bestia, y muchos que huyeron habrían muerto si él no lo hubiese hecho.

Ella meditó la descripción.

—Sí —asintió por fin—. Fue una muerte apropiada. Será recordada. ¿Está el ejército en condiciones de viajar?

—Tenemos muchos heridos, Betuana-reina, y miles están enterrados en la garganta. Nos hemos retirado a Tualas para aguardar tus órdenes.

—Dejad a algunos para que cuiden a los heridos, y traed el ejército hasta aquí —le dijo ella—. Tosa ya no corre peligro. El peligro está aquí.

—Se hará como dices, mi _reina. —El mensajero se dio un golpe de puño en el peto a modo de saludo.

La reina de Atan se puso de pie; su semblante aún pálido no revelaba emoción ninguna.

—Debo retirarme y considerar esto, Itagne-embajador. —Comentó con tono formal.

—Es lo correcto, Betuana-reina —respondió Itagne—. Comparto vuestro dolor.

—Pero no mi culpa. —Ella dio media vuelta y se marchó lentamente de la sala.

Itagne miró el pétreo rostro de Engessa.

—Será mejor que les haga llegar la noticia a los demás —dijo. Engessa asintió

con gesto breve.

—¿Podrías hablar con el mensajero antes de que parta, Engessa? —le preguntó Itagne—. Mi señor Vanion necesitará la cifra de las bajas antes de poder cambiar de estrategia.

—La obtendré para ti, Itagne-embajador. —Engessa inclinó apenas la cabeza y salió.

Itagne imprecó y dio un puñetazo sobre la mesa.

—¡Mira que suceder precisamente ahora! —se encolerizó—. ¡Si ese idiota hubiera esperado al menos antes de hacerse matar!

Betwana no había hecho nada erróneo. No había habido mancha ninguna de deshonor en su preocupación por Engessa, y si hubiese dispuesto de una o dos semanas para superarlo, probablemente habría sido olvidado..., junto con los sentimientos causantes de aquella angustia. Pero con la muerte de Androl, que llegaba en aquel momento en particular..., Itagne imprecó una vez más. La reina atana debía ser capaz de funcionar, y esta crisis muy bien podía incapacitarla. Por lo que Itagne sabía, en ese momento estaba en su dormitorio preparándose para arrojar sobre su espada. Se levantó y salió a buscar papel y pluma. Había que advertir a Vanion de aquello antes de que todo se viniera abajo en Sarna.

—Todo encajó cuando oí que aquel viejo llamaba «el Pozo de Vigay» al pequeño charco que tienen —explicó Talen—. Ogerajin utilizó exactamente el mismo nombre.

—Que yo sepa, eso no significa mucho —observó Mirtai, dubitativa—. Los cynesganos llaman «pozo» a todas las fuentes del desierto. Vigay fue probablemente quien lo descubrió.

—Pero lo importante es que se trata de uno de los puntos de referencia geográficos que mencionó Ogerajin —intervino Bevier—. ¿Cómo salió el tema a la conversación? —le preguntó a Talen.

—Stragen y yo estábamos tejiendo fábulas para Valash —respondió el muchacho—. Ogerajin acababa de llegar de Verel, y se encontraba sentado en una silla, con el cerebro bastante podrido. Stragen le hablaba a Valash de algo que supuestamente había oído por casualidad..., un tipo que le había dicho a otro que Scarpa esperaba órdenes de Cyrga. Estaba pescando información, y le preguntó a Valash con tono casual qué ruta tendría que seguir un hombre para llegar a Cyrga. Fue entonces cuando intervino Ogerajin. Comenzó a desvariar hablando del «Pozo de Vigay» y las «Llanuras de la Sal» y otros lugares con nombres que parecían sacarlos de libros de cuentos. Yo creí que sólo deliraba, pero Valash se puso muy nervioso e intentó hacerlo callar. Eso me hizo ponerle más atención a lo que estaba diciendo aquel loco. Tuve la impresión de que le daba a Stragen instrucciones muy específicas para llegar a Cyrga, pero las instrucciones estaban todas desdibujadas por esos nombres de fábula. Este asunto del «Pozo de Vigay» hace que comience a preguntarme si los

datos estaban tan desdibujados y empañados como pensé en un principio.

—¿Cuáles fueron las sus palabras exactas, joven Talen? —inquirió Xanetia.

—Dijo: «El paso yace cerca del Pozo de Vigay». Entonces fue cuando Valash intentó hacer que callara, pero él continuó. Mencionó algo así como que quería darle a Stragen las instrucciones para que pudiera acudir a Cyrga y postrarse ante Cyrgon. Le dijo que fuera hacia el noroeste desde el «Pozo de Vigay» hasta las «Montañas Prohibidas».

Sparhawk hizo funcionar su memoria.

—Hay varios grupos de montañas en Cynesga central, y ésa es la dirección general que señaló Afrael cuando estábamos en su isla. ¿Qué más dijo, Talen?

—Desvarió un poco. Habló de las «Montañas Prohibidas» y las «Columnas de Cyrgon». Luego volvió atrás en su discurso y se puso a hablar de las «Llanuras de la Sal». Por lo que le dijo a Stragen, se supone que uno tiene que poder ver esas «Montañas Prohibidas» desde estas llanuras saladas. Luego dijo algo sobre «ardientes columnas blancas» y la «Llanura de los Huesos». Dijo que esos huesos son de «los esclavos sin nombre que se afanan hasta la muerte para los escogidos de Cyrgon». Es evidente que cuando muere un esclavo en Cyrga, lo sacan y arrojan al desierto.

—Entonces, ese osario no estará muy lejos de la ciudad —reflexionó Kalten.

—Todo eso encaja bastante bien, Sparhawk —comentó Bevier con seriedad—. Los cynesganos mismos son básicamente nómadas, así que no tendrán una necesidad real de grandes cantidades de esclavos. Ogerajin habló de los «escogidos de Cyrgon». Ésos serían los cyrgais, y es probable que sean ellos quienes compran los esclavos.

—Y eso significaría, por tanto, que la caravana de traficantes de esclavos que vimos antes, se dirige a Cyrga, ¿verdad? —agregó Talen, entusiasmado.

—Y esa gente se dirigía al suroeste —dijo Mirtai—, la dirección exacta que mencionó Ogerajin en sus desvaríos.

Sparhawk se encaminó hacia sus alforjas y sacó el mapa de ellas. Volvió a sentarse y lo abrió, sujetándolo con firmeza mientras el viento del desierto comenzaba a doblarle las puntas.

—Sabemos que Cyrga está en algún punto de estas montañas de Cynesga central —meditó en voz alta—, así que marcharemos en esa dirección, sea como sea. Si Ogerajin estaba desvariando y esas instrucciones no sirven para nada, continuaremos llegando a las inmediaciones correctas si las seguimos.

—Eso es mejor que quedarnos aquí sentados esperando a Berit y Khalad —declaró Kalten con impaciencia—. Tengo que hacer algo..., aunque sea correr en círculos por el desierto.

Sparhawk, sin decir palabra, posó una consoladora mano sobre el hombro de su viejo amigo. Su propia desesperada preocupación era al menos tan poderosa como la de Kalten, pero no ignoraba que debía mantenerla apartada de sí, remota. Los hombres desesperados cometen errores, y una equivocación en aquel caso podía poner a Ehlana en un peligro aún mayor. Sus emociones le gritaban, pero él, ceñudo,

implacable, las empujaba al interior de un compartimento mental aislado, y cerraba la puerta con firmeza.

—Anakha se pondría contento si nosotros hiciéramos esto —les dijo Ulath en lengua troll a las gigantescas presencias.

Ghworg, el dios de la matanza, tronó de manera ominosa.

—El pensamiento de Anakha es como el viento —protestó—. Una vez nos dijo: «Id al lugar que los hombres-cosas llaman montañas de Tamul para matar a los hijos de Cyrgon». Ahora nos dice: «Id al lugar que los hombres-cosas llaman Zhubay para matar a los hijos de Cyrgon». ¿Es que no puede decidir a qué hijos de Cyrgon quiere que matemos?

—Es el camino de la caza, Ghworg —explicó Tynian—. Los hijos de Cyrgon no son como los alces rojos que comen siempre en el mismo territorio. Los hijos de Cyrgon son como los renos, que van de este lugar a aquel al cambiar la estación, para encontrar mejor comida. Antes, se dirigían hacia este lugar, las montañas de Tamul, para comer; pero ahora van hacia el lugar Zhubay para comer. Si cazamos en este lugar, las montañas de Tamul, no vamos a encontrar caza para matar y comer.

—Eso habla bien —declaró Ghnomb, el dios de la comida—. No es el pensamiento de Anakha el que cambia, es el sendero de las criaturas que cazamos lo que cambia. El camino de la caza nos dice que debemos acudir a donde ellos pastan si queremos encontrarlos y matarlos y comerlos.

—Esta caza se hace más y más no-simple —tronó Ghworg.

—Eso es porque los hombres-cosas son más no-simples que los ciervos-cosas —intervino Khwaj, dios del fuego—. El pensamiento de Tynian-de-Deira es bueno. El que va a cazar donde no hay caza no come.

Ghworg meditó aquello.

—Tenemos que seguir el camino de la caza —decidió—. Llevaremos a nuestros hijos al lugar Zhubay para cazar a los hijos de Cyrgon. Cuando vayan allí a pastar, nuestros hijos los matarán y se los comerán.

—Nos harás contentos si lo haces —comentó Tynian, con cortesía.

—Llevaremos a nuestros hijos al Tiempo-Que-No-Se-Mueve —concluyó Ghnomb—. Estarán en el Zhubay antes de que lleguen los hijos de Cyrgon.

Schlee, dios del hielo, hundió sus enormes dedos en la tierra. El suelo se sacudió ligeramente y se contorsionó para formar el continente en miniatura.

—Muéstranos dónde, Ulath-de-Thalesia —dijo—. ¿Dónde está el lugar Zhubay?

Ulath recorrió alguna distancia por el borde suroriental de las diminutas montañas de Atan, observando atentamente el terreno. Luego se detuvo e inclinó para tocar un punto que estaba un poco adentrado en el extremo norte del desierto de Cynesga.

—Es aquí, Schlee —informó.

Ghworg, dios de la matanza, se puso de pie.

—Llevaremos a nuestros hijos allí —declaró—. Pongamos contento a Anakha.

—Están vigilándonos, Vanion —dijo Sefrenia en voz baja.

Él aproximó su caballo más al de ella.

—¿Estirianos? —preguntó en voz baja.

—Uno de ellos lo es —fue la réplica de Sefrenia—. No demasiado diestro. —Sonrió débilmente—. Puede que tenga que darle un golpe en la cabeza para llamarle la atención.

—Haz lo que haga falta, amor —contestó él. Miró por encima del hombro la columna de caballeros, y luego volvió los ojos al frente. Estaban saliendo de las montañas, y el valle del Sarna comenzaba a ensancharse—. Tendríamos que llegar mañana al puente —comentó—. Cuando hayamos cruzado el río, estaremos en Cynesga.

—Sí, querido —dijo ella—. He visto el mapa.

—¿Por qué no pones en libertad el hechizo? —sugirió él—. Démosle al estiriano inepto que tenemos ahí fuera una oportunidad de ganarse el sustento. —Luego la miró con expresión grave—. Estoy cambiando de opinión al respecto, Sefrenia. Klael continúa suelto por ahí, y si pensara que Sparhawk está en alguna parte de la columna con el Bhelliom, se nos echaría encima.

—No puedes conseguirlo todo, Vanion —respondió ella con una sonrisa de cariño—. Dijiste que no volverías a perderme de vista, así que si insistes en meterte en lugares peligrosos, yo estoy casi obligada a seguirte. Ahora, si me disculpas, voy a despertar a ese estiriano. —Comenzó a hablar en estiriano, en voz baja, al tiempo que sus dedos tejían el hechizo.

Vanion estaba perplejo. Se enorgullecía de su conocimiento de la mayoría de los hechizos, pero aquél era uno que no había visto ni oído antes. La miró con mayor atención.

—Olvídalo —le dijo ella con voz cortante—. No tienes necesidad de conocer éste.

—Pero...

—Limítate a mirar hacia allá, Vanion —insistió ella—. Puedo hacer esto sin ayuda ninguna. —Hizo una pausa—. Dame ese gusto, querido mío. Después de todo, una chica necesita tener algunos secretos.

Él sonrió y volvió la cabeza.

Se produjo una especie de mancha borrosa en el aire, a unas once varas de distancia, y entonces, con tanta claridad como si de verdad estuviese allí, Vanion vio aparecer a Sparhawk, montado como siempre en su caballo de mal temperamento. Era tan real la imagen que había moscas posadas sobre el caballo.

—¡Brillante! —exclamó Vanion. Envió un pensamiento de sondeo, y encontró incluso la familiar sensación de la presencia de Sparhawk—. Si no estuviera mejor

informado, diría que está realmente aquí.

—Es natural —replicó ella con un enfurecedor tono despreocupado, y luego se echó a reír, tendió una mano y le acarició una mejilla con gesto amoroso.

—¿Qué te ha retrasado tanto? —le preguntó Talen a la diosa-niña cuando ésta apareció a la mañana siguiente en el borde del campamento que habían plantado fuera de Vigayo.

—He estado ocupada —replicó al tiempo que se encogía apenas de hombros—. Éste es un asunto bastante complejo, ¿sabes? Todos queremos llegar allí aproximadamente en el mismo momento, ¿no es cierto? ¿Qué problema hay aquí, Sparhawk?

—Puede que hayamos tenido un poquitín de suerte para variar, divina Afrael —contestó Sparhawk—. Talen y yo estuvimos ayer en la aldea, y oímos que uno de los habitantes se refería a su oasis como «el pozo de Vigay».

—¿Y?

—¿Por qué no se lo cuentas, Talen?

El joven ladrón repitió rápidamente la conversación mantenida entre Ogerajin y Stragen en Beresa.

—¿Qué te parece? —le preguntó Kaltén a la diosa-niña.

—¿Tiene alguien un mapa? —inquirió ella.

Sparhawk se acercó a sus alforjas, sacó de ellas el mapa bien enrollado, y se lo entregó.

La diosa-niña lo desplegó sobre el suelo, se arrodilló ante él, y lo estudió durante largos momentos.

—Es verdad que allí hay unos llanos de sal —concedió.

—Y que están en la dirección correcta —señaló Bevier.

—Ogerajin ha estado en la ciudad —agregó Talen—, al menos dice que ha estado, y es casi seguro que conoce el camino, ¿no?

—También hay una ruta de traficantes de esclavos que corre hacia el noroeste —intervino Mirtai—. Vimos a una caravana que la seguía cuando acabábamos de llegar aquí, y Ogerajin mencionó el hecho de que los cyrgais poseen esclavos. Tiene bastante sentido el pensar que la caravana de traficantes de esclavos se dirigía a Cyrga, ¿no crees?

—Estáis haciendo todas esas especulaciones sobre los desvaríos de un demente, ¿lo sabéis, verdad? —comentó Flute con tono crítico.

—Tenemos algunas cosas que lo corroboran, Afrael —le recordó Sparhawk—. Los aldeanos utilizaron el mismo término que Ogerajin para referirse a su oasis, los llanos de sal están donde él dijo que estaban, y también los traficantes de esclavos marchan en esa dirección. Yo me inclino a darlo por válido.

—Tú misma dijiste que Cyrga estaba en algún punto de Cynesga central —le

recordó Kalten—, y es hacia allí que apunta todo esto. Incluso en el caso de que Ogerajin se hubiera dejado algo sin mencionar, continuaríamos yendo a parar a las proximidades inmediatas de Cyrga. En cualquier caso, estaremos mucho más cerca que ahora.

—Puesto que ya habéis tomado todos la decisión, ¿por qué me molestáis a mí con el asunto? —El tono de la voz de ella era un poco petulante.

Talen le sonrió.

—No creímos que fuera cortés marcharnos sin hacértelo saber, divina Afrael.

—Ésa te la devolveré, Talen —lo amenazó ella.

—¿Cuánta ventaja dirías que nos lleva esa caravana a estas alturas? —le preguntó Sparhawk a Mirtai.

—Diez leguas —replicó ella—, doce como mucho. Las caravanas de esclavos no van demasiado aprisa.

—En ese caso, creo que es nuestra mejor apuesta —decidió él—. Pongámonos esas túnicas y en marcha. Seguiremos esa caravana a unas dos leguas de distancia, y cualquiera que nos vea pensará que somos unos rezagados.

—Cualquier cosa será mejor que quedarse aquí sentado —dijo Kalten.

—Por alguna razón, estaba casi seguro de que pensarías eso —replicó Sparhawk.

—Aquí somos poco más que prisioneras —declaró la emperatriz Chacole, abarcando con un movimiento de la mano el lujoso mobiliario del palacio de las mujeres.

Chacole era una dama cynesgana con un cuerpo maduro, de casi cuarenta años de edad. El tono de su voz era apenas de vacío descontento, pero sus ojos tenían una expresión dura y astuta al mirar a Elysoun.

Elysoun se encogió de hombros.

—La verdad es que yo nunca he tenido ningún problema para ir y venir a mi antojo.

—Eso se debe a que eres valesiana —le replicó la emperatriz Torellia con un leve toque de resentimiento—. A ti te permiten cosas que no nos consienten a las demás. No creo que sea muy justo.

Elysoun volvió a encogerse de hombros.

—Justo o no, es la costumbre.

—¿Por qué tú tienes que tener más libertad en todo que el resto de nosotras?

—Porque yo tengo una vida social más activa.

—¿Es que no hay suficientes hombres para ti en el palacio de las mujeres?

—No seas maliciosa, Torellia. No eres lo bastante mayor como para que resulte convincente.

Elysoun miró a la emperatriz arjuni con ojos calculadores. Torellia era una

muchacha esbelta que tenía alrededor de veinticinco años y, al igual que todas las mujeres arjunis, era bastante servil. Resultaba obvio que Chacole estaba aprovechándose de eso.

—Uno no ve que nadie restrinja los movimientos de Cieronna —comentó Chacole.

—Cieronna es la primera esposa —replicó Elysoun—, y es la mayor de todas. Tenemos que respetarla por su edad, si no por otra cosa.

—¡No seré la servidora de una vieja bruja tamul! —se encolerizó Chacole.

—Ella no te quiere como servidora, Chacole —le respondió Elysoun—. Ya tiene más servidores de los que es capaz de contar..., a menos que Liatris los haya diezmado más aún. Lo único que quiere Cieronna es una corona más elegante que la nuestra y el derecho de caminar delante de nosotras en las procesiones. No hace falta mucho para contentarla. No es la persona más inteligente de Matherion.

Torellia profirió una risilla.

—Aquí viene Gahennas —siseó Chacole.

La orejona emperatriz tegana, cubierta hasta el mentón con áspera lana, se acercó a ellas con aire de desaprobación, un aire que se apoderaba de su rostro cada vez que veía siquiera a la apenas vestida Elysoun.

—Damas —las saludó con un rígido gesto de la cabeza.

—Únete a nosotras, Gahennas —la invitó Chacole—. Estamos hablando de política.

Los prominentes ojos de Gahennas se animaron. Los teganos vivían la política, la respiraban.

—Chacole y Torellia quieren presentarle una petición a nuestro esposo —explicó Elysoun. Levantó los brazos y bostezó profundamente, estirándose hacia atrás y adelantando literalmente sus desnudos pechos hacia Gahennas.

Gahennas apartó los ojos con presteza.

—Lo siento, damas —se disculpó Elysoun—. No dormí mucho la pasada noche.

—¿Cómo encuentras las bastantes horas al día? —le preguntó Gahennas con desprecio.

Elysoun se encogió de hombros.

—Es sólo cuestión de programar bien las cosas, Gahennas. Puedes conseguir toda clase de cosas si administras bien el tiempo. ¿Por qué no dejas el asunto, querida? Tú no apruebas mi manera de ser y a mí la verdad es que no me importa. Nunca nos entenderemos, así que ¿por qué perder el tiempo intentándolo?

—Tú puedes ir a donde te place dentro del complejo, ¿no es cierto, Elysoun? —inquirió Chacole a modo de tanteo.

Elysoun fingió otro bostezo para ocultar una sonrisa. Chacole mencionaba por fin el tema. Elysoun había estado preguntándose cuánto tardaría en hacerlo.

—Puedo ir y venir más o menos a mi antojo —replicó—. Supongo que todos los espías se cansaron de intentar mantener mi ritmo.

—¿Crees que podría pedirte un favor?

—Por supuesto, querida. ¿Qué necesitas?

—A Cieronna no le caigo bien, y sus espías me siguen a todas partes. En este momento estoy complicada en un asunto que preferiría que ella no descubriese.

—¡Vaya, Chacole! ¿Estás diciéndome que por fin te has decidido a ir un poco más lejos en busca de entretenimiento?

La emperatriz cynesgana le echó una mirada inexpresiva; estaba claro que no le había entendido.

—Oh, vamos, querida —insistió Elysoun con tono socarrón—. Aquí, en el palacio de las mujeres, todas tenemos nuestras diversiones privadas..., incluso Gahennas.

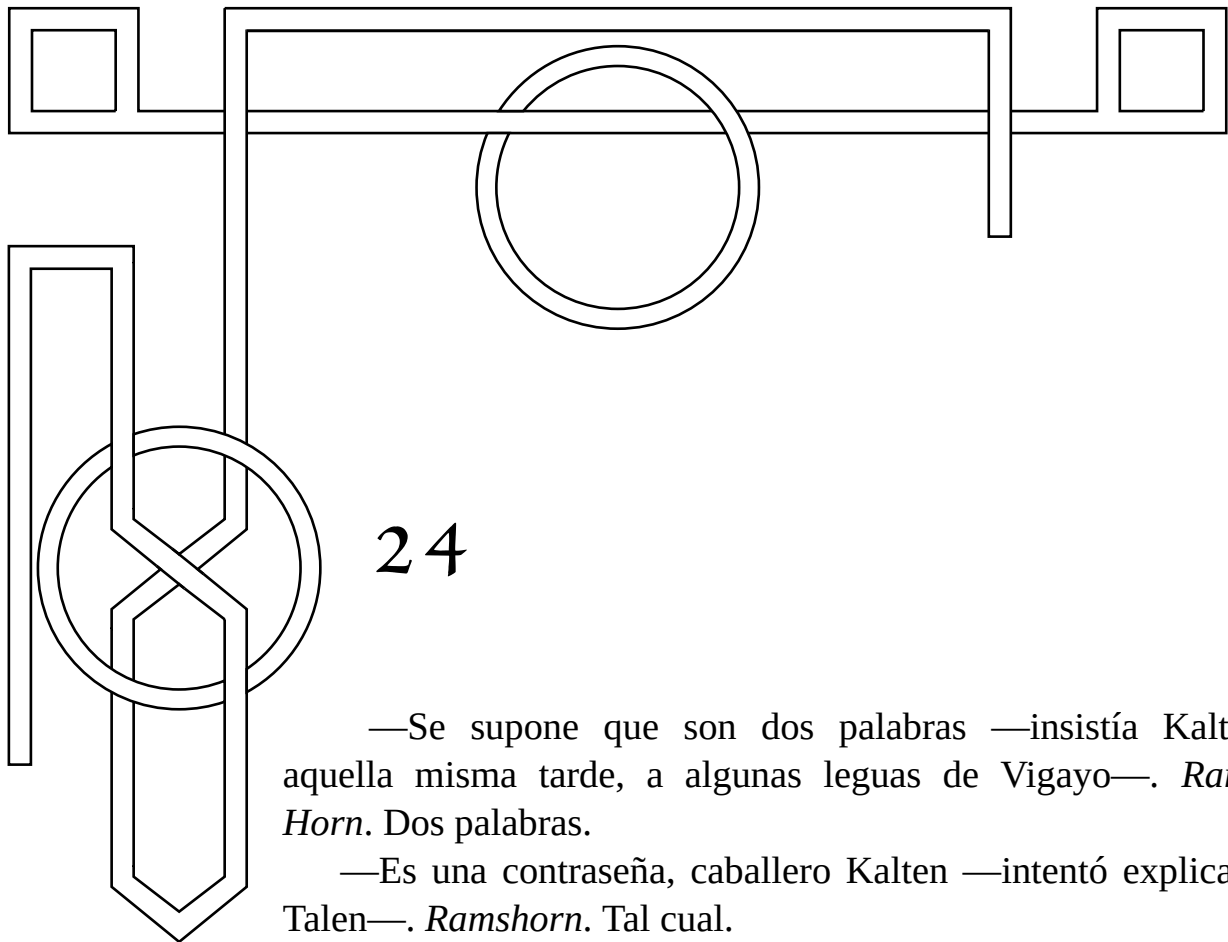
—¡Yo no tengo nada de eso! —protestó la tegana.

—¿De veras, Gahennas? He visto ese nuevo paje tuyo. Es absolutamente delicioso. ¿Quién es tu nuevo amor, Chacole? ¿Algún fornido joven teniente de la Guardia? ¿Quieres que lo meta a hurtadillas en palacio para que podáis veros?

—No se trata de nada semejante, Elysoun.

—Por supuesto que no —asintió Elysoun con profundo sarcasmo—. De acuerdo, Chacole. Me encargaré de llevar y traer vuestras notas de amor..., si realmente te fías de mí lo bastante como para que me le acerque tanto. Pero ¿por qué ir tan lejos, hermana querida? Gahennas tiene ese adorable muchacho, y estoy segura de que lo ha educado muy bien... ¿no es cierto, Gahennas? —Alzó una burlona ceja—. Cuéntame, querida —agregó—, ¿era virgen?... antes de que le pusieras las manos encima, quiero decir.

Gahennas huyó perseguida por la burlona risa de Elysoun.



24

—Se supone que son dos palabras —insistía Kalten, aquella misma tarde, a algunas leguas de Vigayo—. *Ram's Horn*. Dos palabras.

—Es una contraseña, caballero Kalten —intentó explicarle Talen—. *Ramshorn*. Tal cual.

—¿Qué dices tú, Sparhawk? —le preguntó Kalten a su amigo—. ¿Es una sola palabra, o dos?

Los tres acababan de amontonar rocas junto al camino para formar algo vagamente parecido a una tumba; Talen y Kalten estaban discutiendo sobre el tosco cartel que el muchacho había preparado.

Sparhawk se encogió de hombros.

—¿Qué diferencia hay?

—Si está mal escrito, Berit podría no reconocerlo cuando pasara por aquí —replicó Talen.

—Lo reconocerá —disintió Sparhawk—. Berit es rápido. Vosotros limitaos a no alterar la disposición de esas rocas amarillas de la parte superior de la tumba.

—¿Estás seguro de que Khalad entenderá el significado de esas rocas? —preguntó Talen con escepticismo.

—Tu padre lo habría entendido —contestó Sparhawk—, y estoy seguro de que le enseñó a Khalad todas las señales más corrientes.

—Yo sigo pensando que deberían ser dos palabras —insistió Kalten.

—Bevier —llamó Sparhawk.

El caballero cyrínico regresó hasta la imitación de tumba con una expresión interrogativa en el rostro.

—Estos dos están discutiendo sobre cómo se escribe *ramshorn* —le dijo

Sparhawk—. Tú eres un erudito. Arréglalo tú.

—Yo digo que él lo ha escrito mal —declaró Kalten con aspereza—. Deberían ser dos palabras, ¿verdad?

—Eh... —comenzó Bevier, evasivo—, hay dos escuelas de pensamiento al respecto.

—¿Por qué no se lo cuentas mientras continuamos camino? —sugirió Mirtai.

Sparhawk miró a Xanetia.

—No lo hagas —le advirtió en voz baja.

—¿Qué es lo que no queréis que haga, Anakha? —inquirió ella con aire inocente.

—Reír. Ni siquiera sonrías. No conseguirías más que empeorar las cosas.

Puede que haya sido tres semanas más tarde, y puede que no. El patriarca Bergsten había renunciado al intento de mantener la noción del tiempo verdadero. En cambio, dirigía miradas feroces de hosco descontento teológico a las murallas de adobe de Cynesga y a la persona asquerosamente joven y en buena forma física que se encaminaba hacia él. Bergsten creía en un mundo ordenado, y cualquier transgresión del orden le ponía nervioso.

Era una muchacha muy alta, de piel dorada y cabellos negros como la noche, que además era bella y poseía una musculatura soberbia. Salió por la puerta principal de Cynesga bajo una bandera de tregua, y corrió con facilidad para recibirlos. Se detuvo a cierta distancia de la vanguardia, y Bergsten, el caballero Heldin y Daiya, con Neran, su intérprete tamul, avanzaron para conferenciar con ella. Habló durante un rato con Neran.

—Mantén tus ojos donde debes tenerlos, Heldin —murmuró Bergsten.

—Yo sólo estaba...

—Ya sé qué estabas haciendo. Basta. —Bergsten hizo una pausa—. Me pregunto por qué habrán enviado a una mujer.

Neran, un tamul esbelto que había sido enviado por el embajador Fontan, regresó.

—Es la atana Maris —les informó—, comandante de la guarnición atana de Cynesga.

—¿Una mujer? —Bergsten estaba asombrado.

—No es algo insólito entre los atanes, vuestra gracia. Nos estaba esperando. El ministro de Exteriores Oscagne envió mensaje para advertir de nuestra llegada.

—¿Qué situación reina en la ciudad? —inquirió Heldin.

—El rey Jaluah ha estado filtrando discretamente tropas al interior de Cynesga desde hace un mes, más o menos —replicó Neran—. La atana Maris tiene un centenar de atanes en su guarnición, y los cynesganos han estado intentando restringir sus movimientos. Se impacienta cada vez más con todo eso. Probablemente habría avanzado contra el palacio real hace una semana, pero Oscagne le ordenó que aguardara hasta nuestra llegada.

—¿Cómo ha salido de la ciudad? —preguntó Heldin.

—No se lo he preguntado, caballero Heldin. No quería insultarla.

—Lo que quería decir yo era si los de dentro no han intentado detenerla.

—Si lo han hecho, estarán muertos.

—¡Pero si es una mujer! —objetó Bergsten.

—Vuestra reverencia no está familiarizado con los atanes, ¿verdad? —le preguntó Daiya.

—He oído hablar de ellos. Las historias que cuentan me parecen todas descabelladamente exageradas.

—No lo son, reverencia —le aseguró Daiya—. Conozco la reputación de esa muchacha. Es la comandante más joven de todo el ejército atan, y no ha llegado a donde está siendo dulce y con modales de dama. Por lo que he oído, es una salvaje absoluta.

—Pero es tan bonita —protestó Heldin.

—Caballero Heldin —le aconsejó Neran con firmeza—, mientras estás admirándola, dedica un poco de atención al desarrollo de sus brazos y hombros. Es tan fuerte como un toro, y si la ofendes en cualquier sentido, te hará pedazos. Estuvo a punto de matar a Itagne..., o al menos eso dicen los rumores.

—¿El hermano del ministro de Exteriores? —preguntó Bergsten. Neran asintió con la cabeza.

—Estaba aquí llevando a cabo una misión especial, y decidió poner a la ciudad bajo estado de guerra. Necesitaba la ayuda de la atana Maris para hacer eso, así que la sedujo. La reacción de ella fue entusiasta... pero muy muscular. Tened mucho cuidado cuando estéis cerca de ella, caballeros. Es casi tan peligroso tenerla como amiga que como enemiga. Me ha pedido que os transmita sus instrucciones.

—¿Instrucciones? —estalló Bergsten—. ¡Yo no acepto órdenes de una mujer!

—Vuestra gracia debe saber que Cynesga continúa estando bajo estado de guerra —dijo Neran—, y eso significa que, técnicamente, Maris está al mando. Se le ha ordenado que os entregue la ciudad a vosotros, pero ella os pide que permanezcáis fuera de las murallas hasta que haya aplastado toda resistencia. Quiere entregaros la ciudad como un regalo..., toda limpia y ordenada. Por favor, no se lo estropeéis. Sonreídle, dadle las gracias con cortesía, y aguardad aquí hasta que ella haya acabado de limpiar las calles. Cuando tenga todos los cadáveres amontonados en una pila ordenada, os invitará a entrar y os entregará la ciudad... junto con la cabeza del rey Jaluah, muy probablemente. Sé que la situación os parece antinatural, pero, por el amor de Dios, no hagáis nada que pueda ofenderla. Se lanzaría a la guerra contra vosotros con la misma facilidad que contra cualquier otro.

—Pero es tan bonita... —volvió a objetar Heldin.

Berit y Khalad desmontaron y llevaron los caballos hasta el borde del agua para

abrevarlos. En teoría, era posible que hubieran llegado a Vigayo en tan poco tiempo.

—¿Puedes saber si está aquí? —murmuró Khalad. Berit negó con la cabeza.

—Creo que eso significa que no es un estiriano. Tendremos que esperar a que él nos aborde. —Miró las pocas casas de paredes blancas y sombreadas por palmeras que los rodeaban—. ¿Hay alguna clase de posada por aquí?

—No es muy probable. Veo muchas tiendas al otro lado del oasis. Preguntaré por ahí, pero no alientes muchas esperanzas.

Berit se encogió de hombros.

—Oh, bueno. Ya hemos vivido antes en tiendas. Averigua dónde nos está permitido instalarnos.

La aldea de Vigayo propiamente dicha estaba apiñada en el lado oriental del oasis, y el campamento informal de nómadas y mercaderes se extendía por la orilla oeste de lo que en realidad era un pozo de aguas artesianas de buen tamaño. Berit y Khalad estacaron a los caballos, levantaron su tienda cerca del agua, y se sentaron a esperar en la sombra.

—¿Puedes saber si Sparhawk anda por los alrededores? —preguntó Khalad.

Berit negó con la cabeza.

—Puede que ya haya pasado de largo, o podría estar vigilando desde una de las colinas de fuera de la población. Es posible que no quiera que la gente sepa que se encuentra aquí.

Ya hacía una o dos horas que se había puesto el sol y el crepúsculo estaba descendiendo sobre el oasis, cuando un cynesgano de túnica holgada a rayas se acercó a la tienda.

—Se me ha pedido que pregunte si uno de vosotros podría llamarse Sparhawk —declaró con un ligero acento.

Berit se puso de pie.

—Yo podría llamarme Sparhawk, vecino.

—¿Podrías?

—Es así como hiciste la pregunta, amigo. Tienes una nota para mí. ¿Por qué no te limitas a dármele y seguir tu camino? La verdad es que no tenemos nada más de qué hablar, ¿no?

El rostro del mensajero se endureció. Se metió una mano dentro de la túnica, sacó un pliego de pergamino sellado, y lo arrojó con negligencia a los pies de Berit. Hecho esto, dio media vuelta y se alejó.

—¿Sabes una cosa, Berit? —comentó Khalad con suavidad—. A veces eres incluso más abrasivo que el propio Sparhawk.

Berit sonrió.

—Ya lo sé. Estoy intentando mantener su reputación. —Se inclinó, recogió el pergamino y rompió el sello. Sacó del interior el mechón de cabellos que lo identificaba, y se apresuró a leer el breve mensaje.

—¿Y bien? —inquirió Khalad.

—Nada muy específico. Dice que hay una ruta de caravanas que corre hacia el noroeste. Se supone que tenemos que seguirla. Recibiremos más instrucciones por el camino.

—¿Podremos utilizar sin riesgos el hechizo para hablar con Afrael cuando hayamos salido de la aldea?

—Creo que sí. Estoy seguro de que me lo habría dicho si no debiera utilizarlo en Cynesga.

—No tenemos muchas alternativas —observó Khalad—. No podemos saber si Sparhawk ya ha estado aquí, si está aquí ahora o si aún viene de camino, y tenemos que informarlo de estas nuevas instrucciones.

—¿Crees que deberíamos ponernos en camino esta misma noche?

—No. No comencemos a dar vueltas en medio de la oscuridad. Podríamos errar la senda, y en el desierto no hay más que vacío.

—No voy a hacer nada que ponga a Berit en peligro alguno —insistía Elysoun, algunos días más tarde—. Yo le tengo mucho cariño.

—Hace mucho tiempo que ellos descubrieron que se estaba haciendo pasar por Sparhawk, Elysoun —le aseguró la baronesa Melidere—. Tú no vas a ponerlo en un peligro mayor del que ya corre. Si le hablas a Chacole del disfraz de Berit, la convencerás de que te has unido a su causa... y de que tienes acceso a importante información.

—Puede que fuera interesante que les hicieras creer que tu esposo está completamente loco por ti, emperatriz Elysoun —agregó el patriarca Emban—. Hazles pensar que te lo cuenta todo.

—¿Estás loco por mí, Sarabian? —preguntó ella con una sonrisa coqueta.

—Ah, completamente, querida mía —replicó él con una sonrisa—. Te adoro.

—Es algo muy bonito de decir. —Ella le devolvió una cálida sonrisa.

—Dejadlo para más tarde, chicos —les dijo Melidere con aire ausente y la frente arrugada de concentración—. Al mismo tiempo que le hablas a Chacole sobre el disfraz de Berit, deslízale algunas insinuaciones sobre una flota de barcos de la iglesia que navega por el golfo de Daconia. Stragen ha tenido buen cuidado de sembrar esa mentira, así que sería conveniente confirmársela. Después de hablarles de Berit, se sentirán inclinadas a creer tu historia respecto a la flota. —Miró al emperador—. ¿Hay algo más que puedas contarle y que no nos perjudique? ¿Algo que puedan verificar?

—¿Tiene que ser importante?

—En realidad, no; sólo algo que sea verdad. Necesitamos otra verdad para que la mezcla quede bien.

—¿La mezcla?

—Es como una receta, majestad —replicó ella con una sonrisa—. Dos partes de

verdad por una de mentira; batir bien y servir. Si conseguimos la mezcla correcta, se lo tragarán todo.

Se habían puesto en marcha con las primeras luces del día, y el sol no asomaba aún cuando coronaron una cadena de lomas bajas y vieron una vasta extensión llana de blancura cegadora que se tendía ante ellos. El tiempo, al igual que el clima, había perdido todo significado.

—Detestaría tener que cruzar eso en verano —comentó Kalten.

—Desde luego —asintió Sparhawk.

—La ruta de los traficantes de esclavos tuerce aquí hacia el norte —observó Bevier—, probablemente para rodear esos llanos. Si una patrulla cynesgana se tropieza con nosotros ahí, podríamos tener problemas para convencerlos de que pertenecemos a la caravana que hemos estado siguiendo.

—En ese caso, les diremos que nos hemos perdido —dijo Kalten, encogiéndose de hombros—. Déjame hablar a mí, Bevier. De todas formas, yo siempre me pierdo, así que puedo ser muy convincente, llegado el caso. ¿Qué distancia hay hasta el otro lado, Sparhawk?

—Unas veinticinco leguas, según mi mapa.

—Dos días..., incluso si nos apresuramos —calculó Kalten.

—Y sin nada donde ponerse a cubierto —agregó Bevier—. Ahí no podrías esconder ni una araña... —Se interrumpió—. ¿Qué es eso? —inquirió al tiempo que señalaba un punto de luz intensamente brillante que se veía en el montañoso horizonte occidental.

Talen miró la luz con los ojos entrecerrados.

—Creo que podría tratarse del punto de referencia que estábamos buscando —contestó.

—¿Cómo has llegado a esa conclusión? —le preguntó Kalten con escepticismo.

—Está en la dirección correcta, ¿no es cierto? Ogerajin dijo que debíamos dirigimos al suroeste de Vigayo para llegar a las Llanuras de la Sal. Luego dijo: «Desde el borde de las Llanuras de la Sal contemplaréis, bajas en el horizonte, las oscuras formas de las Montañas Prohibidas y, si place a Cyrgon, sus ardientes columnas blancas os guiarán hasta la Ciudad Oculta». Ahí delante hay montañas, y la luz sale del centro justo de ellas, ¿no es casi seguro que mana de las columnas?

—Ese hombre estaba loco, Talen —objetó Kalten.

—Puede ser —disintió Sparhawk—, pero todo lo que describió está justo donde él dijo que estaría. Corramos el albur en esto. Continúa siendo la dirección correcta.

—Casi lo único que podría causarnos algún problema sería el tropezarnos con una servicial patrulla cynesgana que decida escoltarnos hasta la caravana a la que hemos estado siguiendo durante estos últimos días —observó Mirtai.

—Por lógica, las probabilidades que tenemos de cruzarnos con una patrulla ahí

fuera son muy pocas —comentó Bevier—. Para empezar, los cynesganos suelen evitar el desierto, por lo general; y en segundo lugar, es muy probable que la guerra haya apartado a casi todo el mundo de los trabajos de patrulla.

—Y en tercero, cualquier patrulla que sea lo bastante desafortunada como para cruzarse con nosotros, no va a informar de ello —agregó Mirtai, al tiempo que posaba una sugerente mano en el puño de su espada.

—Hemos localizado provisionalmente las columnas —intervino Sparhawk—, y si Ogerajin sabía de qué estaba hablando, tenemos que seguir la línea de visión de las mismas para penetrar la ilusión. Ahora que las hemos encontrado, no las perdamos. No tendremos más remedio que arriesgarnos a atravesar los llanos. Si tenemos suerte, nadie se dará cuenta de nuestra presencia. En caso contrario, intentaremos mentirles, y si eso no da resultado, todavía nos quedará el recurso de las espadas. —Miró a todos los demás—. ¿Tiene alguien algo más que agregar?

—Creo que ya lo has resumido todo —dijo Kalten, aún algo dubitativo.

—En ese caso, en marcha.

—Simplemente rompieron filas y huyeron, mi señor Vanion —informó Kring, uno o dos días más tarde. La expresión de Kring era perpleja—. Estábamos empleando esas tácticas que Tikume y yo habíamos determinado como eficaces, y todo estaba saliendo más o menos como esperábamos, y luego alguien hizo sonar un cuerno o algo así, y ellos dieron media vuelta y echaron a correr..., pero ¿hacia dónde? Si lo que nos han dicho es verdad, no hay un solo lugar en todo el mundo donde puedan recobrar el aliento.

—¿Hiciste que alguien los siguiera? —preguntó Vanion.

—Supongo que tendría que haberlo hecho, pero me concentré en hacer que los cyrgais atravesaran la frontera. —Kring le sonrió a Sefrenia—. Esa maldición estiria no parece haberse debilitado en los últimos diez mil años, señora. Tres regimientos enteros de cyrgais cayeron como el trigo recién segado al atravesar la frontera. —Hizo una pausa—. La verdad es que no son muy inteligentes, ¿verdad?

—¿Los cyrgais? No. Va en contra de su religión.

—Yo pensaba que al menos algunos de ellos se darían cuenta de que algo iba mal, pero continuaron corriendo hasta el otro lado de la frontera y cayendo, muertos.

—El pensamiento independiente no es algo que se fomente entre ellos. Se los entrena para seguir órdenes..., incluso las malas.

Kring miró hacia el puente que atravesaba el Sarna.

—¿Tú dirigirás las operaciones desde aquí, amigo Vanion? —preguntó.

—Apostaré un destacamento al otro lado del puente —replicó Vanion—, pero nuestro campamento principal estará en esta orilla. El río marca la frontera entre Cynesga y el propio Tamul, ¿no es así?

El domi se encogió de hombros.

—Técnicamente, supongo que sí. Pero la línea delimitada por la maldición está a una media legua más al oeste.

—Los límites han cambiado varias veces a lo largo de los años —explicó Sefrenia.

—Tikume pensó que yo debía acudir aquí y hablar las cosas con vosotros, amigo Vanion —dijo entonces, Kring—. No queremos estorbar a Sparhawk, por lo que no nos hemos adentrado mucho en Cynesga, pero estamos quedándonos sin gente a la que perseguir.

—¿Hasta qué distancia habéis estado penetrando en el territorio? —inquirió Vanion.

—Seis o siete leguas —respondió Kring—. Regresamos a Samar cada noche..., aunque ahora ya no hay ninguna razón real que requiera hacerlo. No creo que exista ya peligro de que asedien la ciudad.

—No —asintió Vanion—. Ya los hemos alejado lo bastante como para que no puedan concentrarse en Samar. —Abrió su mapa y lo miró durante unos momentos con el ceño fruncido, tras lo cual puso una rodilla en tierra y lo extendió sobre la parda hierba invernal—. Pisa esa punta, por favor —le pidió a Sefrenia—. No quiero tener que salir otra vez corriendo tras él.

Kring pareció perplejo.

—Es un chiste casero —explicó Sefrenia, mientras descansaba uno de sus menudos pies sobre la esquina del mapa indicada por Vanion—. A Vanion le gustan mucho los mapas, y hace dos días, una brisa errante convirtió a su favorito en una cometa.

Vanion dejó pasar el comentario.

—Estoy de acuerdo en que no nos interesa estorbar a Sparhawk, domi, pero sí es importante que construyamos algunas plazas fuertes en el desierto. Nos proporcionarán lugares entre los que saltar cuando iniciemos nuestro avance sobre Cyrga.

—A mí se me ocurrió lo mismo, amigo Vanion.

—Establezcamos nuestra presencia al otro lado de la frontera —decidió Vanion—. Le enviaré mensaje a Betuana, y ella hará lo mismo.

Vanion miró a Sefrenia.

—¿Diez leguas? —sugirió—. Eso no está lo bastante adentrado en el territorio como para que le estemos pisando los talones a Sparhawk, pero tendremos espacio para maniobrar, y te dejará bastante espacio para ese hechizo tuyo.

—El emplear el hechizo es un buen plan, amigo Vanion —comentó Kring, un poco dubitativo—, pero estás arrastrando lo mejor que nuestros enemigos pueden echarnos encima, hacia ti... y hacia mi señora Sefrenia. ¿Es eso lo que quieres? No quisiera resultar ofensivo, pero tu lucha con los soldados de Klael diezmó gravemente tus filas.

—Es uno de los motivos por los que quiero fuertes en el desierto, domi —replicó

Vanion, con una mueca—. En el peor de los casos, me retiraré a esas plazas. Estoy casi seguro de que podré contar con que algunos queridos amigos que se encuentren en mis flancos, acudirán a rescatarme.

—Bien dicho —murmuró Sefrenia.

—Alto —dijo Khalad con brusquedad al tiempo que frenaba su montura, cuando se hallaban a unas cinco millas de Vigayo.

—¿Qué sucede? —inquirió Berit con voz tensa.

—Alguien llamado *Ramshorn* ha muerto —declaró el otro con un tono cargado de intención—. Creo que deberíamos detenernos a rendirle homenaje.

Berit miró la tosca tumba que se hallaba junto al camino.

—La pasé completamente por alto —confesó—. Lo siento, Khalad.

—Pon atención, mi señor.

—Me parece que eso ya lo has dicho antes.

Desmontaron y se acercaron a la tosca «sepultura».

—Inteligente —murmuró Berit en voz baja. Con toda probabilidad era innecesario bajar la voz, pero el hacerlo se había convertido en un hábito.

—Posiblemente ha sido idea de Talen —comentó Khalad mientras ambos se arrodillaban junto al montículo de rocas—. Es un poco sutil para Sparhawk.

—¿No deberían ser dos palabras? —preguntó Berit, a la vez que señalaba la plancha de piedra erosionada por los elementos, con la palabra *Ramshorn* grabada encima.

—Tú eres el que ha recibido educación, mi señor. No toques esas rocas.

—¿Qué rocas?

—Las amarillas. Las desordenaremos en cuanto las haya leído.

—¿Tú lees rocas? ¿Es eso algo parecido a leer a las gaviotas?

—No exactamente. Es un mensaje de Sparhawk. Él y mi padre inventaron esto hace muchos años. —El joven de corta barba se inclinó primero hacia este lado, luego hacia aquel, mirando el montículo con los ojos entre cerrados—. Es natural —dijo al fin con una cierta resignación. Se levantó y fue hasta la cabecera de la tumba.

—¿Qué?

—Sparhawk lo ha escrito al revés. Ahora tiene sentido. —Khalad estudió la disposición de las rocas amarillas, en apariencia fortuita, colocadas en lo alto del montículo predominantemente pardo—. Reza, Berit —dijo—. Ofrece a los cielos una plegaria por el alma de nuestro desesperado hermano *Ramshorn*.

—Lo que estás diciendo no tiene mucho sentido, Khalad.

—Alguien podría estar vigilándonos. Actúa de manera religiosa.

El fornido escudero cogió a los caballos por las riendas y se alejó con ellos unas cuantas varas por la mal definida senda. Se inclinó, levantó la pata izquierda delantera de *Faran*, y le inspeccionó cuidadosamente el casco.

Faran le echó una mirada hostil.

—Lo siento —se disculpó *Khalad* ante el bruto de mal temperamento—, no es nada importante. —Volvió a dejar el casco sobre la tierra pedregosa—. Muy bien, *Berit* —dijo luego—. Di «amén» y volveremos a ponernos en camino.

—¿De qué iba todo eso? —El tono de *Berit* era áspero cuando volvió a montar.

—*Sparhawk* ha dejado un mensaje para nosotros —replicó *Khalad* mientras subía a su silla—. La disposición de las rocas amarillas me dijo dónde lo había dejado.

—¿Dónde está? —inquirió *Berit* con ansiedad.

—¿Ahora mismo? En mi bota izquierda. Lo recogí cuando revisaba el casco de *Faran*.

—Yo no te vi recoger nada.

—Se suponía que no tenías que verme, mi señor.

Krager se despertó con los horrores, al sonido de alaridos distantes. Hacía tiempo que los días y las noches se habían desdibujado de la consciencia de *Krager*, pero el sol que se estrellaba contra sus párpados le dijo que era una plena y terrible mañana. Lo cierto es que no tenía intención de beber tanto como lo había hecho la noche anterior, pero el saber que estaba llegando al final de su último barril de tinto arciano iba preocupándole de manera creciente a medida que se ponía más borracho, y el conocimiento de que pronto se le acabaría se tradujo, de alguna manera dentro de su mente aturdida, en una compulsión de bebérselo todo antes de que, por algún medio, se alejara de él.

Ahora estaba pagando por esa estupidez. Le latía la cabeza, tenía el estómago en llamas, y la boca le sabía como si algo se le hubiera metido dentro y la hubiera secado. Se estremecía violentamente, y sentía agudas punzadas de dolor en el hígado. Se sentó en el borde de la revuelta cama con la cabeza entre las manos. Sobre él pendía una sensación de pavor, un sombrío sentimiento de horror. Mantuvo cerrados los ardientes ojos y buscó a tientas la botella de emergencia que siempre guardaba debajo de la cama. El líquido que contenía no era vino ni cerveza, sino una asquerosa mezcla de origen lamork que se obtenía poniendo ciertos vinos inferiores a la intemperie, en invierno, y dejándolos congelar. El líquido que quedaba en la superficie y que había permanecido descongelado era alcohol casi puro. Sabía a rayos y quemaba como el fuego al tragarlo, pero calmaba los horrores. Estremeciéndose, *Krager* bebió casi un log de aquella porquería, y se puso en pie de un salto.

El sol era dolorosamente brillante cuando salió dando traspies a las calles de *Natayos* y fue en busca de la procedencia de los gritos que lo habían despertado. Llegó a la plaza central y retrocedió con horror. Varios hombres estaban siendo sistemáticamente torturados hasta la muerte mientras *Scarpa*, vestido con una raída imitación de manto real y con su improvisada corona sobre la cabeza, sentado en una ornada silla, observaba con aire de aprobación.

—¿Qué está sucediendo? —le preguntó Krager a Cabah, un andrajoso bandolero dacita conocido suyo con el que frecuentemente se había emborrachado.

Cabah se volvió con presteza.

—Ah, eres tú, Krager —dijo—. Por lo que he podido averiguar, los seres fulgentes descendieron sobre Panem-Dea.

—Eso es imposible —declaró de inmediato, Krager—. Ptaga está muerto. Ya no hay más ilusiones de esas para mantener a los tamules corriendo de aquí para allá.

—Si podemos creer lo que dicen algunos de esos tipos que agonizan, los que acudieron a Panem-Dea no eran ilusiones —replicó Cabah—. Un buen número de los oficiales de allí acabaron disueltos cuando intentaron resistir y luchar.

—¿Qué pasa aquí? —preguntó Krager, al tiempo que señalaba a un tipo que profería alaridos atado a unas estacas clavadas en el centro de la plaza.

—Scarpa está haciendo un ejemplo con los que huyeron. Está haciéndolos cortar en pedazos. Aquí llega Cызada.

Cabah señaló al estiriano que salía apresuradamente de las habitaciones de Scarpa.

—¿Qué estás haciendo? —le aulló el estiriano de ojos hundidos al demente sentado en su trono de pacotilla.

—Han desertado de sus puestos —replicó Scarpa—. Están siendo castigados.

—¡Necesitas a todos los hombres, idiota!

Scarpa se encogió de hombros.

—Les ordené marchar hacia el norte para reunirse con mis ejércitos reales. Han inventado mentiras para excusar el no haberme obedecido. Deben ser castigados. ¡Obtendré obediencia!

—¡No matarás a tus propios soldados! ¡Ordénales a tus camineros que se detengan!

—Eso es completamente imposible, Cызada. Una orden imperial, una vez dada, no puede ser rescindida. He ordenado que todos los desertores de Panem-Dea sean torturados hasta la muerte. Ahora ya está fuera de mis manos.

—¡Eres un maníaco! ¡No te quedará un solo soldado mañana por la mañana! ¡Todos desertarán!

—En ese caso, reclutaré más y los perseguiré a todos. ¡Seré obedecido!

Cызada de Esos controló su furia con un evidente gran esfuerzo. Krager vio que los labios del mago se movían mientras sus dedos tejían intrincados dibujos en el aire.

—¡Marchémonos de aquí, Cabah! —dijo con tono apremiante.

—¿Qué? Ese loco ha ordenado que todos mirásemos.

—No querrás mirar lo que va a ocurrir a continuación —le aseguró Krager—. Cызada está haciendo un hechizo..., zemoch, con toda probabilidad. Está invocando a un demonio para enseñarle a nuestro «emperador» el significado de la palabra «obediencia».

—No puede hacer eso. Zalasta ha dejado a su hijo al mando de este lugar.

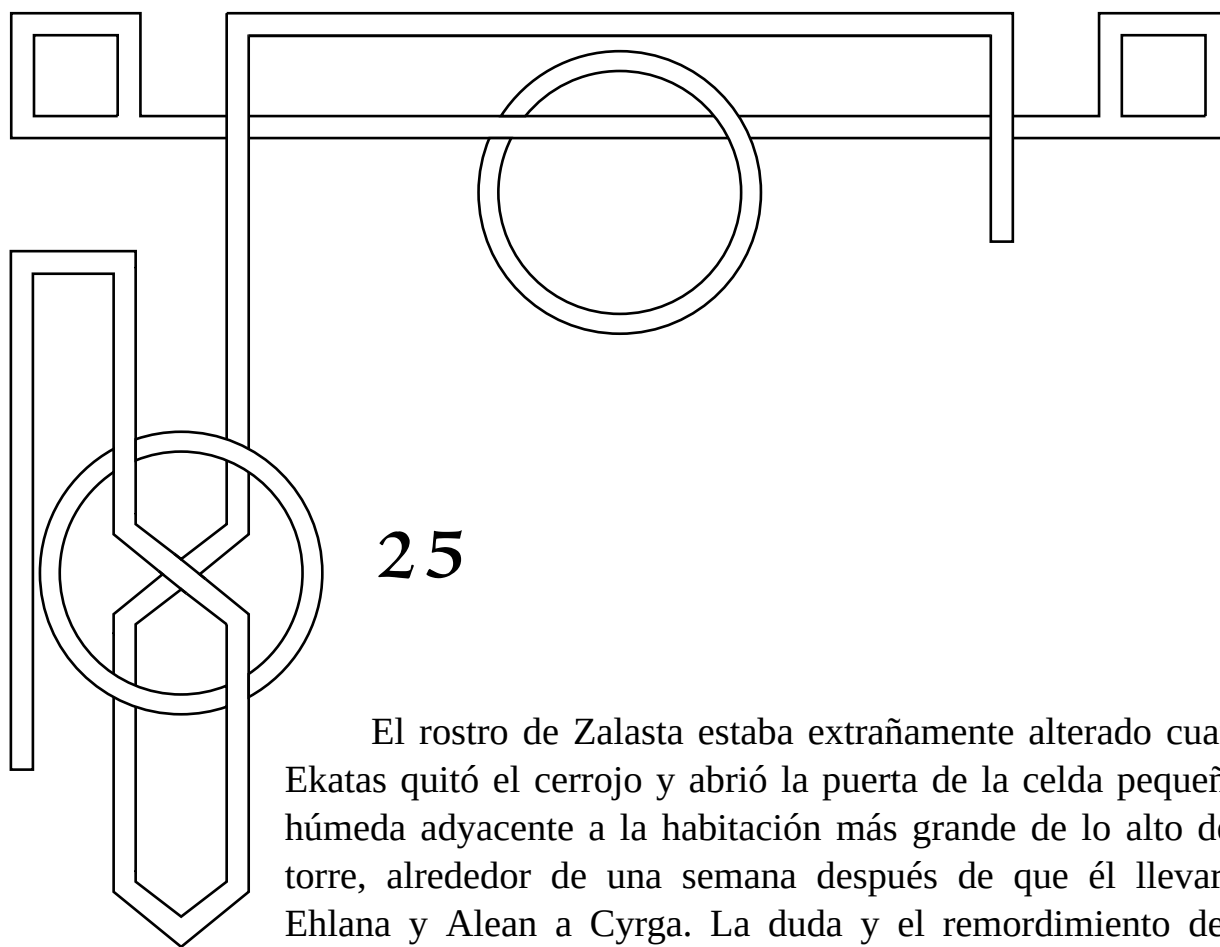
—No, quien está al mando en realidad es Cызada. Yo en persona oí a Zalasta decirle a ese estiriano que ahora está moviendo los dedos, que matara a Scarpa en el instante en que rebasara el límite. No sé qué harás tú, amigo mío, pero yo voy a buscar un sitio en el que esconderme. Ya he visto antes el tipo de criaturas que eran súbditos de Azash, y esta mañana me siento un poco delicado, así que no quiero volver a ver a una de ellas.

—Nos meteremos en problemas, Krager.

—No. Si el demonio al que Cызada está invocando se come vivo a Scarpa, no nos meteremos en ningún lío. —Krager respiró profundamente—. Depende de ti, Cabah. Quédate si quieres, pero creo que ya he visto todo lo que quería de Natayos.

—¿Vas a desertar? —Cabah estaba espantado.

—La situación ha cambiado. Si Sparhawk se ha aliado con los delfaes, quiero hallarme bien lejos de aquí cuando salgan relumbrando de la selva. De pronto siento una terrible añoranza de Eosia. Ven o quédate, Cabah, pero yo me marchó... ahora mismo.



25

El rostro de Zalasta estaba extrañamente alterado cuando Ekatas quitó el cerrojo y abrió la puerta de la celda pequeña y húmeda adyacente a la habitación más grande de lo alto de la torre, alrededor de una semana después de que él llevara a Ehlana y Alean a Cyrga. La duda y el remordimiento de su semblante de días antes había desaparecido; la expresión del estiriano era ahora de calmo desapego. Abarcó la horrible y diminuta habitación con una sola mirada. Ehlana y Alean estaban encadenadas a la pared, y se encontraban sentadas sobre sendas pilas de paja mohosa que hacían las veces de lechos. Unos cuencos rústicos de cerámica llenos de gachas frías se hallaban colocados sobre el suelo e intactos.

—Esto no es correcto, Ekatas —dijo Zalasta con un tono de voz remoto.

—En realidad, no es asunto tuyo, Zalasta —replicó el sumo sacerdote—. En Cyrga, los prisioneros son confinados en condiciones de fuerte seguridad. —Como siempre, Ekatas sonreía burlonamente al hablar con Zalasta.

—No estas prisioneras. —Zalasta entró en la celda y tomó en sus manos las cadenas que sujetaban a ambas mujeres a la pared. Luego, sin manifestar emoción alguna, las deshizo convirtiéndolas en polvo de herrumbre—. La situación aquí ha cambiado, Ekatas —le espetó mientras ayudaba a Ehlana a ponerse de pie—. Haz limpiar esta porquería.

Ekatas se irguió.

—Yo no recibo órdenes de los estirianos. Yo soy el sumo sacerdote de Cyrgon.

—Lamento esto profundamente, majestad —se disculpó Zalasta ante Ehlana—. Mi atención se ha desviado hacia otras cosas durante la última semana. Es evidente que no les he dejado claros mis deseos a los cyrgais. Por favor, excúsame un

momento, y corregiré este descuido. —Se volvió a mirar a Ekatas—. Te he dicho que hicieras una cosa —le recordó con tono terrible—. ¿Por qué no has empezado?

—Sal de ahí, Zalasta, o te encerraré junto con ellas.

—¿Ah, sí? —dijo Zalasta con una tenue sonrisa—. Pensaba que eras más sensato. No tengo tiempo para tonterías, Ekatas. Haz limpiar esta habitación. Tengo que volver a llevar a nuestras huéspedes al templo.

—Yo no he recibido ninguna orden semejante.

—¿Por qué tendrías que recibirla?

—Cyrgon habla a través de mí.

—Precisamente. Esas instrucciones no proceden de Cyrgon.

—Cyrgon es Dios, en este lugar.

—No, ya no lo es. —Zalasta le echó una mirada casi compasiva—. Ni siquiera lo percibiste, ¿verdad, Ekatas? El mundo se agitaba y convulsionaba a todo tu alrededor, y ni siquiera te diste cuenta. ¿Cómo es posible que seas tan estúpido? Cyrgon ha sido suplantado. Ahora es Klael quien gobierna en Cyrga... y yo hablo en nombre de Klael.

—¡Eso es imposible! ¡Estás mintiendo!

Zalasta salió de la celda y aferró al sumo sacerdote por la parte frontal de la túnica.

—Mírame, Ekatas —le ordenó—. Mírame largamente y con atención, y dime que estoy mintiendo.

Ekatas luchó un momento y luego, incapaz de evitarlo, miró a los ojos de Zalasta. La sangre le abandonó el semblante con lentitud, y él profirió un alarido. Volvió a gritar, mientras intentaba librarse de la presa de acero del estiriano.

—¡Te lo suplico! —gritó con una voz cargada de horror—. ¡Basta! ¡Basta! —Se dejó caer, al tiempo que se cubría los ojos con las manos.

Zalasta soltó al hombre con un gesto de desprecio, y éste cayó al suelo llorando de manera incontrolable.

—¿Ahora lo entiendes? —le preguntó Zalasta con profunda suavidad—. Cызada y yo intentamos advertiros a ti y a tu insignificante divinidad sobre los peligros que implicaba el invocar a Klael, pero no quisisteis escucharnos. Cyrgon quería esclavizar al Bhelliom, y ahora es esclavo del enemigo del Bhelliom; y, dado que yo hablo en nombre de Klael, supongo que eso te convierte en esclavo mío. —Empujó al sollozante sacerdote con un pie—. ¡Levántate, Ekatas! ¡Ponte de pie cuando te hable tu amo!

El acobardado sacerdote se levantó trabajosamente, con el rostro surcado de lágrimas lleno de indescriptible horror.

—Dilo, Ekatas —ordenó Zalasta con voz cruel—. Quiero oírte decir... ¿o preferirías ser testigo de la muerte de otro personaje importante?

—A-a-amo —tartamudeó el sumo sacerdote.

—Otra vez..., un poco más alto, si no te importa.

—¡Amo! —La voz le salió casi como un alarido.

—Mucho mejor, Ekatas. Ahora ve a despertar a esos cretinos haraganes de la sala de guardia y ponlos a trabajar en la limpieza de esta celda. Tenemos preparativos que hacer cuando regrese del templo. Anakha viene hacia Cyrga con el Bhelliom, y tenemos que estar listos para cuando llegue. —Se volvió—. Trae a tu camarera contigo, Ehlana. Klael quiere verte. —Zalasta hizo una pausa, mirándola con ojos críticos—. Sé que te hemos tratado mal —dijo a modo de media disculpa—, pero no dejes que nuestros malos modales quebranten tu espíritu. Recuerda quién eres y revístete de eso. Klael respeta el poder y a aquellos que lo ostentan.

—¿Qué tengo que decirle?

—Nada. Él averiguará lo que quiera saber con sólo mirarte. No entiende a tu esposo, y el mirarte a ti le proporcionará alguna pista sobre la naturaleza de Anakha. Anakha es un elemento desconocido en este asunto. Siempre lo ha sido, supongo. Klael entiende al Bhelliom. Es la criatura del Bhelliom quien lo desconcierta.

—Has cambiado, Zalasta.

—Supongo que sí —admitió él—. Tengo la sensación de que no viviré durante mucho tiempo más. El toque de Klael hace cosas peculiares a la gente. Será mejor no hacerlo esperar. —Miró a Ekatas, que continuaba de pie, temblando con violencia—. Quiero que esta celda esté limpia para cuando regrese.

—Me encargaré de ello, amo —prometió Ekatas en un grotesco tono servil.

—¿Cómo los volveréis a encontrar? —inquirió Itagne con curiosidad—. A lo que estoy intentando llegar es a que los trolls están en ese «No-Tiempo», pero Tynian y tú habéis tenido que salir al tiempo real con el fin de entrar en Sama, así que, para vosotros, el tiempo ha comenzado a avanzar. ¿Cómo regresaréis al momento en que dejasteis a los trolls?

—Por favor, no formules preguntas metafóricas, Itagne —le pidió Ulath con expresión dolorida—. Nosotros simplemente regresamos al punto en que dejamos a los trolls, y los encontramos allí. Nosotros nos ocupamos del «dónde» y dejamos que los dioses-troll se hagan cargo del «cuándo». Parecen capaces de saltar de aquí para allá por el tiempo sin prestarles mucha atención a las reglas.

—¿Dónde están los trolls en este momento?

—Justo fuera de la ciudad —replicó Tynian—. No creímos que fuera una buena idea traerlos a Sarna con nosotros. Están empezando a zafársenos un poco de las manos.

—¿Se trata de algo que debemos saber, Tynian-caballero? —preguntó Engessa.

Ulath se repantigó en la silla.

—Cyrgon desordenó la conducta de los trolls de una forma bastante profunda cuando acudió a Thalesia y se hizo pasar por Ghworg —explicó el thalesiano con aire sombrío—. Zalasta le habló de los trolls pero Cyrgon había estado muy fuera de

contacto con el mundo, y confundió a los trolls con los hombres aurora. Los hombres aurora estaban reunidos en enormes comunidades, mientras que los trolls forman pequeñas manadas. Los animales de costumbres gregarias aceptan a cualquier miembro de su especie, pero los que viven en manadas pequeñas son más selectivos. En este momento juega en nuestro favor el hecho de que los trolls se comporten como un colectivo. Al menos podemos hacerlos avanzar a todos en la misma dirección, pero están comenzando a surgir algunos problemas. Las manadas están comenzando a separarse, y se oyen muchas voces altas y gruñidos.

Tynian miró a la reina Betuana que, ataviada toda de negro, estaba sentada en una silla algo apartada de los demás. Le hizo un gesto a Engessa para que se apartara a un lado con él:

—¿Se encuentra bien, Betuana? —le preguntó en voz muy baja.

—Betuana-reina está siguiendo el luto ritual —replicó Engessa, también con un medio susurro—. La pérdida de su esposo la ha conmovido profundamente.

—¿Estaban de verdad tan unidos?

—No lo parecía —admitió Engessa. Sus ojos adquirieron una expresión afligida al mirar a su melancólica reina—. El luto ritual es observado raras veces en la actualidad. La tengo estrechamente vigilada. No debe permitírsele que se haga daño. —Los músculos de los hombros de Engessa se contrajeron.

Tynian estaba asombrado.

—¿Existe algún peligro real de que lo haga?

—No era insólito hace algunos siglos —replicó Engessa.

—Esperaba que llegarais antes —estaba diciéndole Itagne a Ulath—. Según yo lo entiendo, el «No-Tiempo» significa que los trolls pueden ir de un lugar a otro de manera casi instantánea.

—No del todo instantánea, Itagne. Hemos tardado más o menos una semana para llegar desde las montañas de Tamul hasta aquí. Tenemos que detenernos y regresar al tiempo real con mucha frecuencia para que ellos puedan cazar. Los trolls hambrientos no son los mejores compañeros de viaje. ¿Qué ha estado ocurriendo? No podemos establecer contacto con Afrael cuando estamos en el No-Tiempo.

—Sparhawk ha descubierto algunas pistas sobre el emplazamiento de Cyrga —replicó Itagne—. No son muy precisas, pero va a correr el albur e intentar seguirlos.

—¿Qué tal le van las cosas al patriarca Bergsten?

—Ha capturado Cynesga..., la verdad es que se la entregaron en bandeja.

—¿Ah, sí?

—¿Recuerdas a la atana Maris?

—¿La muchacha guapa que comandaba la guarnición de Cynestra? ¿La que te tenía tanto cariño?

Itagne sonrió.

—Esa misma. Es una muchacha de naturaleza abrupta, y yo le tengo bastante afecto; cuando vio que se aproximaban Bergsten y los caballeros de la iglesia, decidió

entregarle la ciudad como presente. Barrió bien las calles para limpiarlas de soldados cynesganos, y abrió las puertas para que entrase Bergsten. Iba a regalarle también la cabeza del rey Jaluah, pero él la persuadió de no hacerlo.

—Lástima —murmuró Ulath—, pero ése es el tipo de cosas que uno debe esperar cuando un buen hombre se mete en la religión.

—Vanion está en su puesto —prosiguió Itagne—, y entre él y Kring están estableciendo plazas fuertes a un día de camino, más o menos, en el interior de Cynesga. Vamos a hacer lo mismo aquí, pero pensamos que sería mejor esperar primero a que vosotros llegáis.

—¿Se ha encontrado alguien con alguna oposición significativa? —inquirió Tynian.

—Es difícil decirlo con exactitud —reflexionó Itagne—. Estamos avanzando hacia Cynesga central, pero los soldados de Klael surgen de todas las grietas de entre las rocas. Cuanto más los empujemos hacia el interior, más concentrados estarán. Si no hallamos una forma de neutralizarlos, tendremos que abrimos paso entre ellos, y por lo que me ha dicho Vanion, no se abren muy bien. Las tácticas de Kring están funcionando con bastante eficacia ahora, pero cuando nos acerquemos más a Cyrga... —Abrió las manos con gesto de desamparo.

—Ya inventaremos algo —le dijo Ulath—. ¿Hay alguna otra cosa?

—Continúa todo más o menos en el aire, caballero Ulath —contestó Itagne—. Las fábulas que Stragen y Caalador están tramando en Beresa desvían cada vez más a la caballería cynesgana hacia la frontera oriental. La mitad de ellos corre ahora hacia la costa de los alrededores de Kaftal, y la otra mitad hacia el norte, en dirección a una pequeña aldea llamada Zhubay. Caalador agregó una imaginaria concentración de atanes en esa zona, a la flota ilusoria de Stragen en la costa meridional. Entre ambos, han dividido a la totalidad del ejército cynesgano en dos, y los han enviado a cazar rayos de luna.

—¿Dices que la mitad de ellos van hacia el norte? —preguntó Tynian, con aire inocente.

—Hacia Zhubay, sí. Por alguna razón, parecen creer que los atanes están concentrándose en esa zona.

—¡Qué asombroso! —exclamó Ulath con una expresión completamente seria—. Da la casualidad de que Tynian y yo también hemos estado avanzando más o menos en esa dirección general. ¿Crees que los cynesganos se sentirían demasiado decepcionados si se encontraran con trolls en lugar de con atanes?

—Podrías subir hasta allí y preguntárselo, supongo —replicó Itagne, a cuyos labios tampoco afloraba ni el atisbo de una sonrisa.

Todos sabían qué iba a suceder en Zhubay.

—Transmíteles nuestras disculpas, Ulath-caballero —dijo Betuana con una leve sonrisa triste.

—Oh, ya lo creo que lo haremos, majestad —le aseguró Ulath—. Si es que

podemos encontrar alguno de una pieza después de que hayan estado jugando con los trolls durante un par de horas.

—¡Fuera de aquí! —gritó Kalten, haciendo galopar a su montura hacia las criaturas de aspecto cánido que se apiñaban alrededor de algo que yacía en el pedregoso suelo del desierto. Las criaturas se dispersaron, chillando con desalmadas risas.

—¿Son perros? —preguntó Talen con voz de asco.

—No —replicó Mirtai, lacónica—. Hienas.

Kalten regresó.

—Es un hombre —informó con desolación—, o lo que queda de él.

—Tenemos que enterrarlo —intervino Bevier.

—No harían más que volver a desenterrarlo —le contestó Sparhawk—. Además —agregó—, si empiezas a intentar enterrarlos a todos, no saldremos de aquí en varias vidas. —Abarcó con un gesto la llanura sembrada de huesos que se extendía hasta las montañas bajas que se alzaban al oeste. Miró a Xanetia—. Ha sido un error traerte con nosotros, anarae —se disculpó—. Esto va a ponerse peor antes de que comience a mejorar.

—No era algo que no esperase, Anakha —replicó la muchacha. Kalten levantó los ojos hacia la bandada de cuervos que volaba en círculos por encima de ellos.

—Repugnantes bestias —murmuró.

Sparhawk se puso de pie sobre los estribos y miró al horizonte que tenía delante con los ojos entrecerrados.

—Nos quedan un par de horas más antes de que el sol se oculte, pero tal vez sería mejor que retrocediéramos una media legua, más o menos, y plantáramos campamento temprano. Ya tendremos que pasar una noche en ese llano; no pasemos dos.

—De todas formas, necesitamos guiarnos por esas columnas —agregó Talen—, y son mucho más brillantes cuando acaba de salir el sol.

—Eso es, siempre y cuando el punto de luz que hemos estado siguiendo salga de verdad de esas columnas —dijo Kalten, dubitativo.

—Nos han traído hasta aquí, ¿no es cierto? Esto tiene que ser lo que Ogerajin llamó la «Llanura de los Huesos», ¿no? Yo también tenía mis dudas al principio. Ogerajin desvariaba tanto que yo estaba seguro de que había equivocado al menos algunas de las instrucciones, pero todavía no nos ha conducido por la dirección equivocada.

—Todavía no hemos visto la ciudad, Talen —le recordó Kalten—, así que voy a retrasar un poco la redacción de la carta de agradecimiento.

—Tengo todo el dinero que necesitaré en mi vida, Orden —declaró Krager con tono

expansivo, repantigado en su silla y mirando por la ventana hacia los edificios y el puerto de la ciudad de Delo. Bebió otro sorbo de vino.

—Yo no iría por ahí anunciando eso, Krager —le recomendó el fornido Orden—, en especial aquí, en la zona portuaria.

—He contratado a algunos guardaespaldas, Orden. ¿Puedes indagar por ahí y averiguarme si hay algún barco rápido que vaya a salir hacia Zenga de Cammoria la próxima semana, más o menos?

—¿Por qué iba a querer alguien ir a Zenga?

—Yo crecí allí y siento añoranza —replicó Krager, encogiéndose de hombros—. Además, me gustaría pasarle mi fortuna por la cara a algunas personas..., todos los que dijeron que no llegaría a nada bueno cuando vivía allí.

—¿Te cruzaste por casualidad con un tipo llamado Ezek cuando estabas en Natayos? —le preguntó Orden—. Creo que es deirano.

—El nombre me suena. Creo que estaba trabajando para el tipo que dirigía la taberna.

—Fui yo quien lo envió allí —explicó Orden—. A él y a otros dos..., Col y Shallag. Iban a ver si podían unirse a la banda de forajidos de Narstil.

—Puede que lo hayan hecho, pero cuando yo me marché estaban trabajando en la taberna.

—No es asunto mío, pero si las cosas te iban tan bien en Natayos, ¿por qué te has marchado?

—Por instinto, Orden —replicó Krager, con los ojos muy abiertos—. Se me pone esa sensación de frío en la base del cráneo, y sé que es hora de salir corriendo. ¿Has oído hablar de un hombre llamado Sparhawk?

—¿Te refieres al príncipe Sparhawk? Todo el mundo ha oído hablar de él. Tiene una reputación considerable.

—Oh, sí. Ya lo creo que la tiene. En fin, el caso es que hace veinte años que Sparhawk está buscando una oportunidad para matarme, y ése es el tipo de cosas que afinan mucho los instintos de un hombre. —Krager bebió otro largo trago.

—Puede que te interese pensar en ponerte a secar durante un tiempo —aconsejó Orden, mientras le echaba una significativa mirada a la jarra de tinto arciano de Stragen—. Dirijo una taberna, y he aprendido a reconocer los signos. Tu hígado comienza a fallar, amigo mío. Los ojos se te están poniendo amarillos.

—Reduciré la bebida cuando me haya hecho a la mar.

—Creo que deberías hacer algo más que reducirla, Krager. Vas a tener que dejarla del todo si quieres seguir viviendo. Créeme, no te gustaría morir como la mayoría de los bebedores. Una vez conocí a uno que chilló durante tres semanas seguidas antes de morir por fin. Fue espantoso.

—Mi hígado no tiene nada malo —contestó Krager con aspereza—. No es más que la luz extraña que hay aquí dentro. Cuando me haga a la mar, espaciaré la bebida. Estaré bien. —Pero tenía un aire obsesionado, y la sola mención de abandonar la

bebida había hecho que las manos le temblaran con violencia.

Orden se encogió de hombros. Él había intentado advertírsele.

—Depende de ti, Krager —dijo—. Preguntaré por ahí y veré si puedo encontrarte ese barco que te ponga fuera del alcance del príncipe Sparhawk.

—Pronto, Orden. Pronto. —Krager le tendió la jarra—. Entretanto, ¿por qué no bebemos otra copa?

Ekrasios y su grupo de delfaes llegaron a Norenja a últimas horas de la tarde de un lóbrego día en el que pesadas nubes colgaban bajas sobre las copas de los árboles, y no se movía ni un soplo de aire. Ekrasios se llevó a su amigo de infancia, Adras, y ambos se arrastraron por la enmarañada maleza de arbustos y lianas hasta el borde del claro para inspeccionar las ruinas.

—¿Pensáis vos que nos ofrecerán resistencia? —preguntó Adras en voz baja.

—Es difícil de predecir —replicó Ekrasios—. Anakha y los sus compañeros nos han dicho que estos rebeldes estaban pobremente entrenados. Pienso que su respuesta ante la nuestra aparición repentina dependerá del carácter de sus oficiales. Será mejor que les dejemos camino abierto hacia el bosque circundante. Si los encerráramos, la desesperación impelería a luchar.

Adras asintió con la cabeza.

—Han intentado reparar las puertas —comentó, señalando la entrada de la ciudad.

—Las puertas no serán problema. Yo os instruiré a vos y los compañeros nuestros en el hechizo que modifica la maldición de Edaemus. Esas puertas nuevas son de madera, y la madera decae como la carne. —Levantó los ojos hacia las nubes de color gris sucio—. ¿Podéis vos hacer alguna conjetura sobre la hora del día?

—No faltan más de dos horas para que caiga la noche —replicó Adras.

—Entonces, continuemos adelante. Nos es menester hallar otra puerta que permita huir a los que nos enfrentaremos esta noche.

—¿Y si no la hay?

—Entonces, los que quieran escapar habrán de buscar otros medios. Siento reticencias a dejar en libertad el pleno poder de la maldición de Edaemus. Mas, si la necesidad me obligara, no retrocedería ante tan severo deber. Si escaparan, bien. Si decidieran quedarse y luchar, faremos lo que debemos. Yo os aseguro, Adras, que cuando el sol salga mañana, no quedará entre las murallas de Norenja ninguna criatura viviente.

—¡Buen Dios! —exclamó Berit, cuando espiaba por encima del borde del hecho del río seco a los enormes soldados ataviados con armaduras ajustadas que corrían hacia el oeste por las piedras blanqueadas al sol—. ¡Son monstruos!

—Baja la voz —le advirtió Khalad—. No tenemos forma de saber cómo es de

fino su oído.

Los extraños soldados bestiales eran más grandes que los atanes, y sus bruñidos petos de acero se ajustaban perfectamente a sus torsos, delineando cada músculo. Llevaban yelmos adornados con caprichosos cuernos y alas; las viseras se diferenciaban unas de otras, evidentemente forjadas cada una para ajustarse al rostro del guerrero que la llevaba. Corrían hacia el oeste en una especie de formación desigual, y su agitada respiración era audible incluso desde aquella distancia.

—¿Adónde vamos? —preguntó Berit con impaciencia—. La frontera está en la otra dirección.

—Ese que sigue a los demás, un poco retrasado, tiene una jabalina sobresaliéndole del cuerpo —replicó Khalad—. Yo diría que eso significa que se han enfrentado con los pelois de Tikume. Esos soldados ya han estado en la frontera, y en este momento, regresan.

—¿Regresan adónde? —Berit estaba perplejo—. ¿Adónde pueden ir? Aquí no pueden respirar.

Khalad asomó la cabeza con cautela por encima del borde del lecho y miró con los ojos entrecerrados hacia el otro lado del desierto rocoso.

—Parecen dirigirse hacia ese macizo de colinas que está a un cuarto de legua al oeste. —Hizo una pausa—. ¿Cómo de curioso te sientes hoy, Berit?

—¿Qué tienes en mente?

—El lecho del río desciende desde el interior de esas colinas, y si lo seguimos y mantenemos la cabeza baja, no nos verán. ¿Por qué no nos encaminamos hacia el oeste? Tengo la poderosa impresión de que podríamos descubrir algo de importancia si seguimos a esos tipos.

Berit se encogió de hombros.

—¿Por qué no?

—La verdad es que esa no es una respuesta muy lógica, Berit. A mí se me ocurre media docena de razones para explicar por qué no. —Khalad miró a los jadeantes soldados que avanzaban trabajosamente por el desierto—. Pero hagámoslo, de todas formas. No sé por qué, pero creo que debemos seguirlos.

Volvieron a deslizarse al interior del río seco, y condujeron a sus caballos a lo largo del mismo en dirección oeste.

Avanzaron en silencio por el fondo de la zanja durante aproximadamente un cuarto de hora.

—¿Continúan estando ahí fuera? —susurró Berit.

—Echaré un vistazo. —Khalad volvió a trepar con cuidado por la empinada margen hasta el borde, y asomó la cabeza sólo lo bastante como para ver el otro lado. Luego descendió—. Este lecho comienza a hacerse menos profundo un poco más adelante. Dejemos los caballos aquí.

Continuaron avanzando, agachados para permanecer fuera de la vista, y a medida que la zanja comenzaba a ascender, se encontraron con que tenían que gatear sobre

manos y rodillas.

Khalad se levantó apenas para echar otra mirada.

—Parecen dirigirse a la parte de atrás de aquella otra colina —dijo Khalad en voz baja—. Deslicémonos a lo alto de esa cresta y veamos qué hay al otro lado.

Los dos se arrastraron fuera del ahora somero lecho seco, y subieron hasta un punto de la cresta de la elevación desde el que podían ver lo que había al lado opuesto de la colina señalada por Khalad.

Era una especie de hondonada al abrigo de las tres colinas que se elevaban del desierto circundante. La hondonada estaba vacía.

—¿Adónde han ido? —susurró Berit.

—Esa hondonada era al lugar hacia el que se dirigían —insistió Khalad con el ceño fruncido de perplejidad—. Espera. Aquí llega el que tiene la jabalina clavada en la barriga.

Observaron cómo el soldado herido entraba tambaleándose en la hondonada, medio caía, volvía a levantarse y continuaba avanzando trabajosamente. Alzó su rostro enmascarado y gritó algo.

Khalad y Berit aguardaron, tensos.

Entonces, dos soldados salieron por una abertura estrecha que había en la ladera de una de las colinas, descendieron hasta el fondo de la hondonada, arrastraron al camarada herido colina arriba, y entraron por la boca de la cueva.

—Allí tenemos la respuesta —dijo Khalad—. Corren a lo largo de varias leguas de desierto abierto para llegar a esa caverna.

—¿Por qué? ¿Qué bien puede hacerles?

—No tengo ni la más mínima idea, Berit, pero continúo pensando que es importante. —Khalad se puso de pie—. Regresemos a donde dejamos los caballos. Todavía podremos recorrer una o dos leguas antes de que se oculte el sol.

Ekrasios permanecía agachado en la linde del bosque, aguardando a que se apagaran las antorchas de Norenja y los sonidos de la actividad humana. Los acontecimientos de *Panem-Dea* habían confirmado la valoración hecha por Vanion de aquellos rebeldes, y que había puesto en conocimiento del delfae en Sarna. Si se les daba la más mínima oportunidad, esos soldados pobremente entrenados huirían, y aquello se adaptaba muy bien a los planes de Ekrasios. Aún se mostraba renuente a dejar en libertad la maldición de Edaemus, y la gente que escapaba no tenía que ser destruida.

Adras regresó a la linde de la selva, como un espectro envuelto en las brumas de la noche.

—Todo está dispuesto, Ekrasios —informó en voz baja—. Las puertas se derrumbarán al menor toque.

—Procedamos, entonces —replicó Ekrasios, al tiempo que se ponía de pie y relajaba el rígido control que amortecía su luz interior—. Roguemos para que huyan

todos cuantos hállanse dentro destas murallas.

—¿Y si no escaparan?

—Entonces morirán sin remedio. La promesa que hicimos a Anakha nos sujeta. Vaciamos esas ruinas..., de una u otra forma.

—Aquí no se está tan mal —comentó Kalten mientras desmontaban—. Para empezar, los huesos son más antiguos. —La noche anterior, la necesidad los había obligado a acampar en el monstruoso osario, y estaban todos ansiosos por llegar al final de aquel horror.

Sparhawk gruñó, al tiempo que miraba al otro lado de la extensión de desierto que los separaba del fracturado risco de basalto que parecía ocultar el borde oriental de las Montañas Prohibidas. El sol acababa de alzarse por el este, y su brillante luz se reflejaba en un par de picos adornados de cuarzo que se elevaban de entre las montañas de color negro herrumbroso que tenían al oeste.

—¿Vamos a detenernos aquí? —preguntó Mirtai—. Ese risco está aún a unas cuatrocientas varas de distancia.

—Creo que tenemos que guiarnos por esos dos picos —replicó Sparhawk—, Talen, ¿puedes recordar las palabras exactas de Ogerajin?

—Déjame pensar. —El muchacho frunció el entrecejo a causa de la concentración. Luego asintió brevemente con la cabeza—. Ya lo tengo —dijo.

—¿Cómo consigues eso? —inquirió Bevier, curioso.

Talen se encogió de hombros.

—Tiene un truco. No hay que pensar en las palabras. Sólo concentrarse en el lugar donde las oíste. —Levantó un poco la cabeza, cerró los ojos y comenzó a recitar—. «Al trasponer la Llanura de Huesos llegaréis a las Puertas de la Ilusión tras las cuales se encuentra escondida la Ciudad Oculta de Cyrga. El ojo del hombre mortal no puede percibir aquellas puertas. Severas se alzan como muralla fracturada al borde de las Montañas Prohibidas para cerrar el vueso paso. Dirigid los vuestos ojos, sin embargo, hacia las dos columnas blancas de Cyrgon, y dirigid los pasos vuestos hacia el vacío que se abre entre ellas. No deis crédito a aquello que los vuestos ojos os digan, porque la muralla en apariencia sólida no es sino una niebla y no os impedirá el paso.

—Ésa ni siquiera sonaba como tu propia voz —observó Bevier.

—Eso es parte del truco —explicó Talen—. Ésa era la voz de Ogerajin, más o menos.

—Bien, pues —intervino Sparhawk—. Veamos si de verdad sabía de qué estaba hablando. —Entrecerró los ojos para mirar a los dos brillantes puntos de luz reflejada—. Allí están las dos columnas. —Avanzó algunos pasos hacia la derecha y negó con la cabeza—. Desde aquí se convierten en una sola. —Luego caminó hacia la izquierda—. Desde aquí sucede lo mismo. —Entonces regresó al lugar que ocupaba

en un principio—. Éste es el punto —declaró, con una cierta emoción en la voz—. Esos dos picos están muy juntos. Si uno se desplaza unos pocos pasos en cualquiera de las dos direcciones, no puede siquiera ver la abertura que hay entre ellos. A menos que uno esté buscándola, podría pasarla totalmente por alto.

—Ah, eso está muy bien, Talen —comentó Kalten con sarcasmo—. Si nos acercamos más, el risco nos tatará los picos.

Talen puso los ojos en blanco.

—¿Qué? —preguntó Kalten.

—Tú límitate a avanzar hacia el risco, Kalten. Sparhawk puede quedarse aquí y mantener los ojos sobre la abertura. Él te dirá si debes desplazarte a derecha o izquierda.

—Ah. —Kalten miró a los demás—. No hagáis una montaña de esto —les dijo. Luego se puso en marcha hacia el risco.

—Vira a la derecha —le indicó Sparhawk. Kalten asintió con la cabeza y cambió de dirección.

—Demasiado. Otra vez a la izquierda, un poco.

El blondo pandion continuó avanzando hacia el risco, alterando su curso según las indicaciones que le gritaba Sparhawk. Cuando llegó al risco, lo recorrió al tiempo que golpeaba con las palmas la superficie de roca. Luego sacó su pesada daga, la clavó en el suelo e inició el camino de vuelta.

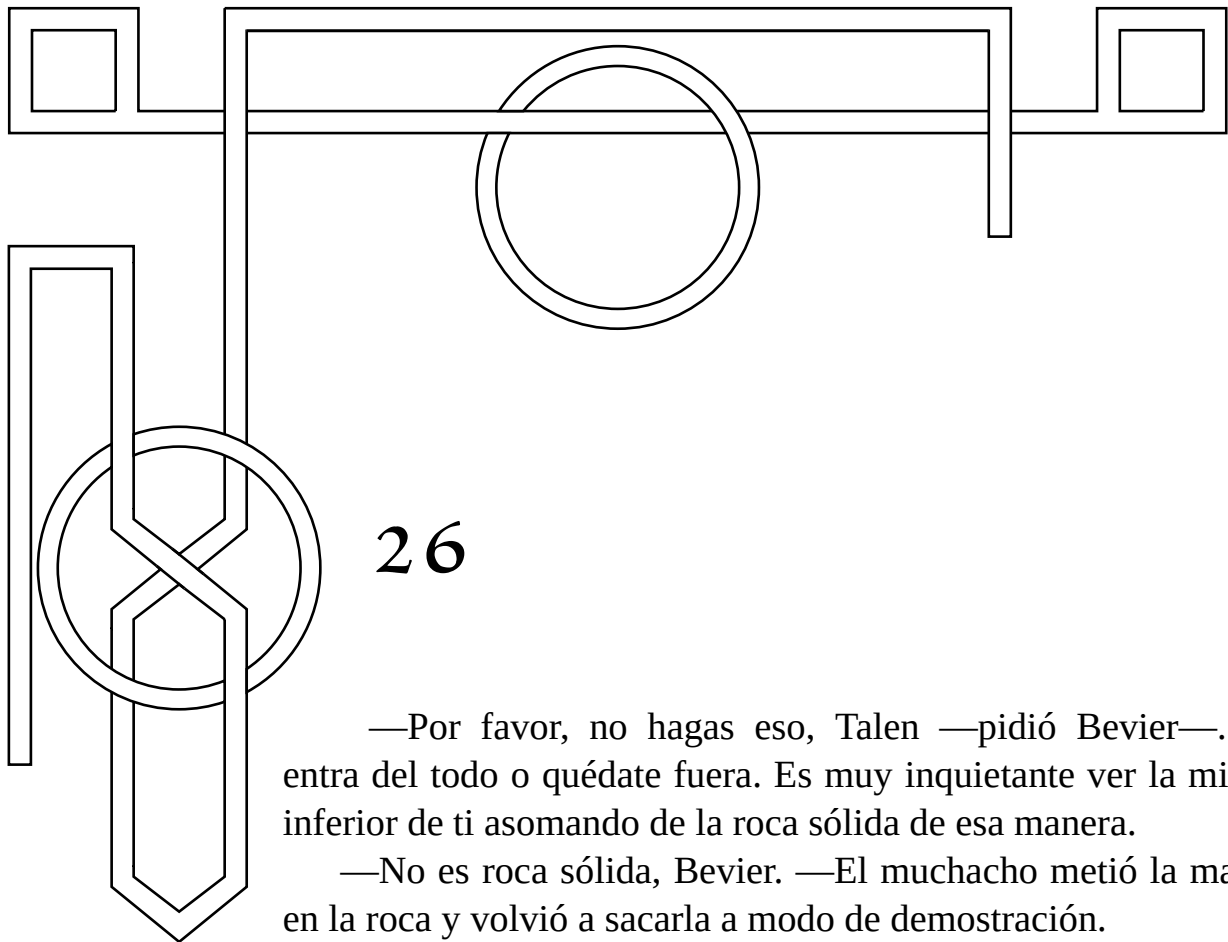
—¿Y bien? —gritó Sparhawk cuando había cubierto ya la mitad de la distancia.

—Ogerajin no sabía de qué estaba hablando —gritó Kalten a modo de respuesta.

Sparhawk profirió una imprecación.

—¿Quieres decir que no hay ninguna abertura? —le preguntó inquieto Talen.

—Oh, ya lo creo que hay una abertura —replicó Kalten—. Pero está por lo menos a cinco codos de donde tu loco dijo que estaría.



26

—Por favor, no hagas eso, Talen —pidió Bevier—. O entra del todo o quédate fuera. Es muy inquietante ver la mitad inferior de ti asomando de la roca sólida de esa manera.

—No es roca sólida, Bevier. —El muchacho metió la mano en la roca y volvió a sacarla a modo de demostración.

—Bueno, pues parece sólida. Por favor, Talen, entra o sal.

No te quedes en medio.

—¿Puedes sentir algo cuando metes la mano? —preguntó Mirtai.

—Ahí dentro hace un poco más de fresco —replicó Talen—. Es una especie de cueva o túnel. Hay luz al otro extremo.

—¿Podemos pasar con los caballos al otro lado? —inquirió Sparhawk.

Talen asintió con la cabeza.

—Es lo bastante grande como para eso... si entramos en fila. Supongo que Cyrgon quería reducir las probabilidades de que alguien descubriera la entrada por accidente.

—Será mejor que me dejéis entrar delante —dijo Sparhawk—. Podría haber guardias al otro lado.

—Yo marcharé justo detrás de ti —declaró Kalten al tiempo que sacaba su daga del suelo y desenfundaba la espada.

—Es una ilusión muy hábil —observó Xanetia mientras tocaba la roca que había a la izquierda de la puerta—. No se ven bordes y es imposible de distinguir de la real.

—Supongo que ha sido lo bastante buena como para ocultar Cyrga durante diez mil años —observó Talen.

—Entremos —decidió Sparhawk—. Quiero echarle un vistazo al lugar.

Hubo dificultades con los caballos, por supuesto. Por muy razonablemente que

uno le explique las cosas a un caballo, él no avanzará voluntariamente hacia una muralla de piedra. Bevier solventó el problema con unas telas que utilizó para envolver sus cabezas y, con Sparhawk al frente, el grupo condujo sus monturas al interior del túnel.

Tenía tal vez unos ochenta codos de largo, y puesto que el otro extremo estaba aún en sombras, la luz no resultaba cegadora.

—Sujeta mi caballo —le murmuró Sparhawk a Kalten. Luego, con la espada sujeta en lo bajo, se encaminó hacia la salida. Cuando llegó a la misma, se tensó y la traspuso con rapidez, volviéndose a ambos lados para parar cualquier ataque.

—¿Hay algo? —inquirió Kalten con un susurro ronco.

—No. Aquí no hay nadie.

El resto del grupo condujo con cautela los caballos al exterior del túnel.

Salieron a un terreno bajo sombreado por árboles y alfombrado por la hierba seca del invierno, salpicado de losas blancas.

—La Cañada de Héroes —murmuró Talen.

—¿Qué? —le preguntó Kalten.

—Así lo llamó Ogerajin. Supongo que suena mejor que «cementerio». Parece que los cyrgais tratan a sus propios muertos un poco mejor que a sus esclavos.

Sparhawk miró al otro lado del extenso cementerio. Señaló hacia el oeste, donde una ligera elevación del terreno señalaba el límite del camposanto.

—Vamos —les dijo a sus amigos—. Quiero ver con exactitud a qué nos enfrentamos.

Atravesaron el cementerio hasta el pie de la elevación, ataron los caballos a los árboles que crecían allí, y treparon con cuidado.

La hondonada era significativamente más baja que el suelo del desierto circundante, y en su centro había un lago de buen tamaño, oscuro y opaco en las sombras de la mañana. El lago estaba rodeado por barbechos invernales, y un bosque de árboles oscuros cubría las laderas de la hondonada. En todo aquel entorno había una especie de rígido orden, como si se hubiese obligado a la naturaleza misma a conformarse de acuerdo con las líneas rectas y los ángulos precisos. Se habían dedicado siglos de trabajo brutal a forjar lo que podría haber sido un lugar de hermosura, en un severo reflejo de la mente del propio Cyrgon.

El valle oculto tenía unas dos leguas de ancho, y al otro lado se alzaba la ciudad que había permanecido oculta durante diez eones. Las montañas de los alrededores habían proporcionado los materiales de construcción, y tanto las murallas de la ciudad como sus edificios estaban hechos de ese mismo basalto volcánico negro amarronado. Las murallas exteriores eran altas y robustas, y dentro de ellas se alzaba una colina abrupta, en forma de cono, cuyas laderas estaban cubiertas de casas apiñadas. En lo alto de la colina se veía otra muralla que encerraba negras agujas que se elevaban a un lado y, en abierto contraste con el resto de la ciudad de agujas blancas que se alzaban al otro.

—No es demasiado creativo —observó Bevier con tono crítico—. El arquitecto no parecía tener mucha imaginación.

—La imaginación no es un rasgo que se fomente entre los cyrgais, caballero —replicó Xanetia.

—Podríamos dar la vuelta por un lado del valle y acercarnos más —sugirió Kalten—. Los árboles nos ocultarán. El terreno que rodea el lago no ofrece muchos lugares por los que avanzar a cubierto.

—Tenemos bastante tiempo —dijo Sparhawk—. Apartémonos de la entrada del túnel. Si es el único camino por el que se puede entrar y salir del valle, es inevitable que haya tráfico. Puedo ver gente que está trabajando en aquellos campos de ahí abajo..., esclavos, con toda probabilidad. Habrá cyrgais vigilándolos, y también podría haber patrullas. Veamos si podemos detectar alguna clase de rutina antes de darnos de narices con algo.

Berit y Khalad acamparon en el árido territorio, en otro macizo de rocas que se encontraba a dos días del lugar en que habían visto a los extraños soldados. Les dieron un poco de agua a los caballos, no encendieron fuego y comieron raciones frías. Khalad habló muy poco, y permaneció sentado mirando al desierto con aire melancólico.

—Deja de preocuparte por ello, Khalad —le dijo Berit.

—Lo tengo justo delante de las narices, Berit. Sé que es así, pero no consigo determinarlo.

—¿Quieres hablar del asunto? Ninguno de los dos va a dormir ni una hora si te pasas toda la noche luchando con ello.

—Puedo meditar en silencio.

—No, de hecho, no puedes. Llevamos demasiado tiempo juntos, amigo mío. Puedo oír tus pensamientos.

Khalad le dedicó una débil sonrisa.

—Tiene que ver con esas criaturas —explicó.

—¿De veras? Jamás lo habría adivinado. Es lo único en que has estado pensando durante los últimos dos días. ¿Qué quieres saber sobre ellos..., aparte del hecho de que son grandes, feos, salvajes y que tienen sangre amarilla?

—Ésa es la parte que no ha dejado de darme vueltas..., esa sangre amarilla. Afrael dice que es debido a que respiran con el hígado. Es así porque lo que están acostumbrados a respirar no es aire. Pueden sobrevivir aquí por poco tiempo, pero cuando comienzan a hacer esfuerzos, se derrumban. Los que vimos el otro día no estaban corriendo sin objeto por el desierto. Tenían un punto de destino específico.

—¿Aquella cueva? ¿Crees que podría tratarse de un refugio para ellos?

—Ahora sí que estamos comenzando a llegar a alguna parte —dijo Khalad a la vez que su rostro adquiría una expresión concentrada—. Los pelois son

probablemente la mejor caballería ligera del mundo, pero los soldados de Klael son casi tan grandes como los trolls, y parecen capaces de hacer caso omiso de heridas que matarían a un ser humano. No creo que huyeran de los pelois.

—No. Estaban intentando huir del aire.

Khalad chasqueó los dedos.

—¡Eso es! —exclamó—. Por eso rompieron filas y huyeron a esas cuevas. No están escondiéndose de los pelois, sino del aire.

—El aire es aire, Khalad..., ya sea en terreno abierto o dentro de una caverna.

—No lo creo así, Berit. Creo que Klael ha llenado esa caverna con el tipo de aire que sus soldados están acostumbrados a respirar. No puede cambiar el aire de todo el mundo, porque mataría a los cyrgais igual que al resto de nosotros, y Cyrgon no le permitiría hacer algo semejante. Pero lo que sí puede hacer es llenar la cueva con esa otra clase de aire. Sería el lugar perfecto. Es un sitio cerrado y más o menos hermético. Les proporciona a esos monstruos un refugio al que acudir cuando comienzan a quedarse sin aliento. Pueden descansar allí y luego salir a luchar un poco más. Será mejor que pases esa información, Berit. Afrael puede poner en conocimiento de los demás que los soldados de Klael se esconden en cuevas porque allí pueden respirar.

—Se lo diré —replicó Berit, dubitativo—. No sé qué bien podrá hacernos a nosotros, pero se lo contaré.

Khalad se repantigó, apoyado en los codos, con una ancha sonrisa en los labios.

—No estás pensando, Berit. Si algo está dándote problemas, y ese algo se esconde en una cueva, no tienes necesidad de entrar a buscarlo. Lo único que necesitas es derrumbar la entrada. Una vez que lo dejas encerrado dentro, puedes olvidarlo. ¿Por qué no le transmites eso a Afrael? Sugierele que les diga a los demás que cierren la entrada de todas las cuevas que encuentren. Ni siquiera tendrá que hacerlo ella misma. —Entonces volvió a fruncir el entrecejo.

—¿Qué sucede ahora?

—Eso era demasiado fácil —respondió Khalad—, y la verdad es que no nos servirá de mucho. Con lo grandes que son esas bestias, podrías derribar encima de ellas toda una montaña y serían capaces de abrirse camino de todas formas. Hay algo más que todavía no acaba de encajar. —Levantó una mano—. Lo averiguaré —prometió—. Sabré qué es aunque me lleve toda la noche.

Berit gimió.

—He decidido ir contigo, Bergsten-sacerdote —replicó la atana Maris, vacilante, hablando elenio con fuerte acento. Había aparecido corriendo desde detrás de la columna de hombres cuando estaban a cinco días al sur de Cynesga.

Bergsten reprimió una imprecación.

—Somos un ejército en movimiento, atana Maris —intentó explicarle con diplomacia—. No podremos tomar las disposiciones necesarias para tu comodidad ni seguridad cuando nos detengamos a pasar la noche.

—¿Disposiciones? —Miró a Neran, el intérprete, con expresión perpleja.

Neran habló con ella en tamul, y la muchacha de elevada estatura estalló en carcajadas.

—¿Qué te resulta tan divertido, atana? —inquirió Bergsten con suspicacia.

—Que te preocupes por eso, Bergsten-sacerdote. Soy un soldado. Puedo defenderme de cualquiera de tus hombres que me admire demasiado.

—¿Y por qué has decidido acompañarnos, atana Maris? —intervino Heldin.

—Se me ocurrió una idea después de que os marcharais de Cynesga, Heldin-caballero —replicó ella—. Hace ya muchas semanas que tengo en la cabeza ir a buscar a Itagne-embajador. Vosotros vais al lugar en que él está, así que iré con vosotros.

—Podemos llevarle un mensaje de tu parte, atana. La verdad es que no tienes necesidad de marchar con nosotros.

Ella negó con la cabeza.

—No, Heldin-caballero. Es un asunto personal entre Itagne-embajador y yo. Él se mostró amistoso conmigo cuando estuvo en Cynesga. Luego se marchó, pero dijo que me escribiría cartas. No lo ha hecho. Ahora debo buscarlo para asegurarme de que está bien. —Sus ojos se endurecieron—. Si está bien, tengo que saber si él ya no quiere ser amistoso conmigo. —Suspiró—. Espero de verdad que sus sentimientos no hayan cambiado. No querría matarlo.

—No quiero tener nada que ver con esto —declaró Gahennas con tono abrupto al tiempo que se ponía de pie y les echaba a las demás una mirada de reprobación—. Estaba dispuesta a unirme a vosotras si eso significaba retorcerle la nariz a Cieronna, pero no voy a complicarme en una traición.

—¿Quién ha hablado de traición, Gahennas? —preguntó Chacole—. No habrá ningún peligro real para nuestro esposo. Sólo vamos a hacer que parezca que hay un complot contra él... y vamos a dejar las pruebas suficientes como para que Cieronna parezca la responsable del complot. Si algo llegara a sucederle a Sarabian, el príncipe heredero ascendería al trono imperial, y Cieronna sería la regente. Dejaremos al descubierto su complot antes de que suceda algo realmente, y quedará desacreditada del todo..., probablemente en prisión... y nosotras ya no tendremos que humillarnos ante ella.

—No me importa lo que tú digas, Chacole —declaró secamente la emperatriz de orejas prominentes—. Estáis poniendo en movimiento algo que huele a traición, y yo no formaré parte de ello. Voy a mantener mis ojos sobre ti, Chacole. Despide a tus espías y abandona de inmediato este descabellado plan, porque si no lo haces... —Gahennas dejó la frase flotando ominosamente en el aire mientras giraba sobre sus talones y salía a grandes zancadas.

—Has sido muy torpe, Chacole —comentó Elysoun, arrastrando las palabras,

mientras seleccionaba con gran cuidado una pieza de fruta de la bandeja de plata que había sobre la mesa—. Puede que Gahennas hubiera accedido si tú no hubieses entrado en tantos detalles. No tenía por qué saber que tú ibas a enviar de hecho a tus asesinos. Todavía no estabas del todo segura de ella, así que has ido demasiado rápido.

—Estoy quedándome sin tiempo. —El tono de Chacole era desesperado.

—Yo no veo la necesidad de tantas urgencias —replicó Elysoun—. Además, ¿cuánto tiempo has ahorrado hoy? Esa bruja tegana va a vigilar cada uno de tus movimientos a partir de ahora. Has errado, Chacole. Ahora vas a tener que matarla.

—¿Matarla? —El rostro de Chacole se puso blanco.

—A menos que no te importe perder la cabeza. Una palabra de Gahennas puede enviarte al patíbulo. La verdad es que no estás hecha para la política de los hombres, querida. Hablas demasiado. —Elysoun se puso perezosamente de pie—. Podemos hablar de esto más tarde —dijo—. Tengo a un entusiasta joven de la guardia esperándome, y no me gustaría que se enfriase. —Se marchó con paso tranquilo.

La actitud descuidada de Elysoun ocultaba una buena cantidad de urgencia. La crianza cynesgana de Chacole la hacía dolorosamente obvia. Se había valido del odio que las demás esposas de Sarabian sentían hacia la emperatriz Cieronna. Esa parte era bastante inteligente, pero la elaborada y complicada historia de representar una imitación de intento de asesinato, resultaba ridículamente excesiva. Estaba muy claro que el intento no iba destinado a fracasar, como proclamaban tan piadosamente Chacole y Torellia. Elysoun comenzó a caminar más rápido. Tenía que llegar hasta su esposo para advertirle que su vida corría un peligro inminente.

—¡Xanetia! —exclamó Kalten, retrocediendo con sorpresa, cuando la anarae apareció de pronto en medio de ellos aquel anochecer—. ¿No puedes toser, o algo parecido, antes de hacer eso?

—No era la mi intención el sobresaltaros, protector mío —se disculpó ella.

—Tengo los nervios un poco tensos en estos momentos —dijo él.

—¿Has tenido suerte? —le preguntó Mirtai.

—He averiguado mucho, atana Mirtai. —Xanetia hizo una pausa para concentrar sus pensamientos—. Los esclavos no están muy vigilados —comenzó—, y la supervisión de los mismos está a cargo de capataces cynesganos, pues muchas tareas domésticas están por debajo de la dignidad de los cyrgais. El propio desierto se encarga de confinar a los esclavos. Aquellos que son lo bastante necios como para huir, perecen sin remedio en el estéril desierto.

—¿Cuál es la rutina de costumbre, anarae? —le preguntó Bevier.

—Los esclavos salen de sus encierros al alba —replicó ella—, y sin que se los mande ni vigile, trasponen las puertas de la ciudad para ocuparse de sus tareas. Luego, a la puesta del sol, todavía sin vigilancia y sin que apenas se fije alguien en

ellos, regresan a la ciudad y a los alojamientos de esclavos para comer. Se los encadena entonces y se los encierra durante la noche, para ponerlos en libertad otra vez con las primeras luces del día.

—Algunos de ellos trabajan en esos bosques de ahí arriba —observó Mirtai, espiando entre los árboles que los ocultaban—. ¿Qué se supone que tienen que hacer?

—Cortan leña para sus amos en ese extenso bosque. Los cyrgais se calientan con fuegos en el frío del invierno. Los esclavos encerrados deben soportar el tiempo que haga.

—¿Has podido enterarte de algo sobre el trazado de la ciudad, anarae? —le preguntó Bevier.

—De algo, caballero. —Ella los llamó con un gesto hacia la linde del bosque para que pudieran mirar al otro lado del valle, hacia la ciudad de negras murallas—. Los cyrgais mismos viven en las laderas de la colina que se alza dentro de las murallas —explicó—, y mantiénnense apartados de la porción más mundana de la ciudad que está más abajo. Hay otra muralla dentro de la exterior, y esa muralla protege a los elegidos de Cyrgon del contacto con las razas inferiores. La parte más baja de la ciudad contiene los alojamientos de los esclavos, los depósitos de comida, y los barracones de los cynesganos que supervisan a los esclavos y se encargan de defender la muralla exterior. Como podéis ver, hay todavía una muralla más interna que rodea la cumbre de la colina. Dentro de esa última muralla, hállanse el palacio del rey Santheocles y el templo de Cyrgon.

Bevier asintió con la cabeza.

—Entonces, es bastante corriente por lo que respecta a la fortificación.

—Si ya os habíais dado cuenta de esto, ¿por qué lo habéis preguntado, caballero? —inquirió ella con acritud.

—Para confirmarlo, querida dama —replicó él, sonriendo—. La ciudad tiene diez mil años de antigüedad. Podrían haber tenido diferentes ideas de cómo construir una ciudad fortificada antes de las modernas armas de guerra. —Contempló la amurallada Cyrga con los ojos entrecerrados—. Es obvio que están dispuestos a sacrificar la ciudad inferior —comentó—. De lo contrario, la muralla exterior estaría defendida por los cyrgais. El hecho de que dejen esa tarea a los cynesganos significa que no le dan mucho valor a esos depósitos de comida y encierros para esclavos. La muralla construida al pie del monte de Cyrgon estará más ferozmente defendida, y en caso de necesidad, se retirarán colina arriba, hasta el interior de esa última muralla que rodea el palacio y el templo.

—Todo eso está muy bien, Bevier, pero —lo interrumpió Kalten—, ¿dónde están Ehlana y Alean?

Bevier lo miró sin sorpresa.

—En lo más alto, por supuesto —replicó—, en el palacio o en el templo.

—¿Cómo has llegado a esa conclusión?

—Son rehenes, Kalten. Cuando tienes rehenes, deben estar lo bastante cerca

como para amenazarlos cuando tus enemigos se acerquen demasiado. Nuestro problema es cómo entrar en la ciudad.

—Ya se nos ocurrirá algo —declaró Sparhawk, confiado—. Adentrémonos un poco más en el bosque y preparémonos para pasar la noche.

Se retiraron entre los árboles y comieron raciones frías, dado que un fuego estaba fuera de toda discusión.

—El problema sigue estando ahí, Sparhawk —dijo Kalten mientras el anochecer descendía sobre el valle oculto—. ¿Cómo vamos a trasponer todas esas murallas?

—La primera muralla es fácil —comentó Talen—. No tenemos más que entrar caminando por la puerta.

—¿Cómo te propones hacer eso sin que te detengan? —exigió saber Kalten.

—La gente sale de la ciudad cada mañana, y vuelve a entrar al ponerse el sol, ¿verdad?

—Ésos son esclavos.

—Exacto.

Kalten lo miró fijamente.

—Nosotros queremos entrar en la ciudad, ¿no es cierto? Ésa es la forma más fácil de conseguirlo.

—¿Y qué hay de las otras murallas? —objetó Bevier.

—Una muralla por vez, caballero —le contestó alegremente Talen—, una muralla por vez. Primero atravesemos la exterior. Luego nos preocuparemos por las demás.

Daiya el peloi llegó cabalgando a toda velocidad por el pedregoso desierto, a eso de media mañana.

—Los hemos encontrado, reverencia —le informó a Bergsten mientras detenía su montura—. La caballería cynesgana intentó alejarnos del lugar en que se ocultan, pero de todas formas los encontramos. Están en esas colinas que tenemos justo delante.

—¿Más de esos grandes con las máscaras? —preguntó Heldin.

—Algunos de esos, amigo Heldin —replicó Daiya—, pero también hay otros... que llevan yelmos anticuados y lanzas.

—Son cyrgais —gruñó Bergsten—. Vanion los mencionó. Sus tácticas son tan antiguas que no constituirán un gran problema.

—¿Dónde están, exactamente, amigo Daiya? —inquirió Heldin.

—Se encuentran en un gran cañón que está en la ladera este de esas colinas, amigo Heldin. Mis exploradores los vieron desde el borde del cañón.

—No cabe duda de que no nos interesa entrar en el cañón tras ellos, vuestra gracia —aconsejó Heldin—. Son soldados de infantería, y los espacios cerrados están hechos para sus tácticas. Tendremos que buscar alguna manera de hacerlos salir a terreno abierto.

La atana Maris le formuló a Neran una pregunta en tamul, y la respuesta de él fue bastante extensa. Ella asintió con la cabeza, le dijo unas breves palabras, y luego echó

a correr en dirección sur.

—¿Adónde va? —exigió saber Bergsten.

—Dice que vuestros enemigos os han tendido una trampa, vuestra gracia —replicó Neran al tiempo que se encogía de hombros—. Ella va a hacerla saltar.

—¡Detenla, Heldin! —dijo Bergsten con tono terminante.

Hay que decir en defensa del caballero Heldin que él intentó alcanzar a la muchacha atana ágil y de pies ligeros, pero ella se limitó a mirar hacia atrás por encima del hombro, reír y acelerar aún más la carrera, dejándolo muy atrás, fustigando a su caballo y mascullando imprecaciones.

Las imprecaciones de Bergsten no fueron masculladas. Le hicieron ampollas al aire que lo rodeaba.

—¿Qué está haciendo? —le preguntó a Neran con tono exigente.

—Ellos planean tenderos una emboscada, vuestra gracia —replicó Neran con calma—. No funcionará si alguien los ve escondidos en el cañón. La atana Maris va a entrar corriendo en el cañón, dejar que la vean, y luego salir nuevamente a la carrera. Tendrán que intentar apresarla. Eso los hará salir a terreno abierto. Puede que os interese pensar en acelerar un poco el paso. Se sentirá terriblemente decepcionada si no estáis en posición de atacar cuando los saque fuera.

El patriarca Bergsten miró hacia el desierto, a la dorada joven atana que corría con facilidad hacia el sur con sus largos cabellos negros volando tras ella. Luego profirió otra maldición, se puso de pie sobre los estribos, y aulló:

—¡Cargad!

Ekrasios y sus camaradas llegaron a *Panem-Dea* a últimas horas de la tarde, justo cuando el sol atravesaba la capa de nubes que había ocultado el cielo durante los días anteriores.

Las ruinas de Synaqua estaban mucho menos reparadas que las de Panem-Dea y Norenja. Toda la muralla este había sido socavada por uno de los numerosos brazos de agua que corrían perezosamente por el pantanoso delta del río Arjun, y la misma se había derrumbado en algún indeterminado momento pretérito. Cuando los rebeldes de Scarpa se trasladaron allí para ocupar las ruinas, la reemplazaron con una empalizada de madera. La construcción era burda, y no resultaba muy imponente.

Ekrasios consideró eso mientras permanecía sentado a solas, contemplando con melancolía cómo el sol iba hundiéndose en el banco de nubes que había al oeste. Un serio problema había surgido después del desastroso asalto de Norenja. Había dado la impresión de que existían muchas puertas por las que los rebeldes presas del terror podrían huir, pero el comandante había bloqueado esas puertas con escombros como parte de las defensas. Los aterrorizados hombres quedaron atrapados dentro de las murallas, y por lo tanto no tuvieron otra alternativa que la de volverse y luchar. Cientos habían muerto en una agonía indescriptible antes de que Ekrasios pudiera

desviar a sus delfaes hacia las zonas deshabitadas de las ruinas de forma que la ruta de escape a través de la puerta principal quedara libre. Muchos de los delfaes habían llorado abiertamente ante el horror que se vieron obligados a infligirles a unos hombres que esencialmente no eran más que campesinos mal aconsejados. Ekrasios necesitó dos días y toda su elocuencia para evitar que la mitad de sus hombres abandonaran la causa y regresaran de inmediato a Delfaeus.

Adras, el amigo de infancia de Ekrasios y su segundo al mando, se encontraba entre los más profundamente turbados. Ahora, Adras evitaba a su líder siempre que le resultaba posible, y las pocas frases que se intercambiaban entre ambos eran abruptas y de carácter oficial. Y así fue que Ekrasios se sintió algo sorprendido cuando Adras acudió a su lado sin que lo llamara en el rojo resplandor de aquel encendido atardecer.

—Quiero hablar una palabra con vos, Ekrasios —dijo a modo de tanteo.

—Por supuesto, Adras. Sabéis que no os era menester el pedirlo.

—Debo deciros que no participaré en el trabajo desta noche.

—Estamos atados por la nuestra promesa entregada a Anakha, Adras —le recordó Ekrasios—. El nuestro anari lo ha jurado, y nosotros estamos obligados a facer honor al su juramento.

—¡No puedo, Ekrasios! —gritó Adras, mientras unas repentinas lágrimas le bajaban por las mejillas—. No puedo soportar lo que fice y tendré que facer si entro en aquesta ciudad. Estoy seguro de que Edaemus no tenía intención de que usáramos su terrible don.

Existía una docena de argumentos que Ekrasios podría haber expuesto, pero en el fondo de su corazón sabía que todos eran falsos.

—No insistiré, Adras. No sería ese el acto de un amigo. —Suspiró—. Os confieso que no estoy menos intranquilo que vos. No somos un pueblo de guerra, Adras, y la maldición de Edaemus convierte la nuestra manera de facer la guerra en más horrible que los indiferentes derramamientos de sangre de las otras razas; y, pues no somos desalmados, el horror nos desgarrar la alma. —Hizo una pausa—. Vos no estáis solo en esa vuesa decisión, ¿digo verdad? Hay también otros en ello. ¿Es cierto?

Adras asintió sin decir palabra.

—¿Cuántos?

—Cerca de un ciento y cincuenta, amigo mío.

Ekrasios quedó impresionado. Casi un tercio de sus fuerzas había literalmente desertado.

—Me afligís, Adras —dijo—. Yo no os ordenaré que abjuréis de los dictados de la vuesa conciencia, pero la ausencia vuesa y la de quienes piensan de similar manera me obligan a dudar de las posibilidades de éxito desta noche. Dejadme pensar en ello. —Comenzó a pasearse por el fangoso bosque; estaba claro que consideraba varias posibilidades—. Nos es menester alcanzar la victoria en cierta medida, aquesta noche —dijo por fin—. Dejadme saber el alcance de la vuesa renuencia, amigo mío. Os

concedo que en conciencia no podéis entrar en las ruinas que se alzan ante nosotros, pero ¿me abandonaríais completamente?

—Jamás, Ekrasios.

—Os lo agradezco, Adras. Aún podéis vos y los vuestros compañeros apoyar el nuestro designio sin causar herida a la sensibilidad vuestra. Como descubrimos en Norenja, la maldición de Edaemus extiende los efectos suyos a otras cosas, además de la carne.

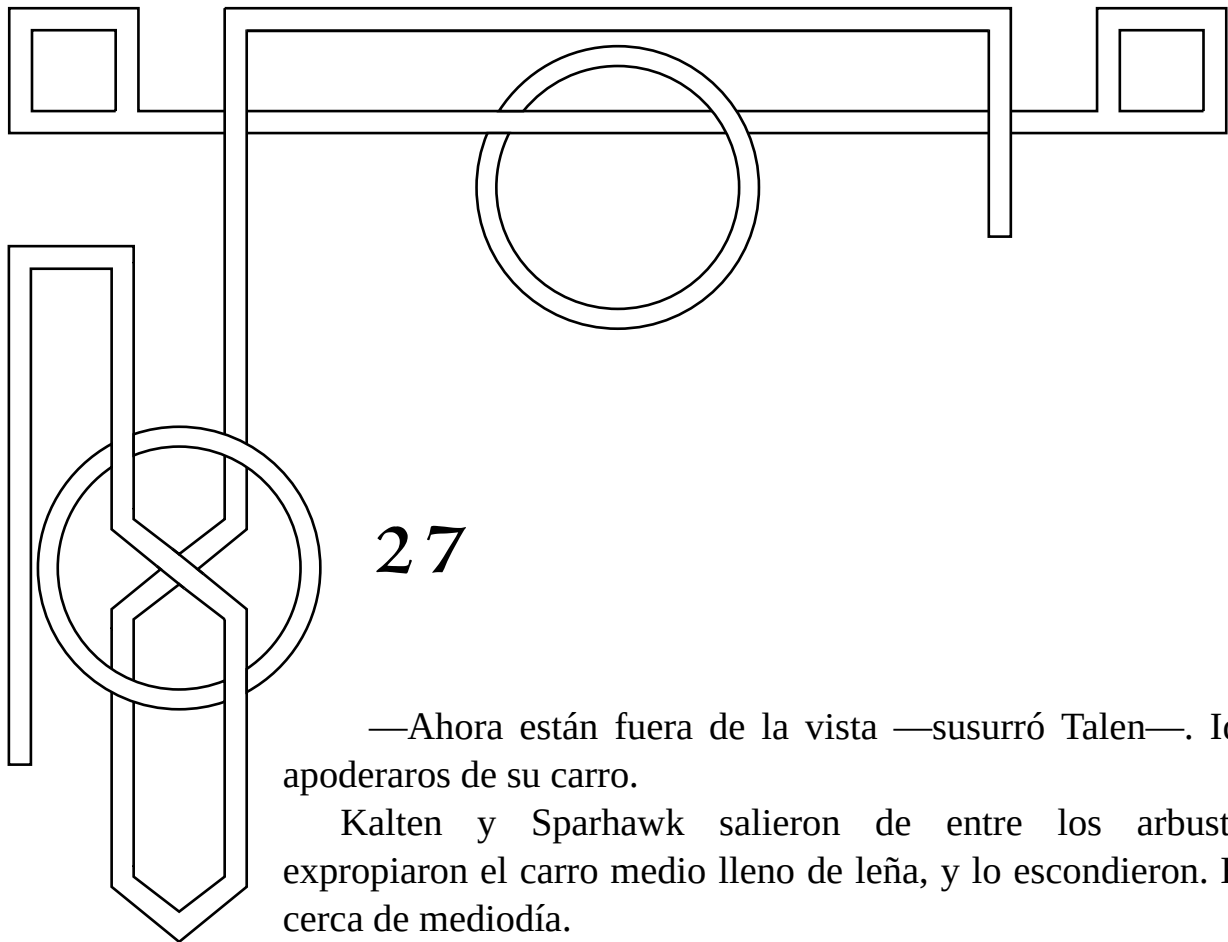
—Verdad decís —asintió Adras—. Las puertas de aquellas tristes ruinas se deshicieron ante el mero toque nuestro.

—La muralla este de Synaqua está hecha de troncos. ¿Podré persuadiros a vos y los compañeros vuestros para que la derrumbéis en tanto que yo y el resto de las fuerzas penetramos en la ciudad?

Adras tenía una mente rápida. La repentina sonrisa que apareció en su rostro borró el distanciamiento que había enrarecido la amistad de ambos durante los últimos días.

—Vos habéis nacido para el mando, Ekrasios —declaró con afecto—. Los mis amigos y yo realizaremos aquesta tarea con alegría. Entrad vos y las vuestras cohortes en Synaqua por la puerta delantera, mientras yo y los míos abrimos una enorme puerta trasera que mire al este, por la cual puedan partir quienes residen dentro de las murallas. Así serán servidas entrambas finalidades.

—Bien dicho, Adras —aprobó Ekrasios—. Bien dicho.



27

—Ahora están fuera de la vista —susurró Talen—. Id a apoderaros de su carro.

Kalten y Sparhawk salieron de entre los arbustos, expropiaron el carro medio lleno de leña, y lo escondieron. Era cerca de mediodía.

—Continúo pensando que ésta es una idea realmente estúpida —refunfuñó Kalten—. Suponiendo que no nos detengan cuando intentemos trasponer la puerta, ¿cómo vamos a descargar nuestras armas y cotas de malla sin que nos vean? ¿Y cómo vamos a salir de los encierros de esclavos para cogerlas?

—Confía en mí.

—Este muchacho está sacándome canas verdes, Sparhawk —se quejó Kalten.

—Es posible que logremos hacerlo, Kalten —intervino Bevier—. Xanetia nos ha dicho que los capataces cynesganos no les prestan mucha atención a los esclavos. Pero ahora, será mejor que quitemos de aquí este carro antes de que los tipos a los que pertenece vuelvan y descubran que ha desaparecido.

Arrastraron el bamboleante carro de dos ruedas por la estrecha senda, hasta el sitio en que Xanetia y Mirtai se escondían entre los arbustos.

—Helos aquí —comentó Mirtai con tono seco desde el escondrijo—. Nuestros héroes regresan con los despojos de la guerra.

—Te adoro, hermanita —le contestó Sparhawk—, pero tu boca es demasiado listilla. Kalten tiene algo de razón, Talen. Los capataces cynesganos en sí puede que sean demasiado estúpidos como para darse cuenta de lo que está sucediendo, pero los otros esclavos tal vez lo adviertan, y el primero que abra la boca al respecto recibirá sin duda una gran atención.

—Estoy trabajando en eso, Sparhawk —replicó el muchacho. Se arrodilló y

examinó la parte de abajo del carro—. No hay problema —declaró, confiado, al tiempo que se ponía de pie y se sacudía el polvo de las rodillas desnudas.

Habían modificado las túnicas cynesganas compradas en Vigayo, quitándoles mangas y capuchas y cortándoles los faldones justo por encima de la rodilla. El atuendo resultante se parecía al que vestían los esclavos que trabajaban en los campos y bosques que rodeaban Cyrga.

Mientras los demás se dispersaban por el bosque para ratear leña de las pilas cortadas por los esclavos, Talen permaneció en el escondrijo para trabajar en algo que estaba haciendo en la parte inferior del carro. Habían reunido una pila considerable para cuando él acabó. Sparhawk regresó una vez más con otra brazada de leña y se encontró al muchacho que acababa en ese momento.

—¿Quieres echar un vistazo a esto, Sparhawk? —preguntó Talen desde debajo del carro.

Sparhawk se arrodilló para examinar la obra del joven ladrón. Talen había encajado apretadamente el extremo de unas delgadas ramas entre las maderas del piso del carro, y luego las había tejido en forma de cesta bien apretada bajo el fondo del carro robado.

—¿Estás seguro de que no se romperá con una sacudida? —inquirió, dubitativo—. Podría resultar un poco embarazoso que todas nuestras armas y cotas de malla se desparramaran por el suelo en el preciso momento en que pasamos por la puerta de la ciudad.

—Lo conduciré yo mismo, si quieres —replicó Talen. Sparhawk gruñó.

—Ata las espadas entre sí para que no golpeen las unas contra las otras, y mete hierba alrededor de las cotas de malla para amortiguar el tintineo.

—Sí, oh, glorioso caudillo. ¿Cuántas otras cosas que yo ya sepa quieres contarme?

—Limítate a hacerlo, Talen. No me des discursos de listillo.

—Mi intención no es resultar ofensivo, Mirtai —estaba diciendo Kalten—. Sólo que tus piernas son más bonitas que las mías.

Mirtai levantó el borde de su túnica y contempló con ojo crítico sus largas piernas doradas. Luego miró las de Kalten.

—Sí, lo son bastante más, ¿verdad?

—Lo que estoy intentando decir es que no llamarán tanto la atención si te las ensucias con fango. No creo que los guardias de la puerta sean ciegos, y si alguno ve los hoyuelos de tus rodillas, es probable que se dé cuenta de que no eres un hombre, y podría tomar la decisión de investigar un poco más.

—Será mejor que no se les ocurra —replicó ella con tono gélido.

—En este lugar no hay tantos cubiles de los hombres-cosas como los había en el lugar Sopal o en el lugar Arjun —observó Bhlok w mientras él y Ulath miraban desde

lo alto el poblado de Zhubay. En apariencia, habían estado viajando durante varios días, pero ellos sabían que no era así.

—No —concordó Ulath—. Es un lugar más pequeño con menos hombres-cosas.

—Pero hay muchos de los cubiles-de-tela al otro lado del agujero de agua —agregó el troll, al tiempo que señalaba la gran población de tiendas instalada al otro lado del oasis.

—Ésas son las que estamos cazando —respondió Ulath.

—¿Estás seguro de que se nos permite cazar y comer a éstos? —inquirió Bhlok w—. Tú y Tin-in no me dejasteis hacer eso en el lugar Sopal ni en el lugar Arjun, ni siquiera en el lugar Nat-od.

—Aquí está permitido. Les hemos puesto un señuelo para atraerlos a este lugar y poder cazarlos para comer.

—¿Qué señuelo se usa para atraer a los hombres-cosas? —preguntó Bhlok w, curioso—. Si alguna vez las mentes de los dioses vuelven a estar bien y nos dejan volver a cazar a los hombres-cosas, será bueno saber eso.

—El señuelo es pensamiento, Bhlok w. Los hombres-cosas de los cubiles-de-tela han acudido a este lugar porque algunos de nuestros compañeros de manada les pusieron en el pensamiento que los hombres-cosas altos con piel amarilla iban a estar aquí. Los de los cubiles-de-tela han venido a luchar con los altos de piel amarilla.

El rostro de Bhlok w se contorsionó en una monstruosa aproximación de sonrisa.

—Ése es buen señuelo, U-lat —dijo—. Invocaré a Ghworg y Ghnomb para decirles que ahora iremos a cazar. ¿A cuántos podemos matar y comer?

—A todos, Bhlok w. A todos.

—Ése no es un buen pensamiento, U-lat. Si los matamos y comemos a todos, no criarán, y no habrá nuevos que poder cazar a la temporada siguiente. El buen pensamiento es dejar siempre que escapen los bastantes como para que puedan criar y mantener siempre igual el número de su manada. Si nos los comemos a todos ahora, no habrá ninguno para comer después.

Ulath se puso a pensar en aquello mientras Bhlok w ejecutaba el breve hechizo troll para invocar a Ghworg y los otros tres dioses. Decidió no hacer de aquello un tema de discusión. Los trolls eran cazadores, no guerreros, y requeriría mucho tiempo explicarles el concepto de la guerra a muerte.

Bhlok w conferenció durante un buen rato con las enormes presencias de sus dioses en la luz grisácea del No-Tiempo, y luego alzó su rostro de bruto y profirió el aullido que reuniría al resto de la manada.

La gran masa peluda corrió ladera abajo en la acerada luz del tiempo congelado hacia la aldea y el bosque de tiendas que se encontraba más allá del oasis, mientras Ulath y Tynian observaban desde lo alto de la colina. Los trolls se dividieron, rodearon la aldea y avanzaron por entre las tiendas cynesganas, dispersándose al seleccionar su presa cada una de las enormes bestias. Luego, evidentemente a una señal de Bhlok w, la fría luz rieló y volvió el brillo del sol.

Hubo gritos, por supuesto, pero era algo de esperar. Pocos son los hombres del mundo que no gritarían cuando un troll adulto saliera repentinamente de la nada delante de sus propias narices.

La carnicería que tuvo lugar en aquel matadero en que se transformaron los terrenos de más allá del oasis fue horrible, puesto que los trolls no se dedicaban a luchar con los cynesganos sino a desgarrarlos en pedazos en preparación del festín que seguiría.

—Algunos están escapando —observó Tynian, señalando a un grupo considerable de cynesganos que, presas del pánico, fustigaban a sus caballos en dirección sur.

Ulath se encogió de hombros.

—Son el ganado de cría —replicó.

—¿Qué?

—Es un concepto troll, Tynian. Es una forma de garantizar el suministro continuado de comida. Si los trolls se los comieran hoy a todos, no quedaría ninguno para la cena de mañana.

Tynian se estremeció con repulsión.

—¡Ése es un pensamiento horrible, Ulath! —exclamó.

—Sí —asintió Ulath—, moderadamente horrible, pero uno debe respetar siempre las costumbres y tradiciones de sus aliados, ¿no te parece?

Después de media hora, las tiendas estaban todas aplastadas, al ganado de cría se le había permitido escapar, y los trolls se instalaron para comer. La amenaza cynesgana había sido eliminada por completo en el norte, y ahora los trolls quedaban en libertad de unirse a la marcha sobre Cyrga.

Khalad se sentó de pronto, apartando a un lado las mantas.

—Berit —dijo con voz brusca.

Berit despertó al instante, y tendió la mano hacia la espada.

—No, no —le dijo Khalad—. No es nada de eso. ¿Sabes qué es el grisú?

—Nunca he oído hablar de ello. —Berit bostezó y se frotó los ojos.

—En ese caso, tendré que hablar con Afrael... en persona. ¿Cuánto tardarás en enseñarme el hechizo?

—Eso depende, supongo. ¿No puedes transmitirle a través de mí lo que tengas que decirle?

—No. Necesito hacerle algunas preguntas, y tú no entenderías de qué estoy hablando. Tengo que mantener una conversación con ella por mí mismo. Es muy importante, Berit. No tengo por qué entender el idioma sólo para repetir las palabras, ¿verdad?

Berit frunció el entrecejo.

—No estoy muy seguro. Sefrenia y el estiriano que la reemplazó en Demos no nos dejaban hacerlo de esa forma, porque decían que teníamos que pensar en

estiriano.

—Puede que ésa fuera una peculiaridad de ellos, no de Afrael. Intentémoslo y veamos si puedo llegar hasta ella.

Les llevó casi dos horas, y Berit, a quien le escocían los ojos y sin duda necesitaba más sueño, comenzó a ponerse refunfuñón hacia el final.

—Voy a pronunciar mal algunas palabras —declaró por fin, Khalad—. No hay forma de que pueda llegar a retorcer la boca para conseguir algunos de esos sonidos. Intentémoslo de esta manera y veamos qué sucede.

—Harás que se enfade —le advirtió Berit.

—Lo superará. Allá voy. —Khalad comenzó a pronunciar el hechizo con vacilaciones, mientras sus dedos titubeaban al moverse con los gestos que acompañaban a las palabras.

—¿Puede saberse qué estás haciendo, Khalad? —La voz de ella casi restalló en los oídos del joven.

—Lo siento, Flute —se disculpó él—, pero esto es urgente.

—No estará herido Berit, ¿verdad? —exigió saber ella con una nota de preocupación.

—No. Está bien. Sólo se trata de que yo necesito hablar contigo personalmente. ¿Sabes qué es el grisú?

—Sí. Algo que mata a los mineros del carbón.

—Tú dijiste que los soldados de Klael respiran algo parecido a los gases de pantano.

—Sí. ¿Adónde quieres ir a parar con esto? En este momento estoy bastante ocupada.

—Por favor, ten paciencia, divina Afrael. Todavía estoy buscando el camino a tientas en este asunto. Berit te dijo que habíamos visto a esos extraños correr hacia una cueva, ¿no es cierto?

—Sí, pero continúo sin...

—Yo pensé que Klael podría haber llenado la cueva con gases de pantano de manera que sus soldados pudieran acudir allí a respirar, pero ahora ya no estoy tan seguro de eso. Tal vez ya hay gas en esa cueva.

—¿Quieres hacerme el favor de entrar en materia?

—¿Es posible que los gases de pantano y el grisú sean similares en algo?

Ella profirió uno de aquellos enfurecedores suspiros de paciente sufrimiento.

—Muy similares, Khalad..., cosa que entra dentro de lo razonable dado que son la misma cosa.

—Te adoro de verdad, Afrael —declaró el joven con una risa de deleite.

—¿A qué viene eso ahora?

—Ya sabía yo que tenía que existir alguna clase de conexión. Esto es un desierto y aquí no hay pantanos. No conseguía imaginar por nada del mundo de dónde estaba sacando Klael el gas de pantano para llenar la cueva.

»Pero no tenía necesidad de hacerlo, ¿verdad? Si el gas de pantano es lo mismo que el grisú, lo único que tenía que hacer era encontrar una caverna con una veta de carbón.

—Muy bien, ahora que he respondido a tu pregunta y satisfecho tu curiosidad, ¿puedo marcharme?

—Dentro de un instante, divina Afrael —replicó él mientras se frotaba las manos con regocijo—. ¿Hay alguna manera de que puedas soplar un poco de aire al interior de la cueva para que se mezcle con el grisú que respiran esos soldados?

Se produjo otra larga pausa.

—¡Eso es horrible, Khalad! —exclamó la diosa-niña.

—¿Y lo que le sucedió a mi señor Abriel, y a los caballeros de mi señor Vanion, no lo fue? —preguntó él con tono indignado—. Esto es la guerra, Afrael, una guerra que tenemos que ganar a toda costa. Si los soldados de Klael pueden entrar en esas cavernas para respirar, saldrán para atacar a nuestros amigos cada vez que les volvemos la espalda. Tenemos que encontrar la manera de neutralizarlos, y creo que es esa. ¿Puedes llevarnos de vuelta a la caverna donde vimos a esos soldados?

—De acuerdo. —El tono de ella era algo mohíno.

—¿De qué estabas hablando con ella? —le preguntó Berit.

—De una forma de ganar la guerra, Berit. Recojamos las cosas. Afrael va a llevarnos de vuelta a la cueva.

—¿Todavía nos siguen? —le preguntó a gritos Vanion al caballero Endrik, que marchaba en la retaguardia.

—Sí, mi señor —gritó Endrik a modo de respuesta—. Pero algunos están comenzando a quedarse atrás.

—Bien. Empiezan a debilitarse. —Vanion miró hacia el fondo de la árida extensión rocosa que tenían delante—. Tenemos espacio de sobra —le comentó a Sefrenia—. Los llevaremos hasta esos llanos y los haremos correr durante un rato.

—Esto es cruel, Vanion —le reprochó ella.

—Ellos no tienen obligación de seguirnos, amor. —Se puso de pie sobre los estribos—. Acelerad el paso, caballeros —les gritó a sus hombres—. Quiero que esos monstruos corran de verdad.

Los caballeros pusieron sus caballos al galope y entraron en los áridos llanos con un acerado tintineo sonoro.

—¡Están retirándose! —gritó Endrik desde la retaguardia, pasada una media hora. Vanion levantó su brazo cubierto de acero para ordenar un alto.

Luego frenó y miró hacia atrás.

Los enmascarados gigantes habían renunciado a la persecución y ahora corrían en dirección oeste, dando trapiés hacia unas colinas rocosas que se alzaban del desierto a alrededor de una legua de distancia.

—Eso es lo que tiene a todo el mundo perplejo —le comentó a Sefrenia—. Por lo que me ha dicho Afrael, los demás se encontraron con el mismo fenómeno. Los soldados de Klael nos persiguen durante un rato, y luego se retiran y corren hacia el macizo de colinas más cercano. ¿Qué esperan hallar que les haga bien?

—No tengo ni idea, querido —replicó ella.

—Todo esto está muy bien, supongo —dijo Vanion con el ceño fruncido por la preocupación—, pero cuando iniciemos el avance final sobre Cyrga, no vamos a tener tiempo de hacer correr a esos brutos hasta el agotamiento. Y no sólo eso; es probable que Klael comience a concentrarlos en unidades más numerosas que estos regimientos con los que hemos estado encontrándonos en terreno abierto. Si no hallamos una manera de neutralizarlos de forma permanente, nuestras probabilidades de llegar vivos a Cyrga no son muy buenas.

—¡Señor Vanion! —gritó uno de los caballeros, alarmado—. ¡Hay más que vienen hacia aquí!

—¿Por dónde? —Vanion se volvió.

—¡Por el oeste!

Vanion miró con los ojos entrecerrados hacia donde huían los primeros monstruos; y entonces los vio. En los llanos había dos regimientos de soldados de Klael. El que habían encontrado primero se tambaleaba y daba traspiés corriendo hacia las colinas que se alzaban en el horizonte. El otro venía hacia ellos desde esas mismas colinas, y ese segundo grupo no daba muestras del agotamiento que había incapacitado a sus camaradas.

—Esto es ridículo —murmuró Talen mientras examinaba al candado de las cadenas con sensibles dedos.

—Tú dijiste que podrías abrirlos —lo acusó Kalten con un susurro ronco.

—Kalten, incluso tú podrías abrir esto. Son los peores candados que he visto jamás.

—Limítate a abrirlos, Talen —le dijo Sparhawk en voz baja—. No des conferencias. Todavía tenemos que salir de este barracón.

Se habían mezclado con los demás esclavos y traspuesto las puertas de Cyrga sin estorbos, cuando el sol estaba ocultándose. Luego siguieron a los esclavos hasta una plaza abierta cercana a la puerta, descargaron su carro en uno de los montones de leña apilada allí, y dejaron el carro contra una pared de piedra tosca, junto a los demás. Posteriormente, como mansas terneras, entraron en el gran barracón de esclavos y permitieron que los capataces cynesganos los encadenaran a los aros de hierro herrumbroso que sobresalían de la pared posterior.

Les dieron una sopa líquida y aguada, y luego se tendieron sobre las pilas de paja mugrienta apilada contra la pared para aguardar la caída de la noche. Xanetia no se encontraba con ellos. Silenciosa e invisible, recorría las calles de fuera del barracón.

—Mantén quietas las piernas, Kalten —siseó Talen—. No puedo quitarte la cadena si te sacudes de esa forma.

—Perdón.

El muchacho se concentró durante un momento, y el candado se abrió. Luego Talen avanzó a gatas por la paja susurrante.

—No te tomes tantas confianzas —murmuró la voz de Mirtai en la oscuridad.

—Perdona. Estaba buscando un tobillo.

—Está al otro extremo de la pierna.

—Sí. De eso ya me había dado cuenta. Está oscuro, atana. No puedo ver lo que hago.

—¿Qué estáis haciendo ahí? —Era un tipo de voz gimoteante y servil que provenía de algún punto de las pilas de paja que se hallaban al otro lado de Kalten.

—No es asunto tuyo —le espetó Kalten—. Vuelve a dormirte.

—Quiero saber qué estáis haciendo. Si no me lo dices, llamaré al capataz.

—Será mejor que le cierres la boca, Kalten —murmuró Mirtai—. Es un informador.

—Me encargaré de ello —replicó Kalten con tono ominoso. Se alejó a gatas por la paja.

—¿Qué estáis haciendo? —exigió saber el esclavo de la voz gimoteante—. ¿Cómo has...? —La voz se cortó en seco, y sobre la paja se produjeron algunos golpeteos repentinos y se oyó un gorgoteo resollante.

—¿Qué está sucediendo ahí? —gritó una voz ronca desde el barracón de los capataces. Por la puerta del barracón salía luz que bañaba el patio.

No hubo respuesta; sólo unos pocos y espasmódicos roces susurrantes contra la paja. Kalten tenía la respiración algo agitada cuando regresó a su sitio, volvió a rodearse el tobillo con la cadena a toda prisa, y se lo cubrió con paja.

Aguardaron en tensión, pero era evidente que el capataz cynesgano había decidido no investigar. Regresó al interior y cerró la puerta tras de sí, sumiendo el patio en tinieblas.

—¿Sucede eso con frecuencia?... entre los esclavos, quiero decir —le susurró Bevier a Mirtai mientras Talen lo desencadenaba.

—Constantemente —murmuró ella—. No existe la lealtad entre los esclavos. Uno sería capaz de traicionar a otro por un mendrugo más de pan.

—¡Qué triste!

—¿La esclavitud? Podría encontrar palabras mucho más duras que «triste».

—Vamos —les dijo Sparhawk.

—¿Cómo vamos a encontrar a Xanetia? —susurró Kalten cuando atravesaban en barracón.

—No podemos. Tendrá que encontrarnos ella a nosotros.

A Talen no le llevó más que un momento abrir la cerradura de la puerta, y todos se escabulleron hacia la oscura calle sobre la que se abría. Se deslizaron por la calle

que desembocaba en la enorme plaza donde estaba amontonada la leña, y se detuvieron antes de salir al espacio abierto.

—Echa un vistazo, Talen —sugirió Sparhawk.

—Bueno.

El joven ladrón se mezcló con las sombras. El resto aguardó en tensión.

—Vía libre. —El susurro de Talen les llegó tras pocos minutos—. Los carros están aquí.

Siguieron el sonido de su voz queda y pronto llegaron a la fila de carros que se encontraban contra la pared.

—¿Has visto algún guardia? —le preguntó Kalten.

—¿Quién va a quedarse toda la noche despierto para guardar pilas de leña? —Talen se tendió boca abajo y se arrastró debajo del carro. Se oyó un leve crujir producido por las ramitas estrechamente entretejidas del cesto improvisado—. Toma.

La punta de una espada golpeó contra el mentón de Sparhawk. El caballero pandion la cogió, se la pasó a Kalten, y luego se inclinó.

—Dámelas con el puño hacia mí —le indicó—. No me pinches de esa manera con el extremo afilado de una espada.

—Lo siento. —Talen continuó pasando las espadas a las que luego siguieron las cotas de malla y las túnicas. Todos se sintieron mejor al estar nuevamente armados.

—¿Anakha? —La voz era baja y muy ligera.

—¿Eres tú, Xanetia? —Sparhawk se dio cuenta de lo necia que era la pregunta casi antes de que saliera de sus labios.

—En verdad —replicó ella—. Alejémonos, os lo ruego. El susurro es la voz natural del sigilo, y viaja hasta muy lejos en la noche. Alejémonos para que los que vigilan esta ciudad dormida no vengan aquí en busca de la fuente de nuestra incauta conversación.

—Vamos a tener que esperar un poco —dijo Khalad—. Afrael tiene que soplar aire al interior de la caverna.

—¿Estás seguro de que esto dará resultado? —inquirió Berit, dubitativo.

—No, la verdad es que no, pero merece la pena intentarlo, ¿no te parece?

—Ni siquiera tienes la seguridad de que estén todavía dentro de la caverna.

—En realidad, eso no tiene importancia. En cualquier caso, ya no podrán ocultarse ahí.

Khalad se puso a envolver con cuidado un trozo de tela embebido en aceite en la punta de una de las flechas de su ballesta. Luego, poniendo buen cuidado en ocultar las chispas con su cuerpo, comenzó a frotar el pedernal y el acero. Tras un momento, la yesca se encendió.

Entonces depositó con cuidado la vela detrás de una roca de buen tamaño.

—Afrael parece descontenta con esto, Khalad —comentó Berit mientras se

levantaba una brisa helada.

—Tampoco yo me sentí demasiado contento con lo que le sucedió a mi señor Abriel —replicó Khalad con frialdad—. Le tenía un gran respeto a ese anciano, y estos monstruos de sangre amarilla lo hicieron pedazos.

—¿Estás haciendo esto por venganza, entonces?

—No. No realmente. Ésta es sólo la forma más práctica de librarse de ellos. Pídele a Afrael que me informe cuando haya el bastante aire en la caverna.

—¿Cuánto tiempo puede requerir eso?

—No tengo ni idea. Todos los mineros que alguna vez lo vieron de cerca, están muertos. —Khalad se rascó la barba—. No estoy del todo seguro de qué sucederá aquí, Berit. Cuando el gas de los pantanos se prende fuego, simplemente arde hasta consumirse y se apaga. El grisú es un poco más espectacular.

—¿Qué es todo eso de soplar aire al interior de la cueva? —exigió saber Berit.

Khalad se encogió de hombros.

—El fuego es una cosa viva. Tiene que poder respirar.

—No estás haciendo otra cosa que conjeturas, ¿no es cierto? No tienes ni idea de si va a dar resultado o no..., ni de si lo da, qué puede suceder.

Khalad le dedicó una tensa sonrisa.

—Tengo una buena teoría de trabajo.

—Yo creo que estás loco. Podrías prenderle fuego a todo el desierto con este estúpido experimento tuyo.

—Oh, probablemente eso no sucederá.

—¿Probablemente?

—Es muy improbable. Ya puedo vislumbrar la boca de esa caverna. ¿Por qué no lo intento?

—¿Qué sucederá si erras el tiro?

Khalad se encogió de hombros.

—Dispararé otra vez.

—No me refiero a eso. Estaba... —Berit se interrumpió y escuchó con atención—. Afrael dice que la mezcla ya está preparada. Puedes disparar cuando estés listo.

Khalad sostuvo la punta de la flecha sobre la llama de la vela, al tiempo que la hacía girar para asegurarse de que el trapo oleoso se encendía en toda su superficie. Luego colocó con precisión la flecha ardiente en la ballesta, apoyó la parte delantera del arma sobre una roca, y apuntó con cuidado.

—Allá va —comentó mientras apretaba lentamente el disparador. La ballesta produjo un sonido musical, y la flecha trazó una línea en el aire y desapareció dentro de la boca de la cueva.

Nada sucedió.

—Bien por tu buena teoría de trabajo —comentó Berit con tono sardónico.

Khalad imprecó a la vez que daba un puñetazo sobre el pedregoso suelo.

—Tiene que dar resultado, Berit. Lo hice todo exactamente...

El estampido que se produjo al explotar la elevación superaba todo lo imaginable, y una bola de fuego de cientos de codos de ancho subió hacia el cielo procedente del cráter que de pronto había reemplazado a la colina. Sin pensar, Khalad se arrojó sobre la cabeza de Berit y se cubrió la parte de atrás de la suya propia con las manos.

Afortunadamente, lo que les cayó encima fue casi todo grava. Las rocas más grandes descendieron más lejos en el desierto.

Continuó lloviendo grava durante varios minutos, y los dos jóvenes, golpeados y sacudidos, permanecieron tendidos y en tensión, soportando el cataclismo resultante del experimento de Khalad.

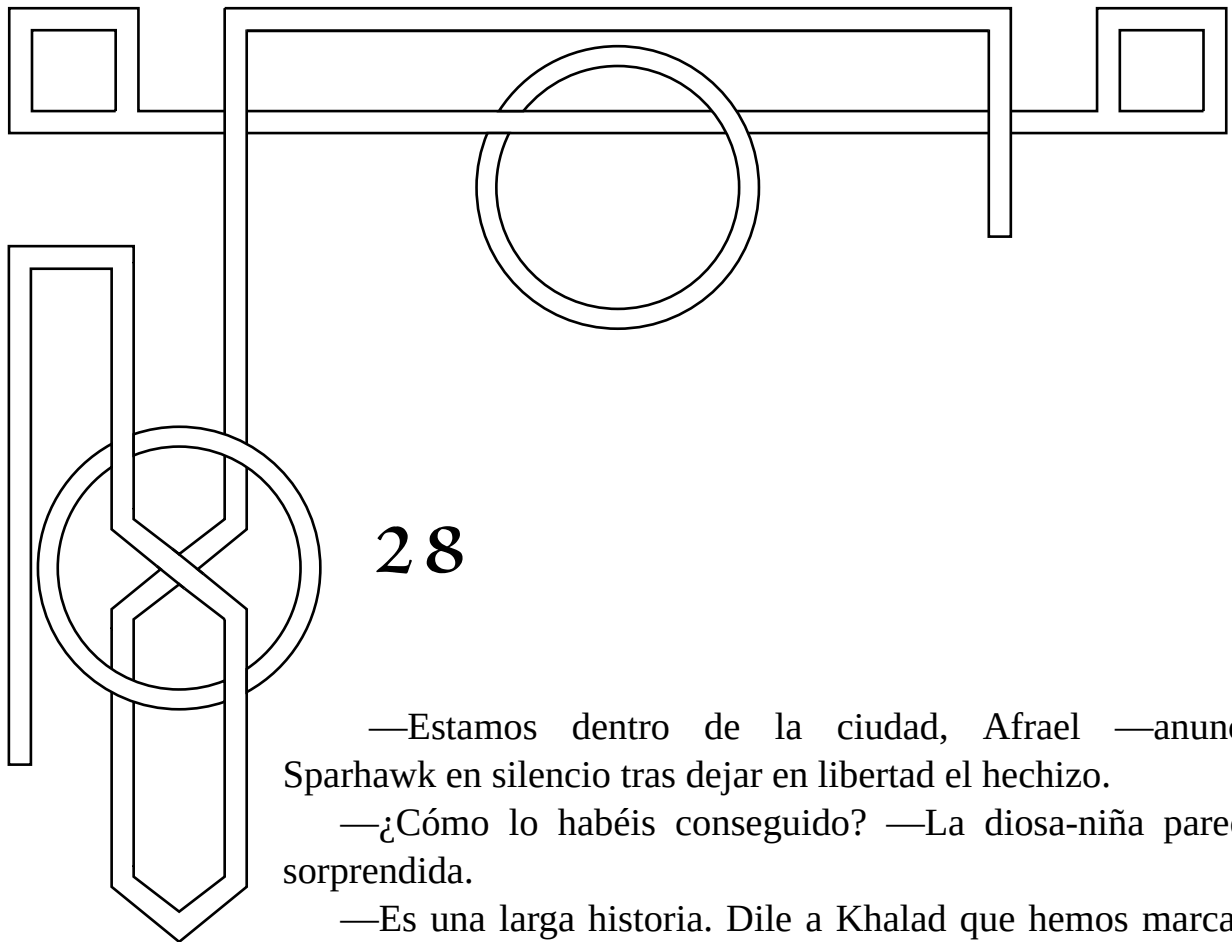
Gradualmente, la punzante lluvia amainó.

—¡Eres un idiota! —chilló Berit—. ¡Podrías habernos matado a ambos!

—Debo haber calculado un poco mal —concedió Khalad mientras se sacudía el polvo del pelo—. Tendré que trabajar un poco en ello antes de que volvamos a intentarlo.

—¿Volver a intentarlo? ¿De qué estás hablando?

—Da resultado, Berit —replicó Khalad en su tono de voz más razonable—. Lo único que he de hacer es ajustarlo un poco más. Todos los experimentos pasan por algunos pasos toscos al principio. —Se puso de pie, golpeándose un lado de la cabeza con la parte inferior de la mano para acallar el zumbido de sus oídos—. Los perfeccionaré, mi señor —prometió mientras ayudaba a Berit a ponerse de pie—. La próxima vez no será ni con mucho tan malo como esta. Ahora, ¿por qué no le pides a Afrael que nos lleve de vuelta al campamento? Es probable que estén vigilándonos, así que será mejor no levantar sospechas.



28

—Estamos dentro de la ciudad, Afrael —anunció Sparhawk en silencio tras dejar en libertad el hechizo.

—¿Cómo lo habéis conseguido? —La diosa-niña parecía sorprendida.

—Es una larga historia. Dile a Khalad que hemos marcado el pasadizo que conduce al valle. Él sabrá qué debe buscar.

—¿Habéis descubierto ya dónde tienen a madre?

—Por especulación.

Se produjo una larga pausa.

—Será mejor que acuda allí —decidió.

—¿Cómo vas a encontrarnos?

—Te utilizaré como punto de referencia. Limitate a continuar hablándome.

—No creo que sea una buena idea. Aquí estamos sobre el regazo del propio Cyrgon. ¿No podrá percibir tu presencia?

—Xanetia está allí, ¿no es cierto?

—Sí.

—En ese caso, Cyrgon no sentirá nada de nada. Por eso la envié con vosotros. —Hizo otra pausa—. ¿A quién se le ocurrió la forma de meteros en la ciudad?

—Fue idea de Talen.

—¿Lo ves? Y pensar que tú querías discutir sobre si llevarlo o no contigo... ¿Cuándo vas a aprender a confiar en mí, padre? No dejes de hablar. Ya te tengo casi localizado. Cuéntame cómo consiguió Talen meteros dentro de las murallas de Cyrga.

Él describió el subterfugio con bastante detalle.

—Muy bien —dijo ella desde detrás de él—. Con eso basta. Ya me he hecho una idea general. —Dio media vuelta y la vio en brazos de Xanetia. Ella recorrió el

entorno con los ojos—. Veo que los cyrgais todavía no han descubierto el fuego. Esto está más oscuro que el interior de una bota vieja. ¿Dónde estamos, con exactitud?

—En la ciudad externa, divina Afrael —le contestó Bevier en voz baja—. Supongo que podría llamárselo el distrito comercial. Aquí se encuentran los barracones de los esclavos y varios almacenes. Está guardada por cynesganos, y no parecen muy alerta.

—Bien. Salgamos de la calle.

Talen avanzó a tientas a lo largo de uno de los almacenes de tipo cabaña, hasta que encontró una puerta.

—Aquí —susurró.

—¿No tiene echado el cerrojo? —preguntó Kalten.

—Ahora, ya no.

Los demás se reunieron con él y entraron.

—¿Te importaría, querida? —le preguntó Afrael a Xanetia—. No puedo ver nada aquí dentro.

El rostro de Xanetia comenzó a relumbrar, y una tenue luz iluminó el área que los rodeaba.

—¿Qué guardan aquí? —preguntó Kalten, mirando hacia la oscuridad—. ¿Comida, tal vez? —El tono de su voz era esperanzado—. Esa agua sucia que nos dieron en el barracón de los esclavos no llenaba mucho.

—No creo que sea un almacén de comida —le replicó Talen—. No tiene el olor adecuado.

—Podréis explorar en otro momento —les dijo Afrael con voz cortante—. Ahora tenemos otras cosas que hacer.

—¿Cómo les va a los demás? —le preguntó Sparhawk.

—Bergsten ha capturado Cynesga —informó ella—, y viene hacia el sur con los caballeros de la iglesia. Uloth y Tynian llevaron a los trolls a Zhubay, y los trolls se comieron a más o menos la mitad de la caballería cynesgana. Betuana y Engessa marchan hacia el suroeste con los atanes. Vanion y Sefrenia se encuentran en el desierto, dejando falsas pistas para que crean que estás con ellos. Kring y Tikume están dejándose perseguir por los cyrgais, la caballería cynesgana y los soldados gigantes de Klael, por todo el desierto del oeste de Sarna..., aunque no creo que esos brutos vayan a continuar dándonos problemas durante mucho tiempo más. Khalad ha encontrado una a manera de neutralizarlos.

—¿Él solito? —Talen parecía sorprendido.

—Klael se pasó de listo. Encontró cuevas en las que sus soldados podían respirar, dentro de las cuales se escondían y luego salían a atacarnos. Khalad ha descubierto una manera de prenderles fuego a las cavernas. Los resultados son muy escandalosos.

—Ése es mi hermano —declaró Talen con orgullo.

—Sí —dijo la diosa-niña con tono crítico—. Está inventando horrores nuevos a cada momento. Stragen y Caalador han conseguido convencer al dacita de Beresa de

que tenemos una fuerza invasora en la costa sur... —Se detuvo—. Tú ya sabes todo esto, Sparhawk. ¿Por qué pierdo el tiempo en contártelo?

—Entonces, ¿todo está saliendo de acuerdo con los planes? ¿No hemos sufrido ningún revés? ¿No ha habido ninguna sorpresa nueva?

—No para nosotros. Aunque Cyrgon no está teniendo tanta suerte. Los delfaes han dispersado casi por completo el ejército de Scarpa, así que el peligro para Matherion se ha evaporado en su mayor parte. He alistado a algunos de mis parientes para que nos echen una mano. Están comprimiendo el tiempo y las distancias. En cuanto Ehlana esté a salvo, haré correr la voz, y tendremos ejércitos enteros llamando a las puertas de Cyrga.

—¿Les has hablado a los demás del invento de Khalad? —preguntó Talen.

—Mi primo Setras se está encargando de hacerlo en mi lugar. Setras es un poco inconsistente, a veces, pero lo repasé con él varias veces. No creo que vaya a hacerlo demasiado mal. Todo está en su sitio. Los demás sólo aguardan nuestro mensaje para ponerse en movimiento, así que pongámonos a trabajar. ¿Ha tenido alguien oportunidad de echar una mirada por los alrededores?

—Yo he explorado la ciudad exterior hasta un cierto punto, divina Afrael —replicó Xanetia—. Anakha pensó que era imprudente que yo compartiera la su cautividad.

La diosa-niña le entregó a Talen una gran hoja de pergamino crujiente y un lápiz.

—Toma —le dijo—. Gánate el pan.

—¿De dónde has sacado esto? —preguntó él, curioso.

—Lo llevaba en un bolsillo.

—Tú no tienes bolsillos, Flute.

Ella le echó una de sus miradas sufrientes.

—Ah —dijo él—. Por alguna razón, siempre lo olvido. De acuerdo, anarae, tú describe la ciudad que yo la dibujaré.

El boceto resultante era bastante detallado..., hasta donde era posible.

—No pude penetrar las murallas que circundan la ciudad interior —se disculpó Xanetia—. Las puertas están siempre cerradas porque los cyrgais se mantienen apartados de los suyos subordinados cynesganos y de los esclavos cuyos afanes los mantienen.

—Esto debería bastar para trabajar de momento —comentó Flute con los labios fruncidos mientras examinaba el dibujo de Talen—. Muy bien, Bevier. Tú eres el experto en fortificaciones. ¿Dónde está el punto débil?

El cyrínico estudió el boceto durante varios minutos.

—¿Has visto algún pozo de agua, anarae? —preguntó.

—No, caballero.

—Tienen un lago justo al otro lado de las puertas, Bevier —le recordó Kalten.

—Eso no serviría de mucho si la ciudad estuviera sitiada —replicó Bevier—. Tiene que haber alguna reserva de agua dentro de las murallas..., ya sea un pozo de

aguas subterráneas, o bien una cisterna. Un asedio acaba muy pronto cuando los sitiados se quedan sin agua.

—¿Qué te hace pensar que este lugar fue construido para resistir un asedio? —preguntó Mirtai—. Se supone que nadie puede encontrarlo.

—Las murallas son demasiado altas y gruesas como para que constituyan un simple ornamento, atana. Cyrga es una ciudad fortificada, y eso significa que fue construida para resistir en caso de que le pusieran cerco. Los cyrgais no son muy inteligentes, pero no hay nadie lo bastante estúpido como para construir una plaza fuerte sin agua en el interior. Ésa es la mejor conclusión que puedo sacar, divina Afrael. Averigua cómo obtienen el agua..., tanto aquí, en la ciudad exterior, como en la interior. Podría haber en eso un punto débil. En caso contrario, puede que nos veamos obligados a cavar un túnel por debajo de la muralla interior, o intentar escalarla.

—Esperemos que no tengamos que llegar a eso —dijo la diosa-niña—. Estamos dentro de la ciudad enemiga, y cuanto más perdamos el tiempo por aquí, más posibilidades habrá de que nos descubran. Si existe la más mínima posibilidad de hacerlo, hay que rescatar a Ehlana y Alean esta misma noche. Enviaré mensaje y pondré a los demás en movimiento. Nadie va a dormir mucho esta noche, pero no hay forma de evitarlo. Muy bien, pues. Xanetia, vayamos a buscar agua. Los demás quedaos aquí. No queremos tener que salir a buscaros cuando regresemos.

—¿Estás loco, Gardas? —le preguntó Bergsten con voz imperiosa al caballero alcione cubierto de acero. El patriarca thalesiano se negaba a mirar al joven de rostro agradable que se hallaba de pie junto al caballero—. Se supone que ni siquiera puedo admitir su existencia, mucho menos sentarme a hablar con él.

—Afrael me dijo que podrías mostrarte pesado al respecto, Bergsten —observó la persona a la que el caballero Gardas había escoltado al interior de la tienda—. ¿Serviría que hiciera algo milagroso?

—¡Dios! —exclamó Bergsten—. ¡Por favor, no hagas eso! ¡Probablemente ya estoy en líos!

—Dolmant también tuvo algunos problemas cuando lo visité —comentó el primo de Afrael—. Los servidores del dios elenio tenéis algunas ideas extrañas. Él no se pone nervioso por nuestra existencia así que, ¿por qué tenéis que hacerlo vosotros? En cualquier caso, las reglas normales han quedado más o menos suspendidas hasta que acabe la crisis. Incluso hemos alistado a Edaemus y al dios atan... y hace eones que no nos dirigen la palabra al resto de nosotros. Afrael quiere que te cuente algo relativo a los soldados que Klael ha traído consigo. Alguien llamado Khalad ha hallado una manera de destruirlos.

—Cuéntaselo a Gardas —sugirió Bergsten—. Él podrá contármelo a mí y así no me meteré en líos.

—Lo siento, Bergsten, pero Afrael insistió en que te lo dijera directamente a ti. Puedes fingir que soy un sueño o algo parecido. —La expresión de Setras se hizo algo perpleja, y sus luminosos ojos manifestaron una atemorizadora falta de comprensión—. Yo no acabo de entender esto del todo —confesó—. Afrael es mucho más inteligente que yo..., pero los dos nos queremos, así que no me arroja a la cara mi estupidez con mucha frecuencia. Es terriblemente cortés. Incluso se muestra amable con vuestro dios, y a veces él puede ser una calamidad de tedioso... ¿Dónde estaba?

—Eh... —comenzó el caballero Gardas con suavidad—, ibas a contarle a su gracia lo relativo a los soldados de Klael, divino Setras.

—¿Ah, sí? —Los enormes ojos quedaron inexpresivos—. Ah, es verdad. Iba a hacerlo, ¿verdad? No debes dejarme que divague de esa forma, Gardas. Tú sabes con qué facilidad me distraigo.

—Sí, divino Setras. Es algo que se me ha ocurrido.

—En fin —prosiguió Setras—, ese tal Khalad..., un hombre atemorizadamente inteligente, por lo que deduzco..., se dio cuenta de que debía existir alguna similitud entre esa porquería que respiran los soldados de Klael y algo que él llama «grisú». ¿Tienes idea de qué estaba diciendo, Bergsten? —Setras dudó—. ¿Tengo que llamarte vuestra gracia, como lo ha hecho Gardas? ¿Tienes realmente tanta gracia? A mí me pareces muy grande y torpe.

—Es un título formal, divino Setras —le explicó Gardas.

—Ah. Nosotros no tenemos que ser formales el uno con el otro, ¿verdad, Bergsten? Ahora ya somos casi viejos amigos, ¿no?

El patriarca de Emsat tragó con dificultad. Luego suspiró.

—Sí, divino Setras —dijo—. Supongo que lo somos. ¿Por qué no prosigues y me hablas de esa estrategia que ha inventado el escudero de Sparhawk?

—Por supuesto. Ah, también hay otra cosa. Tenemos que estar ante las puertas de Cyrga por la mañana.

—Por favor, atana Liatriis —le dijo la baronesa Melidere con paciencia a la esposa atana de Sarabian—, nosotros queremos que lleven a cabo el atentado.

—Es demasiado peligroso —declaró Liatriis, inflexible—. Yo iré a matar a Chacole y Torellia, los otros huirán y ése será el final del asunto.

—Excepto por el hecho de que no averiguaríamos quién más está implicado —intervino el patriarca Emban—, y no podremos saber sobre seguro que no volverán a intentarlo.

La princesa Danae estaba sentada un poco aparte de ellos, con *Mmrr* acurrucada sobre el regazo. Su visión era extrañamente doble, con una imagen superpuesta a la otra. Parecía que las oscuras calles de Cyrga estaban justo detrás de las personas que se hallaban en el salón.

—Me siento conmovido por tu preocupación, Liatriis —estaba diciendo Sarabian—, pero no estoy ni con mucho tan desamparado como parece. —Hizo una floritura

con su estoque.

—Y tendremos guardias apostados cerca —agregó el ministro de Exteriores, Oscagne—. Es casi seguro que Chacole y Torellia están recibiendo ayuda de alguien que se encuentra dentro del gobierno..., alguno que se nos escapó después del intento de golpe de estado, con toda probabilidad.

—Les exprimiré la identidad de esa persona antes de matarlas —declaró Liatris.

Sarabian hizo una mueca de dolor al oír la palabra «exprimiré».

—Estamos cerca, divina Afrael. —La voz de Xanetia parecía al mismo tiempo lejana y cercana—. Creo que huelo agua.

La oscura calle estrecha que seguían se abría sobre una especie de plaza a unos cien codos más adelante.

—Apresémoslos a todos, Liatris —instó Elysoun a su hermana emperatriz—. Tú podrías arrancarles a Chacole y Torellia uno o dos nombres, pero si podemos sorprender a los asesinos en el intento, tendremos la posibilidad de limpiar el complejo palatino. Si no lo hacemos, nuestro esposo tendrá que pasar el resto de su vida con el estoque desenfundado.

—¡Escuchad! —susurró Xanetia en la otra ciudad—. Oigo el sonido de agua que corre.

Danae se concentró con todas sus fuerzas. Era agotador mantener las cosas separadas.

—Te aseguro que detesto tener que decirlo de esta forma, Liatris —intervino Sarabian con tono pesaroso—, pero te prohíbo que mates a Chacole o a Torellia. Nos encargaremos de ellas después de que sus asesinos intenten matarme.

—Como mi esposo ordene —replicó Liatris automáticamente.

—Lo que quiero que tú hagas es proteger a Elysoun y Gahennas —continuó él—. Es probable que Gahennas sea quien corra un mayor peligro en estos momentos. Elysoun aún le es útil a la gente mezclada en este asunto, pero Gahennas sabe más de lo que ellos desearían. Estoy seguro de que intentarán matarla, así que saquémosla del palacio de las mujeres esta misma noche.

—Proviene de debajo de la calle, divina Afrael —dijo Xanetia—. Creo que hay agua que corre bajo los nuestros pies.

—Es verdad —replicó la diosa-niña—. Sigamos el sonido en sentido inverso hasta sus orígenes. Aquí, en la ciudad exterior, tiene que haber una forma de llegar al agua.

—¿Cómo te complicaste en esto, Elysoun? —estaba preguntando Liatris.

Elysoun se encogió de hombros.

—Yo tengo más libertad de movimientos que el resto de vosotras —replicó—. Chacole necesitaba alguien de confianza para que llevara los mensajes fuera del palacio de las mujeres. Yo fingí estar de acuerdo con sus planes. No fue demasiado difícil engañar a Chacole. Después de todo, es una cynesgana de pies a cabeza.

—Está aquí, divina Afrael —susurró Xanetia, a la vez que posaba una mano sobre

la gran plancha de hierro que había en el empedrado—. Podéis sentir el rápido correr del agua a través del hierro mismo.

—Te creo de palabra, anarae —replicó Afrael, retrocediendo ante la sola idea de tocar hierro—. ¿Cómo lo abren?

—Aquestas anillas sugieren que la plancha puede levantarse.

—Regresemos a buscar a los demás. Creo que éste podría ser el punto débil que Bevier estaba buscando.

Danae bostezó. Todo parecía estar bajo control, así que se acurrucó en el sillón, acomodó a *Mmrr* en sus brazos, y se durmió de inmediato.

—No podrías tú... bueno... —Talen hablaba al tiempo que movía los dedos.

—Es hierro, Talen —explicó Flute con paciencia exagerada.

—¿Y? ¿Qué tiene que ver con esto?

Ella se estremeció.

—No puedo soportar el contacto del hierro.

Bevier la miró con atención.

—El Bhelliom sufre del mismo problema —observó.

—Sí. ¿Y qué?

—Eso sugiere un cierto parentesco.

—La forma que tienes de captar las cosas obvias es de veras deslumbrante, Bevier.

—Sé buena —la reprendió Sparhawk.

—¿Qué tiene el hierro tan desagradable para ti? —preguntó Talen—. Es frío, es duro, puedes forjado según varias formas, y además se oxida.

—Ésa es una bonita descripción erudita. ¿Sabes tú qué es una piedra imán?

—Es un trozo de mena de hierro que se pega al otro hierro, ¿no? Creo recordar que Platime habló de algo llamado magnetismo, en una ocasión.

—¿Y tú lo escuchaste? Asombroso.

—¡Por eso el Bhelliom tuvo que coagularse en un zafiro! —exclamó Bevier—. Se debe al magnetismo del hierro, ¿verdad? El Bhelliom no puede soportarlo... y tú tampoco, ¿cierto?

—Por favor, Bevier —le pidió Afrael con voz débil—. Él solo pensar en ello me pone la carne de gallina. En este preciso momento no nos interesa hablar de hierro, sino de agua. Hay un arroyo o río que corre por debajo de las calles de la ciudad exterior, y fluye en dirección a la muralla interior. En el centro de una calle, no lejos de aquí, hay colocada una gran tapa de hierro, y puede oírse que el agua corre por debajo de ella. Creo que ése es el punto débil que tú estabas buscando. El agua corre por una especie de túnel, y ese túnel pasa por debajo de la muralla de la fortaleza interior..., al menos eso espero. Iré a comprobarlo en cuanto vosotros, caballeros, levantéis esa tapa de hierro para que pueda entrar.

—¿Habéis visto alguna patrulla por las calles? —preguntó Kalten.

—No, caballero —replicó Xanetia—. Está claro que siglos de costumbre han embotado la vigilancia de los cynesganos responsables de la defensa de la ciudad exterior.

—Ése es el sueño de un allanador de moradas —murmuró Talen—. Podría hacerme rico en esta ciudad.

—¿Qué robarías? —le preguntó Afrael—. Los cyrgais no creen en el oro ni en la plata.

—¿Qué utilizan como dinero?

—No utilizan nada. No necesitan dinero. Los cynesganos les proporcionan cuanto necesitan, así que ni siquiera piensan en el dinero.

—¡Eso es monstruoso!

—Ya hablaremos de economía en algún otro momento. Lo que ahora nos interesa es investigar su provisión de agua.

—¡Idiota! —se enfureció la reina Betuana con su general.

—Tenía que averiguarlo, Betuana-reina —explicó Engessa—, y no enviaré a otro a donde yo no me atreva a ir.

—¡Estoy muy disgustada contigo, Engessa-atan! —La retirada de Betuana al duelo ritual había desaparecido—. ¿Es que tu último encuentro con los soldados de Klael no te enseñó nada? Podrían haber estado al acecho dentro de la cueva, y te habrías enfrentado con ellos completamente solo.

—No es razonable suponer que podían hallarse en ella —replicó él con rigidez—. El mensaje de Afrael decía que las bestias de Klael se refugian en cuevas en las que pueden respirar un aire diferente. El aire de la entrada de esa cueva sería igual que el que hay afuera. De todas formas, no tiene importancia. Ya está hecho, y ningún perjuicio se ha derivado de ello.

La reina controló su enojo con evidente esfuerzo.

—¿Y qué has demostrado corriendo esa necia aventura, Engessa-atan?

—Que las bestias de Klael han sellado la caverna, Betuana-reina —replicó—. A unos cien pasos de la entrada se alza una muralla de acero. Es razonable suponer que puede abrísela por algún medio. Las bestias de Klael se retiran tras la barrera, la cierran y pueden entonces respirar sin problemas durante un tiempo. Luego vuelven a salir y nos atacan una vez más.

—¿Valía esa información el precio de arriesgar tu vida?

—Eso aún queda por ser averiguado, mi reina. Las tácticas trazadas por Kringdomi nos mantienen fuera del alcance de las bestias de Klael, pero continúa sin gustarme esto de huir ante ellas.

Los ojos de Betuana se endurecieron.

—A mí tampoco me gusta —concedió—. Deshonro la memoria de mi esposo

cada vez que me vuelvo y escapo.

—El primo de Afrael nos dijo que Khalad-escudero ha descubierto que el aire que respiran las bestias de Klael arde cuando está mezclado con nuestro aire.

—Nunca antes he visto arder el aire.

—Tampoco yo. Si la trampa que les he puesto a las bestias de Klael funciona, puede que ambos lo veamos suceder.

—¿Qué clase de trampa, Engessa-atan?

—Una linterna, mi reina..., bien escondida.

—¿Una linterna? ¿Eso es todo?

—Si Khalad-escudero está en lo cierto, con eso bastará. He cerrado la linterna para que las bestias de Klael no vean luz alguna cuando abran la puerta de acero para volver a salir. Sin que lo adviertan, el aire de ellos se unirá con el nuestro, y la mezcla llegará hasta la llama de la vela que está dentro de la linterna. Entonces descubriremos si Khalad-escudero está en lo cierto.

—En ese caso, debemos aguardar hasta que abran la puerta. No los dejaremos atrás hasta estar seguros sin lugar a dudas de que ese arder de aire los mata. Como dice Ulath-caballero, sólo un necio deja enemigos vivos a sus espaldas.

Se ocultaron tras un afloramiento de roca y esperaron, mientras contemplaban atentamente la boca de la caverna apenas visible a la luz de las estrellas.

—Puede que pase algún tiempo antes de que abran la puerta, mi reina —señaló Engessa.

—Engessa-atan —dijo Betuana con firmeza—, hace tiempo que pienso que esta formalidad tuya está fuera de lugar.

—Como tú deseas, Betuana-atana.

Aguardaron con paciencia, vigilando el voluminoso pico y la entrada de la cueva. Luego, como un profundo trueno subterráneo, un sonido imponente rompió el silencio sacudiendo la tierra, y una gran lengua de ondulante fuego abrasador salió por la boca de la caverna y quemó unos arbustos raquíticos que crecían en las proximidades. La cueva vomitó llamas durante lo que parecieron horas, y luego fue disminuyendo poco a poco.

Engessa y su reina, impresionados por la violenta erupción, sólo podían mirar de hito en hito, presas del asombro. Por fin, Betuana se puso de pie.

—Ha valido la pena esperar, supongo. —Luego le sonrió a su aún impresionado camarada—. Tiendes buenas trampas, Engessa-atan, pero ahora debemos darnos prisa para reunirnos con los trolls. Ulath-caballero dice que debemos llegar a Cyrga por la mañana.

—Lo que tú digas, Betuana-atana —replicó él.

—Cuando diga «arriba» —indicó Sparhawk al tiempo que colocaba las manos en torno a la anilla—. Y no permitáis que golpee cuando la dejéis en el suelo. Muy bien,

arriba.

Kalten, Bevier, Mirtai y Sparhawk levantaron entre todos la tapa con lentitud, esforzándose por sacar la herrumbrosa plancha de hierro de entre las gastadas piedras.

—Ten cuidado —le dijo atento Talen a Mirtai—, no vayas a caerte dentro.

—¿Quieres hacerlo tú? —preguntó ella.

Los cuatro rodearon la abertura arrastrando los pies, y desplazaron el enorme peso hacia un lado, de forma que el gran agujero cuadrado quedó cubierto sólo en parte.

—Bajadla —dijo Sparhawk entre los dientes apretados—. Despacio —agregó.

Bajaron lentamente la tapa.

—Sería más fácil levantar una casa —jadeó Kalten.

—Volveos de espaldas —les pidió Flute.

—¿Tienes que hacer eso? —preguntó Talen—. ¿Es como volar?

—Tú vuélvete de espaldas, Talen.

—No te olvides de la ropa —le recordó Sparhawk.

—No haría más que estorbarme. Si no te gusta, no mires. —La voz de ella ya era más grave.

Bevier tenía los ojos ligeramente cerrados, y sus labios se movían. Era obvio que estaba rezando... con mucho ahínco.

—Regresaré de inmediato —prometió la diosa—. No os marchéis.

Aguardaron durante lo que parecieron horas. Luego oyeron un débil chapoteo en el fondo. El chapoteo iba acompañado de risas apagadas.

Talen se arrodilló al borde del agujero rectangular.

—¿Estás bien? —susurró.

—Lo estoy.

—¿Qué hay de tan divertido?

—Los cyrgais. No podrías ni creer lo estúpidos que son.

—¿Qué han hecho, ahora?

—El agua proviene de una gran fuente artesiana que nace cerca de la muralla exterior. Los cyrgais construyeron una cisterna en torno a ella. Luego hicieron un túnel que pasa por debajo de la muralla interior y lleva el agua hasta un pozo muy grande que se encuentra debajo de la montaña en la que han levantado su ciudad principal.

—¿Qué tiene de malo eso?

—Hasta ahí... nada. Parece que se dieron cuenta de lo mismo que Bevier. La fuente de agua es un punto débil. Tuvieron buen cuidado de colocar un enrejado de piedra en la boca del túnel. Nadie puede penetrar en el túnel desde la cisterna.

—Continúo sin ver nada de lo que reírse.

—Ahora voy a ello. Esta entrada que conduce al túnel parece haber sido agregada más tarde..., probablemente para poder entrar al túnel a limpiarlo.

—Ésa no parece una idea tan mala. Al fin y al cabo, se supone que es agua

potable.

—Sí, pero cuando abrieron la entrada se olvidaron de algo. El otro extremo del túnel, el que se encuentra dentro de la muralla interior, está abierto. No hay barrotes, ni enrejados, ni cadenas, nada.

—¡No hablas en serio!

—Que la lengua' e la boca me se ponga verde si no.

—Esto va a ser más fácil de lo que había imaginado —comentó Kalten. Se inclinó a mirar hacia la oscuridad—. ¿Es muy rápida la corriente? —preguntó en voz baja.

—Lo bastante —replicó Afrael—. Pero está bien. Te arrastra a bastante velocidad hasta el otro lado, así que no tendrás que contener la respiración durante mucho tiempo.

—¿Hacer qué? —Kalten se atragantó.

—Contener la respiración. Hay que nadar por debajo del agua.

—Yo, no —declaró él con tono terminante.

—Sabes nadar, ¿no es cierto?

—Puedo nadar con la armadura puesta, si es necesario.

—¿Qué problema hay, entonces?

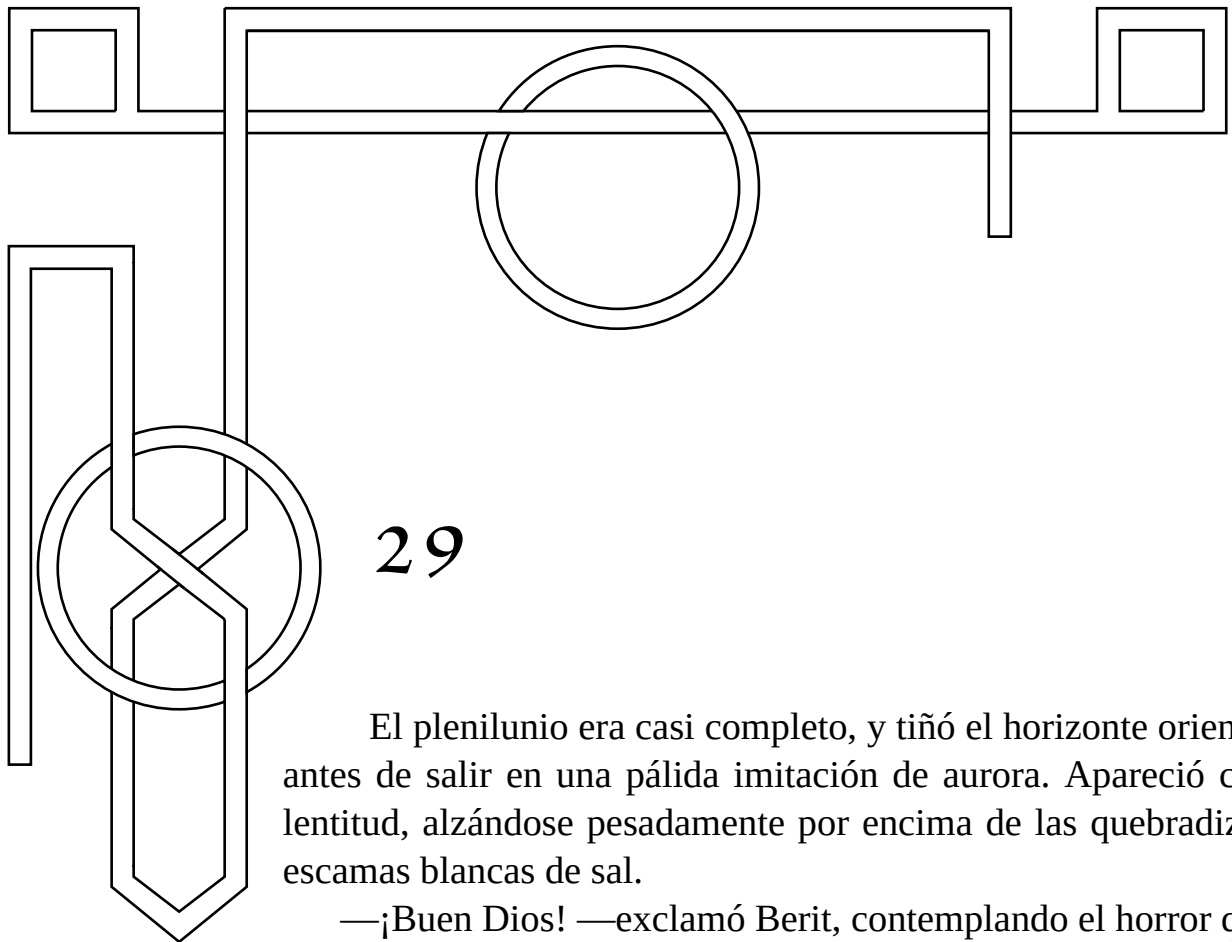
—No nado bajo el agua. Me produce pánico.

—Es verdad, Afrael —intervino Sparhawk, en voz baja—. En cuanto la cabeza de Kalten se sumerge, él empieza a chillar.

—No puede hacer eso. Se ahogará.

—Exacto. Solía tener que ponerme de pie sobre su pecho para sacarle el agua de dentro. Era algo que sucedía a cada momento cuando éramos niños.

—Oh, cielos —dijo ella—. No había contado con esto.



29

El plenilunio era casi completo, y tiñó el horizonte oriental antes de salir en una pálida imitación de aurora. Apareció con lentitud, alzándose pesadamente por encima de las quebradizas escamas blancas de sal.

—¡Buen Dios! —exclamó Berit, contemplando el horror que los rodeaba. Lo que a la tenue luz de las estrellas habían parecido rocas blancas redondeadas, se revelaban ahora como cráneos blanqueados al sol, en medio de huesos revueltos, que contemplaban el cielo con aire acusador.

—Parece que hemos llegado al sitio correcto —observó Khalad—. La nota que nos dejó Sparhawk hablaba de una «Llanura de Huesos».

—¡Es interminable! —jadeó Berit, mirando hacia el oeste.

—Esperemos que no lo sea. Tenemos que atravesarla. —Khalad se detuvo y miró atentamente hacia el oeste—. Allí está —anunció a la vez que señalaba un punto luminoso de luz reflejada, emplazado en el centro de una cadena de bajas colinas negras, al otro lado del espantoso llano.

—¿Qué está allí?

—Nuestro punto de referencia. Sparhawk lo llamó las «Columnas de Cyrgon». Algo que hay ahí está reflejando la luz de la luna. Tenemos que dirigirnos hacia ese punto.

—¿Quién es ése? —siseó Berit, señalando a una figura que caminaba hacia ellos por el desierto sembrado de huesos.

Khalad soltó la correa que sujetaba la espada dentro de la vaina.

—Otra nota de Krager, tal vez —murmuró—. Comencemos a tener un poco de cuidado, mi señor. Creo que estamos acercándonos mucho al lugar en el que ya no seremos de utilidad.

La figura que se les acercaba desde el desierto parecía avanzar a un paso no más rápido que el de ocioso paseo, y cuando se aproximó más pudieron distinguir sus facciones.

—¡Ten cuidado, Khalad! —susurró Berit con presteza—. ¡No es humano!

Khalad también lo sintió. No era nada realmente definible, sólo una imponente sensación de presencia, un aura que no poseía ser humano ninguno. La figura parecía pertenecer a un joven de extraordinaria belleza. Tenía cabellos muy rizados, facciones clásicas y ojos muy grandes, casi luminosos.

—Ah, allí estáis, caballeros —dijo con cortesía, en un elenio sin tacha—. Éste es un lugar en verdad pésimo, ¿no os parece? La clase exacta de lugar en la que uno esperaría que vivieran los cyrgais. Cyrgon es terriblemente perverso. Le encanta la fealdad. ¿Lo habéis conocido? Es un tipo atemorizador. Sin ningún sentido de la estética. —Les ofreció una brillante sonrisa algo vaga—. Me envía mi prima Afrael. Habría venido ella misma, pero está un poco atareada ahora mismo..., pero es que Afrael está siempre atareada, ¿no? No puede soportar estarse sentada y quieta. —Frunció el entrecejo—. Ella quería que os dijera algo. —Frunció más el ceño—. ¿Qué era? Tengo la peor de las memorias, últimamente. —Levantó una mano—. No —dijo—, no me lo digáis. Lo recordaré dentro de un instante. Pero es muy, muy importante, y se supone que debemos apresurarnos. Sin duda lo recordaré mientras vamos de camino. —Miró en torno de sí—. Caballeros, ¿por casualidad sabéis hacia dónde debemos dirigirnos?

—No resultará, Afrael —declaró Kalten, sombrío—. Lo intenté estando completamente borracho, y me sucede lo mismo. Me vuelvo loco cuando siento que el agua me rodea la cabeza.

—Tú inténtalo, Kalten —lo instó la diosa, que llevaba la ropa mínima—. Esto te relajará de verdad. —Le puso la jarra en la mano.

Él la olió con suspicacia.

—La verdad es que huele bien. ¿Qué es?

—Nosotros lo bebemos en las fiestas.

—¿La cerveza de los dioses? —Los ojos del caballero se animaron—. Vaya. —Bebió un cauteloso sorbo—. ¡Vaya! —dijo con entusiasmo—. Así es como debe saber.

—Bébelo todo —le indicó ella mientras lo observaba con atención.

—Encantado. —Kalten vació la jarra y se enjugó los labios—. Es bueno de verdad. Si un hombre tuviera la receta de eso, podría... —Se interrumpió y los ojos se le pusieron vidriosos.

—Tendedlo en el suelo —indicó Afrael—. Rápido, antes de que se ponga rígido. No quiero que esté todo retorcido cuando lo arrastre por el túnel.

Talen estaba doblado en dos y tenía ambas manos sobre la boca para contener la

risa.

—¿Y qué problema tienes tú? —le preguntó la diosa con acritud.

—Nada —jadeó él—. Nada de nada.

—Tengo un largo camino que recorrer con ése —le murmuró la diosa a Sparhawk.

—¿Va a funcionar esto? —le preguntó Sparhawk a Afrael—. Me refiero a Kalten. ¿De verdad puedes arrastrar a un hombre inconsciente por debajo del agua a cualquier distancia sin que se ahogue?

—Detendré su respiración. —La diosa miró a los demás—. No quiero que ninguno de vosotros intente ayudarme —les advirtió—. Concentraos sólo en pasar al otro lado. Yo no necesito respirar, pero vosotros sí, y no quiero tener que pasarme una hora pescándoos en el pozo cuando lleguéis. Veamos, ¿tiene alguien más algún otro problema que no me haya comentado? Éste es el momento de hablar de ellos..., antes de que estemos todos bajo el agua. —Le echó a Bevier una mirada llena de intención—. ¿Hay algo que quieras decirme, caballero? Pareces estar en una crisis de algún tipo.

—No es nada, divina Afrael —masculló él—. No tendré problemas. Nado como un pez.

Evitó, con total deliberación, mirarla a la cara.

—¿Qué te preocupa, entonces?

—La verdad es que preferiría no decirlo.

Ella suspiró.

—Hombres. —Luego descendió por la abertura que conducía hacia las invisibles aguas que corrían por debajo de la pared interior—. Traed a Kalten —ordenó—, y pongamos manos a la obra.

—La verdad es que me gustaría hacer algo al respecto —le murmuró Sefrenia a Vanion, mientras miraban por encima del montículo de grava hacia el campamento de los traficantes de esclavos.

—También a mí, amor —replicó Vanion—, pero creo que será mejor que esperemos a más tarde. Si todo sale como debe, los estaremos esperando cuando lleguen a Cyrga. —Se asomó un poco más—. Creo que eso que hay al otro lado de la senda que están siguiendo son los llanos de sal.

—Podremos saberlo con seguridad cuando salga la luna —replicó ella.

—¿Has tenido alguna noticia de Afrael?

—Nada de lo que pueda sacar alguna conclusión. Los ecos son muy confusos cuando está en dos sitios a la vez. Deduzco que las cosas están llegando a un punto crítico en Matherion, y que ella y Sparhawk están nadando.

—¿Nadando? Esto es el desierto, Sefrenia.

—Sí, ya me había dado cuenta. Pero ellos han encontrado algo en lo que nadar. —

Hizo una pausa—. ¿Kalten sabe nadar? —preguntó.

—Salpica mucho, pero se las arregla para moverse por el agua. No diría que tiene un estilo lleno de gracia. ¿Por qué lo preguntas?

—Tiene algún tipo de problema, y está relacionado con la natación. Regresemos a reunirnos con los demás, querido. El solo hecho de ver a esos esclavos me hace hervir la sangre.

Descendieron del montículo de grava y avanzaron por el somero lecho seco hacia sus soldados de armadura.

El caballero cyrínico, Launesse, se hallaba de pie con un aire algo furtivo junto al fornido personaje de enormes cejas rizadas y enredadas, descomunales hombros y porte clásico.

—¡Sefrenia! —dijo el personaje, a todas luces no humano, en una voz que muy probablemente podía ser oída desde la mismísima Thalesia—. ¡Bienhallada!

—Bienhallado en verdad, divino Romalic —replicó ella con un apenas deje de cansado suspiro.

—Por favor, querida —murmuró Vanion—, pídele que baje la voz.

—Nadie más puede oírlo —le aseguró Sefrenia—. Los dioses hablan en voz muy alta..., pero sólo para ciertos oídos.

—Vuesa hermana me ruega que os transmita los sus saludos —anunció Romalic con voz de trueno.

—Sois amable al transmitirme esos saludos, divino Romalic.

—Dejando a un lado las amabilidades y cortesías, Sefrenia —declamó el gigantesco dios mientras se peinaba la barba con enormes dedos—, ¿estáis dispuesta a servirnos a nosotros todos y ocupar el vuestro lugar apropiado?

—Soy indigna, divino Romalic —replicó ella con modestia—. Sin duda hay otros más sabios y adecuados.

—¿Qué significa esto? —preguntó Vanion.

—Hace mucho que dura, querido —le explicó Sefrenia—. He estado evitándolo durante siglos. Sin embargo, Romalic siempre tiene que mencionarlo.

Todo encajó en la mente de Vanion.

—¡Sefrenia! —exclamó con voz ahogada—. Quiere que seas la suprema sacerdotisa de todos ellos, ¿no es cierto?

—Es por Afrael, Vanion, no por mí. Creen poder sobornar a Afrael si me ofrecen esto. En realidad no lo quiero, y ellos tampoco quieren dármele, pero le tienen miedo a ella, y ésta es su forma de aplacarla.

—Afrael os insta a apresuraros —proclamó Romalic—. Todos debéis hallaros a las puertas de Cyrga al despuntar el alba, pues esta es la noche de decisión, cuando Cyrgon y, sí, incluso Klael, deben ser afrontados. En este mismo momento avanza Anakha como fantasma por las calles de la Ciudad Oculta hacia el su designio. Apresurémonos. —Alzó más la voz y tronó—: ¡Hacia Cyrga!

—¿Siempre es así? —murmuró Vanion.

—¿Romalic? —preguntó Sefrenia—. Ya lo creo. Es perfectamente adecuado para los caballeros cyrínicos. Vamos, querido mío. Continuemos hacia Cyrga.

Se veían tenues luces parpadeantes muy en lo alto, pero el pozo estaba sumido en negrísimas tinieblas cuando Sparhawk salió a la superficie y exhaló de manera explosiva el aire que había estado conteniendo.

—Kalten —oyó que decía Afrael—, despierta.

Se oyó un grito de sobresalto y muchos manotazos en el agua.

—Oh, basta ya —le dijo la diosa al amigo de Sparhawk—. Ya ha terminado todo, y lo has atravesado sin problemas. Xanetia, querida, ¿podrías darnos un poco de luz?

—Por supuesto, divina Afrael —replicó la anarae, y su rostro comenzó a brillar.

—¿Estamos todos aquí? —preguntó Afrael en voz baja, mirando en torno.

Al aumentar la luz de Xanetia, Sparhawk vio que la diosa parecía no estar sumergida en el pozo más que hasta la cintura, y que sujetaba a Kalten por la parte trasera de la túnica.

—¿Quieres echarme una mano, Sparhawk? —pidió Bevier.

—Claro.

Sparhawk nadó para reunirse con el caballero cyrínico y entre ambos tiraron de la fina cuerda que Bevier había traído consigo a través del túnel. Al otro extremo de la cuerda estaban las espadas y cotas de malla fuertemente liadas.

—Espera un momento —dijo Bevier cuando la cuerda se tensó de pronto—. Se ha atascado en algo. —Respiró varias veces en profundidad, se zambulló bajo el agua, y recorrió la cuerda con las manos.

Sparhawk aguardó, conteniendo también él la respiración, sin darse cuenta. Luego la cuerda se aflojó y él tiró de ella con premura. Bevier volvió a salir a la superficie y dejó escapar el aire.

—¿Estás seguro de que no eres medio pez? —preguntó Sparhawk.

—Siempre he tenido buenos pulmones —contestó Bevier—. ¿Crees que debemos sacar las espadas?

—Primero veamos qué dice Afrael —decidió Sparhawk, volviéndose a mirar con ojos miopes—. Todavía no distingo ningún lugar por el que trepar fuera del agua.

—¿Y ahora qué? —le estaba preguntando Talen a la diosa—. Estamos dando vueltas por el fondo del pozo. —Levantó los ojos hacia las lisas paredes que se elevaban desde el agua—. Hay algunas aberturas ahí arriba, pero no tenemos forma de llegar hasta ellas.

—¿Lo has traído, Mirtai? —preguntó Afrael.

La gigantesca muchacha asintió con la cabeza.

—Disculpadme un momento —dijo, y tras sumergirse, comenzó a quitarse la túnica.

—¿Qué está haciendo? —preguntó Talen al tiempo que espiaba a través de las

transparentes aguas.

—Está quitándose la ropa —replicó Afrael—, y no necesita que tú la ayudes. Mantén tus ojos donde debes.

—Tú vas por ahí desnuda continuamente —protestó él—. ¿Por qué debería importarte que miráramos a Mirtai cuando se desviste?

—Es del todo diferente —contestó ella con tono altanero—. Ahora, haz lo que te digo.

Talen dio unas brazadas en el agua hasta quedar de espaldas a Mirtai.

—Nunca lograré entenderla —refunfuñó.

—Oh, sí que llegarás, Talen —le contestó ella con una vocecilla misteriosa—, pero no todavía. Dentro de algunos años más, te lo explicaré todo.

Instantes después Mirtai salió a la superficie; en la mano tenía un rollo de cuerda que había llevado debajo de la túnica, pasado por los hombros.

—Necesitaré algo sobre lo que apoyar los pies, Afrael —comentó mientras sopesaba el garfio atado a uno de los extremos de la cuerda—. No podré lanzar esto mientras floto en el agua.

—Muy bien, caballeros —ordenó Afrael, remilgada—. Ojos al frente.

La sonrisa de Sparhawk quedó oculta en la penumbra. Talen tenía razón. Afrael parecía casi inconsciente de su propia desnudez, pero la de Mirtai parecía algo completamente distinto. Oyó el ruido del agua que se deslizaba de los lustrosos miembros de la gigantesca muchacha dorada mientras ésta se ponía de pie, según conjeturó él, sobre la propia superficie.

Luego oyó el silbante sonido del gancho al hacerlo girar Mirtai en círculos cada vez más amplios. Luego el silbido cesó durante un interminable momento sin aliento. Le llegó el tintineo del acero en la piedra de lo alto, seguirlo del raspar de las puntas al clavarse.

—Buen lanzamiento —comentó Afrael.

—Afortunado —replicó Mirtai—. Por lo general hacen falta dos o tres para conseguirlo.

Sparhawk sintió que le tocaban un hombro.

—Toma —le dijo Mirtai al tiempo que le entregaba la cuerda—. Sujeta esto mientras me visto. Luego treparemos e iremos a buscar a tu esposa.

—¿Puede saberse qué estás haciendo, Bergsten?

El patriarca de Emsat se sobresaltó violentamente y volvió la cabeza con brusquedad hacia el dios que acababa de acercársele por la espalda.

—Se supone que deberías estar apresurándote, ¿sabes? —lo reprendió Setras—. Afrael quiere que todo el mundo esté en su puesto cuando llegue la mañana.

—Nos encontramos con algunos de los soldados de Klael, divino Setras —explicó el caballero Heldin con voz tronante—. Están dentro de aquella cueva. —

Señaló hacia una abertura apenas visible que había en la ladera de la colina que se hallaba al otro lado del lecho seco del río.

—¿Por qué no habéis acabado con ellos? Os dije cómo hacerlo.

—Hemos puesto una linterna ahí dentro, pero hay una puerta en el interior de la caverna, Setras-dios —le informó la atana Maris.

—Bueno, pues abridla, querida dama —sugirió Setras—. Repito que de verdad tenemos que llegar a Cyrga al amanecer. Afrael se enfadará terriblemente conmigo si llegamos tarde.

—La abriríamos encantados si supiéramos cómo, divino Setras —le respondió Bergsten—, pero tanto si llego tarde como si no, no me alejaré de aquí y dejaré a esos monstruos a mis espaldas; y si eso enoja a Afrael, lo lamento muchísimo.

Por alguna razón, el hermoso dios estúpido irritaba a Bergsten.

—¿Por qué tengo que hacerlo todo yo? —suspiró Setras—. Aguardad aquí. Yo me encargaré de esto, y luego podremos continuar. Nos retrasaremos muchísimo respecto a lo previsto, ¿sabéis? Tendremos que ir a toda prisa si queremos llegar al amanecer. —Avanzó por el rocoso lecho seco y entró en la cueva.

—Ese muchacho pone a prueba mi paciencia —murmuró Bergsten—. Intentar explicarle algo es como hablar con un ladrillo. ¿Cómo puede ser tan...? —Bergsten se interrumpió en seco, casi a punto de cometer una herejía.

—Ya vuelve a salir —dijo la atana Maris.

—Suponía que lo haría —comentó Bergsten con cierta satisfacción—. Al parecer, no ha tenido más suerte que nosotros con esa puerta.

Setras avanzaba tranquilamente hacia ellos, tarareando una melodía estiriana, cuando toda la colina desapareció en una gran explosión de fuego que sacudió la mismísima tierra. Las llamas salieron ondulando con un terrible rugido abrasador que arrojó a Bergsten y los demás al suelo y envolvió al primo de Afrael.

—¡Dios querido! —exclamó Bergsten con voz ahogada, contemplando el ondulante fuego.

Luego, Setras, sin siquiera un cabello fuera de sitio, salió de las llamas paseando con tranquilidad.

—Ya está —dijo con voz suave—. No era tan difícil, ¿verdad?

—¿Cómo abriste la puerta, divino Setras? —preguntó Heldin, curioso.

—Yo no lo hice, muchacho. —Setras sonrió—. De hecho, ellos me la abrieron.

—¿Por qué iban a hacer eso?

—Llamé a ella, querido muchacho. Llamé. Incluso las criaturas como ésas tienen una cierta educación. ¿Nos ponemos en marcha?

—Son muy temidos por los otros cyrgais —informó Xanetia—, y todos les abren paso.

—Eso resultaría útil, de no ser por las diferencias raciales —observó Bevier.

—Tales diferencias no representan un obstáculo insuperable, caballero —le aseguró Xanetia—. Si fuere menester, el vueso semblante y el de los vuesos compañeros, podría ser alterado una vez más. Sin duda la divina Afrael podría ocupar el lugar de la su hermana en la combinación de los dos hechizos que os cambiaron la vez primera.

—Podemos hablar de eso dentro de un momento —dijo Flute—. Pero antes, creo que tenemos que hacernos una idea del trazado de esta parte de la ciudad. —La diosa había reasumido su más conocida forma, y Bevier parecía muy aliviado.

—Pienso que aqueste monte no es de origen natural, divina Afrael —comentó Xanetia—. Las laderas son de pendiente uniforme, y las avenidas que acceden a la cúspide son más escaleras que calles. No obstante, unas calles las cruzan y rodean la colina a intervalos regulares.

—Poco imaginativos, ¿verdad? —observó Mirtai—. ¿Hay muchos de ellos dando vueltas por ahí fuera?

—No, atana. Es tarde, y muchos han ido en busca de los lechos.

—Podríamos arriesgarnos —reflexionó Kalten—. Si Flute y Xanetia pueden conseguir que parezcamos cyrgais, nos sería posible marchar colina arriba sin más.

—No con estas ropas —disintió Sparhawk.

Talen salió de las sombras y volvió a entrar en el pasaje que conducía a la abertura central del pozo. En muchos sentidos, el joven y ágil ladrón podía ser casi tan invisible como Xanetia.

—Vienen más soldados —susurró.

—Esas patrullas podrían llegar a ser un fastidio —observó Kalten.

—Éstos no son como los otros —le advirtió Talen—. No están patrullando las calles laterales. Sólo ascienden por las escaleras hacia la cumbre de la ciudad. Tampoco llevan el mismo tipo de armadura que los demás.

—Describidlos, joven maese Talen —pidió Xanetia con atención.

—Para empezar, llevan capas —replicó Talen—, y tienen una especie de emblema en los petos. También sus cascos son distintos.

—Entonces son guardias del templo —declaró Xanetia—, aquestos de los que os hablaba antes. He espiado de los pensamientos de los pocos que hemos encontrado antes, que los cyrgais los evitan siempre que pueden, y que están todos obligados a inclinarse cuando pasan.

Sparhawk y Bevier intercambiaron una larga mirada.

—Ésas son las ropas que querías, Sparhawk —dijo Bevier.

—¿Cuántos son? —le preguntó Sparhawk a Talen.

—Conté diez.

Sparhawk consideró la información.

—Hagámoslo —decidió—, pero intentad no hacer mucho ruido —y luego los condujo fuera del pasaje hasta la calle.

—¡Buen Dios, Ulath! —exclamó Itagne—. ¡No hagas eso! ¡Casi me paras el corazón!

—Lo siento, Itagne —se disculpó el enorme thalesiano—. No existe una forma realmente elegante de salir del No-Tiempo. Vayamos a hablar con Betuana y Engessa.

Hicieron volver los caballos para reunirse con la reina y su general.

—El caballero Ulath acaba de llegar con noticias, majestad —informó Itagne con cortesía.

—Ah —replicó ella—. ¿Buenas o malas noticias, Ulath-caballero?

—Un poco de cada cosa, majestad —replicó el interpelado—. Los trolls están a un cuarto de legua al este de aquí.

—¿Y cuáles son las buenas noticias?

Él le dedicó una sonrisa leve.

—Ésas son las buenas. Las malas son que hay otro numeroso destacamento de soldados de Klael esperando emboscadas justo al sur de aquí. Es probable que intenten atacarnos dentro de una hora. Se encuentran en nuestro camino, y debemos apresurarnos. Sparhawk y los demás van a rescatar a Ehlana y su camarera esta misma noche, y quieren que todos lleguemos a la ciudad al amanecer.

—En ese caso, tendremos que luchar con las bestias de Klael —declaró la reina de Atan.

—Eso podría ser problemático —murmuró Itagne.

—Tynian y yo hemos encontrado una especie de solución —continuó Ulath—, pero no queremos ofenderte, majestad, así que pensamos que primero deberíamos pasar por aquí y hablarlo contigo. Las tropas de Klael se están preparando para tenderos una emboscada. Sé que preferirías encargarte de ello tú misma, pero en interés de la oportunidad, ¿estarías dispuesta a renunciar a ese placer?

—Estaría dispuesta a escucharte, Ulath-caballero —respondió ella con curiosidad.

—Hay formas mediante las cuales podríamos sencillamente rodear a hurtadillas esa emboscada, pero es probable que Klael pueda hacer con el tiempo y la distancia lo mismo que Afrael y sus primos, y no creo que nos interese que esos brutos nos ataquen por la espalda.

—¿Qué solución hay entonces, Ulath-caballero?

—Tengo una fuerza considerable a mi disposición, majestad —explicó él—, y mis soldados tienen hambre. Dado que ahora mismo estamos demasiado ocupados como para permitirnos extensos retozos por el desierto, ¿por qué no dejamos que los trolls se coman a los soldados de Klael como desayuno?

El caballero Anosian parecía un poco desencajado mientras se adelantaba a caballo para hablar con Kring y Tikume.

—¿Qué sucede, amigo Anosian? —le preguntó Tikume al pandion de negra armadura—. Parece que acabas de ver un fantasma.

—Peor, amigo Tikume —replicó Anosian—. Acabo de recibir una reprimenda por parte de un dios. La mayoría de los hombres no sobreviven a la experiencia.

—¿Otra vez Afrael? —conjeturó Kring.

—No, amigo Kring. Esta vez era su primo Hanka. Es muy abrupto. Los caballeros genidianos se valen de él para que los ayude con sus hechizos.

—¿Estaba disgustado contigo? —preguntó Tikume—. ¿Qué has hecho esta vez? Anosian hizo una mueca de amargura.

—A veces mis hechizos son un poco descuidados —admitió—. Afrael es lo bastante generosa como para perdonarme, pero su primo no. —Se estremeció—. El divino Hanka va a hacernos avanzar un poco más aprisa.

—¿Ah, sí?

—Tenemos que estar ante las puertas de Cyrga al amanecer.

—¿A qué distancia está? —preguntó Kring.

—No tengo ni idea —admitió Anosian—, y dadas las circunstancias, no creí prudente preguntarlo. Hanka quiere que cabalguemos hacia el oeste a partir de aquí.

Tikume frunció el ceño.

—Si no sabemos a qué distancia está, ¿cómo podremos estar seguros de que llegaremos al amanecer?

—Oh, ya lo creo que llegaremos, amigo Tikume —le aseguró Anosian—. Pero creo que será mejor que nos pongamos en movimiento. El divino Hanka es famoso por su poca paciencia. Si no nos ponemos en marcha hacia el oeste a toda prisa, él podría decidir cogernos y arrojarnos desde aquí hasta Cyrga.

Los guardias del templo asumían una postura guerrera..., una pose bastante rígida y formal como las que en ocasiones se ven en los frisos tallados por escultores de talento gris. Kalten apartó a un lado la espada del hombre y le asestó un puñetazo en uno de los lados del yelmo. El guardia retrocedió tambaleándose y cayó sobre el empedrado. Estaba luchando para levantarse cuando Kalten le dio una fuerte patada en el rostro.

—¡En silencio, Kalten! —le recordó Sparhawk con un ronco susurro.

—Lo siento. Creo que me he dejado llevar. —Kalten se inclinó y levantó uno de los párpados del guardia derribado—. Dormirá hasta mediodía —diagnosticó. Se puso de pie y miró en torno—. ¿Ya hemos acabado con todos?

—Ése era el último —susurró Bevier—. Quitémoslos de en medio de la calle. La luna está comenzando por fin a brillar en esta hondonada, y dentro de nada habrá tanta luz como si fuera de día.

Había sido una pelea corta y fea. Sparhawk y sus amigos se abalanzaron desde la oscura calle lateral y cayeron sobre el destacamento por retaguardia. La sorpresa constituyó una gran parte del éxito, y lo que no consiguió la sorpresa quedó más que compensado por la ineptitud de los soldados de ceremonia. Sparhawk llegó a la

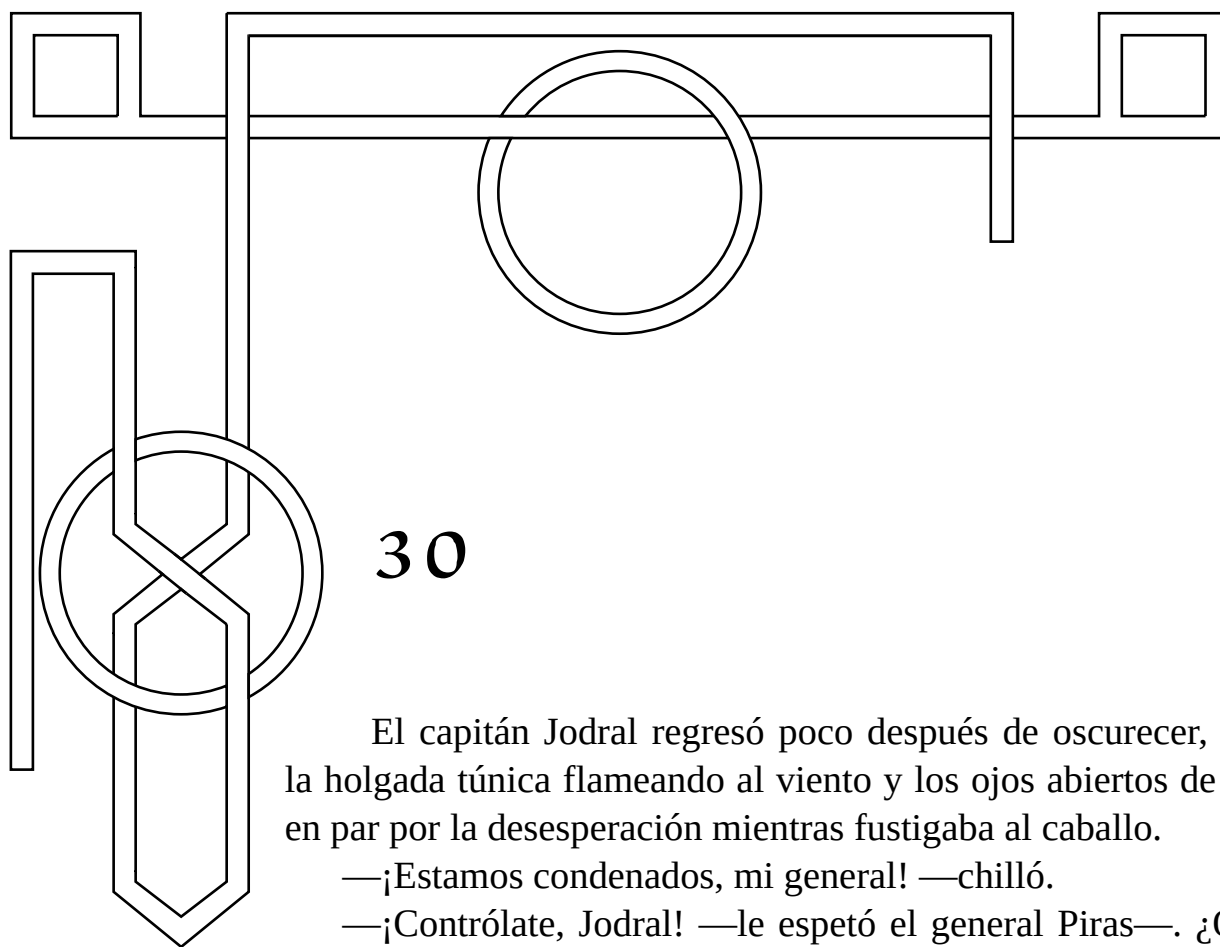
conclusión de que los cyrgais tenían un aspecto impresionante, pero que su entrenamiento se había vuelto tan formalizado y alejado de la realidad a lo largo de los siglos, que acabó por convertirse más en una forma de danza que en una preparación para el combate real. Puesto que los cyrgais no podían trasponer la línea de la maldición estiriana, no se habían visto implicados en ninguna verdadera lucha durante diez mil años, por lo que carecían de toda preparación para los peligrosos trucos que surgían de vez en cuando en las luchas cuerpo a cuerpo.

—Continúo sin saber cómo vamos a conseguirlo —jadeó Talen mientras arrastraba a un inerte guardia hacia las sombras que los habían cobijado momentos antes—. Una sola mirada les dirá a los guardias de la puerta que no somos cyrgais.

—Ya hemos hablado de eso —le contestó Sparhawk—, mientras tú estabas explorando. Xanetia y Afrael van a volver a mezclar hechizos..., de la misma forma en que la anarae y Sefrenia lo hicieron en Matherion. Pareceremos lo bastante cyrgais como para pasar por la puerta..., en particular si los demás de la ciudad les tienen tanto miedo a los guardias del templo como afirma Xanetia.

—Ya que ha surgido el tema —intervino Kalten—, en cuando hayamos pasado por las puertas, quiero que me devuelvan mi propia cara. Esta noche tenemos bastantes probabilidades de que nos maten, y me gustaría tener mi propia cara en la lápida. Además, incluso aunque por casualidad tengamos éxito, no quisiera sobresaltar a Alean presentándome ante ella con el rostro de un desconocido. Después de todo lo que ha pasado, tiene derecho a ver mi aspecto real.

—Yo no tengo ningún problema al respecto —asintió Sparhawk.



30

El capitán Jodral regresó poco después de oscurecer, con la holgada túnica flameando al viento y los ojos abiertos de par en par por la desesperación mientras fustigaba al caballo.

—¡Estamos condenados, mi general! —chilló.

—¡Contrólate, Jodral! —le espetó el general Piras—. ¿Qué es lo que has visto?

—¡Hay millones de ellos, general! —Jodral estaba aún al borde de la histeria.

—Jodral, tú nunca has visto un millón de nada. Ahora, explícame, ¿qué hay ahí fuera?

—Están atravesando el Sarna, general —replicó Jodral mientras hacía todo lo posible por controlar su temblorosa voz—. Los informes respecto a la flota son ciertos. He visto los barcos.

—¿Dónde? Estamos a diez leguas de la costa.

—Han subido por el río Sarna, y atado sus barcos borda con borda para formar puentes.

—¡Absurdo! ¡El Sarna tiene media legua de ancho a esta altura! ¡Habla con sensatez, hombre!

—Yo sé lo que he visto, general. Los otros exploradores estarán aquí dentro de poco para confirmar lo que digo. Kaftal está en llamas. Puedes ver la luz del fuego desde aquí.

Jodral dio media vuelta y señaló en dirección sur, hacia un descomunal fulgor anaranjado que oscilaba en el cielo, por encima de las bajas colinas costeras que se alzaban entre las fuerzas cynesganas y el mar.

El general Piras profirió una maldición. Era la tercera vez en una semana que sus exploradores informaban que el enemigo cruzaba el bajo Sarna y el río Verel, y hasta

el momento no había visto ni rastro de esas fuerzas hostiles. En circunstancias normales se habría limitado a hacer azotar a los exploradores, o algo peor, pero aquéllas no eran circunstancias normales. Los ejércitos enemigos que habían estado asolando la costa meridional, estaban compuestos por soldados de la iglesia de Chyrellos..., brujos hasta el último..., capaces de desvanecerse y reaparecer a leguas de distancia por su retaguardia. Aún mascullando imprecaciones, llamó a su adjunto.

—¡Sallat! —gritó—. Despierta a los soldados. ¡Diles que se preparen! Si esos malditos caballeros están cruzando de verdad en Sarna a esta altura, tendremos que enfrentarnos con ellos antes de que logren establecer un punto de apoyo a este lado del río.

—No es más que otro engaño, mi general —dijo el adjunto, al tiempo que miraba con desprecio al capitán Jodral—. Cada vez que un idiota ve un bote con tres pescadores, recibimos informes de que los soldados enemigos están cruzando un río.

—Eso ya lo sé, Sallat —replicó Piras—, pero yo tengo que acudir. El rey Jaluah me hará decapitar si permito que los caballeros atraviesen esos ríos. —El general abrió las manos ante sí con gesto de impotencia—. ¿Qué otra cosa puedo hacer? —Volvió a maldecir—. Toque de carga, Sallat. Quizás esta vez encontremos a alguien real cuando llegemos al río.

Alean temblaba con violencia cuando Zalasta devolvió a las dos cautivas a la pequeña, aunque ahora escrupulosamente limpia, celda, tras otra de aquellas horribles entrevistas silenciosas con el Klael de alas de murciélago, pero Ehlana se sentía vacía de toda emoción. Había una perversa seducción en el extrañamente suave sondeo de aquella mente infinita, y Ehlana siempre se sentía violada y sucia cuando acababa.

—Ésta será la última vez —le dijo Zalasta a modo de disculpa—. Si te sirve de algún consuelo, tu esposo aún lo desconcierta. No puede entender cómo cualquier criatura con semejante poder se sometería voluntariamente a... —Vaciló.

—¿A una simple mujer, Zalasta? —sugirió ella con cansancio.

—No, Ehlana, no se trata de eso. Algunos de los mundos que domina Klael están gobernados por mujeres. A los varones sólo se los mantiene para finalidades reproductivas. Él, sencillamente, no puede entender la relación que existe entre tú y Sparhawk.

—Podrías explicarle el significado de la palabra amor, Zalasta. —Ella hizo una pausa—. Pero tú mismo no lo entiendes, ¿verdad?

El rostro de él se endureció.

—Buenas noches, majestad —dijo en un tono carente de emociones. Luego dio media vuelta y salió de la celda, cerrando y echando llave a la puerta tras de sí.

Ehlana tenía el oído contra la puerta antes de que el eco del entrechocar metálico hubiese cesado.

—Yo no les tengo miedo —oyó que declaraba Santheocles.

—En ese caso, eres un necio mayor de lo que yo pensaba —le contestó Zalasta con brusquedad—. Han neutralizado a todos tus aliados, y tus enemigos te tienen rodeado.

—Somos cyrgais —insistió Santheocles—. Nadie puede resistirnos.

—Puede que eso fuera cierto hace diez mil años, cuando vuestros enemigos se cubrían con pieles y cargaban contra vuestras filas con lanzas de punta de pedernal. Ahora te enfrentas con los caballeros de la iglesia armados de acero; te enfrentas con guerreros atanes que pueden matar a tus soldados con las puntas de los dedos; te enfrentas con los pelois que cabalgan entre las filas enemigas como el viento; te enfrentas con trolls, que no sólo pueden matar a tus soldados, sino además comérselos. Y si eso no fuera ya lo bastante malo, te enfrentas con Afrael, que es capaz de detener el sol y convertirte en piedra. Y lo peor de todo es que te enfrentas a Anakha y el Bhelliom, y eso significa la destrucción total.

—El poderoso Cyrgon nos protegerá. —La voz de Santheocles tenía un tono voluntarioso de testaruda imbecilidad.

—¿Por qué no vas a hablar con Otha de Zemoch, Santheocles? —Había burla en la voz de Zalasta—. Él te contará cómo chillaba el dios antiguo Azash cuando el Bhelliom lo destruyó. —Zalasta se interrumpió de golpe—. ¡Ya llega! —dijo con voz ahogada—. ¡Está más cerca de lo que jamás creímos posible!

—¿De qué estás hablando? —exigió saber Ekatas.

—¡Anakha está aquí! —exclamó Zalasta—. ¡Ve a hablar con tus generales, Santheocles! ¡Diles que llamen a sus soldados y les ordenen buscar por las calles de Cyrga, porque Anakha está dentro de tus murallas! ¡Aprisa, hombre! ¡Ven conmigo, Ekatas! ¡Debemos poner sobre aviso a Cyrgon, y al eterno Klael! ¡La noche de la decisión está sobre nosotros!

*And thou, oh, Blue, all cares and griefs shall ban
And lift our hearts to heights
unknown to mortal man
(Y tú, Azul, cuidado y pesar borrarás
Y los corazones nuestros elevarás
a alturas desconocidas para hombre mortal).*

Elron contó con los dedos y maldijo. No importaba cómo ligara o comprimiera las palabras de aquel último verso, continuaba teniendo sílabas de más. Arrojó la pluma de ganso al otro extremo de la habitación, y ocultó el rostro entre las manos en una mañosa pose de desesperación poética. Elron hacía eso con frecuencia cuando componía versos.

Luego levantó el rostro esperanzado al ocurrírsele una idea. Después de todo, estaba cerca de las estrofas finales de su obra maestra, y un alejandrino le añadiría fuerza, sin duda. ¿Qué dirían los críticos?

Aquella decisión le provocaba una verdadera agonía. Maldijo el día en que había conformado el más importante trabajo de su carrera en versos pareados. Detestaba los yambos. Eran tan despiadadamente regulares e implacables..., y el pentámetro era como una cadena en torno a su cuello que tironeaba de él al final de cada verso. La *Oda al Azul* pendía en equilibrio mientras su creador luchaba con las hoscas intransigencias de la forma y la métrica.

Elron no estaba seguro de cuánto hacía que duraban los gritos ni de cuándo habían comenzado con exactitud. Su mente, atrapada en un frenesí creativo, se había aislado de toda cosa externa a aquel verso enloquecedoramente recalcitrante. El poeta se levantó con irritación y se acercó a la ventana para mirar las calles de Natayos iluminadas por antorchas. ¿Qué motivaba aquellos alaridos?

Los soldados de Scarpa, siervos ignorantes y sucios en su mayoría, corrían gritando de terror como un rebaño de ovejas balantes.

¿Qué los habría asustado, esta vez?

Elron se asomó un poco para mirar calle abajo. De esa parte de la ruinoso ciudad, aún enterrada bajo enredados arbustos y lianas, parecía manar un tipo de luz diferente. Elron frunció el entrecejo. Estaba muy claro que eso no era luz de antorchas. Tenía aspecto de ser un pálido fulgor blanco, constante, que no oscilaba, y que salía de una docena de sitios a la vez.

Entonces, Elron oyó la voz de Scarpa que se alzaba por encima de los alaridos. El loco charlatán estaba gritando órdenes de alguna clase con su voz más imperial. La chusma de las calles, sin embargo, hacía caso omiso de él. El ejército fluía por las empedradas calles de las ruinas de Natayos en dirección a la puerta principal, empujándose, aullando, atascándose y luchando para salir por la puerta completamente bloqueada. Más allá de la puerta, Elron vio titilantes antorchas que corrían hacia la selva circundante. ¿Qué, en el nombre de Dios, estaba sucediendo?

Entonces se le heló la sangre de pronto. Miró espantado y con la boca abierta a las siluetas fulgentes que salían de las calles laterales de las ruinas para avanzar implacablemente por la ancha avenida que conducía a la puerta. ¡Los seres fulgentes que habían despoblado Panem-Dea, Norenja y Synaqua, descendían por fin sobre Natayos!

El poeta permaneció inmóvil durante apenas un momento, y luego su mente se puso en funcionamiento a una velocidad mayor de lo que él habría creído posible. La huida quedaba fuera de toda posibilidad. La puerta estaba tan completamente atascada de hombres que incluso aquellos que la habían alcanzado tenían pocas probabilidades de abrirse paso a través de la multitud. Elron corrió a la mesa en la que escribía y apagó la vela de un manotazo, sumiendo la habitación en tinieblas. Si no había luz en las ventanas de aquel piso superior, los horrores que andaban por las calles no tendrían ninguna razón para registrarlo. Frenético, tropezando en la oscuridad, corrió de una habitación a otra en busca de alguna otra vela encendida que pudiera denunciar su presencia.

Luego, seguro de que estaba a salvo al menos de momento, el hombre que era conocido en todo Astel con el nombre de Sable, se arrastró de vuelta a su habitación y espío, atemorizado, las calles que se extendían debajo, por sobre el marco de la ventana.

Scarpa se hallaba de pie sobre un muro derrumbado a medias, y daba órdenes contradictorias a unos regimientos que evidentemente sólo él podía ver. Llevaba sobre los hombros la gastada capa de terciopelo, y la corona algo torcida en la cabeza.

No lejos de él se encontraba Cызada diciendo algo con su voz hueca..., alguna clase de encantamiento, pensó Elron..., al tiempo que sus dedos tejían intrincados dibujos en el aire. Hablaba con voz cada vez más alta en gutural estiriano, invocando sabe Dios qué horrores para que se enfrentaran a las silenciosas siluetas fulgentes que avanzaban hacia él. Su voz aumentó hasta un chillido, y él lanzó zarpazos al aire, exagerando frenéticamente los gestos.

Y entonces, uno de los incandescentes intrusos lo alcanzó. Cызada gritó y se echó hacia atrás con violencia, pero ya era demasiado tarde. La relumbrante mano ya lo había tocado. Él retrocedió tambaleándose como si aquel casi suave toque hubiera sido un golpe brutal. Dando traspiés, se volvió como si quisiera huir, y Elron le vio la cara.

El poeta sufrió una náusea y se puso las manos sobre la boca para ahogar cualquier sonido que pudiera denunciar su presencia. Cызada de Esos estaba disolviéndose. El ya irreconocible rostro se deslizaba por el cráneo como cera fundida, y una mancha que se extendía con rapidez le teñía la parte delantera de la blanca túnica estiriana. Dio algunos tambaleantes pasos hacia el aún frenético Scarpa, con los brazos extendidos anhelantes hacia el demente mientras la carne se deslizaba de sus esqueléticas manos tendidas. Luego el estiriano se derrumbó con lentitud sobre el empedrado, burbujeante, hirviendo, mientras el cuerpo licuado rezumaba por la tela de la túnica.

—¡Arqueros al frente! —ordenó Scarpa con su profunda voz teatral—. ¡Barredlos con flechas!

Elron cayó al suelo y se arrastró lejos de la ventana.

—¡Caballería a los flancos! —oyó que ordenaba Scarpa—. ¡Sables preparados!

Elron se arrastró hasta la mesa en la que escribía, guiándose a tientas en la oscuridad.

—¡Guardias imperiales! —aulló Scarpa—. ¡Paso ligero!

Elron encontró una pata de la mesa, buscó la superficie y se puso a recoger frenéticamente las hojas de papel que había en ella.

—¡Primer regimiento... carguen, ya! —ordenó Scarpa a pleno pulmón.

Elron derribó violentamente la mesa mientras gimoteaba en su desesperada prisa.

—¡Segundo regimiento...! —La voz de Scarpa se cortó de forma repentina, y Elron oyó el alarido.

El poeta tendió los brazos, intentando recoger las inapreciables páginas de la *Oda*

al Azul en medio de las tinieblas.

La voz de Scarpa era ahora chillona.

—¡Madre! —gritó—. ¡Porfavorporfavorporfavor! —La resonante voz se había transformado en una especie de chillido líquido—. ¡Porfavorporfavorporfavor! —Sonaba casi como un hombre que intentara gritar debajo del agua—. ¡Porfavorporfavorporfavor! —y luego la voz se convirtió en un resuello que descendió hasta un aterrador silencio gorgoteante.

Aferrando las páginas que había encontrado, Sable abandonó la búsqueda de las demás, se escabulló hasta el otro lado de la habitación sobre manos y rodillas, y se ocultó bajo la cama.

La expresión de Bhlokw era de reproche cuando regresó arrastrando los pies por la grava cubierta de noche.

—Maldad, U-lat —acusó al thalesiano—. Somos compañeros de manada, y tú me has dicho una cosa que no es así.

—Yo no haría eso, Bhlokw —protestó Ulath.

—Pusiste en la barriga de mi mente el pensamiento de que las cosas grandes con acero en la cara eran buenas de comer. No son buenas de comer.

—¿Son malas de comer, Bhlokw? —le preguntó Tynian con compasión.

—Muy malas de comer, Tin-in. Nunca había probado antes nada tan malo de comer.

—Eso yo no lo sabía, Bhlokw —intentó disculparse Ulath—. Era mi pensamiento que son tan grandes que una o dos podrían llenarte la barriga.

—Sólo me comí una —replicó Bhlokw—. Era tan mala de comer que no quise comerme otra. Ni siquiera los ogros se comerían eso, y los ogros se comen cualquier cosa. Me pone no-contento que me dijeras una cosa que no era así, U-lat.

—También me pone no-contento a mí —confesó Ulath—. Dije una cosa que no sabía. Fue malvado por mi parte hacer eso.

La reina Betuana se llevó a Tynian aparte.

—¿Cuánto tiempo vamos a tardar en llegar a la Ciudad Oculta Tynian-caballero? —preguntó.

—¿Pregunta tu majestad cuánto tiempo va a llevarnos en realidad, o cuánto parecerá que nos lleva?

—Las dos cosas.

—Va a parecer semanas, Betuana-reina, pero en tiempo real será instantáneo. Ulath y yo salimos de Matherion hace apenas unas pocas semanas en tiempo real, pero parece que hayamos estado en camino casi un año. Es muy extraño, pero después de algún tiempo te habitúas a ello.

—Tendremos que partir pronto si queremos estar en Cyrga al amanecer.

—Ulath y yo tendremos que hablar con Ghnomb sobre eso. Él es quien detiene el

tiempo, pero también es el dios de la comida. Podría no estar contento con nosotros. La idea de dejar que los trolls mataran a los soldados de Klael fue buena, pero Ghnomb espera que ellos se coman lo que matan, y a ellos no les gusta el sabor.

Ella se estremeció.

—¿Cómo puedes soportar permanecer cerca de los trolls-bestias, Tynian-caballero? Son unas criaturas horribles.

—La verdad es que no están tan mal, majestad —los defendió Tynian—. Son unas criaturas muy morales, ¿sabes? Practican una lealtad feroz hacia sus propias manadas; ni siquiera saben mentir; y no matan nada a menos que tengan intención de comérselo..., o a menos que los ataque. En cuanto Ulath haya terminado de disculparse con Bhlokw, invocaremos a Ghnomb y hablaremos con él para que detenga el tiempo con el fin de poder llegar a Cyrga. —Tynian hizo una mueca—. Eso sí que llevará un buen rato. Hay que ser paciente cuando se le intenta explicar algo a un dios-troll.

—¿Es eso lo que está haciendo Ulath-caballero? —inquirió ella con curiosidad—. ¿Disculpándose?

Tynian asintió con la cabeza.

—No es tan fácil como parece, majestad. En lengua troll no existe una sola frase que se aproxime siquiera a la expresión «lo siento», probablemente porque los trolls nunca hacen nada de lo que luego se avergüencen.

—¿Quieres quedarte quieta? —le siseó Liatris a la protestona Gahennas—. En este momento están en la habitación de al lado.

Las tres emperatrices se encontraban escondidas en la oscura antecámara adyacente a las habitaciones privadas de la tegana. Liatris se hallaba junto a la puerta con la daga en la mano.

Aguardaron con tensa aprensión.

—Ya se han marchado —anunció Liatris—. Pero será mejor que esperemos un poco.

—¿Querréis hacer el favor de decirme qué está sucediendo? —preguntó Gahennas.

—Chacole ha enviado a una gente para que te mate —respondió Elysoun—. Liatris y yo lo descubrimos, Y vinimos a rescatarte.

—¿Por qué iba a hacer Chacole una cosa así?

—Porque sabes demasiado sobre lo que está planeando.

—¿Ese estúpido plan para implicar a Cieronna en un falso complot de asesinato?

—El complot no era falso, y Cieronna no estaba ni remotamente relacionada con él. Chacole y Torellia están planeando asesinar a nuestro esposo.

—¡Traición! —exclamó Gahennas con voz ahogada.

—Es probable que no lo sea. Chacole y Torellia son miembros de casas reales que en la actualidad se encuentran en guerra con el imperio tamul, y están recibiendo órdenes de sus hogares paternos. Asesinar a Sarabian podría ser técnicamente denominado como acto de guerra. —Elysoun se interrumpió al acometerla un acceso de náusea—. Oh, cielos —dijo con una vocecilla enferma.

—¿Qué te sucede? —preguntó Liatris.

—No es nada. Se me pasará.

—¿Estás mareada?

—Un poco. No es nada de lo que haya que preocuparse. Debería de haber comido algo cuando me despertaste, eso es todo.

—Estás blanca como la nieve. ¿Qué te pasa?

—Estoy embarazada, si de verdad tenéis que saberlo.

—Tenía que suceder antes o después, Elysoun —declaró Gahennas, pagada de sí misma—. Me sorprende que no haya ocurrido antes, llevando la vida que llevas. ¿Tienes alguna idea de quién es el padre?

—Sarabian —replicó Elysoun, encogiéndose de hombros—. ¿Crees que ahora podemos salir sin peligro, Liatris? Creo que será mejor que acudamos junto a nuestro esposo lo antes posible. Chacole no habría enviado a alguien a matar a Gahennas a menos que esta fuese la noche en la que planeaba asesinar a Sarabian.

—Tendrá gente vigilando todas las puertas —replicó Liatris.

—No todas las puertas, querida —replicó Elysoun con una sonrisa—. Conozco al menos tres de cuya existencia ella no está enterada. Como puedes ver, Gahennas, el tener una vida social activa comporta ciertas ventajas. Echa una mirada al corredor, Liatris. Saquemos a Gahennas de aquí antes de que regresen los asesinos de Chacole.

Los cyrgais que se hallaban en la puerta de bronce se apartaron con temor mientras Sparhawk subía las últimas escaleras a la cabeza de los demás.

—*¡Yala Cyrgon!* —dijo el oficial al mando, a la vez que se daba un puñetazo en el peto, lo que constituía, sin duda, una especie de saludo formal.

—Responded, Anakha —murmuró la voz de Xanetia en el oído de Sparhawk—. Es la costumbre.

—*¡Yala Cyrgon!* —dijo Sparhawk, dándose también un puñetazo en el pecho y poniendo buen cuidado en que no se le abriera la capa que le había quitado al guardia inconsciente, y revelara que tenía puesta una cota de malla en lugar del ornado peto.

El oficial no pareció advertirlo. Sparhawk y los demás pasaron por la puerta y avanzaron por las anchas calles en dirección a una especie de plaza central.

—¿Nos está mirando, todavía? —murmuró Sparhawk.

—No, Anakha —replicó Xanetia—. Él y los sus hombres han vuelto a la sala de guardia que hay junto a la puerta.

Desde la parte baja había dado la impresión de que el palacio fortificado y el

templo constituían los únicos edificios del interior de las murallas de la cumbre de Cyrga, pero eso no era del todo cierto. También había otras estructuras, edificios bajos y utilitarios, almacenes en su mayor parte, dedujo Sparhawk.

—Talen —dijo, volviendo la cabeza por encima del hombro—, deslízate hasta el lado de la calle. Busca una puerta que puedas abrir con rapidez. Desaparezcamos de la vista mientras Xanetia explora los alrededores.

—De acuerdo —replicó Talen.

Se agachó en la oscuridad y un momento más tarde oyeron su susurro y avanzaron apresuradamente hacia la puerta que él mantenía abierta.

—¿Y ahora, qué? —inquirió Kalten.

—Xanetia y yo saldremos a buscar a Ehlana y Alean —contestó la voz de Afrael desde la oscuridad.

—¿Dónde estabas —preguntó Talen, curioso—, cuando subíamos la colina?

—Por aquí y por allá —contestó ella—. Mi familia está llevando a todos los demás a sus posiciones, y quería asegurarme de que las cosas marchaban según lo previsto.

—¿Y marchan según lo previsto?

—Ahora sí. Había un par de problemas, pero me he encargado de solucionarlos. Pongámonos a trabajar, Xanetia. Todavía nos quedan muchas cosas que hacer antes de que llegue la mañana.

—Ah, aquí estáis —dijo Setras—. La verdad es que no me había desviado tanto, ¿verdad?

—¿Estás seguro esta vez? —exigió saber, Bergsten.

—Estás enfadado conmigo, ¿no es cierto, Bergsten?

Bergsten suspiró, y decidió dejarlo pasar.

—No, divino Setras —replicó—. Supongo que todos cometemos errores.

—Eso es terriblemente amable por tu parte, muchacho —le agradeció Setras—. Avanzábamos en la dirección general correcta. Sólo me había desviado algunos grados, eso es todo.

—¿Esta vez estás seguro de que esos son los picos correctos, divino Setras? —preguntó Heldin con su tronante voz.

—Oh, del todo —respondió Setras con alegría—. Son exactamente como los describió Afrael. ¿Has visto cómo brillan a la luz de la luna?

Heldin entrecerró los ojos para mirar las dos destellantes agujas que se alzaban entre el desorden de piedras rotas.

—Tienen más o menos el aspecto correcto —comentó, dubitativo.

—Debo ir a buscar la entrada —les explicó Setras—. Se supone que está en línea exacta con la separación que hay entre ambos picos.

—¿Estás seguro, divino Setras? —preguntó Bergsten—. Es así en el lado sur,

pero ¿sabemos con seguridad que es igual aquí, en el norte?

—Nunca has conocido a Cyrgon, ¿verdad, muchacho? Es la criatura más rígida que jamás hayas visto. Si hay una entrada al sur, habrá otra también al norte, créeme. No os marchéis. Volveré enseguida. —Dio media vuelta y se alejó paseando por el desierto hacia los dos picos que brillaban a la luz de la luna.

La atana Maris estaba de pie a un lado de Bergsten y Heldin con una expresión algo trastornada en el rostro.

—¿Qué sucede, atana? —le preguntó Heldin.

—Creo que hay algo que no entiendo, Heldin-caballero —replicó ella, luchando para expresar sus pensamientos en elenio—. ¿Esa persona, Setras, es un dios?

—Un dios estiriano, sí.

—Si es un dios, ¿cómo es que se ha perdido?

—No lo sabemos, atana Maris.

—Eso es lo que no entiendo. Si Setras-dios fuera un ser humano, diría que es estúpido. Pero es un dios, así que no puede ser estúpido, ¿verdad?

—Pienso que será mejor que hables ese tema con su gracia —contestó Heldin—. Yo no soy más que un soldado. El experto en teología es él.

—Gracias, Heldin —dijo Bergsten en un tono frío.

—Si es estúpido, Bergsten-sacerdote, ¿cómo podemos estar seguros de que nos ha traído al lugar correcto?

—Tenemos que confiar en Afrael, atana. Puede que Setras esté un poco inseguro, pero Afrael no lo está, y hablé con él durante bastante rato, según recuerdo.

—Le hablé lentamente —agregó Heldin—, y utilizando palabras cortas y sencillas.

—¿Es posible, Bergsten-sacerdote? —preguntó Maris con insistencia—. ¿Puede ser estúpido un dios?

Bergsten la miró con aire de desamparo.

—El nuestro no lo es —replicó, evasivo—, y estoy seguro de que el vuestro tampoco lo es.

—No has respondido a mi pregunta, Bergsten.

—Tienes razón, atana —contestó él—, no lo he hecho... y tampoco voy a hacerlo. Si sientes verdadera curiosidad, puedo llevarte a Chyrellos cuando haya acabado todo esto, y tendrás la posibilidad de hablar del asunto con Dolmant.

—Valiente decisión, mi señor Bergsten —murmuró Heldin.

—Cállate, Heldin.

—Sí, vuestra gracia.

Sparhawk, Bevier y Kalten se hallaban ante una pequeña ventana con barrotes del almacén que olía a humedad, mirando hacia el palacio fortificado que se alzaba por encima del resto de la ciudad.

—Eso es verdaderamente arcaico —comentó Bevier, crítico.

—A mí me parece bastante fuerte —dijo Kalten.

—Han construido la estructura principal del palacio contra la muralla exterior, Kalten. Evita tener que levantar dos murallas, pero compromete la integridad estructural de la fortaleza. Dame un par de meses y unas buenas catapultas, y podría hacer pedazos esa cosa sin problemas.

—No creo que hubieran sido inventadas las catapultas cuando lo construyeron, Bevier —observó Sparhawk—. Probablemente era la fortaleza más inexpugnable del mundo hace diez mil años.

Miró hacia el macizo edificio lóbrego y alto. Tal y como había señalado Bevier, la estructura principal estaba apoyada contra la muralla que separaba esa parte de Cyrga del resto de la ciudad. Mediante unas torres más bajas, se subía por escalones hasta una torre central más grande que se encumbraba muy por encima del resto del palacio y nacía, o al menos eso aparentaba, de la propia muralla. En apariencia, el palacio no había sido construido para mirar sobre la ciudad, sino para encararse con el blanco templo de piedra caliza. Estaba claro que los cyrgais miraban a su dios y le volvían la espalda a todo el mundo.

La puerta a la que Talen le había quitado el cerrojo para dejarlos pasar al interior de aquel almacén, crujió al abrirse y después se cerró. Luego, el suave fulgor del rostro de Xanetia volvió a arrojar una débil luz sobre el área que la rodeaba.

—Las hemos encontrado —declaró la diosa-niña mientras ella y la anarae se sentaban sobre el piso de losas de piedra.

El corazón de Sparhawk dio un salto.

—¿Se encuentran bien?

—No las han tratado demasiado bien. Están cansadas, hambrientas y muy, muy asustadas. Zalasta las llevó a ver a Klael, y eso es bastante como para asustar a cualquiera.

—¿Dónde están? —preguntó Mirtai, resuelta.

—En la cumbre misma de esa torre más alta del palacio.

—¿Has hablado con ellas? —le preguntó Kalten, atento a la respuesta.

Afrael negó con la cabeza.

—No pensé que fuese una buena idea. No podrán hablar de lo que no sepan.

—Anarae —intervino Bevier con aire pensativo—, ¿dejarían los soldados de palacio que los guardias del templo se desplazaran con libertad por ahí dentro?

—No, caballero. Los cyrgais son una gente que se mueve mucho por costumbre, y los guardias del templo tienen pocos motivos para entrar en el palacio.

—En ese caso, creo que podemos descartar esa posibilidad —comentó Kalten al tiempo que se quitaba el ornado casco y la capa que había hurtado en la ciudad inferior. Se tocó una mejilla—. Aún tenemos aspecto de cyrgais. Podríamos robar unos uniformes diferentes y luego entrar, ¿no?

Xanetia negó con la cabeza.

—Los soldados del palacio son todos parientes, miembros del clan real, y se conocen entre sí. Un subterfugio de ese tipo sería demasiado peligroso.

—¡Tenemos que encontrar una manera de entrar en la torre! —exclamó Kalten, desesperado.

—Ya lo tengo —le dijo Mirtai con calma—. Es peligroso, pero creo que no hay otra forma.

—Continúa —le pidió Sparhawk.

—Podríamos tener la posibilidad de deslizarnos al interior del palacio, pero si nos descubren tendremos que luchar, y eso pondría en peligro a Ehlana y Alean.

Sparhawk asintió, desolado, para manifestar su acuerdo.

—Es demasiado peligroso como para arriesgarse.

—Bien, pues. Si no podemos penetrar en el castillo por la entrada, tendremos que escalarlo por el exterior.

—¿Quieres decir trepar por la torre? —inquirió Kalten con incredulidad.

—No es tan difícil como parece, Kalten. Esas paredes no están construidas de mármol, por lo que no son lisas. Se trata de bloques de piedra desiguales, y hay muchos asideros y salientes en los que apoyar los pies. Podría trepar por esa pared posterior como si fuera una escalerilla, en caso necesario.

—La verdad es que yo no soy muy ágil, Mirtai —replicó él, dubitativo—. Haré cualquier cosa para rescatar a Alean, pero no le resultaré de mucha utilidad si me falla un pie y caigo desde cuatrocientos codos a la ciudad inferior.

—Tenemos cuerdas, Kalten. Yo evitaré que caigas. Talen puede trepar por las paredes como una ardilla, y yo lo hago casi igual de bien. Si Stragen y Caalador estuvieran aquí, ya se encontrarían por la mitad del muro a estas alturas.

—Mirtai —intervino Bevier con voz sufriente—, llevamos puestas cotas de malla. Trepar por una muralla que cae a pico con setenta libras colgadas encima puede resultar todo un reto.

—Entonces, quítate la cota de malla, Bevier.

—Podría necesitarla cuando llegemos arriba.

—No hay problema —le aseguró Talen—. Las ataremos todas juntas y las izaremos detrás de nosotros. A mí me gusta bastante la idea, Sparhawk. Es silenciosa, bastante rápida, y con toda probabilidad no habrá ningún soldado recorriendo el exterior palmo a palmo en busca de intrusos. Mirtai ha recibido entrenamiento de Stragen y Caalador, y yo nací para el allanamiento de moradas. Ella y yo podemos encargarnos de trepar hasta arriba. Os arrojaremos cuerdas al resto de vosotros en varias etapas del camino, y vosotros podréis izar las cotas de malla y las espadas a medida que vayáis ascendiendo. Llegaremos a lo alto de esa torre en nada. Podemos hacerlo, Sparhawk. Será fácil.

—La verdad es que no se me ocurre otra alternativa —concedió Sparhawk con tono dubitativo.

—Hagámoslo, pues —declaró Mirtai, abruptamente—. Saquemos de ahí a Ehlana

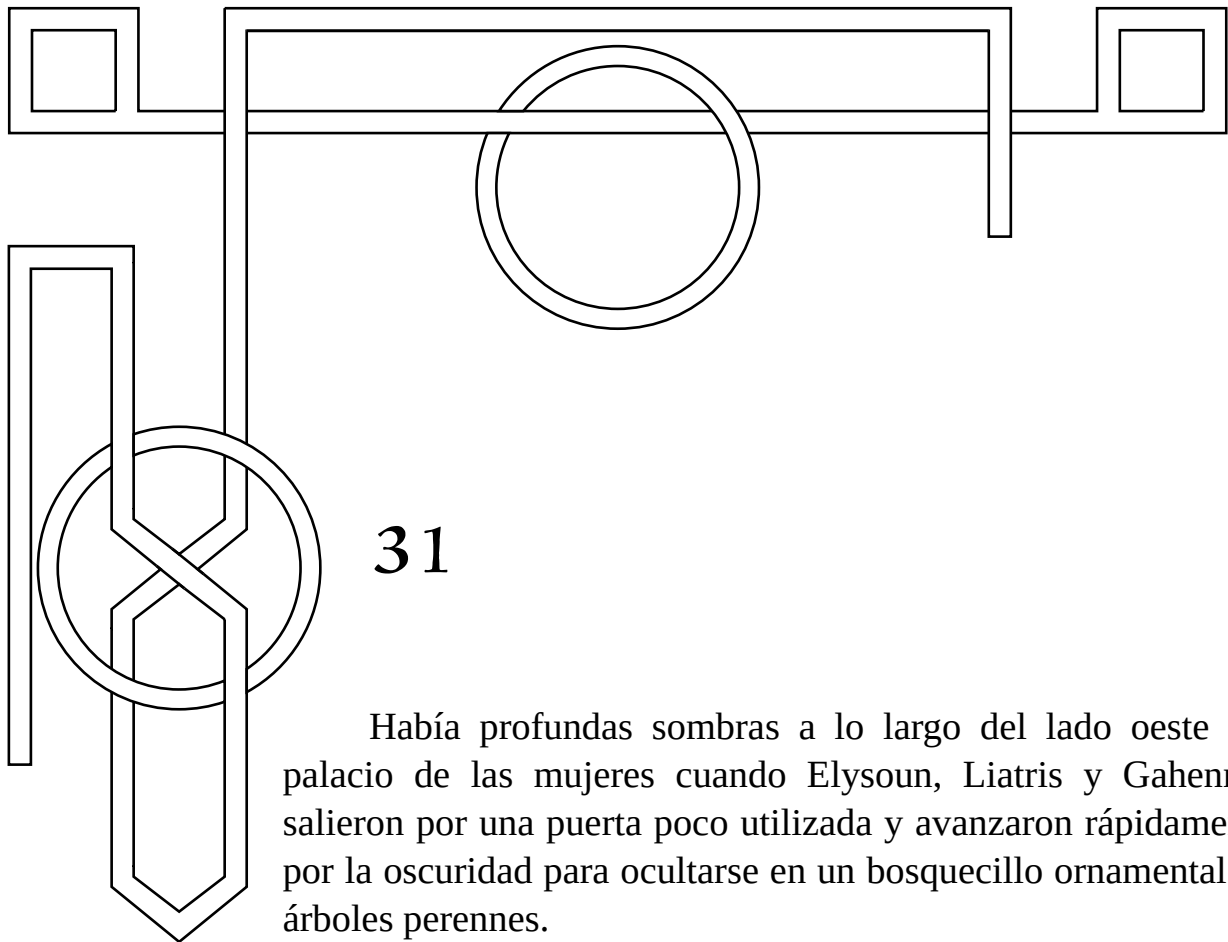
y Alean, y una vez que las tengamos a salvo podremos comenzar a hacer pedazos este lugar.

—Después de que yo recupere mi verdadera cara —agregó Kalten, intransigente—. Alean tiene derecho a esa mínima consideración.

—Hagamos eso ahora mismo, Xanetia —dijo Afrael—. De lo contrario, Kalten nos importunará toda la noche con ello.

—¿Importunaros? —objetó Kalten.

—Recuérdame de qué color tenías el pelo, Kalten. Púrpura, ¿verdad? —le preguntó ella con una sonrisilla traviesa.



31

Había profundas sombras a lo largo del lado oeste del palacio de las mujeres cuando Elysoun, Liatris y Gahennas salieron por una puerta poco utilizada y avanzaron rápidamente por la oscuridad para ocultarse en un bosquecillo ornamental de árboles perennes.

—Ésta va a ser la parte peligrosa —advirtió Liatris en voz baja—. A estas alturas, Chacole ya sabrá que sus asesinos no han encontrado a Gahennas, y es seguro que tendrá a su gente dando vueltas para que intenten evitar que lleguemos al castillo de Ehlana.

Elysoun miró hacia la cespедера bañada por la luna.

—Por ahí es imposible —comentó—. Hay demasiada luz. Existe un sendero que corre por esta arboleda. Sale cerca del ministerio del Interior.

—Ésa es la dirección opuesta —objetó Gahennas—. El castillo elenio está justo al otro lado.

—Sí, ya lo sé, pero no hay donde esconderse. Entre este lugar y el castillo no tenemos nada más que césped. Será mejor que permanezcamos en las sombras. Si vamos por el otro lado de Interior, podremos atravesar los jardines del ministerio de Exteriores. Sólo hay unas sesenta varas desde allí hasta el puente levadizo del castillo.

—¿Y si han levantado el puente?

—Nos preocuparemos por eso cuando lleguemos allí, Gahennas. Primero lleguemos a los jardines que rodean el ministerio de Exteriores.

—Vamos pues, mis señoras —intervino Liatris con brusquedad—. No conseguimos nada quedándonos aquí, hablando. Vayamos a descubrir con qué nos enfrentamos.

—Aquí detrás —les susurró Talen, saliendo de un estrecho callejón—. El muro del palacio corre hasta el lugar en que se une con las fortificaciones exteriores al final de este callejón. El ángulo recto en que se juntan ambos muros es perfecto para trepar.

—¿Vas a necesitar esto? —le preguntó Mirtai, al tiempo que le tendía un garfio.

—No. Puedo llegar al final sin eso, y será mejor que no nos arriesguemos a que algún centinela de ahí arriba oiga el gancho golpear contra la piedra.

Los condujo de vuelta por el callejón hasta el *cul-de-sac* donde el muro del palacio se unía a la imponente fortificación que separaba el complejo del resto de la ciudad.

—¿Qué altura dirías que tiene? —inquirió Kalten mientras levantaba la vista con los ojos entrecerrados.

Resultaba extraño volver a ver el rostro de Kalten tras tantas semanas de camuflaje. Sparhawk se palpó el rostro y de inmediato reconoció los contornos familiares de su nariz rota.

—Unos veinte codos, más o menos —contestó Bevier en voz baja a la pregunta de Kalten.

Mirtai estaba examinando el ángulo formado por las dos murallas.

—Esto no será muy difícil —susurró.

—La totalidad de la estructura tiene un diseño pobre —asintió Bevier con tono crítico.

—Yo subiré primero —anunció Talen.

—No hagas ninguna estupidez ahí arriba —le advirtió Mirtai.

—Confía en mí.

El muchacho apoyó un pie en una de las piedras que sobresalían de la muralla exterior y se asió a otra de la muralla del palacio. Ascendió con rapidez.

—Cuando lleguemos ahí arriba observaremos si hay centinelas —les dijo Mirtai en voz baja a los demás—. Luego os lanzaremos una cuerda. —Dio media vuelta y comenzó a seguir al joven ladrón, murallas arriba, por el ángulo formado entre ambas.

Bevier se recostó en una pared y miró hacia lo alto.

—La luna ya ha salido del todo —señaló.

—¿Pensáis que podría poner en evidencia la nuestra presencia? —le preguntó Xanetia.

—No, anarae. Nosotros subiremos por el lado norte de la torre, así que permaneceremos en las sombras durante toda la escalada.

Aguardaron en tensión, con la cabeza echada hacia atrás para observar a los que trepaban.

—¡Cuidado, alguien se acerca! —siseó Kalten—. ¡Ahí arriba, por las almenas!

Los escaladores se detuvieron, y se apretaron contra la zona en sombras del ángulo formado por las murallas.

—Tiene una antorcha —susurró Kalten—. Si la saca fuera de las almenas... —dejó la frase en suspenso.

Sparhawk contuvo la respiración.

—Tranquilo, ya ha pasado el peligro —anunció Bevier—. Vuelve a marcharse.

—Puede que nos interese hacer algo con él cuando llegemos ahí arriba —observó Kalten.

—No si podemos evitarlo —disintió Sparhawk—. No queremos que nadie más salga a buscarlo.

Talen había llegado a las almenas. Permaneció aferrado a la tosca piedra durante unos instantes, escuchando. Luego se deslizó por el borde y desapareció de la vista. Tras unos interminables momentos, Mirtai lo siguió.

Sparhawk y los demás esperaron en las tinieblas.

Luego la cuerda de Mirtai se deslizó muralla abajo.

—Vamos allá —dijo Sparhawk con voz tensa—. Uno por vez.

Los bloques del edificio eran cubos de basalto toscamente cortados, y sobresalían de manera irregular de la muralla, por lo que el trepar por ella resultaba más fácil de lo que parecía a primera vista. Sparhawk no se molestó siquiera en recurrir a la cuerda. Llegó a lo alto y pasó por encima de las almenas.

—¿Tienen los centinelas alguna clase de rutina constante? —le preguntó a Mirtai.

—Por lo que parece, cada uno tiene su sección de muralla —replicó la joven atana—. El que se ocupa de esta parte no camina muy rápido. No es más que una conjetura, pero yo diría que pasará un cuarto de hora antes de que vuelva por aquí.

—¿Hay algún lugar en el que podamos ocultarnos antes de ese momento?

—Hay una puerta en esa primera torre —respondió Talen al tiempo que señalaba la estructura achatada que se alzaba al final del parapeto—. Se abre sobre una escalera.

—¿Ya le habéis echado un vistazo a la muralla trasera?

Talen asintió con la cabeza.

—No hay parapeto a lo largo de ese lado, pero sí un retallo de unos tres palmos de espesor donde la muralla externa se une con la trasera del palacio. Podremos llegar por allí hasta la torre central. Luego comenzaremos a escalar.

—¿Mira hacia ese retallo el centinela cuando llega a este extremo del parapeto?

—La última vez no lo hizo —contestó Mirtai.

—En ese caso, echamos un vistazo a esa escalera —decidió Sparhawk—. En cuanto suban los demás, nos esconderemos ahí dentro hasta que el centinela haya llegado hasta aquí e inicie el camino de vuelta. Eso debería concedernos una media hora para pasar por el retallo hasta la torre central. Incluso en el caso de que mirara hacia esa zona la próxima vez, tendríamos que hallarnos fuera del alcance de su antorcha para entonces.

—Está realmente en todo, ¿no crees? —le preguntó alegremente Talen a Mirtai.

—¿Qué problema tiene este muchacho? —le preguntó Sparhawk con tono exigente a la gigantesca muchacha dorada.

—Hay un cierto entusiasmo en todo esto, tesoriyo —replicó Mirtai—. Enardece la sangre.

—¿Tesoriyo?

—Es un chiste profesional, Sparhawk. Probablemente no lo entenderías.

Los exploradores de Vanion regresaron a la caída del sol para informar que habían establecido contacto con Kring al sur y con los atanes de la reina Betuana al norte. El cerco de acero en torno a las Montañas Prohibidas se estaba cerrando de manera inexorable. La luna estaba encumbrándose sobre el desierto cuando Betuana y Engessa llegaron corriendo desde el flanco derecho del ejército de Vanion y Kring y Tikume se aproximaron a caballo desde el izquierdo.

—Tynian-caballero llegará dentro de poco, Vanion-preceptor —informó Engessa—. Él y Ulath-caballero han hablado con Bergsten-sacerdote que se encuentra a la derecha de ellos. Ulath caballero se ha quedado con los trolls para evitar incidentes.

—¿Incidentes? —preguntó Sefrenia.

—Los trolls tienen hambre. Ulath-caballero les dio un regimiento de soldados de Klael para comer, pero el sabor que tenían no agradó a los trolls. Ulath-caballero intentó disculparse, pero no estoy seguro de si los trolls le entendieron.

—¿Has visto ya a Berit y Khalad, amigo Vanion? —preguntó Kring.

—No, pero Afrael dijo que estaban un poco adelantados respecto a nosotros. Su primo los guió hasta el lugar en el que supuestamente está la ciudad oculta.

—Si saben dónde está la entrada escondida, podríamos entrar —sugirió Betuana.

—Será mejor esperar, querida —replicó Sefrenia—. Afrael me avisará en cuanto Sparhawk haya rescatado a Ehlana y Alean.

Tynian llegó a caballo por el vasto osario.

—Bergsten está en su puesto —informó, mientras desmontaba. Miró a Itagne—. Tengo un mensaje para ti, excelencia.

—¿Ah, sí? ¿De quién?

—La atana Maris está con Bergsten. Quiere hablar contigo.

—¿Qué está haciendo ella aquí? —exclamó Itagne con ojos sorprendidos.

—Dice que tus cartas debieron perderse. No le ha llegado ni una sola. Tú le escribiste, ¿no es cierto, excelencia?

—Bueno... yo tenía intención de hacerlo. —Itagne parecía un poco violento—. Pero siempre parecía surgir otra cosa que me lo impedía.

—Estoy seguro de que ella lo entenderá. —El rostro de Tynian era suave y carente de expresión—. En cualquier caso, después de entregarle a Bergsten la ciudad de Cynesga, decidió venir a buscarte.

La expresión de Itagne era ligeramente preocupada.

—No había contado con eso —confesó.

—¿De qué estáis hablando? —inquirió Betuana, curiosa.

—El embajador Itagne y la atana Maris se hicieron buenos amigos mientras él estaba en Cynesga, majestad —explicó Sefrenia—, muy buenos amigos, en realidad.

—Ah —dijo Betuana—. Es un poco raro pero no insólito, y Maris siempre ha sido una muchacha impulsiva. —A pesar de que la reina atana continuaba llevando luto riguroso, parecía haber abandonado el silencio ritual—. Te daría un consejo, Itagne-embajador..., si quieres oírlo.

—Por supuesto, majestad.

—No es en nada prudente jugar con el afecto de una mujer atana. Puede que no lo parezca, pero somos muy emotivas. A veces formamos lazos que no son realmente apropiados. —No miró a Engessa al decir esto—. Pero, apropiados o no, esas emociones son poderosas en extremo, y una vez formado el lazo, poco es lo que podemos hacer al respecto.

—Sí, ya veo —dijo él—. Te aseguro que tendré eso presente, majestad.

—¿Quieres que vaya a buscar a Berit y Khalad y los traiga aquí, amigo Vanion? —preguntó Kring.

Vanion lo pensó.

—Será mejor que nos mantengamos apartados de la entrada —decidió al fin—. Los cyrgais podrían estar vigilando. Se supone que Berit y Khalad deben estar allí, pero nosotros no. No levantemos sospechas hasta que Sparhawk nos haga saber que su esposa está a salvo. Entonces, entraremos todos. Hay una serie de cuentas que han vencido hace ya mucho tiempo, y creo que está llegando el momento en el que querremos saldarlas.

El retallo que corría por la parte trasera del palacio hizo que llegar hasta la torre central fuera poco más que un paseo tranquilo. No obstante, llevó tiempo, y Sparhawk era agudamente consciente de que ya había pasado más de la mitad de la noche. Mirtai y Talen escalaron la pared de la torre con rapidez, pero el resto de ellos, atados entre sí por seguridad, ascendían con una lentitud mucho mayor.

Sparhawk miraba hacia arriba cuando Kalten llegó hasta él.

—¿Dónde está Afrael? —preguntó el blondo pandion en voz baja.

—Por todas partes. ¿No te lo ha dicho ya?

—Muy gracioso, Sparhawk. —Kalten miró hacia el este—. ¿Vamos a conseguirlo antes de que comience a aclarar?

—Es posible que por poco. Parece haber una especie de balcón ahí arriba... y ventanas iluminadas.

—¿Vamos a rodearlas?

—Enviaré a Talen a que eche un vistazo. Si no hay muchos cyrgais dentro,

podríamos acabar esta escalada por el interior.

—No corramos riesgos, Sparhawk. Subiré hasta la misma luna si es necesario. Continúa trepando. La cuerda está tirante.

—De acuerdo.

Sparhawk comenzó a ascender otra vez. Se había levantado una suave brisa que acariciaba la pared de basalto con tenues dedos. Aún no tenía la fuerza suficiente como para representar un peligro, pero Sparhawk no quería que se hiciese más fuerte.

—No estás muy en forma, Sparhawk —le dijo Mirtai con tono crítico cuando llegó al lugar en que ella y Talen se hallaban colgados de la pared.

—Nadie es perfecto. ¿Habéis podido distinguir algún detalle de ese balcón?

—Estaba pensando en subir a echarle un vistazo —replicó Talen. Se desató la cuerda de la cintura y comenzó a trepar por la pared hacia el balcón.

—Estás haciéndome enfadar, Sparhawk. —La voz de Afrael parecía muy alta en el silencio de la mente del pandion—. Tengo planes para ese muchacho, y no incluyen hacerlo papilla dejándolo caer a una calle desde cuatrocientos codos de altura.

—Él sabe lo que está haciendo. No te preocupes demasiado. Ya que estás aquí, ¿podrías darme alguna información acerca de la cumbre de esta torre?

—Allí arriba hay un edificio independiente..., supongo que una idea de última hora. Tiene tres habitaciones, una sala de guardia para el pelotón, más o menos, de soldados ceremoniales, una celda en la que están encerradas madre y Alean, y una sala grande que abarca todo el frente. Santheocles pasa allí la mayor parte del tiempo.

—¿Santheocles?

—El rey de los cyrgais. Es un idiota. Todos ellos lo son, pero él es peor que la mayoría.

—¿Hay alguna ventana en la celda de Ehlana?

—Una pequeña. Tiene barrotes, pero en cualquier caso no podríamos pasar por ella. El edificio de lo alto es más pequeño que el resto de esta torre, así que hay una especie de parapeto que lo rodea.

—¿Lo patrullan esos guardias?

—No. No hay una necesidad real de ello. Es el punto más alto de la Ciudad, y la idea de que alguien pueda escalar hasta allí no se les ha ocurrido nunca a los cyrgais.

—¿Está Santheocles allí arriba en este momento?

—Lo estaba, pero creo que podría haberse marchado desde que miré por la ventana. Zalasta estaba con él., al igual que Ekatas. Había algún tipo de reunión a la que planeaban asistir.

Se oyó un silbido bajo, y Sparhawk alzó la mirada hacia el balcón. Talen le hacía señas.

—Voy a ir a echar un vistazo —le dijo Sparhawk a Mirtai.

—No tardes mucho —le advirtió ella—. La noche comienza a acabársenos.

Él gruñó y se puso en camino hacia el balcón.

El puente levadizo estaba bajado y nadie hacía guardia en él.

—¡Qué cosa tan conveniente! —comentó Elysoun mientras ella, Liatris y Gahennas atravesaban el puente y entraban en el patio del castillo—. Chacole piensa en todo, ¿verdad?

—Yo creía que aquí tenía que haber caballeros de la iglesia haciendo guardia —observó Gahennas—. Chacole no ha podido sobornarlos a ellos, ¿no?

—Mi señor Vanion se llevó a los caballeros al partir —replicó Liatris—. La responsabilidad de hacer guardia ha pasado a los guardias ceremoniales de la guarnición principal. Probablemente hay un oficial que es más rico de lo que era ayer. Tú has estado antes aquí, Elysoun. ¿Dónde podemos encontrar a nuestro esposo?

—Por lo general está en el segundo piso. Allí hay unos apartamentos reales.

—Será mejor que subamos a toda prisa. Ese puente sin guardias me pone muy nerviosa. Dudo de que podamos encontrar un solo guardia en todo el castillo, y eso significa que los asesinos de Chacole tienen libre acceso a Sarabian.

El balcón parecía no haber sido utilizado durante al menos una generación. En los rincones se acumulaba una gruesa capa de polvo, y los excrementos de los pájaros que había en el piso no se veían hollados. Talen se hallaba acucillado junto a la ventana, espionando por un lado, cuando Sparhawk pasó por encima de la balaustrada de piedra.

—¿Hay alguien ahí dentro? —susurró el corpulento pandion.

—Una multitud —replicó Talen con otro susurro—. Zalasta acaba de entrar con un par de cyrgais.

—Sparhawk se reunió con su joven amigo y miró al interior.

La habitación parecía ser una especie de sala de audiencias iluminada por antorchas, o una sala de trono. El balcón en el que Sparhawk y Talen se encontraban agachados, estaba por encima del nivel del piso y se llegaba hasta él por unos escalones de piedra. Al otro extremo de la habitación se veía una plataforma algo elevada con un trono de roca tallado de una sola pieza en su parte trasera. Un hombre bien musculado y apuesto, que llevaba un amado peto y una corta túnica de cuero, estaba sentado en el trono y contemplaba a los hombres que lo rodeaban con expresión imperiosa. Zalasta se encontraba de pie a un lado del hombre del trono, y en la parte frontal de la plataforma, un hombre arrugado y con túnica negra hablaba en su idioma natal. Sparhawk maldijo y envió rápidamente el hechizo.

—¿Y ahora, qué? —sonó la voz de Afrael en su mente.

—¿Puedes traducirme lo que dice?

—Puedo hacer algo mejor que eso.

A Sparhawk le pareció oír un débil sonido zumbante y le acometió un mareo momentáneo.

—Y en este mismo momento esas fuerzas rodean la ciudad sagrada —estaba diciendo el hombre de rostro arrugado en un idioma que ahora Sparhawk entendía.

Un hombre de cabellos acerados y brazos de poderosa musculatura avanzó un paso respecto al grupo que estaba ante la plataforma.

—¿Qué debemos temer, Ekatas? —preguntó con voz tronante—. El poderoso Cyrgon nubla los ojos de nuestros enemigos como lo ha hecho durante un centenar de siglos. Dejemos que se consuman entre los huesos que están más allá de nuestro valle, y busquen en vano las Puertas de Ilusión. Son como hombres ciegos, y no representan ningún peligro para la Ciudad Oculta.

Se oyó un murmullo de asentimiento entre los otros que se erguían ante la plataforma.

—El general Ospados dice bien —declaró otro hombre con peto, adelantándose a su vez—. Al igual que hemos hecho siempre, hagamos caso omiso de los insignificantes extranjeros que se hallan a nuestras puertas.

—¡Vergüenza! —aulló otro, avanzando hasta colocarse más adelante de los dos anteriores—. ¿Vamos a ocultarnos de las razas inferiores? Su presencia ante nuestras puertas constituye una afrenta que debe ser castigada.

—¿Puedes entender lo que están diciendo? —susurró Talen.

—Discuten —replicó Sparhawk.

—¿De veras? —El tono de Talen era sardónico—. ¿Podrías ser un poco más específico, Sparhawk?

—Es evidente que los primos de Afrael han conseguido traerlos a todos hasta aquí. Por lo que dice el tipo de la túnica negra, la ciudad está rodeada.

—Es un consuelo tener amigos cerca. ¿Qué planean hacer esos tipos, al respecto?

—De eso están discutiendo. Algunos quieren limitarse a no hacer nada. Otros quieren atacar.

En aquel momento, Zalasta avanzó hasta la parte frontal de la plataforma.

—Así dice el eterno Klael —declaró—. Las fuerzas que están a las puertas no significan nada. El peligro se halla aquí, dentro de las murallas de la Ciudad Oculta. En este mismo momento, Anakha está al alcance de mi voz.

Sparhawk profirió una imprecación.

—¿Qué sucede? —inquirió Talen.

—Zalasta sabe que estamos aquí.

—¿Cómo ha averiguado eso?

—No tengo ni idea. Dice que está hablando en nombre de Klael, y es probable que Klael pueda percibir la presencia del Bhelliom.

—¿Incluso a través del oro?

—El oro puede que oculte al Bhelliom de Cyrgon, pero el Bhelliom y Klael son hermanos. Es probable que puedan percibirse desde el otro extremo del universo..., incluso cuando hay cantidades de soles ardiendo entre ellos. —Sparhawk alzó una mano—. Está diciendo algo más. —Se inclinó más hacia la ventana.

—¡Sé que puedes oírme, Sparhawk! —dijo Zalasta en voz alta, hablando en elenio—. Eres la criatura del Bhelliom y eso te confiere una cierta cantidad de poder. Pero ahora yo pertenezco a Klael, y eso me otorga exactamente lo mismo que a ti. —Zalasta sonrió, burlón—. Los disfraces eran muy astutos, pero Klael los penetró de inmediato. Deberías haber hecho lo que se te mandó, Sparhawk. Has condenado a tus dos jóvenes amigos, y no hay nada que puedas hacer para evitarlo.

Había una media docena de hombres con ropas indefinidas en el pasillo, ante la puerta de la sala en la que estaba el emperador la última vez que Elysoun lo había visto. Elysoun no pensó siquiera.

—¡Sarabian! —gritó—. ¡Échale la llave a la puerta!

El emperador, por supuesto, no lo hizo. Tras una momentánea pausa de sorpresa, mientras los asesinos se detenían en seco y Liatris sacaba ampollas al aire que la rodeaba con imprecaciones, al tiempo que desenfundaba sus dagas, la puerta se abrió de golpe y Sarabian, vestido con calzas elenias, una camisa de lino de anchas mangas, y los largos cabellos negros atados en la nuca, se lanzó al pasillo, estoque en mano.

Sarabian era de estatura alta para ser tamul, y a la primera estocada clavó a uno de los asesinos contra la pared. El emperador sacó el estoque del cuerpo que se desplomó de pronto, con una floritura espectacular.

—¡Deja de lucirte! —le espetó Liatris a su esposo mientras abría en canal a otro asesino—. ¡Pon atención a lo que haces!

—Sí, amor mío —replicó Sarabian alegremente, al tiempo que volvía a flexionar las piernas para adoptar la pose de *en garde*.

Elysoun tenía sólo una pequeña daga primorosa con una hoja de medio palmo, pero era lo bastante larga. Un asesino arjuni con un puñal de un palmo y medio paró la siguiente estocada de Sarabian y, gruñendo con desprecio, se lanzó hacia él con su daga como una aguja, intentando herirle los ojos. Entonces se arqueó hacia atrás, profiriendo un grito ahogado. El pequeño cuchillo de Elysoun, afilado como una navaja, había penetrado suavemente en la cintura del hombre, hiriéndole los riñones.

Fue Gahennas, sin embargo, quien los sorprendió e impresionó a todos. Su arma era un esbelto cuchillo curvo. Con un agudo chillido, la orejona emperatriz tegana se arrojó al medio de la refriega, lanzando cuchilladas a los rostros de los asesinos a sueldo de Chacole. Chillando, Gahennas intentaba acuchillar a los asombrados asaltantes, y Sarabian aprovechó la distracción. Su estoque silbaba al danzar él el mortal baile de estocada y recuperación de postura. Era bastante diestro, aunque Stragen habría encontrado aspectos que criticar. En verdad, fueron las esposas quienes hicieron el día... o la noche, en aquel caso.

—Entrad, queridas mías —dijo Sarabian, empujando a sus salvajes mujeres hacia la puerta mientras pinchaba el aire vacío por encima de los asesinos caídos—. Yo os cubriré las espaldas.

—Oh, cielos —les murmuró Liatris a Elysoun y Gahennas—. ¡Es tan niño!

—Sí, Liatris —replicó Elysoun, al tiempo que rodeaba a la fea emperatriz tegana con un afectuoso brazo—, pero es nuestro.

—Kring viene hacia aquí —dijo Khalad en voz baja, señalando al fantasmal caballo que galopaba por el pedregoso suelo sembrado de huesos a la luz de la luna.

—No es una buena idea —contestó Berit, con el ceño fruncido—. Alguien podría estar vigilando.

El domi llegó hasta ellos y frenó en seco su montura.

—¡Alejaos de aquí! —siseó.

—¿Qué sucede? —exigió saber Berit.

—¡La diosa-niña dice que os retiréis a donde están los demás! Los cyrgais vienen a mataros.

—Ya estaba preguntándome cuánto iban a tardar en intentarlo —comentó Khalad mientras montaba—. Vámonos, Berit.

Berit asintió con la cabeza y tendió la mano hacia las riendas de *Faran*.

—¿Va a hacer mi señor Vanion algo cuando salgan los cyrgais? —le preguntó a Kring.

La sonrisa con que Kring respondió era lobuna.

—El amigo Ulath les ha preparado una pequeña sorpresa para cuando salgan por la puerta —replicó.

Berit miró en torno.

—¿Dónde está? —preguntó—. No lo veo.

—Tampoco lo verán los cyrgais... hasta que ya sea demasiado tarde. Alejémonos de este risco. Los dejaremos que nos vean cuando salgan. Se les ha ordenado que os maten, así que saldrán corriendo tras nosotros. El amigo Ulath tiene consigo a seis u ocho trolls muy hambrientos, y se echarán encima de los cyrgais en cuanto aparezcan por la entrada.

—¿Sabía dónde estabas? —preguntó Kalten con voz tensa mientras se aferraban a la pared.

—No lo creo —replicó Sparhawk—. Sabe que me encuentro en algún lugar de la ciudad, pero hay varias formas en las que podría haber estado escuchándolo. No creo que se diera cuenta de lo cerca que me encontraba cuando comenzó a proferir amenazas.

—¿Berit y Khalad estarán a salvo?

Sparhawk asintió con la cabeza.

—Afrael estaba conmigo cuando Zalasta pronunció su pequeño discurso. Ha ido a hacerse cargo de eso.

—Muy bien, Sparhawk —lo llamó Mirtai desde lo alto—. Ahí va la cuerda.

El extremo de la cuerda se deslizaba hacia ellos desde la penumbra que tenían más arriba, y Sparhawk se apresuró a trepar por ella con rapidez.

—¿Cuánto nos falta? —preguntó en voz baja al llegar junto a la muchacha atana.

—Una etapa, más o menos —respondió ella—. Talen ya está arriba.

—Debería haber esperado —refunfuñó Sparhawk, enfadado—. Tendré que mantener una charla con ese muchacho.

—No servirá de nada. A Talen le gusta correr riesgos. ¿Continúa Kalten arrastrando los equipos tras de sí? Detestaría llegar ahí arriba y tener que hacer las cosas con las uñas.

—Los está izando... etapa a etapa. —Sparhawk miró pared arriba—. ¿Por qué no me dejas ir a mí por delante esta vez? Sube a los otros hasta ahí arriba tan rápido como puedas. Aún nos quedan muchas cosas que hacer, y esta noche no durará eternamente.

Ella le hizo un gesto hacia la pared.

—Haz lo que quieras —dijo.

—No sé si he dicho esto ya —comentó él—, pero me alegro de que nos hayas acompañado. Creo que es muy probable que seas el mejor soldado que jamás haya conocido.

—No te pongas emotivo, Sparhawk. Resulta violento. ¿Vas a escalar la pared? ¿O prefieres esperar a que salga el sol?

Él comenzó el ascenso, moviéndose con cuidado. Era una ventaja para ellos que el lado norte de la torre estuviera en sombras, pero eso mismo requería que palpara en busca de asideros y sondeara cuidadosamente con las puntas de los pies en busca de lugares en los que apoyarse. Se concentró en trepar y resistió la tentación de inclinarse hacia atrás para mirar la pared que se alzaba por encima de él y la nítida línea del parapeto que se encontraba a unos treinta codos más arriba.

—¿Qué te ha detenido? —susurró Talen cuando Sparhawk pasó por encima de la balaustrada que delimitaba el borde del parapeto.

—Me he detenido a oler las flores —replicó Sparhawk con tono cáustico. Miró hacia el este y vio la débil claridad previa a la aurora que delineaba las montañas. Les quedaba como mucho una hora de oscuridad—. No hay centinelas, deduzco —susurró.

—No —replicó Talen en voz baja—. Es evidente que los cyrgais piensan que les hace falta dormir.

—¿Sparhawk? —susurró Kalten desde más abajo.

—Aquí.

—Coge el paquete.

Un bucle de cuerda ascendió desenrollándose de la oscuridad.

—Échame una mano con esto, Talen. —Se inclinó por encima de la balaustrada de piedra—. Apártate de él —le susurró a Kalten—. Vamos a subirlo.

Kalten gruñó, y pudieron oírlo que se desplazaba a un lado por la pared. Luego, Sparhawk y Talen izaron el incómodo y abultado paquete hasta lo alto de la torre, poniendo buen cuidado en no dejar que golpeará contra la pared. Sparhawk se apresuró a sacar su espada, y luego revolvió entre las cotas de malla en busca de la suya propia.

Kalten jadeaba cuando pasó por encima de la balaustrada.

—¿Por qué has permitido que perdiera la forma de esta manera, Sparhawk? —preguntó con tono acusador.

—Por descuido, supongo. Ah, aquí está —dijo Sparhawk, sacando su cota de malla de entre las otras.

—¿Cómo puedes saberlo? —preguntó Talen con curiosidad—. Quiero decir, que aquí está oscuro.

—La he llevado puesta durante más de veinte años. La reconozco, créeme. Mira qué tal les va a los demás.

Talen se acercó al borde y ayudó a Xanetia a subir al parapeto, mientras Bevier y Mirtai pasaban por encima sin ayuda.

Los caballeros tan sólo necesitaron un par de minutos para rearmarse.

—¿Adónde ha ido Talen? —susurró Kalten, mirando en torno.

—Anda husmeando por los alrededores —replicó Mirtai, mientras se ponía el cinturón con la espada.

—Creo que se le llama «explorar» —la corrigió Bevier.

Ella se encogió de hombros.

—Lo que sea.

En ese momento regresó Talen.

—Creo que he encontrado lo que buscábamos —comentó en voz baja—. Hay una ventana pequeña con una especie de reja de hierro. Está muy alta, así que no he mirado al interior.

—¿Sabéis si va a regresar Afrael? —preguntó Bevier—. ¿Debemos esperarla?

Sparhawk negó con la cabeza.

—Comenzará a aclarar dentro de poco. Ella ha ido a asegurarse de que los demás están en sus puestos.

Talen los condujo en torno al lado este de la torre.

—Ahí arriba —susurró al tiempo que señalaba una ventana pequeña con barrotes que estaba a unos siete codos en lo alto de la pared.

—¿Tiene barrotes alguna de las ventanas del frente? —le preguntó Sparhawk.

—No; y son más grandes y están más bajas.

—Entonces, hemos llegado. —Sparhawk luchó para contener el impulso de gritar de alegría—. Afrael me describió esa ventana.

Kalten miró con los ojos entrecerrados la abertura enrejada que había en lo alto.

—Asegurémonos antes de comenzar a celebrarlo. —Apoyó ambas manos contra la pared y separó las piernas—. Sube y echa un vistazo, Sparhawk.

—Bien. —Sparhawk descansó las manos sobre los brazos de su amigo y subió por la ancha espalda de éste. Apoyó con cuidado los pies sobre los hombros de Kalten, y se enderezó lentamente, tendiendo las manos para aferrarse a la reja herrumbrosa que cubría la pequeña ventana. Levantó el rostro y miró a la oscuridad.

—¿Ehlana? —llamó en voz baja.

—¿Sparhawk? —la voz era de sobresalto.

—Por favor, baja la voz. ¿Estás bien?

—Ahora, sí. ¿Cómo has llegado hasta aquí?

—Es una larga historia. ¿Está también Alean contigo?

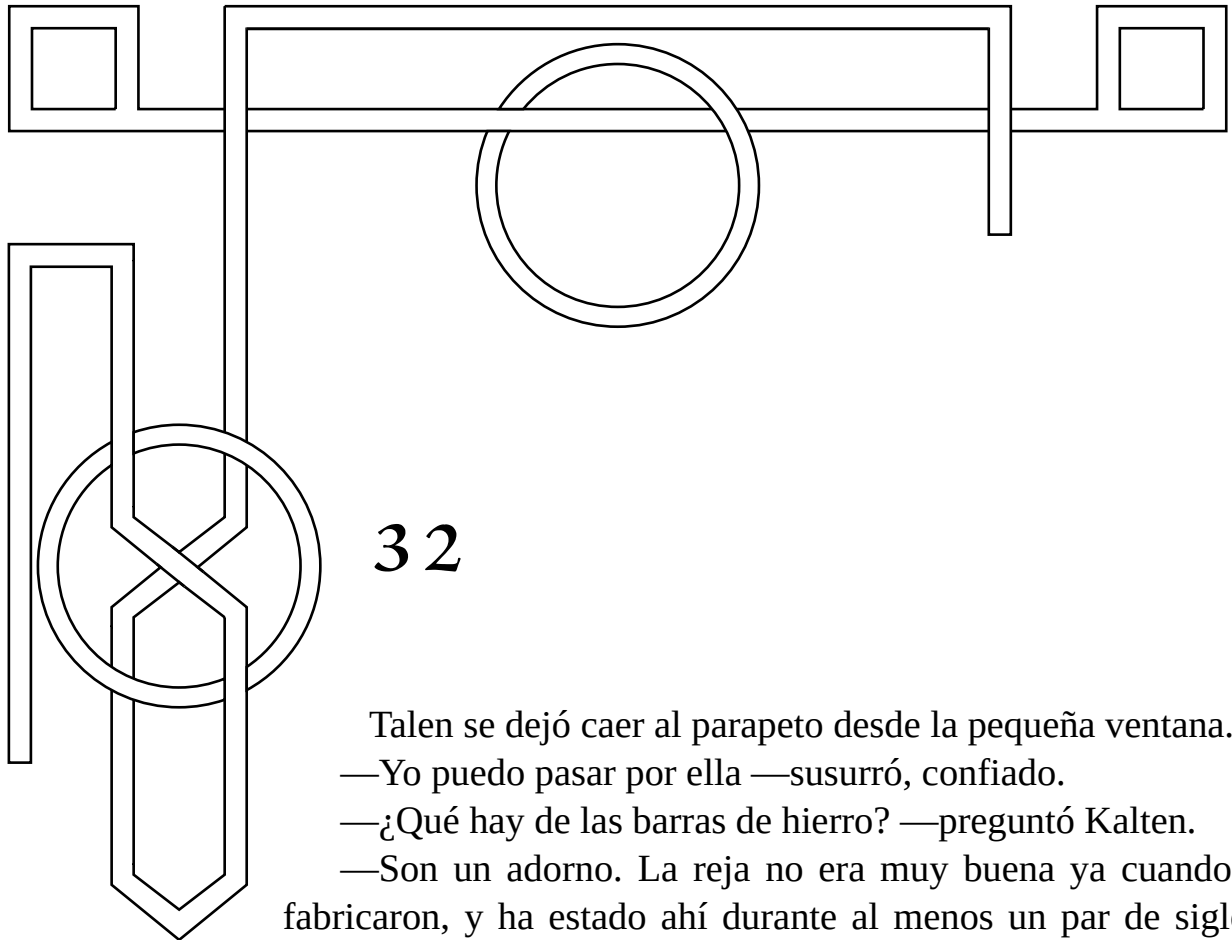
—Aquí mismo, príncipe Sparhawk —replicó la argentina voz de la muchacha—. ¿Está Kalten contigo?

—En este momento me hallo de pie sobre sus hombros. ¿Podéis encender alguna luz?

—¡Desde luego que no podemos! —La voz de Ehlana sonaba escandalizada.

—¿Qué sucede?

—¡Me han cortado todo el pelo, Sparhawk! —gimió ella—. ¡No quiero que me veas!



32

Talen se dejó caer al parapeto desde la pequeña ventana.

—Yo puedo pasar por ella —susurró, confiado.

—¿Qué hay de las barras de hierro? —preguntó Kalten.

—Son un adorno. La reja no era muy buena ya cuando la fabricaron, y ha estado ahí durante al menos un par de siglos. No llevará mucho rato aflojarla.

—Esperemos hasta que regrese Xanetia —decidió Sparhawk—. Quiero saber con qué nos enfrentamos antes de destrozarlo todo.

—No me gustaría resultar ofensiva —le dijo Mirtai en voz baja a Talen—, pero no veo de qué va a servirnos el tenerte dentro de la celda cuando empieza la pelea y media docena de soldados cyrgais se precipiten a la celda para matar a Ehlana y Alean.

—E' contando con el hesho' e que no podrán entrá' en la serda, tesoriyo —respondió Talen con una sonrisa descarada—. La puerta está cerrada con llave.

—Ellos tienen la llave.

—Déjame un medio minuto con la cerradura y esa llave no la abrirá. No entrarán; confía en mí.

—¿Hay alguna alternativa? —inquirió Bevier.

—No en el tiempo que nos queda antes de que empiece a amanecer —replicó Sparhawk mientras echaba una mirada de preocupación hacia el horizonte oriental—. Kalten, sube y échale un vistazo a esa reja.

—De acuerdo. —El rubio pandion trepó hasta la pequeña ventana, aferró la antigua reja de hierro y se puso a tirar de ella. Sobre los demás cayó una lluvia de fragmentos de mortero.

—¡En silencio! —le siseó Mirtai.

—Ya está suelta —informó él con un ronco susurro—. El mortero está podrido. —Dejó de tironear de los barrotes y se acercó un poco más a la ventana—. Ehlana quiere hablar contigo, Sparhawk —llamó en voz baja.

—¿Sí, amor? —susurró Sparhawk trepando hasta la ventana en la oscuridad.

—¿Qué estás planeando, Sparhawk? —murmuró ella; su voz sonaba tan cercana que él tuvo la sensación de que casi podía tocar a su esposa.

—Vamos a arrancar los barrotes, y luego Talen pasará por la ventana. Estropeará la cerradura para que los de fuera no puedan entrar en la celda. Luego los demás atacaremos a los guardias. ¿Está Zalasta por ahí?

—No. Él y Ekatas han acudido al templo. Sabe que estáis aquí, Sparhawk. Te percibió, de alguna forma. En este momento, Santheocles tiene hombres registrando la ciudad en tu busca.

—Creo que vamos por delante de ellos. No creo que se hayan dado cuenta de que ya estamos aquí arriba.

—¿Cómo habéis llegado, Sparhawk? Hay guardias en todas las escaleras.

—Trepamos por el exterior de la torre. ¿Cuándo empiezan a moverse los guardias de ahí dentro?

—Por lo general, cuando amanece. Cocinan en la sala de guardia lo que aquí pasa por comida. Luego, un par de ellos nos trae el desayuno a nosotras dos.

—Puede que vuestro desayuno se retrase un poco esta mañana, amor —le susurró él con una tensa sonrisa—. Creo que dentro de poco los cocineros tendrán otras cosas en la cabeza.

—Ten cuidado, Sparhawk.

—Por supuesto que lo tendré, mi reina.

—Sparhawk —lo llamó Mirtai en voz baja—. Xanetia está de vuelta.

—Tengo que bajar, querida —susurró hacia la oscuridad—. Dentro de poco te sacaremos de ahí. Te quiero.

—Es precioso oírtelo decir.

Sparhawk se apresuró a bajar hasta el parapeto.

—Bienvenida, anarae —saludó a Xanetia.

—Estáis de un peculiar humor, Anakha —replicó ella con un tono de leve desconcierto.

—Es sólo que acabo de mantener una charla con mi esposa, anarae —explicó él—. Eso siempre me alegra el día. ¿Con cuántos soldados tendremos que enfrentarnos?

—Témome mucho que los hay en número de una veintena o más, Anakha.

—Eso podría ser un problema, Sparhawk —observó Bevier—. Son cyrgais, y ninguno muy inteligente, pero veinte de ellos podrían darnos algunos problemas.

—Tal vez no —disintió Sparhawk—. Afrael dijo que aquí arriba había sólo tres habitaciones: la sala principal, la celda en la que están Ehlana y Alean, y la sala de guardia. ¿Estaba en lo cierto, anarae?

—Lo estaba —replicó ella—. La celda y la sala de guardia hállanse aquí, en el lado norte. La sala principal está en el lado sur, dominando el templo de Cyrgon. Por los soñolientos pensamientos de los cyrgais que se encontraban despiertos, he sabido que esta alta torre es el retiro habitual del rey Santheocles, pues le place contemplar los sus dominios desde el parapeto... y, por encima de todo, el recibir la adulación de los súbditos suyos que moran en la ciudad.

—Estúpido —murmuró Mirtai—. ¿Es que no tiene nada mejor que hacer?

Xanetia le dedicó una suave sonrisa.

—Mucho más que eso se hallaría fuera del alcance suyo, atana. Sus guardias, limitados como ellos mismos son, tienen el entendimiento de su rey en baja opinión. Pero la su inteligencia, o falta de ella en aqueste caso, reviste poca importancia. Santheocles es el descendiente de la casa real, y su única función es llevar la corona.

—Una percha para sombreros podría hacer lo mismo —observó Talen.

—En verdad.

—¿Tienen los guardias algún tipo de rutina fija? —preguntó vivazmente Bevier.

—No, caballero. Sólo permanecen preparados para responder a las órdenes del su rey, nada más. En verdad, son trompeteros más que soldados. El su deber principal es anunciarles con sonoras notas a los conciudadanos suyos que Santheocles aparecerá en el parapeto para aceptar la adulación de los cyrgais.

—¿Y aguardan dentro de la sala de guardia? —inquirió Sparhawk.

—Salvo sólo el par de ellos que hacen guardia a la puerta de la celda de la reina vuesa, y el otro par que cierra el paso de la escalera que conduce a los niveles inferiores desta torre.

—¿Pueden entrar en la celda de la reina desde la sala de guardia? —fue la siguiente pregunta de Bevier, cuya respuesta aguardó con atención.

—No. No hay más que una puerta.

—¿Y qué ancho tiene la puerta que comunica la sala de guardia con la habitación principal?

—Lo bastante para que pase por ella un solo hombre, caballero Bevier.

—Kalten y yo podemos encargarnos de eso, Sparhawk.

—¿Sabes si hay alguna otra puerta en la sala de guardia? —inquirió Kalten.

Xanetia negó con la cabeza.

—¿Alguna ventana grande?

—Sólo una ventana..., la gemela de la que tenemos aquí encima..., aunque no está barrada.

—Entonces, eso reduce la oposición a sólo esos cuatro guardias de la sala principal —dijo Kalten—. Bevier y yo podemos mantener a los demás inmovilizados dentro durante una semana, si fuera necesario.

—Y Sparhawk y yo podemos encargarnos de los que están ante la puerta de la celda y la entrada de la escalera —agregó Mirtai.

—Metamos a Talen dentro de la celda —dijo Sparhawk a la vez que miraba hacia

el este, donde había comenzado a reducirse la oscuridad.

Kalten volvió a trepar hasta la ventana y se puso a hurgar el mortero con su pesada daga.

—Da la vuelta y vigila, anarae —susurró Sparhawk—. Será mejor que nos enteremos si alguien sube por esas escaleras.

Ella asintió y volvió a desaparecer al otro lado de la esquina de la torre.

Sparhawk trepó y atacó el mortero de la izquierda de la reja mientras su amigo continuaba hurgando el de la derecha. Tras unos momentos, Kalten aferró el herrumbroso hierro y tiró de él.

—La parte inferior está suelta —murmuró—. Ocupémonos de la superior.

—De acuerdo. —Los dos cambiaron a la parte alta del ventanuco y se pusieron a arrancar trozos de mortero—. Ten cuidado cuando se suelte del todo —avisó Sparhawk—. No nos interesa que caiga hasta el parapeto.

Sparhawk se puso a hurgar con mayor fuerza, y abajo cayó una lluvia de cascotes y polvo.

—Creo que con eso ya está —susurró.

—Lo veremos. —Kalten tironeó de la reja y se oyó un sonido raspante cuando los viejos barrotes salieron de la pared. Luego, con ese mismo movimiento, el fornido amigo de Sparhawk la arrojó más allá del parapeto.

—¿Qué estás haciendo? —inquirió Sparhawk con voz ahogada.

—Librándome de ella.

—¿Tienes idea del ruido que va a hacer cuando choque contra el suelo?

—¿Y qué? Hay cuatrocientos codos de aquí al suelo. Que haga todo el ruido que quiera. Aunque si se encuentra algún cyrgai o capataz cynesgano de esclavos en el sitio en que caiga, se llevará una fea sorpresa. Pero podemos vivir con ello, ¿no crees?

Sparhawk metió la cabeza por al agujero que ahora quedaba.

—¿Ehlana? —susurró—. ¿Estás ahí?

—¿Dónde querías que estuviera, Sparhawk?

—Lo siento. Es una pregunta estúpida, supongo. Ya hemos quitado los barrotes. Ahora entrará Talen. En cuanto Talen haya bloqueado la cerradura para que no puedan entrar, grita o algo parecido.

—Quítate de en medio, Sparhawk —dijo Talen abruptamente desde un poco más abajo—. No puedo entrar contigo llenando toda la ventana.

Sparhawk se apartó de la abertura y el ágil muchacho pasó retorciéndose a través de ella. De pronto, se detuvo.

—Esto no funciona. Tirad de mí para sacarme.

—¿Qué sucede? —quiso saber Kalten.

—Limítate a tirar de mí, Kalten. No tengo tiempo de explicártelo.

A Sparhawk se le hundió el corazón mientras él y su amigo tiraban del joven ladrón.

—Esperad un momento. —Talen giró hasta quedar de lado, y luego extendió los brazos de forma que quedaran por encima de su cabeza—. Ya está. Empujadme.

—Volverás a atascarte —objetó Kalten.

—En ese caso, tendréis que empujar con más fuerza. Éste es el resultado de toda esa comida sana, ejercicio y vida limpia que me impones constantemente, Sparhawk. He crecido tanto que no puedo pasar los hombros a través de la ventana. —Comenzó a retorcerse para pasar por la abertura—. ¡Empujad, caballeros! —ordenó.

Los dos hombres comenzaron a empujarlo con las manos por las suelas de los zapatos.

—¡Con más fuerza! —gruñó el muchacho.

—Te arrancarás toda la piel —le advirtió Kalten.

—Soy joven. Cicatrizará pronto. ¡Empujad!

Los dos empujaron los pies del joven y, con una gran cantidad de retorcimientos e imprecaciones murmuradas, Talen consiguió pasar al otro lado.

—¿Se encuentra bien? —les preguntó Sparhawk a las mujeres con un ronco susurro.

—Estoy bien, Sparhawk —le susurró la voz de Talen—. Será mejor que os pongáis en movimiento. Yo no tardaré mucho.

Sparhawk y Kalten volvieron a bajar al parapeto.

—Vamos —dijo, y los tres caballeros y la gigantesca muchacha atana avanzaron a paso rápido por el parapeto que rodeaba la torre hasta el lado sur.

—Silencio, Anakha. —La voz de Xanetia parecía provenir de la nada.

—¿Se han despertado ya, anarae? —susurró Bevier.

—Algunos sonidos salen de la sala de guardia —replicó la voz de Xanetia.

Había dos grandes ventanas sin cristales en la parte frontal de la torre, una a cada lado de la espaciosa sala. Sparhawk asomó la cabeza con cuidado por encima del borde inferior de una de ellas, y espió el interior. La sala, como había informado Afrael, era bastante grande. Estaba escasamente amueblada con bancos, unas pocas sillas sin respaldo y un par de mesas bajas, e iluminada con primitivas lámparas de aceite. A la derecha de la pared posterior había una puerta estrecha, que guardaban dos cyrgais apostados como estatuas a ambos lados de la misma. El hueco de la escalera que se encontraba a la izquierda, también vigilado, estaba cerrada en tres de sus lados por una pared baja. La segunda puerta, que conducía a la sala de guardia, también se hallaba a la izquierda, no lejos de la escalera.

Sparhawk miró con atención a los guardias para estudiar detenidamente sus armas y equipos. Eran hombres bien musculados con antiguos petos, cascos crestados y cortas túnicas de cuero. Cada uno llevaba un gran escudo redondo sujeto al brazo izquierdo y tenía en la derecha una lanza de seis codos de largo. Llevaban también espadas y pesadas dagas a la cintura.

Sparhawk se apartó de la ventana.

—Será mejor que echéis un vistazo —les susurró a sus amigos. Uno a uno,

Kalten, Bevier y Mirtai se alzaron apenas para mirar dentro de la sala.

—¿Está cerrada con llave, anarae? —preguntó Sparhawk en voz baja, señalando la puerta que daba al parapeto.

—No creí prudente comprobarlo, Anakha. Las construcciones cyrgais son toscas, y pienso que ningún cerrojo de la ciudad está destinado a ser silencioso.

—Es probable que tengas razón —asintió él—. Regresemos al otro lado de la esquina —les susurró a los otros, y avanzó en cabeza hasta el lado este.

—Está aclarando —señaló Kalten al tiempo que señalaba hacia el horizonte.

Sparhawk gruñó.

—Pasaremos por las ventanas —dijo—. Nos atascaríamos todos en la puerta si intentáramos entrar por ella, de cualquier forma. Bevier, tú y Mirtai entraréis por la que está al otro lado de la puerta. Kalten y yo lo haremos por la que hay en este lado. Tened cuidado.

Esas lanzas parecen ser su arma principal, así que es probable que se hayan entrenado mucho con ellas. Entrad juntos y rápido. Derribadlos a toda velocidad y luego bloquead la puerta de la sala de guardia. Vamos a tener que defender también esa escalera.

—Yo me encargaré de eso, Sparhawk —le aseguró Mirtai—. Tú concéntrate en sacar a nuestras amigas de la celda.

—De acuerdo —asintió él—. En cuanto estén en libertad, dejaré suelto al Bhelliom. Eso debería cambiar de forma significativa las probabilidades, aquí arriba.

Y entonces se alzó una voz clara entonando una plañidera canción, y subió a lo alto por encima de la ciudad dormida.

—¡Ésa es la señal! —dijo Kalten—. ¡Es Alean! ¡Talen ha terminado! ¡Vamos!

—¡Ya lo habéis oído! —agregó Sparhawk, mientras se apartaba para dejar pasar a Bevier y Mirtai—. ¡Yo daré la señal, y entraremos todos al mismo tiempo!

Bevier y Mirtai se agacharon al pasar por la primera ventana baja para tomar posiciones bajo la segunda.

—Quédate al margen de esto, anarae —le murmuró Sparhawk a la invisible Xanetia—. Ésta no es una pelea de tu tipo. —Frunció el entrecejo. No percibía su presencia cerca de sí—. Muy bien, Kalten —dijo luego—. Vamos al trabajo.

Los dos avanzaron en silencio, espada en mano, y se acuclillaron debajo de la primera ventana. Sparhawk se levantó apenas para mirar más allá por el parapeto. Bevier y Mirtai aguardaban en tensión debajo de la otra ventana. Respiró profundamente y se preparó.

—¡Ahora! —gritó a la vez que apoyaba una mano en el antepecho de la ventana y saltaba al interior.

Antes había habido cuatro cyrgais dentro de la sala. Ahora había diez cyrgais.

—¡Están haciendo el cambio de guardia, Sparhawk! —gritó Bevier mientras

blandía su hacha *lochaber* con ambas manos.

Aún contaban con el elemento sorpresa, pero la situación había cambiado de manera drástica. Sparhawk maldijo y le asestó un mandoble a un cyrgai que llevaba una especie de cubó..., el desayuno de las cautivas, muy probablemente. Luego arremetió contra los cuatro guardias confundidos que daban vueltas ante la puerta de la celda. Uno de ellos estaba luchando con la cerradura mientras los otros tres intentaban ocupar posiciones de lucha. Eran disciplinados, de eso no cabía duda alguna, y sus lanzas crearon algunos problemas.

Sparhawk profirió una imprecación salvaje y blandió su pesado espadón, cortando lanzas. Kalten se había colocado junto a él y también asestaba mandobles contra dichas armas. Se oían ruidos de lucha procedentes del otro extremo de la sala, pero Sparhawk estaba demasiado absorto en llegar hasta el guardia que intentaba forzar la puerta de la celda, como para volverse a mirar.

Dos de las lanzas ya estaban rotas, y los cyrgais se habían deshecho de ellas y desenvainado las espadas. El tercero, con la lanza aún intacta, retrocedió para proteger al que continuaba luchando fervientemente con la cerradura.

Sparhawk se arriesgó a echar una mirada al otro lado de la habitación, justo a tiempo de ver a Mirtai que levantaba en brazos a un cyrgai que luchaba por zafarse, y lo arrojaba escaleras abajo con un enorme ruido de entrechocar metálico. Otros dos cyrgais yacían muertos o agonizantes cerca de ella. Bevier, al igual que lo había hecho en la sala del trono de Otha, en Zemoch, defendía la puerta de la sala de guardia mientras Mirtai, como un gran gato dorado, embestía contra los guardias restantes en lo alto de la escalera. Sparhawk se apresuró a volver su atención hacia los hombres con quienes se enfrentaba.

Los cyrgais eran mediocres en el manejo de la espada, y sus escudos demasiado grandes entorpecían gravemente sus movimientos. Sparhawk hizo una veloz finta hacia la cabeza de uno, y el hombre levantó el escudo por instinto. Al instante, Sparhawk recobró la posición y le clavó la espada en el peto. El cyrgai profirió un alarido y cayó de espaldas, con la sangre manando a borbotones de la dentada grieta de la armadura.

No era suficiente. El cyrgai de la puerta de la celda había abandonado todo intento de abrirla con la llave, y estaba golpeándola con un hombro. Sparhawk pudo oír con toda claridad el sonido de la madera al rasgarse. Desesperado, renovó el ataque. Una vez que el cyrgai hubiera derribado la puerta...

Y entonces, sin que la forzaran, la puerta se abrió hacia dentro. Con un grito de triunfo, el cyrgai que había estado batallando con la puerta, desenvainó la espada y luego gritó al inundarse la celda de una luz nueva.

Xanetia, destellante como un sol, se hallaba de pie en la puerta con una mortal mano tendida ante sí.

El cyrgai profirió otro alarido y retrocedió, enredándose en la lucha de sus otros dos camaradas. Luego se liberó, corrió hacia la ventana y se arrojó por ella.

Aún estaba corriendo cuando cayó por la balaustrada con un largo y desesperado grito.

Los otros dos cyrgais que se hallaban ante la puerta también huyeron, escabulléndose por la habitación como ratones.

—¡Mirtai! —rugió Sparhawk—. ¡Apártate! ¡Déjalos pasar!

La atana había levantado a otro contoneante guerrero por encima de su cabeza. Lo arrojó escaleras abajo y se volvió bruscamente. Entonces se hizo a un lado para permitir que escaparan los desmoralizados cyrgais.

—¡Apartaos a un lado, caballero! —le ordenó Xanetia a Bevier—. ¡Yo obstruiré esa puerta, y os aseguro que ninguno la traspondrá!

Bevier le echó una mirada al fulgente rostro de la joven y se apartó de la puerta de la sala de guardia.

Los cyrgais del interior también la miraron, y luego cerraron la puerta de un golpe.

—Ya puedes salir, Ehlana —llamó Sparhawk.

Talen fue el primero en salir, con el semblante pálido y desencajado. La túnica del muchacho estaba rasgada en varios sitios, y un largo arañazo sangrante hablaba de la lucha librada para pasar a través de la ventana. Contemplaba a Xanetia con reverencia.

—¡Entró por la ventana como una nube de humo, Sparhawk! —dijo con voz ahogada.

—De niebla, joven Talen —lo corrigió ella con tono profesional. Continuaba brillando y estaba encarada con la puerta de la sala de guardia—. El humo sería poco práctico para la carne humana.

Se oía mucho ruido proveniente de la sala de guardia.

—Parece que están arrastrando muebles ahí dentro, Sparhawk —comentó Bevier entre carcajadas—, para apilarlos delante de la puerta, supongo.

Entonces, Alean salió corriendo de la celda y se arrojó en los brazos de Kalten; de inmediato, Ehlana salió tras ella de su prisión. Estaba aún más pálida de lo normal, y tenía semicírculos oscuros debajo de los ojos. Llevaba la ropa hecha jirones y la cabeza bien envuelta en un griñón parecido a una venda.

—¡Oh, Sparhawk! —exclamó en voz baja, mientras le tendía los brazos. Él avanzó y la envolvió en un rudo abrazo.

Desde abajo les llegó un salvaje aullido.

—¡Anakha! —La voz del Bhelliom rugió en la mente de Sparhawk—. ¡Cyrgon despertado ha a su peligro! ¡Dejadme en libertad!

Sparhawk sacó la bolsa con brusquedad de debajo de su túnica, y con manos torpes intentó abrir las cuerdas que la cerraban.

—¿Qué son esos gritos? —preguntó Talen.

—¡Cyrgon sabe que hemos puesto a Ehlana en libertad! —replicó Sparhawk con voz tensa mientras sacaba la caja de Kurik de la bolsa—. ¡Ábrete! —ordenó.

La tapa se levantó y la azul radiación del Bhelliom manó al exterior. Sparhawk sacó con cuidado la gema del interior.

—¡Corre, están subiendo por la escalera, Sparhawk! —le advirtió Mirtai.

—¡Apártate! —le ordenó con voz cortante—. ¡Rosa Azul! —dijo luego—. ¿Podéis vos cerrar el paso de los enemigos nuestros que ya suben por la escalera?

El Bhelliom no respondió, pero la pared alta hasta la cintura de un hombre que rodeaba la parte superior, se derrumbó hacia el interior y cayó por el pozo de la escalera con gran ruido y una ondeante nube de polvo.

—Avisad a Afrael que la su madre está a salvo. —La voz del Bhelliom era enérgica—. Que comience el ataque.

Sparhawk lanzó el hechizo.

—¡Afrael! —dijo vivamente—. ¡Ya tenemos a Ehlana! ¡Diles a los otros que avancen!

—¿Puede el Bhelliom deshacer la ilusión de Cyrgon? —preguntó ella con una voz en todo tan enérgica como había sido la de la rosa de zafiro.

—Roza Azul —dijo Sparhawk en silencio—, la ilusión de Cyrgon continúa impidiendo el avance de los amigos nuestros sobre la ciudad. ¿Podéis vos desfacerla porque puedan ellos traer a los sus ejércitos contra aquesta ciudad maldita?

—Se hará como lo piden las palabras vuestas, fijo mío.

Se produjo una pausa momentánea, y luego la tierra pareció estremecerse apenas, y un rielar general recorrió en ondas el cielo.

Del carcomido templo que estaba allá abajo, les llegó un tremendo alarido de dolor.

—Cielos queridos —comentó Flute con suavidad al aparecer de pronto en el centro de la habitación—. Nunca me han roto un hechizo de diez mil años. Apuesto a que duele como nada en el mundo. El pobre Cyrgon está teniendo una noche absolutamente terrible.

—La noche no ha concluido aún, diosa-niña. —El Bhelliom habló a través de los labios de Kalten—. Guardad el vuestro indecoroso deleite hasta que haya pasado todo peligro.

—¡Pero, bueno!

—Callad, Afrael. Es menester que nos encarguemos de las defensas nuestras, Anakha. Lo que Cyrgon sabe, lo sabe también Klael. La contienda está a punto de comenzar. Tenemos que prepararnos.

—En verdad —asintió Sparhawk. Miró a sus amigos—. Vamos —les dijo—. Nos dispersaremos por el parapeto y mantendremos los ojos bien abiertos. Klael viene hacia aquí, y no quiero que se deslice a mis espaldas. ¿Está completamente obstruida esa escalera?

—Ni un ratón podría pasar entre todos esos escombros —replicó Mirtai.

—Podemos olvidarnos de los guardias —anunció Bevier al apartar la oreja de la puerta—. Todavía están cambiando de sitio el mobiliario.

—Perfecto. —Sparhawk se encaminó hacia la puerta que daba al parapeto, la cual se abrió con una queja de goznes oxidados—. La lucha será entre el Bhelliom y Klael. Dispersaos y manteneos alerta.

En el cielo oriental había una pálida luz del día que estaba a punto de comenzar, y el agónico grito de Cyrgon aún resonaba en la Ciudad Oculta.

—Allí —anunció Talen, señalando hacia una escarpa de basalto que se hallaba al otro lado del lago, al sur.

Una masa de siluetas, diminutas en la distancia y aún indefinidas en la luz del alba, salían como un torrente de la Cañada de Héroe y avanzaban hacia la hondonada sobre la que se abrían las puertas de Cyrga.

—¿Quiénes son? —gritó Ehlana que se aferró de pronto a un brazo de Sparhawk.

—Vanion —respondió Sparhawk—, junto con algunos otros..., Betuana, Kring, Ulath y los trolls, Sefrenia...

—¿Sefrenia? —exclamó la reina—. ¡Está muerta!

—No habrás pensado de verdad que yo iba a permitirle a Zalasta matar a mi hermana, ¿verdad, Ehlana? —preguntó Flute.

—¡Pero él dijo que le había clavado una puñalada en el corazón!

La diosa-niña se encogió de hombros.

—Lo hizo, pero el Bhelliom la curó. Vanion va a tomar algunas medidas al respecto.

Talen llegó corriendo por el parapeto, desde el otro lado de la torre.

—Bergsten viene desde el otro lado —informó—. Sus caballeros acaban de aplastar a unos tres regimientos de soldados cyrgais sin aminorar siquiera la marcha.

—¿Es que vamos a quedar atrapados en medio de un asedio? —preguntó Kalten con voz preocupada.

—No es muy probable —replicó Bevier—. Las defensas de este palacio son lastimosamente inadecuadas, y el patriarca Bergsten tiende a ser un tipo de hombre muy abrupto.

Se produjo una repentina erupción allá abajo, y el tejado del pálido templo estalló, arrojando trozos de piedra caliza en todas direcciones cuando la negrura infinita de Klael se abrió paso fuera de la Casa de Cyrgon. Sus gigantescas alas correosas se abrieron, y sus ardientes ojos como rendijas miraron hacia abajo, anhelantes.

—Os lo ruego, Anakha, levantadme en alto porque el mi hermano pueda contemplarme. —La voz que salía de los labios de Kalten era distante.

La mano de Sparhawk temblaba al levantar a la rosa de zafiro por encima de su cabeza.

Kalten, moviéndose con una cierta rigidez, apartó suavemente el brazo de Alean que se aferraba a él, y avanzó hasta la balaustrada de piedra del parapeto. Habló en un idioma que ninguna boca humana era capaz de pronunciar, y probablemente sus palabras podrían haber sido oídas en Chyrellos, a medio mundo de distancia de allí.

El enorme Klael, hundido hasta la cintura en las ruinas del templo de Cyrgon,

levantó el triangular rostro y rugió una réplica; de la boca llena de colmillos, chorreaba fuego.

—Atended con cuidado, Anakha. —La voz del Bhelliom, que resonaba en la mente de Sparhawk, era muy queda—. Yo continuaré insultando al mi hermano y él, completamente furioso, vendrá a batallar conmigo. Permaneced firme ante ese horror cuando se nos acerque, porque el nuestro éxito o fracaso depende entero del valor vuestro y la fuerza del brazo vuestro.

—No comprendo qué queréis decir, Rosa Azul. ¿Debo yo herir a Klael?

—No, Anakha. La tarea vuestra es ponerme en libertad.

La bestia de las tinieblas profirió un salvaje aullido mientras apartaba a patadas los escombros de piedra caliza, y avanzaba hacia el palacio con voraces brazos extendidos. Cuando llegó a las macizas puertas, las hizo saltar ante sí con un látigo de rayo que llevaba aferrado en su enorme puño.

Kalten continuaba profiriendo sus ensordecedores insultos, y Klael proseguía con sus alaridos furiosos mientras lo destrozaba todo a su paso por el ala inferior del palacio, destruyendo todo lo que se interponía en el camino de su imparable avance hacia la torre.

Cuando la alcanzó, aferró las piedras con sus dos gigantescas manos y comenzó a escalar; sus alas arañaban el aire de la mañana mientras él ascendía cada vez más y más.

—¿Cómo voy a ponerlos en libertad, Rosa Azul? —inquirió Sparhawk con tono apremiante.

—Es menester que el mi hermano y yo nos combinemos brevemente, fijo mío —replicó el Bhelliom—, porque seamos uno solo otra vez, como una vez lo fuimos, pues de otra forma tendré que permanecer aprisionado en el cristal azul, del mismo modo que Klael deberá permanecer en la su monstruosa forma. En la nuestra combinación temporal, los dos seremos libres.

—¿Combinaros? ¿Cómo?

—Cuando alcance él esta altura no despreciable y se regocije con su resonante aullido de victoria, es menester que vos me arrojéis a las sus abiertas fauces.

—¿Que faga qué?

—Él me devorará con toda la alma suya. Facedlo así. En el momento de nuestra combinación, quedaremos Klael y yo libres de las nuestras formas presentes, y dará comienzo la contienda. No falléis, fijo mío, porque éste es el propósito y destino por el que os fice.

Sparhawk respiró profundamente.

—No os fallaré, padre —prometió con todo su corazón.

Aún bramando y con sus correosas alas arañando el aire, Klael ascendía cada vez más y más por el frente de la torre del palacio. Sparhawk tenía una sensación de extraño despego impávido hacia todo aquello. Miró directamente al rostro del rey del infierno y no sintió miedo. Su cometido era la simplicidad misma. Sólo debía arrojar

la rosa de zafiro al interior de las fauces abiertas y, de no presentarse la oportunidad de hacerlo, arrojarse él mismo... con el Bhelliom en el puño tendido ante sí. No sintió ni arrepentimiento ni tristeza mientras la inalterable decisión lo poseía. Era mejor eso que morir en alguna escaramuza sin significado y que nadie recordaría, en una frontera en disputa, como les había sucedido a tantos de sus amigos. Esto tenía significado, y era lo mejor que podía desear un soldado.

Y Klael continuaba ascendiendo, cada vez más cerca de él, buscando con ansia llegar hasta su odiado hermano. Estaba ya a unas pocas varas por debajo, sus ojos como grietas encendidos de cruel triunfo y sus puntiagudos colmillos goteando fuego al rugir él su desafío.

Entonces, Sparhawk saltó sobre las antiguas almenas para ponerse en posición con el Bhelliom alzado en el puño.

—¡Por Dios y por mi reina! —bramó su desafío.

Apareció una de las aterradoras manos de Klael.

En ese preciso momento, como un muelle apretado que se disparara de pronto, Sparhawk atacó. Su brazo se lanzó hacia abajo como un látigo.

—¡Allá va! —gritó al soltar la fulgente gema.

Tan certera como una flecha, la rosa de zafiro salió disparada de su mano cuando la boca de Klael estaba abierta de par en par. Entró a la perfección y desapareció en la flameante garganta.

La torre tembló al recorrer un estremecimiento a la gigantesca bestia negra y lustrosa que colgaba a un lado, y Sparhawk luchó para mantener el equilibrio en su precario apoyo.

Las alas de Klael se pusieron rígidas en toda su envergadura, temblando con una tensión espantosa. El enorme monstruo se hinchó hasta hacerse aún más descomunal; luego se contrajo, arrugándose.

Por fin, estalló.

La detonación sacudió a la tierra misma, y Sparhawk fue arrojado hacia atrás de la almena en la que se encontraba, para ir a caer al parapeto. Rodó sobre sí con rapidez, volvió a ponerse de pie y corrió hacia las almenas.

Dos seres de luz, uno de fulgente azul y el otro de holliniento rojo, luchaban en el insubstancial aire a menos de diez codos de distancia.

La lucha era elemental, una contienda salvaje de voluntad y fuerza. Se trataba de dos seres sin rasgos y sus siluetas eran sólo vagamente humanas. Forcejeando atrás y adelante, se aferraban el uno al otro como dos luchadores en la plaza de algún rústico poblado, cada uno concentrando toda su voluntad y fortaleza en someter al oponente que constituía un igual en todos los sentidos.

Sparhawk y sus amigos, inclinados sobre el parapeto, inmóviles, presos de un temor reverencial, sólo eran capaces de contemplar la primitiva lucha.

Y luego se separaron y permanecieron de pie, con las espaldas flexionadas y los brazos extendidos a medias, encarados cada uno con su inmortal hermano en una comunión inconcebible.

—Agora os corresponde a vos, Anakha. —La voz del Bhelliom en la mente de Sparhawk era calma—. Si Klael y yo continuáramos, esta obra sería sin remedio destruida, como ha llegado a suceder muchas veces antes. Vos sois deste mundo y por tanto es menester que seáis mi campeón. Cosas os restringen que no me limitan a mí. El campeón de Klael es también deste mundo, y de forma similar limitado.

—Será como vos habéis dicho, padre mío —replicó Sparhawk—. Os serviré como el campeón vuesto si es menester. ¿Con quién tendré que contender?

Un gran rugido de cólera le llegó desde el suelo, y una llama viva salió de las destrozadas ruinas del templo blanco como el yeso.

—Allí tenéis al oponente vuesto, fijo mío —replicó el espíritu azul—. Klael lo ha invocado para que batalle con vos.

—¿Cyrgon?

—Así es.

—¡Pero él es un dios!

—¿Y no lo sois vos?

A Sparhawk le daba vueltas la cabeza.

—Mirad dentro de vos, Anakha. Vos sois el mi fijo, y yo os fice para que fuerais el receptáculo de la mi voluntad. Ahora os entrego esa voluntad a vos para que podáis ser el campeón deste mundo. Sentid sus poderes penetrar en vos.

Llegó como si se abriera una puerta que siempre había estado cerrada, Sparhawk sintió que su mente y voluntad se expandían infinitamente al caer la barrera, y con esa expansión llegó una calma indescriptible.

—¡Agora sois de verdad Anakha, fijo mío! —se regocijó Bhelliom—. La voluntad vuesa es agora la mi voluntad. Todas las cosas son agora posibles para vos. Fue la voluntad vuesa la que venció a Azash. Yo no fui sino el instrumento vuesto. En esta ocasión, empero, vos seréis el mío. Forjad armas con la vuesa mente y enfrentaos a Cyrgon. Si el vuestro corazón es veraz, no podrá vencer contra vos. Agora, marchad. Cyrgon os aguarda.

Sparhawk respiró profundamente y miró a la plaza sembrada de escombros que había abajo. La llama emergida de entre las ruinas se había conformado en la ardiente figura de un hombre que se erguía ante el destrozado templo.

—¡Venid, Anakha! —rugió—. ¡El nuestro enfrentamiento fue predicho antes del comienzo de los tiempos! ¡Éste es el destino vuesto! ¡Se os honra por encima de los demás a caer por la mi mano!

Sparhawk dejó deliberadamente a un lado la palabarrera pomposidad de la forma de expresión arcaica.

—¡No te marches! ¡Bajaré en seguida! —Luego apoyó una mano sobre una de las almenas y saltó con agilidad por encima.

Se detuvo, colgado en medio del aire.

—Suéltame, Afrael —dijo.

—¿Qué estás haciendo? —exclamó ella.

—Tú haz lo que te digo. Suéltame.

—Te caerás.

—No, de hecho no caeré. Puedo arreglármelas solo. No interfieras. Cyrgon está esperándome, así que déjame marchar.

No estaba realmente flotando, aunque Sparhawk tenía la seguridad de poder volar en caso necesario. Sintió una peculiar ligereza mientras descendía hacia las ruinas de la Casa de Cyrgon. No se trataba de que careciese de peso, sino más bien que su peso carecía de importancia. Su voluntad era de alguna forma más fuerte que la gravedad. Espada en mano, descendía como una pluma flotando en el aire.

Cyrgon esperaba abajo. La ardiente figura del antiguo dios reunió su fuego en torno de sí, dándole a la incandescente llama la forma de la armadura anticuada que solían llevar aquellos que lo adoraban..., una coraza de acero bruñido, un casco crestado, un gran escudo redondo y una espada en la mano.

Una intuición se apoderó de Sparhawk mientras se deslizaba hasta el suelo en el fresco aire del amanecer. Cyrgon no era tan estúpido como conservador. Era el cambio lo que detestaba, lo que temía. Por eso había inmovilizado eternamente a sus cyrgais en el tiempo, y borrado de sus mentes todo potencial de cambio o innovación. Los cyrgais, no perturbados por las corrientes del tiempo, permanecerían por siempre como eran cuando su dios los concibió por vez primera. Forjó un ideal y lo protegió por todas partes con leyes y costumbres y un innato odio hacia los cambios, y así, rígidos, estaban condenados... y lo habían estado desde que el primero de ellos posó un pie enfundado en su sandalia sobre la faz del siempre cambiante mundo.

Sparhawk sonrió apenas. Cyrgon, al parecer, necesitaba ser instruido en los beneficios del cambio, y su primera lección sería sobre las ventajas de los equipos, armamento y tácticas modernas. Sparhawk pensó: «Armadura», y de inmediato se encontró metido en una armadura de acero esmaltado de negro. Casi con indiferencia descartó su sencilla espada de trabajo, y llenó su mano con la más pesada y larga de ceremonias. Ahora ya era un caballero pandion totalmente armado, un soldado de Dios..., de varios dioses, corrigió su pensamiento con cierta tristeza... y era, casi por defecto, el campeón no sólo de su reina, su iglesia y su Dios... sino además, si había comprendido bien el pensamiento de Bhelliom, el de su preciosa y a veces vanidosa hermana la tierra.

Descendió hasta posarse en medio de los escombros del templo destruido.

—Bienhallado, Cyrgon —dijo con la más profunda formalidad.

—Bienhallado, Anakha —replicó el dios—. Os había juzgado mal. Agora sois el adecuado. Había desesperado de vos, por temor a que nunca os dierais cuenta de la

vuesa verdadera importancia. El vueso aprendizaje ha sido largo y, según yo creo, entorpecido por la vuesa inapropiada afiliación con Afrael.

—Estamos perdiendo el tiempo, Cyrgon —interrumpió Sparhawk las floridas cortesías—. A lo que vamos. Ya llego tarde a desayunar.

—¡Que así sea, Anakha! —Las facciones clásicas de Cyrgon habían adoptado una expresión aprobadora—. ¡Defendeos! —y lanzó un tremendo golpe de espada a la cabeza de Sparhawk.

Pero Sparhawk ya había iniciado su propio golpe, por lo que las espadas de ambos chocaron inofensivamente en el aire que mediaba entre ellos.

Era agradable estar luchando otra vez. Allí no había política, ni confusión de palabras disimuladas y falsas promesas, sólo el límpido y sonoro entrechocar del acero contra el acero y el suave deslizar de los tendones y los músculos sobre los huesos.

Cyrgon era rápido, tanto como lo había sido Martel en su juventud, y a pesar de su odio hacia los cambios, aprendía con presteza. Los complejos movimientos de muñecas, brazos y hombros propios del maestro espadachín parecían acudir sin que los llamaran, casi a pesar del propio antiguo dios.

—Es vigorizante, ¿verdad? —jadeó Sparhawk a través de una lobuna sonrisa, a la vez que le pinchaba un hombro al dios con una estocada—. Abre tu mente, Cyrgon. No hay nada grabado en piedra..., ni siquiera algo tan sencillo como esto. —Y volvió a lanzar una estocada, abriendo otro tajo en el brazo de la espada de Cyrgon.

El inmortal lo acometió, empujándolo con su escudo de tamaño excesivo e intentando con la voluntad y toda su fuerza imponerse al contrincante mejor entrenado.

Sparhawk miró al rostro perfecto y vio el pesar y la desesperación en él. Metió un hombro hacia dentro, como le había enseñado Kurik, e inmovilizó el brazo del escudo formando con él una barrera impenetrable contra los golpes ineficaces de su oponente. Paraba las estocadas con sólo la espada sujeta con ligereza.

—Rendíos, Cyrgon —dijo—, y vivid. Rendíos, y Klael será desterrado. Nosotros somos deste mundo, Cyrgon. Dejemos que Klael y Bhelliom contiendan por otros mundos. Llevaos la vuesa vida y la gente vuesa y marchaos. Ni siquiera a vos os mataré.

—¡Desdeño la vuesa insultante oferta, Anakha! —declaró Cyrgon, casi chillando.

—Supongo que eso satisface las demandas del honor de caballero —murmuró Sparhawk para sí con bastante alivio—. Sabe Dios qué habría hecho en caso de que aceptara. —Volvió a levantar la espada—. Que así sea, hermano —dijo—. De todas formas, no estamos hechos para habitar un mismo mundo. —Sintió que su cuerpo y su voluntad parecían hincharse dentro de la armadura—. Observa, hermano —gruñó por entre los dientes apretados—. Observa y aprende.

Y entonces lanzó quinientos años de entrenamiento, junto con una cólera descomunal, sobre aquella pobre impotente deidad que había hecho pedazos la paz

del mundo, una paz por la que Sparhawk había suspirado desde su regreso del exilio en Rendor. Rasgó un muslo de Cyrgon con el clásico *pasfour*. Pinchó el rostro perfecto con la innovadora «parada-estacada-nueve» de Martel. Cortó la mitad superior del enorme escudo de Cyrgon con la «tercera finta-y-ataque» de Vanion. De entre todos los caballeros de la iglesia, los pandiones eran los espadachines más diestros; y de todos los pandiones, Sparhawk era el más sobresaliente. Bhelliom lo había llamado el igual de un dios, pero Sparhawk luchaba como un hombre..., soberbiamente entrenado, que había perdido un poco la forma, y en realidad demasiado viejo para aquel tipo de cosas..., pero que tenía la certeza absoluta de que si el destino del mundo descansaba en sus manos, él era lo bastante bueno como para librar al menos una batalla más.

Su espada era un borrón en la luz del sol recién salido, destellando, ondeando, disparándose. Desconcertado, el antiguo Cyrgon intentaba responder.

La ocasión se presentó, y Sparhawk percibió la simetría perfecta de la misma. Cyrgon, al carecer de enseñanza, acababa de proporcionarle al pandion de negra armadura precisamente la misma oportunidad que Martel le había dado en el templo de Azash. Martel había entendido del todo el significado de la serie de estocadas. Cyrgon, sin embargo, no. Y así fue como la estocada que lo traspasó, le llegó como una sorpresa absoluta. El dios se puso rígido y la espada cayó de sus dedos insensibles al desplomarse él de espaldas a causa de la herida.

Sparhawk recobró la postura después de la estocada y se acercó la ensangrentada espada al rostro a modo de saludo.

—Una innovación, Cyrgon —dijo con una voz indiferente—. La verdad es que eres muy bueno, ¿sabes?, pero deberías intentar mantenerte al día de las novedades.

Cyrgon se desplomó sobre las losas de piedra del patio, mientras su inmortal vida escapaba a través del corte de su peto.

—¿Y os apoderaréis ahora del mundo, Anakha? —jadeó. Sparhawk se acuclilló junto al dios herido.

—No, Cyrgon —replicó con voz cansada—. Yo no quiero el mundo..., sólo un tranquilo rincón de él.

—¿Y por qué os habéis enfrentado conmigo?

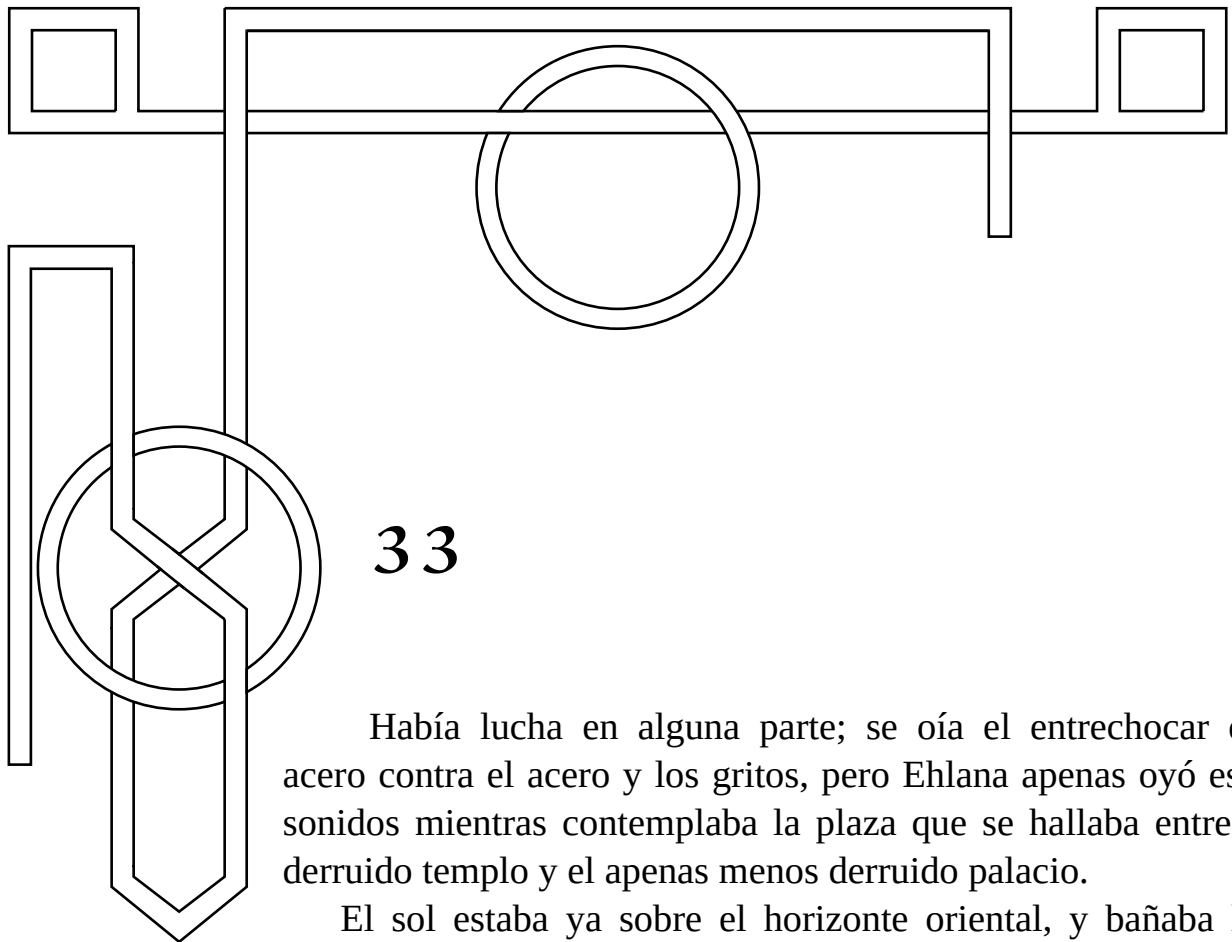
—No quería que tú tampoco lo poseyeras, porque de haber sido así, mi pequeña parte no habría estado a salvo. —Extendió un brazo y tomó la pálida mano—. Has luchado bien, Cyrgon. Siento respeto por ti. Salve y adiós.

La voz de Cyrgon fue sólo un susurro cuando respondió:

—Salve y adiós, Anakha.

Se oyó un tremendo aullido desesperado de frustración y cólera.

Sparhawk levantó la mirada y vio una figura humana de holliniento rojo que salía disparada hacia el cielo del alba, al reemprender Klael su interminable viaje hacia las estrellas y más allá de ellas.



33

Había lucha en alguna parte; se oía el entrecuchar del acero contra el acero y los gritos, pero Ehlana apenas oyó esos sonidos mientras contemplaba la plaza que se hallaba entre el derruido templo y el apenas menos derruido palacio.

El sol estaba ya sobre el horizonte oriental, y bañaba las calles de Cyrga con una luz dura y despiadada. La reina de Elenia estaba exhausta, pero la dura prueba de su cautiverio había concluido y ella sólo anhelaba abandonarse en el abrazo de su esposo. No entendía mucho de lo que acababa de presenciar, aunque en realidad eso carecía de importancia. Permanecía de pie junto a las almenas, con la diosa-niña en brazos, contemplando a su invencible campeón que estaba allá abajo.

—¿Crees que ahora podemos bajar sin peligro? —le preguntó a la pequeña divinidad que tenía en los brazos.

—La escalera está bloqueada, Ehlana —le recordó Mirtai.

—Yo puedo encargarme de eso —replicó Flute.

—Tal vez sería mejor que nos quedáramos aquí arriba —intervino Bevier con el entrecejo fruncido de preocupación—. Cyrgon y Klael han desaparecido, pero Zalasta sigue estando ahí fuera, en alguna parte. Podría intentar apoderarse otra vez de la reina para utilizarla con el fin de negociar su salida de aquí.

—Será mejor que no lo haga —replicó la diosa-niña con tono ominoso—. Ehlana tiene razón. Bajemos.

Regresaron dentro, llegaron a lo alto de la escalera, y miraron hacia abajo a través de las arremolinadas nubes de polvo.

—¿Qué has hecho? —le preguntó Talen a Flute—. ¿Dónde han ido a parar las rocas?

Ella se encogió de hombros.

—Las he convertido en arena —replicó.

La escalera describía un espiral que reseguía el interior de las paredes de la torre. Kalten y Bevier, espada en mano, abrieron la marcha, investigando con prudencia cada nivel a medida que descendían. Los tres o cuatro niveles superiores estaban vacíos, pero cuando comenzaron a bajar hacia uno que se encontraba más o menos a media altura de la torre, Xanetia susurró vivamente:

—¡Alguien se acerca!

—¿Dónde? —quiso saber Kalten—. ¿Cuántos?

—Dos, y ascienden las escaleras hacia nosotros.

—Yo me encargaré de ellos —murmuró, aferrando con mayor fuerza el puño de la espada.

—No hagas ninguna tontería —le advirtió Afrael.

—Son los tipos que suben los que están haciendo tonterías, amor mío. Quédate con la reina. —Comenzó a descender.

—Yo iré con él —declaró Mirtai—. Bevier, es tu turno de proteger a la reina.

—Pero...

—¡Calla! —le ordenó ella—. Haz lo que te digo.

—Sí, señora —se rindió él con una leve sonrisa.

El sonido de voces murmurantes subió resonando por la escalera.

—¡Santheocles! —identificó Ehlana a uno de los que hablaban con un corto susurro apremiante.

—¿Y el otro? —inquirió Xanetia.

—Ekatas.

—Ah —dijo Xanetia. Su pálida frente se frunció de consternación—. Esto no es exacto —se disculpó—, pero pareceme que no saben de la vuesa libertad, reina de Elenia, y corren hacia la vuesa antigua prisión con la esperanza de que amenazando la vida vuesa puedan pasar sin mal a través de las filas de los sus enemigos.

Había un descansillo a unos veinte escalones más abajo de la estrecha escalera, en el que se detuvieron Kalten y Mirtai y se apartaron un poco para dejarse espacio.

Santheocles, ataviado con su bruñido peto y su casco crestado, subía a saltos los escalones de dos en dos, con la espada en la mano. Se detuvo en seco cuando llegó al descansillo, y contempló a Kalten y Mirtai con estúpida incredulidad. Blandió la espada y profirió una orden perentoria en su idioma.

—¿Qué ha dicho? —preguntó Talen.

—Les ha ordenado que se aparten de su camino —replicó Afrael.

—¿Se da cuenta de que son enemigos?

—El concepto de «enemigo» es difícil para alguien como Santheocles —le dijo Ehlana—. Nunca ha estado fuera de las murallas de Cyrga, y dudo de que haya visto más de diez personas que no fueran cyrgais, en toda su vida. Los cyrgais le obedecen de forma automática, y no ha tenido mucha experiencia con la hostilidad abierta.

Ekatas subía jadeando las escaleras detrás de Santheocles. Tenía los ojos abiertos de par en par por la impresión, y el arrugado rostro ceniciento. Le habló vivamente a su rey, y Santheocles se hizo a un lado con placidez. Ekatas se irguió y comenzó a pronunciar sonoras palabras mientras movía las manos en el aire ante sí.

—¡Detenedlo! —gritó Bevier—. ¡Está lanzando un hechizo!

—Está intentando lanzar un hechizo —lo corrigió Afrael—. Me parece que está condenado a llevarse una fea sorpresa.

La voz del sumo sacerdote subió en un largo y lento crescendo, y de pronto tendió un brazo hacia Kalten y Mirtai.

Nada sucedió.

Ekatas se llevó la mano vacía a los ojos, y la contempló boquiabierto de absoluto asombro.

—Ekatas —lo llamó Afrael con dulzura—. Detesto ser portadora de malas nuevas, pero ahora que Cyrgon está muerto, tus hechizos ya no funcionan.

Él levantó la mirada hacia ella, y su rostro fue lentamente ganado por la comprensión y el reconocimiento. Luego salió corriendo, se lanzó a través de la puerta abierta que había a la izquierda del descansillo, y la cerró de golpe tras de sí.

Mirtai fue tras él con presteza. Hizo un breve intento de abrir la puerta, luego retrocedió y la hizo pedazos de una patada.

Kalten avanzó hacia el rey de los cyrgais, que sonreía burlonamente. Santheocles adoptó su pose heroica, con el enorme escudo tendido ante sí, la espada y la cabeza en alto.

—No es un contrincante digno de Kalten —comentó Bevier—. ¿Por qué no huye?

—Se cree invencible, caballero Bevier —replicó Xanetia—. Ha matado a muchos de los propios soldados suyos en el campo de maniobras, y se considera por tanto el guerrero supremo deste mundo. En verdad, no obstante, los subordinados suyos no le devolverían los golpes ni atreveríanse a defenderse siquiera, pues es él su rey.

Kalten, con expresión ominosa y vengativa, cayó como una avalancha sobre el monarca débil mental. El rostro de Santheocles fue invadido por una expresión escandalizada y ultrajada al ver que, por primera vez en su vida, alguien levantaba un arma contra él.

Fue una pelea corta y desagradable, y el resultado era muy predecible. Kalten abolló el escudo de tamaño excesivo, paró un par de golpes rígidamente formales lanzados contra su cabeza, y luego clavó su espada hasta la empuñadura en el centro preciso del peto. Santheocles lo miró con ojos fijos de absoluto asombro. Luego suspiró, se inclinó hacia atrás desensartándose de la espada, y cayó de espaldas, laxo, por las escaleras con un estruendo metálico.

—¡Sí! —se regocijó Ehlana con voz salvaje al morir el más ofensivo de sus persecutores.

Desde detrás de la puerta destrozada llegó un largo y desesperado alarido que fue

desvaneciéndose de manera horrible, y Mirtai salió por ella con una expresión de fría satisfacción.

—¿Qué le has hecho? —inquirió Kalten, curioso.

—Lo he defenestrado —replicó ella con un ligero encogimiento de hombros.

—¡Mirtai! —exclamó él con voz ahogada—. ¡Eso es terriblemente espantoso! Ella le echó una mirada de perplejidad.

—¿De qué estás hablando?

—¡Eso es algo realmente terrible de hacerle a un hombre!

—¿Arrojarlo por la ventana? Se me ocurren cosas mucho peores que pueden hacerse a alguien.

—¿Es eso lo que significa la palabra que acabas de utilizar?

—Por supuesto. Stragen solía hablar de ello cuando estábamos en Matherion.

—Ah. —Kalten se ruborizó ligeramente.

—¿Qué pensabas que quería decir?

—Eh..., es igual, Mirtai. Olvídate de que he dicho algo.

—Tienes que haber pensado que significaba algo.

—Dejémoslo, ¿quieres? Lo entendí mal, eso es todo. —Levantó los ojos hacia los demás—. Bajemos —sugirió—. No creo que vaya a interponerse nadie más en nuestro camino.

Ehlana estalló de pronto en lágrimas.

—¡No puedo! —gimió—. ¡No puedo encararme con Sparhawk de esta manera! —Se llevó las manos al griñón que le cubría la cabeza violentada.

—¿Todavía estás preocupada por eso? —preguntó Afrael.

—¡Estoy espantosa!

Afrael puso los ojos en blanco.

—Entremos en esa habitación —sugirió—. Te arreglaré el problema... si es tan importante para ti.

—¿Puedes hacerlo? —inquirió Ehlana, ansiosa.

—Por supuesto. —La diosa-niña la miró con los ojos entrecerrados—. ¿Te gustaría que le cambiara el color? —preguntó—. ¿O quizá que te lo rizara?

La reina frunció los labios.

—¿Por qué no lo hablamos un poco? —decidió.

Los cynesganos a cargo de la ciudad exterior no eran unos soldados particularmente buenos para empezar, y cuando los trolls saltaron del No-Tiempo para trepar las murallas hacia ellos, los hombres se dispersaron y huyeron.

—¿Les has dicho a los trolls que nos abrieran las puertas? —le preguntó Vanion a Uloth.

—Sí, mi señor —replicó el caballero genidiano—, pero podría pasar un rato antes de que se acuerden. En este momento tienen hambre, así que antes tomarán el

desayuno.

—Tenemos que entrar, Ulath —intervino Sefrenia con tono apremiante—. Tenemos que proteger los barracones de los esclavos.

—Oh, señor —dijo él—. Había olvidado eso. Los trolls no serán capaces de distinguir a los esclavos de los cynesganos.

—Iré a echar un vistazo —ofreció Khalad. Desmontó y corrió hacia las enormes puertas de madera. Regresó pasados apenas unos instantes.

—No representan ningún problema en particular, mi señora Sefrenia —informó—. Esas puertas se harían pedazos con que sólo les estornudaras.

—¿Qué?

—Las tablas son muy viejas, mi señora, y están podridas por dentro. Con tu permiso, mi señor Vanion, me llevaré a algunos hombres e improvisaré un ariete. Derribaremos la puerta para poder entrar.

—Por supuesto —replicó Vanion.

—Ven conmigo, Berit —le dijo Khalad a su amigo.

—Ese muchacho siempre se las arregla para hacerme sentir incapaz —masculló Vanion mientras observaban a los dos hombres que volvían sobre sus pasos para reunirse con los caballeros agrupados a unas varas de distancia.

—Según recuerdo, su padre tenía el mismo efecto sobre ti —comentó Sefrenia.

Kring regresó galopando desde el otro lado de la muralla.

—El amigo Bergsten está preparándose para asaltar la puerta norte —informó.

—Envíale mensaje para decirle que tenga cuidado, amigo Kring —aconsejó Betuana—. Los trolls ya se encuentran dentro de la ciudad... y tienen hambre. Sería mejor que retrasara un poco su ataque.

Kring asintió.

—El trabajar con trolls cambia el carácter de las cosas, ¿verdad, Betuana-reina? Son muy buenos aliados en una pelea, pero no es conveniente permitir que pasen hambre.

Unos diez minutos más tarde, Khalad y algunos caballeros arrastraron un enorme tronco, lo colocaron delante de la puerta, suspendido de unas cuerdas atadas a varios trípodes improvisados y comenzaron a golpear las maderas podridas. La puerta arrojó nubecillas de polvo rojizo y comenzó a desmenuzarse y caer.

—¡Vamos! —le gritó Vanion a su ejército extrañamente surtido, y abrió la marcha hacia el interior de la ciudad. Por insistencia de Sefrenia, los caballeros se encaminaron sin más hacia los barracones de los esclavos, y los escoltaron sanos y salvos al exterior de las murallas. Luego, las fuerzas de Vanion avanzaron directamente hacia la muralla interior que protegía la abrupta colina que se alzaba en el centro de Cyrga.

—¿Cuánto es probable que tarden? —inquirió Vanion al tiempo que señalaba a un grupo de hambrientos trolls.

—Es un poco difícil saberlo, mi señor Vanion —replicó Ulath—. Pero no creo

que vayamos a obtener mucha cooperación por parte de ellos mientras haya cynesganos corriendo de aquí para allá por las calles de la ciudad exterior.

—Puede que sea mejor así —decidió Vanion—. Me parece que nos interesa llegar hasta Sparhawk y los otros antes que los trolls. —Volvió la cabeza—. Khalad —llamó—, diles a los hombres que traigan el ariete hasta aquí. Derribemos las puertas de la ciudad interior y vayamos en busca de Sparhawk.

—Sí, mi señor —replicó el joven.

Las puertas de la muralla interior eran más resistentes, y Khalad estaba arrancando de ellas grandes sonidos tronantes cuando el patriarca Bergsten se acercó cabalgando a lo largo de la muralla, acompañado por el veterano pandion, el caballero Heldin, un peloi a quien Vanion no reconoció, y una esbelta muchacha atana de elevada estatura. Vanion se sobresaltó un poco al ver que el dios estiriano Setras también estaba con ellos.

—¿Qué crees que estás haciendo, Vanion? —rugió Bergsten.

—Derribando esta puerta, como puede ver vuestra gracia —replicó Vanion.

—No es a eso que me refiero. ¿Qué te poseyó, en el nombre de Dios, para permitir que los trolls llevaran a cabo el asalto inicial?

—La verdad es que no se trataba de una cuestión de «permitir», vuestra gracia. No pidieron permiso, exactamente.

—Tenemos un absoluto caos en la ciudad exterior. Mis caballeros no pueden concentrarse en esta ciudad interior porque no dejan de tropezarse con los trolls. Sufren un frenesí alimentario, ¿sabes? En este momento están comiéndose todo lo que se mueve.

—¿Tienes que decirlo? —murmuró Sefrenia con un estremecimiento.

—Hola, Sefrenia —la saludó Bergsten—. Tienes buen aspecto. ¿Cuánto más vas a tardar con esta puerta, Vanion? Metamos a nuestra gente en la ciudad interior, donde sólo tendremos que preocuparnos de los cyrgais. Tus aliados están poniendo muy nerviosos a mis hombres. —Miró hacia lo alto de la muralla interna, nítidamente delineada contra el cielo del alba—. Yo pensaba que los cyrgais eran supuestos soldados. ¿Por qué no defienden esta muralla?

—En este momento están un poco desmoralizados —explicó Sefrenia—. Sparhawk acaba de matar a su dios.

—¿Eso ha hecho? Creía que de eso se encargaría el Bhelliom.

Ella suspiró.

—En un cierto sentido, así fue —replicó—. A estas alturas es un poco difícil separarlos a los dos. Afrael no está muy segura de dónde acaba Bhelliom y comienza Sparhawk.

Bergsten se estremeció.

—Creo que no quiero saberlo —confesó—. Ya tengo bastantes líos teológicos. ¿Qué hay de Klael?

—Se ha marchado. Quedó desterrado en cuando Sparhawk mató a Cyrgon.

—Ah, muy bonito, Vanion —comentó Bergsten con la voz cargada de sarcasmo—. Me haces cabalgar un millar de leguas en pleno invierno, y la lucha ya ha terminado antes de que llegue aquí.

—Probablemente el ejercicio ha sido bueno para vuestra gracia. —Vanion alzó la voz—. ¿Cuánto falta, Khalad? —gritó.

—Sólo unos cuantos minutos más, mi señor —replicó el escudero de Sparhawk—. Las maderas comienzan a rajarse.

—Bien —dijo Vanion con tono ominoso—. Quiero encontrar a Zalasta. Él y yo tenemos algunas cosas de las que hablar... largo y tendido.

—Han escapado todos, Sparhawk —informó Talen al regresar de una rápida exploración del palacio en ruinas—. Las puertas están abiertas de par en par y somos las únicas personas aquí arriba.

Sparhawk asintió con cansancio. Había sido una noche larga, y estaba tanto emocional como físicamente agotado. Sin embargo, aún podía sentir la enorme calma que se había apoderado de él al comprender el verdadero significado de su relación con el Bhelliom. Había algunas fugaces tentaciones —curiosidad tal vez, más que cualquier otra cosa—, un deseo de experimentar y poner a prueba los límites de las capacidades que acababa de reconocer en sí mismo. Las reprimió deliberadamente.

«Adelante, Sparhawk». La voz de Afrael que resonó en su mente tenía una leve nota desafiante. Volvió un poco la cabeza para echarle una mirada interrogativa a la niña intemporal que se hallaba de pie junto a su esposa. El rostro de Ehlana era sereno mientras se pasaba los dedos entre los largos cabellos de un pálido rubio. «¿Qué quieres que haga?», fue el pensamiento que envió él a modo de respuesta.

«Cualquier cosa que te pase por la cabeza».

«¿Por qué?».

«¿Es que no tienes ni una pizca de curiosidad? ¿No quieres averiguar si puedes volver una montaña del revés?».

«Puedo hacerlo —replicó él—. Pero no veo ninguna razón para hacer algo semejante».

«¡Eres odioso, Sparhawk!», se encolerizó ella.

«¿Qué problema tienes, Afrael?».

«¡Eres tan zoquete!».

Él le dedicó una dulce sonrisa.

«Ya lo sé, pero tú me quieres a pesar de eso, ¿verdad?».

—Sparhawk —le llamó Kalten desde la ornada puerta de bronce—. Vanion está subiendo la colina. Bergsten viene con él.

Vanion conocía a Sparhawk desde que éste era un novicio, pero el hombre de

armadura y aspecto agotado casi parecía un extraño. En su rostro y ojos había algo que no existía antes. El preceptor se acercó a su viejo amigo en compañía del patriarca Bergsten y Sefrenia, con algo muy cercano al temor reverencial.

En cuanto Ehlana vio a Sefrenia, corrió hacia ella con un grito bajo y le dio un frenético abrazo.

—Veo que has destrozado otra ciudad, Sparhawk —comentó Bergsten con una ancha sonrisa—. Se está convirtiendo en un hábito, ¿sabes?

—Buenos días tenga vuestra gracia —replicó Sparhawk—. Me alegro de volver a veros.

—¿Has hecho tú solo todo esto? —Bergsten abarcó con un gesto el templo en ruinas y el palacio medio derruido.

—Klael hizo la mayor parte, vuestra gracia.

El enorme eclesiástico cuadró los hombros.

—Tengo órdenes de Dolmant para ti —dijo—. Tienes que entregarme el Bhelliom. ¿Por qué no lo haces ahora mismo... antes de que los dos lo olvidéis?

—Me temo que eso es imposible, vuestra gracia —suspiró Sparhawk—. Ya no lo tengo.

—¿Qué has hecho con él?

—Ya no existe..., al menos no en la forma que tenía hasta ahora. Ha sido libertado de su encierro para continuar su viaje.

—¿Lo has dejado en libertad sin consultar con la iglesia? Estás metido en un lío, Sparhawk.

—Oh, haz el favor de ser serio, Bergsten —intervino Afrael—. Sparhawk ha hecho lo que tenía que hacerse. Yo se lo explicaré a Dolmant más adelante.

Vanion, sin embargo, tenía otra cosa en mente.

—Todo esto es muy interesante —dijo con frialdad—, pero en este momento me importa mucho más encontrar a Zalasta. ¿Tiene alguien idea de dónde podría hallarlo?

—Podría estar debajo de todo eso, Vanion —contestó Ehlana mientras señalaba el ruinoso templo—. Él y Ekatas se encaminaban hacia allí cuando descubrieron que Sparhawk estaba dentro de las murallas de Cyrga. Ekatas escapó, y Mirtai se encargó de matarlo, pero es posible que Zalasta resultara aplastado cuando Klael hizo estallar el edificio.

—No —declaró Afrael sin más—. No está en ninguna parte de la ciudad.

—Te aseguro que quiero encontrarlo, de verdad, divina Afrael —afirmó Vanion.

—Setras, querido —dijo Afrael con dulzura—, ¿querrías ver si puedes encontrarme a Zalasta? Tiene que responder de muchísimas cosas.

—Veré qué puedo hacer, Afrael —prometió el apuesto dios—, pero la verdad es que debería regresar a mi estudio. He descuidado mi propio trabajo durante estos días.

—Por favor, Setras —pidió ella, zalamera, lanzándole encima su devastadora

sonrisilla.

Él se echó a reír, impotente.

—¿Ves de qué te hablaba, Bergsten? —le comentó al gigantesco patriarca—. Ella es la criatura más peligrosa del universo.

—Eso he oído decir —replicó Bergsten—. Probablemente será mejor que vayas a hacer lo que te pide, Setras. Acabarás haciéndolo de todas formas.

—Ah, allí estás, Itagne-embajador —oyó Vanion que decía la atana Maris en un tono de voz engañosamente amable.

Giró la cabeza y vio que la esbelta comandante de la guarnición atana de Cynesga caía sobre el diplomático tamul que manifestaba una clara aprensión.

—He estado buscándote por todas partes —continuó ella—. Tenemos mucho de que hablar. Por algún motivo, no me ha llegado ninguna de tus cartas. Creo que deberías echarle una reprimenda a tu mensajero.

El rostro de Itagne adquirió la expresión de alguien atrapado.

Betwana envió corredores con mensajes hacia Matherion, justo antes del mediodía, cuando capituló el último de los desmoralizados cyrgais. El caballero Ulath se ocupó de señalar con bastante ahínco que lo sucedido a los cynesganos de la ciudad exterior podría haber influido hasta un cierto punto en esa decisión. El patriarca Bergsten había comenzado a mirar a su compatriota con ojos críticos y especulativos. Bergsten era un clérigo rudo, dispuesto a saltarse toda clase de reglas en nombre de la conveniencia, pero se atragantaba un poco con la ecumenicidad desenfrenada de Ulath.

—Se muestra un poco demasiado entusiasta, Sparhawk —declaró el enorme patriarca—. De acuerdo, concedo que los trolls nos resultaron de cierta utilidad, pero... —Buscó la manera de expresar sus prejuicios íntimos.

—Existe una afinidad bastante especial entre Ulath y Bhlok, vuestra gracia —replicó Sparhawk, esquivando el tema—. ¿Cuánto nos queda por hacer aquí? Me gustaría bastante llevar a mi esposa de vuelta a la civilización.

—Puedes marcharte ya, Sparhawk —replicó Bergsten con un encogimiento de hombros—. Nosotros podemos encargarnos de limpiar esto. No has dejado mucho que pueda preocuparnos a los demás. Me quedaré aquí con mis caballeros para acabar de apresar a los cyrgais; Tikume va a llevarse a sus pelois de vuelta a Cynesga con el fin de ayudar a Itagne y la atana Maris a consolidar la ocupación; y Betwana enviará a sus atanes a Arjuna para restablecer la autoridad imperial. —Hizo una amarga mueca—. La verdad es que no queda nada más que los mezquinos detalles administrativos. Me has robado una lucha muy buena, Sparhawk.

—Puedo enviar a buscar más soldados de Klael si lo quiere vuestra gracia.

—No. No te preocupes, Sparhawk —se apresuró a replicar Bergsten—. Puedo vivir sin más peleas como esas, ¿regresarás directamente a Matherion?

—No directamente, vuestra gracia. La cortesía nos obliga a escoltar a la anarae Xanetia de vuelta a Delfaeus.

—Es una dama muy extraña —reflexionó Bergsten—. No dejo de sorprenderme al borde justo de la genuflexión cada vez que entra donde yo estoy.

—Tiene ese efecto sobre toda la gente, no sólo sobre vuestra gracia. Si de verdad no nos necesitáis aquí, iré a hablar con los demás y nos prepararemos para marchar.

—¿Qué sucedió de verdad, Sparhawk? —preguntó Bergsten sin rodeos—. Tengo que hacerle un informe a Dolmant, y no puedo sacar mucho sentido de lo que los demás han estado diciéndome.

—No estoy seguro de poder explicárselo a vuestra gracia —replicó Sparhawk—. Bhelliom y yo nos combinamos de alguna forma durante un rato. Necesitaba mi brazo, supongo. —Era una respuesta fácil y esquivaba un tema central que Sparhawk aún no estaba del todo preparado para meditar.

—¿No fuiste más que una herramienta, entonces? —La mirada de Bergsten era atenta.

—¿No lo somos todos, vuestra gracia? Somos los instrumentos de Dios. Por eso se nos paga —replicó Sparhawk encogiéndose de hombros.

—Sparhawk, estás rozando el límite mismo de la herejía. No utilices la palabra «Dios» con tanta ligereza.

—No, vuestra gracia —asintió Sparhawk—. Era sólo una reflexión sobre las limitaciones del idioma. Hay cosas que no comprendemos y para las que no tenemos palabras. Las reunimos todas, las llamamos «Dios», y lo dejamos así. Vos y yo somos soldados, patriarca Bergsten. Se nos paga para hollar la tierra a la carrera cuando alguien toca una trompeta. Dejemos que sea Dolmant quien dilucide esto. Para eso se le paga.

Sparhawk y sus amigos, acompañados por Kring, Betuana y Engessa, salieron a caballo de la ruinosa Cyrga justo después del alba del día siguiente, en dirección a Sarna. Sparhawk no había visto a Bhelliom ni tenido noticias suyas desde el enfrentamiento con Cyrgon, y sentía una peculiar decepción por eso. Los dioses-troll también habían partido con sus hijos..., todos menos Bhlokw, que caminaba arrastrando los pies entre Ulath y Tynian. Bhlokw se mostraba evasivo respecto a las razones que tenía para acompañarlos.

Cabalgaban hacia el noreste por las estériles tierras de Cynesga, en cómodas etapas. Ya había desaparecido la urgente necesidad de apresurarse. Sefrenia y Xanetia, una vez más trabajando en concierto, habían devuelto todos los rostros a sus legítimos dueños, y las cosas regresaban lentamente a la normalidad.

Fue a eso de la media mañana, diez días después de la partida de Cyrga y cuando estaban a unas pocas leguas de Sarna, cuando Vanion se adelantó a caballo para reunirse con Sparhawk a la cabeza de la columna.

—¿Puedo hablar contigo, Sparhawk? —preguntó.

—Por supuesto.

—Es algo privado.

Sparhawk asintió con la cabeza, entregó la dirección de la columna a Bevier y taconeó a *Faran* hasta un trote ligero. Él y Vanion volvieron a aminorar la velocidad cuando se hallaban a unas quinientas varas de distancia de los demás.

—Sefrenia quiere que nos casemos —comenzó Vanion, sin preámbulo.

—¿Estás pidiéndome permiso?

Vanion le echó una larga mirada fija.

—Perdona —se disculpó Sparhawk—. Me has pillado por sorpresa. Hay problemas al respecto, ya lo sabes. La iglesia nunca lo aprobará, y tampoco lo harán los Mil del Estiricum. Ya no somos tan conservadores como solíamos, pero la noción del matrimonio entre dos razas o religiones diferentes aún le eriza los pelos a algunos.

—Ya lo sé —dijo Vanion con tono sombrío—. Es probable que Dolmant no tuviera ninguna objeción personal, pero tiene las manos atadas por las leyes y doctrina de la iglesia.

—¿A quién vas a pedirle que oficie, en ese caso?

—Sefrenia ya ha resuelto ese problema. Xanetia será quien realice la ceremonia.

Sparhawk casi se atragantó al oír eso.

—Ella es una sacerdotisa, Sparhawk.

—Bueno..., técnicamente, supongo que sí. —Luego, Sparhawk estalló repentinamente en carcajadas.

—¿Qué te resulta tan gracioso? —exigió saber Vanion con hosquedad.

—¿Puedes imaginarte la cara que pondrá Ortsel cuando se entere de que un preceptor de una de las cuatro órdenes, un patriarca de la iglesia, ha sido unido en matrimonio con una de los Mil del Estiricum por una sacerdotisa delfae?

—La verdad es que eso transgrede algunas reglas, ¿no es cierto? —concedió Vanion con una sonrisa torcida.

—¿Algunas? Vanion, dudo de que puedas hallar un solo acto que transgreda más.

—¿También tú lo desapruebas?

—Yo no, viejo amigo. Si eso es lo que tú y Sefrenia queréis, os respaldaré hasta delante de la alta jerarquía eclesiástica.

—¿Serás mi padrino, entonces, Sparhawk? Durante la ceremonia, quiero decir.

Sparhawk le dio unas palmadas en el hombro.

—Me sentiré honrado, amigo mío.

—Bien. Eso lo mantendrá todo en familia. Sefrenia ya ha hablado con tu esposa al respecto. Ehlana será su madrina.

—De alguna forma sabía que ibas a decirme eso —replicó Sparhawk, riendo.

Pasaron por Sarna y continuaron por la senda de montaña cubierta de nieve hacia Dirgis, en Atan meridional. Tras salir de Dirgis, volvieron a girar hacia el oeste y se adentraron aún más en las montañas.

—Estamos dejando una pista muy ancha, Sparhawk —comentó Bevier a últimas horas de una tarde en la que nevaba—, y la pista conduce directamente hacia Delfaeus.

Sparhawk se volvió a mirar a sus espaldas.

—Tienes razón —concedió—. Creo que será mejor que hablemos con Afrael. Las cosas han cambiado un poco, pero no tengo la impresión de que los delfaes estén dispuestos a darles la bienvenida a los buscadores de paisajes. —Hizo girar a *Faran* y retrocedió para reunirse con las damas. Afrael, como era habitual, montaba con Sefrenia—. ¿Puedo hacerte una sugerencia, divina Afrael? —comenzó Sparhawk a modo de tanteo.

—Hablas exactamente igual que Tynian.

Él hizo caso omiso del comentario.

—¿Qué tal de buena eres con el tiempo atmosférico?

—¿Es que quieres que sea verano?

—No. La verdad es que quiero una ventisca moderada. Estamos dejando huellas en la nieve, y esas huellas señalan el camino directo a Delfaeus.

—¿Y qué problema hay con eso?

—Puede que los delfaes no quieran visitantes inesperados.

—No habrá ninguno..., ni inesperados ni de los otros. Tú prometiste sellar su valle, ¿no es cierto?

—¡Oh, Dios! —exclamó él—. ¡Me había olvidado de eso! Va a ser un problema. Ya no tengo a Bhelliom conmigo.

—Entonces será mejor que intentes ponerte en contacto con él, Sparhawk. Al fin y al cabo, una promesa es una promesa. Xanetia cumplió con su parte del trato, así que estás moralmente obligado a cumplir con la tuya.

Sparhawk estaba disgustado. Se alejó un poco adentrándose en una espesa arboleda de ahusados pinos jóvenes, y desmontó.

—Rosa Azul —dijo en voz alta, sin esperar de veras una respuesta—. Rosa Azul.

—Os oigo, Anakha —replicó de inmediato la voz en su mente—. He pensado que podríais estar de alguna forma descontento conmigo.

—Eso nunca, Rosa Azul. Vos habéis ejecutado... o excedido... todo lo que de vos solicité. Los enemigos nuestros han sido derrotados, y estoy contento. Yo, no obstante, comprometí el mi honor con los delfaes a cambio del auxilio suyo. Estoy obligado a sellar el su valle porque ninguno deste mundo vaya contra ellos.

—Recuerdo la vuesa promesa, Anakha. Fue entregada con sinceridad. Pronto, sin embargo, ya no será menester cumplirla.

—Vuestras palabras escapan a la comprensión mía.

—Observad, entonces, fijo mío, y aprended. —Se produjo una larga pausa—. No es la intención mía ofenderos pero ¿por qué me habéis presentado aqueste asunto?

—Yo di la mi palabra de que sellaría el valle, padre.

—Entonces, selladlo.

—No estaba seguro de poder hablar todavía con vos para solicitar el vuesto auxilio.

—Vos no habéis menester del auxilio mío, Anakha..., ni del mío ni del de ningún otro. ¿No os ha convencido el encuentro con Cyrgon de que todas las cosas son posibles para vos? Vos sois Anakha y el fijo mío, y no hay otro como vos en todo el estrellado universo. Fue menester faceros desta guisa para que el mi designio pudiera alcanzarse. Cualquiera cosa que ficisteis a través de mí, podríais haberla logrado fácilmente con la vuesa mano. —La voz hizo una pausa—. Estoy, no obstante, algo complacido de que no conocierais las vuestas capacidades, pues me ha dado alguna oportunidad de llegar a conoceros. Pensaré a menudo en vos durante el mi interminable viaje. Continuemos pues hacia Delfaeus, donde el vuesto camarada Vanion y la nuestra muy querida Sefrenia serán unidos, y donde vos presenciareis una maravilla.

—¿Qué maravilla en particular será aquesta, Rosa Azul?

—Difícil es que fuera una maravilla para vos, si la conocierais con antelación, fijo mío.

Sparhawk percibió un leve deje divertido en la voz, y la sensación de la presencia de Bhelliom se desvaneció.

Fue bajo la nieve que caía a primeras horas de un atardecer, cuando coronaron una cresta y vieron a sus pies el valle donde el lago fulgente, borroso tras los arremolinados copos, brillaba con una luz casi igual a la de la luna. El anciano Cedon los aguardaba en las rústicas puertas de esta otra ciudad oculta, y junto a él estaba el amigo de Itagne, Ekrasios.

Conversaron hasta muy tarde, pues había muchas cosas que contarse, y era media mañana del día siguiente cuando Sparhawk despertó en la habitación extrañamente hundida que compartía con su esposa. Una de las peculiaridades de las construcciones delfaes era que los pisos de la mayoría de las habitaciones estaban por debajo del nivel del suelo. Sparhawk no pensó demasiado en el asunto, pero Khalad parecía muy intrigado con ese detalle.

Sparhawk le dio un suave beso a su esposa aún dormida, se deslizó en silencio de la cama y salió a buscar a Vanion. Recordaba su propio día de bodas, y estaba muy seguro de que su amigo iba a necesitar un poco de apoyo.

Encontró al preceptor de grises cabellos hablando con Talen y Khalad en el improvisado establo. El rostro de Khalad estaba desolado.

—¿Qué sucede? —preguntó Sparhawk al reunirse con ellos.

—Mi hermano está un poco descontento —explicó Talen—. Ha hablado con Ekrasios y los otros delfaes que dispersaron a los ejércitos de Scarpa en Arjuna, y nadie ha podido decirle de forma alguna qué sucedió con Krager.

—Voy a trabajar sobre la teoría de que aún vive —declaró Khalad—. Es demasiado escurridizo como para no haber escapado.

—Tenemos planes para ti, Khalad —intervino Vanion—. Eres demasiado valioso

como para pasarte toda la vida persiguiendo a una comadreja borracha que podría haber salido de Natayos con vida o podría no haberlo conseguido.

—No le llevará tanto tiempo, mi señor Vanion —dijo Talen—. En cuanto Stragen y yo regresemos a Cimmura, hablaremos con Platime y él hará correr la voz. Si Krager está vivo, en cualquier parte del mundo, nos enteraremos.

—¿Qué están haciendo las damas? —preguntó Vanion con nerviosismo.

—Ehlana todavía duerme —replicó Sparhawk—. ¿Vais a regresar a Matherion con nosotros, tú y Sefrenia, cuando hayamos acabado aquí?

—De paso —contestó Vanion—. Sefrenia quiere hablar con Sarabian de algunas cosas. Luego regresaremos a Atan con Betuana y Engessa. Desde allí nos quedará sólo un corto camino hasta Sarsos. Por cierto, ¿te has dado cuenta de lo que hay entre Betuana y Engessa?

Sparhawk asintió con la cabeza.

—Es evidente que Betuana ha decidido que los atanes necesitan un rey. Engessa es adecuado, y probablemente más inteligente que Androl.

—Eso no es decir mucho en su favor, Sparhawk —comentó Talen con una ancha sonrisa—. Androl no era mucho más inteligente que un ladrillo.

Las damas, por supuesto, llevaron a cabo extensos preparativos.

Los caballeros, por su parte, hacían todo lo posible por mantener ocupada la mente de Vanion.

El oscuro credo de la fe delfae dictaba que la ceremonia tuviera lugar en la orilla del lago luminoso al caer la noche. Sparhawk percibía nebulosamente el porqué de que eso fuera adecuado para los seres fulgentes, pero la boda de Vanion y Sefrenia tenía poco que ver, si acaso algo, con el pacto existente entre los delfaes y su dios. La cortesía, sin embargo, dictaba que él se guardara sus opiniones. Se ofreció a ataviar a Vanion con la tradicional armadura negra de los pandiones, pero el preceptor decidió llevar en cambio una túnica blanca estiriana.

—He librado mi última guerra, Sparhawk —declaró con un poco de tristeza—. A Dolmant no le quedará otra alternativa que la de excomulgarme y despojarme de mi dignidad de caballero, después de esto. Eso me convierte otra vez en un civil. De todas formas, nunca me gustó demasiado llevar armadura. —Miró con curiosidad a Ulath y Tynian, que hablaban seriamente con Bhlok justo fuera del establo—. ¿Qué sucede entre ellos?

—Están intentando explicarle el concepto de boda a su amigo. No están haciendo muchos progresos.

—No creo que los trolls le concedan mucha importancia a las ceremonias.

—La verdad es que no. Cuando un macho siente ese tipo de cosas por una hembra, le lleva algo... o alguien... de comer. Si ella come, quedan casados.

—¿Y si no lo hace?

Sparhawk se encogió de hombros.

—Por lo general intentan matarse el uno al otro.

—¿Tienes idea de por qué Bhlokw no se marchó con el resto de los trolls?

—Ni la más remota, Vanion. No he conseguido sacarle una respuesta directa. Resulta evidente que hay algo que los dioses-troll quieren que haga.

La tarde se deslizaba lentamente, y Vanion se ponía más y más ansioso con cada momento que pasaba. De forma inevitable, no obstante, el día gris se deslizó hacia el más gris atardecer, y la noche se posó sobre el valle oculto de Delfaeus.

Habían limpiado cuidadosamente el sendero desde la puerta de la ciudad a la orilla del lago, y Afrael, que en las celebraciones importantes no podía evitar las bromas, lo había sembrado de pétalos de flores. Los delfaes, fulgentes en toda su plenitud y cantando un himno antiguo, se alineaban a los lados del sendero. Vanion aguardaba en la orilla del lago con Sparhawk, y los otros miembros del grupo permanecían de pie, con risueña expectación, mientras Sefrenia con Ehlana a su lado salía de la ciudad para avanzar hasta la margen.

—Valor, hijo mío —le murmuró Sparhawk a su amigo.

—¿Estás intentando ser gracioso?

—El casarse no duele realmente, Vanion.

Sucedió cuando la novia y su dama de honor estaban quizás a medio camino del lago. Una repentina nube de negro retinto apareció en el borde del prado cubierto de nieve, y una potente voz gritó «¡NO!». Luego, una chispa de luz incandescente surgió del centro de la nube y comenzó a hincharse ominosamente, palpitando y rodeada por un resplandeciente halo de luz purpúrea. Sparhawk reconoció el fenómeno.

—Yo prohíbo esta abominación —rugió la poderosa voz.

—¡Zalasta! —exclamó Kalten, mirando fijamente la esfera que se expandía con rapidez.

El estiriano estaba macilento y sus cabellos y barbas enredados.

Llevaba puesta su tradicional túnica blanca y sujetaba con manos temblorosas el pulido báculo. Se hallaba de pie dentro de la esfera, rodeado por su nimbo protector. Sparhawk sintió una calma de hielo que descendía sobre él mientras preparaba su mente y espíritu para el inevitable enfrentamiento.

—¡Te he perdido, Sefrenia! —declaró Zalasta—. ¡Pero no permitiré que te despose un elenio!

Afrael corrió hacia su hermana con los largos cabellos negros flotando tras ella y un aire de implacable determinación en el pequeño rostro.

—No temáis, Afrael —dijo Zalasta, hablando en estiriano—. No he acudido a este lugar maldito para oponerme a vos o la vuesa equivocada hermana. Fablo en nombre del Estiricum en este asunto, y he venido a evitar este obscuro simulacro de ceremonia que manchará a toda la nuestra raza. —Se irguió y señaló a Sefrenia con un dedo acusador—. Abjuro de vos, mujer. ¡Apartaos deste acto antinatural! ¡Salid de aquí, Sefrenia de Ylara! ¡Esta boda no debe celebrarse!

—¡Se celebrará! —La voz de Sefrenia sonó muy alta—. ¡Tú no puedes evitarla! ¡Márchate, Zalasta! ¡Perdiste todo derecho sobre mí cuando intentaste matarme! —

Alzó la barbilla—. ¿Y has venido para intentarlo otra vez?

—No, Sefrenia de Ylara. Aquello fue el resultado de una locura que se apoderó de mí. Hay otra forma de evitar esta abominación. —Y se volvió con presteza, apuntando a Vanion con su mortal báculo.

Una chispa brillante salió disparada de la punta del báculo, crepitando en la pálida luz del anochecer, directa como una flecha en pleno vuelo, portadora de muerte y de todo el odio de Zalasta.

Pero el vigilante Anakha estaba preparado, pues ya había deducido contra quién dirigiría Zalasta su ataque. La crepitante chispa voló en línea recta, y el ágil Anakha tendió una mano y la detuvo. Aferró la chispa y vio la furia de ésta que se esforzaba por salir entre sus dedos. Entonces, como un niño que le arrojara una piedra a un pájaro, la arrojó hacia Zalasta, donde estalló contra la superficie de la ardiente esfera.

—Muy bien, hijo mío —le felicitó la voz de Bhelliom.

Zalasta dio un violento respingo dentro de la protectora esfera. Pálido y demudado, miró fijamente la terrible silueta del hijo de Bhelliom.

Metódicamente, Anakha tendió una mano, con la palma hacia fuera, y comenzó a arrancar trozos de la brillante envoltura que protegía al desesperado estiriano, con un rayo globular tras otro, portador del tipo de energía que crea soles, mientras advertía, casi ausente, que los invitados de la boda se dispersaban y Sefrenia corría hacia Vanion. A medida que lanzaba aquella energía una y otra vez, el curioso Anakha la estudiaba, poniendo a prueba su poder, sondeando sus límites.

No encontró ninguno.

El implacable Anakha avanzó hacia el engañoso estiriano que en definitiva había sido la causa de una vida de sufrimientos y aflicciones. Sabía que podía borrar de la tierra al ahora aterrorizado mago con un solo pensamiento.

Decidió no hacerlo.

El vengativo Anakha avanzó, destrozando las últimas defensas levantadas con desesperación por el estiriano, arrancándolas trozo a trozo y apartando a un lado los lastimosos esfuerzos que Zalasta hacía para responder.

—¡Anakha! ¡Eso no está bien! —La voz habló en lengua troll. Perplejo, Anakha volvió la cabeza.

Era Bhlokw, y el hijo de Bhelliom sentía respeto por el peludo sacerdote de los dioses-troll.

—¡Éste es el último de los malvados! —declaró Bhlokw—. ¡Es el deseo de Khwaj causarle dolor a eso! ¿Querrá el hijo de la Gema-Flor oír las palabras de Khwaj?

El contrariado Anakha consideró las palabras del sacerdote de los dioses-troll.

—Oiré las palabras de Khwaj —replicó—. Es correcto que yo haga eso porque Khwaj y yo somos compañeros de manada.

La enormidad del dios del fuego apareció, vaporizando la nieve que cubría el prado circundante.

—¿Respetará el hijo de Bhelliom la palabra dada por su compañero de manada, Ulath-de-Thalesia? —quiso saber Khwaj con una voz que rugía como un horno.

—La palabra de Ulath-de-Thalesia es mi palabra —concedió el honorable Anakha.

—¡Entonces, el malvado es mío!

Con pesar, Anakha dobló su ira.

—Las palabras de Khwaj son palabras correctas —asintió—. Si Ulath-de-Thalesia le entregó el malvado a Khwaj, yo no diré que no se hará así. —Miró al aterrorizado estiriano que luchaba para retener algunas pequeñas defensas—. Es tuyo, Khwaj. Me ha causado mucho dolor, y yo le causaré mucho dolor a él como pago, pero si Ulath-de-Thalesia ha dicho que corresponde a Khwaj causarle dolor, que así sea.

—El hijo de Bhelliom habla bien. Tienes honor, Anakha. —El dios del fuego le lanzó a Zalasta una mirada acusadora—. Has hecho grandes maldades, el-llamado-Zalasta.

Zalasta contemplaba a Khwaj con aterrorizada incompreensión.

—Dile lo que he dicho, Anakha —solicitó Khwaj—. Eso debe saber por qué se lo castiga.

El cortés Anakha, dijo:

—Lo haré, Khwaj. —Miró con severidad al desgreado estiriano—. Me has causado mucho dolor, Zalasta —dijo en una voz espantosa, hablando estiriano—. Iba a pagarte por todos esos amigos míos que destruiste o corrompiste, pero Khwaj tiene derecho sobre ti, y por varias razones voy a hacer honor a su demanda. Deberías de haberte mantenido a distancia, Zalasta. Vanion hubiera acabado por perseguirte, pero la muerte es algo pequeño, y cuando ha acabado, ha acabado. Lo que Khwaj piensa hacerte durará toda la eternidad.

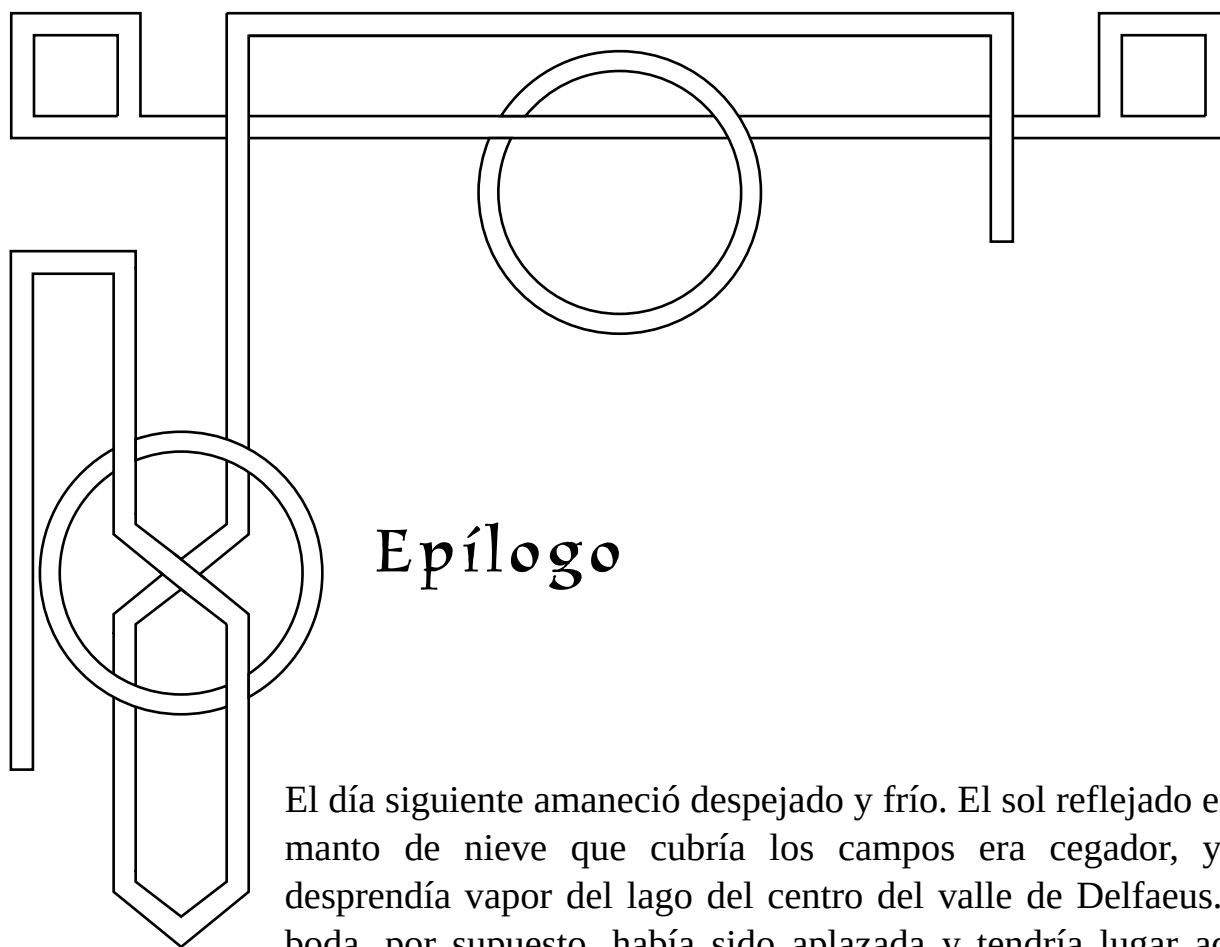
—¿Lo entiende? —exigió saber Khwaj.

—Hasta cierto punto, Khwaj.

—En su momento entenderá más, y tiene mucho tiempo. Tiene siempre. —Y el espantoso dios del fuego derribó de un soplido el resto de las lastimosas defensas de Zalasta y posó sobre la cabeza agachada del estiriano una mano extrañamente suave—. ¡Quema! —ordenó—. ¡Corre y quema hasta el final de los días!

Y, ardiendo Zalasta de Estiricum salió de aquel lugar profiriendo alaridos y envuelto en llamas.

El compasivo Anakha suspiró mientras observaba al hombre ardiente que salía corriendo por el prado cubierto de nieve, haciéndose más y más pequeño en la distancia mientras sus alaridos de agonía y desconsuelo e inenarrable soledad se alejaban con él al comenzar la primera hora de su eterno castigo.



Epílogo

El día siguiente amaneció despejado y frío. El sol reflejado en el manto de nieve que cubría los campos era cegador, y se desprendía vapor del lago del centro del valle de Delfaeus. La boda, por supuesto, había sido aplazada y tendría lugar aquel anochecer.

Habían surgido preguntas, como era natural, pero Sparhawk las acalló explicando que todo lo sucedido era obra de Bhelliom y que él no había sido más que un instrumento de éste..., lo cual no constituía una mentira absoluta.

Pasaron el día en calma y volvieron a reunirse cuando cayó el sol y las sombras del anochecer se posaron en el valle. Una extraña sensación expectante había importunado a Sparhawk durante toda la tarde. Sabía que algo iba a suceder. Bhelliom le había dicho que presenciaría una maravilla, y ésa no era el tipo de palabra que Bhelliom utilizaría con ligereza.

Las sombras de la noche se hicieron más oscuras, y Sparhawk con los demás hombres escoltaron a Vanion hasta la orilla del lago relumbrante para aguardar al grupo de la novia mientras que los seres fulgentes cantaban una vez más el antiguo himno que con tanta brusquedad había sido interrumpido la noche precedente.

Luego apareció la novia ante la puerta, con la reina de Elenia a su lado, y las otras dos damas que la seguían de cerca. La diosa-niña, girando y danzando en el aire mientras su voz se encumbraba entonando la canción de la flauta, las precedía sembrando otra vez el sendero con pétalos de flores.

El rostro de Sefrenia era sereno al avanzar por el sendero del lago. Al acercarse la menuda novia estiriana al hombre con quien dos de las más importantes religiones le habían prohibido casarse, su diosa personal le proporcionó un símbolo de que ella, al

menos, aprobaba la unión: las estrellas habían comenzado a aparecer en ese momento en el cielo, y una de ellas pareció desviarse de su ruta. Como un cometa diminuto, una chispa brillante descendió sobre la radiante Sefrenia y fue a posarse suavemente sobre su cabeza como una brillante guirnalda de flores primaverales.

Sparhawk sonrió con ternura. La similitud con la coronación de Mirtai durante el rito de paso a la edad adulta era un poco demasiado obvia como para no verla.

—Críticón —lo acusó la voz de Afrael.

—Yo no he dicho nada.

—Bueno, pues no lo hagas.

Sefrenia y Vanion se tomaron de la mano mientras el himno delfae subía hasta su punto culminante. Y entonces, Xanetia, brillando en toda su plenitud y acompañada por otras dos formas fulgentes, una blanca y la otra azul, llegó caminando por la superficie del lago. Una especie de murmullo anhelante recorrió a los delfaes y, todos a una, cayeron reverentemente de rodillas.

La anarae abrazó con ternura a su hermana estiriana y le dio a Vanion un casto beso en la mejilla.

—Rogádole he al amado Edaemus que se reuniera con nosotros aquí para bendecir esta muy feliz unión —le anunció a la asamblea—, y él ha traído consigo a otro invitado que siente también interés en la nuestra ceremonia.

—¿Ese de color azul es quien yo creo que es? —le murmuró Kalten a Sparhawk.

—Oh, sí —replicó Sparhawk—. Ésa es la forma que asumió en Cyrga, ¿recuerdas?... después de que se lo metiera a Klael por la garganta.

—Estaba un poco distraído en aquel momento. ¿Es ese el verdadero aspecto que tiene? Después de quitarle todas las capas de zafiro, quiero decir.

—No lo creo, realmente. Bhelliom es un espíritu, no una forma. Me parece que esa forma en particular no es más que una cortesía... en atención a nosotros.

—Yo pensaba que ya se había marchado.

—No, no del todo.

La relumbrante forma de Edaemus se irguió, consiguiendo una apariencia algo incómoda. El rostro de Xanetia se endureció y sus ojos se entrecerraron.

—Yo había pensado mal de vos, Sefrenia de Ylara —admitió el dios de los delfaes—. Mi anarae persuadídome ha de que el mi pensamiento era un error. Os suplico que me perdonéis.

Al parecer, la gentil Xanetia no estaba libre de una buena cantidad de tendencias tiranizantes.

Sefrenia le dedicó al dios una sonrisa benigna.

—Por supuesto que os perdono, divino Edaemus. Yo misma no estaba enteramente libre de culpa, os lo confieso.

—Roguemos entonces todos para que nuestros diferentes dioses bendigan la unión deste hombre y desta mujer —entonó Xanetia con voz formal—, porque pienso que presagia un nacimiento nuevo de entendimiento y confianza para la humanidad

toda.

Sparhawk sentía algunas dudas al respecto pero, al igual que los demás, inclinó la cabeza. No obstante, no dirigió sus pensamientos al dios elenio.

«Rosa Azul», pensó.

—¿Estáis rezando, fijo mío? —La voz que le respondió parecía un poco divertida.

—Consultando, Rosa Azul —lo corrigió Sparhawk—. Los demás dirigirán la súplica a nuestro dios elenio, y percibo que con premura se acerca el momento en que vos y yo deberemos separarnos.

—En verdad.

—He pensado aprovechar esta oportunidad para pedir os una merced.

—Si está en mi poder.

—Yo he visto el alcance del poder vuestro, Rosa Azul... y en alguna medida lo he compartido. Es insincero en vos el sugerir que hay límite alguno en lo que podéis obrar.

—Sed amable —murmuró el Bhelliom. Parecía haberse aficionado bastante a aquella expresión—. ¿Cuál es la merced que deseáis, fijo mío?

—Os suplico que os llevéis todo el poder vuestro con vos al partir. Es una carga que no estoy preparado para aceptar. Soy el fijo vuestro, Rosa Azul, pero también soy un hombre. No poseo ni la paciencia ni la sabiduría para aceptar la responsabilidad que me habéis impuesto. A este mundo que vos hicisteis tiene dioses más que suficientes. No necesita otro.

—Pensad, fijo mío. Pensad en lo que os proponéis abandonar.

—Lo hice, padre mío. He sido Anakha, porque era menester. —Sparhawk luchaba por expresar sus pensamientos en elenio arcaica—. Cuando como Anakha me enfrenté con el estiriano Zalasta, sentí un gran desapego dentro de mí, y ese desapego aún mora en el mi interior. Parece que el vuestro don me ha cambiado, haciéndome más... o menos... que un hombre. Yo desearía, si a vos os place, no ser ya el «paciente Anakha» ni el «curioso Anakha» ni el «implacable Anakha». La tarea de Anakha ha concluido. Ahora, con todo mi corazón, deseo ser otra vez Sparhawk. Ser el «amante Sparhawk» o incluso el «irritado Sparhawk» me placería mucho más que el terrible vacío que es Anakha.

Se produjo una larga pausa.

—Sabed que estoy bien satisfecho de vos, fijo mío. —Había orgullo en la silenciosa voz que sonaba en la mente de Sparhawk—. Hallo más mérito en vos en este momento que en ninguno otro. Os deseo el bien, Sparhawk. —Y la voz desapareció.

La ceremonia de bodas fue extraña en algunos sentidos y muy familiar en otros. La celebración del amor existente entre Vanion y Sefrenia estaba presente, pero las prédicas que tanto estropeaban el rito elenio, no. Al acabar, Xanetia posó las manos suavemente en amorosa bendición sobre las cabezas de los que acababa de unir. El gesto parecía proclamar que la ceremonia había llegado a su fin.

Pero no era cierto.

La segunda de las dos figuras que había acompañado a Xanetia en la travesía de las luminosas aguas, en la plenitud de su fulgor azul, avanzó un paso y dio también su bendición. Alzó las manos por encima del hombre y la mujer y, durante un breve instante, ambos compartieron la incandescencia azul. Y cuando la luz se desvaneció, en Sefrenia se había operado un sutil cambio. Los cuidados y agotamientos que habían marcado su rostro en una docena de formas distintas habían desaparecido, y parecía ser no mayor que Alean. Los cambios que el luminoso contacto de Bhelliom habían operado en Vanion eran más visibles y pronunciados. Sus hombros, que habían ido hundiéndose de manera imperceptible con el paso de los años, volvían a estar erguidos. Su rostro carecía de arrugas, y sus cabellos y barba era ahora del oscuro castaño rojizo que Sparhawk recordaba vagamente de sus días de noviciado. Era el regalo final de Bhelliom, y nada habría podido complacer más a Sparhawk.

Afrael dio palmas al tiempo que profería un chillido de deleite y se arrojaba a los brazos de la nebulosa forma fulgente que acababa de rejuvenecer a su hermana y a Vanion.

Sparhawk tuvo buen cuidado de ocultar una sonrisa. La diosa-niña había conseguido por fin maniobrar de forma que tuviera a Bhelliom en la posición adecuada para someterlo a los devastadores efectos de sus besos. Los besos, por supuesto, podrían no ser más que pura y efusiva gratitud..., aunque probablemente no fuese así.

La boda había tocado a su fin, pero los fulgentes delfaes no regresaron a la ciudad vacía. En lugar de eso, Xanetia rodeó los frágiles hombros ancianos del anari Cedon con un brazo para ayudarlo y guiarlo sobre la superficie radiante del lago, y los seres fulgentes la siguieron entonando un himno diferente mientras el incandescente Edaemus flotaba por el aire sobre ellos. La luz del lago se hizo más y más brillante, y el fulgor eterno de los delfaes pareció fundirse hasta el punto de que las figuras individuales ya no fueron distinguibles. Entonces, como la punta de una lanza, Edaemus salió disparado hacia el cielo, y todos sus hijos subieron como una corriente tras él. Cuando Sparhawk y sus amigos habían llegado por primera vez a Delfaeus, el anari Cedon les dijo que los delfaes viajaban hacia la luz y que iban a convertirse en luz, pero que aún existían impedimentos. Era evidente que el Bhelliom había quitado esas barreras. Los delfaes dejaron en el estrellado cielo una senda como la de un cometa, al ascender el primer peldaño de su inconcebible viaje.

La pálida radiación clara del lago había desaparecido, aunque no estaba oscuro. Una chispa azul se hallaba suspendida sobre él, mientras Bhelliom contemplaba su obra y veía que era buena. Luego también él se elevó de la tierra y se reunió con las eternas estrellas.

Aquella noche la pasaron en la desierta Delfaeus, y Sparhawk despertó temprano

como de costumbre. Se vistió en silencio y dejó la sencilla habitación y a su despeinada y dormida esposa para salir a comprobar el tiempo que hacía.

Flute se reunió con él al llegar a la puerta de la ciudad.

—¿Por qué no te pones zapatos? —preguntó él al advertir que sus piecillos desnudos y manchados de hierba estaban hundidos en la nieve.

—¿Para qué necesito yo zapatos, padre? —Ella le tendió los brazos y él la tomó en los suyos.

—Ha sido una noche memorable, ¿no crees? —comentó él, mirando al cielo nublado.

—¿Por qué hiciste eso, Sparhawk?

—¿Por qué hice qué?

—Tú sabes a qué me refiero. ¿Te das cuenta de lo que podrías haber conseguido? Habrías podido convertir este mundo en un paraíso, pero lo has tirado todo por la ventana.

—No creo que eso hubiese sido una buena idea, Afrael. Mi idea del paraíso probablemente habría sido diferente de la de otras personas. —Olió el aire helado—. Creo que se acerca una tormenta —observó.

—No cambies de tema. Tenías el máximo poder. ¿Por qué renunciaste a él?

Sparhawk suspiró.

—La verdad es que no me gustaba demasiado. No requirió ni el más mínimo esfuerzo, y cuando obtienes algo sin trabajar por ello carece de verdadero valor. Por otra parte, hay personas que tienen derechos sobre mí.

—¿Y qué tiene que ver con esto?

—¿Qué podría haber hecho si Ehlana hubiera decidido que quería Arcium?... ¿o si Dolmant hubiese decidido que quería convertir a Estiricum?... ¿o a todo Tamuli? Estoy atado por lealtades y obligaciones, Afrael, y antes o después habría tomado decisiones incorrectas por causa de ellas. Confía en mí. He tomado la decisión correcta.

—Creo que vas a lamentarlo.

—He lamentado montones de cosas. Se aprende a vivir con ello. ¿Puedes llevarnos hasta Matherion?

—Podrías haberlo hecho tú mismo, ¿sabes?

—No te pongas machacona, Afrael. Si no quieres hacerlo, nos limitaremos a avanzar lentamente por la nieve. Lo hemos hecho otras veces.

—Eres odioso, Sparhawk. Sabes perfectamente que no os permitiría hacer eso.

—¿Te das cuenta ahora de lo que quería decir respecto al poder de las lealtades y las obligaciones?

—No empieces a darme sermones. No estoy de humor para eso. Ve a despertar a los otros y pongámonos en marcha.

—Lo que tú digas, divina Afrael.

Encontraron una cocina común bastante grande donde los delfaes habían

preparado todas sus comidas, y una despensa donde guardaban la comida. A pesar de los eones de enemistad, los prejuicios dietéticos de delfaes y estirianos eran notablemente similares. Sefrenia encontró el desayuno muy de su gusto, pero Kalten refunfuñó muchísimo, aunque comió tres raciones.

—¿Qué ha sucedido con el amigo Bhlok w? —preguntó Kring mientras apartaba el plato de sí—. Acabo de darme cuenta de que no lo he visto desde que Zalasta comenzó a arder.

—Se marchó con sus dioses, domi —replicó Tynian—. Hizo lo que le habían ordenado, y ahora él y los demás trolls van camino de vuelta a Thalesia. Nos ha deseado a todos buena caza. Eso es lo máximo que un troll puede aproximarse en cuanto a desear buen viaje.

—Puede que parezca un poco extraño —admitió Kring—, pero Bhlok w me caía bien.

—Es un buen compañero de manada —intervino Ulath—. Caza bien, y está dispuesto a compartir lo que mata con los demás de la manada.

—Oh, sí —asintió Tynian con un estremecimiento—. Cuando no era un perro recién cazado, era un anca cruda de cyrgai.

—Es lo que él tenía, Tynian —defendió Ulath a su peludo amigo—, y estaba dispuesto a compartirlo. No puedes pedir más, ¿no te parece?

—Caballero Ulath —dijo Talen—, acabo de comer. ¿Te parece que podríamos hablar de otra cosa?

Ensilieron los caballos y salieron de Delfaeus.

Al salir, Khalad detuvo su caballo, desmontó y cerró la puerta.

—¿Por qué has hecho eso? —le preguntó Talen—. Los delfaes no van a volver, ya lo sabes.

—Es lo más correcto de hacer —replicó Khalad al montar—. Dejarla abierta hubiese sido una falta de respeto.

Dado que todos sabían quién era en realidad, Flute no hizo ningún intento de disimular sus manejos del tiempo. Los caballos andaban lentamente, como hacen los caballos si no se los obliga a apresurarse, pero cada pocos minutos el cielo parpadeaba y cambiaba. En un momento dado, en un punto al este de Dirgis, Sparhawk se puso de pie sobre los estribos para mirar hacia atrás. Sus huellas claramente visibles retrocedían por el centro de un prado donde se interrumpían de forma brusca, casi como si caballos y jinetes hubiesen caído del cielo en ese punto.

Llegaron a la ya conocida cresta que dominaba Matherion, la de las cúpulas de fuego y su puerto, justo cuando comenzaba a caer la noche y descendieron hacia la ciudad, agradecidos. Todos habían pasado mucho tiempo en los caminos, y era agradable estar otra vez en casa. Sparhawk se apresuró a corregir ese pensamiento suyo. Matherion no era realmente su casa. Su casa era una ciudad húmeda y sin gracia que se encontraba junto al río Cimmura, a medio mundo de distancia.

Les dirigieron algunas miradas de asombro en las puertas del complejo imperial,

y otras aún más asombradas en el puente levadizo del castillo de Ehlana. Vanion rechazó los apremios de su esposa para que ocultara cabeza y rostro en la capucha de su capa, y ostentó de forma muy literal el hecho de que unos treinta y tantos años lo hubieran abandonado por algún misterioso medio. A veces, Vanion era así.

Había algunos cambios visibles también en el interior del castillo. Encontraron al emperador en la sala de estar tapizada de azul del segundo piso, y además de la baronesa Melidere, Emban y Oscagne, tres de sus esposas, Elysoun, Gahennas y Liatris, estaban presentes. Elysoun era con toda probabilidad la más notable, puesto que ahora iba castamente vestida.

—¡Buen Dios, Vanion! —exclamó Emban al ver al preceptor pandion—. ¿Qué te ha sucedido?

—Me he casado, vuestra gracia —replicó Vanion. Se alisó los cabellos color caoba—. Éste fue uno de los regalos de bodas. ¿Te gusta?

—¡Estás ridículo!

—Oh, yo no diría eso —disintió Sefrenia—. A mí me gusta bastante.

—Supongo que corresponde felicitaros —comentó Sarabian con educación. Se apreciaba una marcada diferencia en el emperador tamul. Tenía una confianza y una presencia imperiosa que no había poseído antes—. Considerando las enormes barreras religiosas, ¿quién ofició la ceremonia?

—Lo hizo Xanetia, majestad —replicó Vanion—. La doctrina delfae no tenía ninguna objeción.

—¿Dónde está Xanetia? —preguntó Sarabian recorriendo el grupo con los ojos. Sefrenia señaló hacia arriba con un dedo.

—Allá fuera —replicó con cierta tristeza—, junto con el resto de los delfaes.

—¿Qué? —La expresión del emperador era perpleja.

—Edaemus se los ha llevado, Sarabian —le explicó Flute—. Es evidente que él y Bhelliom hicieron alguna clase de acuerdo. —Volvió la cabeza—. ¿Dónde está Danae?

—Está en su habitación, divina Afrael —le contestó la baronesa Melidere—. Estaba un poco cansada, así que se fue a dormir temprano.

—Será mejor que vaya a decirle que su madre está en casa —comentó la diosa-niña al tiempo que se encaminaba hacia la puerta que conducía el resto de las habitaciones reales.

—Hemos recibido cualquier cantidad de informes —dijo el ministro del Exterior, Oscagne—, pero estaban todos redactados en forma de lugares comunes..., «la guerra ha concluido y nosotros hemos ganado»..., ese tipo de cosas. No tengo intención de ofenderte, reina Betuana. Tus atanes son mensajeros excelentes, pero es difícil conseguir que den detalles.

Ella se encogió de hombros.

—Tal vez sea un defecto racial, Oscagne-excelencia. —Como hacía siempre a últimas fechas, Betuana se hallaba muy cerca del silencioso Engessa. Parecía

renuente a dejar que se alejara mucho de su lado.

—Lo que más me desconcierta es el mensaje bastante confuso que recibí de mi hermano —confesó Oscagne.

—Itagne-embajador tiene demasiadas cosas en la cabeza en este momento —explicó Betuana con suavidad.

—¿Ah, sí?

—Él y la atana Maris se hicieron muy amigos cuando él estuvo destinado en Cynesga el otoño pasado. Él no se lo tomó demasiado en serio, pero ella sí. Maris fue a buscarlo. Lo encontró en Cyrga y se lo llevó de vuelta a Cynesga.

—¿De veras? —preguntó Oscagne; su rostro no revelaba ni un asomo de sonrisa. Luego se encogió de hombros—. Oh, bueno —agregó—, de todas formas, ya era hora de que Itagne sentara cabeza. Según lo que recuerdo, la atana Maris es una joven muy vigorosa.

—Sí, Oscagne-excelencia, y muy decidida. Creo que los días de soltero de tu inteligente hermano están contados.

—¡Qué lástima! —suspiró Oscagne—. Perdonadme un momento. —Se marchó a toda prisa a la habitación contigua, y todos oyeron el sonido de risas sofocadas provenientes de la misma.

Entonces, Danae, con sus negros cabellos volando tras ella, entró corriendo en el salón y se arrojó a los brazos de su madre.

El rostro de Sarabian adquirió cierta expresión de frialdad.

—¿Quién mató por fin a Zalasta? —preguntó—. Era quien estaba en el fondo de todo esto, bien mirado.

—Zalasta no está muerto —replicó Sefrenia con tristeza al tomar a Flute en brazos.

—¿Que no lo está? ¿Cómo consiguió escapar?

—Lo dejamos marchar, majestad —contestó Ulath.

—¿Estáis locos? Conocéis a la perfección el tipo de problemas que es capaz de crear.

—No causará ningún problema más, majestad —dijo Vanion—... a menos que por casualidad provoque algunos incendios en las praderas.

—No hará nada semejante, Vanion —dijo Flute—. Es un fuego espiritual, no uno de verdad.

—¿Quiere hacer alguien el favor de explicarme lo sucedido? —pidió Sarabian con impaciencia.

—Zalasta se presentó en la boda de Sefrenia, majestad —comenzó Ulath—. Intentó matar a Vanion, pero Sparhawk lo impidió. Luego, nuestro amigo estaba a punto de hacer algo bastante permanente respecto a Zalasta, pero Khwaj hizo valer un derecho anterior. Sparhawk consideró el aspecto político de la situación y accedió. Luego Khwaj le prendió fuego a Zalasta.

—¡Qué idea tan pavorosa! —Sarabian se estremeció. Luego miró a Sefrenia—.

Creí que habías dicho que no estaba muerto, pero el caballero Ulath acaba de contarme que murió quemado.

—No, majestad —lo corrigió Ulath—. Yo sólo he dicho que Khwaj lo prendió fuego. Lo mismo le sucedió al barón Parok.

—La noción troll de la justicia me atrae, en cierta forma —comentó Sarabian con una sonrisa feroz—. ¿Durante cuánto tiempo arderán?

—Por toda la eternidad, majestad —replicó Tynian con voz sombría—. El fuego es eterno.

—¡Buen Dios!

—Es ir más lejos de lo que yo lo habría hecho —concedió Sparhawk—, pero como ha dicho Ulath, había consideraciones políticas implicadas en esa decisión.

Hablaron hasta muy tarde, relatando los detalles de la campaña, el rescate de Ehlana y Alean, la liberación de Bhelliom, y el enfrentamiento final entre Sparhawk y Cyrgon. Sparhawk puso buen cuidado en hacer hincapié sobre su calidad de instrumento durante aquel acontecimiento en particular, e insistió bastante en el hecho de que ya no era Anakha. Quería que ese capítulo en concreto quedara cerrado de forma permanente, sin que en la mente de nadie hubiera duda alguna respecto a la absoluta imposibilidad de reabrirlo.

También en el curso de esa conversación, Sarabian les habló del atentado contra su vida por parte de Chacole y Torellia.

—La verdad es que tal vez lo habrían conseguido de no ser por Elysoun —concluyó, a la vez que miraba con cariño a su ahora recatada esposa valesiana.

Mirtai miró a Elysoun con una ceja interrogativamente alzada.

—¿Por qué has cambiado de ropa? —le preguntó sin rodeos. Elysoun se encogió de hombros.

—Espero un hijo —replicó—. Me parece que mis días de aventura han concluido. —Miró la perpleja expresión de Mirtai—. Es una costumbre valesiana —explicó—. Gozamos de una cierta libertad hasta el primer embarazo. Después de eso, se supone que debemos comportarnos. —Sonrió—. En cualquier caso, ya había agotado más o menos el potencial del complejo imperial —agregó—. Ahora ha llegado el momento de sentar cabeza... y recobrar las horas de sueño perdidas.

—¿Habéis tenido alguien noticias de Stragen y Caalador? —preguntó Talen.

—El vizconde Stragen y el duque Caalador regresaron a Matherion hace una semana —replicó Sarabian.

—¿Nuevos adornos? —inquirió Ehlana con cierta sorpresa.

—Galardones por los servicios prestados, Ehlana —replicó Sarabian, sonriendo—. Parece lo adecuado. El duque Caalador ha aceptado un cargo en el ministerio del Interior, así que ha regresado a Lebas para arreglar allí sus asuntos.

—¿Y Stragen?

—Va camino de Astel, majestad —replicó la baronesa Melidere con una sonrisa severa—. Dijo que quería intercambiar unas palabras con Elron.

—¿Consiguió Elron salir vivo de Natayos? —Kalten parecía sorprendido—. Ekrasios dijo que los seres fulgentes habían destruido completamente esas ruinas.

—El rumor que le llegó a Caalador fue que Elron se escondió en alguna parte mientras los seres fulgentes disolvían a Scarpa y Cызada. Luego, cuando se marcharon, se escabulló fuera de las ruinas y salió disparado camino de su casa. Stragen ha ido a visitarlo. —La baronesa miró a Khalad—. También Krager escapó —le dijo—. Caalador se enteró de que iba camino de Zenga, en Cammoria oriental. Pero hay algo que debes saber sobre Krager.

—¿Ah, sí?

—¿Recuerdas cómo murió el rey Wargun?

—El hígado finalmente le falló, ¿no?

Melidere asintió con la cabeza.

—Lo mismo está sucediéndole a Krager. Caalador habló con un hombre llamado Orden de la ciudad de Delo. Krager estaba completamente enloquecido cuando lo metieron en el barco con destino a Zenga.

—Pero todavía vive, ¿no es cierto? —inquirió Khalad con tono ominoso.

—Si puede llamársele así —suspiró ella—. Déjalo estar, Khalad. Ni siquiera lo sentiría si lo atravesaras con la espada. No sabría quién eres ni por qué lo matas.

—Gracias, baronesa —replicó Khalad—, pero creo que cuando regresemos a Eosia, Berit y yo nos acercaremos a Zenga sólo para asegurarnos. Krager se nos ha escapado demasiadas veces como para correr riesgos ahora. Quiero verlo bajo tierra.

—¿Puedo acompañarte yo también? —preguntó Talen, ansioso.

—No —contestó Khalad.

—¿Qué quieres decir con «no»?

—Ya es hora de que comiences tu noviciado.

—Eso puede esperar.

—No, no puede. Ya llevas medio año de retraso. Si no comienzas a entrenarte ya, nunca serás diestro.

Vanion le dirigió una mirada de aprobación al escudero de Sparhawk.

—No olvides lo que hemos hablado, Sparhawk —dijo—. Y transmítele mi recomendación a Dolmant.

—¿De qué habláis? —preguntó Khalad.

—Te lo contaré más adelante —replicó Sparhawk.

—Ah, por cierto, Ehlana —comenzó Sarabian—, ya que de todas formas ha surgido el tema, ¿te molestaría si le confiriera un título a tu pajarillo cantor? —Le sonrió con afecto a Alean—. Te aseguro que espero que no, porque voy a hacerlo de todas formas... por los sobresalientes servicios prestados al imperio, si no por otra cosa.

—¿Qué idea tan espléndida, Sarabian! —exclamó Ehlana.

—La verdad es que no puedo atribuirme la idea de los títulos —admitió con un poco de tristeza—. En realidad fueron una ocurrencia de tu hija. Su alteza real es una

niña muy decidida.

Sparhawk le echó una breve mirada a su hija y luego a Flute. Ambas tenían idénticas expresiones de presumida satisfacción. Estaba claro que la divina Afrael no permitiría que nada se interpusiera en el camino de sus planes de casamentera. Sparhawk sonrió apenas y luego se aclaró la garganta.

—Eh... majestad —le dijo al emperador—, se hace tarde, y estamos todos cansados. Sugiero que continuemos mañana.

—Por supuesto, príncipe Sparhawk —asintió Sarabian, al tiempo que se ponía de pie.

—¿Puedo hablar una palabra contigo, Sparhawk? —preguntó el patriarca Emban cuando los otros comenzaban a salir.

—Claro. —Aguardó hasta que se quedaron solos en el salón.

—¿Qué vamos a hacer respecto a Vanion y Sefrenia? —inquirió Emban.

—No sigo del todo a vuestra gracia.

—Este llamado matrimonio va a poner a Dolmant en una posición muy difícil, ¿sabes?

—No es un «llamado matrimonio», Emban —declaró Sparhawk con firmeza, saltándose todas las formalidades.

—Ya sabes qué quiero decir. Los conservadores de la jerarquía eclesiástica probablemente intentarán utilizar eso para debilitar la posición de Sarathi.

—¿Por qué contárselo entonces? No es asunto de ellos. Vuestra gracia sabe que muchísimas cosas que nuestra teología no puede explicar, sucedieron aquí, en Tamuli. El imperio cae fuera de la jurisdicción de la iglesia, así que no veo por qué tenemos que contarle a la jerarquía eclesiástica cosa alguna al respecto.

—Yo no puedo mentirles, Sparhawk.

—Yo no he sugerido tal cosa. Simplemente no habléis de ello.

—Tengo que informar a Dolmant.

—En eso no hay problema ninguno. Él es flexible. —Sparhawk consideró el asunto—. Creo que ésa será vuestra mejor línea de acción, en cualquier caso. Nos llevaremos a Dolmant aparte y le contaremos todo lo que ha sucedido aquí. Dejaremos que sea él quien decida cuánto transmitirle a la jerarquía eclesiástica.

—Estás echando sobre él una carga horrorosa, Sparhawk.

El caballero pandion se encogió de hombros.

—Para eso se le paga, ¿no? Ahora, vuestra gracia me excusará, pero hay una reunión familiar a la que yo debería asistir.

Durante las semanas siguientes hubo una melancólica atmósfera de final. Todos eran plenamente conscientes de que una vez mejorara el tiempo, la mayoría abandonaría Matherion. Las probabilidades de que volvieran a reunirse todos alguna vez eran muy pocas. Saboreaban los momentos que les quedaban para pasar juntos, y se producían frecuentes interludios privados en los que dos y tal vez tres de ellos se reunían en lugares apartados para charlar largo y tendido de temas inconsecuentes,

excepto con la finalidad de obtener un recuerdo indeleble de los rostros, el sonido de las voces y las conexiones más personales que guardar en la memoria para siempre.

Al entrar en el salón una mañana borrascosa, Sparhawk se encontró a Sarabian y Oscagne con las cabezas juntas encima de un libro encuadernado. Había una cierta violencia en sus expresiones.

—¿Problemas? —inquirió Sparhawk.

—Política —replicó Sarabian con amargura—. En eso siempre hay problemas.

—El departamento de Historia Contemporánea de la universidad acaba de publicar su versión de los acontecimientos recientes, príncipe Sparhawk —explicó Oscagne—. Hay muy poca verdad en ella..., en particular a la luz del hecho de que Pondia Subat, nuestro estimado primer ministro, acaba siendo un héroe.

—Tendría que haber suprimido a Subat en cuanto me enteré de sus actividades —declaró Sarabian de malhumor—. ¿Quién sería el más indicado para responder a esta estupidez?

—Mi hermano, majestad —replicó el ministro de Exteriores al punto. Él es miembro de la facultad, y tiene cierta reputación. Desgraciadamente, en este momento se encuentra en Cynesga.

—Envía a buscarlo, Oscagne. Tráelo aquí antes de que Historia Contemporánea contamine el pensamiento de toda una generación.

—Maris también querrá venir, majestad.

—Bueno. Tu hermano es con mucho demasiado listo. Mantengamos a la atana Maris bien cerca de él. Puede que sea capaz de enseñarle humildad.

—¿Qué vamos a hacer con los cyrgais, majestad? —preguntó Sparhawk—. En verdad no es culpa de ellos, pero en el mundo moderno no tienen un lugar real.

—Ya he estado meditando sobre eso —admitió el emperador—. Pienso que es mejor mantenerlos alejados de los seres humanos normales. Hay una isla a unas quinientas leguas de Tega. Es bastante fértil y tiene un clima más o menos aceptable. Dado que los cyrgais son tan aficionados al aislamiento, eso debería dar resultado. ¿Cuánto tiempo crees que les llevará inventar el bote?

—Varios miles de años, majestad. Los cyrgais no son muy creativos.

Sarabian le sonrió.

—En ese caso, yo diría que es el lugar perfecto.

Sparhawk le devolvió la sonrisa.

—A mí me parece bien —asintió.

La primavera llegó de manera brusca aquel año a Tamuli oriental. Un repentino viento tibio y húmedo sopló desde el mar de Tamul, y derritió la nieve de las laderas de las montañas en una sola noche. Las aguas de los arroyos corrían con los cauces llenos, por supuesto, así que aún era demasiado pronto para viajar. La impaciencia de Sparhawk aumentaba con cada ocioso día. No era tanto que tuviese nada urgente de lo que ocuparse, sino más bien que aquella prolongada despedida le resultaba extremadamente dolorosa.

Se produjo una discusión bastante larga. Ehlana insistió al principio en que todos debían trasladarse a Atan para celebrar la boda de Mirtai y Kring.

—Estás comportándote otra vez como una ignorante, Ehlana —le dijo Mirtai con su característica franqueza—. Ya has visto otras bodas, y tienes un reino que gobernar. Regresa a Cimmura, que es tu lugar.

—¿No quieres que esté presente? —Los ojos de Ehlana se llenaron de lágrimas. Mirtai la abrazó.

—Estarás presente, Ehlana —le dijo—. Estarás ya por siempre en mi corazón. Regresa a Cimmura. Yo iré a verte cuando Kring y yo nos hayamos instalado en Pela... y donde decidamos vivir.

Vanion y Sefrenia decidieron acompañar al grupo de la reina Betuana hasta Atan, y continuar luego hacia Sarsos.

—Probablemente sea el mejor lugar para nosotros, querido —le explicó Sefrenia a Sparhawk—. Allí gozo de una cierta posición, y podré silenciar a los fanáticos que intenten objetar el hecho de que Vanion y yo estemos ahora casados.

—Bien dicho —aprobó Sparhawk. Luego suspiró—. Voy a echarte de menos, pequeña madre —dijo—. Vanion y tú nunca podréis regresar a Eosia, ya lo sabes.

—No seas absurdo, Sparhawk —replicó ella entre carcajadas—. Yo siempre he ido a donde me ha dado la gana, y siempre lo haré. Existen formas mediante las cuales puedo transformar el rostro de Vanion... y el mío..., así que iremos a visitaros de vez en cuando. Quiero mantener el ojo fijo en tu hija, como mínimo. —Entonces le dio un beso—. Ahora, márchate, querido. Tengo que hablar con Sarabian acerca de Betuana.

—¿Ah, sí?

—Ha estado mascullando algunas estupideces respecto a abdicar con el fin de poder casarse con Engessa. Los atanes son súbditos de la corona imperial, así que tendré que persuadir a Sarabian para que le impida hacer una tontería. Engessa será un co-gobernador muy bueno, y Sarabian necesita estabilidad política en Atan.

Cuando disminuyeron las correntadas del deshielo primaveral y los campos anegados que rodeaban la capital empezaron a secarse, Sparhawk bajó al puerto en busca del capitán Sorgi. Balanceándose, anclados en el atestado puerto, había barcos menos vapuleados y más lujosos, pero Sparhawk confiaba en Sorgi y el navegar con él de regreso a casa le proporcionaría una consoladora sensación de continuidad a la conclusión de todo aquel asunto. Halló al capitán de cabellos ensortijados en una taberna limpia y bien iluminada de los muelles, a todas luces dirigida por un propietario elenio.

—Nosotros seremos trece, capitán —anunció Sparhawk—, y siete caballos.

—Estaremos un poco apretados, maese Cluff —replicó Sorgi a la vez que levantaba hacia el techo los ojos entrecerrados—, pero creo que nos arreglaremos. ¿Vas a cubrir tú mismo el coste del viaje?

—El emperador se ha ofrecido graciosamente a sufragar los gastos —replicó

Sparhawk sonriendo—. Es un amigo, así que hazme el favor de no dejarlo en la bancarrota.

Sorgi le devolvió la sonrisa.

—Ni se me ocurriría pensarlo, maese Cluff. —Se repantigó en la silla—. Ha sido una temporada muy interesante y el imperio tamul resulta, así mismo, un lugar interesante, pero será agradable regresar a casa una vez más.

—Sí —asintió Sparhawk—. A veces me da la impresión de que he pasado toda mi vida intentando regresar a casa.

—Calcularé el coste del viaje y te lo haré llevar al complejo por mi contraмаestre. Estuve a punto de perderlo en Beresa, ¿sabes?

—¿A tu contraмаestre?

Sorgi asintió con la cabeza.

—Un par de pillos se le echaron encima en un callejón. Apenas logró escapar con vida.

—¡Imagínate! —comentó Sparhawk con suavidad. Era evidente que Valash había intentado ahorrar en el contrato de asesinos al igual que en todo lo demás.

—¿Cuándo quieres partir exactamente, maese Cluff?

—Aún no lo hemos decidido del todo..., en algún momento de la semana que viene, más o menos. Te lo haré saber. Algunos de nuestros amigos partirán para ir hasta Atan por tierra. Puede que lo mejor sea que nos hagamos a la mar ese mismo día.

—Buena idea —aprobó Sorgi—. Siempre es mejor no alargar las despedidas. Los marineros hemos aprendido a decir adiós con rapidez. Cuando llega el momento de partir, siempre tenemos que hacerlo con la marea, y ésa no espera.

—Bien expresado, Sorgi —comentó Sparhawk con una sonrisa.

Fue Betuana quien tomó la decisión, cosa que no dejaba de ser sorprendente.

—Nos marcharemos mañana —declaró sin rodeos ante la mesa de la cena, una semana más tarde.

—¿Tan pronto? —La voz de Sarabian sonaba un poco sobresaltada.

—El agua de los ríos ha bajado, y los campos están secos, Sarabian-emperador —señaló ella—. ¿Por qué deberíamos demorarnos?

—Bueno... —dejó morir la frase en sus labios.

—Eres demasiado sentimental, Sarabian —dijo ella con franqueza—. Tú sabes que vamos a marcharnos. ¿Por qué prolongarlo? Ven a Atan el otoño próximo, e iremos a cazar jabalíes. Pasas demasiado tiempo encerrado en Matherion.

—Me resulta bastante difícil alejarme —replicó él, dubitativo—. Alguien tiene que quedarse a dirigir la tienda.

—Así, deja que lo haga Oscagne. Es honorable y no robará demasiado.

—¡Majestad! —protestó Oscagne.

Ella le sonrió.

—Estaba provocándote, Oscagne —lo tranquilizó—. Los amigos pueden hacer

eso sin ofender.

Ninguno de ellos durmió mucho aquella noche. Había que hacer el equipaje, y una miríada de otros preparativos, pero la mayor parte de la noche la pasaron corriendo arriba y abajo por los pasillos con mensajes urgentes que eran básicamente el mismo: «Prométeme que te mantendrás en contacto».

Y todos lo prometieron, por supuesto, y todos tenían verdadera intención de cumplirlo. El desvanecimiento de esa resolución no comenzaría hasta al cabo de por lo menos un año... o tal vez dos.

Se reunieron en el patio del castillo justo cuando el alba rompía sobre el mar de Tamul. Hubo todos los acostumbrados besos, abrazos y rudos apretones de manos.

Fue por fin Khalad, el buen, sólido y fiable Khalad, quien echó una mirada valorativa hacia el horizonte oriental, se aclaró la garganta y dijo:

—Será mejor que nos pongamos en camino, Sparhawk. Es probable que Sorgi te cobre un día más si le haces perder la marea de la mañana.

—Tienes razón —asintió Sparhawk.

Levantó en brazos a Ehlana para subirla al carruaje abierto que Sarabian les había proporcionado y en el cual ya se encontraban sentados Emban, Talen, Alean y Melidere. Luego volvió la cabeza y vio a Danae y Flute hablando entre sí en voz baja.

—Danae —llamó a su hija—, es hora de partir.

La princesa heredera de Elenia le dio un último beso a la diosa-niña de Estiricum, y atravesó obedientemente el patio en dirección a su padre.

—Gracias por haber venido —fue la sencilla frase de Sarabian, mientras le tendía la mano.

Sparhawk la estrechó en la suya.

—Ha sido un placer, Sarabian —replicó. Luego saltó a la silla de *Faran* y abrió la marcha, atravesando el puente levadizo y saliendo a los aún sombríos campos.

Les llevó alrededor de un cuarto de hora llegar hasta el puerto, y una media hora más el meter a los caballos en la bodega delantera. Sparhawk subió de vuelta a la cubierta donde los otros aguardaban y miraban hacia el este, por donde el sol no había salido todavía.

—¿Todo listo, maese Cluff? —preguntó a gritos Sorgi desde el alcázar, a popa del barco.

—Así es, capitán Sorgi —le replicó Sparhawk a gritos—. Ya hemos acabado lo que vinimos a hacer. Regresemos a casa.

El presumido contraamaestre se pavoneaba de un lado a otro de la cubierta, supervisando sin necesidad la suelta de amarras y el izado de las velas.

La marea se movía con bastante rapidez y había una buena brisa. Sorgi maniobró con destreza su vapuleado barco viejo fuera del puerto, al mar abierto.

Sparhawk tomó a Danae en un brazo y rodeó con el otro los hombros de Ehlana, y así permanecieron junto a la borda de babor, contemplando la ciudad que los tamules llamaban el centro del mundo. Sorgi movió el timón para seguir un curso sureste que

rodeara la península, y justo cuando las velas se hincharon con la brisa, el astro rey asomó por el horizonte oriental.

Matherion había estado pálida en las sombras del amanecer, pero al salir el sol las opalescentes cúpulas se encendieron y un rielante relumbrar de irisados colores danzó sobre las pulidas superficies. Sparhawk, su esposa e hija permanecieron en la borda, con los ojos llenos de la maravilla de la ciudad resplandeciente que de alguna manera parecía estar dándoles su propio adiós y deseándoles una buena travesía de regreso a casa.

Fin



DAVID EDDINGS (7 de julio de 1931, Spokane, Washington - 2 de junio de 2009, Carson City, Nevada). Se crió cerca de Seattle. Desde muy pequeño le gustó escribir, y en el instituto ya tenía claro que quería dedicarse a ello. De joven su tiempo libre lo dividía en escribir y en actuar en obras de teatro que él mismo creaba. Se graduó en la Universidad de Portland con veinte años, obteniendo la Licenciatura en Filosofía y Letras. Años más tarde consiguió el título de Maestro de Artes en la Universidad de Washington, después fue llamado a filas.

Tras dos años al servicio del Ejército de los Estados Unidos, Eddings trabajó como profesor de Universidad, pero acabó dejándolo muy descontento porque no recibía ningún aumento de sueldo con el paso de los años. Se mudó a Denver, donde acabó trabajando en un supermercado. Empezó a escribir su primera novela, *La Alta Cacería* (High Hunt). Eddings se basó en sus conocimientos de caza y de vida en la montaña para escribir ese libro, el cual seguiría el mismo patrón que algunas de sus obras posteriores, la madurez del protagonista.

Desde el principio contó con la ayuda de Leigh Eddings, su esposa. David escribía y después se lo leía en voz alta a su mujer, ella le daba su opinión y le señalaba las incoherencias de la trama y añadía detalles a la historia y pinceladas a los personajes. Desde un primer momento David quiso que su esposa apareciese como co-autora en los libros, pero su editor se negó en rotundo, afirmando que no estaba bien visto en el mercado que hubiese dos autores en un mismo libro. No fue hasta la salida del quinto libro de Belgarath, *La Ciudad de las Tinieblas* (Enchanter's End Game) cuando por fin la autoría de Leigh Eddings quedó reconocida.

Una mañana, antes de ir a trabajar, empezó a garabatear en un papel una especie de mapa, el cual quedaría olvidado hasta que un día Eddings vio una copia de El Señor de los Anillos en una librería. Sorprendido al ver que era una 78.^a edición se la llevó a casa. Tras la lectura, David supo que quería dedicarse a la literatura fantástica. Con la inspiración de Tolkien en su mente, Eddings terminó de dar los detalles al mapa que tiempo antes había dibujado. Así nació el mundo de Aloria, donde se desarrollan las aventuras de su saga más conocida, Belgarath.

El éxito de la pentalogía de Crónicas de Belgarath le dio la oportunidad de escribir otras sagas de fantasía en las que Eddings dejaba volar su imaginación. Tras Belgarath, escribió una continuación de otros cinco libros, Crónicas de Malloreia, después llegarían la saga de Elenium y su secuela, El Tamuli. En 1995 retomaría la historia de Belgarath para escribir dos precuelas y El Códice Rivano (apuntes y material de trabajo que utilizó para la saga). Su última aportación a la novela fantástica fue con la saga Los Soñadores, que terminó de escribir en el 2006, un año antes de la muerte de su mujer.

David nunca quiso escribir en un ordenador, ni siquiera a máquina, prefería hacerlo de la manera tradicional, con papel y pluma. Era un tipo afable y divertido, bastante humilde, le gustaba bromear diciendo que nunca ganaría un Premio Nobel de Literatura, era consciente de que la literatura fantástica estaba muy infravalorada en el mundo de la lectura. La verdad es que su obra no destacaba por su calidad literaria, sino que la fuerza residía en la historia y en la personalidad de sus personajes. Le encantaba saber que mucha gente que nunca había cogido un libro en su vida había acabado enganchada a sus novelas, sólo por eso se sentía orgulloso de haberse hecho escritor y conseguir que la gente apreciase el valor de los libros. Una vez dijo, «Estoy aquí para enseñar a una generación o dos cómo leer. Después de que terminen conmigo pueden pasar a alguien importante como Homero o Milton».

En 1999 su mujer sufrió un ataque de corazón. A lo largo de los años seguiría sufriendolos hasta que finalmente, en 2007 su corazón se detuvo finalmente. Debido a los ataques, la mente de Leigh se vio afectada, reduciéndose su edad mental aproximadamente a la de una niña de 3 años de edad. David se encargó siempre de cuidar él mismo de su mujer, con ayuda de su suegra y no quiso que su familia la viese en ese estado. A pesar del dinero que tenía, se negó a pagar a alguien para que la cuidase, siempre estuvo a su lado, hasta el fin de sus días.

Tras la muerte de Leigh, David ya no era el mismo, poco a poco fue desmejorando hasta que llegó su hora, algo que seguro que deseaba para poder reunirse de nuevo con ella y seguir creando historias para toda la eternidad.

Notas

[1] Cierta tipo de caracol (gén. *Planorbis*). (N. de la T.). <<

[2] Hacha de guerra escocesa del siglo XVI, de hoja alargada y curva, con un garfio en el extremo superior. (*N. de la T.*) <<

[3] *Ram's horn*, «cuerno de cabra», suena igual que *ramshorn*, la palabra que los protagonistas usan como contraseña. (N. de la T.) <<